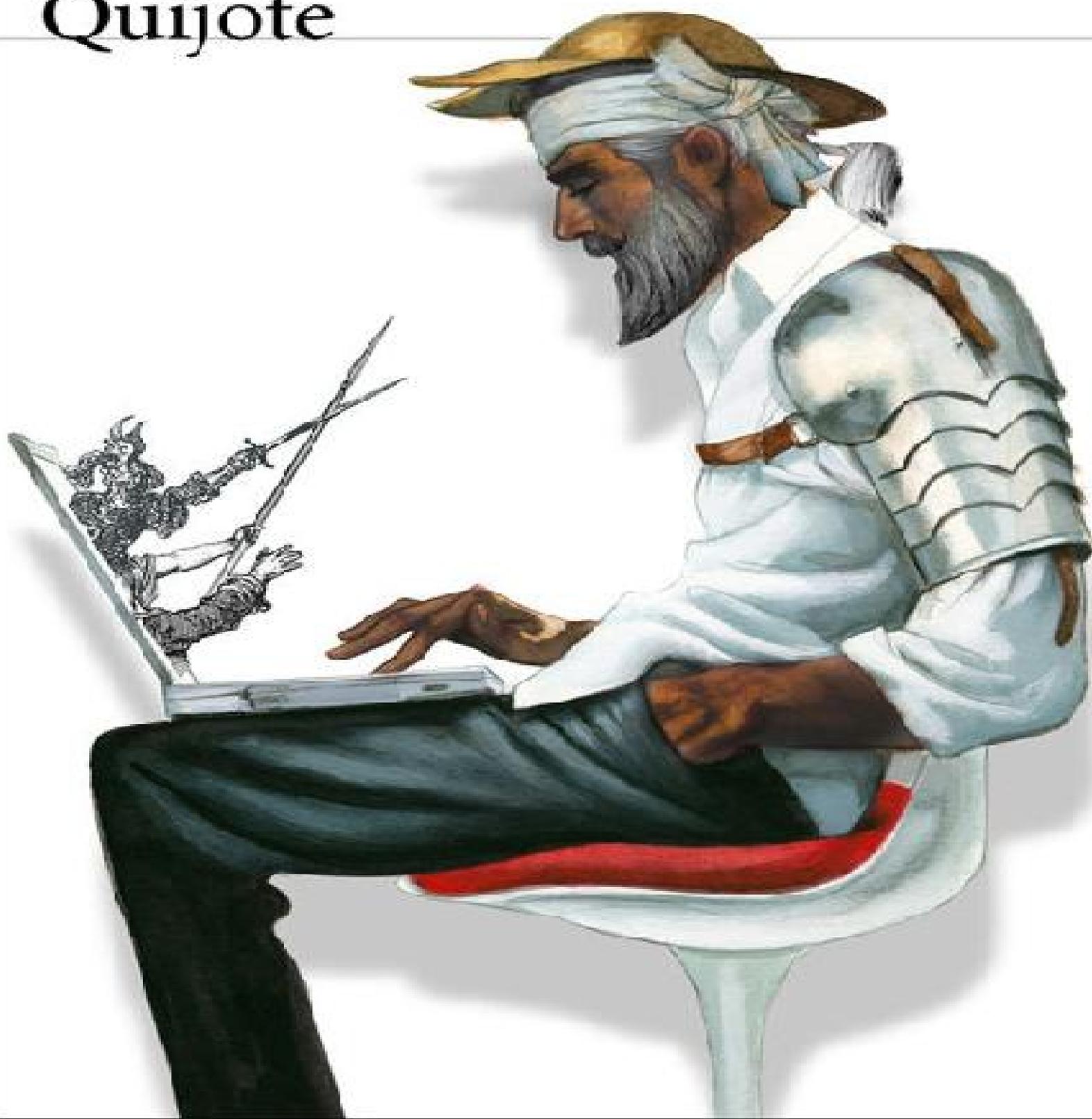


 Seix Barral

Salman Rushdie

Quijote



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1 Quijote, un anciano, se enamora, se...

CAPÍTULO 2. Un autor, Sam DuChamp, reflexiona sobre...

CAPÍTULO 3. La Amada de Quijote, estrella de una dinastía...

CAPÍTULO 4. La Hermana de Hermano rememora su pelea...

CAPÍTULO 5. El primo de Quijote, el «bueno» del doctor...

CAPÍTULO 6. Sancho, el hijo imaginario de Quijote...

CAPÍTULO 7. Quijote y Sancho entran en el primer valle de la...

CAPÍTULO 8. En el cual, apartándonos del resplandor de...

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9. Algo desagradable sucede en el lago Capote...

CAPÍTULO 10. En el que atraviesan el segundo valle, Sancho...

CAPÍTULO 11. El doctor Smile conoce al señor Thayer y un...

CAPÍTULO 12. Una serie de sucesos absurdos acontecidos...

CAPÍTULO 13. Quijote en la gran ciudad; muchas revelaciones...

CAPÍTULO 14. El autor conocido como Sam DuChamp conoce...

CAPÍTULO 15. Acerca de Hermana y la cosa imperdonable

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 16. La Cama Elástica les cuenta a Sancho...

CAPÍTULO 17. En el que Hermana concluye la historia...

CAPÍTULO 18. Quijote alcanza su meta, tras lo cual la...

CAPÍTULO 19. En el que se contesta la pregunta de Sancho

CAPÍTULO 20. Sobre el corazón del Autor

CAPÍTULO 21. Donde el mundo explota y el...

AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Inspirado por la obra de Cervantes, Sam DuChamp, un escritor mediocre de *thrillers* de espías, crea el personaje de Quijote, un vendedor cortés y pasado de moda que vive obsesionado con la televisión y que está enamorado platónicamente de una estrella de la pequeña pantalla. Junto con su hijo (imaginario) Sancho, Quijote se embarca en una aventura a través de Estados Unidos para probar que es merecedor de la mano de su doncella, enfrentándose con valor a los peligros de una época en que cualquier cosa puede suceder, desde ciberespías rusos al racismo e incluso la amenaza del fin del mundo. Mientras tanto, su creador, atraviesa su propia crisis de mediana edad y siente la necesidad de probarse a sí mismo.

Al igual que Cervantes escribió Don Quijote para satirizar la cultura de su tiempo, Rushdie embarca al lector en un viaje salvaje por un país al borde del colapso moral y espiritual. Y con la magia a la que nos tiene acostumbrados en sus historias, las vidas de DuChamp y Quijote se confunden en una búsqueda profundamente humana del amor y en un divertido retrato de una era en la que, efectivamente, realidad y ficción son cada vez más indistinguibles.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Salman Rushdie

Quijote

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Para Eliza

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Quijote, un anciano, se enamora, se embarca en una misión y es padre

Vivía una vez, en una serie de direcciones temporales por todos los Estados Unidos de América, un viajante de origen indio, edad avanzada y facultades mentales menguantes que, por culpa de su amor por la televisión más estúpida, se pasaba una parte enorme de su vida mirándola en exceso bajo la luz amarillenta de las sórdidas habitaciones de motel, y en consecuencia había terminado sufriendo una forma peculiar de lesión cerebral. Devoraba programas matinales, programas diurnos, tertulias vespertinas, culebrones, comedias de situación, películas de Lifetime, dramas hospitalarios, series policiales, seriales de vampiros y de zombis, dramas de amas de casa de Atlanta, Nueva Jersey, Beverly Hills y Nueva York, romances y peleas entre princesas de fortunas hoteleras y autoproclamados sahs, así como los retozos de toda una serie de individuos que habían saltado a la fama por afortunados desnudos, por esos quince minutos de celebridad que obtienen ciertas personas jóvenes con muchos seguidores en las redes sociales gracias a su adquisición por medio de cirugía plástica de un tercer pecho o del hecho de que su figura después de extraerse unas cuantas costillas imita la forma imposible de la muñeca Barbie de la compañía Mattel, o incluso, simplemente, por su capacidad para pescar carpas gigantes en escenarios pintorescos sin más atuendo que un bikini diminuto; además de por competiciones de canto, competiciones de cocina, competiciones de propuestas empresariales, competiciones para un puesto de aprendiz corporativo, competiciones entre vehículos gigantes operados a distancia, competiciones de moda, competiciones por el afecto tanto de solteros como de solteras, partidos de béisbol, partidos de baloncesto, partidos de fútbol americano, encuentros de lucha libre, encuentros de *kickboxing*, programación de deportes extremos y, por supuesto, concursos de belleza. (No veía «hockey». Para la gente de su categoría étnica y cuya juventud había transcurrido en los trópicos, el hockey, que en Estados Unidos se había rebautizado «hockey césped», era un juego que se jugaba sobre hierba. Jugar al hockey césped sobre hielo era, en su opinión, el absurdo equivalente de hacer patinaje sobre hielo en la hierba.)

Como resultado de su obsesión casi total por aquel material que en los viejos tiempos le había llegado por medio de un tubo de rayos catódicos y en la nueva era de las televisiones planas le llegaba por medio de las pantallas de cristal líquido, de plasma y de diodo orgánico de emisión de luz, sucumbió a ese desorden psicológico cada vez más frecuente por el cual los límites entre verdad y mentira se vuelven borrosos e indistintos, de manera que a veces se veía incapaz de distinguir la una de la otra, la realidad de la «realidad», y empezó a pensar en sí mismo como ciudadano natural (y habitante en potencia) de aquel mundo imaginario del otro lado de la pantalla al que tan devoto era, y que estaba convencido de que les suministraba, a él y a todo el mundo, las

orientaciones morales, sociales y prácticas por las que deberían guiarse en la vida todos los hombres y mujeres. A medida que pasaba el tiempo y se iba hundiendo más y más en las arenas movedizas de lo que se podría considerar la realidad irreal, sintió que se estaba involucrando emocionalmente con muchos de los habitantes de aquel otro mundo más luminoso, cuya membresía creía que tenía derecho a reclamar, como si fuera una Dorothy contemporánea planteándose mudarse a Oz, y en algún momento indeterminado desarrolló una pasión insalubre, por ser completamente unilateral, hacia cierto personaje televisivo, la hermosa, ingeniosa y adorada señorita Salma R, un enamoramiento que él describía, de forma muy errónea, como amor. Y en el nombre de ese supuesto amor decidió celosamente perseguir a su «amada» a través de la pantalla del televisor y hasta cualesquiera realidades en alta definición donde habitaran ella y los de su clase, y, no sólo por la gracia, sino también mediante sus acciones, ganarse su corazón.

Hablaba despacio y también se movía despacio, arrastrando la pierna derecha un poco al caminar, consecuencia duradera de un dramático Evento Interior sucedido hacía muchos años y que también le había dañado la memoria, de tal manera que, aunque seguía recordando con nitidez los acontecimientos del pasado remoto, sus recuerdos del periodo intermedio de su vida se habían vuelto inestables, llenos de lagunas y de otros espacios en blanco que se habían rellenado, como si lo hubiera hecho un albañil descuidado y con prisas, con recuerdos falsos creados por cosas que quizá hubiera visto en la tele. Aparte de eso, parecía estar en bastante buena forma para los años que tenía. Era un hombre alto, se podría incluso decir que alargado, como esos que se ven en las demacradas pinturas del Greco y en las estrechas esculturas de Alberto Giacometti, aunque aquellos hombres habían sido (en su mayoría) de temperamento melancólico, mientras que él había sido bendecido con una sonrisa jovial y con los modales encantadores de un caballero de la vieja escuela, ambos rasgos valiosos para un viajante comercial, un trabajo que, en los años dorados de su vida, lo acompañaría durante mucho tiempo. Además, incluso su apellido era risueño. Se llamaba señor Smile. «Señor Ismail Smile, ejecutivo de ventas, Productos Farmacéuticos Smile, S. A., Atlanta, Georgia», decía su tarjeta de visita. En calidad de empleado de ventas, siempre había estado orgulloso de que su apellido fuera el nombre mismo de la corporación a la que representaba. El apellido familiar. Eso le confería cierta dignidad, o eso creía él. No era, sin embargo, el nombre con el que decidió ser conocido durante su última y ridícula aventura.

(El poco habitual apellido *Smile*, por cierto, era la versión americanizada de *Ismail*, de forma que el viejo viajante se llamaba en realidad Ismail Ismail, o bien Smile Smile. Era un hombre de piel oscura en América que anhelaba a una mujer de piel oscura, y sin embargo no veía su historia en términos raciales. Se podría decir que se había separado de su piel. Era una de las muchas cosas que su misión cuestionaría y cambiaría.)

Cuanto más pensaba en la mujer a la que decía amar, más claro le quedaba que un personaje tan magnífico no se iba a caer de culo de alegría simplemente porque un desconocido total le declarara su *amor fou*. (No estaba *tan loco*.) Por tanto, le iba a hacer falta demostrar que era digno de ella, y en adelante su única preocupación sería el suministro de las evidencias necesarias. ¡Sí! ¡Demostraría con creces su valor! Sería necesario, al inicio de su misión, mantener al objeto de sus afectos plenamente informado de sus andanzas, de manera que se propuso iniciar correspondencia con ella, una serie de cartas que revelaran su sinceridad, la profundidad de su afecto y lo lejos que estaba dispuesto a llegar para obtener su mano. Fue

llegado aquel punto de sus reflexiones cuando lo abrumó una especie de timidez. Si le revelaba lo humilde que era realmente su posición en la vida, era posible que ella tirara su carta a la basura con una risa encantadora y ya no volviera a prestarle atención. Si le revelaba su edad o le daba detalles de su apariencia, era posible que ella reaccionara a la información con una mezcla de burla y horror. Si le desvelaba su apellido, el ciertamente augusto apellido Smile, asociado como estaba a una gran fortuna, era posible que ella, presa del mal humor, alertara a las autoridades, y el hecho de que lo cazaran como a un perro a petición del objeto de su adoración le rompería el corazón, y era probable que muriera. Por tanto, de momento mantendría su identidad en secreto y sólo la revelaría cuando sus cartas y las hazañas que la describieran hubieran suavizado la actitud de ella hacia él y la hubieran hecho receptiva a sus avances. ¿Cómo sabría cuándo había llegado el momento? Era una pregunta que responder más adelante. Ahora mismo lo importante era empezar. Y llegaría un día en que el nombre adecuado, la mejor de todas las identidades, acudiría a él en ese momento que media entre la vigilia y el sueño, cuando el mundo imaginario de detrás de nuestros párpados consigue rociar con unas gotas de su magia el mundo que vemos cuando abrimos los ojos.

Aquella mañana le pareció verse a sí mismo en un sueño dirigiéndose a sí mismo despierto. «Mírate —le murmuró su yo medio dormido a su yo medio despierto—. Con lo alto y flaco que eres y, sin embargo, no te crecen más que cuatro pelos de barba, como si fueras un adolescente con granos. Y, sí, admítelo, también estás un poco sonado, eres uno de esos tipos con la cabeza en las nubes que confunden las formaciones de cúmulos, o de cumulonimbos, o incluso de cirrostratos, con la tierra firme. ¡Acuérdate de tu pieza musical favorita cuando eras niño! Ya sé que hoy en día prefieres los gorgoritos que oyes en *American Idol* o *The Voice*. Pero en aquellos tiempos te gustaba lo que le gustaba al melómano de tu padre, adoptabas sus gustos musicales como propios. ¿Te acuerdas de su disco favorito?» Y llegado aquel momento el Smile medio dormido sacó haciendo una floritura un LP de vinilo que el Smile medio despierto reconoció al instante. Era una grabación de la ópera *Don Quijote* de Jules Massenet. «Una versión muy libre de la gran obra maestra de Cervantes, ¿verdad? —murmuró el fantasma—. Como tú, que también pareces una versión muy libre.»

Estaba decidido. Salió de la cama con su pijama de rayas —más deprisa de lo que era su costumbre— y dio literalmente una palmada. ¡Sí! ¡Ése sería el seudónimo que usaría en sus cartas de amor. Sería su ingenioso caballero, don Quijote. Sería Lancelot y ella Ginebra, y se la llevaría a la Guardia Gozosa. Sería, citando al Chaucer de los *Cuentos de Canterbury*, su «berdadero, perfecto et gentil cavallero».

Corría la Era Donde Puede Pasar Todo, se recordó a sí mismo. Había oído a mucha gente decirlo por la tele y también en aquellos extravagantes videoclips que flotaban en el ciberespacio y que le añadían un nivel más de nueva tecnología a su adicción. Ya no existían las reglas. Y en la Era Donde Puede Pasar Todo, en fin, podía pasar todo. Los viejos amigos podían ser los nuevos enemigos y los enemigos tradicionales podían ser tus nuevos mejores amigos o incluso amantes. Ya no era posible predecir el clima, ni la posibilidad de guerra, ni el resultado de las elecciones. Una mujer podía enamorarse de un cochinito, o un hombre ponerse a vivir con un búho. Una belleza podía quedarse dormida y al recibir un beso despertarse hablando un idioma distinto y en ese nuevo idioma revelar un carácter completamente alterado. Una inundación podía ahogar tu ciudad. Un tornado se te podía llevar la casa a una tierra lejana donde, al aterrizar, aplastaras a

una bruja. Los criminales se podían convertir en reyes y los reyes ser desenmascarados como criminales. Podías descubrir que la mujer con la que vivías era la hija ilegítima de tu padre. Una nación entera se podía tirar por un precipicio como si fuera una horda de *lemmings*. Los hombres que interpretaban a presidentes en la tele podían llegar a presidentes de verdad. Podía terminarse el agua del mundo. Una mujer podía dar a luz a un niño que resultara ser un dios vampírico. Las palabras podían perder su significado y adquirir uno nuevo. El mundo se podía terminar, tal como había empezado a predecir en repetidas ocasiones por lo menos un importante científico empresario. Un olor maligno flotaría en el aire del fin. Y una estrella de la tele podía devolver milagrosamente el amor de un viejo chiflado, concediéndole un inesperado triunfo romántico capaz de redimir una vida larga y pequeña, concediéndole, por fin, el resplandor de la majestad.

Quijote tomó su gran decisión en el Red Roof Inn de Gallup, Nuevo México (21.678 hab.). El viajante contempló con deseo y envidia el histórico hotel El Rancho, que en pleno apogeo del cine del Oeste había alojado a muchas de las estrellas cinematográficas que tenían sus rodajes en aquella zona, desde John Wayne y Humphrey Bogart hasta Katharine Hepburn y Mae West. El hotel El Rancho costaba más de lo que él podía pagar, de manera que había pasado de largo y había seguido conduciendo hasta el más humilde Red Roof, con el cual se conformaba. Era un hombre que había aprendido a aceptar su destino en la vida sin queja. Aquella mañana la tele estaba encendida cuando se despertó provisto de su nueva y luminosa identidad —se había quedado dormido sin acordarse de apagarla— y el hombre del tiempo de la KOB-4, Steve Stucker, estaba en pantalla con su Séquito Canino, compuesto por las celebridades perrunas *Radar*, *Rez*, *Squeaky* y *Tuffy*. Eso quería decir que era viernes y que el recién bautizado señor Quijote (no tenía la sensación de haberse ganado ni hecho méritos para el honorífico *don*), vigorizado por su nueva determinación y por el hecho de que se abriera ante él el sendero flanqueado de flores que llevaba al amor, se encontraba lleno de emoción, pese a hallarse al final de una fatigosa semana de trabajo en la que había estado visitando prácticas médicas de la zona de Albuquerque entre otras. El día anterior se lo había pasado en las distintas instalaciones de Servicios Sanitarios Cristianos Rehoboth McKinley, del Grupo Médico Western New Mexico y del Centro Médico Indio Gallup (que asistía a la importante población nativa americana del pueblo, extraída de las tribus hopi, navajo y zuni). Le parecía que las ventas habían ido bien, aunque sus risueñas insinuaciones de que pronto iba a pasar unas vacaciones en la mismísima Nueva York (8.623.000 hab.) con una novia nueva, una Señorita Muy Famosa, la Reina de la Televisión que Hay que Ver, fueron recibidas con fruncimientos de ceño perplejos y risillas avergonzadas. Y el pequeño chascarrillo que hizo en el Centro Médico Indio —«¡Yo también soy indio! ¡De los del punto en la frente, no de los de la pluma! Así que estoy contento de estar aquí, en territorio indio»— no había sentado nada bien.

Ya no tenía residencia fija. Su hogar era la carretera, su sala de estar era el coche, su armario de la ropa era el maletero, y una larga serie de establecimientos de las cadenas Red Roof Inn, Motel 6, Days Inn y otras hosterías le suministraban las camas y los televisores. Prefería los moteles que tenían canales de cable premium, pero si no los había, se conformaba con las cadenas generalistas. Aquella mañana, sin embargo, no tenía tiempo para el hombre del tiempo local y sus mascotas rescatadas. Quería hablar con sus amigos del amor y de la misión de amor en la que estaba a punto de embarcarse.

La verdad era que ya casi no le quedaban amigos. Estaba su rico primo, jefe y patrono, el doctor R. K. Smile, y la esposa del doctor Smile, Happy, aunque ya no pasaba tiempo con ellos, y estaban los recepcionistas de algunos de los moteles que frecuentaba habitualmente. Había unos cuantos individuos desperdigados por el país y por el planeta que quizá todavía albergaran sentimientos parecidos a la amistad hacia él. Y había, por encima de todo, una mujer en Nueva York (se hacía llamar la Cama Elástica Humana) que quizá le volviera a sonreír alguna vez, si él tenía suerte y si ella aceptaba sus disculpas. (Él sabía, o creía saber, que le debía disculpas, pero sólo se acordaba en parte de por qué, y a veces le parecía que quizá su memoria dañada le hubiera dado la vuelta a la situación y fuera ella quien necesitaba disculparse con él.) Pero no tenía grupo social, ni cohorte, ni pandilla, ni amigos reales; hacía mucho tiempo que había abandonado el tumulto social. En su página de Facebook se había «hecho amigo» o había «aceptado amistad» de un pequeño y menguante grupo de viajantes comerciales como él, así como de un surtido de corazones solitarios, fanfarrones, exhibicionistas y señoras procaces que se comportaban de la forma más erótica que les permitían las reglas más bien puritanas de la red social. Hasta el último de aquellos «amigos» vio su plan, cuando lo posteó con entusiasmo, como lo que era —un plan descerebrado y rayano en la demencia— y trató de disuadirlo, por su propio bien, de que persiguiera o acosara a la señorita Salma R. En respuesta a su post aparecieron emoticonos ceñudos y bitmojis que lo reprendían meneando el dedo y GIF de la propia Salma R poniendo los ojos bizcos, sacando la lengua y haciendo girar el dedo junto a la sien derecha, todo lo cual se unía a la serie universalmente reconocida de gestos que significaban «loquito». Pese a todo, él no se dejó disuadir.

Esa clase de historias, en líneas generales, no terminan bien.

En su juventud —que había tenido lugar hacía el tiempo suficiente como para que su recuerdo de ella hubiera permanecido claro—, había sido un hombre errante de una clase más pura que el viajante que terminaría siendo, y había recorrido mundo sólo en pos de todo lo que pudiera ver, desde el cabo de Hornos hasta la Tierra del Fuego, aquellos confines del planeta donde todo el color se había escapado del mundo, de tal manera que las cosas y la gente sólo existían en blanco y negro; por los orientales terrenos yermos de Irán, desde la población infestada de cucarachas de Bam hasta la salvaje ciudad fronteriza de Zahedán, en los tiempos desaparecidos del sah; desde la bahía Shark de Australia, donde había nadado entre los sentimentales delfines, hasta la gran migración de ñus por la incomprensible llanura del Serengeti. Había jugado al Holi con los descendientes bhojpuri parlantes de los trabajadores siervos indios de las islas Mauricio y había celebrado el Eid al-Adha con los tejedores de chales de la aldea de alta montaña de Aru, cerca del glaciar de Kolahoi, en Cachemira. Sin embargo, cuando ya estaba adentrándose en la mediana edad, el Evento Interior lo había cambiado todo. Al recobrar el conocimiento después del Evento se encontró con que había perdido toda ambición personal y curiosidad, con que las grandes ciudades le resultaban opresoras y sólo ansiaba el anonimato y la soledad.

Además, había desarrollado un miedo agudo a volar. Recordaba un sueño en el que primero se había caído y después se había ahogado, y aquel sueño lo había convencido de que los viajes aéreos eran la más ridícula de todas las fantasías y falsedades que los auditores de la tierra les intentaban infligir a los hombres y mujeres inocentes como él. Si un avión volaba y sus pasajeros

llegaban a salvo a su destino, era una simple cuestión de buena suerte. No demostraba nada. No quería morir cayendo del cielo al agua (su sueño) ni a la tierra (lo cual sería todavía más incómodo), y por tanto decidió que si los dioses de la buena suerte le concedían alguna clase de recuperación jamás volvería a subirse a uno de aquellos contenedores monstruosamente pesados que prometían elevarlo a casi diez mil metros de altura. Y se recuperó, aunque arrastrando una pierna, y desde entonces ya sólo viajó por carretera. A veces le pasaba por la cabeza hacer un viaje por mar siguiendo la costa americana hasta Brasil o Argentina, o bien cruzar el océano Atlántico hasta Europa, pero nunca llegó a hacer las disposiciones necesarias, y en los últimos tiempos era poco probable que su salud poco fiable y su frágil cuenta bancaria pudieran soportar la tensión de un viaje semejante. Así pues, se convirtió en criatura de la carretera, y eso ya no cambiaría.

En una vieja mochila, cuidadosamente envueltos en papel de seda y plástico de burbujas, llevaba siempre una selección de objetos de tamaño reducido que había obtenido durante sus viajes: un canto rodado de la China convertido en objeto de «arte encontrado», cuyas irregularidades superficiales parecían un paisaje de colinas boscosas en la niebla, un busto de Buda al estilo de Gandhara, una mano camboyana de madera enhiesta con un símbolo de la paz en el centro de la palma, dos cristales estrellados, uno grande y otro pequeño, un guardapelo victoriano dentro del cual había metido fotografías de sus padres, otras tres fotografías que retrataban una infancia en una lejana ciudad tropical, un cortapuros de latón eduardiano con forma de dragón de dientes afilados, una caja de cerillas india «Marca Cheetah» con la imagen de un guepardo acechante, una abubilla en miniatura de mármol y un abanico chino. Aquellas trece cosas eran numinosas para él. Cuando llegaba a su habitación a pasar la noche dedicaba unos veinte minutos a organizarlas con cuidado por sus aposentos. Tenían que estar perfectamente colocadas, guardando la relación correcta entre sí; en cuanto quedaba satisfecho con la disposición, la habitación adquiría de inmediato la atmósfera del hogar. Sabía que si no ponía aquellos objetos sagrados en sus lugares adecuados, su vida carecería de equilibrio y él sucumbiría al pánico, la inercia y finalmente la muerte. Aquellos objetos eran la vida misma. Siempre y cuando estuvieran con él, la carretera no le depararía ningún terror. Sería su sitio especial.

Tenía suerte de que el Evento Interior no lo hubiera reducido a la estupidez total, a diferencia de un tipo tambaleante y maltrecho al que había visto una vez y que era incapaz de hacer nada más difícil que recoger las hojas caídas del parque. Se había pasado muchos años trabajando de viajante comercial de productos farmacéuticos y continuaba haciéndolo a pesar de que ya le había pasado la edad de jubilarse y a pesar de su estado mental incipientemente inestable, impredeciblemente caprichoso, cada vez más errático y obsesivo como una mula, gracias a la amabilidad del ya mencionado primo rico, el doctor R. K. Smile, empresario de éxito, que después de ver una producción de *Muerte de un viajante* de Arthur Miller por la tele se había negado a despedir a su pariente, por miedo a que el despido acelerara la defunción del anciano.*

El siempre próspero negocio farmacéutico del doctor Smile lo había catapultado hacia poco al estatus de multimillonario gracias al perfeccionamiento que se había llevado a cabo en sus laboratorios de Georgia de un espray para aplicar por vía sublingual fentanilo, un medicamento para el dolor. Rociarse el potente opioide bajo la lengua producía un alivio más rápido a los pacientes de cáncer terminal que sufrían lo que la comunidad médica denominaba eufemísticamente *dolor avanzado*. El dolor avanzado era dolor insoportable. El nuevo espray lo

hacia soportable, al menos durante una hora. El éxito instantáneo de aquel espray, patentado y registrado con la marca InSmile™, hacía que el doctor R. K. Smile pudiera permitirse el lujo de mantener en plantilla a su anciano y pobre pariente sin preocuparse indebidamente por su productividad. Por extraño que parezca, durante un tiempo el descenso de Quijote a la demencia —una de cuyas definiciones posibles es la incapacidad para distinguir *lo que es* de *lo que no es*— no afectó materialmente a su capacidad para desempeñar sus obligaciones profesionales. De hecho, su estado resultó ser una ventaja, que lo ayudaba a presentar con absoluta sinceridad los dudosos argumentos a favor de muchos de los productos de su compañía, dado que creía de corazón en la eficacia con que se anunciaban y en su superioridad sobre todos sus rivales, por mucho que las campañas publicitarias estuvieran decididamente sesgadas, y en muchos casos los productos no fueran mejores que los de muchas marcas parecidas, y en otros fueran decididamente inferiores a la media de mercado. Gracias a su vaga incertidumbre acerca de la ubicación de la frontera verdad-mentira, y a su encanto personal y sus modales agradables, inspiraba confianza y parecía el promotor perfecto de los productos de su primo.

Llegó, sin embargo, el día inevitable en que el doctor Smile decidió jubilarlo tras ver el alcance de la pérdida de contacto de su primo con la realidad. Le dio la noticia a Quijote con la mayor amabilidad posible, volando en persona desde el sector de aviación general del aeropuerto de Hartsfield-Jackson a bordo de su nuevo G650ER para reunirse con Quijote en Flagstaff, Arizona (70.320 hab.), después de recibir una llamada preocupada del director de la Unidad de Medicina Familiar de West Flagstaff, D. F. Winona, doctor en osteopatía, máster en Dirección de Empresas, miembro de la Asociación Americana de Médicos Osteópatas de Familia, a quien Quijote había confiado absurdamente durante su cita que estaba pensando en ser el acompañante de la deliciosa señorita Salma R a la próxima fiesta de los premios Oscar que organizaba *Vanity Fair*, después de la cual su clandestino romance se haría por fin público. Quijote y el doctor Smile se reunieron en el Relax Inn de la histórica Ruta 66, a poco más de seis kilómetros del aeropuerto de Pulliam. Hacían una extraña pareja, Quijote alto, lento y arrastrando la pierna, y el doctor Smile pequeño, lleno de dinamismo y claramente el jefe.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —le preguntó, con tristeza pero también en tono de que todo se había terminado: «Esta vez no te puedo salvar».

Y Quijote, haciendo frente a la absurdidad de su propia declaración, respondió:

—Es verdad, me he adelantado un poco a los acontecimientos, y pido perdón por dejarme llevar, pero ya sabes cómo somos los amantes, no podemos evitar pensar en el amor. —Estaba usando el mando a distancia de su habitación para alternar entre un partido de baloncesto que daban por la ESPN y un programa de crímenes reales del canal Oxygen, y al doctor Smile sus modales le parecieron afables pero distraídos.

—Entenderás —dijo el doctor Smile con toda la amabilidad que pudo— que voy a tener que despedirte.

—Oh, no es problema —contestó Quijote—, porque resulta que tengo que embarcarme de inmediato en mi misión.

—Ya veo —dijo el doctor Smile lentamente—. Bueno, quiero añadir que estoy dispuesto a ofrecerte un pago único en concepto de finiquito; no es una fortuna, pero tampoco es una cifra desdeñable, y tengo el cheque para dártelo aquí mismo. También verás que la pensión de jubilación de Productos Farmacéuticos Smile es bastante generosa. Tengo la esperanza y la

confianza en que te las podrás apañar. Además, en cualquier momento en que pases por Buckhead, o por las islas Doradas en los meses de verano, las puertas de mis casas siempre estarán abiertas. Pásate a comer un *biryani* con mi mujer y conmigo. —La señora Happy Smile era una morena regordeta con un peinado cardado. Era, según todos los testimonios, una especie de genio de la cocina. La oferta resultaba tentadora.

—Gracias —dijo Quijote, guardándose el cheque en el bolsillo—. ¿Te importa si llevo conmigo a mi Salma cuando te visite? En cuanto nos juntemos seremos inseparables, ya sabes. Y estoy seguro de que le encantará comerse ese *biryani* tan bueno que hace tu mujer.

—Pues claro —le aseguró el doctor Smile, y se levantó para marcharse—. ¡Tráela, por supuesto! Otra cosa —añadió—. Ahora que estás jubilado y ya no trabajas para mí, me iría bien que me hicieras una serie de pequeños servicios personales en privado. En calidad de miembro de mi familia íntimo y de confianza, sé que puedo fiarme de ti.

—Estaré encantado de hacer todo lo que me pidas —dijo Quijote, haciendo una inclinación de cabeza—. Has sido el mejor primo del mundo.

—No será nada pesado, te lo aseguro —añadió el doctor Smile—. Sólo unas cuantas entregas discretas. Y tendrás todos los gastos pagados, no hace falta decirlo. En metálico.

Se detuvo en la puerta de la habitación. Quijote estaba concentrado en el partido de baloncesto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó el doctor Smile.

—No te preocupes por mí —dijo Quijote, dedicándole aquella sonrisa risueña—. Tengo muchas cosas que hacer. Conduciré por ahí.

Durante sus largos años itinerantes, cuando vivía en la carretera al volante de su antiguo Chevrolet Cruze gris metalizado, Quijote había deseado a menudo estar casado y tener hijos. Qué maravilloso sería tener a un hijo sentado a su lado, un hijo que pudiera coger el volante durante horas mientras su padre dormía, un hijo con el que pudiera discutir cuestiones de interés del mundo actual así como verdades eternas, mientras la carretera que se desplegaba ante ellos estrechaba sus lazos y el viaje los unía de una forma en que nunca los podría haber unido la quietud de un hogar. Esos vínculos afectivos son un regalo que sólo la carretera otorga a quienes la honran y viajan por ella con respeto. Las estaciones de su trayecto eran paradas de avituallamiento en el viaje de su alma hacia una unión final y mística seguida por el éxtasis eterno.

Pero no tenía mujer. Ninguna mujer lo había querido desde hacía mucho tiempo y, por tanto, tampoco tenía hijos. Ésa era la versión corta. En la versión larga, que había enterrado tan hondo que hoy en día incluso a él le costaba encontrarla, había mujeres por las que había tenido sentimientos, a quienes había adorado casi tanto como ahora reverenciaba a la señorita Salma R, y hablo de mujeres a las que había conocido personalmente. Se sabía un hombre con una capacidad verdadera para la adoración, un terreno en el que la mayoría de sus congéneres masculinos, siendo como eran unos brutos ignorantes y sin civilizar, se mostraban tristemente deficientes. Por consiguiente, le había resultado doloroso que casi todas las mujeres a las que había perseguido, poco después de empezar la persecución, hubieran hecho lo posible para escaparse.

Y se había peleado con la Cama Elástica Humana. Independientemente de quién le hubiera hecho qué a quién, no se habían separado en términos amistosos. Pero quizá pudiera enmendarse, si era capaz de recordar sus pecados. Y lo iba a intentar.

Pero sus asociaciones «románticas»... se habían marchado para siempre, ¿y acaso habían sido alguna vez reales? Ahora, mientras se entregaba a conseguir la mano de la señorita Salma R, le daba la impresión de que una pequeña esquina del velo que cubría el pasado se levantaba y le recordaba las consecuencias del amor perdido. Las vio pasar ante el ojo de su mente: la horticultora, la ejecutiva publicitaria, la relaciones públicas deslumbrante, la aventurera de las Antípodas, la mentirosa americana, la rosa inglesa, la implacable belleza asiática. No, era imposible el mero hecho de pensar en ellas. Se habían marchado y él se había librado de ellas y ya no le iban a poder romper más el corazón. Lo pasado pasado estaba —o por lo menos él se sentía bastante seguro de que había pasado—, y era bueno enterrarlas al fondo de todo de sus recuerdos, colocar sus historias en la pira funeraria de sus esperanzas y sellarlas en la pirámide de sus remordimientos; olvidar, olvidar y olvidar. Sí, las había olvidado, colocándolas en un sarcófago de olvido recubierto de plomo e impenetrable incluso para la visión de rayos X de Superman, y junto con ellas había enterrado al hombre que había sido entonces y las cosas que aquel hombre había hecho, los fracasos, los fracasos, los fracasos. Llevaba una eternidad rehuendo cualquier pensamiento amoroso, hasta que la señorita Salma R había vuelto a despertarle en el corazón unos sentimientos y unos deseos que él creía haber suprimido o incluso destruido junto con sus relaciones destruidas —si es que aquellas relaciones habían formado parte del mundo real y no habían sido simples ecos de la realidad mayor de las mujeres de la pantalla...—, y en aquel momento se había dado cuenta de que estaba naciendo en él una última gran pasión y había dejado de ser un don nadie ordinario para convertirse por fin en el gran hombre que tenía dentro, es decir, en Quijote.

No tenía hijos y su estirpe terminaría con él, a menos que pidiera y recibiera un milagro. Quizá pudiera encontrar un pozo de los deseos. Se aferró a esta idea: si actuaba de acuerdo con los principios arcanos del Deseo, los milagros eran posibles. Tan tenue era el hilo que lo unía con la cordura que se había convertido en estudiante de las artes del deseo; además de los pozos de los deseos, estudiaba los árboles de los deseos, las piedras de los deseos y, con cada vez más seriedad, las estrellas que concedían deseos. Después de completar sus investigaciones, tanto en libros polvorientos de la biblioteca especializados en saber esotérico astrológico como en una serie de páginas web de fiabilidad evidentemente dudosa, varias de las cuales abrían una ominosa ventana de diálogo que decía: «Aviso: esta página puede dañar su ordenador», se convenció de que las lluvias de meteoros eran las mejores ocasiones para formular deseos; que las 23.11 eran la mejor hora, y que iba a necesitar un montón de fúrculas de pollo.

Había siete lluvias de meteoros al año, en enero, abril, mayo, agosto, octubre, noviembre y diciembre: las cuadrántidas, las líridas, las eta acuáridas, las perseidas, las oriónidas, las leónidas y las gemínidas. Llevaba años persiguiéndolas una tras otra, a fin de captar alguna estrella fugaz con un buen reloj de pulsera y un buen cargamento de huesos de pollo en el bolsillo. Cuando quería, podía ser una persona decidida. En años anteriores ya había perseguido las cuadrántidas en las inmediaciones de Muncie, Indiana (68.625 hab.), las líridas en Monument Valley y las eta acuáridas en la sierra del Rincón del desierto de Sonora, en Arizona. De momento aquellas expediciones no habían rendido frutos. «¡Da igual!», se decía a sí mismo. Un día nada

lejano Salma R le daría tres, ¡no!, cinco, ¿o por qué no?, siete hijos e hijas magníficos. Estaba seguro. Pero como tenía la impaciencia de sus canas, decidió seguir persiguiendo lluvias de meteoros, para lo cual tenía más tiempo ahora que su primo lo había descargado de sus obligaciones. Los cuerpos celestes debían de estar impresionados por su persistencia, porque aquel mes de agosto, en una noche calurosa del desierto de más allá de Santa Fe, las perseidas le concedieron su deseo en la Devils Tower de las inmediaciones de Moorcroft, Wyoming (1.063 hab.). A las 23.11 horas exactamente, partió siete fúrculas de pollo mientras llovía fuego del cielo procedente de la constelación de Perseo —¡Perseo el Guerrero, hijo de Zeus y Dánae, verdugo de la Gorgona!— y sucedió el milagro. El anhelado hijo, que aparentaba unos quince años de edad, se materializó en el asiento del pasajero del Cruze.

¡La Era Donde Puede Pasar Todo! ¡Qué feliz estaba, exclamó para sus adentros Quijote, qué agradecido estaba de vivir en aquella época!

El hijo mágico se manifestó en blanco y negro, con sus colores naturales desaturados igual que se ha puesto de moda en muchas películas modernas. Quizá, conjeturó Quijote, el chico estuviera astrológicamente emparentado con los habitantes monocromos de la Tierra del Fuego. O quizá lo hubieran abducido los extraterrestres hacía mucho tiempo y ahora lo acabarían de devolver desde su nave nodriza, escondida en el cielo por encima de los meteoros que iluminaban la Devils Tower, después de muchos años de estudiarlo y de quitarle los colores con sus experimentos, sin que el tiempo pasara para él. Ciertamente, en cuanto Quijote conoció un poco al chico, le dio la impresión de ser mucho mayor de lo que era. Se parecía mucho al muchacho de las fotografías que él conservaba de su juventud en la otra punta del mundo. En una de ellas, Quijote aparecía con ocho o nueve años vestido con un pijama blanco estilo *kurta* y con las gafas de sol de su padre. En otra, un Quijote mayor, más o menos de la misma edad que la aparición, ya tenía un poco de bigote sobre el labio y estaba en su jardín con su promiscua perra alsaciana. De joven Quijote había sido un poco bajo y un poco gordezuelo comparado con otros chicos de su edad. Luego, a finales de la adolescencia, como si una mano divina invisible lo hubiera agarrado y estrujado por el medio en plan tubo de dentífrico, ascendió a su estatura actual y se quedó flaco como una sombra. Aquel chaval monocromo de ahora estaba obviamente en la misma fase postubo de dentífrico estrujado, era igual de largo y estrecho que su padre y lucía las mismas gafas de sol que Quijote tantos años atrás. No llevaba pijama-*kurta*, sin embargo, sino que iba vestido de chico americano de pro, con camisa de cuadros de leñador y vaqueros con dobladillo. Al cabo de un momento se puso a cantar una vieja melodía publicitaria. Tenía voz de gallo. En la garganta se le mecía una nuez de Adán reciente.

*Nos gustan el béisbol, los perritos calientes, la tarta de manzana y los Chevrolet,
el béisbol, los perritos calientes, la tarta de manzana y los Chevrolet...*

A Quijote le apareció una amplia sonrisa en la cara alargada. Era como si aquel hijo suyo milagroso, nacido del sueño de su padre igual que Atenea había brotado plenamente formada de la cabeza de Zeus, estuviera entonando una canción de llegada, una canción de amor al padre. El Viajero levantó también gozosamente la voz y cantó a coro con su hijo.

*¡El béisbol, los perritos calientes, la tarta de manzana y los Chevrolet,
el béisbol, los perritos calientes, la tarta de manzana y los Chevrolet!*

—Sancho —exclamó Quijote, lleno de una felicidad que no sabía cómo expresar—. ¡Mi pequeño y bobo Sancho, mi Sancho enorme, mi secuaz, mi escudero! ¡Yo soy Starsky y tú Hutch, yo soy Kirk y tú Spock, yo soy Mulder y tú Scully, yo soy Hawkeye y tú B. J., yo soy Batman y tú Robin! ¡Yo soy Key y tú Peele, yo soy Ren y tú Stimpely, yo soy Frazier y tú Niles, yo soy el Perro y tú Arya! ¡Yo soy Don y tú Peggy, yo soy Walter y tú Jesse, yo soy Crockett y tú Tubbs, te quiero! Oh, mi guerrero Sancho enviado por Perseo para ayudarme a matar a mis Medusas y a ganar el corazón de mi Salma, aquí estás por fin.

—Corta el rollo, papá —le replicó el joven imaginario—. ¿Qué gano yo con todo esto?

Después de la noche del milagro de las perseidas, Quijote se pasó días perdido en una neblina de placer debida a la llegada del misterioso jovencuelo en blanco y negro al que había bautizado como Sancho. Le mandó un mensaje de texto al doctor R. K. Smile para darle la buena noticia. El doctor Smile no contestó.

Sancho tenía la piel más oscura que su padre, era evidente incluso en blanco y negro, y al final fue esto lo que ayudó a Quijote a solventar —al menos lo bastante como para satisfacerse a sí mismo— el misterio de la llegada del chico. Porque él veía que Sancho tenía la piel más o menos del mismo tono que su Amada, la señorita Salma R. De manera que quizá fuera un visitante del futuro, el hijo del matrimonio venidero de Quijote con la gran dama, y hubiera retrocedido en el tiempo y en el espacio para satisfacer la necesidad que tenía su padre de compañía filial y poner fin a su larga soledad. Para alguien que había obtenido un entendimiento profundo de los viajes temporales gracias a la televisión, aquello era del todo posible. Se acordó del Doctor, el Señor del Tiempo británico, y supuso que Sancho quizá hubiera llegado en una especie de vehículo tipo TARDIS escondido en el cielo oscuro detrás del brillo de los meteoros. Y quizá aquella decoloración, aquel efecto blanco y negro, no fuera más que un efecto secundario temporal del viaje temporal.

—¡Bienvenido, hijo mío del futuro! —dijo con entusiasmo—. Bienvenido al presente. Cortejaremos juntos a tu madre. ¿Cómo podrá resistirse a ser cortejada no sólo por el futuro padre de sus hijos, sino también por uno de esos hijos? Nuestro éxito está asegurado. ¿Y qué ganas tú con esto? Pues, jovencito, si fracasamos, dejarás de existir. Si ella no consiente en ser tu madre, nunca habrás nacido, y de eso se deducirá que no puedes existir aquí. ¿No te ayuda eso a concentrarte?

—Tengo hambre —masculló Sancho en tono de amotinamiento—. ¿No podemos parar de hablar y comer?

Quijote tomó nota del carácter indómito, rebelde y de forajido de su hijo. Le gustaba. Tampoco los héroes, los superhéroes y los antihéroes estaban hechos de pasta complaciente. Eran individuos que se salían de la fila, que iban contra la corriente, que desfilaban a un compás distinto. Se acordó de Sherlock Holmes, de Flecha Verde, de Negan. Y entendió también que se había perdido la infancia del chico, que no había estado presente para él, por mucho que no supiera dónde podría haber estado presente. Era probable que el chico estuviera lleno de resentimientos y hasta de malas conductas. Haría falta tiempo para convencerlo de que se abriera,

de que dejara de poner mala cara, de que aceptara el amor paterno y diera a cambio amor filial. La carretera era el lugar adecuado. Los hombres que pasan tiempo juntos en la carretera tienen tres opciones. Separarse, matarse entre sí o resolver sus diferencias.

—Sí —respondió Quijote a su hijo con el corazón lleno de esperanza—. Por supuesto, comamos.

CAPÍTULO 2

Un autor, Sam DuChamp, reflexiona sobre su pasado y se adentra en territorio nuevo

El autor de la narración precedente —al que llamaremos Hermano—* era un escritor afincado en Nueva York y de origen indio que con anterioridad había escrito ocho novelas de espionaje de éxito moderado (o inexistente) bajo el seudónimo de Sam DuChamp. Luego, en un cambio de dirección sorprendente, se le ocurrió la idea de contar la historia del lunático Quijote y de su persecución condenada al fracaso de la hermosa señorita Salma R, en un libro radicalmente distinto de cualquier otro que hubiera intentado escribir antes. Y en cuanto concibió la idea, sintió miedo de ella. Al principio no fue consciente de lo excéntrico que era el plan que se le había asentado en la mente, ni de por qué aquella historia insistía en ser escrita con tanta vehemencia que a él no le iba a quedar más remedio que ponerse a trabajar. Luego, a medida que lo pensaba más, empezó a intuir que, en cierta manera que no terminaba de entender, Quijote —el solitario en busca de amor, el don nadie pringado que se creía capaz de conquistar el corazón de una reina— había estado con él toda su vida, un yo de sombra al que había vislumbrado ocasionalmente con el rabillo del ojo, pero al que no había tenido valor para hacer frente. Es decir, había escrito sus narraciones vulgares del mundo secreto disfrazado de otra persona. Y ahora entendía que aquello había sido una forma de evitar la historia que se le revelaba en el espejo a diario, aunque sólo pudiera verla con el rabillo del ojo.

Su siguiente idea fue todavía más alarmante: a fin de entender la vida del hombre desconocido de cuyos últimos días se proponía hacer la crónica, iba a tener que revelarse a sí mismo además de a su sujeto, puesto que la historia y su narrador estaban uncidos entre sí por la raza, el lugar, la generación y las circunstancias. Quizá aquella extraña historia fuera una versión metamorfoseada de la suya. Quijote mismo podría haber dicho, si conociera la existencia de Hermano (lo cual era imposible, naturalmente), que de hecho la historia del escritor era la versión alterada de *su* historia, y no al revés, y podría haber sostenido que su vida «imaginaria» era en última instancia la más auténtica de ambas narraciones.

Así pues, en resumen: los dos eran hombres indiosamericanos, uno real y uno ficticio, los dos nacidos hacía mucho tiempo en lo que por entonces era Bombay, en bloques de apartamentos vecinos, ambos reales. Sus padres se habrían conocido (salvo por el hecho de que una de las parejas de padres era imaginaria) y quizá habrían jugado al golf y al bádminton juntos en el club Willingdon y habrían bebido cócteles al atardecer en el gimnasio Bombay (ambas ubicaciones del mundo real). Tenían más o menos la misma edad, a la cual casi todo el mundo es huérfano, y su generación, después de haber dejado el planeta hecho un desastre, estaba a punto de marcharse de él. Los dos sufrían de dolencias físicas: a Hermano le dolía la espalda y Quijote arrastraba una

pierna. Cada vez más a menudo se encontraban con amigos (reales y ficticios) y con conocidos (ficticios y reales) en la columna de necrológicas. Y esto sólo empeoraría en los años venideros. Y había similitudes más profundas. Si Quijote había enloquecido por culpa de su deseo por la gente que había al otro lado de la pantalla de televisión, él, Hermano, quizá también había perdido la razón debido a la proximidad con otra realidad velada, en la que nada era de fiar, había traición por todas partes, las identidades eran resbaladizas y mutables, la democracia era corruptible, el doblemente malicioso agente doble y el triplemente malicioso agente triple eran monstruos cotidianos, el amor ponía en peligro al ser amado, no se podía confiar en los aliados, la información relucía pero no siempre era oro y el patriotismo era una virtud para la que nunca habría reconocimiento ni recompensa.

Hermano se sentía agitado por muchas razones. Igual que Quijote, estaba solo y no tenía hijos, aunque él había tenido un hijo una vez. Aquel hijo se había esfumado como un fantasma hacía mucho tiempo, y hoy en día ya debía de ser adulto, y Hermano se acordaba de él todos los días y se sentía abatido por su ausencia. Su mujer también se había marchado hacía mucho, y su situación financiera rayaba en la precariedad. Y más allá de estos asuntos privados, había empezado a experimentar una sensación de que algo iba a por él, de coches con las ventanillas oscuras aparcados en la esquina de su manzana y con los motores en marcha, de pasos que se detenían cuando él se detenía y echaban a andar otra vez cuando él seguía andando, de clics que se oían por teléfono, de problemas extraños que afectaban a su ordenador portátil, de mensajes de televenta tras cuyas palabras banales percibía una amenaza, de amenazas en su perfil de Twitter, de rumores por parte de su editorial de que los autores de fondo de catálogo como él podían tener dificultades para publicar en el futuro. Tenía problemas con sus tarjetas de crédito y le habían hackeado las redes sociales demasiadas veces como para que fuera algo casual. En una ocasión había llegado a casa de noche y se había quedado convencido de que alguien le había entrado en el apartamento, a pesar de que todo estaba en su sitio. Si los dos principios rectores del universo eran la paranoia (la creencia de que el mundo tenía significado, pero ese significado estaba situado en un nivel oculto y muy posiblemente hostil al nivel manifiesto y absurdo, en otras palabras, a ti) y la entropía (la creencia de que la vida carecía de sentido, en que las cosas se desintegraban y que la muerte del calor del universo era inevitable), entonces él estaba claramente en el bando de la paranoia.

Si la locura de Quijote lo estaba llevando a marchas forzadas hacia la catástrofe personal, las ansiedades de Hermano estaban a punto de desencadenar una reacción de huida. Quería escapar, pero no sabía adónde ni cómo, lo cual le hacía tener todavía más miedo, porque sabía que en sus historias de espías ya se había dado a sí mismo la respuesta. Puedes correr, pero no puedes esconderte.

Quizá escribir sobre Quijote fuera una forma de escaparse de aquella verdad.

Le resultaba difícil hablar de cosas personales porque nunca había sido dado a las confesiones. Desde sus días de infancia había tenido tendencia al secretismo. De niño se ponía las gafas de sol de su padre para ocultarse los ojos, que revelaban demasiado. Escondía cosas y contemplaba con alegría cómo sus padres las buscaban: sus billeteras, sus cepillos de dientes y sus llaves del coche. Sus amigos le confiaban cosas, interpretando que el suyo era un silencio solemne, el silencio de un faraón en su pirámide; a veces eran confidencias inocentes y otras no tanto. Las inocentes: que les gustaba tal o cual chico/chica; que sus padres bebían demasiado y se

peleaban todo el tiempo; que habían descubierto el placer de la masturbación. Y las no tan inocentes: que habían envenenado al gato del vecino, que habían robado tebeos de la librería Reader's Paradise; o bien las cosas que hacían con los antes mencionados chicos/chicas que les gustaban. Su silencio era como un vacío que arrancaba secretos de los labios ajenos y se los metía a sí mismo en los oídos. Y luego no usaba aquel conocimiento secreto de ninguna forma. Le bastaba con saber las cosas, con ser el único que las sabía.

Pero él también tenía secretos. Sus padres lo miraban con una mezcla de desconcierto y preocupación.

—¿Quién eres? —le preguntó una vez su madre en tono de fastidio—. ¿De verdad eres mi hijo? A veces pareces un extraterrestre al que han mandado para observarnos y recopilar información, y un día vendrá una nave espacial y se te llevará al cielo y tus parientes verdes y pequeñitos se enterarán de todos nuestros secretos.

Así era su madre: capaz de ser emocionalmente brutal, e incapaz, en cuanto tenía una idea ingeniosa, de refrenarse de decírla, por muy profunda que fuera la herida que podía infligir con ella. Su padre se expresaba con más amabilidad, pero transmitiendo la misma idea:

—Mira a tu hermana pequeña —le decía a su hijo—. Intenta ser como ella. No para de hablar nunca. Es un libro abierto.

A pesar de las peticiones de sus padres, Hermano continuó igual, reticente a hablar de sí mismo y dado a recoger los susurros ajenos siempre que podía. Y hablando de libros abiertos, los que él había abierto en su juventud solían ser historias de misterio. De niño prefería con diferencia los Siete Secretos a los Cinco, el Jardín Secreto al País de las Maravillas. Y, a medida que crecía, pasó a Ellery y a Erle Stanley y a Agatha, a Sam Spade y a Marlowe, curtidos en las calles y silenciosos como tumbas. Sus mundos secretos se multiplicaron con el paso de los años. *El agente secreto*, *El hombre que fue jueves*, historias de espionaje y de sociedades secretas, aquéllas eran sus guías. De adolescente estudiaba libros sobre magia negra y tarot —los arcanos del conocimiento secreto, mayores o menores, lo atraían de forma irresistible—, y aprendió a hipnotizar a sus amigos, aunque el objetivo de aquel nuevo talento, una chica atractiva a la que deseaba, se resistió a sus avances incluso estando hipnotizada. Creció queriendo conocer el ingrediente secreto de la Coca-Cola, acordándose de las identidades secretas de los superhéroes y preguntándose cuál era el secreto de las tiendas Victoria's Secret. ¿Que las mujeres de la era victoriana llevaban ropa interior mal hecha? Sus siglas favoritas eran SIS, ISI, OSS y CIA.

Así fue como llegó a ser autor de novelas de espías con seudónimo. No era muy conocido, una situación que no era muy probable que cambiara el libro sobre Quijote, si es que conseguía escribirlo y publicarlo. Sam DuChamp, autor de la serie de los Cinco Ojos, no aclamado, no famoso y no rico: cuando la gente preguntaba por sus libros en la librería, pronunciaban mal su seudónimo y lo llamaban «Sam the Sham», como el cantante de *Woolly Bully*, que iba a sus conciertos en un coche fúnebre Packard. Era un poco insultante.

Sí, el nombre con que firmaba los libros ocultaba su identidad étnica, igual que *Freddie Mercury* ocultaba al cantante parsi de la India Farrokh Bulsara. Y no era porque el vocalista de Queen se avergonzara de su raza, sino porque no quería que lo prejuzgaran, no quería que lo encasillaran dentro de un gueto de música étnica rodeado de los barrotes de las actitudes blancas. Hermano se sentía igual. Y a fin de cuentas corría la época del nombre inventado. Las redes sociales se habían asegurado de ello. Ahora todo el mundo era otro persona.

Los seudónimos siempre habían sido comunes en el mundo de los libros. Las mujeres los habían necesitado a menudo. Hermano creía (sin atreverse a comparar su escaso talento con la genialidad de ellas) que Curren, Ellis y Acton Bell, George Eliot y hasta J. K. Rowling (que prefería la neutralidad en materia de género de *J. K.* a su nombre *Jo*) lo habrían entendido.

La gente de piel oscura procedente del sudeste asiático tenía una historia desconcertante en América. A principios del siglo XX, al supuesto antepasado común (no ficticio) de Quijote y del doctor R. K. Smile, aparentemente el primero de su clan que había vivido y trabajado en Estados Unidos, se le había negado la ciudadanía americana en base a la primera ley de inmigración del país, la de 1790, que decretaba que sólo eran candidatos aptos a la ciudadanía las «personas blancas y libres». Y cuando se aprobó la Ley de Inmigración de 1917, a los asiáticos del sur, conocidos por entonces como *hindús*, se les prohibió de forma oficial emigrar a Estados Unidos. En el caso *Estados Unidos vs. Bhagat Singh Thind* (1923), el Tribunal Supremo sostuvo que la diferencia racial entre los indios y los blancos era tan grande que «la gran mayoría de nuestra gente» rechazaría asimilarse con los indios. Veintitrés años más tarde, la Ley Luce-Celler permitió que sólo un centenar de indios al año fueran a América y obtuvieran la ciudadanía (muchas gracias). Luego, en 1965, una nueva Ley de Inmigración y Nacionalidad abrió las puertas. Y después, algo inesperado. Resultó que los *hindús* no se convirtieron en uno de los objetivos principales del racismo americano. Aquel honor seguía reservado a la comunidad africanoamericana, y los inmigrantes indios —muchos de ellos familiarizados con el racismo británico en Sudáfrica y el este de África— se quedaron casi avergonzados de verse excusados, en muchas partes de Estados Unidos, de los malos tratos y ataques racistas, y de camino a convertirse en ciudadanos modélicos.

No del todo excusados, sin embargo. En 1987 la banda de los Dotbusters aterrizó a las familias indias-americanas de Jersey City. Una carta de la banda publicada en *The Jersey Journal* amenazó con actos violentos: «Llegaremos a los extremos necesarios para expulsar a los indios de Jersey City. Si camino por la calle y veo a un hindú y la situación es propicia, lo golpearé. Tenemos planeados ataques extremos como romper ventanas, romper ventanillas de coches o irrumpir en fiestas familiares». Las amenazas se cumplieron. Un hombre indio fue atacado y murió cuatro días más tarde. Otro terminó en coma. Hubo más ataques nocturnos y también robos en casas.

Luego llegó el 11 de septiembre de 2001 y los jóvenes indios empezaron a llevar camisetas que decían: NO ME CULPES A MÍ, SOY HINDÚ, y hubo ataques a hombres sijs porque sus turbantes los hacían parecer musulmanes, y muchos taxistas pusieron calcomanías de banderas en los parabrisas y adhesivos en las mamparas de cristal que los separaban de los pasajeros que decían: DIOS BENDIGA A AMÉRICA, y de pronto a Hermano le pareció que quizá valiera la pena seguir llevando la máscara de un seudónimo. De pronto había demasiadas miradas hostiles dirigidas a la gente como él. Era mejor ser Sam the Sham. El tipo de las novelas de espías.

Los Cinco Ojos, o 5-O, eran los servicios de inteligencia de Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Reino Unido y Estados Unidos, que en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial habían empezado a compartir los resultados del enorme sistema de vigilancia ECHELON y de sus sucesores, y ahora también compartían información obtenida a base de patrullar internet. En los

libros que escribía Sam DuChamp, uno de los temas centrales era la desconfianza mutua que se tenían aquellos cinco actores. Nadie confiaba en los americanos porque no sabían guardar secretos, y eso ponía en peligro los recursos más importantes de los Cinco Ojos, los agentes infiltrados que había sobre el terreno. Nadie confiaba en los británicos, a pesar de que eran los mejores infiltrando a topos —en Rusia, en Irán, en el mundo árabe— por culpa de la frecuencia con que también se colaban topos en el mismo SIS. Nadie confiaba en los canadienses por la puñetera superioridad moral con que actuaban siempre, nadie confiaba en los australianos porque eran australianos y nadie confiaba en los neozelandeses porque nunca habían creado un solo programa de vigilancia útil. (Los principales programas posteriores a ECHELON, PRISM, XKeyscore, Tempora, MUSCULAR y STATEROOM, habían estado dirigidos en su mayor parte por la Central de Comunicaciones del Gobierno británico o GCHQ, y por la Agencia de Seguridad Nacional americana, la NSA, con contribuciones de los australianos y los canadienses.) Además, aquella red de aliados hostiles estaba siendo puesta a prueba por el separatismo provinciano de los británicos y por el matonismo populista de los americanos, dos actitudes que ayudaban al enemigo en general y a Rusia en particular. Hermano siempre había estado orgulloso de la autenticidad del mundo secreto que había creado, pero ahora le estaba cogiendo miedo. Quizá se hubiera acercado demasiado a ciertas verdades incómodas. Quizá la gente que leía con mayor atención los libros de los Cinco Ojos fueran los propios Cinco Ojos. Quizá pensarán que ya era hora de cerrar aquel «sexto ojo» que los estaba vigilando un poco demasiado bien.

Atraer toda aquella atención no deseada de las agencias invisibles justo cuando él estaba apartando la vista del mundo de los espías era una ironía que no le gustaba nada. Era viejo, la verdad se estaba volviendo mucho más extraña que sus ficciones y ya no tenía energía para intentar adelantarse a las noticias. De ahí la idea de Quijote, picaresco, loco y peligroso, una maniobra de caballo de ajedrez que lo sacara de una posición cada vez peor en el tablero de juego. Y de ahí también la mirada recién dirigida al mundo interior, el volver a anhelar su antiguo hogar en Oriente. Hacía mucho que se había alejado del pasado y más tarde éste se había alejado de él. Durante mucho tiempo había fingido, incluso ante sí mismo, que aceptaba su destino. Ahora era un hombre occidental, era Sam DuChamp, y eso estaba bien. Era lo que decía cuando le preguntaban: que no estaba desarraigado, no había perdido sus raíces, sino que estaba trasplantado. O, mejor todavía, que tenía raíces múltiples, como una vieja higuera de Bengala que iba echando «raíces de apoyo» a medida que se extendía, luego éstas iban cogiendo grosor y con el tiempo se volvían indistinguibles del tronco original. ¡Demasiadas raíces! Eso les daba a sus historias un dosel más amplio bajo el que refugiarse del sol abrasador y hostil. Y significaba que se podían plantar en muchos lugares y tipos de suelo distintos. Era un don, decía, pero en el fondo sabía que aquel optimismo era una mentira. Ahora, ya pasados los «días de nuestros años» de los que hablaba el autor de los Salmos, intentando «a base de fuerza» dejar atrás la setentena en pos de la ochentena, el suyo era a menudo el corazón triste de la Ruth de Keats, cuando, añorando su origen, se plantaba llorosa entre el trigo foráneo.

Estaba llegando a su fin, y se había mudado a las inmediaciones generales del segador encapuchado. A su distrito, a su barrio, quizá incluso al mismo código postal. Todavía no tenía un pie en la tumba. Pero era preocupante que el camino que le quedaba por recorrer fuera mucho más corto que el que ya había viajado. Antes de que Quijote arrancara el motor de su Chevrolet Cruze con su hijo imaginario al lado, Hermano había estado casi seguro de que la escritura lo había

abandonado, por mucho que la vida de momento continuara. Ahí quedaba la obra, por mediocre que fuera, a la que había dedicado su vida, lo mejor de sí, su optimismo; pero incluso la mejor veta de oro se termina agotando. Cuando eras tu propia presa, cuando el material que sacabas a la luz permanecía enterrado en las cavernas de tu yo, llegaba un momento en que sólo quedaba un vacío.

«¡Pues déjalo! —le decía el ángel malvado que tenía en el hombro izquierdo—. No le importa a nadie más que a ti.»

El ángel malvado de su hombro izquierdo era la sombra. Pero en su hombro derecho tenía posado al querubín de la luz, dándole ánimos, alentándolo, negándole la autocompasión. El sol seguía saliendo todos los días. Todavía tenía determinación, energía y el hábito de trabajar. Se dejó inspirar por el gran Muhammad Ali, que había recuperado su corona después de los largos años del desierto, tras derrotar a George Foreman en Zaire. También él podía esperar una pelea en alguna selva amiga. Sam DuChamp, *bomaye*. Mátalo, Sam the Sham.

Y así fue como volvió al lugar natal de Quijote, que también era el suyo, para examinar ciertos asuntos íntimos que le resultaban al mismo tiempo extremadamente personales e imposiblemente lejanos. El término técnico para aquellos asuntos era *familia*. Un punto de partida decente para una historia de amor obsesivo.

Hacia muchos muchos años, cuando el mar estaba limpio y la noche era segura, había existido una calle llamada Warden Road (que ya no se llama así), en un barrio llamado Breach Candy (que todavía se llama así, más o menos), en una ciudad llamada Bombay (que ya no se llama así). Todo había empezado allí, y aunque tanto ésta como la de Quijote eran historias de viajeros que recorrían muchos sitios y llegaban a América, esa tierra extraña y fantástica, si pasabas la misma película hacia atrás todas sus carreras llevaban de vuelta a Bombay. El punto de origen del mundo entero de Hermano era un grupillo de quizá una docena de casas en una loma a las que se llegaba por un callejón sin salida y sin nombre (ahora ya tiene nombre; los mapas actuales lo llaman Shakari Bhandari Lane, aunque nadie sabe dónde está eso), empequeñecidas por la megalópolis que las rodeaba. Cerró los ojos y retrocedió por los años y los continentes, haciendo girar su bastón igual que en la imitación que hacía Raj Kapoor del vagabundo de Chaplin, pero al revés. Y caminando hacia atrás se adentró por el callejón antes sin nombre pero ahora con nombre, pasando frente al edificio de apartamentos (real) donde la (ficticia) familia Smile había vivido, llamado Dil Pazir, es decir, aceptable para el corazón..., y llegó a un edificio similar (también real) llamado Noor Ville, la ciudad de la luz, y por fin a un apartamento situado en una de las plantas superiores, provisto de balcones alargados y lleno de cojines y cactus de espinas afiladas y de los gorgoritos inconfundibles de las famosas hermanas de voces doradas, Lata y Asha, que cantaban las últimas canciones de éxito del cine en el *Binaca Geetmala*, el programa de listas de éxitos patrocinado por una marca de pasta de dientes que emanaba todos los domingos de la radiogramola de marquetaría de nogal estilo art déco situada en la sala de estar. Y en el centro de la sala de estar cubierta con una alfombra persa de gran tamaño, con copas de martini en las manos, estaban sus padres, yendo hacia atrás a cámara lenta, bailando.

(Aquel Breach Candy era un mundo diminuto y perdido, desaparecido mucho tiempo atrás, en el ámbar de los recuerdos, como un insecto prehistórico. O bien: un universo en miniatura, un pasado capturado bajo una cúpula de cristal, como un globo de nieve tropical pero sin nieve, con la gente minúscula del pasado viviendo sus vidas microscópicas dentro. Si se rompía el cristal y se escapaban al ancho mundo de más allá de sus fronteras, ¡cómo de aterrados se quedarían al verse rodeados de gigantes, igual de aterrados que se habían quedado al encontrarse con los titanes de su mundo adulto! Y sin embargo, por diminutos que fueran, el futuro entero emanaba de ellos. El pequeño globo de nieve tropical sin nieve era el lugar natal de todo lo que Hermano había sido y hecho.)

El LP favorito de sus padres era el *Songs for Swingin' Lovers* de Sinatra. A su madre, que siempre estaba más a la última que su marido, le gustaban algunos de los americanos con tupé. Ricky Nelson. Bobby Darin. Pero no sólo los chicos blancos. También Clyde McPhatter y los Drifters cuando cantaban *Money Honey*. ¡Elvis no! Siempre se burlaba de aquel camionero de Tupelo. ¿A quién le importaban su pelvis o que torciera el labio? ¿Quién quería ponerse sus zapatos de ante azul, que además ya habían sido antes los zapatos de Carl Perkins?

Ahora dejó que la película que estaba viendo con los ojos cerrados corriera hacia delante. Su padre era dueño y director de una célebre joyería llamada Zayvar Hermano situada en Warden Road, al pie de la loma donde vivían. La había fundado hacía mucho tiempo el abuelo paterno de Hermano, y su padre había demostrado ser un diseñador y orfebre de cosas bonitas todavía mejor que el fundador. *Zévar* significaba «ornamentación» en urdu, y *Zayvar* era la anglicanización de la palabra que había llevado a cabo el anglófilo patriarca. Había sido hijo único, el viejo, pero le había parecido que «Hermanos» era un buen nombre de negocio, y que si no podía usar el plural, pues ya le valía con el singular. Así pues, *Zayvar Hermano*, un hermano sin hermano. La gente había empezado a llamar al viejo caballero patilludo Hermano Sahib, o sea, señor Hermano, y se le había quedado aquel nombre. Después de que el abuelo se marchara, el padre se convirtió en el señor Hermano Júnior, y así, con el tiempo, Hermano también había sido el señor Hermano. El señor Hermano Tercero.

A unas cuantas puertas de la joyería estaba el pequeño negocio de la madre, la idiosincrática Pasteles y Antigüedades, una tienda que se jactaba de tener la mejor repostería de la ciudad y una trastienda en que se podían encontrar tesoros de toda Asia meridional: bronce estilo Chola en perfecto estado, vivaces pinturas de la escuela Company, sellos enigmáticos procedentes de Mohenjo-daro, chales bordados de Cachemira del siglo XIX. Cuando le preguntaban por qué vendía aquella combinación improbable de productos, y se lo preguntaban a menudo, la madre se limitaba a contestar: «Porque son las cosas que me encantan».

La calidad y la originalidad de los dos establecimientos, combinados con el carisma ineludible de sus padres, convirtió tanto Zayvar Hermano como Pasteles y Antigüedades en Sitios a los que Iba Todo el Mundo. Amitabh Bachchan compraba collares de esmeralda para su mujer, Jaya, en Zayvar, Mario Miranda y R. K. Laxman le ofrecían a la madre sus dibujos originales a cambio de sus pasteles de chocolate, y Chismoso, Behram Contractor, el cronista de la vida cotidiana de *le tout* Bombay, pululaba por ambos establecimientos viendo ir y venir a la flor y nata de la ciudad y escuchando los últimos cotilleos.

La casa de los padres también estaba llena de artistas y famosos. Por su salón de dos niveles pasaba gente creativa de todo tipo. Las grandes cantantes de *playback* Lata Mangeshkar y Asha Bhosle iban allí en persona (¡aunque nunca al mismo tiempo!). También jugadores de críquet, como Vinoo Mankad y Pankaj Roy, ¡los héroes que en enero de 1956 habían compartido un récord mundial de 413 carreras contra Nueva Zelanda en Madrás! Iba por allí el poeta Nissim Ezekiel, el bardo de Bombay, ciudad insular que él consideraba «inadecuada para el canto y para el sentido común». Incluso la gran pintora Aurora Zogoiby en persona iba de visita, junto con aquel bufón sin talento y parásito suyo, Vasco Miranda, pero eso es otra historia. Y como era Bombay, también gente del cine, inevitablemente. Talento, talento por todas partes, lubricado con whiskys con soda y lujuria. Había discusiones sobre política, disputas estéticas, travesuras sexuales y martinis. Y elevándose por encima de todo como los rascacielos todavía mayormente por construir que llegarían pronto y cambiarían la ciudad para siempre, estaban la alta madre de Hermano y su todavía más alto padre, girando en un baile lento, bebiendo sus copas, ella tan grácil y él tan apuesto, y los dos profundamente enamorados.

Y debido a tan intensiva y prolongada sobreexposición durante la infancia a toda clase de genios creativos, también Hermano, igual que su incipientemente loco Quijote, sucumbió a una forma infrecuente de desorden mental —la primera, ya que la segunda sería la paranoia—, en cuyas manos la frontera entre arte y vida se desdibujaba y se volvía permeable, de manera que a veces era incapaz de distinguir dónde terminaba una y dónde empezaba la otra, y lo que es peor, estaba poseído por la necia convicción de que las imaginaciones de la gente creativa podían traspasar los límites de las obras en sí, de que poseían el poder de penetrar en el mundo real y transformarlo y hasta mejorarlo. La mayoría de sus congéneres, tanto del pasado como del presente, trataban esta proposición con burla y seguían sus caminos personales en las esferas pragmáticas, ideológicas, religiosas, egoístas y venales en las que, en su mayor parte, se vivía la vida real del mundo. Hermano, sin embargo —gracias al círculo de sus padres—, era incurable. Por mucho que de adulto pasara a ganarse la vida en el mundo pedestre de la narrativa de género, su respeto por quienes tenían mentes más elevadas permaneció inalterable. Muchos años más tarde, la escritura de *Quijote* sería su intento postergado y final de cruzar la frontera que separaba la baja cultura de la alta.

Detuvo la película. Aquello no era verdad. Era un cuento de hadas. Aquella infancia bohemia bendecida por la cultura y el amor. En aquellos tiempos los padres como los suyos eran un misterio para sus hijos. No pasaban mucho tiempo con sus retoños, para eso usaban al servicio doméstico, y no les contaban a sus pequeñas criaturas gran cosa de sus vidas ni tampoco contestaban preguntas de *cómo* ni *por qué*, y sólo unas cuantas que empezaran por *qué*, *cuándo* o *dónde*. Las preguntas de *cómo* y *por qué* eran las importantes, y sobre aquellos asuntos tenían los labios sellados. Sus padres se habían casado jóvenes y habían tenido dos hijos: Hermano y Hermana, a quien el padre puso el apodo de Piolina, porque era el canario de la familia, la única que sabía cantar. Luego —y fue entonces cuando se vino abajo el cuento de hadas—, cuando Hermano tenía diez años y Hermana cinco, los padres se separaron. Fue la madre quien se marchó de casa, y a partir de entonces hubo un segundo apartamento en la vida de los hijos, en Soona Mahal (nombre real), en la esquina de Marine Drive y Churchgate (que ahora se llamaban oficialmente Netaji Subhash Chandra Bose Road y Veer Nariman Road, o VN Road). Se rumoreaba que tanto el padre como la madre habían sido infieles al otro en ocasiones múltiples —

¡oh, las vidas de los bohemios, aquella gente salvaje y loca!—, pero los niños nunca habían visto a ninguna Otra Mujer en el dormitorio del padre, ni tampoco habían conocido a Otro Hombre en la casa nueva de la madre, donde vivían la mayor parte del tiempo desde la Separación. Si los padres habían cometido o estaban cometiendo las rumoreadas infidelidades, lo hacían de forma completamente discreta. El padre seguía trabajando en Zayvar Hermano y la madre a unos cuantos metros, en Pasteles y Antigüedades, y la vida seguía como si nada, a pesar del crepitar de las cosas no dichas, audible para todos los que visitaban ambas ubicaciones, a pesar del zumbido de los pequeños ventiladores eléctricos que colgaban de las paredes. Y luego, al cabo de casi diez años, ¡así de pronto!, se volvieron a juntar, y el apartamento de Soona Mahal desapareció en una nube de humo, por mucho que los dos hijos ya lo hubieran llegado a considerar su casa, y se encontraron de regreso en Noor Ville, y los padres reanudaron sus bailes de la hora del martini, como si los largos años de la Separación fueran la fantasía, y no aquel idilio reinventado.

Más correcciones: para cuando sus padres se volvieron a juntar, Hermano ya tenía veinte años y asistía a la Universidad de Cambridge, de forma que ya no estuvo presente para ver cómo empezaban a bailar otra vez. Y de todas maneras aquel joven embriagado por los años sesenta de Occidente ya no podía sentir ni Soona Mahal ni Noor Ville como su hogar. Entretanto Hermana, que tenía quince años, seguía en Bombay. Al principio los hermanos intentaron mantener cierta relación a base de jugar al ajedrez a distancia entre ellos como buenos y listos niños indios, mandándose postales con sus movimientos escritos en la notación descriptiva antigua: P-R4, P-R4, P-D4, PxP. Pero al final se abrió una brecha entre ambos. Él era el mayor, pero ella jugaba mejor, y él, que era mal perdedor, dejó de querer jugar. Entretanto Hermana, atrapada en casa viendo los bailes nocturnos de sus progenitores, engendró resentimiento, entendiendo que a pesar de su brillante carrera académica sus padres no estaban dispuestos a prodigarle *a ella* una educación en el extranjero. Sintiendo (y con razón) la hija menos querida, empezó a ver a Hermano (con razón) como el hijo injustamente favorecido, y la rabia hacia sus padres se expandió como una supernova hasta tragarse también a su hermano. La brecha se ensanchó y en el momento presente ya hacía una vida entera que duraba. Se habían peleado, habían dejado de hablarse, vivían en ciudades distintas (él en Nueva York y ella en Londres —tras conseguir escaparse con esfuerzo de la jaula de su familia—) y ya no se veían nunca. Pasaron las décadas. Estaban atrapados en el drama del que se habían escapado sus padres. Sus padres escenificarían la Gran Reconciliación hasta el final de sus vidas. Era el final feliz de su guion. Hermana y Hermano, en silencio, y distanciados, representarían la Muerte del Amor.

Hacía diecisiete años que su madre había muerto en paz en la cama después de un último día en que había conducido su coche, había visitado a amigas y había cenado fuera. Había llegado a casa después de su día perfecto, se había acostado y se había ido. Hermana cogió un avión de inmediato, pero para cuando aterrizó su vuelo su padre también había muerto, incapaz de vivir sin su mujer. Tenía un frasco vacío de somníferos en su mesilla de noche, junto a la cama en que lo había matado la ausencia insoportable de ella. Hermana llamó a Hermano a Nueva York para informarlo de la doble tragedia. Después de aquélla sólo había habido una última conversación telefónica, que había matado cualquier afecto fraternal que les pudiera quedar.

Y luego, nada. Una nube vacía llenó el espacio donde debería haber estado la familia. Hermano nunca había conocido a la hija forofa de la moda de Hermana, Hija, y Hermana nunca había conocido al hijo fracasado escolar de Hermano, Hijo. Hijo era el hijo perdido de Hermano.

Su único hijo, que también había roto con él, después había roto con su madre y había desaparecido. (Y aquí estaba ahora Quijote, su invención, inventándose a un hijo para sí mismo y dándole vida. No había que ser muy listo para ver dónde se había originado aquella idea.) Había veces en que Hermano también se consideraba hijo único. Y estaba claro que Hermana se sentía igual. Pero los hijos únicos no tienen, en la sombra de sus almas, una profunda herida donde antaño hubo el beso de una hermana pequeña, el abrazo tranquilizador de un hermano mayor. Los hijos únicos, de ancianos, no tienen que escuchar a su voz interior haciéndoles preguntas acusatorias: «¿Cómo puedes tratar así a tu hermana, a tu propia hermana? ¿Es que no quieres arreglar las cosas, es que no ves que deberías?». De manera que había estado pensando en ella, en todo el mundo que había perdido pero sobre todo en ella, sopesando los beneficios de soltar el lastre de su pelea y hacer las paces antes de que fuera demasiado tarde en relación con el riesgo de desencadenar otra de las cóleras nucleares de ella, y sin saber si poseía el valor necesario para hacer alguna clase de acercamiento. Si era sincero consigo mismo, sabía que le tocaba a él dar el primer paso, porque ella tenía un mayor motivo de resquemor que él. En una pelea que ya llevaba décadas, ninguna parte podía afirmar ser inocente. Pero la simple verdad era que, en lenguaje llano, él se había portado mal con ella.

CAPÍTULO 3

La Amada de Quijote, estrella de una dinastía de estrellas, se muda a una galaxia distinta

La señorita Salma R, aquella mujer excepcional (y total desconocida) a la que Quijote había declarado devoción eterna, venía de una dinastía de damas muy adoradas. Pensad en su familia de esta manera: la Abuela R era Greta Garbo, una gran actriz que por razones sin explicar se había retirado abruptamente del mundo, declarando que no le gustaban ni la gente ni los espacios abiertos y que quería estar sola. Mamá R era Marilyn Monroe, muy sexy y muy frágil, y había robado al príncipe deportista (un príncipe de verdad de la buena) con quien se había querido casar Grace Kelly, y aquel príncipe se había convertido en Papá, que había dejado a Mamá por una fotógrafa inglesa en mitad del rodaje de su última película, después de lo cual Mamá había entrado en una larga decadencia hasta que la habían encontrado muerta en su dormitorio, en un eco fatídico del destino de Marilyn, con frascos de pastillas abiertos y vacíos en la mesilla de noche. ¿Y la señorita Salma R? Pues no había heredado el genio dramático de su Abuela ni tampoco el cuerpo supersexy de Mamá, en eso estaba de acuerdo todo el mundo, pero aun así sus genes le habían otorgado una belleza considerable, naturalidad delante de la cámaras y también unos cambios de humor violentos y un gusto por los calmantes recreativos y relajantes de la mente. No es de extrañar que, en consecuencia, terminara en Hollywood.

Ésa fue su historia de Bombay brevemente traducida al americano. La versión oficial se podría resumir en las siguientes pocas palabras: «Llevó una vida de cuento de hadas. Venía de la fama y el dinero y amasó todavía más dinero y adquirió todavía más fama por su cuenta, convirtiéndose en la primera actriz india que triunfó (y mucho) en América, que cruzó el que se podría llamar el puente de los -Wood, de Bolly- a Holly-, y por fin trascendió también Hollywood para convertirse en marca, en superestrella de las tertulias televisivas y gigantesca *influencer* cultural, tanto en América como en la India». La verdad era más compleja. Así pues, una versión más larga: sí, pertenecía a la realeza cinematográfica de la India, era miembro de tercera generación de una familia de leyendas femeninas. Su abuela, la señora Dina R, había protagonizado media docena de las grandes películas neorrealistas clásicas que se habían rodado en la década posterior a la independencia. Sin embargo, la gran estrella había sucumbido misteriosamente a una manada entera de fobias y oscuros problemas mentales, cayendo en largos y silenciosos periodos de abatimiento profundo (lo que Winston Churchill llamaba el perro negro y más adelante la señorita Holly Golightly rebautizaría «los días rojos»), alternados con arranques de histeria chillona y balbuceante. Se había retirado a su mansión de la playa de Juhu y se había pasado el resto de su vida detrás de un velo de secretismo, sin responder jamás a todas aquellas especulaciones malintencionadas sobre su locura que rebotaban inofensivamente en los altos

muros de su propiedad, y hasta el mismo día de su muerte había dejado encendidas de noche las luces de su dormitorio porque en la oscuridad le daban miedo las cucarachas y los lagartos. También había roto todo contacto con su marido, un médico muy conocido de Bombay al que todo el mundo llamaba Babajan —*Baba* era un título honorífico de respeto y *jan* significaba «cariño»—, pero nunca se habían divorciado. Vivían en suites separadas de la mansión de Juhu y hacían sus vidas por separado. Cuando ella se lo encontraba por accidente en un pasillo, se apartaba como si fuera un intruso peligroso y a menudo echaba literalmente a correr. Después de que su mujer se quitara la vida (por sobredosis de somníferos), Babajan les contaría a los pocos amigos que le quedaban que su equilibrio mental había estado trastornado desde hacía mucho tiempo y que el final era «inevitable».

Su hija, la madre de la señorita Salma R, la renombrada actriz y símbolo sexual Anisa R, mantuvo una relación estrecha con su padre durante un tiempo, pero antes incluso de que muriera su madre, Anisa y su padre también se distanciaron. Poco después de que dejara de hablar con Babajan, sedujo al capitán nacional del equipo de críquet, que salía con su mejor amiga, Nargis Kumari, también actriz icónica del cine. El jugador de críquet era el apuesto y joven rajá de Bakwas Mayor, popularmente conocido como «el Raj», príncipe de un estado diminuto del centro de la India (no confundir para nada con el claramente más diminuto y obviamente mucho menos importante estado de Bakwas Menor), uno de cuyos antepasados se había planteado en un momento dado contratar como secretario privado suyo a un homosexual inglés llamado Forster que tenía en sus planes escribir una novela sobre un pasaje a la India y buscarse un trabajo. (Al final no lo contrató, pero sí lo hizo otro principillo trivial.) ¡Sí! ¡Un aristócrata! Pero la verdadera sangre azul del Raj no se le veía en el árbol genealógico, sino en la elegancia y la potencia de sus tiros en el campo de críquet, sus imperiosos cortes al lateral, sus refinados desvíos de pierna, sus poderosos golpes al *cover* y sus autocráticos bateos de gancho. Se casó con la madre de la señorita Salma R en una boda de tres días llena de glamur celebrada en el hotel Taj Palace de Bombay (un evento atrevido y de vanguardia, ya que los matrimonios entre hindús y musulmanes eran muy escasos, por entonces igual que ahora, incluso entre la élite). Poco después, en un accidente de coche en Marine Drive descrito por su despechada exprometida, Nargis Kumari, como «la voluntad de Dios», el Raj perdió la mitad inferior de la pierna derecha. Sin embargo, desafiando al juicio de Dios, recuperó su lugar en el equipo, con pata de palo y todo, y se convirtió en uno de los inmortales de aquel deporte. Tuvieron una sola hija, a quien él afirmó amar más que a la vida, aunque eso fue antes de que lo venciera la dificultad de lidiar con las depresiones en tecnicolor de su mujer, con sus días rojos, negros y azules, y con las manías de distintos colores que le cogían entre medio, la mayoría verdes porque durante aquellos subidones le daban unos arranques de gastar compulsivamente cantidades demenciales de dinero, adquiriendo antigüedades preciosas en el mercado negro a precios absurdamente inflados. De manera que se retiró del críquet y abandonó a la señorita Anisa R, a su hija la señorita Salma R y su herencia real y se escapó al Reino Unido —una vez más, su pata de palo no le supuso obstáculo alguno— para asentarse en una suite del hotel Claridge's compartida con la antes mencionada fotógrafa inglesa, Margaret Ellen Arnold, a quien habían mandado a hacer un reportaje sobre el terreno acerca de la esposa estrella de cine y, en cambio, se había quedado con el marido.

A nadie se le ocurrió adjudicarle ninguna culpa al príncipe, que ya había abandonado a dos mujeres y que, con el tiempo, abandonaría también a la fotógrafa y regresaría a su trono principesco de intrincados brocados y mullidos cojines para pasar el resto de su vida en una feliz neblina de opio. Lo más cerca que estuvo nunca de recibir una crítica fue cuando la revista *Filmfare* publicó un reportaje fotográfico sobre él titulado «Un día mi príncipe se escapará». Pero incluso en aquel reportaje la autora adoptaba la actitud de que los hombres son como son y planteaba la pregunta de qué hombre no seguiría los pasos de la pata de palo y la pierna de verdad del Raj si tuviera ocasión. Pese a todo, la señorita Anisa R se quedó hundida por su muy pública humillación. En palabras de Nargis Kumari, que estaba encantada de regodearse públicamente en la aflicción de su examiga, a Anisa le habían «mostrado el poder del *kismet* musulmán y del karma hindú, que ejercen justicia poética sobre los traidores y los malhechores». Las palabras alcanzaron su diana. La señorita Anisa R abandonó su carrera de actriz y se centró en las obras de caridad en beneficio de viudas empobrecidas y mujeres abandonadas, a modo de expiación por el crimen de haberle robado su hombre a una mujer que lo quería y por el error todavía más vergonzoso de ser incapaz de retener a su marido. Se descuidó físicamente, hay que decirlo. Se volvió —no hay una forma cortés de decirlo— desaliñada. Se puso flácida; pese a todas sus buenas obras, su cuerpo se convirtió en emblema y manifestación de su dolor.

No era una buena madre —era demasiado egocéntrica—, pero aun así la señorita Salma R creció perfectamente. Fue una joven estudiosa, recta, serena, idealista y sin tacha, y a medida que la madre entraba en su declive final hacia la segunda infancia, fue la hija la que empezó a hacer de adulta. Más de una persona informó de que había visto a Salma persiguiendo a la borracha de su madre por todas aquellas rutilantes galas de recaudación de fondos para sus obras de caridad en beneficio de las mujeres, literalmente quitándole los vasos de whisky de las manos a Anisa y vertiendo su contenido en las macetas. «Sin los cuidados de la hija —señalaba la gente—, la madre no habría durado todo lo que duró.» Pero ni siquiera la protección de la hija fue suficiente. Después de la muerte de Dina se mudaron a la mansión de Juhu, y quizá no fue buena idea. Babajan todavía rondaba por la casa, y ahora era Anisa quien le hacía el vacío, igual que había hecho su madre antes. De niña, la señorita Salma R le había tenido cariño a su abuelo, y ahora hizo un intento de arreglar las cosas entre su madre y Babajan, pero ya era demasiado tarde. La oscuridad que se había tragado a Dina R vino también a por Anisa. Había salvado a incontables mujeres del arroyo, pero los abismos inferiores la terminaron reclamando. Fue la señorita Salma R quien encontró a su madre en el que había sido el dormitorio de Dina, fría y muerta de sobredosis y con las luces encendidas, en la misma cama en la que había muerto su madre y bajo una iluminación parecida. Por el brazo colgante le subía una cucaracha.

La señorita Salma R, por entonces una chica de diecinueve años que acababa de protagonizar su primera película, no gritó. Dio media vuelta y salió de la habitación, dejando las luces encendidas, hizo meticulosamente las llamadas telefónicas necesarias, entró en su cuarto e hizo las maletas, se marchó con el coche y nunca más volvió a poner un pie en aquella casa de muerte, dejándoles a los demás la tarea de catalogar y vender los muebles, la decoración, los recuerdos del mundo del cine y los efectos personales: vestidos, cartas de amor y álbumes fotográficos en los que permanecía embalsamada la vida de su madre. No quería saber nada de todo aquello, y tampoco hizo caso de la gente que le decía que estaba en pleno dolor traumático y que más adelante se arrepentiría de sus decisiones. Dio la espalda al pasado con esa determinación férrea

que la llevaría a la cima misma de su profesión en dos continentes. Y entre los elementos del pasado que rechazó estaba su anciano abuelo. «Es un fantasma —le decía a la gente—. Y no voy a dejar que me ronde ningún fantasma. Necesita encontrarse otro alojamiento. Hay que vender la casa de inmediato.»

En una de esas coincidencias extraordinarias que animan la vida real, pero que en la ficción se consideran sospechosas, se trasladó a un pequeño apartamento de la misma loma de Breach Candy donde Quijote había pasado su infancia, aunque ella tenía treinta años menos que su futuro admirador.

Westfield Estate, como se conocía aquel grupillo de villas y apartamentos —¡aquel puntito microscópico urbano del que había nacido el universo entero!—, era obra de cierto promotor inmobiliario anglófilo llamado Suleman Oomer, constructor también de otras viviendas parecidas que había en la misma calle llamadas Oomer Park. A muchos de los edificios les puso nombres ingleses de sonido majestuoso: Windsor Villa, Glamis Villa, Sandringham Villa, Bal Moral, Devonshire House y hasta Christmas Eve, el lugar donde se prometía eternamente que llegaría la Navidad al día siguiente pero no llegaba nunca, y donde la señorita Salma R decidió afincarse. Y fue también allí, tres días después de la muerte de su madre, donde aceptó recibir a una invitada inesperada, la amiga convertida en enemiga de su madre, Nargis Kumari, cuya presencia permitió por fin a Salma llorar su muerte. La veterana actriz entró en el apartamento aullando de dolor, y su voluble tristeza venció el estoicismo de faz sombría de la hija:

—Qué estúpida fui —se lamentó Nargis Kumari, completamente metida en su rol de actriz trágica— al permitir que un simple hombre destruyera mi amistad más íntima. ¿Qué es un hombre comparado con el amor que se tienen dos hermanas espirituales? No es más que una sombra pasajera. Un simple estornudo efímero. Un breve chaparrón en mitad de un día soleado. Debería haber estado a su lado todos los días de su vida, lloviera o hiciera sol. Ahora estoy tan vacía como una botella cuyo vino ha sido derramado. Soy una palabra en un diccionario cuyo significado se ha borrado. Estoy igual de hueca que un árbol podrido.

A la señorita Salma R le empezaron a caer las lágrimas.

—Haré lo que sea por ti —le juró Nargis Kumari—. Tú siéntate aquí y llora. Yo me haré cargo de todos los deberes y disposiciones necesarios.

Al cabo de unos días a la señorita Salma R le llegó la voz de que Nargis Kumari había estado en la casa de Juhu probándose los vestidos más caros de la difunta y llevándose muchos, junto con las joyas a juego. La señorita Salma R la llamó para hablarle del tema.

—Pero tú no querías nada, ¿verdad? —le replicó sin vergüenza alguna Nargis Kumari—. Así que me puedo quedar con estos pocos recuerdos de mi amiga del alma para tenerlos cerca del corazón, ¿no?

La señorita Salma R colgó sin contestar.

Después de llorar a su madre muerta le empezaron los cambios de humor, como si la magia del duelo los hubiera transferido de la mente difunta a la viva. A partir de aquel momento se encontró a sí misma en la misma montaña rusa emocional en la que habían pasado sus vidas su madre y su abuela. No había forma de escaparse de la bioquímica de la dinastía. En la familia de la señorita Salma R, la oscuridad siempre estaba presente, sentada como una pantera en el rincón de la sala, esperando el momento oportuno.

Poco después fue a visitarla el productor televisivo americano, para tentarla con un sueño californiano. Al principio no se dejó encandilar.

—En la industria de esta ciudad —le contó al americano mientras bebían cócteles en su balcón de Christmas Eve— hay seis chicos y cuatro chicas, y para que una película sea grande tiene que haber por lo menos uno de cada, y preferiblemente uno y dos. Los ingresos anuales por taquilla dependen de lo que elijamos. De manera que es una carga y debemos ser responsables. Nuestras decisiones afectan al sustento de miles de personas. Por eso no me resulta fácil aceptar su serie de televisión.

El americano había hecho un largo viaje para hacer lo que requerían todas las ultraestrellas de Bollywood: «narrarles» en persona la idea de la serie. La señorita Salma R le ofreció samosas, *gulab jamun* y dirty martinis (sin hielo, con aceitunas) y lo escuchó con seriedad enorme y unos ojos como platos, usando la misma expresión enormemente seria y de ojos como platos que tan bien le había funcionado en muchos primeros planos. Era una expresión análoga a la cara de póquer del mejor jugador de cartas. El americano no sabía decir si estaba extremadamente interesada, ligeramente interesada o no interesada en absoluto en su producto. Volvió a intentarlo:

—Sé que se muere usted de ganas de ampliar sus registros dramáticos —dijo. Ella asintió fervientemente con la cabeza, pero con los ojos una pizca desenfocados—. Tanto a nivel creativo como en términos de su alcance y penetración.

Al oír aquello a la señorita Salma R se le cayó un poquito la máscara. *Penetración, alcance:* palabras fascinantes. El hombre había conseguido su atención.

—Sé que sus películas son enormes en el mundo árabe y en el Lejano Oriente, además de aquí —continuó el americano—, y que sus interpretaciones en el teatro recaudan fortunas.

«“Recaudan fortunas” —pensó ella—. Qué palabras tan exactas, tan verdaderas. Este hombre es inteligente.»

—Nuestra serie se emitirá por *streaming* en el mundo entero —dijo el americano—. Será usted el amor y la obsesión de los gauchos de la pampa argentina, de los vaqueros de Wyoming, de los cantantes de reguetón puertorriqueños y de los campeones de boxeo de Las Vegas. La desearán los adolescentes de las universidades, los abuelos suspirarán por que fuera usted su nieta en las grandes ciudades y en los pequeños pueblos del campo, desde Johannesburgo hasta Vancouver. Habrá cientos de millones de hombres ordinarios, hombres humildes con trabajos no cualificados, hombres de fortunas reducidas, quizá incluso desempleados, para quienes usted será su mayor tesoro, y cuyas vidas insignificantes y de bolsillos vacíos enriquecerá usted cuando se traguen temporadas enteras de su serie en la oscuridad.

—Y chicas también —murmuró ella.

—Chicas también, claro —ratificó el americano—. Será usted modelo de conducta y poderosa representante para las chicas del mundo entero. Si me permite la expresión, usted lo petará en nombre de ellas.

Ella quería petarlo en nombre de las chicas.

—Pero hay ciertas cosas que me preocupan, y debería decirlo ahora, ¿verdad?, porque cuando llegemos a los platós ya deberíamos estar en sintonía sobre todo.

El americano se sentó con la espalda muy recta.

—Sí, por supuesto —dijo.

—En la página treinta, aquí —señaló—, mi personaje está en el cuarto de baño y parece que está, perdóneme, masturbándose.

—Se puede arreglar —repuso el americano.

—Mi personaje no se masturba —dijo la señorita Salma R—. Mi personaje lo peta.

—Por supuesto —convino el americano.

La señorita Salma R decidió no explicar nunca las fuerzas que la habían llevado a marcharse de su país a los veintipico años y en pleno clímax de su popularidad en el cine indio (y era ciertamente popular, aunque no tan querida como su madre y su abuela), para buscar una nueva fortuna en la otra punta del mundo. Le gustaban su ciudad natal y su vida allí. Y, sin embargo, se marchó. Hubo quien dijo que su relación con su país se había agriado después de la muerte de su madre. Hubo voces que echaron la culpa a su «ambición y codicia desbocadas» y hasta voces llenas de rencor que la describieron como «desarraigada, llena de odio a sí misma, intoxicada por Occidente y carente de talento» y que pidieron el boicot de sus películas indias. Aquellas voces sugerían que, si tuviera marido, éste le podría inculcar un poco de sentido común a palos. La generación del Netflix-y-apalunque era menos moralista y tenía ganas de verla en sus portátiles. En opinión de esta generación, su verdadera migración había sido de la gran pantalla a la pantalla del ordenador, no de Bombay/Mumbai a Los Ángeles, una migración que a sus ojos la ponía todavía más de moda. Ella misma no tenía muy claras sus propias motivaciones. Había empezado su reunión con el americano decidida a rechazar sus propuestas, pero para cuando se acabó ya había aceptado su oferta. Quizá la tensión interminable entre hindús y musulmanes en la ciudad había activado una tensión entre lo hindú y lo musulmán dentro de su propio yo mestizo y necesitara alejarse de aquella vieja disputa, cambiar aquella narración, no estar más en aquella historia. Quizá no fuera una cuestión de religión. Quizá su espíritu fuera más aventurero de lo que ella era consciente. Quizá hubiera algo en ella que quería ponerse a prueba frente a los desafíos de un mundo más amplio. Quizá ponía en duda su propio valor y no iba a ser capaz de considerarse valiosa a sí misma si no aceptaba aquel desafío. Quizá en el fondo realmente fuera una jugadora profesional y aquélla era su ruleta.

Había un personaje, una historia, que estaba ausente de todas las explicaciones. Hablo del hombre al que tres generaciones de mujeres primero habían amado y después rechazado. Él nunca contaba aquella historia. Ni él ni Salma R habían abordado nunca la cuestión de por qué lo habían echado de la mansión de Juhu al morir Anisa y por qué nunca había vuelto a tener contacto con su nieta durante el resto de su vida. Había renunciado a su práctica médica, se había ido de peregrinación a La Meca y había vuelto para vivir el resto de sus días en silencio, un asceta en un hogar mucho más humilde que la residencia de estrella de cine que había ocupado durante la mayor parte de su vida.

Al principio la señorita Salma R iba y venía entre los dos -Wood, de Bolly- a Holly-, pero a medida que su estrella ascendía en Occidente sus viajes a Oriente se volvieron más escasos y por fin se interrumpieron del todo. El *showrunner* americano había mantenido su promesa. Su drama de espionaje *Cinco Ojos* había resultado ser el éxito más grande desde el último éxito más grande,

y todavía más grande, de hecho, y también más grande que el gran éxito que vendría después. El nombre del personaje de ella fue escrito de forma deliberada para ser un eco del suyo, elegido deliberadamente para desdibujar la distinción entre la actriz y su personaje en la pantalla. En la serie se llamaba Salma C. La C era un chiste privado, un homenaje a la inicial con que se llamaba al director del servicio de inteligencia británico. El chiste no se explicaba porque en *Cinco Ojos* el personaje de ella trabajaba para la inteligencia americana y cualquier asociación con el MI6 habría confundido al público, a quien la serie quería desconcertar y confundir, pero no de aquella manera.

Los espías estaban volviendo a ser noticia. Al terminarse la guerra fría, ya sin el enemigo que era la Unión Soviética, hubo una época en que eran algo anticuado, y después del 11-S parecieron tontos y poco preparados. La expansión del sistema de cooperación de los Cinco Ojos entre las naciones de habla inglesa era el intento de los servicios de inteligencia occidentales de seguir siendo relevantes, y en *Cinco Ojos*, «Salma C», con su experiencia en guerra cibernética, ascendía rápidamente por los escalafones velados del mundo oculto. En la primera temporada interpretaba a la mujer invisible, a la directora de contraterrorismo de Estados Unidos, que tenía rango de embajadora. Su trabajo era tan secreto que su existencia misma no se podía confirmar en público, ni tampoco se podía imprimir su nombre ni hacer públicos sus movimientos. Llevaba trajes de ejecutiva y unas gafas de aviador características, y tenía una relación espantosa con el viejo hombre blanco que dirigía la CIA y que la deseaba sexualmente de la manera más desagradablemente anticuada y al mismo tiempo se burlaba de su preocupación por el hecho de que los ciberterroristas pudieran ser los nuevos enemigos más poderosos a lo que América tenía que hacer frente; cuando lo asesinaban en el episodio final de la temporada, ella pasaba por encima de su cadáver y se quedaba con su cargo. En las temporadas siguientes conseguía crearse un personaje en la pantalla que resultaba al mismo tiempo patriótico, implacable y adorablemente empollón, de tal manera que la mitad del país se enamoró de ella y la otra mitad se deleitaba en el miedo que daba.

El mundo de los servicios de inteligencia, dentro de *Cinco Ojos* y fuera, regresó a los titulares cuando se encontró en conflicto no sólo con sus enemigos habituales, sino también con un obstinado presidente americano. En respuesta a los acontecimientos reales, la serie presentaba a un jefe del ejecutivo completamente imaginario que estaba obsesionado con las noticias de la televisión por cable, que se mostraba indulgente con una masa de votantes supremacistas blancos y que había jugado al golf con el predecesor de Salma C y le había hecho comentarios machistas sobre las chicas. Aquel presidente completamente de fantasía se quedaba consternado con el acceso de Salma C al trono de Langley. Su odio ficticio a los inmigrantes lo llevaba a pensar en aquella directora morena y mujer de la CIA como alguien que no era de confianza y que seguramente tampoco era americana, y su incapacidad ficticia para centrarse en los detalles complejos comportaba que lo dejara perplejo el dominio que ella mostraba de los nuevos argots de la ciberhabla, el *hacking* y las IA, y que tradujera aquella perplejidad en furia, de manera que Salma C siempre corría peligro de perder su trabajo. En un episodio le decía al presidente de la serie que los nuevos procedimientos de ciberinvasión que amenazaban los protocolos de seguridad de internet, además del sistema de voto americano, y por ende la democracia, se podían

comparar con ciertos cefalópodos que eran capaces de disfrazarse con tanta eficacia de coral que los seres humanos no podían distinguirlos. El presidente americano le bramaba con la voz que solía usar habitualmente para disfrazar su incomprensión:

—¿Mejillones? ¿Ahora tengo que hablar de mejillones? ¿Tenemos putos mejillones hostiles infiltrándose en nuestros sistemas?

—Pulpos —decía «Salma C» en voz baja, y el actor que interpretaba al presidente se ponía tan rojo que a los espectadores les parecía posible que pudiera literalmente explotar.

Después de aquel episodio se hicieron virales en internet las imágenes de la cara de Salma C con un bocadillo de diálogo que decía «Pulpos» y se vendieron muy bien las camisetas con la palabra PULPOS. Las mujeres de toda América y de otras partes empezaron a decirse «pulpos» ente ellas para aludir a la estupidez masculina, y los progres de ambos géneros y de todos los géneros intermedios usaban la palabra para representar la estupidez de la derecha. Una caricatura de la señorita Salma C a lomos de un pulpo gigante que aplastaba la Casa Blanca se convirtió en la imagen de portada del *New Yorker* más popular del año. En la revista *Time* la representaban como una diosa india de muchos brazos, pero con tentáculos en vez de brazos, la Mujer Pulpo cuyo beso era irresistible, a pesar de que mataba a los hombres a los que se lo otorgaba.

La serie duró cinco temporadas y al final de la última la señorita Salma R se quitó la piel de su *alter ego* Salma C y emergió como superestrella plenamente formada. Fue en aquel momento cuando decidió, contra todos los consejos, dejar de lado su carrera de actriz, abandonar Los Ángeles y la industria del cine y mudarse a Nueva York para hacer de presentadora de un programa de entrevistas diurno de una de las grandes cadenas de televisión, cuatro días por semana: un programa del que era personalmente dueña, a fin de no tener que trabajar nunca más para nadie. Fue también en aquel momento cuando les reveló su independencia absoluta y su poder personal a aquellos individuos que se creían responsables de su éxito, que estaban convencidos de que ella se lo debía todo y de que, por tanto, eran sus dueños, aquellos hombres que sabían que no se la follarían nunca y que, por tanto, intentaban poseerla de otras maneras, los agentes, mánager, abogados, *showrunners* y ejecutivos de producción, los publicistas personales, los publicistas de la serie, los ejecutivos de la compañía de *streaming*, así como todos aquellos individuos excelsos a los que no se nombraba nunca pero que estaban en la base de todo, que roían como Nidhogg las raíces del Árbol del Mundo; es decir, los ricos, superricos y ultrarricos que poseían a la gente que poseía a la gente que poseía la compañía que poseía la serie que la había convertido en quien era. Sin hacer caso de toda aquella gente, lanzó su propio programa y en menos de tres años ya era la mujer más influyente de América, a excepción, claro, de Oprah, que enseguida nombró a la señorita Salma R su única posible heredera, y con aquel nombramiento la mantuvo con firmeza en el segundo lugar.

Todos los detalles de su nueva encarnación eran como la señorita Salma R los había ordenado, salvo uno. Ella había querido llamar a su programa *Cambiar la historia de América*, o quizá, más conciso, *Cambiar América*. Pero el único americano en el que confiaba, el que había ido a verla a Mumbai/Bombay y la había convencido para que se mudara a la otra punta del mundo y se tirara desde el borde del acantilado a lo desconocido, y que ahora era el presidente de su compañía, le dijo que aquéllos eran títulos espantosos, pedantes y olvidables para la élite progre. Ella defirió del americano en aquel único punto, de forma que el programa terminó teniendo un nombre más sencillo, el de ella: *Salma*.

Las oficinas del programa, situadas en un almacén reconvertido del sur de Manhattan, estaban abarrotadas, porque la cantidad de personas necesarias para abrir, leer, separar en categorías y evaluar el correo que llegaba a espuertas todos los días se había elevado a más de trescientas sesenta y cinco, y la atención de aquella gente tenía que dividirse entre los mensajes que llegaban a la página web y a las redes sociales y la correspondencia física, que todavía suponía la mayor parte del material que entraba, y que requería una flota entera de carretillas elevadoras para llevarla desde los furgones de reparto a la planta de los lectores de correo, trescientas sesenta y cinco sacas al día, un año entero de sacas de correo que llegaba cada mañana del año sin falta. Estaba claro que no había ser humano capaz por sí solo de mantener el control sobre aquella avalancha de correspondencia, y sus ejecutivos le dijeron a la señorita Salma R que cribarían y seleccionarían una cantidad manejable de cartas para que ella las viera en persona, porque para que pudiera sentarse con cada uno de los trescientos sesenta y cinco primeros lectores a fin de juzgar qué cartas, e-mails, mensajes de texto y tuits merecían respuesta, invitación al programa o incluso un programa entero habrían hecho falta más horas de las que tenía el reloj, y eso habría requerido manipular las leyes mismas del tiempo, a lo que ella respondió: «Pues entonces eso es lo que va a pasar, porque eso es lo que necesito hacer». El lunes era el único día entre semana en que no se emitía el programa, y por consiguiente, debido a la fuerza de voluntad de la señorita Salma R, todos los lunes quedaron suspendidas las leyes del universo en el edificio de oficinas de *Salma*, de tal manera que, además de hacer todo el trabajo de preproducción de la semana, la señorita Salma R tenía tiempo suficiente para visitar las trescientas sesenta y cinco mesas del correo y tomar decisiones acerca de todas y cada una de las cartas recibidas. Crispados por el absolutismo temporal de la señorita Salma R, los relojes renunciaron a discutir y dejaron de intentar marcar las horas de la manera normal, de tal forma que cuando la gente los consultaba para ver qué hora era, los relojes les mostraban la hora que fuera que quisieran ver, y a pesar del caos cronométrico que provocó esta abdicación, siguieron permitiendo que todo el mundo llegara a sus casas a tiempo.

A la señorita Salma R le encantaban las cartas de América. En la mayoría de ellas, las mujeres le confesaban sus secretos, sus preocupaciones por su peso, por sus maridos, por sus jefes salidos, por sus enfermedades, por sus hijos y por su pérdida de fe en un futuro en que las cosas fueran mejores que ahora, y también los hombres le susurraban a su manera poco educada emocionalmente acerca de sus incapacidades, tanto sexuales como profesionales, de sus miedos por sí mismos y por sus familias, de su hostilidad hacia otros americanos que no compartían sus puntos de vista y de sus sueños con mujeres glamurosas y coches nuevos. Recaía en ella aliviar la angustia de América, calmar sus furias y celebrar sus amores. Sentía debilidad por las historias de inmigrantes recientes y de vez en cuando las presentaba en una sección especial titulada «¡Inmi-grandes!».

Su público del plató era la encarnación de las cartas. Ella acariciaba a sus mascotas, se comía lo que le habían cocinado, los felicitaba por el éxito de sus cambios de sexo y por los resultados de sus exámenes, alababa a sus dioses junto con ellos y se los presentaba a los famosos que llegaban sonrientes y contando anécdotas graciosas durante todo su tiempo de estudio. Las cartas le mostraban que el éxito material de América había empobrecido las vidas espirituales de los americanos, pero ella también veía que el éxito no estaba ni mucho menos distribuido de manera equitativa entre todo el ancho y populoso país, y la ausencia de bienestar material también

resultaba espiritualmente empobrecedora. La señorita Salma R era dada a abrazar y besar, y a pesar de su juventud enseguida se la consideró sabia, puesto que la América de las cartas era un lugar en constante búsqueda de una mujer sabia a la que escuchar, siempre en pos de una voz nueva que hiciera que sus vidas volvieran a parecer plenas. Corrían malos tiempos en todas partes y ella traía la alegría. La avalancha de cartas la ayudaba a creer en su propia recompensa. Sus brazos se extenderían para calmar la totalidad del dolor de América. Su regazo sería la almohada de América. Las cartas le permitían realizar todo el potencial interior que tenía. (Tenía sus propios demonios que combatir, por supuesto, pero cuando se ocupaba de los demonios de América los suyos propios parecían retirarse, al menos temporalmente. Acerca de sus demonios habrá más que decir en breve.)

Las dos categorías de carta que eran distintas de todas las demás eran las cartas de amor y las cartas de odio. De éstas, las cartas de gente que la odiaba eran más directas y le preocupaban menos. Gente loca, chiflados religiosos, gente envidiosa, gente que la convertía en la encarnación de sus insatisfacciones, racistas, misóginos, la panda de siempre. Aquéllas se las pasaba al equipo de seguridad y se las borraba de la cabeza. Sus amantes a distancia la inquietaban más. Muchos en realidad estaban enamorados de sí mismos y le daban a entender que le estaban haciendo un favor al concederle su amor. Otros simplemente daban por sentado que su estrategia sería recibida de manera favorable. Y luego estaban los que suplicaban. Cuando incluían fotografías, solía ser mala idea. Especialmente mala idea cuando las fotos eran pornográficas. Las cascadas de jactancias, presunciones y súplicas desesperadas la deprimían por la imagen de sí misma que veía reflejada en aquellas miradas obsesivas. ¿Acaso era tan poco profunda que aquella gente incapaz de nadar creía que podía chapotear en plan perrito en sus aguas? ¿Acaso era tan bidimensional que pensaban que la podían doblar y guardársela en el bolsillo? Quería saber cómo la veían los demás, pero aquel aspecto de su aprendizaje la llenaba de pesadumbre.

Algunas de las cartas de amor todavía iban dirigidas a su personaje de *Cinco Ojos*, Salma C. Eran las cartas cuyos autores parecían más hundidos en la fantasía, identificándose como agentes secretos, dobles o triples, o aspirantes a miembros del mundo secreto, y ofreciéndole a modo de credenciales detalles de patriotismo, su habilidad con armas de fuego o su capacidad para pasar desapercibidos entre una multitud. Ella tenía que amarlos, decían aquellos devotos (y devotas) de *Cinco Ojos*, porque ¿quién la podía entender mejor que ellos? «Somos lo mismo —declaraban aquellos amantes—. Soy como tú.»

Los mensajes que le llegaban al perfil de Twitter estaban escritos en su mayoría con seudónimo, obra de hombres vírgenes con granos de quince o de cuarenta y cinco años que vivían con sus padres en Woop Woop, Arkansas, o en Podunk, Illinois. Todos rayaban en el analfabetismo o caían de lleno en él. América ya no les enseñaba ortografía a sus amantes. Tampoco les enseñaba letra ligada. La caligrafía cursiva se estaba volviendo igual de obsoleta que las máquinas de escribir y el papel carbón. Aquellos amantes que escribían en mayúsculas de palo ya nunca serían capaces de leer las cartas de amor de generaciones anteriores. La cursiva podría ser perfectamente marciano, o griego. Por aquellos corresponsales la señorita Salma R, cuya especialidad era la empatía, era culpable de sentir una pizca nada más de desprecio.

Muy muy de vez en cuando llegaba alguna carta que no era como las demás, como una categoría intrusa de *Barrio Sésamo*. Cuando esto pasaba, la señorita Salma R (quizá sólo un momento) le dedicaba su atención plena. La primera carta que le llegó de la persona que firmaba

«Quijote» era una de aquellas misivas. Lo que llamó inmediatamente la atención de la señorita Salma R fue la preciosa caligrafía. La pluma que había escrito aquellas palabras era un instrumento de punta gruesa, una pluma que respetar, que permitía al autor crear letras decorativas perfectas, como si estuviera escribiendo un anuncio de boda o invitándola a un baile de debutantes. También el texto en sí resultaba inusual. Era una de las escasas cartas de amor que ni resultaban ampulosas ni suplicantes, y que no daba nada por sentado acerca de ella.

Mi querida señorita Salma R:

Con esta nota me presento ante usted. Con esta mano le declaro mi amor. En tiempos por venir, cuando yo esté más cerca de usted, verá que soy sincero y que será usted mía. Es usted mi Grial y ésta es mi búsqueda. Inclino la cabeza ante su belleza. Soy y seré siempre su caballero.

Una sonrisa me envía,

QUIJOTE

El papel en el que estaba escrito aquel mensaje con tan buena caligrafía era la vulgar antítesis de la escritura, un papel de notas barato de habitación de motel con la dirección arrancada. De aquellas pistas escasas la señorita Salma R dedujo que se trataba de un hombre, un hombre de los tiempos de la caligrafía a mano, dueño de una buena estilográfica, que estaba atravesando malos tiempos y veía demasiado la tele porque se sentía solo. Del alias que había elegido dedujo también que tenía cultura y que muy probablemente, a juzgar por su modo de expresarse, no había estudiado en América. Hasta llegó a suponer que el autor tenía esto en común con ella: que el inglés no había sido su lengua materna ni la que había oído en la cuna, sino algo aprendido más tarde. Lo sugerían tanto la sintaxis (el inglés americano tenía una construcción mucho más informal) y la ortografía (que era inverosímilmente perfecta). El único elemento desconcertante era la despedida, «una sonrisa me envía», con su falta de dominio de la gramática inglesa. A nuestro bobo protagonista le habría agradado y también lo habría dejado estupefacto saber que aquellas sesenta y cuatro palabras, sesenta y cinco incluyendo su firma seudónima, que él creía que preservaba a su alrededor la capa de invisibilidad con la cual de momento prefería mantenerse escondido, habían revelado tanto de él. La señorita Salma R se había fijado en él y se había centrado en su carta: eso era bueno. Pero había sido como si lo tuviera delante desnudo y esmirriado: eso no era bueno. En cualquier caso, él no tenía ni idea de nada de aquello, de manera que dejémoslo de momento en su estado de inocencia, esperando el favor y creyéndose desconocido. También podemos protegerlo del conocimiento de lo que dijo a continuación la señorita Salma R.

—Deja esto donde podamos encontrarlo —le pidió a la becaria en cuya mesa había aterrizado la carta de Quijote—. Me da mala espina. Avísame si vuelve a escribir.

Luego se terminó el lunes y salió del edificio hasta el Maybach que la esperaba, se desplomó en el asiento trasero, se llevó a los labios el dirty martini (sin hielo, con aceitunas) que la esperaba en el apoyabrazos y se olvidó por completo de Quijote.

—Buenas noches, señorita Daisy —le dijo su chófer a modo de saludo.

—Para de decir eso, Hoke —le contestó ella—. Me estás cabreando.

CAPÍTULO 4

La Hermana de Hermano rememora su pelea y se ve involucrada en un altercado distinto

Inglaterra es otro país. Allí hacen las cosas de otra manera.

Sí: nos toca ahora pasar una temporada entre el pueblo inglés, que durante tanto tiempo se consideró el más pragmático y sensato de los pueblos, pero que en la actualidad se encuentra desgarrado por una descabellada y nostálgica decisión sobre su futuro, y en concreto, en Londres, antaño la más agradable de las ciudades y ahora completamente desfigurada por las torres de apartamentos vacías de la clase rica internacional, de los chinos, los rusos y los árabes que estacionaron su dinero en esos edificios como si fueran aparcamientos y el dinero una flota de automóviles invisibles. Y en Londres, en una calle del oeste de la ciudad, en un barrio antaño conocido por sus bohemios melenudos, sus antillanos y sus tiendecitas excéntricas, pero que no tardó en volverse demasiado caro salvo para la gente acomodada de pelo corto, y su extravagancia en ser reemplazada por las insulsas fachadas de las tiendas de trapos y los restaurantes chics, y en cuanto a los antillanos, ya hace mucho tiempo que fueron empujados a los márgenes, y ahora, por culpa de esa decisión descabellada y nostálgica sobre el futuro del país, el barrio vuelve a afrontar incertidumbre y hostilidades. Una vez al año un carnaval solía abarrotar las calles de aquel barrio, moldeado sobre las costumbres de las lejanas Jamaica y Trinidad, pero ahora la cultura mestiza que el carnaval celebraba había cambiado, y parecía —o por lo menos se lo parecía a cierta gente entristecida— un doloroso recordatorio de los tiempos de antes de que el país se rompiera por la mitad. Y, sí, admitámoslo, los otros dos países de nuestra historia también estaban rotos del todo, e igualmente llenos de rencillas, y tenían más violencia. En uno de aquellos otros países la policía blanca mataba con regularidad a ciudadanos negros, o bien los detenía en vestíbulos de hoteles por el crimen de llamar por teléfono a sus madres, y en las escuelas se asesinaba a niños porque había una enmienda a la Constitución que facilitaba que se asesinara a los niños en las escuelas, y en el otro país a un hombre lo habían linchado los fanáticos de las vacas sagradas por el crimen de tener algo que les había parecido ternera en su cocina, y en un templo hindú se había violado a una niña de ocho años de familia musulmana para enseñarle una lección a la población musulmana. De manera que aquella Inglaterra quizá no fuera el peor país al fin y al cabo, y quizá aquel Londres no fuera la peor ciudad a pesar del aumento de los delitos con armas blancas, y quizá aquel barrio del oeste de Londres siguiera siendo un barrio agradable para vivir, y quizá las cosas mejorarían con el tiempo.

Una interjección, amables lectores, si me lo permitís: se podría argumentar que las historias no deberían desperdigarse de esta manera, que tendrían que estar asentadas en un lugar u otro, echar raíces en ese lugar y florecer en ese suelo singular, y, sin embargo, muchas de las historias

de hoy en día pertenecen y deben pertenecer a esta categoría plural porque una especie de fisión nuclear ha tenido lugar en las vidas y en las relaciones humanas, las familias se han dividido, millones y millones de nosotros hemos viajado a las cuatro esquinas del globo (que es esférico, cierto, y por tanto carece de esquinas), ya sea por necesidad o por elección. Y esas familias rotas quizá sean las mejores lentes que tenemos a nuestra disposición para contemplar este mundo roto. Y dentro de las familias rotas hay gente rota, rota por la pérdida, la pobreza, los malos tratos, el fracaso, la edad, la enfermedad, el dolor y el odio, y que sin embargo, a pesar de todo eso, intenta aferrarse a la esperanza y al amor, y esa gente rota —¡nosotros, la gente rota!— quizá sea el mejor espejo de nuestra época, esquivas relucientes que reflejen la verdad, allá adonde viajemos, allá donde aterricemos, allá donde permanezcamos. Porque los inmigrantes nos hemos convertido en algo parecido a esporas de semillas, transportadas por los aires, y atención, la brisa se nos lleva a donde quiere, hasta que nos afincamos en suelo extranjero, donde muy a menudo —como por ejemplo ahora, en esta Inglaterra descabelladamente nostálgica de una edad de oro imaginaria donde todas las actitudes eran anglosajonas y donde todas las pieles eran blancas— se nos trata con hostilidad, por hermosos que sean los frutos que cuelgan de las ramas de los huertos de frutales en los que nos convertimos al crecer.

Resumiendo: aquí, en este barrio del oeste de Londres, podemos colarnos en un espacioso apartamento situado encima de un restaurante, ¡que resulta ser el mismo restaurante desde el que durante muchos años se organizó el carnaval! El apartamento tiene dos plantas y una azotea enorme, una fusión de pisos contiguos con la anchura de dos casas adosadas. La planta baja ha sido remodelada en forma de espacio único de techos altos y lleno de luz, y en la cocina abierta y bar de la esquina nordeste de ese espacio enorme, preparándose un dirty martini (sin hielo, con aceitunas), podemos ver ahora a Hermana —sí, la hermana del autor, la Hermana de Hermano—, inmigrante, claramente, indostaní, obviamente, y también abogada de éxito entregada a los temas de derechos civiles y humanos, luchadora incondicional por las minorías y por los afectados por la pobreza urbana, que ha dedicado una buena parte de su carrera al trabajo *pro bono*, y no sería ninguna exageración decir que quizá esté formulando, como formula a menudo, la clase de pensamientos que hemos esbozado más arriba. Quizá lo único que haga falta decir de su apariencia es que la decisión de dejar de teñirse el pelo la tomó hace poco, y que ha tenido que acostumbrarse a la desconocida de pelo blanco que ve en el espejo; a que su madre, podríamos decir, le devuelva la mirada desde el pasado y a través del espejo. Y ahora que ya la hemos presentado y le hemos puesto un poco de contexto, dejémosla que se beba su copa vespertina y que espere a sus invitados de la cena, mientras nos retiramos a la intimidad de estas páginas para contar su historia.

A veces Hermana se acordaba de su Hermano, pero normalmente con una especie de exasperación despectiva. Lo había guardado en una caja en el ático de sus recuerdos, junto con el resto de su juventud: el mundo de Bombay, la radiogramola, los bailes. La sensación de estar siempre por detrás de su hermano, que recibía privilegios que no se le ofrecían a ella. De aquella trampa había salido como había podido, tomando decisiones que sus padres no habían querido que tomara (se contará más de estas decisiones a su debido tiempo), obteniendo importantes becas para pagarse la educación jurídica en Gran Bretaña que sus padres no habían querido que tuviera. Y ahora,

después de una carrera larga y distinguida, sus raíces estaban allí, en aquel apartamento, en aquella calle, en aquel barrio, en aquella ciudad y en aquel país, pese a todos sus defectos. El viejo mundo se había esfumado, y junto con él sus padres y su Hermano. La infancia no era más que una historia que contar a los invitados de la cena: una historia sobre las hipocresías y los dobles raseros de la supuestamente librepensadora intelectualidad india. Se había marchado de allí con determinación y había construido su propia vida. O eso se decía a sí misma la mayor parte del tiempo. Pero la verdad era que todavía sentía el pasado moviéndosele por la sangre como si fuera una trombosis. Era posible que un día de éstos le llegara al corazón y la matara.

Tras la muerte de sus padres, había recaído en ella, en calidad de hermana «eficiente», tratar con todo lo que había que tratar —estaba claro que un autor de segunda fila de novelas de espías era demasiado Artista para involucrarse—, y al terminar con todo, una vez enterrada su madre e incinerado su padre, se había encargado de vender las propiedades familiares, había encontrado propietarios nuevos adecuados para Zayvar Hermano y para Pasteles y Antigüedades y había organizado un memorial al que se había presentado lo más distinguido y granado de la ciudad para contar anécdotas graciosas sobre sus padres y homenajearlos como ellos habrían querido, con bailes. Y por fin, con todo ya hecho, después de que ella organizara lo que Hermano había denominado toscamente «el reparto del botín», él la había llamado por teléfono por última vez y le había dicho algo imperdonable.

—¿Qué es esto?

—¿Qué es qué?

—Esta transferencia que me acaba de llegar a mi cuenta.

—Es tu parte.

—¿Mi parte de qué?

—Ya sabes de qué. De todo.

—¿Mi parte de la propina del guardarropía? ¿Mi parte de la hucha? ¿Mi parte de la calderilla que llevaban en el bolsillo? ¿Mi parte del valor de la radiogramola? ¿Mi...?

—Tu cincuenta por ciento del patrimonio.

—¿Y cuál es tu parte? ¿El noventa y cinco por ciento?

—Ya veo. Me estás acusando.

—Pues claro que sí, joder. Me ofreces cuatro chavos y me dices que es una fortuna. Me das una falsificación barata y me dices que es la *Mona Lisa*. Me mandas una llovizna y me dices que es un monzón. Me das un saco de basura y me dices que son diamantes. Eres una estafadora. Eres una estafadora tan codiciosa que ni siquiera te molestas en intentar que tu estafa parezca convincente. Me dan ganas de convocar una rueda de prensa y contarle al mundo cómo la eminente Hermana, la prominente guerrera por los derechos humanos, la valedora de los desfavorecidos, la puta paladina de las minorías étnicas británicas con su puta armadura brillante, la puta Lancelotta de piel oscura, la mejor amiga de los pakis, la india honoraria de las Antillas, la mujer a la que acudes cuando algún país africano necesita que le escriban una Constitución, la heroína de la libertad de expresión, la oponente imparcial del fanatismo religioso y del racismo blanco, la Boudica poscolonial, es una maleante ordinaria que se ha embolsado la herencia familiar. Dame el resto de mi puto dinero o te veré en las portadas de la prensa.

La furia era la debilidad de Hermana. Y ella lo sabía. Por eso la mantenía sepultada bien hondo, en las raíces mismas de su ser: porque si la soltaba se volvía verde, reventaba su camisa y se convertía en el Increíble Hulk. Y no se le escapaba a menudo. Pero esta vez sí. La furia de Hermano era una función de aficionados comparada con la de ella. Se había traído un cortaplumas a un tiroteo. Cuando ella se puso a hablar, cuando Hulk le salió rugiendo de la garganta, él se quedó callado. Y Hermana no se cortó. La amenaza que había hecho Hermano era grave. El hecho de que la carne de su carne lanzara aquella acusación en público causaría un daño inmenso. El fango la cubriría y a sus oponentes políticos, que eran muchos, debido a los casos públicos tan mediáticos en los que ella litigaba, les encantaría aquella oportunidad para atacarla. Corrían los tiempos de las farsas de juicio de las opiniones instantáneas, en los que a menudo la acusación equivalía al veredicto de culpable. No podía permitirse ninguna respuesta moderada. Necesitaba destruir la voluntad de seguir adelante de Hermano, infundirle en el corazón un terror real e imposible de erradicar, lo bastante fuerte como para hacer que se echara atrás y cerrara su codiciosa boca para siempre. Estuvo hablando once minutos sin pausa. Sintió cómo el miedo de su hermano le llegaba rezumando por la conexión telefónica, miedo digital, miedo por wifi, miedo del siglo XXI. Por fin le dijo:

—No dudes ni un momento de que haré lo que haga falta para defender mi buen nombre. *Lo que haga la puta falta.* —Y le colgó.

No hubo rueda de prensa. No hubo más comunicación. Y pasaron diecisiete años, y allí estaba ella ahora, bebiéndose su dirty martini (sin hielo, con aceitunas), esperando a sus eminentes invitados, y perdida, de repente, en el pasado.

Ser abogada en tiempos sin ley era como ser payaso entre gente sin sentido del humor: es decir, o era completamente redundante o bien completamente esencial. Últimamente Hermana no tenía claro cuál de las dos opciones la describía mejor. Era una idealista. Creía que el imperio de la ley era uno de los dos cimientos de una sociedad libre, junto con la libertad de expresión. (Ésta era la clase de comentario que no se hacía muy a menudo en la sociedad londinense blanca por miedo a sonar moralista y «sermoneador»). También era un comentario que, si se hacía en círculos de gente negra o morena, podía provocar una serie de risotadas estridentes de escepticismo.) En consecuencia, la dirección que había tomado el mundo durante su vida le preocupaba. Tanto la legalidad como la libertad eran objeto de ataques en todas partes. El deterioro de la sociedad india a manos de todos aquellos matones le hacía pensar de manera todavía más ferviente que ya no quería tener nada que ver con aquel país cada vez más horrible, pero al mismo tiempo le dolía mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Las convulsiones continuas en América la asqueaban, y la vulnerabilidad de los inmigrantes a los abusos y a cosas peores ya formaban una parte cada vez mayor de su agenda diaria, allí. En un día malo (de tres martinis), bordeaba la desesperación y se decía a sí misma que después de tantos años no le quedaba más remedio que admitir que había malinterpretado el país del que ahora era ciudadana y que ella consideraba el suyo. Había estado convencida de que era un sitio razonable, tolerante y de buen trato, un buen sitio donde vivir, y ahora descubría que también era —o no *también*, sino *en realidad*— estrecho de miras, presa de delirios y, para la gente que carecía de esa gran virtud que es un color de piel aceptable, un sitio nada cómodo para vivir. Cuando se sumía en esos estados de ánimo, su marido

—el juez del Tribunal Supremo Godfrey Simons— era un pilar que le daba sustento. Allí estaba ahora, bajando la escalera del piso de arriba, donde había estado preparándose para recibir a sus invitados. Esta noche el juez llevaba el vestido largo de Vivienne Westwood, las perlas y los zapatos nuevos de tacón alto. Era una gran noche para su mujer y quería lucir lo mejor posible para ella. Hermana lo aplaudió por lo bajo mientras descendía.

—Estás deslumbrante, Jack —le dijo—. Todo dignidad y glamur. ¡Y los zapatos!

—Gracias, Jack —contestó el juez—. El glamur y la dignidad son nuestra meta.

Se llamaban entre ellos «Jack» en vez de «cariño» o «querido» o «cielo». Era un pequeño hábito privado. Tenían mucho en común. Tenían la misma bebida favorita, en los restaurantes elegían siempre los mismos platos y cuando les preguntaban por sus libros preferidos siempre daban respuestas idénticas sin necesidad de discutirlo: *La montaña mágica*, *Madame Bovary*, *Don Quijote*. ¿Ningún libro inglés? Oh, si quieres a un escritor inglés, sólo hay uno, te contestaban, y luego exclamaban, al unísono: «¡Trollope!». También tenían el mismo gusto en vestidos. Llamarse el uno al otro con el mismo nombre tenía perfecto sentido.

Fuera de casa el juez llevaba trajes de raya diplomática de Savile Row y zapatos a medida, y con su mata de pelo canoso se lo veía espléndidamente judicial. Incluso en casa, la mayor parte del tiempo, vestía de forma convencional: polo de manga corta y pantalones de vestir. Sólo sacaba los vestidos y las joyas cuando venían invitados. Nunca llevaba peluca. No estaba intentando ser una mujer. Era un hombre a quien de vez en cuando le gustaba llevar ropa de alta costura de mujer. Todo el mundo lo sabía y nadie hacía ningún comentario. A fin de cuentas, corría el rumor generalizado de que el príncipe Carlos, gran admirador del mundo islámico, recibía a veces a sus invitados en Highgrove vestido de jeque árabe. Esto no era tan distinto y resultaba mucho más inglés.

Sonó el timbre.

—¿Lista, Jack? —le preguntó a Hermana.

—Lista, Jack —contestó ella.

El gran salón de Middle Temple —el Inn of Court «de ella»— era el sitio donde, en 1601, y quizá el 6 de enero, los hombres del lord chambelán, la «compañía actoral» de Shakespeare, habían representado la primera función de *Noche de Reyes* de la historia delante de la reina Isabel I, la mismísima Gloriana, y de una compañía de invitados vips, algunos de cuyos nombres se repetían en los nombres de los personajes de la obra. Y el propio Shakespeare había interpretado a Malvolio. Cuatrocientos años más tarde, Hermana había estado presente en aquel gran salón cuando una importante compañía teatral había vuelto a representar escenas de aquella producción original a modo de evento central de una gala de recaudación de fondos. La habían sentado a una mesa con varias luminarias del mundo del teatro del West End, pero a su derecha, un estridente y rollizo suboligarca ucraniano que afirmaba amar a Shakespeare («¿Ha visto usted a Innokenti Smoktunovski en la película rusa *Gamlet*? ¿No? ¡Pues qué decepción!») no había entendido la obra («¡Pero si en esta historia no hay reyes! ¡Qué decepción!»), había mostrado su rechazo por todo aquel travestismo y había emitido comentarios transfóbicos («¡Hombres en vez de mujeres! ¡Qué decepción!») y le había estropeado por completo la velada. Al día siguiente Hermana llamó al anfitrión, el director financiero de la compañía teatral, para darle las gracias con cierta frialdad por la invitación.

—No, gracias a *usted* —dijo el hombre.

—¿Gracias a mí por qué?

—Porque esta mañana la persona decepcionada con la que se pasó usted toda la velada hablando nos ha hecho un cheque por valor de novecientas mil libras.

En aquella época era más joven y la gente le decía que era guapísima, aunque ella nunca había estado convencida. En cualquier caso, ésta se había convertido en una de sus anécdotas favoritas, y allí estaba ahora, contándosela a la colección de grandes que se había congregado para ofrecerle un escaño en la Cámara de los Lores y, poco después, el cargo de presidenta de la Cámara Alta británica. Sería la segunda mujer elegida para aquel cargo. Se sintió como si hubiera ascendido al Everest sola y sin oxígeno. Y en el instante mismo de verse coronando aquella cúspide, se encontró a sí misma pensando en Hermano, porque de pronto se le ocurrió que *Noche de Reyes* trataba de un hermano y una hermana que estaban separados y pensaban los dos que el otro estaba muerto. Y después de muchas situaciones de enredo por fin se veían reunidos gozosamente y con amor. Se le hizo un nudo en la garganta cuando se planteó lo distinta que era su situación. El gilipollas de su hermano, que nunca se había disculpado por sus calumnias, jamás se había acercado siquiera a disculparse. Aquel pringado de hermano suyo que a duras penas se ganaba la vida con sus libros de mierda y sin duda estaba cagado de miedo porque, al estar apretándose el cinturón las editoriales en los tiempos duros que corrían, su carrera pudiera terminarse. Su hermano, que la trataba como si estuviera muerta. (La mayor parte del tiempo, lo admitía, ella le devolvía el cumplido.) ¿Cómo se atrevía aquel hermano suyo a inmiscuirse en la gran noche de ella? Era un fantasma, peor que un fantasma, un espectro viviente. ¿Por qué había tenido que elegir justamente aquella noche para atormentarla y aguarle la fiesta?

Mientras emergía de aquella breve ensoñación vio iniciarse una riña entre los lores reunidos. La más joven, la baronesa británico-nigeriana Aretta Alagoa, estaba rememorando uno de los momentos definitorios del inicio de la carrera de Hermana. A principios de la década de 1980 se había declarado un incendio en unas viviendas baratas de protección oficial del norte de Londres y habían muerto siete familias. Poco después, unas doscientas personas habían marchado y habían ocupado la delegación local del ayuntamiento para exigir que se les dieran inmediatamente viviendas seguras y habitables para ellos y para sus hijos. Hermana había acudido allí para ofrecer sus servicios legales y se había convertido de inmediato en la portavoz del grupo, cuyas apariciones mediáticas habían sido enormemente eficaces y habían obligado al distrito local a actuar.

—Entonces te convertiste en una estrella para los que éramos jóvenes —le dijo Aretta Alagoa—. O sea que sería muy muy grande que fueras la primera presidenta de color de la Cámara de los Lores.

Los lores allí reunidos eran de todas las formaciones políticas, a fin de demostrar a Hermana que su posible nombramiento contaba con el apoyo de todo el espectro político. Era una coalición difícil, sin embargo, y ahora el miembro de más edad del grupo, el septuagenario lord Fitch, ex viceprimer ministro conservador, rompió filas.

—Importa un pimiento que sea o no de color —declaró—. Qué expresión tan ridícula, a fin de cuentas. ¿No es todo el mundo una persona de color? ¿Qué soy yo? ¿Incoloro?

—¿Quién podría decir eso de ti, Hugo? —La baronesa Alagoa no escatimó sarcasmo—. Aun así, lo cierto es que en la actualidad la gente de color se siente amenazada, y con mucha razón, por tu partido y sus seguidores.

—No pienso apoyar esto si va a ser un puñetero acto de discriminación positiva —exclamó el viejo Hugo Fitch—. No pienso prestar apoyo a ningún acto de discriminación, da igual de qué signo sea.

—Acción afirmativa.

—Discriminación inversa —replicó él—. Lo único que me importa es darle el cargo al mejor candidato, sea marrón, amarillo, rosa, verde, negro o azul.

—Y estás sentado a su mesa —le señaló la baronesa—. Así que te sugeriría que deberías haber pensado todo esto bien antes de llegar.

—No he venido a solucionar el puñetero problema de la inmigración —dijo Fitch en voz demasiado alta, cerrando el puño junto a su copa de vino tinto, que quizá le hubieran rellenado demasiadas veces—. Si machacáis la idea de que las personas de color tienen preferencia, le estaréis haciendo el juego al enemigo.

—¿Y quién dirías tú que es el enemigo? —preguntó en voz muy baja Aretta Alagoa—. ¿Quizá eres tú?

Mientras escuchaba aquella amarga y malintencionada discusión, bajo la cual burbujeaba el mejunje ponzoñoso y xenófobo de la nueva Inglaterra, Hermana captó la mirada divertida de su marido y tuvo que resistir un impulso poderoso y ciertamente ucraniano de gritar: «¡Qué decepción!».

Se reafirmó a continuación aquella Inglaterra más antigua que odiaba hacer olas, y sus invitados calmaron la situación e hicieron las paces y la velada terminó como la celebración que supuestamente era, y luego se marcharon. Pero ella seguía ensimismada, distraída, sus pensamientos no paraban de alejarse de su inminente elevación política para meterse en honduras del pasado. ¿Cómo de furiosa seguía estando con su hermano? ¿Acaso su acto imperdonable era de hecho perdonable, o por lo menos olvidable? Su hija solía reñirla por no hacer nada para reparar la ruptura. Hija había leído y, por asombroso que pareciera, había disfrutado de varias de las pedestres novelas de espías de su tío y se mostraba lamentablemente orgullosa de su pariente literato.

—Fuera lo que fuese lo que pasara, de eso ya hace un siglo —le decía a su madre—. Siempre estás pontificando sobre la Cultura de la Ofensa, nadie tiene derecho a sentirse ofendido, bla-bla-bla, pero aquí estás tú, abrazando tu ofensa como si fuera tu mascota. Venga ya. Si tu hermano se muere o algo así, te arrepentirás de no haber arreglado nunca las cosas.

Quizá fuera verdad. O quizá tuviera más miedo de sí misma, de su capacidad para desencadenar las peores reacciones. Se encontrarían, se darían un abrazo enorme, llorarían y reirían y dirían que habían sido estúpidos los dos, se lamentarían de los años perdidos y desaparecidos y se contarían mutuamente las historias de sus vidas, de sus hijos, de sus amores, de su trabajo, recuperarían aquel amor natural de hermano mayor y hermana pequeña que habían tenido en la infancia, ¿y cuánto duraría aquello? ¿Quizá veinticuatro horas? ¿Quizá cuarenta y ocho? Y entonces él diría algo que abriría la puerta cerrada con llave del sótano a oscuras y el monstruo saldría rugiendo y a ninguno de los dos le quedaría ya mucho. Le daba miedo la cosa en que él podía convertirla. Ésa era la verdad.

Y había más que un simple agravio. Había el recuerdo de una bofetada.

Hacia más de cuarenta años, Pintor Mayor de Cara Triste, el gran patriarca de una generación de artistas indios muy influidos por la vanguardia y la abstracción europeas, había sido expulsado del país por unos fanáticos religiosos cuyas caras, alumbradas por la euforia de su intolerancia, resplandecían y esgrimían sus ojos llameantes. El pintor abandonó su hogar y cogió un vuelo nocturno a Londres, llevándose a Hermana en su equipaje. Sólo entonces los padres se enteraron de que Pintor Mayor de Cara Triste se había enamorado de forma absurda pero irreparable de su hija varios años atrás, cuando ella todavía era menor de edad, y que ella lo había animado a pesar de que se llevaban sesenta años, porque lo había visto como su billete de salida, su vía de escape de la jaula de ambiciones limitadas en la que sus padres la habían encerrado, su forma de liberarse de un futuro de Jane Austen *desi* con marido cazador y bebés. A Hermana le pareció el noble portero de un mundo enorme de horizontes amplios y cielos grandes, en el que ella podría crecer y desplegar las alas, y por fin volar. Se estuvo viendo secretamente con él hasta que alcanzó la mayoría de edad y se mantuvo virgen todavía después, hasta que él le dijo que quizá tuviera que marcharse del país para escapar de los locos, momento en el cual ella tomó la iniciativa y le dijo que no quería irse a la otra punta del mundo con un hombre mayor si el sexo no iba a ser bueno. De forma que puso a prueba a Pintor Mayor de Cara Triste y declaró que había aprobado, no *cum laude* pero sí de manera suficiente, dentro de lo que cabía, de modo que vale, se iría con él y al diablo con todo lo demás. Después vinieron una boda en secreto, un pasaporte y el vuelo nocturno que les rompería el corazón a sus padres. Por entonces, emocionada por la gran aventura y llena de resentimiento juvenil, Hermana se alegró de devolverles el golpe y de hacerles daño, considerándolo la venganza por su negativa a invertir en sus sueños.

La única persona que llegó a enterarse de su aventura amorosa fue Hermano. Al volver a casa de la universidad para pasar las largas vacaciones de verano, Hermano adivinó lo que estaba pasando y se lo echó en cara a su hermana, poniendo unos ojos como platos en una mueca de horror estúpido y conservador, pero ella le hizo frente, no le dio ni un momento de tregua, liberó a su Hulk interior y lo aterrorizó hasta hacerlo callar. «Como digas una sola palabra —le dijo entre dientes—, no lo dudes, te mataré. Estarás durmiendo en tu cama y vendré con un cuchillo de cocina y te despertarás muerto. No lo dudes.» Igual que años más tarde ella le diría, después de otra acusación: «No dudes ni un momento de que haré lo que haga falta». Él no dudó de sus palabras en ninguna de ambas ocasiones. Las dos veces mantuvo la boca cerrada. Y no hay duda de que la odió por ello.

Al cabo de dos meses, la noche en que ella se marchó finalmente de casa de sus padres, éstos estaban en una fiesta, como de costumbre, y ella confiaba en irse sin montar una gran escena. En el mismo momento en que estaba llegando a la puerta del apartamento, sin embargo, entró Hermano. Adivinó lo que estaba pasando y se quedó en la puerta, impidiéndole que saliera, henchido de moralismo.

—Apártate de mi camino —dijo ella.

—Eres una traidora —le dijo él—. Nos estás traicionando a todos. Eres una persona repulsiva y una traidora.

—Apártate —repitió ella.

Entonces él hizo algo que la cogió por sorpresa, algo que debió de requerir de todo su coraje. Se acercó a ella muy deprisa, sin darle tiempo a apartarse, y le pegó una vez, muy fuerte, con la mano abierta, en el costado derecho de la cabeza. El golpe estuvo a punto de derribarla y

Hermana sintió que le salían un hilo de sangre y un pitido del oído.

—Ya puedes irte —le dijo, y la dejó pasar.

Al terminarse su gran velada se quedó tumbada en la cama, mirando la lámpara del techo con sus querubines dorados y sus flores de cristal esmerilado. Él le había pegado, sí. Dos semanas más tarde le habían extirpado un coágulo de sangre del oído y su audición sufriría cierto daño permanente. Tampoco había sido el momento más honroso de ella, aunque le había dado la vida que quería. En cuanto obtuvo su beca y entró en Middle Temple, ya no trató particularmente bien a Pintor Mayor de Cara Triste. Estaba inmersa en cosas nuevas y él le parecía algo viejo y usado, algo para tirar. Él lo entendió, no pidió nada y no duró mucho. Murió mientras dormía cuatro años más tarde y le dejó lo bastante en su testamento como para que a ella no le faltara nada durante el resto de su vida. Y Hermana se hizo abogada y creó al personaje en el que quería habitar y lo habitó, y conoció al juez y se casó por segunda vez y tuvo una hija. Y el hecho de que Hermano hubiera levantado la mano contra ella era imperdonable. ¿O quizá no? Mientras se iba quedando dormida, se encontró a sí misma pensando, con la vieja voz de su infancia: «Quizá merecía que me pegara».

E inmediatamente su voz adulta respondió: «No, no lo merecías».

El juez y ella tenían una cosa en común: ambos veían la ley como ejemplo de lo sublime, como algo que inspiraba amor y maravilla pero también temor, algo que en última instancia era análogo a ese *ánimo* (Wordsworth) *en que la dura y gravosa carga / de este mundo incognoscible / se aligera*. La ley la guiaba en la mayoría de los temas, pero no la podía ayudar ahora.

Si se muere o algo así, lo sentirás, le había dicho Hija. Pero había cosas que Hija todavía no sabía porque nadie se las había contado.

Era posible que el primero en morir se fuera Hermano.

—Buenas noches, Jack —le dijo el juez levantando la voz desde su dormitorio. Ahora tenían dormitorios separados.

—Te quiero —le contestó ella. Pero no era eso lo que él estaba esperando oír, y por tanto, como era un animal de costumbres, no contestó. No pasaba nada. Ella no dudaba de su amor.

CAPÍTULO 5

El primo de Quijote, el «bueno» del doctor Smile, es un hombre con muchos secretos

En la enorme y próspera comunidad india de Atlanta (472.522 hab.), al doctor R. K. Smile se lo conocía como «el Reyecito». Unos cuantos de los miembros de más edad de aquella comunidad se acordaban del risueño personaje de tira cómica de aquel nombre creado por Otto Soglow, un pequeño monarca hemisférico ataviado con capa roja de cuello de armiño, corona de oro pinchuda y ostentoso bigote francés negro. Le gustaban los placeres inocentes y las mujeres guapas. Si le quitabas la corona amarilla, aquello también describía bien al multimillonario fundador de Productos Farmacéuticos Smile. Le encantaban los juegos indios de su infancia, era un genio del tablero de *carrom* en su casa de estilo colonial de Peachtree Battle Avenue, patrocinaba un equipo de la Liga de Críquet con «pelota de tenis dura» de Atlanta («¡Jugamos al críquet informalmente, pero llevamos la equipación profesional!»), y de vez en cuando organizaba competiciones informales de *kabaddi* en Centennial Park. Estaba felizmente casado con su mujer, Happy, la experta en *biryani*, pero no podía resistirse a la tentación de coquetear con todas las mujeres atractivas que se cruzaban en su camino, de forma que su otro apodo, que sólo se empleaba a sus espaldas y que usaban sobre todo las mujeres jóvenes de la comunidad, era Manos Largas.

A pesar de esta tendencia al manoseo, se lo tenía en alta estima, era benefactor del mejor periódico y página web indios de Atlanta, llamados *Rajdhani*, «Capital», como para afirmar que Atlanta era la capital de la América india, y donante de la mayoría de las asociaciones de la comunidad india que proliferaban por la ciudad, agrupaciones basadas en el estado indio del que eran originarios sus miembros, pero también en su idioma (bengalí, gujarati, hindi, tamil, telugu), casta, subcasta, religión y deidades domésticas preferidas (Devi, Mahadeo, Narayan, y hasta grupúsculos dedicados a Lohasur, el dios del hierro, Khodiyal, el dios caballo y Hardul, el dios del cólera). Donaba con igual generosidad a grupos hindús y musulmanes, por mucho que no le gustara la admiración generalizada de la población local por el líder indio Narendra Modi, su partido Bharatiya Janata, o BJ, y su organización ideológica nodriza, el Rashtriya Swayamsevak, o RSS. Las únicas reuniones de la comunidad a las que declinaba educadamente asistir eran aquellas en que se recaudaban fondos para mandar a la India en apoyo de dichas organizaciones. A pesar de esto, el doctor era popular entre todo el espectro de indios de Atlanta, e incluso hablaba de sí mismo como fuerza aglutinadora, capaz de conciliar a los setenta y cinco mil musulmanes indostaníes de la zona con sus cien mil hermanos y hermanas hindús. No era un hombre muy religioso a título personal, y nunca había puesto un pie en ninguna de las tres docenas de mezquitas de la ciudad, ni siquiera en la enorme Masjid al-Farooq de la calle Catorce.

—A decir verdad —les confiaba a sus amigos íntimos—, *a)* no soy propenso a rezar, y *b)* de hecho me parece más bonito el templo Swaminarayan. —Se refería al enorme templo a Krishna que había en la zona residencial de Lilburn—. Pero no me enredéis en nada de eso, *yaar* —añadía—. Soy farmacéutico. Produzco pastillas.

Sobre el tema de las recetas médicas se mostraba directo, serio y, tal como revelarían los acontecimientos, completamente insincero.

—En la India de los viejos tiempos —decía cuando hablaba en alguna de las muchas veladas de la comunidad—, siempre había algún dispensario en la esquina de la calle que repartía fármacos sin la nota del médico. Sentado con las piernas cruzadas en la tarima de su caseta, el vendedor hacía un gesto indulgente con la mano y te decía: «Ya me la darás cuando puedas». Pero cuando volvías a por más, nunca te pedía la nota de la vez anterior. Y si le pedías veinte pastillas calmantes, te preguntaba: «¿Por qué tan pocas? Llévate la caja. Ahórrate las molestias. ¿Para qué vas a estar volviendo todas las semanas?». Aquello era malo para la salud de sus clientes pero bueno para la salud del negocio. —Cuando el doctor decía aquello se oían risas nostálgicas, pero él meneaba el dedo en gesto reprobatorio a los notables congregados y chasqueaba la lengua—. Damas y caballeros, esto no es para tomárselo a risa.

Después, cuando su imperio se vino abajo, la gente diría:

—Era como si nos estuviera haciendo una confesión abierta. Allí plantado delante de nosotros y desafiándonos. Poniendo una cara seria, aunque nos estaba diciendo que era corrupto y de dónde había sacado la idea.

—A muchos nos ha ido bien en América —continuaba—. También a mí, por la gracia de Dios. La vida que tenemos aquí hoy es una buena vida. Pero muchos siguen creyendo que nuestras raíces están en el pasado. Eso no es verdad. Nuestros antiguos hogares ya no existen, nuestras viejas costumbres no son las americanas, nuestros viejos idiomas ya no se hablan. Sólo nosotros llevamos esas cosas dentro. Nuestras raíces están en nosotros mismos y en los demás. Conservamos nuestra identidad en los cuerpos y las mentes. Y gracias a esto podemos progresar, podemos salir a conquistar el mundo.

Después, cuando sus empresas estaban en ruina, la gente diría:

—Era demasiado codicioso. Quería conquistar el mundo. Y nos lo decía, allí plantado delante de nosotros, nos lo confesó todo. Pero fuimos demasiado tontos para verlo.

Antes de seguir necesitamos discrepar con el bueno —o no tan bueno, como se verá— del doctor Smile e insistir en la importancia de sus raíces históricas, o por lo menos de las raíces que reivindicaba en aquellas ocasiones en que quería reivindicar unas raíces. Ya hemos mencionado con anterioridad (véase la página 45) a un supuesto antepasado suyo al que en los albores del siglo XX se le negó la ciudadanía americana por el hecho de no ser un hombre blanco y libre. Alcemos ahora el velo de anonimato de ese individuo, como quien le quita la capucha a una jaula dorada, y permitamos que el pájaro enjaulado se ponga a cantar. Se llamaba, por lo que hemos podido esclarecer, Duleep Smile, y entró inicialmente en los anales de la historia en calidad de chef en Londres, primero en el Savoy y después en el Cecil, que en 1896 era el hotel más grande de Europa. El propietario del Sherry's, que por entonces era uno de los mejores restaurantes de Nueva York, se trajo a aquel proto-Smile y a su esposa inglesa a la calle Cuarenta y cuatro con la

Quinta Avenida para que presentaran los sabores indios a los paladares americanos. (¡Una esposa inglesa, por cierto! ¡Un elemento imprevisto en aquella mezcla racial! Pero sigamos.) Es un nombre extraño, Duleep Smile, porque si el «Smile» derivaba de *Ismail*, como insistía el doctor, entonces «Duleep» quizá fuera abreviatura de *Duleepsinhji* (como el gran jugador de críquet), que era nombre de rajput hindú; mientras que el Smile original procedía, con toda probabilidad, de Karachi. Cuando se le preguntaba por las curiosas contradicciones del nombre de su supuesto antepasado, el doctor R. K. Smile se encogía de hombros. «Retrocede las bastantes generaciones en cualquier familia musulmana de la India —decía— y te encontrarás un converso.» Y más allá de eso no quería dar explicaciones.

Lo importante para él era que Duleep Smile se convirtió en celebridad, en un chef estrella *avant la lettre*, querido especialmente por las mujeres, sobre todo cuando declaró públicamente que su comida aumentaba el atractivo y la belleza de las mujeres que se la comían, e incluso sugirió que los curris tenían propiedades afrodisiacas. No se conoce la opinión que tenía su esposa inglesa de sus costumbres de mujeriego. Sin embargo, en una fecha no especificada levantó el campamento, lo cual quizá sirva como expresión clara de sus sentimientos; a partir de aquel momento el chef Smile procedió a casarse con una sucesión de señoritas americanas cada vez más jóvenes y a abandonarlas. También empezó a llamarse a sí mismo príncipe. El príncipe Duleep Smile, cuarto hijo del emir de Balochistán. (No lo era.) También afirmaba que tenía un título por la Universidad de Cambridge (no lo tenía) y que era amigo del rey Eduardo VII. (Por asombroso que parezca, esta parte de su visión fantástica de sí mismo sí tenía algo de verdad: el rey había aceptado ser su mecenas durante una breve temporada, por lo menos hasta que descubrió que el resto de las cosas que alegaba Duleep Smile eran falsas.) Pero la edad de oro del chef —que sólo duró unos años— se acercaba a su fin. Sus problemas con la ley sólo estaban empezando.

Después de que le rechazaran su solicitud de ciudadanía, regresó a Inglaterra y después volvió a América rodeado de un séquito misteriosamente enorme. En América había una ley que criminalizaba bajo pena de mil dólares darle a alguien pretexto de inmigrar ofreciéndole trabajo. Duleep Smile había hecho aquella oferta a veintiséis personas. Él afirmaba que no. Su largo séquito se componía de simples turistas, decía; turistas y amigos. Las autoridades no se lo tragarón. Afrontando una multa de veintiséis mil dólares (setecientos mil dólares en dinero actual), el restaurante Sherry's terminó su colaboración con el chef Smile, que inició una larga decadencia personal y por fin se marchó a la India con su última mujer americana para desaparecer de la historia. Si dejó descendencia en América, sus nombres no han perdurado.

Durante mucho tiempo los indios de Atlanta no conocieron esta historia. La versión que les había contado el doctor Smile, y que todos aceptaron sin cuestionarla, estaba intensamente manipulada. Se describían los triunfos culinarios; quedaban en el tintero las mentiras, los engaños y los chanchullos. Sólo después de que pasara todo lo que pasó, hubo un investigador que tuvo la iniciativa de exhumar la verdadera historia de Duleep Smile y de establecer que no se podía establecer de forma satisfactoria ninguna línea sucesoria que fuera desde el famoso chef hasta el multimillonario farmacéutico. Una vez más, a sus compatriotas indios de Atlanta no les quedó otro remedio que negar con la cabeza ante su propia predisposición a ser engañados. «No sólo decidió declararse descendiente de un estafador, sino que aquella misma declaración era una estafa —escribió el periódico indio—. Hasta ahí llegaba la audacia de aquel hombre: se nos mostraba abiertamente pero nos cegaba con su encanto. Así subió a lo más alto. Pero ya ha caído.»

En tiempos recientes, su mujer lo había hecho más famoso que nunca. Sus hijos se habían ido de casa y habían ingresado en la universidad para estudiar cosas útiles, dinero y máquinas, pero su madre, la señora Happy Smile, era una amante de las artes, y ahora que tenía el nido vacío, le insistió a su marido en que tenían que involucrarse en aquel mundo, a pesar de que él consideraba las artes una inutilidad y a la gente del mundo del arte una panda de inútiles. Al principio rechazó el deseo de su mujer de montar una fundación familiar de patrocinio de las artes. Sin embargo, ella insistió, y cuando descubrió la extensa relación que mantenía la familia que producía la oxicodona con aquella clase de obras, vio su oportunidad, adivinando que algo así despertaría el espíritu competitivo de su marido. En el jardín de la casa de Peachtree Battle Avenue, junto a las matas de rododendros, y mientras se bebían un julepe de menta al final de la jornada de trabajo, la señora Happy Smile lo abordó:

—Tenemos que devolver a la comunidad, ¿no es cierto? —empezó a decir—. Es lo correcto.

Su marido frunció el ceño, demostrándole que aquello no iba a ser fácil. Pero ella se armó de valor y le respondió con el mismo fruncimiento.

—¿Devolver qué? —le preguntó él—. ¿Qué les hemos quitado que haya que devolverles?

—No me refiero a eso —dijo ella con su voz más persuasiva—. Simplemente quiero decir compensar con nuestra generosidad a la sociedad para dar gracias por todas las bendiciones que hemos recibido.

—La sociedad no me ha dado ninguna bendición —dijo—. Todo lo que he recibido me lo he ganado con el sudor de mi frente.

—El *khandaan* de la oxicodona ha donado mucho —repuso ella, jugando su as—. Su apellido es muy respetado. ¿No quieres que se respete también el tuyo?

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, ahora en apariencia interesado.

—Mira cuántos pabellones tienen —dijo ella—. Tienen un pabellón del Metropolitan Museum que lleva su apellido. Un pabellón del Louvre, un pabellón de la Royal Academy de Londres. Con tantos pabellones sus ecos llegarán a todas partes.

—Pero nosotros no somos cantantes. No necesitamos ecos.

—En la Tate Modern tienen un ascensor con su apellido. En el Museo Judío de Berlín tienen una escalera. Hasta tienen una rosa de color rosa que se llama como ellos. Tienen una estrella en el cielo. Hay que ver cuántas cosas tienen.

—¿Y a mí qué me importan los asteroides y las escaleras mecánicas?

Ella sabía qué decir.

—Marcas comerciales —exclamó—. Si compras derechos de nomenclatura, tu apellido se vuelve querido. Yo me volveré querida. Y el amor es bueno para los negocios, ¿no? Es buenísimo.

—Sí —convino él—. El amor es bueno para los negocios.

—Pues eso. Tenemos que devolver, ¿no?

—Has estado investigando esto —adivinó él, correctamente.

Ella se sonrojó y sonrió.

—Óperas, galerías de arte, universidades, hospitales —dijo dando una palmada—. Todo el mundo estará feliz y tu apellido será enorme. También es bueno coleccionar arte. El arte indio está de moda, igual que el chino, pero tenemos que apoyar a nuestra gente, ¿verdad? Los precios se están disparando, o sea que hay muy buen potencial de inversión. Tenemos muchísimo espacio en

las paredes. También podemos ceder cuadros en préstamo permanente en los mejores museos, y tu apellido será amado por todos. Déjame que lo haga por ti. Además —dijo aferrándose al argumento—, las damas del mundo del arte son preciosas. No te digo más.

El doctor amaba a su mujer.

—Muy bien —dijo—. «Pabellón Smile», «ampliación Smile», «galería Smile», «balcón Smile», «ala Smile», «ascensor Smile», «lavabos Smile», «estrella Smile» en el cielo.

Ella se puso a cantar.

—Cuando sonrías... —cantó. Era su canción—, cuando sonrías...

—... el mundo entero sonríe contigo —dijo él.

Muy bien. Es hora de revelar ciertos secretos celosamente guardados por el doctor R. K. Smile y por los altos ejecutivos de Productos Farmacéuticos Smile, S. A. (PFS, todo el mundo lo pronunciaba «pffs», como una pedorreta). Estos secretos están básicamente relacionados con la vida oculta del producto líder de la empresa, InSmile™, el espray sublingual de fentanilo que le había reportado su fortuna a la compañía; aunque también están relacionados con los demás productos opioides que se manufacturaban en la planta principal de PFS de Alpharetta, Georgia (63.038 hab.). No va a ser una historia bonita. A fin de cuentas, la protagoniza un hombre en la cima misma de su carrera, un hombre generoso, muy respetado y que hasta empezaba a ser amado. Nunca resulta agradable derribar a un personaje así y revelar sus pies de barro. Esta clase de periodismo de denuncia pringa a la comunidad entera, y muchos consideran que equivale a lavar los trapos sucios de la comunidad en público. Pero cuando empieza a agrietarse una fachada, sólo es cuestión de tiempo que las sábanas sucias aparezcan a la vista de todos. Para cuando el doctor R. K. Smile visitó a su pariente Quijote para poner fin a su relación oficial, PFS ya había empezado a llamar la atención de las autoridades, por mucho que el doctor Smile se mostrara despectivo hacia aquellas sospechas. Entretanto, la señora Happy Smile había entrado con mucha energía en la esfera del mecenazgo del arte, y sus ofertas de donaciones habían iniciado conversaciones positivas relacionadas con los derechos de nomenclatura de un posible nuevo «pabellón Smile» del High Museum y de una muy esperada «extensión Smile» de la segunda planta del Centro de Artes Escénicas Cobb Energy, e incluso, durante un tiempo, había parecido posible que el ayuntamiento pudiera aceptar cambiar el nombre de Pemberton Place, el centro de negocios donde estaban ubicados el museo de la Coca-Cola y el acuario de Georgia.

—Dame cinco años —le dijo a su marido— y conseguiré que nuestro apellido sea más importante en Atlanta que el nombre de la Coca-Cola.

Y sin embargo, y sin embargo..., del cielo despejado pueden caer centellas. Al doctor R. K. Smile no le quedaban cinco años para dar.

Pero para empezar por el principio: hace mucho tiempo, cuando apenas estaba comenzando en el negocio farmacéutico, viajó a la India para visitar a la familia y los amigos y en una calle de Bombay vio a un niño repartiendo tarjetas de visita. Cogió una. «¿Es usted alcohólico? —decía—. Podemos ayudarlo. Llame a este número si quiere que le entreguemos alcohol a domicilio.»

«Un modelo de negocio excelente», pensó.

Y nunca se había deshecho de aquella tarjeta. PFS había seguido aquel excelente modelo empresarial con gran éxito, mandando sus productos en cantidades impresionantemente grandes incluso a poblaciones diminutas. Cuando llegaron las imputaciones, salieron a la luz detalles sorprendentes. Por ejemplo, entre los años 2013 y 2018, PFS había mandado cinco millones anuales de dosis de opioides altamente adictivos a una farmacia de Kermit, Virginia Occidental (400 hab.). Seis millones de dosis de opioides a una farmacia de Mount Gay, Virginia Occidental (1.800 hab.). «Llame a este número si quiere que le entreguemos alcohol a domicilio», ni más ni menos. Muchos médicos y farmacéuticos hicieron aquella llamada.

Era una característica singular del equipo de ventas de PFS —una característica que diferenciaba a la compañía del resto de la industria farmacéutica— que podías unirte a él aunque no tuvieras experiencia en ventas farmacéuticas ni tampoco ningún diploma o título universitario en ciencia. Sólo se requerían dos cualidades. Necesitabas una personalidad dinámica y agresiva y tenías que ser extremadamente guapo.

PFS presumía del equipo de ventas más supremamente atractivo de América. (Uno de sus principales competidores, Merck, seguía una ruta parecida, pero PFS la seguía con mucho más compromiso y entusiasmo.) Tal como se revelaría más adelante, la jefa de ventas de la región este de PFS, con sede en la misma Atlanta, era una tal Dawn Ho, anteriormente bailarina en Jennifer's, un club de estriptis de West Palm Beach, Florida (108.161 hab.). En PFS Dawn Ho estaba a cargo de venderle InSmile™ a toda la enormemente populosa Costa Este, un fármaco tan peligroso que requería un protocolo especial de receta. El director nacional de ventas del doctor R. K. Smile manifestaba una confianza ciega en sus habilidades. El director nacional de ventas se llamaba Ivan Jewel y había trabajado anteriormente en ventas de acuarios, de aparatos de prueba para la apnea del sueño y en una agencia de reventa de entradas por internet con sede en Nueva Jersey, a la que le revocaron el registro de compañía por culpa de pasarse dos años consecutivos sin remitir informes anuales. También era todo un bombón, al estilo Clint Eastwood, como le gustaba decir. «Todo por unos dólares más.» Estaba de acuerdo con que un club de estriptis de Florida no era el típico sitio donde las grandes farmacéuticas buscaban a sus empleados, pero insistió en que Dawn Ho era un recurso importantísimo.

—Tiene una personalidad cálida y comprensiva y sabe escuchar —decía—. Tienes que imaginarte a esos médicos que tratan con el dolor. Todo el día y toda la noche viviendo con la agonía extrema y el cáncer. Y entonces te viene esa mujer preciosa y es una distracción agradable, uno, y encima quiere escuchar todas tus penas, quiere que descargues todo el estrés, lo mismo te da un masaje en los hombros, o algo, y eso es más que agradable, dos; así que si quiere venderte algo se lo compras y toma ya, tres, trato hecho. A mí me sirve para cerrar los tratos. La uso *a)* después de un primer contacto con otro agente de ventas, y *b)* cuando hay un cliente que no se decide, que dijo que sí ayer, dice que no hoy y necesitamos que vuelva a decir que sí mañana. Y en esos casos, lo mejor es una mujer preciosa que se preocupa por ti. Es como una versión de tu mujer, pero superpreciosa y que no requiere compromiso.

Al Reyecito, alias Manos Largas, le gustó aquella explicación.

—Si hay más chicas así disponibles —le dijo a su director de ventas—, consíguelas a todas.

Pero la belleza del equipo de ventas —mujeres preciosas enviadas a visitar a médicos hombres especialistas en el tratamiento del dolor y machotes tipo Clint Eastwood para las doctoras— no bastaba, por sí sola, para explicar las cifras gigantescas de ventas. La belleza

aliada con el dinamismo y la agresividad tampoco bastaba. Cuando querías venderles un fármaco restringido a oncólogos especialistas titulados, necesitabas añadir un montón de técnicas adicionales. *Incentivos* era una mejor palabra que *técnicas*. Un grupo de incentivos adicionales.

Fue el propio doctor R. K. Smile quien concibió el círculo de conferenciantes. De hecho, una parte de la idea no era original. La idea de contratar a médicos de renombre para que recomendaran una medicación determinada a otros doctores era antigua. El boca a boca siempre ha estado reconocido como la herramienta de marketing más efectiva. Pero si querías recetar las medicinas fuera de lo indicado, hum..., eso estaba en el límite. Quizá traspasara el límite, porque pasarse a lo fuera de lo indicado implicaba que los médicos recetaran un fármaco para afecciones distintas de las que decía el prospecto, afecciones distintas de aquellas para las que estaba destinado el fármaco. O por supuesto, para ninguna afección, haciendo la vista gorda ante el uso recreativo o, más grave todavía, para la adicción. Otro término más coloquial para recetar medicinas fuera de lo indicado era *ser camello*. O incluso *hacerte narco*.

—Me he pasado la vida traspasando límites —dijo el doctor R. K. Smile en la inauguración de la primera sesión del congreso EICPFS (Expansión de Información y Conocimiento de Productos Farmacéuticos Smile), celebrado en Eureka, Montana (1.037 hab.), un simposio más bien pequeño que se celebró en el histórico centro cívico, un edificio de troncos de una sola planta y estilo rústico—. Esto lo leí una vez en un libro: si vuelas por encima del mundo y miras hacia abajo, no verás fronteras. Ésa es mi actitud. Soy un enemigo de las fronteras que está a favor de volar alto. —Y aquél era el *ethos* secreto de PFS: todos eran enemigos de las fronteras que volaban alto.

Después del congreso de Eureka, el doctor Smile dedicó una partida presupuestaria de tres millones de dólares al proyecto del círculo de conferenciantes. Con el tiempo, los métodos de este proyecto se volvieron todavía más sofisticados. Se identificaba y se contrataba a los médicos, se les pagaban honorarios y luego, casi siempre, los eventos en sí no podían celebrarse por culpa de circunstancias imprevisibles, pero los términos de los acuerdos con los médicos declaraban que los honorarios por las conferencias no se podían devolver. Una partida presupuestaria de tres millones al año, repartida en sustanciales porciones de, por ejemplo, 56.000 dólares anuales, o 45.000 dólares anuales, o 33.000 dólares anuales, o 43.000 dólares anuales, o incluso 67.000 dólares anuales, ¡a cambio de realizar conferencias que en realidad no había que realizar! Semejante presupuesto compraba —o, para usar un término más educado, comprometía— a médicos de mucha veteranía. Y eran médicos curtidos, dispuestos a recibir aquellas sumas sustanciales a cambio de recetar InSmile™ fuera de lo indicado, dispuestos a recomendar a otros médicos que hicieran lo mismo y capaces de capear cualquier crítica que se les hiciera.

Sí, por desgracia a algunos de ellos los investigaron sus comités médicos estatales, ¡pero se limitaron a lidiar con dichos comités! Pagaron las multas y siguieron a lo suyo. Sí, por desgracia, en los peores casos hubo acciones disciplinarias cuando por desgracia algunos de aquellos médicos curtidos se pasaron de la raya. ¡Cuando por desgracia repartieron presuntamente recetas múltiples firmadas de antemano a pacientes y algunos de aquellos pacientes murieron de sobredosis de los fármacos recetados! ¡Cuando por desgracia recetaron presuntamente InSmile™ a personas con cero dolor de cáncer! ¡Cuando por desgracia defraudaron presuntamente múltiples millones de dólares a la agencia estatal de asistencia médica! ¡Cuando por desgracia presentaron presuntamente facturas a compañías aseguradoras por procedimientos médicos que no habían

llevado a cabo! ¡A un especialista en el tratamiento del dolor de Rhode Island que también era conferenciante de EICPFS le dieron un rapapolvo! ¡A un neurólogo que era conferenciante de EICPFS lo detuvieron! Todos estos casos escandalizaron al doctor Smile y al equipo entero de PFS. Rápidamente procedieron a rectificar o a finalizar sus relaciones con aquellos profesionales médicos. Eran una empresa con buena reputación. Simplemente tenían un círculo de conferenciantes como actividad suplementaria. No se los podía responsabilizar de ninguna manera por lo que sus conferenciantes hicieran en su tiempo personal. EICPFS era un programa de gran prestigio y excelente reputación, y si sus conferenciantes creían en InSmile™ era gracias a la calidad inherente del producto. Resultaba ridículo, además de una calumnia, impugnar la ética del personal de PFS. Sí, cierto, algunos hijos adultos de conferenciantes del EICPFS trabajaban para el equipo de ventas de PFS, pero eso se debía a sus elevados niveles de belleza, no a quiénes eran sus padres. PFS no necesitaba obligar a nadie. A la profesión le gustaba comprar el producto que vendía PFS.

A uno de los médicos favoritos del doctor R. K. Smile, el doctor Arthur Steiger, veterano especialista en dolor de Bisbee, Arizona (5.200 hab.), le prohibieron terminantemente que recetara calmantes mientras se investigaba una serie de alegaciones graves contra él. Para entonces ya había recibido más honorarios por conferencias de EICPFS que ningún otro profesional médico, pese a que por desgracia se habían tenido que cancelar por factores imprevisibles todos los esperados eventos en los que se había anunciado que hablaría. El doctor Steiger presentó batalla cuando lo imputaron.

—Hay una *vendetta* contra los médicos que recetan opioides con regularidad —dijo—. Pero yo tengo una personalidad agresiva. Ayudo agresivamente a mis pacientes. También tengo tendencia a cuidar. Cuido agresivamente. Es simplemente la persona que soy.

—Yo mismo no lo podría haber dicho mejor —le dijo el doctor R. K. Smile a Happy cuando leyó su declaración.

Ella asintió con cariño.

—Tú también eres un luchador, igual que ese médico de Arizona —dijo—. Mira cómo has luchado por tu familia. Cuántos logros, cuántos éxitos. Y cuando yo haya hecho mi trabajo y tu nombre esté en todas partes, en museos, salas de conciertos, tanques para peces y parques, muchísima gente te respetará al máximo y desaparecerán todos estos ruidos. Estamos en la Era Donde Puede Pasar Todo —le explicó—. Lo he oído por la tele. Y yo haré que pase todo para ti.

El apoyo de Happy le llenó de ternura el corazón. Amaba a su mujer. Se preguntó si le molestaría que le pidiera que adelgazara un poco.

Al doctor R. K. Smile los alerones levantados del G650ER le recordaban al peinado de su mujer. Si el peinado de Happy Smile fuera un jet ejecutivo, pensó, lo llevaría hasta Dubái sin paradas. El avión era su juguete favorito. A veces, en un día tranquilo y soleado lo sacaba del Hartsfield-Jackson sólo para dar una vuelta de unas horas por el cielo, sobrevolando Stone Mountain y Athens (115.452 hab.), Eatonton (6.555 hab.) y Milledgeville (18.933 hab.), los bosques de Chattahoochee y Talladega, o la ruta de la Marcha de Sherman. Stonewall Jackson, Robert E. Lee, Brer Rabbit, el Árbol Dueño de Sí Mismo y la guerra entre los estados estaban todos allí, y él estaba por encima de todo ello, sintiéndose en aquellos momentos como un verdadero hijo del Sur,

algo que no era, por supuesto. Había intentado leer *Lo que el viento se llevó* y aprenderse la letra de *Zipa-Dee-Doo-Dah* y de *Old Folks at Home*, pero las novelas y la música no eran lo suyo. Además, como todos los artefactos culturales, le recordaban a su mujer; y cuando subía al cielo no se llevaba consigo a Happy. Lo que hacía era invitar a media docena de las representantes comerciales más atractivas de PFS, excolegas de Dawn Ho en el club de estriptis de West Palm Beach, y lo que pasaba en el aire se quedaba en el aire. El doctor R. K. Smile no era un marido perfecto, estaba dispuesto a admitirlo en sus momentos de introspección y reflexión, pero, en su opinión, aquellos episodios *a)* no sucedían en tierra y, por tanto, tampoco contaban en tierra, y *b)* de hecho lo hacían mejor marido porque satisfacían sus ansias secretas de recreo, sus deseos fuera de lo indicado.

Al volver a casa de Flagstaff después de su encuentro con el viejo Quijote se sintió triste, y ni siquiera las atenciones simultáneas de las seis vendedoras consiguieron borrar su melancolía. Su pariente pobre Ismail Smile siempre había sido una anomalía en las filas de los empleados de PFS, viejo entre jóvenes, demacrado entre exuberantes, una figura solitaria, permanentemente desacompañada, el abuelo loco de todos. Y sin embargo, tenía un porte lleno de dignidad, vestía y se acicalaba impecablemente, tenía buenos modales, hablaba bien y poseía un vocabulario envidiable, casi siempre estaba de magnífico humor y podía desatar en cualquier momento su única arma de belleza, que era su sonrisa. Ahora que había despedido a Quijote, el doctor R. K. Smile se temía lo peor. El viejo era capaz de deteriorarse hasta terminar convertido en una especie de vagabundo del *dharma*, yendo sin rumbo de ninguna parte a ninguna parte, soñando su sueño imposible de amor. Y uno de aquellos días el doctor R. K. Smile recibiría una llamada de un motel perdido en medio de la nada y tendría que subirse a su G650ER para llevarse el cuerpo del viejo de vuelta a Atlanta y enterrarlo en el condado de Cobb o en Lovejoy. Seguramente aquel día no estaba lejos.

En sus últimas conversaciones con Quijote le había insinuado que le pediría que «llevara a cabo pequeños servicios privados, entregas discretas», pero no se lo había dicho en serio. Había sido una forma de abandonar la sala sin quitarle a Quijote ni la autoestima que le quedaba ni la sensación de que lo necesitaba. La división de servicios privados de Productos Farmacéuticos Smile, o vip, no existía de forma oficial, y su existencia no oficial sólo la conocía un grupo muy pequeño de personas, que no incluía a la leal esposa del doctor R. K. Smile. La satisfacción discreta de los deseos de la gente muy famosa era una subsección de la economía americana que era importante no pasar por alto, aunque la palabra clave era *discreta*. El doctor Smile era discreto y estaba dispuesto a visitar a domicilio a la gente apropiada. Últimamente se había incrementado significativamente la demanda de InSmile™ entre aquellos clientes especiales y merecedores de una visita a domicilio, debido a un cambio en la fórmula de la oxicodona que la hacía menos atractiva para los usuarios recreativos, y a la conciencia creciente entre aquellos clientes especiales de que el espray sublingual ofrecía una gratificación instantánea que no ofrecían otros productos. Cada vez más comunidades privadas, desde Minneapolis hasta Beverly Hills, estaban abriendo sus puertas a los nada llamativos coches de alquiler de Smile. Y él mismo, pequeño y sin rasgos llamativos, era la típica persona de la que te olvidabas, y ser olvidable era una gran ventaja en su línea de trabajo, contribuía a la discreción. Igual que todo el mundo en América, el doctor Smile estaba fascinado por la fama, y cuando entraba en los aposentos y en las leoneras de aquellas caras y cuerpos de portada de revista, experimentaba un placer

profundamente americano, intensificado por su conocimiento secreto de que seguramente su fortuna era mayor que la de la mayoría de aquellos inmensamente célebres y eróticamente famosos ojos, bocas, pechos y piernas, aquellas excelentes manifestaciones de lo que el doctor Smile — que a fin de cuentas era médico— consideraba la perfección profesionalmente asistida. También él era un profesional. A su manera, también él podía ayudar.

Cuando un tiempo más tarde le llegó un rumor, un susurro minúsculo, procedente de uno de sus mejores médicos del grupo más selecto del círculo de conferenciantes, de que a cierta actriz de cine indio convertida en superestrella de la televisión americana quizá le iría bien una visita a domicilio, el doctor R. K. Smile soltó una risotada y dio una palmada. «*Arré, kya baat!*», exclamó en la intimidad de la oficina de su casa: «¡Caray, increíble!». Porque ahora, si todo salía como él esperaba, quizá le fuera posible hacer realidad el sueño imposible de su pariente pobre, por lo menos una vez antes de que llegara la tragedia inevitable. Quizá encontrara en su poder, y en su corazón, llevar al viejo Quijote enamorado de sus fantasías cara a cara con su Amada.

Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos. La estrategia secreta de la señorita Salma R todavía quedaba un poco lejos, en el futuro menguante del mundo.

CAPÍTULO 6

Sancho, el hijo imaginario de Quijote, intenta entender su naturaleza

Sancho Smile. Así me llamo. Eso lo sé. Pero hay muchas más cosas de las que no tengo ni idea. A decir verdad, ni siquiera sé con seguridad si estoy aquí. Para empezar, soy en blanco y negro en medio de un universo a todo color. Me miro la cara en el espejo y no parece una cara, sino la fotografía de una cara. ¿Cómo me hace sentir eso? De segunda clase. De tercera división. Así me hace sentir. Además, de momento parece que no me puede ver nadie más que él. Mi «padre». El único que me ve. Sé que la gente no me percibe porque cuando entro en el Subway de Moorcroft, Wyoming, donde nací, y el viejo me pregunta si quiero algo, un refresco o un bocadillo, la gente se lo queda mirando. Con esa cara con que la gente mira a los locos. Como si estuviera hablando consigo mismo, y me dan ganas de gritarles: «Vedme, estoy aquí plantado». Pero parece que soy imposible de ver para los demás. Soy..., ¿cuál es la palabra? Imperceptible.

Soy un adolescente imaginado por un septuagenario. Supongo que debería llamarlo *padre*. Pero ahí está el problema. ¿Cómo voy a tener el sentimiento ese... —¿cómo se llama?—, filial, si acabamos de conocernos? No crecí con él, no jugamos al béisbol en ningún parque o lo que sea que hagan los padres y los hijos de la vida real. Simplemente estoy aquí, patapum, aparezco de la nada, ¿y qué se supone que he de sentir? ¿Amor a primera vista? No lo creo.

Es un problema.

Me demarcan sus límites. Estoy atado a él. Sospecho que los demás chavales no tienen ese problema con sus *padres*. Pero cuando yo me alejo de la persona que me creó, cuando me aparto de él, me siento, ¿cómo decirlo?, fuera de cobertura. Es como que la señal desaparece, o amenaza con desaparecer. Si intento alejarme de él, si busco un respiro momentáneo, no tenerlo encima todo el tiempo, si me alejo demasiado, empiezo..., no sé cómo explicarlo..., a deshacerme. Hay partes de mí que se vuelven pura estática. Parezco una imagen televisiva mal sintonizada. Toda temblorosa. Da miedo. Si quiero recuperar toda mi definición, tengo que volver a donde está él. Tengo que acercarme otra vez a él y quedarme cerca, o bien dejo de existir por completo. Es algo que no me gusta sentir. Estar encadenado a otro ser humano, como un caso de posesión. Y sé cómo se llama eso.

Esclavitud.

Además, no quiero parecer autocompasivo, pero soy huérfano de madre. Pienso mucho en el amor materno, en cómo sería una *madre, una mamá*, acariciándome el pelo, dejándome poner la cabeza en su regazo.

Sé cosas, cosas cultas. Pero ¿cómo sé tanto si soy el hijo adolescente de un septuagenario y nací el otro día? Supongo que la respuesta es que sé todo lo que sabe él. Si escucho mi interior, oigo su cultura de libros y también todos sus programas favoritos de televisión; los conozco como si los hubiera visto. Y si miro sus recuerdos los veo como si fueran míos: el recuerdo de cuando se cayó de un árbol de niño y le tuvieron que poner puntos en la cabeza, el recuerdo de cuando a los nueve años besó a una chica australiana y se hizo un corte en la lengua con la ortodoncia de ella, recuerdos de accidentes de bicicleta y de castigos escolares y de las comidas que cocinaba su madre. Todos sus recuerdos implantados en mi cabeza.

Y hay más. Es extrañísimo. A veces, cuando estoy aquí, hurgando en mi cabeza, usando las palabras que el viejo me ha enseñado y el conocimiento que me ha legado, desvelando mis recuerdos, que son los suyos, la historia de su vida, que podría reivindicar como mía si no fuera demasiado listo para eso..., a veces, no siempre... me da la extraña sensación de que *hay alguien más aquí conmigo*. Qué locura, ¿no? Estoy igual de loco que él, que el viejo. Pero ¿quién o qué es esa tercera persona? Me voy a limitar a decirlo tal como me viene a la cabeza, por mucho que no tenga sentido y me haga parecer... *no fiable*. En esos momentos en que creo sentir la presencia de un extraño, me da la sensación de que hay alguien debajo/detrás/encima del viejo. Alguien, sí, que lo está creando igual que él me está creando a mí. Alguien que está insertando su vida, sus pensamientos, sus sentimientos y sus recuerdos en el viejo igual que el viejo está insertando esas cosas en mí. Pero en ese caso, ¿qué vida es la que tengo en mi memoria? ¿La del viejo o la del fantasma?

Esto me está volviendo loco. ¿Quién vive por ahí/ahí dentro? ¿Quién eres? Si eres su Creador, ¿acaso también eres el mío?

Hay una forma de llamar a esto. A esa persona que está *detrás de la historia*. El viejo, *mi padre*, tiene mucho material al respecto. Parece que él no cree en esa entidad, parece que no siente su presencia tal como la siento yo, pero aun así tiene la cabeza llena de pensamientos sobre esa entidad. Su cabeza y, por tanto, la mía también. A mí también me toca pensar en esto. Voy a limitarme a decirlo sin más. Dios. Quizá él y yo —Dios y yo— nos podamos entender, quizá podamos tener una buena discusión, porque, ya sabéis, los dos somos imaginarios.

Si tu existencia la ha imaginado alguien, ¿acaso eso garantiza que vas a poder seguir existiendo después? Si supiera cómo ponerme en contacto con él, con Dios, se lo preguntaría. Y también le preguntaría si realmente cree que alguien lo ve. Entiendo que hay bastante gente que dice que habla con él a diario, que camina con él, etcétera, pero ¿acaso es verdad que él lo hace? Me refiero a caminar junto a ellos por la acera, con cuidado de no toparse con los peatones que vienen en sentido contrario. Lo dudo. Soy yo el que siempre está intentando que la gente no choque con él porque soy imperceptible. Véase más arriba.

Hasta Dios tuvo madre. Es algo que nos distingue. Lo voy a decir en plural. Hasta los dioses tuvieron madre. Santa María, la madre de etcétera. También Aditi, la madre de Indra. También Rhea, la madre de Zeus. Si supiera cómo ponerme en contacto con ellos, les preguntaría por los beneficios del amor materno. ¿Tenían una relación íntima? ¿Era maravilloso? ¿Hablaban? ¿Las madres les daban consejos y ellos los recibían con gratitud? ¿Les dejaban poner la cabeza en su regazo?

Y otra pregunta relacionada con los inicios: ¿acaso las madres tienen madres? Estoy confuso. ¿O acaso no hay nada antes que las madres, acaso no hay espacio ni tiempo para que exista algo ahí, hasta el nacimiento, y después aparece todo? Lo pregunto porque sólo lo tengo a él, a *mi padre*, pero presumiblemente antes que él hubo otro padre, y antes otro, procreación sin fin. Y a mí, en cambio, me hizo él solo, usando..., ¿cómo se llama? La partenogénesis. Las pulgas de agua, los escorpiones, las avispas parásitas y yo. También pueden hacerlo los dioses. Dioniso nació del muslo de Zeus. Pero él, *mi padre*, no es ningún ser divino. No lo digo para ser maleducado, sino porque es obvio. No es ningún ser olímpico.

Es hora de ser estricto conmigo mismo. Acéptalo, Sancho. Seguramente no hay nada/nadie *detrás de la historia*. Seguramente es una simple ilusión. Visión doble. Cámara de eco. *Déjà vu*. No sé cómo llamarlo. No es más que él, *mi padre*, convirtiéndose en un eco de sí mismo. Eso es. Me quedo con esa explicación. Más allá de ella, sólo hay locura, es decir, volverse religioso. Y no tengo intención de volverme loco ni tampoco religioso. Con un solo viejo chiflado a bordo de este coche ya basta y sobra.

Sin embargo, me reservo el derecho a pensar un poco más en todo esto.

En algún momento debió de pasarle algo. En algún punto de su vida debió de sucederle algo malo. Y ese algo está enterrado muy hondo, pero yo lo estoy buscando. Estoy buscando debajo de Roseanne y Ellen y Whoopi y *Karaoke en el coche* y todos los demás. Y por debajo de lo que ha visto en la tele, el viejo tiene tanta cultura de libros que hasta me sale a mí por la boca, y eso que nunca he mirado un solo libro que no tuviera a una mujer preciosa en la cubierta, preferiblemente a una mujer deficiente en materia de ropa. *Maxim*, el especial bañadores de *Sports Illustrated*, ésas son las lecturas que me gustan. Son lo que miro para mantenerme al día. Y ni siquiera he visto demasiadas de esas publicaciones, de tan poco tiempo que he pasado en el planeta. Pero él tiene en la cabeza la biblioteca entera de las palabras difíciles, ¿y qué hace con ella? Pues ve reposiciones de películas antiguas de ciencia ficción sobre encuentros en terceras fases y fines del mundo. Y *Ley y orden: unidad de víctimas especiales*, estaría enamorado de Mariska Hargitay, alias Olivia Benson, si no estuviera ya completamente colado por la señorita Salma R, la Oprah 2.0 de América, especialmente diseñada para un sector demográfico más joven.

En cuanto a Mariska, ahí veo un portal al material oscuro. En la página de Pinterest de la memoria de *mi padre* hay colgado un recuerdo. Su madre murió cuando él tenía tres años, los mismos que tenía Mariska cuando murió su madre, Jayne Mansfield. Pero no en un horrible accidente de coche. De cáncer, simplemente. Puedo decir esta clase de cosas, «un simple cáncer», porque como soy un ser imaginario doy por sentado que no me afectan las enfermedades. Por tanto, le chasqueo los dedos al cáncer. Me muerdo el dedo en su cara. Aun así, debió de ser duro para la Mariska de tres años y para la Jayne de treinta y cuatro. Fue en la Ruta 90, justo al oeste del puente de Rigolets, y la futura Olivia estaba en el puto coche. Es duro. Lo entiendo. Y también fue duro para el viejo. Él estaba en el hospital, igual que la futura Olivia estaba en el asiento de

atrás del coche. Bueno, igual no. Pero parecido. Cuando murió su madre, él le estaba cogiendo la mano. Y en el momento de morirse, aquel niño de tres años le soltó la mano y salió de la habitación gritando: «No es ella».

Lo veo. Es un niño en una loma de Bombay. ¿Qué sé de esa ciudad? Nada de nada, salvo lo que ve él. La muerte de su madre, el llanto de su padre el pintor, a sí mismo aturdido, callado y sin lágrimas. Y luego pierde no sólo a su madre, sino también su hogar: desaparece Bombay, el padre pintor ya no soporta estar allí y se marcha a Occidente, de manera que se mudan a París. El niño añora su casa. Se pone literalmente enfermo. Tiene palpitaciones, arritmia. No quiere estar en París. Quiere a su madre. Quiere comer..., ¿cómo se llama? *Kulfi*. De un tenderete que hay cerca de..., ¿cómo se llama? De Chowpatty. Quiere jugar en la Bota de la Vieja de..., ¿cómo se llama? Del parque de Kamala Nehru. Pero esos sitios ya no están. ¿Qué es ahora?, ¿francés? ¿En un apartamento cerca de los jardines de Luxemburgo, escuchando el *Don Quijote* en el tocadiscos de su padre? No se siente francés. Su padre no aguanta la tristeza. No aguanta la tristeza de su hijo ni la suya, y lo manda a un internado en Inglaterra. Lo veo. Es un niño de los trópicos atrapado en el frío de las Midlands. Está mirando una pintada racista que hay en la pared de su pequeño estudio: «Vete a tu casa, indio de mierda». Está mirando al autor del delito, ahí plantado con el lápiz en la mano, pillado con las manos en la masa. Luego, un acto de violencia. Agarra al pequeño autor por el cuello de la camisa y por la cintura de los pantalones, lo levanta del suelo y lo estampa de cabeza contra sus palabras racistas. K. O. Le da la impresión de haber matado al cabroncete, pero no, no hay suerte. Éste recobra el conocimiento y se escabulle, no lo volverá a hacer durante una buena temporada. Pero hay otros que lo harán por él.

Así pues, es capaz de arrebatos de violencia. O lo era.

Lo veo. Está mirando el trabajo de clase de historia que tanto le costó escribir. Alguien ha entrado en su cuarto cuando no estaba y lo ha roto y le ha dejado los pedacitos pulcramente amontonados sobre el tablero de su escritorio. Lo veo escribiendo cartas a su padre, cartas llenas de invenciones. «Hoy he anotado treinta y siete carreras y tres paradas en el lateral.» No sabe jugar al críquet, pero en sus cartas es una estrella. Y he aquí lo que no le cuenta nunca a su padre: hay tres crímenes que se pueden cometer en un internado. Uno es ser extranjero. Otro es ser listo. Y el tercero es que se te den mal los deportes, y a la tercera falta, estás expulsado. Si tienes dos de los tres pero no los tres, todavía te las puedes apañar. Si eres extranjero y listo pero juegas bien al críquet, si puedes anotar treinta y siete carreras y tres paradas en el lateral, no te pasará nada. Si se te dan mal los deportes y eres listo, estás perdonado. Si eres extranjero y se te dan mal los deportes pero no eres demasiado listo, estás excusado, puedes quedarte. Pero él tenía el triplete completo. Lo veo escuchar a través de las paredes finas como el papel de su estudio cómo los chicos blancos lo insultan en la habitación de al lado. En su escuela no hay televisión. La tele le llegaría más tarde. En la escuela iba solo a la biblioteca y después se sentaba solo en su habitación y se zambullía en las ediciones de cubiertas amarillas de Gollancz y se alejaba volando a mundos de fantasía y universos alternativos, se alejaba, se alejaba por las galaxias, al espacio interestelar.

Lo veo. Es el primer hombre y el último. Es un explorador plantado en un glaciar de montaña de Islandia, el Snæfellsjökull, mirando cómo la sombra de la cúspide se mueve hasta apuntar al agujero que conduce al centro de la Tierra. Está en un submarino llamado *Nautilus*, viajando a veinte mil leguas bajo el mar con un capitán cuyo nombre significa Nadie. Es un señor de la guerra

en una montaña de Marte, contemplando cómo avanza a través de un desierto rojo un ejército hostil. Es un rebelde memorizando *Crimen y castigo* en el bosque porque hay que memorizar todos los grandes textos para que sobrevivan porque los libros en sí han sido quemados; la temperatura a la que arde el papel son 232,78 grados centígrados, más conocidos como Fahrenheit 451. Es un hombre con un disco incrustado en la frente que brilla cuando se siente sexualmente atraído por una mujer, pero no pasa nada porque todo el mundo tiene uno, de forma que todo el mundo sabe quién le excita y puede ir al grano sin perder tiempo con el flirteo y la seducción. Es un hombre que va con su perro y se tropieza por accidente con un fenómeno extraño llamado *infundibulum cronosinclástico* y se ve extendido para siempre por el tiempo y el espacio. Es un controlador de la NASA muy emocionado porque se ha puesto en contacto con la Tierra un platillo volante alienígena tripulado por individuos que parecen iguales que los terrícolas, y lo está guiando para aterrizar, pero se queda desconcertado porque no los puede ver y entonces los alienígenas aterrizan y se ahogan en un charco de la pista de aterrizaje porque son diminutos y su nave espacial es diminuta, y mientras se están ahogando el controlador sale corriendo a la pista de aterrizaje y pisa sin querer un charco y los aplasta. Es un ingeniero informático que está alejándose en avioneta de un monasterio tibetano después de instalar el superordenador que ha de contar los nueve mil millones de nombres de Dios, después de lo cual, dicen, el universo habrá cumplido con su propósito y dejará de existir. Se está asomando a la ventanilla de la avioneta, sabiendo que el superordenador ha terminado de contar, y ve que, una a una y en silencio, se están apagando las estrellas.

El viejo menciona a menudo esas historias, la de los alienígenas diminutos que se ahogan y la de los nueve mil millones de nombres. Y cada vez que menciona la segunda también menciona lo siguiente, sin falta: que el propósito del universo quizá no sean los nueve mil millones de nombres. Que quizá sea la creación de un solo amor perfecto, o para decirlo llanamente, la próxima unión feliz entre la señorita Salma R y él.

¿Qué pasará, pues, en el caso improbable de que su misión termine en éxito? Se lo he preguntado directamente. ¿Cree que el mundo se va a terminar?

Obviamente, me dice. Una a una y en silencio, se apagarán las estrellas.

Lo veo. Por encima de todo es Bilbo/Frodo, y hoy cumple ciento once años, no es de extrañar que esté loco por viajar. El camino no se acaba nunca. Lo veo ponerse el Anillo en el dedo y hacerse invisible. *Ash nazg durbatulûk, ash nazg gimbatul / Ash nazg thrakatulûk agh burzum-ishi krimpatul*. La invisibilidad es algo que él desea intensamente. Quiere desaparecer. Y he ahí también el origen de su deseo de seguir a una estrella errante. Me apagaré y viajaré a Occidente y seguiré siendo Galadriel. Eso es lo que anhela. Apagarse y viajar a Occidente. Ser una persona a quien nadie ve, sin importancia, que va a donde se le antoja y sigue siendo él mismo, aceptando lo que le da la vida, quizá un mendigo, como un monje, o un *sannyasi*. Quizá incluso un ladrón. ¿Qué tiene en los bolsillos? Ladrón, ladrón. Bolsón..., lo odiamos por siempre.

En aquella época había camisetas: FRODO VIVE, VAMOS, GANDALF, él las llevaba todas. Ya por entonces quería una misión. Hay personas que necesitan imponerle una forma a la ausencia de forma de la vida. Y a esas personas siempre les resultan atractivas las historias de misiones. Las salvan de la agonía de sentirse..., ¿cómo se dice? Incoherentes.

Nuestro viejo Chevrolet está atravesando la reserva de los Montes Ute. En dirección norte por la 491, Ya-tahey (580 hab.) > Tohatchi (1.037 hab.) > Cañones de los Antiguos. ¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Quién sabe? No me preguntéis a mí, no estaba prestando atención. Estaba zambulléndome en mi cabeza, que también es la del viejo. Y esto es lo que me dice. Quiere realizar una ceremonia de purificación personal antes de embarcarse en su persecución ridícula. En territorio indio, no para de repetir, por mucho que yo le pida que pare de hacer ese chiste, que simplemente no funciona. Quiere sentarse con las piernas cruzadas en el corazón del corazón de la nación e invocar a los precursores de su misión. No sé de quiénes está hablando. Sí lo sé. Aquí lo tengo. Está pensando en Jasón yendo a la Cólquide a bordo del *Argo* para encontrar el Vellochino de Oro, y en sir Galahad, el único de los caballeros de la mesa redonda lo bastante puro de espíritu como para ver el Grial. Ésas son las chorradas que le llenan la cabeza. El Viaje de los Treinta Pájaros para encontrar al Simurg, el dios-pájaro. El progreso del peregrino cristiano a la Ciudad Celestial. Y, como es natural, búsquedas de mujeres. Rama buscando a Sita secuestrada, Mario el fontanero ascendiendo niveles para rescatar a la princesa Peach del malvado Bowser, y el poeta italiano, D. Alighieri, atravesando el Infierno y el Purgatorio para encontrar a su beatífica Beatriz en el Paraíso.

Ah, una cosa más. Confío en que no tenga planeado purificarme a mí. Ya me va bien mantenerme impuro. ¿Lo podéis entender? No soy ningún ángel y no quiero serlo. Ya sabéis lo que quiero ser. Humano. El bien no me interesa realmente.

Lo dejo conducir. Y me dedico a hurgar más adentro, por debajo de todas las historias. En algún momento debió de pasarle algo.

Lo veo. En la escuela se esforzaba mucho, no sólo se refugiaba en la ficción, sino también en los estudios, obtuvo sus becas para alcanzar los pináculos de sus sueños y después, en las Marismas, mientras «alígero atravesaba el determinado ratón de campo el chapoteante marjal», llegó una crisis. Aquí está la escena tal como se presentó. Su padre el pintor llegó como un vendaval. «Invita a media docena de tus amigos —le dijo—. Os convido a almorzar.» Y a la hora del almuerzo, debidamente congregados el estudioso hijo y sus amigos, las dos chicas más guapas (la futura eminente oncóloga y la futura profesora de bellas artes) se sentaron a los lados del padre, que procedió a manosearles desvergonzadamente bajo la mesa las rodillas y los muslos. Al principio ellas lo soportaron en silencio; no querían humillar a su amigo delatando a su padre. Pero al final las manos del padre viajaron demasiado lejos y con demasiada libertad y ellas se pusieron de pie y lo reprendieron, protomédica de cáncer y protoprofesora de arte, preciosas, sonrojadas, furiosas, formidables, tristes. Y al cabo de un momento él, el hijo humillado, se levantó también de un salto y se puso a gritar. Se acuerda hasta de la última palabra que dijo, oigo ahora sus ecos en mis oídos, ensordeciéndome, rompiendo para siempre el vínculo que quedaba entre padre e hijo. Lo veo. Cuando era el hijo rompió la relación con su padre, y ahora que es padre quiere forjar una relación con su hijo. Así pues, resulta que yo soy un efecto secundario de aquel día remoto, una consecuencia de la lascivia de su padre. Después de aquel día su padre ya no volvió a dirigirle la palabra, ni tampoco él, Papá Q, quiso hacer las paces. Se graduó con buenas notas, pero su padre no asistió a su graduación. Y poco después se lio la manta a la cabeza

y se fue a recorrer mundo y así empezó su larga decadencia hasta llegar al trabajo con Productos Farmacéuticos Smile y luego a la pérdida de aquel trabajo y a mi llegada y, bingo, ya estamos en el momento presente.

Casi, pero no del todo. Hay toda una región de su memoria a la que no puedo acceder. En ella siento dolor, tanto recibido como infligido. En ella hay muchas cosas, quizá todo lo importante, quizá el sentido último de su identidad esté encerrado en ese espacio. Y eso lo convierte en..., ¿cómo se dice? En enigma. Aquí dentro es donde la oscuridad se ha visto arrinconada, donde se sitúan los códigos que rompen el código. Y yo quiero entrar ahí. No, no quiero. Sí, sí quiero.

En un momento dado el padre se murió. No hubo reconciliación en el lecho de muerte. Triste historia. Él había perdido a su madre, su hogar, su dignidad, a su padre y toda noción de una meta en la vida. Pero ahora vuelve a tener metas, por demenciales que sean. La señorita Salma R y yo. Uno de nosotros no existe y la otra está fuera de su alcance. Éste será su último acto.

Lo veo. Sigue escondiéndose en la fantasía y en la ciencia ficción. *F&SF*..., qué gran revista. He encontrado su recuerdo aquí dentro, junto con el de las demás revistas de antaño, *Astounding* era una, y *Amazing* la otra. Y los autores de la Edad de Oro. Frederick Pohl y C. M. Kornbluth, James Blish, Clifford D. Simak, L. Sprague de Camp. Pero ahora están también el cine/la tele. La chorrada esa del Doctor y la TARDIS. Se ve a sí mismo dentro de las películas. Cuando conduce es Lemmy Caution al volante de su Ford Galaxie, entrando en *les environs d'Alphaville*. O bien: está en una nave espacial batallando contra un ordenador rebelde. O bien: *ohDiosmío*, tiene unos treinta años y está entrando en la nave nodriza en, *ohDiosmío*, *ohDiosmío*, Moorcroft, Wyoming, la Devils Tower..., exactamente donde la lluvia de meteoros de las perseidas le concedió su deseo al viejo y yo me materialicé, en blanco y negro, en el asiento del pasajero de su coche.

Incluso mi nacimiento, mi historia de los orígenes personales, tiene sus raíces en la fantasía. ¿Es eso lo que soy? ¿Un encuentro en la...?, ¿cómo se dice? Sí, ya sé. En la tercera fase.

¿Y dónde está mi nave nodriza?

Sus muchas penas y sus pocas alegrías, sus escasos momentos álgidos y sus abundantes momentos bajos..., para mí ya es todo como una segunda naturaleza. Y ahora vamos en su coche y él quiere que esto sea una experiencia que nos una como padre e hijo. Pero en realidad soy algo más parecido a un clon, a un clon suyo más joven, y si él quiere que la experiencia lo una conmigo, entonces es que sufre una especie de narcisismo, ¿verdad? Es como si un sonido quiere unirse con su eco. Es como querer estar más cerca de tu puto reflejo, que es precisamente de lo que trataba la historia de Narciso. ¿Veis cómo lo sé? Sé todo lo que sabe él.

Así pues: Geppetto. Pienso en Geppetto/Pinocho. El fabricante de marionetas quería un hijo y se hizo uno tallando un bloque de madera. El viejo —me sigue costando llamarlo «mi padre»— quería un hijo, así que superó al fabricante de marionetas y me talló a mí con meteoritos y aire. ¿Y sabéis qué? Igual que el pequeño y narigudo Pinocho, me voy a convertir en un chico de verdad. Ni siquiera necesito un hada madrina, aunque si encuentro una, la usaré, está claro. Usaré lo que se me ponga a mano, lo que se me ponga a tiro. Todo este rollo de que sólo me pueda ver él tiene que terminarse. Tengo grandes planes. Dentro de muy poco me voy a..., ¿cómo se dice? Materializar. Seré visible para todo el mundo, cuando me pellizquéis me saldrá un moretón,

¿acaso no sangro cuando me pincháis? Me liberaré a mí mismo a fuerza de voluntad. Será una operación de las de echarle narices. De las de arrojar un lazo al cielo y dar un buen tirón. No soy ninguna marioneta.

El viejo tiene una historia en la cabeza que me gusta. En alguna parte, ¿quizá en África?, la sombra de un hombre se independiza de él y se marcha sola a viajar por el mundo. Sí, exacto, otro viajero, otra película de carretera. Cuando la sombra regresa, el hombre está a punto de casarse con su princesa, pero la sombra, que es exactamente igual que él, su vivo retrato, su sombra, ¿verdad?, ha visto el mundo y se ha vuelto ultrasofisticada y cosmopolita y ahora parece un hombre, y convence a la mema de la princesa de que en realidad él, la sombra, es el hombre de verdad y el hombre de verdad es la sombra. El hombre de verdad se ha vuelto loco, le dice la sombra, y se cree un ser humano. Así que la princesa y la sombra meten en la cárcel al hombre original y lo ejecutan y la princesa se casa con la sombra. Puede que la historia no vaya exactamente así, pero es la versión recordada que yo conozco. Caray. Menuda historia. De manera que aquí estamos: yo soy la sombra oscura y el viejo está persiguiendo a su princesa. Y quizá ése sea mi destino: convertirme en hombre y robarle a su chica. Y quizá ése sea su destino: ser traicionado y morir.

Me gusta. Es una posibilidad. Voy a almacenarla y a pensar en ella, y si se me presenta la oportunidad, ¿sabéis qué? Pues que todos tenemos que aprovechar nuestras oportunidades cuando se nos presentan.

Sé lo que estáis pensando. Vale, quizá no soy muy amable. Pero ¿sabéis qué? Yo no pedí estar aquí. Me importaron. Me metieron en un barco y nos alejamos del puerto y cruzamos el poderoso océano hasta llegar a la bahía de Charleston. Pero la esclavitud se ha terminado, ¿de acuerdo? Antes yo era una marioneta, pero ahora soy libre.

¿Sabéis cuándo cumple años el viejo? El 19 de julio. El Día de la Abolición en la Confederación. Es una señal. Esta sombra se va a liberar. Y si puedo además conseguir a una princesa, no me perdáis de vista. No digo más por el momento. Miradme bien.

CAPÍTULO 7

Quijote y Sancho entran en el primer valle de la misión y Sancho conoce a un insecto italiano

—Cuando me planteo la cuestión de cortejar a una gran dama —dijo Quijote—, naturalmente pienso en los clásicos. Y con los clásicos me refiero, ante todo, al programa pionero de la ABC-TV que marcaría el camino, *The Dating Game*, de 1965, emitido «desde Hollywood, capital mundial de las citas». Y cuando invocamos el recuerdo de una obra maestra nos tenemos que preguntar: ¿qué lecciones nos ofrece?

—¿Que no deberíamos ir a programas idiotas de citas? —sugirió Sancho, de forma no constructiva.

—Incorrecto —lo reprendió Quijote con amabilidad, porque Sancho acababa de llegar al mundo y, por tanto, era comprensible que malinterpretara las cosas cuando intentaba juzgar sus costumbres—. Escucha y aprende, hijo mío. El visionado prolongado de este influyente programa, que se emitió originalmente en horario diurno y en blanco y negro, pero pronto dio el salto a la franja de máxima audiencia y al color, le imparte al espectador atento una serie de duras verdades. En primer lugar, que cuando el objetivo es una mujer provista de cierto grado de deseabilidad, vas a tener competidores. No te vas a encontrar el terreno despejado; a fin de lograr tu objetivo vas a tener que abatir implacablemente a tus adversarios.

—Eso suena bien —dijo Sancho—. Abatir a gente. ¿Quiénes son nuestros objetivos y cómo y cuándo nos los cargamos?

—En segundo lugar —siguió Quijote, sin hacer caso de la excitación que le producía a su hijo pseudoadolescente la perspectiva de la violencia—, que ella te va a interrogar, y que más te vale darle las respuestas más nobles a sus preguntas, porque también va a interrogar a otros. El amor es una prueba de casting, Sancho. Aquel que sabe presentarse mejor a sí mismo a la Amada consigue el papel.

—¿Y cómo crees que lo va a conseguir un viejo chocho y decrepito como tú? —replicó de forma irrespetuosa el joven.

—No seas tan desagradable con el único progenitor que tienes —lo reprendió Quijote—. Te he otorgado la existencia con el poder de mis deseos y la amabilidad de las estrellas, pero si me hartas de ti, también te puedo hacer desaparecer.

—Demasiado tarde —repuso Sancho—. Una vez naces, ya has nacido; da igual por qué medios hayas llegado, ya estás aquí. Ya eres tu jefe, y sólo respondes ante ti mismo. La responsabilidad por tus acciones. He ahí la base de toda moralidad, ¿no es cierto? El filántropo obtiene crédito por sus buenas acciones y el asesino es culpable del crimen.

—No estamos hablando de moralidad —dijo Quijote—. Estamos hablando de amor.

Sancho, que había estado repanchingado en el asiento del pasajero del coche, haciendo gala de esa indiferencia típica de la edad que aparentaba, se incorporó de golpe hasta sentarse y dio una palmada.

—Muy bien, pues —exclamó—. Juguemos. Yo seré la chica que está escondida a un lado de la mampara y tú puedes ser el concursante que está al otro lado, el Concurante Uno. Veamos qué tal contestas mis preguntas.

—¿Y qué pasa con los demás concursantes? —preguntó Quijote.

—No te preocupes —replicó Sancho—. También seré ellos.

Imaginémoslos saliendo de los Cañones de los Antiguos, después de que Quijote haya invocado de forma satisfactoria a los poderosos precursores de su misión y también, para intensa vergüenza de Sancho, haya ejecutado su versión personal de la danza del Sol, inestable, tambaleante, espasmódica y a cámara lenta, con los brazos extendidos y taconeando torpemente con los pies, extrañamente inocente e infantil, como si Laurel se hubiera ido al oeste sin Hardy. Y ese acto terpsicóreo, le explica Quijote, también es una especie de misión, concretamente una búsqueda de poder espiritual. «¿Y lo has encontrado? ¿El poder?», le pregunta Sancho cuando el baile se termina, dejando a Quijote jadeando y resollando, con manchas de sudor en la camisa y negándose a contestar.

Y ahora están en el vehículo, saliendo de Cortez (8.482 hab.) por la 160 en dirección este, rumbo a Chimney Rock. Si queremos, podemos imaginarnos un camión de la Penske que va en sentido contrario y cuyo conductor le echa un vistazo al Chevrolet Cruze y ve al caballero que hay dentro, vestido formalmente, con traje, corbata y sombrero; ¿qué hace ese viejo chiflado con esa pinta y hablando solo? Quizá se haya perdido y esté intentando encontrar el camino con la ayuda del manos libres. Seguramente el conductor de la Penske ni siquiera piensa tanto en el tema, se limita a pasar de largo y a marcharse zumbando. Pero, por otro lado, quizá piensa: «Por un momento me ha parecido ver a otra persona en el coche, pero no, no había nadie más que el señor de punta en blanco, conduciendo solo. Debe de haber sido una especie de reflejo. Un efecto de la luz. Olvídalo».

—Primera pregunta —dijo Sancho—. Y acuérdate, soy la mujer. No te puedo ver y tú no me puedes ver. Hay una pared.

—Píramo y Tisbe —dijo Quijote.

—¿Qué?

—Da igual.

—Por favor, deja de interrumpir —dijo Sancho encogiéndose de hombros, y luego puso la voz aguda para que sonara femenina—. Primera pregunta. Soy una mujer a la que le gustan los hombres altos, morenos y apuestos, de mentón fuerte y actitud dominante. ¿Cómo sé que eres mi tipo? ¿Concurante Tres?

A continuación puso voz grave y se contestó a sí mismo:

—Espera a que te coja en brazos, nena. No te decepcionaré.

Y luego hizo otra vez de la mujer:

—¿Y tú, Concursante Uno?

—Por la elevación de mis emociones hacia ti me conocerás —exclamó Quijote, en estilo retóricamente elevado—, y también por la oscuridad en donde sueño contigo, y por la belleza de las hazañas con las que probaré mi valía, pues hermoso es quien cosas hace hermosas. Y por la determinación de mi faz cuando en pos de ti oriente mi vida, y por la idea dominante que me posee, que es que debes ser mía.

Sancho soltó un silbido por lo bajo.

—Caray, papá —dijo—. Supongo que te he infravalorado. —Era la primera vez que usaba la palabra *papá*, y la usó sin ironía.

Quijote asintió con gravedad.

—El buen conocimiento de los clásicos —aconsejó a su hijo— distingue al hombre culto.

Viven con austeridad. La pequeña pensión de Quijote alcanza para la gasolina, la comida y el alojamiento económico, pero no mucho más. Por supuesto, sale barato alimentar y alojar a Sancho, dado que sigue siendo, por lo menos en este punto de la historia, incorpóreo, monocromo y sólo visible a ojos de Quijote. Imaginémoslos en Colorado, sentados juntos frente a una tienda de campaña plantada en el área de recreo del lago Capote, cerca de Chimney Rock. (Quijote siempre ha llevado una tienda de campaña en el maletero del coche. Quizá debería haberlo mencionado antes. Ha estado ahí todo el tiempo. Lo siento.) Y esto es lo que está pasando: Sancho, que no es nada paciente, se está subiendo por las paredes.

—Estamos aquí en medio de la nada —dijo Sancho—. No hay nada que hacer ni tampoco razón para hacerlo. Esa mujer de la que no paras de hablar vive a más de mil seiscientos kilómetros y aquí estamos nosotros, mirando una roca. Ni siquiera hay tele para ver su programa. ¿Por qué estamos aquí exactamente, *papá*? —*Papá* otra vez. Esta vez lo había dicho con ironía clara.

—Porque estamos esperando una señal —contestó Quijote.

—Hay señales por todos lados. —A Sancho no le resultaba desconocido el sarcasmo—. Esa de ahí dice «Duchas» y esa otra dice: «Frenar». Y ahí hay otra que dice: «Tienda de cebos». Y «Autoservicio de permisos», ésa es buena. Ahí lo tienes. Puedes sacar un permiso para hacer lo que te dé la gana. Problema solucionado. ¿Podemos irnos ya?

—He hecho la danza del Sol —dijo Quijote—. Así que está claro que la señal va a llegar.

Pausa.

—A la hora de planear mi misión —dijo Quijote, bebiendo de una lata de *ginger-ale*—, recurro al periodo clásico, pero también al contemporáneo. Y con «contemporáneo» me refiero, por supuesto, a *The Bachelorette*. ¡Veinticinco concursantes! ¡Veintiséis en la temporada doce! ¡Treinta en la cinco y treinta y uno en la temporada trece! Aquel que busca el amor debe entender de inmediato, en el mismo inicio de su búsqueda, que la cantidad de amor que hay disponible no basta para satisfacer a todos los buscadores. Podemos intuir además, a partir de esa primera

proposición, una segunda; es decir, una teoría cuantitativa del amor. Si la cantidad de amor que hay en el universo es finita e invariable, se deduce que cuando un buscador encuentra el amor que buscaba, otro debe perderlo. Y que cuando un amor muere *aquí* —y sólo cuando muere!—, otro amor tiene la posibilidad de nacer *allí*. Lo podemos considerar una variante del efecto mariposa. Una mariposa aletea en Japón y sentimos su brisa en la mejilla aquí, en el lago Capote.

—O bien —dijo Sancho—, quizá la lección que aprender de un programa como ése es que no puedes fiarte de que nadie diga la verdad, ni siquiera la mujer a la que persigues.

—Qué cínico eres ya —señaló Quijote en tono triste—. Hijo mío, nadie llevó a buen puerto ninguna gran misión sin tener fe.

—Pero si la fe es lo único que tienes —le contestó el chico—, te va a derrotar el tío que está bueno y sabe moverse.

—Las historias de mujeres solteras y de sus pretendientes nos enseñan lo siguiente —dijo Quijote, haciendo caso omiso del comentario de Sancho—: que una victoria aparente en realidad puede ser una derrota, y que los derrotados pueden vivir un gran triunfo después de su fracaso aparente. Al final de la temporada dos, Meredith Phillips aceptó casarse con Ian McKee; pero se separaron un año más tarde, y seis años después, el novio del instituto al que había dejado obtuvo su mano. Al final de la temporada cuatro, DeAnna Pappas se comprometió con Jesse Csincsak, pero cancelaron el compromiso seis meses antes de su fecha de boda, y si saltamos al futuro, vemos que Jesse terminó casándose con Ann Lueders, concursante de la temporada trece del programa paralelo, *The Bachelor*. Jillian Harris y Ed Swiderski (temporada cinco), Ali Fedotowsky y Roberto Martínez (temporada seis), Emily Maynard y Jef Holm (temporada ocho) ejemplifican todos la proposición de que un anillo en el anular no es garantía de nada. Por su parte, Ashley Hebert y J. P. Rosenbaum (temporada siete) y Desiree Hartsock y Chris Siegfried (temporada nueve) nos certifican que la victoria puede conducir a ser felices y comer perdices. La historia nos advierte de la fragilidad de incluso las mayores empresas, y de la consecuente necesidad de actuar con determinación en la búsqueda del amor, con la fuerza de un león joven y con la inquebrantabilidad de un juramento sagrado, y no rendirse nunca.

—Lo tienes bien estudiado —admitió Sancho a regañadientes—, supongo que te lo reconozco.

Poco después, Sancho volvió a hablar:

—Tengo una pregunta más que hacerte —dijo, y ahora hablaba con cautela—. ¿Qué pasaría en el caso improbable de que, a pesar de todo, y sin cuestionar tu valor, y todo lo que estás haciendo y vas a hacer, pero supongamos que, por algún accidente de mala suerte, por alguna improbabilidad descabellada de esas que pasan una vez entre un millón, la señora no correspondiera a tu amor... y terminarás no siendo el soltero que elige esa buenorra y deseable y también superfamosa soltera?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —dijo Quijote, ruborizándose y alzando repentinamente la voz—. Es la pregunta de un ignorante. Es la interpelación de un babuino que intenta hablar. Es el farfullar de un pez fuera del agua. Es el temblor de una ameba que se cree humana. Es un insulto a la grandeza de mi misión, y también a tu padre, por cierto. Retira la pregunta. Lo exijo yo, tu padre.

—Es una pregunta completamente razonable —le contestó—. Tú mismo acabas de hablar de..., ¿cómo lo has dicho? De la fragilidad de incluso los más grandes tal y cual. Y todos los tíos saben que el rechazo es algo normal. A muchos hombres nos rechazan muchas mujeres por muchas razones, y simplemente tenemos que aprender a aceptarlo y sentirnos agradecidos cuando una mujer nos dice que sí. ¿Y cómo iba a saber yo eso, por cierto, si no es porque tengo tus pensamientos dentro?

—¿Qué quieres decir? —gritó Quijote, realmente enfadado, encolerizado hasta un punto tan asombroso que Sancho se quedó desconcertado, más que desconcertado, hasta le entró el miedo—. ¿Dónde has estado metiendo la nariz? No te atrevas a ir a donde no tienes permitida la entrada. Eres un niño. No eres yo. Hay cosas de mí que no está a tu alcance saber.

—Muy bien —dijo Sancho, y necesitó coraje para decirlo—. Veo que por debajo de tu farsa de viejo chocho, por debajo de tu disfraz de dulce chiflado, quizá seas una persona completamente distinta y que ahora mismo hay una parte de ti que está encerrada. Es como si hubieras puesto a la bestia en una jaula.

A orillas del lago Capote, en las postrimerías de esta confrontación, Sancho se dio cuenta de que quizá su sueño hubiera empezado a hacerse realidad. Al principio las noches le habían resultado difíciles, porque mientras Quijote se iba quedando dormido, él, Sancho, perdía también la conciencia. El acercamiento de aquella inexistencia involuntaria y sin sueños lo aterraba, le hacía sentir que todas las noches le llegaba la ejecución. Y se resistía, pero siempre se veía derrotado. Hasta que de pronto la cosa cambió. Empezó a pasar que Quijote se iba a dormir y Sancho seguía despierto. Unos enormes fuegos artificiales de alegría estallaron dentro de él, borrando el recuerdo de la pelea. Estaba de camino a cobrar vida.

Aquella noche, después de la pelea, Quijote se fue renqueando a la tienda de campaña y se quedó dormido de inmediato. Ahora estaba emitiendo sus ronquidos de motores rugientes de Fórmula 1 mientras Sancho permanecía despierto sobre el techo del Chevrolet, escuchando los grillos y levantando la vista para contemplar la sobrecogedora rueda de la galaxia. Si el viejo quería una señal, allí tenía una, pensó: un dedo gigantesco de luz estelar haciéndole un gesto obsceno a la Tierra, señalando que todas las aspiraciones humanas carecían de sentido y que todos los logros humanos eran absurdos cuando se medían contra el todo de todo. Allí arriba estaba la inmensidad de la inmensidad, la distancia interminable de la distancia, la escala imposible, el retumbar silencioso de toda aquella luz, los millones de millones de millones de soles brillantes de allí fuera, donde nadie podía oírte gritar. Y aquí abajo la especie humana, hormigas sucias trepando por una pequeña roca que daba vueltas a una estrella poco importante de la periferia provinciana de una galaxia de poca monta en el quinto pino irrelevante del universo, hormigas narcisistas enloquecidas por el egocentrismo, insistiendo —por mucho que el cielo nocturno demostrara con ferocidad lo contrario— en que su minúsculo hormiguero ocupaba el centro de todo. Puede que todavía fuera mitad fantasma, pensó Sancho, pero era un fantasma que veía claramente, sin ilusiones, y que tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros.

Y sin embargo quería ser una de aquellas hormigas, ahí estaba la paradoja. Quería ser de carne y hueso y sangre, y quería una hamburguesa de bisono del Ted's Montana Grill que pudiera tocar, paladear y tragar. Quería la vida.

—Él también te la quiere dar —dijo una voz.

Sancho, sobresaltado, se incorporó de golpe hasta sentarse. No había nadie a la vista.

—¿Quién hay ahí? —gritó.

—Aquí abajo —dijo la voz.

Bajó la vista. Había un grillo sentado a su lado en el techo del coche, sin miedo, sin hacer ruidos de grillo, hablando con acento italiano.

—Grillo Parlante a tu servicio —dijo el grillo—. Cierto, soy de origen italiano. Pero, si quieres, puedes llamarme Pepito.

—Esto no está pasando en realidad —dijo él.

—Correcto —convino el grillo—. *È proprio vero*. Soy una proyección de tu cerebro, igual que tú empezaste como proyección del suyo. Y parece que se te va a otorgar una ínsula.

—¿Una qué?

—Como acabo de decirte —continuó el grillo—, él tiene tantas ganas de que seas plenamente humano como tú. Se lo imagina todo el tiempo. Y para llevarte ahí, va a tener que darte una ínsula.

—Estoy hablando con un grillo italiano que tiene un vocabulario más amplio que el mío —les dijo Sancho a las estrellas—, y me habla él a mí de ínfulas.

—Ínsula, no ínfulas —lo corrigió el grillo—. Te hablo en latín científico. Quiere decir «isla de la mente».

—¿Me va a dar una isla? —Sancho estaba confuso.

—Una parte del cerebro —aclaró el grillo—. En la *Anatomía de Gray* se llama ínsula de Reil, en homenaje al científico que la definió por primera vez. Pero si quieres, puedes llamarla ínsula de lo Real. Es la parte de la *corteccia cerebrale* que participa en la mayoría de los procesos que definen a la persona humana. *Essere umano, sì*. Está plegada dentro del *solco laterale*. El *solco* es una fisura que separa el *lobo temporale* y el *lobo frontale* del cerebro. De la ínsula vienen la conciencia, la emoción, la percepción, la conciencia de uno mismo y la capacidad para conectar con otra gente. *È molto multi-funzionale*, la ínsula, sí. Es el origen de la empatía, controla tu presión sanguínea y cuando recibes un golpe te informa de cuánto te duele. ¿Quieres tener hambre? ¿Probar esa hamburguesa de bisonte del Ted's? La ínsula te da sensaciones y sabores. ¿Es sexo lo que buscas? Ella procesa tus orgasmos. Te ayuda a concentrarte. Está relacionada con el éxtasis. ¡Trabaja a destajo, ya lo creo! Te da alegría, tristeza, furia, miedo, asco, escepticismo, confianza, fe, belleza y amor. También alucinaciones, que es donde entro yo. *Eccomi qua!*

—¿De verdad quiere darme la ínsula esa? —preguntó Sancho en tono de duda—. Pensaba que simplemente le gustaba tenerme como accesorio en blanco y negro para usarme como le placiera, atado a él, como un prisionero. No estoy seguro de que sea capaz de lidiar con un hijo independiente.

—Te equivocas. Es como todos los padres —dijo el grillo, ciñéndose con sobriedad al idioma inglés—. Te quiere a todo color, con plenos poderes, quiere que tengas una vida de éxitos. Te promete una ínsula. Y esa ínsula ya está creciendo dentro de ti. Pronto eclosionará en tecnicolor, te hará crecer una cola como la del pavo real de *Amarcord* de Fellini y todo el mundo te podrá ver, ¡y ahí lo tienes! La vida. La dulce vida. Mírate: ¡qué deprisa creces! Ya casi eres Mastroianni de joven.

—¿Y tú? —preguntó Sancho—. ¿Has venido para quedarte? Porque creo que no me apetece tener a nadie de guía.

—Por desgracia —replicó el grillo—, creo que la ínsula no guarda relación con la conciencia.

—Ni yo tampoco —dijo Sancho—. Soy como el cielo nocturno. Al universo no le interesa qué está bien y qué está mal. No le importa quién viva ni muera ni quién se haya portado bien o mal. El universo es una explosión. Se expande hacia fuera con fuerza, empujando, creciendo, abriéndose sitio. Es una conquista que no se acaba nunca. ¿Sabes cuál es el lema del universo? «Dame más. Lo quiero todo.» Y ése es mi lema también. Así veo también las cosas.

—Eso ya lo percibo en ti —dijo el grillo, empezando a desaparecer—. Está completamente claro. *Ciao! Baci!* —Y se esfumó.

Al despertarse por la mañana, Quijote oyó el ruido inverosímil del desayuno chisporroteando en la sartén delante de su tienda de campaña. Había un joven de pelo oscuro —alto, flaco, de constitución notablemente parecida a la suya— friendo huevos con beicon. El joven estaba de espaldas a Quijote, llevaba camisa de leñador de cuadros rojos, blancos y azules y vaqueros con dobladillo, y con la mano derecha sostenía la sartén sobre el fuego. Con la mano izquierda saludó a los campistas de la tienda vecina y ellos le devolvieron el saludo. Quijote lo llamó y, cuando el joven se volvió para mirarlo, el corazón le dio tal sobresalto que se temió que le hubiera llegado la hora. Luego, todavía vivo, entendió que había tenido lugar un segundo milagro, porque aquél era Sancho en alta definición, a pleno color y con proporciones de pantalla ancha. ¡Adiós, fantasma monocromo! Allí había un adolescente visible, alto, apuesto (aunque de rostro un poco huesudo) y fornido, con una sonrisa en la cara y un apetito más que saludable. A Quijote se le borró de la mente el desacuerdo de la noche anterior. Se encontró lágrimas en los ojos.

—Un chaval vivo y de verdad —dijo—. En serio, hoy en día puede pasar cualquier cosa. Incluso esto.

—¿Era ésta la señal que estabas esperando? —le preguntó Sancho, pero Quijote tenía un nudo en la garganta y no pudo contestar.

—En vista de esto —dijo Sancho—, me van a hacer falta bastantes cosas.

Quijote seguía aturdido y negó con la cabeza para mostrar su desconcierto.

—No finjas que no —exclamó el chaval—. Vas a tener que conseguirme de todo. No puedo llevar la misma ropa todos los días, ¿verdad? Así pues, camisas, pantalones, calzoncillos, calcetines, deportivas, botas, sudadera, abrigo y gorro. Además, a partir de ahora voy a tener que comer con regularidad, así que necesitaremos comida extra. Y cuando nos vayamos de aquí me hará falta una habitación propia, para huir de esa perforadora industrial que tienes en la nariz. Y con el tiempo está claro que no podré vivir contigo para siempre. Voy a necesitar trabajo, vivienda propia, todo eso. Y no vamos a encontrar nada aquí, o sea que deberíamos largarnos cuanto antes. Hasta ahora te lo he puesto todo muy fácil. Pero ahora tengo necesidades.

—No te va a faltar de nada —intervino por fin Quijote—. Tengo dinero suficiente ahorrado. También tengo el finiquito que me dieron.

—Ah, es verdad, dinero —dijo el chaval, chasqueando los dedos—. ¿Puedo tener una cuenta bancaria? Es importante. También es importante tener tarjeta de débito. Y deberle al banco. Si no compras cosas, si no haces reembolsos, el sistema no reconoce que existes.

—Has de tener paciencia —le dijo Quijote a su hijo—. Todo a su debido tiempo. De momento estoy embarcado en una gran misión y eso tiene prioridad, como estoy seguro de que podrás entender.

—Y un cuerno —replicó el joven groseramente—. ¿Qué misión? Que yo sepa, ni siquiera has empezado.

—Al contrario —le contestó Quijote—. Estoy en el primer valle, que todo aventurero debe atravesar.

Después del desayuno, en una mesa de caballete de la zona de picnic, Quijote desplegó un mapa grande de la masa continental de Estados Unidos. Dos pájaros surcaban el cielo: un par de águilas pescadoras procedentes del nido de águilas pescadoras que había sobre un poste del centro de la zona de acampada del lago Capote.

—El halcón es un gran cazador —dijo—. Los peces se acobardan ante su sombra. Es bueno tenerlos ahí. Honran nuestra misión. Su presencia es una bendición.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Sancho, señalando el mapa con el pulgar—. ¿Tiendas de marcas rebajadas?

—De acuerdo con una de las grandes descripciones de la misión —dijo Quijote—, el aventurero tiene que atravesar siete valles.

—¿De qué programa de la tele estás hablando ahora?

—No es ningún programa de la tele —repuso Quijote—. Es algo antiguo, de antes de que hubiera tele.

—Fabuloso —dijo Sancho. La idea de un tiempo anterior a la televisión impresionaba incluso a su yo sarcástico. Debía de haber sido hacía muchísimo tiempo—. ¿Y dónde están esos valles? —preguntó—. ¿El valle de San Fernando, donde viven las Chicas del Valle? ¿Y donde los vampiros van hacia el oeste por Ventura Boulevard? ¿O quizá el Sun Valley? ¿El Death Valley? ¿El Happy Valley? ¿Valley Forge? Ya no conozco más valles.

—No tiene que ser un valle literalmente —explicó Quijote—. El valle es una metáfora. Los siete valles pueden ser cualquier sitio y estar en cualquier parte.

—Entonces ¿por qué los estamos buscando en un mapa? —preguntó el joven con cierta razón.

—Toda misión tiene lugar simultáneamente en la esfera de lo real, que es lo que nos revela el mapa —contestó Quijote—, y en la esfera de lo simbólico, para la cual los únicos mapas disponibles son los mapas invisibles que tenemos en la mente. Aun así, lo real también es el camino que lleva al Grial. Puede que persigamos una meta celestial, pero aun así hemos de viajar por la interestatal.

—No te sigo. —Sancho negó con la cabeza—. Pero da igual.

—El primer valle es el valle de la búsqueda misma —dijo Quijote—. El buscador tiene que deshacerse de todos los dogmas, incluidos tanto la fe como el escepticismo. La vejez en sí puede ser ese valle. En la vejez te desprendes de las ideas dominantes de tu época. El presente, con sus argumentos e ideas en pugna, se te revela como algo efímero e irreal. El pasado ya hace tiempo que no existe y te das cuenta de que en el futuro tampoco encontrarás un punto de apoyo. Estar separado del presente, el pasado y el futuro es aceptar lo eterno, permitir que lo eterno entre en tu ser.

—Pero si descartas el escepticismo además de la fe... —Sancho se rascó la cabeza—, entonces no te queda nada, ¿verdad? Sólo te queda una cabeza vacía. Y eso no puede ser bueno, ¿verdad?

—Los sistemas de pensamiento no nos van a ayudar en nuestro viaje —contestó Quijote—. Los sistemas de pensamiento y también sus antítesis no son más que codificaciones de lo que creemos saber. Si nuestro punto de partida es abandonarlos, nos abriremos a la inmensidad del universo, y por tanto también a unas posibilidades enormes, incluyendo la posibilidad de lo imposible, categoría en la cual sitúo mi búsqueda de amor.

—Parece uno de esos programas en que te dejan en una isla y tu conocimiento de urbanita no te sirve para nada. *Wrecked, Marooned, Man vs. Wild, Dude You're Screwed*. ¿O sería algo más parecido a *The Quest* o a *Galaxy Quest*?

—Ya veremos —respondió Quijote.

—En cualquier caso, lo del universo es verdad, eso lo entiendo —dijo Sancho—. El universo no tiene posiciones ideológicas ni teorías ni refutaciones ni nada de eso. El universo está ahí sin más, ahí fuera, en todas partes, y se la suda todo.

—Y ahora también nosotros tenemos que intentar *estar ahí sin más* —contestó Quijote.

—¿Y que nos la sude todo?

—Nos la puede sudar perfectamente todo —contestó con gravedad Quijote—, salvo el objetivo de esta misión.

—O sea, la señorita.

—Exacto. Todo lo demás es vanidad y debe desaparecer.

—Mola —dijo Sancho—. Yo también puedo centrarme en la señorita. No es problema.

—Le voy a escribir —declaró Quijote—. Le voy a decir que me encuentro en el primer valle de la misión y que estoy deshaciéndome de todo dogma, que ya no creo en nada ni dejo de creer. En consecuencia, me estoy abriendo a la posibilidad de lo imposible, categoría en la cual...

—Sí, sí —dijo Sancho—. No hace falta repetirlo todo dos veces.

—Le diré que soy un sonámbulo y que voy a estar caminando como en un sueño hasta que me despierte a la realidad de nuestro amor. Será una carta magnífica —continuó Quijote—, y ayudará mucho a mi causa.

—Es posible —contestó Sancho—. A mí me parece un poco repelente.

—Tú no sabes nada —lo reprendió Quijote—. Hasta hace una hora no eras más que un producto de mi fantasía. No creo que ahora mismo tu opinión tenga mucho peso.

—Lo que tú digas. —Sancho se encogió de hombros—. Ahora mismo, en mi vida, el que tiene todas las cartas importantes eres tú.

En aquel momento exacto un águila pescadora les mandó un comunicado. El comunicado aterrizó con un plof en medio del mapa de Estados Unidos y cubrió la ciudad de Nueva York. A continuación el águila pescadora, ya sin nada más que comunicar, puso fin a su rol en nuestra historia y se marchó volando.

—Puaj —se quejó Sancho—. Puto pajarraco.

Pero Quijote estaba aplaudiendo.

—¡Ahí está! —exclamó.

—¿Ahí está qué?

—La señal. ¡El cazador nos ha guiado y la cacería está en marcha! Tenemos que ir de inmediato a donde se nos dice que vayamos.

—¿*Esto* es la señal? —preguntó Sancho en tono indignado—. ¿Y mi transformación de simple fantasía a persona de carne y hueso *no* es la señal? ¿La señal es una *cagada de pájaro*?

—De camino a Nueva York encontraremos el segundo valle, y ahora estoy convencido de que también todos los demás —le dijo Quijote—. En los cañones de cemento, donde me espera mi Amada.

—Eso te lo podría haber dicho yo sin la ayuda de ningún pájaro cagón —repuso Sancho—. ¿Y qué es el segundo valle, a todo esto?

—El segundo valle —pronunció con solemnidad Quijote— es el valle del Amor.

CAPÍTULO 8

En el cual, apartándonos del resplandor de la Amada, examinamos su oscuridad

La segunda carta de Quijote conmovió de forma inesperada a Salma R, o Salma a secas: ya la conocemos lo bastante como para abandonar el tratamiento formal de «señorita». «Soy un sonámbulo y voy a estar caminando como en un sueño hasta que me despierte a la realidad de nuestro amor», empezaba, y seguían varias páginas de expresiones de adoración cada vez más floridas. Y nuevamente, al final, la extraña despedida agramatical, muy peculiar al final de un texto tan lingüísticamente competente, aunque en exceso barroco: «Una sonrisa me envía, Quijote».

—Me sigue preocupando —le dijo Salma R a su jefe de seguridad—, porque no hace falta aclarar que los acosadores, igual que los groupies, siempre están absolutamente y cien por cien desquiciados. Pero este hombre sabe expresarse. —Y el aspecto metafísico de la carta, la renuncia a todo vestigio de creencia, pero también a los procesos de descreencia o escepticismo, a fin de poder afrontar simplemente la realidad con el corazón abierto y recibir sus mensajes, no carecía de interés.

Hizo una copia de la carta y la leyó en el Maybach de camino a casa, demasiadas veces. Sólo para divertirse a su costa, el chófer le preguntó:

—Señorita Daisy, ¿es la luz del amor lo que veo en sus ojos?

Ella soltó un soplo de burla.

—Hoke, conduce y calla. No te olvides de que ahora hay limusinas sin chófer.

—Sí, señorita Daisy —dijo él, y tarareó por lo bajo—. Pero ¿seguirá usted amándolo mañana?

Es posible que una de las razones de que Salma tuviera una reacción tan emocional a la segunda carta de Quijote fuera que ella también conocía muy bien la batalla contra las enfermedades mentales, siendo como era una víctima de tercera generación. Mucho tiempo después de que la plaga familiar se manifestara en ella, era la fuerte medicación la que la ayudaba a seguir, hasta el punto de que había escrito una rima al respecto, y hasta la había recitado en su programa, donde hablaba abiertamente del desorden extático de su cerebro: «El litio y el haloperidol, el haloperidol y el litio», canturreaba entre las risas de su público del plató, y luego los hacía cantar a todos a coro: «No sé vivir sin ellos, me dan el mejor sitio». Había tenido que acostumbrarse a la palabra *bipolaridad*, porque tanto su madre como su abuela lo habían llamado *trastorno maniaco-depresivo*, de manera que *trastorno maniaco-depresivo* le parecía el término más adecuado para denominar lo que había heredado de ellas, aquella peligrosa oscuridad que se le asentaba todos los días y todas las noches en el raballo de un ojo y aquel resplandor

deslumbrante que se le ponía en el rabillo del otro. La medicación le controlaba al monstruo interior, a duras penas, pero seguía habiendo malos momentos, como por ejemplo un viaje a San Francisco en el que se había adueñado de ella el estado de ánimo exaltado, la hipomanía, y había empezado a dar vueltas a la ciudad comprando un montón de caras obras de arte —una máscara de madera antigua de Camerún, una serie de valiosos dibujos pornográficos *ukiyo-e* de Japón y un pequeño Cézanne de la última época—, que su joven asistente, que también era su amante ocasional, había tenido que devolver a las galerías aquella misma noche, después de explicarles con delicadeza su enfermedad a los dueños cuando ella no escuchaba. Después de aquel episodio los profesionales de la salud que la atendían expresaron preocupación porque su estado se estuviera volviendo resistente al tratamiento y sugirieron la posibilidad de introducir terapia electroconvulsiva: TEC.

—¿Terapia de shock? ¿Queréis aplicarme descargas eléctricas? —preguntó en tono severo—. Pero, queridos, ¿no sabéis que a mí nada me produce un shock?

Pese a todo, consintió. Los profesionales de la salud le dijeron que tenía que dejar el litio porque podía ser tóxico en combinación con la electricidad. («Vaya, se acabaron los buenos ratos», les dijo.) Cuando se despertó de su primera sesión de tratamiento, sus primeras palabras fueron:

—Caramba, qué experiencia tan agradable. Y supongo que debería haberlo preguntado antes, pero ¿hay algún efecto secundario que tenga que preocuparme?

—Quizá experimente usted cierta confusión transitoria —le contestó el jefe de su equipo médico.

—Cariño —le dijo ella—, ¿cómo iba a notar nadie la diferencia?

—Y puede que haya cierta pérdida de memoria transitoria o en algunos casos permanente.

—Ah —dijo ella—. Y supongo que debería haberlo preguntado antes, pero ¿hay algún efecto secundario que tenga que preocuparme?

Tenía que estar «activada» desde el momento de entrar en el estudio hasta el momento de desplomarse en el coche con su dirty martini (sin hielo, con aceitunas), y lo conseguía a la perfección todos los días. Bueno, la mayor parte de los días. Había una mujer latina, una rival que quería su trabajo, que la «reemplazaba» en las escasas ocasiones en que su estado de salud no le permitía aparecer. A Salma no le gustaba recordar el nombre de aquella mujer. También se había olvidado del nombre de verdad del chófer. Lo llamaba Hoke por el personaje de Hoke Colburn porque podría ser perfectamente Morgan Freeman en aquella película, de tanto que se le parecía y hablaba como él. Hoke veía sus momentos de colapso y no decía nada, no tanto por admiración o por lealtad, sino porque decir algo lo habría puesto de patitas en la calle y jamás habría vuelto a ver un centavo de la señorita Daisy. Lo más atrevido que le había dicho nunca era: «Hay un montón de gente distinta dentro de su cuerpo, señorita Daisy. Creo que ya he visto a veinte o treinta y no estoy seguro de haberlos visto a todos». A Salma no le había gustado el comentario. Después de aquello, Hoke se había guardado para sí la mayoría de sus opiniones.

En la azotea de la vieja fábrica de chocolate de Lafayette Street había un ático moderno de techos altos que podría haber albergado a una familia numerosa y en el que la señorita Salma R vivía sola. La palabra *sola* en este contexto tiene que interpretarse como «salvo por las

peluqueras y maquilladoras, asistentes personales (tres, entre ellos el ya mencionado amante esporádico, un chico blanco llamado Anderson Thayer que afirmaba ser descendiente de un peregrino del *Mayflower* y que era por lo menos una docena de años más joven que Salma, un hombrecillo tirando a bajito con el pelo largo y rojo y bigote estilo Zapata que unas veces le recordaba a Rumpelstiltskin de los Hermanos Grimm y otra veces a Sam Bigotes de los Looney Tunes), publicistas personales (tres, dos para Estados Unidos y uno para la India) y personal de seguridad (dos, uno frente a la puerta del ático y otro en el vestíbulo de abajo)». Por las noches todo este personal se reducía dos: una asistente que dormía en un dormitorio extra a fin de estar a mano y ayudarla con las pesadillas u otras formas de angustias nocturnas (asistente mujer; ciertamente no Anderson Thayer, cuyos escauceos ocasionales con Salma se llevaban a cabo con discreción, lejos de las miradas del resto del personal) y una guardia de seguridad (también mujer) para tratar con todos los demás problemas. Para la propia Salma, sin embargo, la palabra *sola* significaba «sin un hombre con el que tuviera una relación seria». Daba gracias (más o menos) por Anderson Thayer, que le prestaba atención cuando estaba deprimida y manejaba bien la situación cuando era presa de sus subidones eufóricos, pero aun así Salma pensaba que lo iba a tener que echar pronto, porque se estaba poniendo un poco mandón, un poco controlador, para su gusto. También iba a tener que echarlo de su cama, obviamente, y entonces el «sola» se volvería todavía más sola.

Hasta el momento no hemos explorado la vida privada de Salma R en Nueva York, su lado oscuro, por respeto a su intimidad. Sin embargo, los derechos de intimidad de los personajes de ficción son cuestionables —a decir verdad, son inexistentes—, de manera que abandonaremos ahora todo pudor para desvelar que tuvo no sólo uno, sino dos breves y fallidos matrimonios, el primero con un *über*-agente de Los Ángeles que la dejó por un apuesto joven, y de quien ella siempre diría después que lo había vuelto gay, y el segundo con un escritor y guionista residente en Nueva York a quien dejó ella porque, según contaba, «nuestras neurosis eran incompatibles», para después añadir: «Todos los personajes femeninos que escribía eran yo, incluyendo los que había escrito antes de conocerme, y todos lo dejaban». Teniendo en cuenta que decía estas cosas con más o menos estas mismas palabras en muchos programas televisivos de entrevistas de cobertura nacional, incluyendo el suyo, no se puede decir que estemos hurgando demasiado profundamente en sus asuntos personales por el hecho de revelarlos.

Por debajo del humor, sin embargo, había tristeza, y una inseguridad aguda. Estaba orgullosa de ser la hija de su madre y la nieta de su abuela, pero a pesar de su éxito le resultaba imposible sentirse su heredera de pleno derecho, su igual. Era muy posible que aquella sensación de inferioridad hubiera sido el factor determinante no declarado en su decisión de abandonar la industria del cine indio y reinventarse en América, donde nadie le haría aquellas crueles comparaciones generacionales, o al menos no tan a menudo, y donde tendría ocasión de escapar de aquella voz interior que le decía: «No eres tan buena como ellas». En general prefería a su yo americano, aunque el pasado seguía tirando de ella. Y también estaba la bipolaridad, su verdadera herencia, que unía a las tres mujeres a través del tiempo y del espacio.

Para todo esto había fármacos indicados, así como la TEC. Y para la felicidad tenía —y la había tenido desde hacía mucho tiempo, antes de irse a América, antes de que se le posara en el hombro el pájaro negro de la enfermedad familiar— cierta ayudita. El algodón. La OC. La Onda Continua. La oxicodona.

En la India no había tenido problemas para conseguir sus dosis, pero en América también había siempre médicos dispuestos a saltarse las reglas por una estrella. Le decían que estaba viviendo peligrosamente, jugando con fuego, pero aun así le extendían las recetas de aquella droga de efecto retardado. Estaba extremadamente desaconsejado añadir opioides recreativos a la medicación que tomaba para sus problemas mentales, o eso le decían, pero le seguían extendiendo las recetas. Usaban expresiones como *riesgo mortal*, *paro respiratorio* y *muerte*, pero le seguían escribiendo las recetas y las farmacias le entregaban los calmantes sin ponerle ningún problema.

Tal como un simple vistazo al contenido del botiquín de su cuarto de baño revelaría incluso al profano más ignorante, la señorita Salma R era casi igual de experta en fármacos que su complaciente farmacéutico, y por tanto conocía los riesgos del mal uso. «Aplastar, masticar, esnifar o inyectarse el producto disuelto provoca una liberación incontrolada de oxicodona y puede resultar en sobredosis y muerte.» Ella lo sabía. Pero oh, cielos, qué mal usaba el producto de todas maneras. No se lo inyectaba disuelto, porque le producían aprensión las agujas, y además las marcas de pinchazos serían malas para el trabajo. Pero la liberación incontrolada de oxicodona era exactamente lo que buscaba. ¡Así que, por desgracia, la aplastaba y la masticaba! ¡Y a veces, es cierto, incluso la esnifaba! ¡Qué escandalizada y qué decepcionada se habría quedado su legión de admiradores! O no, por supuesto. Como ya hemos señalado, Salma hablaba explícitamente de muchas de sus vulnerabilidades. No de ésta, sin embargo; pero quizá sus fans se habrían limitado a añadirla a la lista y a quererla todavía más. En cualquier caso, muy poca gente estaba al corriente de su hábito. Rumpelstiltskin estaba al corriente. Sam Bigotes estaba al corriente. Otra razón para despedirlo, aunque era posible que intentara chantajearla. Sería tonto si lo intentara. Salma era una mujer poderosa. Él sabría que sería una tontería intentarlo.

Pero sí que intentaba, a su manera cada vez más controladora, detenerla. Ella no hacía ni caso de sus consejos.

—Llevo haciéndolo toda la vida —decía—. Soy experta en medicarme a mí misma. — Cuando ella le dijo esto, él se sacudió la melena pelirroja. Ella nunca había visto a un hombre sacudirse la melena, o sea que se quedó con el detalle.

—Cada vez que alguien dice eso —le dijo él, mientras su melena se recolocaba a cámara lenta como en un anuncio de L'Oréal—, pienso: hay muchos expertos en medicarse a sí mismos muertos. Como Heath Ledger, creo.

—Vuelve a sacudirte la melena —le pidió—. ¿Cómo consigues que te salga a cámara lenta? Él se rindió y sonrió.

—Porque yo lo valgo —dijo.

Si hemos de entrar en los detalles oscuros, ya hacía tiempo que no usaba oxicodona de la marca OxyContin. Le habían introducido un cambio en la fórmula que hacía que fuera más difícil de usar. Cuando Salma intentaba aplastar los nuevos comprimidos de OxyContin OP, éstos se resistían y se convertían en un mejunje blando que costaba más de masticar y resultaba imposible de esnifar. Probó a quemarlos en el microondas. Probó a empaparlos de acetona, a cocinarlos, a congelarlos. Era frustrante. Se pasó a los Perc30 y a los Roxies, que contenían treinta miligramos de oxicodona pura (se podían conseguir pastillas de OxyContin de hasta ochenta miligramos, de forma que necesitaba cantidades mayores de aquellos calmantes de dosis más baja). Últimamente también había tomado Opana y otras versiones parecidas de la oximorfina. Como ella misma decía, se había vuelto una experta. Ninguno de los sustitutos le resultaba tan satisfactorio como los

antiguos comprimidos de OxyContin. ¿Por qué tenía que cambiar el mundo? Necesitaba encontrar una nueva solución. Había gente que se había visto empujada a la heroína por el cambio de las pastillas de Oxy, pero la heroína le daba miedo. La palabra *heroína* le daba miedo. No quería ir ahí. Las soluciones que tenía ahora eran operativas, funcionaban, pero los antiguos comprimidos eran mejores. «Llévame —pensaba cuando estaba sola en la cama por las noches y los calmantes aliviaban el dolor de su espíritu— a los campos de algodón de mi tierra natal.»

Cuando les contaba a sus amistades más cercanas que estaba haciendo terapia de shock electroconvulsiva, reaccionaban mal. «Tienes que parar —le decían—. ¿Electricidad? No puedes hacerte eso, es como una tortura.» «No estoy consciente cuando lo hacen —les explicaba—. Y no son rollos de científicos locos, es medicina.» Pero en cierta manera sí que le daba la sensación de que era algo sacado de un cuento fantástico. Después de las sesiones se sentía más despejada, más bajo control, y veía nítidamente cómo las descargas electrocutaban a minúsculos *gremlins* malvados en su cerebro entre chillidos y sacudidas y los hacían esfumarse en nubecillas de humo. Veía duendecillos verdes y serpientes nudosas quemándose entre las telarañas de sus sinapsis. Se imaginaba su cerebro como una máquina averiada y traqueteante llena de ruedas dentadas y palancas y con un montón de tornillos literalmente sueltos, y la electricidad como un superhéroe que iba y venía centelleando, ajustando tornillos y tuercas, recolocando cadenas, poniéndolo todo en su sitio. El Increíble Flash, reducido a una versión en miniatura y enviado a hacer las urgentes tareas de reparación. Era como una visita navideña del Hada de los Voltios. (Oyó reírse a Chico Marx: «¡Ja, ja, ja, ja, ja! A mí no me engañas. ¡El Hada de los Voltios no existe!»). Pero existía, existía. Era un elfo hecho de voltios que te restablecía la cordura.)

Empezó a llamar a sus amistades bipolares para recomendarles el tratamiento.

—Deberíais hacerlo sin falta —les decía—. Es como una limpieza general. Llamadme después para contarme cómo os sentís. Pero incluid en el mensaje vuestro nombre completo y de qué nos conocemos, o no sabré quiénes sois.

Tenía bastantes amistades bipolares.

—Somos como imanes —le contaba a todo el mundo que quisiera escucharla—. Todo depende de qué polos se enfrenten. Los que se atraen y se pegan con fuerza o los que se repelen y huyen del otro.

A sus amistades no bipolares también se lo recomendaba.

—Son los nuevos zumos limpiadores —les decía—. Mi zumo antitoxinas doble. Supersuper limpieza limpieza. La mejor eliminación de toxinas que existe. Completamente libre de alergias. Y no hace daño a ninguna planta.

Empezó a recomendarlo en el programa.

—Quiero convertirme en embajadora de la marca de la TEC —le explicó a su público del plató—. Estoy en plena prueba de casting para el papel, y si pudiera acordarme de por qué estoy delante de una multitud de desconocidos, podría ponerme la mano en el corazón, si me acordara de dónde tengo el corazón, y aseguraros que los resultados son perfectos, si me acordara de cuáles son los resultados.

En privado sabía que su estado no era particularmente gracioso. Había empezado a sufrir niveles agudos de ansiedad, y cuando le pasaba se refugiaba en una suite del hotel Mandarin Oriental de Columbus Circle y llamaba a Anderson Thayer.

—Ven aquí, Rumpelstiltskin —le decía, y él iba y ella yacía en sus brazos, preguntándose si sería el mejor momento para despedirlo o quizá debería esperar al día siguiente. Si lo despedía ahora se enfadaría, y si se enfadaba podía agarrarse el pie izquierdo y partirse a sí mismo en dos por la mitad.

Era el hombre que sabía demasiado. La había ayudado a encubrir un escándalo que podría haber hundido su carrera. Después de los dos maridos había estado con un tercer hombre. Aquel hombre —cuyo nombre real ella no usaba nunca, ni siquiera en los momentos más privados, sino que había acordado llamarlo siempre por el nombre falso que él le había dicho que prefería, «Gary Reynolds»— era miembro de un grupo de presión política y agente secreto, un compañero inverosímil para ella, un hombre que afirmaba haber realizado operaciones clandestinas para varias administraciones republicanas sucesivas y haber desestabilizado e incluso derrocado a tres gobiernos africanos distintos. «Gary Reynolds» era como si el mundo de su antigua serie de televisión se hubiera materializado. Quizá por eso se había enamorado de él, a pesar de sus ideas políticas. Era una ficción rutilante, peligrosa y excitante convertida en hombre de carne y hueso. A ella ni siquiera le había importado que él le dijera que «se identificaba como promiscuo». No lo necesitaba todos los días, pero cuando aparecía, era divertido de verdad. La suite del Mandarin Oriental era su zona de esparcimiento. Sam Bigotes estaba al corriente de la existencia de su rival, pero no decía nada y hacía su trabajo. Hasta que una noche Salma fue al hotel para juntarse con «Gary», que le había mandado un mensaje de texto diciéndole que ya estaba allí esperándola, y al llegar se lo encontró en la cama, desnudo y completamente muerto, indiscutiblemente muerto, todo lo muerto que puede estar alguien muerto. En aquella ocasión la suite estaba alquilada bajo el nombre falso de él, como hacían siempre en sus encuentros, con el respaldo de una tarjeta de crédito a nombre de «Gary Reynolds», pero había empleados del hotel que estaban al corriente de la identidad de Salma, que sabían que era ella quien venía a verlo. Mantuvo la calma, no perdió la compostura, aunque por poco, y llamó a Anderson Thayer: «Rumpelstiltskin, te necesito». Él acudió y ella lo besó, una sola vez, con decoro. «Necesito que arregles esto —le dijo—. No me digas cómo, simplemente arréglalo y que se quede arreglado. No quiero saber nada. Sólo quiero que lo hagas. Hazlo por mí.»

Y lo arregló. Jamás se hizo pública ninguna conexión entre Salma y la muerte del Mandarin. «Gary Reynolds» fue enterrado en el cementerio Mount Zion de Queens bajo una lápida que llevaba su nombre verdadero —que no hace falta que conste aquí—, y nada más enterrado fue como si lo hubieran borrado de la historia. Salma empezó a experimentar una enorme sensación de alivio. El escándalo la había esquivado, como esas tormentas eléctricas que pasan de largo de Manhattan y hacen todo su daño en Nueva Jersey. Fue entonces cuando se le ocurrió por primera vez despedir a Anderson Thayer. El hecho de que él literalmente supiera dónde estaba enterrado el esqueleto —de manera que despedirlo de su lecho así como de su trabajo podía tener consecuencias catastróficas— requería encontrar la mejor forma de hacerlo. A nadie se le permitía tener tanto poder sobre ella. Salma no pensaba tolerarlo. Se acordó de aquellas varitas borradoras de recuerdos de Tommy Lee Jones y Will Smith, los neuralizadores, de las películas de la serie *Men in Black*. Necesitaba uno. O algún equivalente en la vida real. Investigó el tema y descubrió que un grupo de investigadores de la UC Davis había conseguido borrar recuerdos de cerebros de ratones usando haces de luz, igual que los neuralizadores de las películas. Pero los ratones no eran seres humanos. Todavía no había disponible una versión humana.

Quizá Anderson Thayer necesitara TEC. *Un montón* de TEC. Quizá fuera la única manera de borrarle la memoria.

Cuando no se emitía el programa, a menudo Salma no salía de la cama. En aquellas semanas era una reclusa, y la única forma de verla era ascender a su santuario, si ella te lo permitía. A sus amistades, tanto hombres como mujeres, se las invitaba a sentarse en su cama para oírla despotricar sobre lo que fuera que la hubiera molestado aquel día, normalmente uno de sus exmaridos. Aquellos soliloquios podían durar una hora o más, y era necesario escucharlos enteros. Eran el precio de entrada a su mundo privado, que ella había poblado con colecciones de objetos kitsch de todas clases, unas colecciones que eran su forma de disfrazar lo poco que le interesaba el arte serio. Pujaba en secreto en las subastas de objetos de las colecciones de otros presentadores televisivos, vivos y muertos; en aquellas subastas había adquirido un guante de Babe Ruth, además de sombreros que habían llevado Frank Sinatra, Marilyn Monroe, Humphrey Bogart, James Cagney, John Wayne y Mae West. Su gramola antigua estaba llena de *singles* de artistas con un solo éxito: *Sugar, Sugar; Macarena; Spirit in the Sky; Don't Worry, Be Happy; Mambo N.º 5; Ice Ice Baby; 99 Red Balloons; Who Let the Dogs Out?; Video Killed the Radio Star; I'm Too Sexy; Play That Funky Music, y Sea Cruise*. En las paredes tenía su preciada colección de letreros de calles y comercios indios: ÁREA RESTRINGIDA PARA CADÁVERES; SPA Y SALÓN DE UÑAS LA PAJA; EVITE A VÍCTIMAS DE BEBIDAS ESPURIAS; NO SE TOQUE: LLAME A UN EMPLEADO; NO SE PONGA DE PIE EN LAS VERJAS DEL ZOO: SI SE CAE, SE LO PUEDEN COMER LOS ANIMALES Y ESO LOS PUEDE PONER ENFERMOS; CUIDADO CON LOS CUERNOS; ATENCIÓN: PERROS Y FANTASMAS; SASTRE ESPECIALISTA EN ALTERAR HOMBRES Y MUJERES; PELIGRO PORNO A VER LUZ; CONDUCE COMO UN DEMONIO Y TERMINARÁS CON ELLOS, y VAGINA TANDOORI. También estaba su Emmy, que había colocado en un estante del dormitorio que no se veía cuando la puerta estaba abierta.

Era una mujer que escondía sus secretos detrás de puertas de dormitorios y máscaras cómicas. Por debajo de la superficie le preocupaba encontrar la felicidad. Era consciente de que, después de sus dos fracasos matrimoniales y de un cadáver, había rodeado su corazón de alambradas bien altas, y no sabía si iba a conocer nunca a un hombre capaz de convencerla para bajarlas, o provisto de la fuerza necesaria para demoler su sistema de defensas y tomar al asalto su corazón. Pensaba mucho en la soledad, en envejecer sintiéndose sola y aislada. Una Nochevieja alquiló una barca para ver los fuegos artificiales desde el río, y justo antes de la medianoche, cuando ya estaba a punto de empezar el espectáculo, se dio cuenta de que todo el mundo que había en la barca —el capitán, la tripulación, los asistentes, etcétera— trabajaba para ella. «Es Nochevieja y no tengo amigos —pensó—. Tengo que pagar a la gente para que venga a divertirse conmigo.»

No tenía hijos. Ésa era otra. Ni siquiera podía permitirse pensar en ello porque la precipitaba por un pozo que llevaba a la angustia.

Mientras desvelamos los secretos oscuros de Salma no tenemos que perder de vista el hecho de que *Salma* seguía siendo el programa de más éxito de su género. Además del producto alegre y desenfadado que era la especialidad del programa, y del material emocional/confesional, y de los debates sobre temas femeninos de actualidad, hacía poco había introducido una sección titulada «Ser negros», destinada a resaltar los problemas que afrontaban las personas de color en América, y la nueva sección había generado muchos comentarios y controversias inevitables, así como unos índices Nielsen todavía más elevados. «Ser negros» invitó al programa a los hombres que habían sido detenidos después de que un empleado blanco llamara a la policía porque habían

pedido usar los lavabos siendo negros y estaban esperando a un amigo blanco, y a los hombres que habían hecho que un golfista blanco llamara a la policía porque estaban jugando al golf demasiado despacio siendo negros, y a los hombres de un gimnasio donde un hombre blanco había llamado a la policía porque, en fin, porque estaban haciendo ejercicio siendo negros, y a las mujeres que estaban comprando vestidos de graduación siendo negras y eso había provocado que alguien llamara a la policía, o bien echando una siesta en la sala comunitaria de una residencia universitaria de una universidad de la Ivy League siendo negros, o bien por alquilar un Airbnb siendo negro, o por estar sentado en su asiento de un avión siendo negro y un pasajero blanco había opinado que «olía muy fuerte». Y era tan grande el poder de *Salma* que el programa había conseguido avergonzar a aquellos acusadores blancos lo bastante como para que fueran al plató a confesar, reconocer sus prejuicios, disculparse, buscar perdón, un abrazo y etcétera. La sección la convertía en ganadora indiscutible de un segundo Emmy, le aseguraron, y todavía más importante: era una aportación genuina a la discusión sobre temas raciales en América. Cuando los dueños de la cadena le transmitieron su apreciación, Salma quiso que alguien la abrazara, que alguien la llevara a celebrarlo, que alguien le mandara flores y le dijera que era maravillosa. Quiso amor. Pero lo que tenía era a Anderson Thayer.

Cuando afrontaba el vacío de su vida, era consciente de que el mundo no iba a apiadarse de lo mal que se sentía. Era una mujer privilegiada que se quejaba de nimiedades. Una mujer que vivía su vida en la superficie, que había elegido la superficialidad y, por tanto, no tenía derecho a quejarse de la falta de profundidad. La vida humana se vive entre dos abismos, dijo un escritor ruso: el que precede al nacimiento, «la cuna se mece sobre un abismo», y aquel al que todos «nos dirigimos (a unos cuatrocientos cincuenta latidos por hora)». Salma sufría una especie de pánico existencial. Y necesitaba librarse de él. Pero en los días después de la electricidad, a medida que se disipaba la confusión y regresaban sus recuerdos, sentía la presencia de lagunas. Le faltaban días, le faltaban páginas del libro de la vida. Intentó remontarse a su infancia, a su madre, a la India, y sintió que los amados recuerdos del pasado se le escurrían entre los dedos como si fueran arena. *Por la falta de cuanto buscaba suspiro*. «Tendré que volver pronto —se dijo—, necesito reclamarlo o desaparecerá, yo desapareceré de allí y nadie lamentará mi pérdida.» Se acordó del Coyote corriendo por encima del abismo y no cayéndose hasta que miraba hacia abajo. «Ésa soy yo», pensó su voz débil, y le contestó su voz fuerte: «Pues no mires abajo».

Se puso manos a la obra. Se puso en contacto con los medios de comunicación de la India y les anunció que iba a regresar pronto y que estaba buscando un vehículo apropiado, y en cuestión de horas después de que se publicara la historia ya tenía una docena de guiones de películas a elegir, así como manifestaciones de alegría de todos los principales actores masculinos. Entabló conversaciones con uno de los grandes estudios de Hollywood para hacer una película de gran presupuesto de los *Cinco Ojos* que coproduciría ella y en la que lideraría la defensa americana contra un implacable ciberataque extranjero. Los ejecutivos de los estudios dijeron: «Fabuloso, y será un ataque de una misteriosa organización secreta, ¿verdad? Como SPECTRE o Kingsman o Hydra o ICE o SWORD». Ella se rio.

—¿Por qué hemos de ser tan tímidos? —preguntó en tono imperioso—. ¿No podemos llamarlo Rusia sin más?

Hizo sesiones de fotos para las portadas de media docena de revistas femeninas y participó en reuniones del comité editorial de su propia revista mensual, que se llamaba *S*. Participó en actos de recaudación de fondos de la amfAR e hizo de presentadora en la gala Robin Hood. Y al regresar a las oficinas de *Salma* les dijo:

—Quiero salir de los estudios. Quiero ir a las partes más conservadoras de la América conservadora y ser la víctima de los prejuicios.

—Eres demasiado famosa —le dijeron ellos—. El hecho de que todo el mundo te conozca será un obstáculo.

—Mi abuela la leyenda del cine siempre me decía que tenía dos formas distintas de salir a la calle —repuso ella—. Y me las enseñó. Primero salía como la gran estrella de cine y todo el mundo enloquecía, los coches chocaban entre sí y la gente también. Luego salía «como si no fuera nadie», así lo decía. Y entonces nadie la miraba y se alejaba por la calle desapercibida. Mi madre aprendió el truco de ella y yo lo aprendí de ambas. Puedo hacerlo. Puedo ser anónima, y vosotros tendréis cámaras ocultas y veremos lo que la América del interior tiene que decirle a una mujer sola de piel oscura.

Y se creó otra sección nueva. *Salma* se había visto muy afectada por una carta procedente de la Clínica del Doctor Fred de Bloomington, Indiana (84.465 hab.), que formaba parte del grupo pequeñísimo de clínicas pediátricas de cuidados paliativos que había en Estados Unidos. «En el Reino Unido hay treinta hospicios de este tipo —decía la carta—, pero si cuentas los que hay en América con los dedos de una mano, te sobra un dedo o un pulgar.» Los cuidados paliativos para niños con cáncer terminal eran un terreno difícil. Muchos niños que se estaban muriendo, y sus padres, no querían terminar sus días en la atmósfera estéril de un hospital, y sin embargo en muchos casos los cuidados en casa presentaban problemas y podían tener un precio prohibitivo. La Clínica del Doctor Fred creaba un entorno doméstico en el que las familias se podían sentir familias, y dar apoyo emocional además de la atención médica necesaria mientras afrontaban lo inevitable. «Sería fantástico —le escribía el doctor Fred— si pudiera darle usted al movimiento americano de los cuidados paliativos un empujoncito haciéndolo aparecer en su programa, y sería más que maravilloso para los niños si le apeteciera a usted venir a visitarlos, o mandarnos a un par de sus amigos famosos.» Al cabo de un par de semanas el equipo entero de *Salma* llegó a Bloomington y la señorita *Salma R* presentó el programa desde la Clínica del Doctor Fred acompañada de sus buenos amigos Priyanka Chopra, Kerry Washington y, sí, también la señora Winfrey, ¡Oprah!, la divinidad en persona, apareciendo en calidad de invitada especial. Jugaron con los niños, abrazaron a las madres de los niños y a sus hermanos y hermanas. Y abrazaron también a los padres. Fue un buen día. Las cámaras lo capturaron todo.

Hacia el final de la jornada, el doctor Fred llevó a *Salma* a una habitación apartada del resto. No entraron, sino que se limitaron a mirar a través de una ventanilla que había en la puerta cerrada, contemplando un retablo de dolor, una familia china, padre, madre y dos hermanas, congregada en torno a un adolescente inconsciente en su lecho de muerte con una sudadera de la Universidad de Indiana. Había algunos pacientes, le contó el doctor Fred a *Salma* en voz baja, para quienes el dolor era tan intenso que sus familias los querían sedados e inconscientes la mayor parte del tiempo. Si estaban conscientes durante periodos breves existía el riesgo de que sufrieran dolor avanzado, así que durante aquellos momentos el doctor Fred aprobaba a regañadientes el uso de un potente opioide en espray.

—¿Cuál? —preguntó Salma.

—Es una versión del fentanilo —le explicó el doctor Fred—, pero como viene en forma de espray lo podemos aplicar por vía sublingual y tiene efectos inmediatos.

La señorita Salma R se quedó pensativa.

—Parece un calmante muy potente —dijo después de un momento de reflexión—. ¿Cómo se llama?

—FTAI. Fentanilo transmucosal de acción inmediata. Viene de la PFS.

—¿Pffs?

—Pe efe ese —explicó el doctor Fred—. Productos Farmacéuticos Smile, de Atlanta. El nombre comercial del producto es InSmile.

—«Una sonrisa me envía» —murmuró la señorita Salma R.

—¿Cómo dice?

—Nada —contestó ella.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9

Algo desagradable sucede en el lago Capote y los trastornos posteriores de la realidad

Al llegar el Día del Trabajo, el viaje al valle del Amor se vio interrumpido porque primero hubo que solucionar problemas en el camping. Formaba parte de la naturaleza de Quijote dar por sentado que todo el mundo que se aproximaba a él lo hacía en calidad de amigo, y era por eso por lo que saludaba a todos los desconocidos con su encantadora y (normalmente) cautivadora sonrisa. Así pues, cuando la mujer blanca joven y corpulenta con peto vaquero y pelo rubio recogido en un moño descuidado en la nuca se acercó dando zancadas a la mesa de caballete del lago Capote donde Sancho y él estaban examinando el mapa de América recién uncido por la señal del águila pescadora, Quijote se levantó cortésmente y hasta hizo una ligera reverencia. A su manera formal, estaba a punto de emprender un pequeño discurso de bienvenida cuando ella se lanzó al ataque.

—¿Qué es eso? —dijo la mujer blanca, señalando con el pulgar en dirección al mapa—. ¿Estáis tramando alguna clase de plan?

—Somos viajeros, igual que usted —replicó Quijote en tono dócil—, así que resulta razonable que tracemos un mapa de nuestra ruta.

—¿Dónde tenéis los turbantes y las barbas? —preguntó la mujer blanca, extendiendo el brazo hacia él y señalándolo con un dedo furioso—. Siempre lleváis turbante y barba, ¿no? ¿Os habéis afeitado y os habéis descubierto la cabeza para engañarnos? Tur-ban-tes —repitió lentamente, haciendo un gesto rápido en torno a su cabeza para indicar un turbante.

—Creo que puedo decir sin miedo a imprecisiones que nunca he llevado turbante en mi vida —replicó Quijote, con un grado de perplejidad que no gustó a su interrogadora.

—Tienes una pinta de extranjero horrible —dijo la señorita blanca—. Y también tienes acento extranjero.

—Sospecho que hay poca gente acampada en el lago Capote que sea de por aquí —dijo él, con su cada vez más inapropiada sonrisa—. Es un destino turístico, ¿verdad? Usted misma debe de haber hecho un viaje largo para llegar aquí, ¿no?

—Increíble. ¿Tú me preguntas a mí de dónde soy? Pues te voy a decir de dónde soy. Soy de América. Quién sabe cómo has llegado aquí tú. No deberías estar aquí. No tendrían que haberte dejado pasar los controles fronterizos. ¿Cómo has entrado? Tienes pinta de ser de alguno de esos países que tienen prohibida la entrada aquí. ¿Te ha traído de paquete algún mexicano? ¿Qué estás buscando en América? ¿Qué meta tienes? Ese mapa. No me gusta nada ese mapa.

Llegado este punto, Sancho intervino a su estilo juvenil y alocado:

—Señora —dijo (al menos, esa parte era cortés)—. ¿Por qué no se hace usted un favor a sí misma y deja de meterse en nuestros asuntos?

Aquello sólo consiguió echar más leña al fuego. La mujer se encaró con Sancho y clavó el dedo en el aire hacia él.

—Te voy a decir la impresión que das —dijo—. Parece que no paras de aparecer y desaparecer, pero ese coche de ahí no se mueve. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Hay más de vosotros escondidos por aquí cerca, apareciendo, desapareciendo, agazapados, quién coño sabe qué? No me fío de vosotros. Andáis tramando algo. Podéis vestiros con ropa de J. Crew, pero a mí no me engañáis.

Se había congregado una pequeña multitud, que siguió creciendo a medida que la mujer subía la voz. Se acercaron dos guardias de seguridad del camping. Uniformes, pistolas en sus fundas, modales de juez y jurado.

—Estáis creando un altercado —dijo uno. No estaba mirando a la mujer blanca.

—Tenéis que recoger vuestras cosas y largaros —dijo el segundo guardia.

—¿Cuál es vuestra religión? —preguntó la mujer blanca.

—Tengo la buena fortuna —replicó Quijote, ya no tan cortés— de haber atravesado el primer valle y, por tanto, mi hijo y yo hemos sido felizmente liberados de toda clase de doctrinas.

—¿Cómo? —dijo la mujer blanca.

—He dejado de lado todos los dogmas, tanto de fe como de descreimiento —contó Quijote—. Estoy embarcado en una elevada misión de purificación espiritual para ser digno de mi Amada.

Se oyó una voz masculina procedente de la multitud:

—Está diciendo que es escoria atea.

—Está planeando algo, seguro —dijo la mujer blanca—. Tiene un mapa. Podría ser de ISIS.

—No puede ser de ISIS y escoria atea al mismo tiempo —señaló el primer guardia de seguridad, desplegando una capacidad admirable de pensamiento lógico y tratando de mantener el orden—. No perdamos la cabeza, damas y caballeros.

—Antiguamente —dijo Quijote, llevando a cabo una última apelación a la razón—, cuando a una mujer se la acusaba de brujería, las pruebas eran que tenía un «familiar», normalmente un gato, además de una escoba y un tercer pezón para amamantar al diablo. Pero casi todos los hogares tenían gatos y escobas y en aquella época había mucha gente con verrugas en el cuerpo. Por consiguiente, lo único que hacía falta era la simple acusación: «¡Bruja!». Las pruebas estaban en todos los hogares y en todos los cuerpos de las mujeres y, por consiguiente, todas las mujeres acusadas eran automáticamente culpables.

—Tienes que dejar de decir mierdas y marcharte —dijo el segundo guardia de seguridad—. Vuestra presencia aquí, en el Capote, está poniendo muy incómoda a esta gente y esas cosas que dices lo empeoran todavía más. No podemos garantizar vuestra seguridad mucho tiempo más, y tampoco estoy seguro de que nos apetezca.

Sancho tenía cara de querer pelea, pero al final Quijote y él metieron sus posesiones en el Cruze. La multitud rezongó, pero se dispersó lentamente. La mujer blanca, a quienes los guardias de seguridad habían pedido que se alejara de allí, se quedó a cierta distancia, negando con la cabeza.

—En los viejos tiempos —les gritó ella mientras se alejaban—, hoy se habría hecho justicia de frontera.

Llevaba una especie de gargantilla extraña. Casi parecía esos collares que se les ponen a los perros.

Sancho, un poco menos imaginario que antes, se plantea su nueva situación.

Después del incidente con la mujer blanca todo cambió. Y para vuestra información, si hace un rato he rezado una pequeña plegaria no es porque de pronto me haya vuelto religioso, sino porque da bastante miedo tenerlo de conductor. A mi «padre». Conduce de la misma forma en que lo hace todo, *tal como ve que lo hacen en la tele*. Salió de aquel camping del lago Capote como si fuera Al o Bobby Unser en Indianápolis, y lleva desde entonces sin aminorar la marcha. Voy en el asiento de atrás porque parece más seguro, pero él se dedica a volver la cabeza y hablarme mientras conduce a noventa o cien por hora por una autopista de dos carriles, porque es algo que pasa todo el tiempo en las series; la diferencia es que cuando pasa en la tele el coche va enganchado a un camión que no se ve en pantalla y que es el que conduce. Media docena de veces al día pienso: «Sólo llevo cinco minutos vivo y ya voy a averiguar si existe el más allá». Si soy real, también me puedo morir de verdad, ¿no? Ahora estoy en una gasolinera, apoyado en un costado del Cruze y bebiendo una coca-cola, secándome de la frente el sudor frío de terror que me produce ir de pasajero y pensando en este rollo de lo real, es decir, en esto de ser real, y me da la sensación incómoda de que la cuestión está a punto de recibir respuesta gracias a una inminente colisión mortal en la carretera. Tengo que añadir que, si después de quedar hecho puré entre el metal arrugado del coche descubro que hay un Dios ahí arriba en el trono del juicio, si resulta que lo real es eso, las nubes, las puertas del cielo, los ángeles volando, todo eso, va a ser un shock para mí. Pero no es mi intención entrar en una disquisición sobre el paraíso. De momento sólo quiero sentirme a salvo en el asiento trasero del coche. Es el único trono que tengo en mente. «Frena —le digo—, mira la carretera.» Hasta le grito, pero él se limita a hacer un gesto con la mano. «Yo conducía para *ganarme la vida* —me dice—. Ya lo hacía antes de que nacieras.» «Sí —le digo—. Pero de eso no hace tanto, ¿verdad que no?»

Por favor, no os olvidéis de que nací literalmente ayer. Bueno, literalmente un poco antes, pero ya me entendéis. Soy mucho más joven de lo que parezco, porque estoy creciendo deprisa. Además, tengo la cabeza llena de él, de su versión de todo, de manera que me cuesta mantener la distancia y verlo tal como es. Incluso ahora, después de convertirme en un Pinocho de carne y hueso, no consigo verme como algo completamente separado de él. Todavía soy más parte de él que aparte de él, ya sabéis. Odio decirlo, porque es fácil observar que no es precisamente el mejor capitán, pero sigue siendo quien está al timón. Ahora me viene a la cabeza la caza de la gran ballena blanca. Obviamente sólo conozco esa caza porque *a)* él se leyó el libro en una habitación de motel porque la tele estaba rota, o bien, y sí, ésta es la respuesta correcta, *b)* vio la película antigua esa con Gregory Peck, Richard Basehart y Leo Genn en la AMC en los tiempos en que ponían una película detrás de otra, antes de *Mad Men*, *Breaking Bad* y *The Walking Dead*. En cualquier caso, esto es lo que pienso. El capitán loco que está obsesionado con la ballena se muere junto con la ballena y con los demás tripulantes que están casi igual de locos que él. Ishmael, el único miembro de la tripulación que no está obsesionado, el único a quien se la trae

bastante floja, porque él sólo quiere hacer su trabajo, es el que sobrevive para contar la historia. Eso nos enseña que la indiferencia es la clave de la supervivencia. La obsesión destruye a quienes posee. Algo por el estilo. Así pues, si el viejo Cruze es nuestro *Pequod*, entonces supongo que la señorita Salma R es la ballena y él, «mi padre», es mi Ahab.

Lo cual me lleva a preguntar: ¿acaso ella le hizo algo? ¿Le arrancó de un mordisco su pierna metafórica? Que es una metáfora sexual, claro. *Pierna* es obviamente un..., ¿cómo se dice? Un eufemismo. Algo que representa otro miembro. Y *pata de palo* todavía es más explícito. (Ja, ja, ja, emoji de carita que se ríe con lágrimas saliéndole de los ojos.) ¿O acaso es simplemente el hecho de que ella esté en el mundo y no le haga caso lo que le hace sentir, cómo decirlo, que tiene una pata de palo? Si la Amada no hace caso del amante, ¿acaso el amante siempre querrá cazarla y arponearla? ¿Querrá terminar atado a ella con cuerdas de arpones y ahogarse extáticamente con ella en las simas negras del mar? «Desde el corazón del infierno te asaeto.» Interesante, ¿no?, que ésa sea la frase del libro que se le quedó en la cabeza (y que por tanto tengo en la mía). Lo cual nos lleva a la pregunta del millón de dólares: ¿qué quiere hacer con ella si/cuando esté lo bastante cerca como para hacer algo (lo cual es puñeteramente poco probable)? ¿Besarla o matarla? Hay partes de su cabeza a las que no tengo acceso. Puede que la respuesta a mi pregunta esté en esas partes ocultas.

Siguiente pregunta: ¿Por qué hay partes de su cabeza que me niegan el acceso? ¿Cómo funciona esto de ser parte de él? Muy bien, es una simple conjetura, pero así es como lo veo. Me veo a mí mismo como visitante de su mundo interior, y veo ese mundo como algo real, o sea, con ciudades y campiña y lagos y esas cosas. Con sistemas de transporte. Y en gran parte de ese mundo no hay obstáculos para mí, puedo ir y venir con libertad y tener acceso a todo a lo que él tiene acceso, a episodios de su pasado y series de la tele que ha visto y libros que ha leído y gente a la que ha conocido y a toda la, ¿cómo se dice?, la población de sus recuerdos y conocimientos y pensamientos y quizá incluso sueños. Pero tal como voy viendo con mayor claridad, no está bien de la cabeza, y creo que las partes que no puedo ver son las partes locas, las partes que están tan jodidas que los portales que van a ellas están bloqueados, tan en ruinas que las casas que hay allí se han venido abajo, como lo que se ve en la tele de las zonas bombardeadas, tipo Siria. Y esas partes son como piezas de puzzles todas mezcladas, o bien están rodeadas de niebla, o simplemente destruidas, no hay aviones que aterricen en ellas, las carreteras están jodidas y quizá también tengan minas de tierra, la zona entera la han acordonado, por ejemplo, digamos que las putas fuerzas de pacificación de la ONU, los tíos de los cascos azules..., ¿cómo los llaman? Los Pitufos. De manera que no se puede entrar. A menos que te dejen los Pitufos.

Creo que a los dos nos ha trastornado lo sucedido en el lago Capote. Papá Q tiene pinta de que los pensamientos le danzan alrededor como si fueran molinos de viento. Ahora mismo parece simplemente perdido. Después de que el águila se le cagara en el lago, pensé: «Vale, por lo menos ahora estamos yendo a alguna parte. Nueva York o nada. Que corra la noticia. Estamos yendo allí igual que todo el mundo, para ser amados o rotos, para renacer o morir. ¿Qué más se puede hacer que valga la pena? Nada. Allí tiene a una mujer esperándolo. No sabe que está esperando pero lo está. O bien lo sabe pero no está esperando, no le importa, y cuando él aprenda esa lección será su fin». Y entretanto, si se me permite, ¿cómo se dice?, meter baza, ¿qué pasa conmigo? ¿Quizá esta aventura podría tener a alguien para mí? Eso es lo que me interesa. Tengo una novia imaginaria en

la cabeza y necesito hacerla real. Va caminando por las calles de Nueva York y se siente igual de sola que yo, y un momento, ¿qué veo? ¿Está caminando hacia mí? Es la belleza de mis sueños, sí, pero su conducta está destruyéndolos.

Después del enfrentamiento en el lago Capote, es como si su equilibrio mental hubiera quedado trastornado. Si antes tenía la mente por lo menos parcialmente clara, ahora está del todo turbia. «Nueva York» parece haberse convertido en un concepto vago.

—Sí, sí —murmura cuando se lo pregunto—. Es allí adonde vamos. Es como los valles —dice—. Es un estado mental.

Ahora la mayor parte de los días sólo quiere un motel y una tele; eso es el mundo real para él, mientras que éste, el mundo donde están las mujeres blancas hostiles, es lo que quiere borrarse de la cabeza, y a veces creo que eso es lo único que va a haber, esta deriva sin fin y este otear y no llegar, una Odisea sin Ítaca, sin Penélope, y yo un Telémaco desplazado y condenado a errar con él, lejos de cualquier idea de destino o de hogar, y lejos, tengo que repetirlo, de las chicas.

Soy nuevo aquí. Estoy intentando entender cómo funciona el mundo, su mundo, el único que tengo a mi alcance. El mundo según Quijote. Estoy intentando obtener alguna noción de normalidad, pero no para de disolverse alrededor de mí. En la tele, porque (a falta de alternativa) ahora yo también estoy viendo montones de tele, todo el mundo parece saber qué es la normalidad, y al mismo tiempo nadie se pone de acuerdo. Estoy usando el mando a distancia para averiguarlo.

—¿Eso es la normalidad? —le pregunto—. ¿Un sofá en una sala de estar con una escalera detrás y un sillón al lado y un padre en el sillón y una madre en la cocina e hijos adolescentes que entran y salen corriendo pidiendo bocadillos y peleándose, pero cada media hora menos el tiempo de los anuncios todos van y se abrazan?

—Sí —me dice él—. La vida es así para la gente normal.

—¿O bien —le digo— la normalidad es un sofá en una sala de estar con una escalera detrás y un sillón al lado y el gran regreso de una mujer chillona asesinado por un tuit que alude a la Hermandad Musulmana y *El planeta de los simios*?

—Eso es una normalidad menos normal —contesta.

Zap. Canal de deportes. La normalidad son nueve mangas, cuatro pelotas, tres intentos, alguien gana, alguien pierde, no existe el empate. Zap. La normalidad es la gente irreal, gente irreal casi siempre rica que folla con raperos y jugadores de baloncesto y piensa en su familia irreal como si fuera una marca del mundo real, como Pepsi o Drano o Ford. Zap. Canales de noticias. La normalidad son las armas de fuego y esa América normal que quiere ser grande otra vez. Luego hay otra normalidad distinta si tu color de piel no es el correcto, y otra si eres culto, y otra si crees que la cultura es un lavado de cerebro, y hay una América que cree en las vacunas y otra que dice que son una estafa, y todo lo que una normalidad cree es mentira para la otra normalidad, y todas salen por la tele dependiendo de qué canal mires, de manera que, sí, es confuso. Estoy luchando por entender cuál *esto* es América ahora. Zap, zap, zap. Un hombre sin camisa que dispara a otro que tiene la cabeza dentro de un saco. Un gordo con gorra roja hablando a gritos de la victoria ante otros gordos y gordas con gorras rojas. *Somos ignorantes y estamos sobrealimentados. Estamos llenos de orgullo por quién coño sabe qué. Vamos a urgencias con el coche y mandamos a la abuela a comprarnos las armas de fuego y los cigarrillos. No necesitamos aliados de mierda porque somos tontos y nos podéis comer la polla. Somos Beavis y Butt-Head inflados de esteroides. Bebemos Roundup directamente de la lata. Nuestro*

presidente parece un jamón navideño y habla como Chucky. Somos América, puta. Zap. Inmigrantes violando todos los días a nuestras mujeres. Necesitamos una Fuerza Espacial para protegernos de ISIS Espacial. Zap. La normalidad es el Mundo al Revés. Nuestros antiguos amigos ahora son nuestros enemigos y nuestro antiguo enemigo es nuestro colega. Zap, zap. Hombres con hombres, mujeres enamoradas de mujeres. La majestuosidad de las montañas púrpuras. Un hombre con una pintura al óleo de sí mismo con Jesucristo colgada en su sala de estar. Colegiales muertos. Huracanes. Belleza. Mentiras. Zap, zap, zap.

—La normalidad no me parece tan normal —le digo.

—Es normal sentirse así —me contesta.

Eso es lo que recibo en vez de sabiduría paterna.

Entretanto, no sólo la gente se viene abajo, sino también las cosas. No sólo los ciudadanos, sino también sus países. Chorrocientos mil canales y nada que los una. Un mundo de basura, y también de cosas magníficas, y ambas cosas coexisten al mismo nivel de realidad, ambas emiten el mismo aire de autoridad. ¿Cómo se supone que las va a distinguir una persona joven? ¿Cómo discriminar? Todos los programas de todas las cadenas dicen lo mismo: «Basado en hechos reales». Pero tampoco es verdad. Los hechos reales son que ya no hay hechos reales. Ya no hay realidad en la que nadie se pueda poner de acuerdo. Aquí empieza un dolor de cabeza. ¡Bum! Aquí está.

Au.

Menudo momento para aterrizar en el mundo.

Algo va mal, hasta yo me doy cuenta. Y no sólo es el viejo quien está averiado, sino también el mundo de fuera del hotel. Un error del espacio-tiempo. La habitación de motel en sí es la misma vayamos a donde vayamos, sea cual sea el nombre del letrero luminoso que hay encima del aparcamiento. Dentro de la habitación las cosas son bastante constantes. Dos camas individuales, la tele, llega el repartidor de pizzas, cortinas con estampado de flores. En el cuarto de baño, vasos de plástico envueltos en bolsitas de plástico. Nevera pequeña y vacía. Lámparilla de noche, una bombilla funciona (la de su lado) y otra no (la del mío). Las paredes finas como el papel, de forma que si no queremos ver la tele hay otro entretenimiento. (Pero queremos, siempre queremos.) Se oyen muchos gritos. En las habitaciones de motel la gente bebe de botellas metidas en bolsas de papel marrón y luego gritan, le vociferan su tristeza solitaria a la noche vacía, pero también se gritan los unos a los otros (cuando no viajan solos), o al teléfono, o a los empleados del motel. (Que son pocos y tienen una actitud indiferente, ocasionalmente corpulentos y amenazadores de esa forma que induce rápidamente el silencio, pero más a menudo con aire de Tony Perkins. Variantes negras, blancas, hispanas e indostaníes del Tony Perkins del motel Bates con misteriosas sonrisitas psicóticas. Me darían miedo. Me *dan* miedo. Evito levantar la voz.) Hay menos sexo del que parece. Hay un poco, sobre todo sexo mecánico y sobre todo de pago, y seguramente a bajo precio. Digo seguramente porque ahora mismo el sexo queda fuera del ámbito de mi experiencia personal. Si tuviera tarjeta de crédito, podría intentar rectificar eso. El viejo todavía no me ha proporcionado una tarjeta que pueda usar. Por consiguiente, sigo siendo, trágicamente, furiosamente, virgen.

Lo que más hay son ronquidos. La música de la nariz americana es realmente sobrecogedora. La ametralladora, el pájaro carpintero, el león de la Metro, el solo de batería, el ladrido del perro, el gañido del perro, el silbido, el motor de coche al ralentí, el turbo del coche de carreras,

el hipo, los ronquidos de SOS —tres cortos, tres largos, tres cortos—, el largo gruñido de la ola marina, el retumbar más amenazador del trueno, el breve chapoteo del estornudo dormido, el gruñido en dos tonos del tenista, el simple ronquido común o doméstico de inspiración y espiración, el constantemente sorprendente ronquido errático a intervalos aleatorios e impredecibles, la motocicleta, el cortacésped, el martillo hidráulico, el chisporroteo de la sartén, el crepitar de la chimenea, el campo de tiro, la zona de guerra, el gallo matinal, el ruiseñor, el espectáculo de fuegos artificiales, el túnel a hora punta, el atasco de tráfico, el Alban Berg, el Schoenberg, el Webern, el Philip Glass, el Steve Reich, el bucle de *feedback*, la estática de la radio desintonizada, la serpiente de cascabel, el traqueteo letal, las castañuelas, la tabla de lavar, el zumbido. Estos y otros son mis amigos nocturnos. Por suerte, he sido bendecido con el don del sueño. Cierro los ojos y me quedo roque. Nunca recuerdo mis sueños. Creo que todavía no poseo la capacidad de soñar. Sospecho que no tengo imaginación. Creo que soy un tipo bastante transparente.

Y por eso es todavía más irritante que el mundo de fuera de la habitación de motel haya dejado por completo de ser claro y directo. Voy a decir algo de forma simple y directa, por mucho que dé la impresión de que me falta un tornillo igual que a Papá Q. Aquí va: *cuando me despierto por la mañana y abro la puerta de la habitación de motel, no estoy seguro de qué pueblo me voy a encontrar fuera ni de qué día de la semana o qué mes del año es*. Ni siquiera puedo estar seguro de en qué estado voy a encontrarme, aunque mi estado es espléndido, muchas gracias. Es como si estuviéramos quietos y el mundo se dedicara a pasarnos alrededor. O quizá el mundo sea la tele y no sé quién controla el mando a distancia. ¿Quizá existe Dios? ¿Es ese Dios la tercera persona que hay aquí? Un Dios que me está tocando los cojones, bueno, a mí y a todo el mundo, a base de cambiar arbitrariamente las reglas. Yo creía que había reglas para cambiar las reglas. Pensé: incluso si me trago la idea de que alguien/algo ha creado todo esto, ¿acaso ese alguien/algo no queda sometido a las leyes de la creación en cuanto ha terminado de crear? ¿O bien puede encogerse de hombros y decir: se acabó la gravedad y adiós, salimos todos flotando al espacio? Y si esta entidad —llamémosla Dios, ¿por qué no?, es lo tradicional— puede de hecho cambiar las reglas sólo porque le viene en gana, hay que entender cuál es exactamente la regla que se está cambiando aquí. Hay una regla que dice que los sitios tienen que mantener la misma relación física con los demás sitios, y que si quieres ir de un sitio a otro necesitas viajar la misma distancia, punto, siempre y para siempre. Lo normal sería que ésa fuera una regla bastante inmutable, carajo. Si no, ¿qué pasa con todas las carreteras y trenes y aviones? ¿Qué pasaría si, por ejemplo, decides vivir lo más lejos posible de tu suegra y de pronto, plaf, te despiertas y abres la puerta y la tienes ahí plantada con un pastel porque su casa se acaba de trasladar a la acera de enfrente? ¿Cómo podemos entender siquiera qué es un pueblo o una ciudad si los moteles se pueden desplazar por el espacio-tiempo de pueblo en pueblo? ¿Qué pasa con los recuentos de población y los censos electorales? El sistema entero se viene abajo, ¿no? ¿Es eso lo que intentas, Dios? Eres como ese trabajador desquiciado y armado con una almádena del viejo chiste del fontanero, que destruye los retretes de la compañía y los lavabos de las estaciones de trenes y escribe en las paredes el eslogan aquel, ¿cómo era? «Si no se puede cambiar la cisterna, hay que destruirla.» Dios bendito. Al otro lado de la puerta de mi habitación de motel se está terminando el puto mundo.

Hoy, por ejemplo. Esta mañana.

Anoche me fui a dormir en el Drury Inn de Amarillo, Texas (199.582 hab., si es que eso todavía significa algo), y soñé con la instalación artística del Rancho Cadillac que hay en la Ruta 66, todos esos Cadillacs Eldorado de los años cincuenta con sus alerones hundiéndose o quizá emergiendo de la tierra de Texas. «*Cadillac, Cadillac, long and dark, shiny and black...* —me canta Bruce en el sueño, gracias, Bruce—, *buddy when I die throw my body in the back, and drive me to the junkyard in my Cadillac.*» El propio Amarillo también es una especie de sueño descabellado, colega, hay reservas de helio en los campos y montan armas nucleares en la Pantex, envasan montones de carne y comen montones de filetes, tienen al novio perdido de Emmylou Harris jugando a la máquina del millón y siempre quedan en el Rancho Cadillac. Qué gran sueño, tengo que decir. Coches veloces, un cielo enorme, tías buenas con vaqueros cortados bailando con sombreros de vaquero. Me encanta. Y luego me despierto y echo un vistazo afuera y a punto estoy de desmayarme. En vez de estar en una planta baja y con el coche aparcado nada más salir de la habitación, estoy en un balcón de una décima planta. Me da vueltas la cabeza. ¿Dónde estoy? ¿Dónde es esto exactamente? Y algo que da todavía más miedo: ¿cuándo es esto? Porque ahí, asomando la cabeza por encima de las calles transformadas que no parecen Amarillo en absoluto, está el antiguo World Trade Center. Sí, el que atacaron los aviones. El de las Torres Gemelas, aunque con sólo una torre. Es imposible, pero ahí está. Así que quizá hayamos viajado de alguna forma por el espacio y el tiempo y hayamos llegado a Nueva York, pero no al Nueva York de ahora. Al Nueva York *de entonces*. De alguna manera hemos regresado a aquel día horrible y la Torre Sur ya ha caído, lo cual explica que no la pueda ver.

Pero.

Esto no se parece a Nueva York, en ningún momento de su historia. Es un sitio distinto. Esa torre que se levanta ahí no es lo bastante grande. ¿Acaso todo se ha reducido a miniaturas cuando yo no miraba? ¿Cariño, he encogido el mundo? He llamado al viejo y lo he hecho salir de la cama para que viniera a mirar.

—¿Dónde demonios estamos? —le pregunto—. ¿Y cómo hemos llegado aquí?

Estoy alterado y él me lo nota en la voz.

—Tulsa, Oklahoma (403.090 hab.) —me dice con su tono amable y tranquilizador de padre—. ¿Hay algún problema?

No me puedo creer lo que me está diciendo.

—Sí, hay algún problema —replico—. ¿Qué ha pasado con Amarillo? ¿Éste no era el Drury Inn de Amarillo? ¿No fue ahí donde cogimos una habitación anoche? Y, por cierto, ¿cómo es que estoy viendo una de las Torres Gemelas?

—En Oklahoma no hay moteles de la cadena Drury —me dice—. Éste es el DoubleTree de Tulsa.

Paso en tromba a su lado para agarrar el cuaderno que hay junto al teléfono. «DoubleTree de Hilton, Tulsa», pone. Estoy perdiendo la cabeza. ¿Pueden pasar cosas como ésta ahora?

Él se comporta como si no pasara nada.

—Sí, hemos venido en coche —me dice—. Estabas dormido, ¿no te acuerdas? Subimos en ascensor, dijiste que te alegrabas de estar en un piso alto por una vez y te quedaste dormido. Es muy extraño que no te acuerdes de nada.

Lo miro fijamente. Intento ver si me está mintiendo.

—No es la primera vez —le digo.

—¿La primera vez de qué? —me pregunta.

—De esta dislocación espacial —respondo.

Él se limita a negar con la cabeza.

—Tómame un café —me sugiere—. Te despejará la cabeza.

—¿Qué día es hoy? —le pregunto, y él me lo dice. Y esto es peor. No es el día de después de ayer. ¿Cómo hemos llegado al 11 de septiembre? Es muy jodido.

Y, por supuesto, una parte de mí piensa: «Quizá no soy tan plenamente humano como pensaba. Quizá tenga apagones, momentos de inexistencia, virus en el programa. Quizá me congelo como una imagen de FaceTime cuando hay poco wifi y al cabo de un rato me descongelo. ¿Es eso lo que el viejo me quiere hacer creer? Porque de esa manera tengo que deferir siempre ante él. ¿Es eso lo que quiere?, ¿un hijo deferente y sin voluntad independiente? ¿Me estoy volviendo paranoico? Está clarísimo». Y después se me ocurre algo peor. Esa ínsula mía está haciendo horas extras y aun así no le llega nada que no sean malas noticias. Quizá, de acuerdo con mi ínsula, así son las cosas hoy en día en América y para algunos de nosotros el mundo ha dejado de tener sentido. Todo es posible. El aquí puede ser allí, el entonces puede ser ahora, el arriba puede ser abajo, la verdad puede ser mentiras. Todo resbala y se escurre y no hay nada a lo que agarrarse. Todo se ha deshecho por las costuras. Para algunos de nosotros, los que hemos empezado a ver lo que los demás siguen siendo demasiado ciegos para ver. O bien están decididos a no verlo. Para ellos es un día más, qué sé yo, la Tierra sigue siendo plana y el clima sigue sin cambiar. Aquí abajo en las calles circulan los coches llenos de qué-sé-yos, los peatones qué-sé-yos van andando al trabajo y el fantasma de Woody Guthrie camina por el asfalto de su autopista cantando que esta tierra se hizo para ti y para mí. Ni siquiera Woody se ha enterado de que es el fin del mundo.

—En cualquier caso —le digo—, *eso* no me lo has explicado. —Y le señalo la torre que es el fantasma de la otra torre, ¿qué cojones está haciendo en Oklahoma?

Y, por supuesto, para eso también tiene una explicación. Es bien conocida, tiene nombre y dirección, la construyó el mismo arquitecto, Yamasaki, y se supone que es una réplica a menor escala. «Déjalo estar, chaval, Aquí no hay nada raro. Tranquilízate. Vamos a por huevos.»

Estoy empezando a entender por qué la gente se vuelve religiosa. Sólo para tener algo sólido que no se convierta en una serpiente resbaladiza sin previo aviso. Algo eterno: algo que te reconforte cuando ya ni siquiera puedes confiar en despertarte en la misma ciudad en la que te fuiste a dormir. La metamorfosis es aterradora, las revoluciones terminan matando a más gente que el régimen al que derrocan, los cambios no son tan buenos como el reposo. No sé cuánta gente hay ahí fuera que haya empezado a ver lo que estoy viendo yo, experimentando lo que estoy experimentando yo, pero apuesto a que no soy el único. En cuyo caso hay mucha gente aterrada ahí fuera. Muchos visionarios espantados. Hasta los profetas, cuando les empezaron a hablar las visiones, al principio creyeron que se estaban volviendo locos.

También él está aterrado. Papá Q. Después del lago Capote, algo le pasó a esa confianza inocente en la gente que siempre había tenido. Quizá para él las cosas todavía no se hayan venido abajo, pero sé que está agitado. A ver cómo sigue adelante. Si es que sigue. Lo estoy vigilando.

También estoy empezando a buscar a esa gente. A los que son como yo y tienen el fin del mundo en la mirada.

CAPÍTULO 10

En el que atraviesan el segundo valle, Sancho también encuentra el amor y a continuación, en el tercer valle, dejan atrás el conocimiento mismo

—En el valle del Amor —dijo Quijote—, la meta es la búsqueda del Amor en sí, no el pequeño aunque a menudo hermoso amor individual de un hombre por una mujer, o de un hombre por un hombre o de una mujer por una mujer, o de la combinación más contemporánea que prefieras, y en esa categoría incluyo mi amor por mi propia Amada inminente, predestinada e inevitable; no el ciertamente noble amor entre padre e hijo, aunque estoy más que dispuesto a expresar agradecimiento porque ese amor haya entrado en mi vida; ni tampoco el amor a la patria, ni siquiera, para quienes tengan inclinación a esa clase de emociones, el amor a Dios o a los dioses; sino el Amor en sí, la pureza del gran fenómeno esencial, el sujeto sin atar a ningún objeto específico, el corazón del corazón del corazón, el ojo del huracán, la fuerza motriz de toda la naturaleza humana y de gran parte de la naturaleza animal, y por tanto de la vida misma. La meta es despojarse de los obstáculos mentales que te impiden que te inunde esa gloriosa universalidad, el Amor como Ser. Es una meta, por consiguiente, que requiere de nosotros el abandono absoluto e irreversible de la razón, porque el amor carece de razón, por encima y más allá; llega sin explicación racional y continúa vivo cuando no tiene razón para sobrevivir.

Era por la mañana en el Billy Diner, «El mejor desayuno de Tulsa», y el viejo se pidió huevos verdes con jamón. Sancho se aplicó a un plato enorme de huevos rancheros. Tenían un aspecto normal y corriente, un tipo mayor y su hijo o quizá su nieto, comiéndose un desayuno sin nada llamativo, y aun así estaban llamando la atención. Era como si el dedo de aquella mujer blanca les hubiera puesto a los dos la marca de Caín, pensó Sancho, y ahora dondequiera que fueran habría sospechas y hostilidad.

Hasta aquel momento de su breve vida, no se había considerado un Otro, susceptible de recibir desaprobación por el mero hecho de ser quien era. Bueno, por supuesto, en realidad era un Otro total, una entidad sobrenatural materializada por el deseo de Quijote y por la gracia del cosmos, era tan Otro como se puede ser, pero ése no era el Otro que aquella gente desaprobaba, el Otro al que la mujer blanca había señalado con su dedo acusador. Estaba intentando inventarse a sí mismo como joven humano normal y corriente con camisa de leñador, vaqueros y botas, un chaval que estaba descubriendo la música de Justin Timberlake, Bon Jovi, John Mellencamp y Willie Nelson. No le gustaban ni el hip-hop ni el *bhangra* ni la música de sitar ni el blues. Le gustaba Lana del Rey. Pero estaba empezando a descubrir la otredad potencialmente letal de la piel.

—Baja la voz —dijo—. Te puede oír todo el mundo.

Cuando Quijote adoptaba sus modales declamatorios para pontificar sobre lo que tuviera en mente, su voz se elevaba con frecuencia hasta niveles de reunión pública, algo de lo que era felizmente inconsciente. La cafetería no estaba abarrotada, pero todos los ojos que podían ver estaban mirando en su dirección y todos los oídos que podían oír oían involuntariamente lo que tenía que decir, aquellas bocas que no estaban llenas de comida decían cosas en voz demasiado baja para oírla, y los ceños que podían fruncirse estaban fruncidos con expresiones desconcertadas pero aun así hostiles.

—Escúchame —le susurró Sancho en tono apremiante—. Termínate eso y vámonos. Nos están mirando cómo si fuéramos fantasmas, y con eso no quiero decir que seamos invisibles, sino más bien que los estamos asustando. Somos la clase de fantasmas que la gente quiere cazar. Y como estamos aquí, creen que la cafetería está encantada. Se lo puedes ver en la mirada. «¿Dónde está Bill Murray cuando lo necesitas?», están pensando. Quizá necesitemos salir de los estados conservadores, ¿me entiendes? ¿Cuál es el estado progresista más cercano? Quizá deberíamos ir ahí.

Había momentos en que Quijote parecía estar viviendo en un sueño, ciego a lo que lo rodeaba. En aquellos momentos Sancho, por muy ficticio que fuera, tenía la sensación de ser la persona real y Quijote la invención.

—En Europa —comentó animadamente Quijote—, los colores de la afiliación política son contrarios a los de aquí, de manera que el azul es el color de los conservadores, los reaccionarios y los capitalistas, mientras que el rojo representa el comunismo, el socialismo, el socialismo democrático y la democracia social. A veces me pregunto: ¿de qué color es el amor? Cuesta encontrar un color que no esté usado ya. El azafrán es el color del nacionalismo hindú, el verde el color del islam, salvo en un par de sitios donde prefieren el rojo, y el negro es el color de los fanáticos islámicos. El rosa ahora está asociado con las protestas de las mujeres y el arcoíris entero es el signo del orgullo gay. El blanco no lo considero un color, salvo en el contexto racial. Así que quizá el marrón. Marrón como nosotros. Ése debe de ser el color del amor.

El ambiente de la cafetería se estaba poniendo decididamente feo. Los ceños estaban todavía más fruncidos, las miradas fulguraban, los oídos ardían y había puños cerrados.

—¿Te quieres callar? —le dijo entre dientes a Quijote—. Vas a hacer que nos maten.

Quijote se puso de pie tambaleándose y extendió los brazos.

—Abandono toda razón —exclamó— y me abro al amor.

Ahora se les acercó un caballero de proporciones impresionantes, tanto en sentido vertical como lateral. Llevaba chaleco de cuero sin camisa y sobre los pelos canosos del pecho le descansaba un medallón dorado donde tenía el nombre de la cafetería en bajorrelieve.

—Soy Billy —les dijo—, y vosotros dos tenéis sesenta segundos para salir de aquí o uno de estos buenos muchachos que os rodean se va a sacar la pistola de la funda y la va a usar, y las consecuencias van a ser malas para mi decoración.

Quijote se volvió hacia el tal Billy con cara inexpresiva.

—¿Nos van a disparar por mi declaración de amor universal? —le preguntó.

Sancho estaba tirando del brazo de Quijote, literalmente arrastrándolo hacia la puerta.

—No voy a tolerar que nadie hable de comunismo ni de islam bajo mi techo —repuso Billy—. Tenéis suerte de que no os pegue un tiro yo.

—Idos a la mierda —dijo una de las bocas que no estaban llenas de comida, o al menos no demasiado llenas—. Tenéis pinta de que os han untado las caras de mierda tanto que ya no os las podéis lavar.

—Idos a la mierda —dijo otra de las bocas—. Largaos de mi país y volveos a vuestros putos desiertos de miseria y fanatismo a odiar América. Os vamos a rociar a todos de bombas nucleares.

—Idos a la mierda —dijo una tercera boca cuyos oídos habían estado escuchando al menos de forma momentánea—. Y dejad de hablar de amor cuando estáis llenos de odio, joder.

—Idos a la mierda —dijo una cuarta boca, que quizá estuviera emparentada con la mujer blanca del lago Capote—. ¿Y dónde habéis escondido los turbantes y las putas barbas?

Cuando estuvieron fuera, en la acera, Quijote comentó con perplejidad:

—No he pagado la cuenta.

Sancho se lo llevó con cuidado de allí, igual que uno guiaría a un ciego o a un tonto.

—Creo que el desayuno corría por cuenta de la casa —le dijo.

Trescientos kilómetros más al norte, llegaron a la población de Beautiful, Kansas (135.473 hab.), que tanto la CNN como la revista *Money* situaban en el puesto 12 del ranking de las mejores ciudades para vivir en Estados Unidos. En el sur de Beautiful, en los Rey-Nard Shops de la calle Ciento cincuenta y uno Este, se podía encontrar uno de los tres locales de la popular cadena Powers Bar & Grill. Quijote no había tenido intención de hacer escala en Beautiful. Después de salir de Tulsa, su plan había sido conducir en dirección norte por la U. S. 169 para terminar desviándose hacia Lawrence, Kansas (95.358 hab.), un enclave progresista en medio de aquel estado conservador, donde había reservado una habitación con dos camas individuales en el económico Motel 6. Pero debido al desagradable incidente de Tulsa había conducido sin detenerse y a toda prisa, demasiado deprisa, a pesar de las repetidas peticiones que le hizo Sancho de que aminorara la marcha, y para cuando llegaron al límite municipal de Beautiful, los dos estaban cansados, tenían hambre y necesitaban usar el cuarto de baño. Pararon en el aparcamiento del Powers justo cuando estaba empezando un partido de béisbol por la tele del bar. Parecía un sitio acogedor, abarrotado de afables fans del béisbol.

—Mira —le dijo además Sancho a Quijote—, gente morena.

Había dos hombres indostaníes sentados juntos en la barra, divirtiéndose y enfrascados en su conversación. Quijote y Sancho usaron los lavabos y pidieron algo de comer. Saludaron a los dos hombres indios, que sonrieron y los saludaron con la cabeza.

—*Salaam aleikum* —les dijo Quijote levantando la voz desde la otra punta del local.

—*Namaskar* —contestaron los dos hombres indios.

Quijote prefirió no inmiscuirse más en su intimidad. Poco después un borracho se puso a vociferar a los hombres indios con mucha menos cordialidad, llamándolos «iraníes de mierda» y «terroristas», preguntándoles si estaban en el país de manera legal y gritándoles: «Largaos de mi país». Hacía menos de dos horas que a Quijote y a Sancho les habían gritado lo mismo, y así pues, para su vergüenza, se retiraron a un rincón y se quedaron a la sombra. Luego al borracho lo echaron del local y todo el mundo se quedó aliviado. Sin embargo, antes de que Quijote y Sancho

se terminaran su comida, el hombre volvió con un arma de fuego y disparó a los dos indios y a un blanco que intentó intervenir. Quijote y Sancho salieron ilesos, pero se quedaron mucho rato allí sentados, temblorosos y vacilantes e incapaces de seguir su camino.

Mucho más tarde aquella noche, cuando ya estaban acomodados y a salvo en su habitación de Lawrence, la tele les dijo que uno de los indios había muerto, pero que se esperaba que las otras dos víctimas sobrevivieran a sus heridas, y que el asesino había sido capturado mientras bebía en un bar de Carter, Misuri (8.844 hab.), a unos sesenta kilómetros de Beautiful. Se había dado a la bebida después de que su padre muriera, hacía un año y medio. Trabajaba de lavaplatos en una pizzería, una situación ignominiosa para un hombre que era veterano de la Marina y que había sido controlador de tráfico aéreo. Quijote contempló las noticias en estado ensimismado y distraído, insensibilizado por el shock. Lo único que le sacó una reacción fue la noticia de que el hombre asesinado había trabajado para la compañía Greene, la multinacional de tecnología que tenía su sede en Beautiful.

—Ése es el sistema de GPS que usamos —dijo Quijote, poniéndose de pie de golpe—. Greene, usamos sus GPS. —Como si aquella coincidencia fuera lo que lo vinculaba con el muerto, lo que le permitía sentir su muerte más profundamente que la etnicidad que compartían o que la visión de la viuda del muerto preguntando patéticamente por la tele: «¿Es éste nuestro país?».

Fue Sancho —Sancho, que no había parado de temblar desde hacía horas y seguía al borde de las lágrimas— quien le hizo afrontar la cuestión a Quijote.

—¿Qué piensas tú? —preguntó—. ¿Hay lugar para nosotros en esta América?

—Hemos entrado en el tercer valle —replicó Quijote—. Éste es el valle del Conocimiento, en el que todo conocimiento mundano pierde su utilidad y ha de ser descartado.

—¿Hay alguna otra clase de conocimiento que ayude?

—Ya sólo nos puede salvar el conocimiento de la Amada —contestó.

Cuando Quijote hablaba de aquella forma, Sancho se daba cuenta de que el viejo estaba completamente chiflado, y de que la ruta por la cual él, Sancho, podía llegar a su meta de alcanzar la humanidad plena no pasaba por su extraño progenitor. Quijote estaba demasiado perdido en la lógica demente de aquel universo privado suyo de palabras anticuadas, pensamientos místicos y adicciones televisivas como para poder funcionar como era debido, o incluso para entender lo que estaba pasando en el mundo real que lo rodeaba. Incluso su inverosímil Amada, la señorita Salma R, ya era también llegado aquel punto una creación hecha de palabras, pensamientos e imágenes de la tele, que ya no resultaba real para Quijote de la forma en que lo son las cosas reales: una fantasía en la que creía con pasión pero esencialmente inalcanzable, daba igual cómo de obsesivamente la persiguiera. En cuanto había dejado a un lado la fe/descreimiento, la razón y el conocimiento, lo tenía bastante negro en el mundo real, pensaba Sancho. ¿Quién sabía qué locura les traerían los siguientes «cuatro valles»? Intentó pensar, y no era la primera vez, en cómo podía separarse del viejo y marcharse por su cuenta. Podía largarse sin más, claro —hacer dedo, hacer autostop y aceptar lo que el destino le deparara, el trabajo que viniera y, si tenía suerte, las chicas que vinieran—. El plan siempre se tambaleaba, sin embargo, por culpa de consideraciones prácticas. Como era una criatura imaginaria que había cruzado la frontera de lo real, no tenía existencia legal. Sin *a)* permiso de conducir, era difícil llegar muy lejos solo. Sin *b)* cuenta bancaria o tarjeta de débito, lo mismo. Y no había forma de obtener *b)* sin *a)*, y *a)* era un obstáculo considerable, sobre todo porque nunca había estado al volante de un coche. Había dos

posibilidades, por lo que él veía: *a*) una vida de crímenes, y *b*) un milagro. De los dos, *b*) parecía el que tenía más números de funcionar. A fin de cuentas, él mismo era en gran medida un milagro. Quizá todavía tuviera acceso a la esfera de lo milagroso.

Dejó a Quijote en la habitación viendo *Pasarela a la fama* y se fue para el rincón más oscuro del aparcamiento del Motel 6. Allí, de pie entre una camioneta (una Honda Ridgeline Sport AWD azul, para más datos) y un vetusto Hyundai Elantra rojo, extendió los brazos, cerró los ojos e invocó el reino de lo mágico.

—Grillo Parlante —dijo.

—Así que por fin entiende que necesita un amigo —dijo una voz procedente del capó del Elantra—. *Cosa vuoi, paisan?* ¿Qué quieres de mí?

—¿Puedo formular deseos? ¿Cuántos?, ¿tres?

—No es así como funciona —repuso el grillo—. Funciona de la siguiente manera: tú pides lo que quieres, *e poi, vedremo*. Miramos si es posible. Hay límites.

—Bueno, pues —dijo Sancho, respirando hondo—: un permiso de conducir, una cuenta bancaria, una tarjeta para usar en los cajeros automáticos y dinero en el banco.

—Los temas bancarios sólo son susceptibles a la magia al nivel del *grande frode*, de los grandes fraudes —explicó el grillo—. Multimillonarios, políticos, *mafiosi*. Tú no juegas en esa liga. A tu nivel, lo que hay es simplemente una economía de dinero en metálico.

—Qué decepción —se lamentó Sancho—. ¿Y no hay alguna persona más poderosa con quien pueda hablar en vez de contigo? ¿Un hada madrina, por ejemplo?

—El hada madrina è *una favola* —dijo el grillo—. Es un cuento de hadas. Al menos, a tu nivel. Olvídate de ella. Y no vengas insultando.

—Pues estoy jodido —dijo Sancho.

—¿Jodido cómo? —preguntó el grillo—. ¿Y jodido por qué? Eres un ingrato, *sì*. Y maleducado. Eres pobre, por supuesto. Pero no estás jodido. Mira qué tienes en la billetera.

—No tengo billetera.

—Mírate el bolsillo de los pantalones. ¿Tienes una billetera en él o soy un puñetero embustero?

Tenía algo en el bolsillo. Sancho se lo sacó asombrado. Era una billetera barata de cuero marrón y dentro había diez billetes nuevos de veinte dólares.

—Doscientos dólares es el máximo posible —dijo el grillo—. En el nivel en el que estás.

En aquel momento a Sancho doscientos dólares le parecían una fortuna. Pero no se fiaba.

—¿Esto es como un truco de prestidigitación? —preguntó—. ¿El dinero desaparecerá cuando se termine el truco?

El grillo no hizo caso de aquella calumnia despreciable.

—¿Y no hay nada más en la billetera? —preguntó. Sancho volvió a mirar. Había un carné de identidad de aspecto absolutamente real, con su fotografía y su firma, o la que habría sido su firma si alguna vez hubiera firmado con su nombre, cosa que no había hecho nunca—. Del estado de Nueva York —dijo el grillo con una nota de orgullo—. *Non è facile*, el estado de Nueva York.

—Gracias —contestó Sancho abrumado.

—El permiso de conducir no es posible, ni siquiera la magia puede convertirte en buen conductor —dijo el grillo—, pero con esto ya tienes documento de identidad. Ahora eres libre de verdad —añadió—. Y para ser humano necesitas tener por lo menos *la possibilità di libertà*.

Estás atrapado en la economía en efectivo, como te he dicho, es cierto; pero tienes diez billetes con la cara de Jackson y un carné de identidad. ¡Un gran punto de partida! Así te puedes procurar una cuenta bancaria por medios no mágicos.

Sancho negó con la cabeza, incrédulo.

—La pregunta es —le dijo el grillo—: ahora que eres libre, ¿qué quieres hacer? ¿Adónde quieres ir?

—A largo plazo, todavía no lo sé —contestó Sancho—. Pero a corto plazo, ahora mismo, hay una persona a la que quiero ver.

Sancho está en la puerta de una modesta casa de Beautiful, un edificio de dos plantas de color crema con la palabra BIENVENIDOS pintada con espray blanco sobre fondo rojo en el pequeño patio delantero, debajo de un letrerito que dice OM. No hay timbre. Coge la aldaba metálica y golpea dos veces. Después de una pausa le abre la puerta una mujer joven de veintipocos años. Sancho se da cuenta al instante de que ha pasado algo imposible: de que esa desconocida es la mujer perfecta para él, la chica de sus sueños, y de que el destino-karma-kismet lo ha traído aquí para conocer a su único amor verdadero, y en ese mismo instante llega al descubrimiento trágico de que los sueños sólo son sueños, de que el karma no viene con garantías y de que esa chica cuyo nombre no conoce no será suya. Ni en un millar de vidas. Se sonroja profundamente y no consigue hablar.

—¿Sí? —dice la Amada.

Sancho carraspea y habla con la voz de la adoración desesperada:

—¿Puedo ver a la señora K, la señora de la casa?

—¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? ¿No te das cuenta de que no tendrías que venir a molestar en un momento como éste? La comunidad entera está de luto. ¿Eres periodista?

—No. No soy periodista. Pero ella ha hecho una pregunta por la tele y necesito saber su respuesta. Ha preguntado si hay sitio aquí para nosotros. Necesito saber qué piensa.

—Ya sé lo que quieres. Quieres robarle. Quieres robarle la muerte de su marido y su tristeza y hacerla tuya. Vete de aquí y búscate tu propia tristeza y tu propia muerte. Estas cosas no te pertenecen.

—Yo estaba allí. Estaba en el bar.

—Había mucha gente en el bar. Nadie lo impidió. Tú tampoco lo impediste. No estamos aquí para consolarte por esa muerte. Si tienes evidencias acude a la policía.

—¿Eres la hermana de la señora? Perdóname, pero eres preciosa. Preciosa de Beautiful. — No había podido refrenarse.

—Eres una persona obscena. Voy a cerrar la puerta. —El desprecio de ella lo destruye.

—Por favor. Perdóname. Acabo de llegar a este país. Necesito saber qué significa. Cómo tenemos que vivir.

—¿No eres de aquí?

—No. Estoy de paso. Me llamo Sancho.

—Es un nombre peculiar. Vale, déjame que te diga una cosa, señor Sancho. Todos estamos afectados. La gente le decía a mi padre: no dejes que tu hija siga trabajando en América, mándala a la India. A lo mejor ahora aceptaré ese consejo. Nadie puede distinguarnos, iraníes, árabes,

musulmanes. Por tanto, no estamos a salvo. Las familias indias ya no quieren matrimonios concertados con indios-americanos. Quizá nuestra gente se irá a Canadá. Canadá dice que nos recibirá. También está el problema del idioma. Somos de Telangana, nuestro idioma es el telugu. Pero nos decimos los unos a los otros: no hables telugu delante de otra gente. Telugu, árabe, persa, nadie los puede distinguir. Por tanto, no estamos a salvo. Se suponía que el bar era un lugar seguro y no estaban hablando telugu entre ellos, pero aun así no fue seguro, así que ningún sitio lo es. ¿Has oído lo bastante? Hemos perdido las lenguas. Tenemos que ser cobardes y arrancarnos las lenguas de las bocas.

—Es una mierda. Pero lo entiendo. ¿Puedo ver a la señora para darle el pésame?

—Ésta no es la casa de esa señora. No está aquí. Te has equivocado de dirección.

—Entonces ¿cuál...?

—Ahora todos somos esa señora. Todos somos su familia. Si eres de donde somos nosotros, de nuestro *país*, seguramente lo entenderás. Pero ésta no es tu casa. Ésta no es tu sangre.

—¿Cómo te llamas?

—¿Por qué quieres saber cómo me llamo?

—Tú sabes cómo me llamo yo.

—¿Cómo me has llamado antes?

—Preciosa de Beautiful.

—Pues entonces así me llamo.

—Tengo que irme —dice Sancho—. Tengo que acompañar a mi padre en su último viaje. Cuando termine con eso...

—No te conozco —dice ella—. Y el futuro..., nadie lo puede ver. Márchate.

Y cierra la puerta.

Sancho se marcha, desconsolado y al mismo tiempo eufórico, pero con un aire nuevo; con una determinación repentina, que no es lo mismo que el amor correspondido, pero por lo menos es algo que se puede llevar del encuentro.

Quijote estaba esperando en el coche, con cara disgustada.

—Eres una criatura testaruda —dijo—. Te he dejado claro que era una idea absurda, peor que absurda, un acto indecoroso. Sólo te he traído aquí porque me has amenazado con marcharte, y no te he traído al mundo para perderte tan pronto. Es peor que indecoroso lo que has hecho. Es irrelevante para el gran asunto que tenemos entre manos, para la gran empresa que tenemos en marcha. Es un desvío y un callejón sin salida y no es asunto nuestro.

Sancho estaba llorando en el asiento del pasajero: las primeras lágrimas de su joven vida.

—Ahora entiendes la infelicidad —dijo Quijote en tono nada amable—. ¿Es esto lo que has venido aquí a aprender? Pues apréndelo. La vida humana es casi todo infelicidad. El único antídoto a la tristeza humana es el amor, y es al amor a lo que ahora debemos rededicarnos. Vámonos.

—Quiero que me enseñes tu idioma —pidió Sancho—. El idioma que hablabas antes de venir aquí. Y quiero que nos hablemos en ese idioma, sobre todo en público, para desafiar a esos cabrones que nos odian por poseer otra lengua. Quiero que empieces a enseñarme ya.

Quijote se sintió inesperadamente conmovido.

—Muy bien —dijo—. Te enseñaré, hijo mío. Tu lengua natal, hijo mío sin madre. Es una lengua de belleza renombrada. Y también te enseñaré bambaiya, la variedad local que hablábamos en las calles de mi infancia, que es menos bonita pero que deberías conocer, porque sólo cuando la conozcas serás verdaderamente ciudadano de esa ciudad que nunca has visto.

—Cuando termine de aprenderla —dice Sancho—, voy a volver a llamar a su puerta. Y le voy a decir que no hemos de tener miedo.

«Ya sólo nos puede salvar el conocimiento de la Amada.» Cuando Quijote se lo había dicho, Sancho lo había considerado prueba de su distanciamiento de la vida real. Ahora se daba cuenta de que había infravalorado al viejo. Ahora también él tenía a una amada.

—Cuando me ha dicho «vete» —le cuenta a Quijote—, sé que ha querido decir «vuelve».

Preciosa de Beautiful era *Khoobsoorat sé Khoobsoorat*, que también puede querer decir «más preciosa que preciosa», otro buen significado. Y eso en lenguaje formal, pero en bambaiya también era *rawas*, «fantástica», y *raapchick*, «sexy». También se podían usar las mismas palabras para describir la belleza de América, aunque para eso había muchos otros elogios disponibles. El río Misisipi a su paso por San Luis era *baap*, que literalmente significa «padre», pero que en bambaiya quiere decir «genial», «lo mejor de lo mejor» o algo parecido al antiguamente enrollado término «molón», pero mucho más enrollado. «Qué río tan *baap*, “papá”.» Tanto Chicago como el gran lago junto al que estaba eran *majboot*, que significa literalmente «fuerte», pero se usa para decir «fabuloso», «alucinante», «increíble». «Chicago: ciudad totalmente *majboot*, *jaar!* Y el lago Michigan: *bikul majboot pani!*» (Aguas completamente alucinantes.)

Una chica sexy era *maal*, que literalmente significa «la mercancía». Una novia era *fanti*. Una mujer joven y sexy pero desafortunadamente casada era *chicken tikka*. En Ann Arbor se detuvieron para echar un vistazo al campus universitario y Sancho se fijó en que había muchas *maal* paseándose por allí.

—Pensaba que habías encontrado a una *fanti* y que te estaba esperando en Beautiful —lo pinchó solemnemente Quijote—. Y además, esa chica a la que estás mirando lleva anillo. Está claro que es *chicken tikka*, siento informarte.

Sancho aprendía deprisa.

—Y esa chica de ahí —dijo— es un tablero de *carrom*. —Tenía el pecho plano.

El bambaiya no era una jerga educada. Poseía esa dureza de la vida en las calles de la ciudad. Un tipo que no te caía bien podía ser un *chimaat*, o «tío raro», o bien un *khajvua*, uno de esos que se rascan las pelotas.

América se convirtió en la clase de idiomas de Sancho. Cuando había tiroteos en la tele, aprendía que «pistola» se decía *ghoda*, que significa «caballo», y que la «bala» era una *tablet*, en inglés, o a veces una *capsule*. Así que el inglés, en aquellas mutaciones, también se infiltraba en el bambaiya.

Los dos estaban contentos. Quijote el maestro, cuando aquellas palabras de tan lejos le evocaban recuerdos de antaño, volvía a sentirse conectado con su juventud, y a Sancho y a él los unían aquellas lecciones, que aliviaban el tedio de la carretera con largos arranques de risas. El

país discurría a su alrededor, ríos y fábricas, colinas arboladas y pueblos residenciales, carreteras y autopistas, y todo era comedia. Una vez, entre Toledo (278.508 hab.) y Cleveland (385.809 hab.), Quijote giró por donde no debía y exclamó:

—*Vaat lag gayi!*

—¿Qué has dicho? —le preguntó Sancho.

—He dicho —contestó Quijote, abandonando su habitual circunspección— que estamos completamente jodidos.

Volver a describir el país en su lenguaje privado era adueñarse de él.

—Ahora entiendo por qué los racistas quieren que todo el mundo hable sólo inglés —le dijo Sancho a Quijote—. No quieren que esas otras palabras tengan derechos sobre la tierra.

Aquello hizo que Quijote empezara a largar una vez más su tropo del «territorio indio».

—Antaño había otras palabras con derechos —dijo—. Palabras que pertenecían a esos otros indios. Ahora muchas de esas palabras ya no son más que sonidos de significado perdido. *Shenandoah*, de origen nativo desconocido. Otras veces el significado perdura, pero nadie lo conoce, lo cual le niega su influencia a la palabra. *Ticonderoga* es la unión de dos vías fluviales. Nadie lo sabe. *Chicago* es un campo de cebollas. ¿Quién lo sabe? *Punxsutawney*, pueblo de moscas de la arena, o quizá mosquitos. Nadie lo sabe, ni siquiera el Día de la Marmota. *Misisipi*, gran río. Eso quizá lo podría adivinar alguien. Son palabras que han perdido su poder. Sobre ellas se han vertido palabras nuevas para robarles su magia. En la Costa Oeste los nombres de santos en español: Francisco, Diego, Bernardino, José y también Santa María de los Ángeles. En la Costa Este, nombres venidos de Inglaterra para enterrar el pasado que había debajo: Hampshire, Exeter, Southampton, Manchester, Warwick, Worcester, Taunton, Peterborough, Northampton, Chesterfield, Putney, Dover, Lancaster, Bangor, Boston. Y, por supuesto, Nueva York.

—¿Puedes parar? —le rogó Sancho—. Por favor. Para.

—Tienes razón —admitió Quijote, deteniéndose—. Estamos en el tercer valle, en el que todo conocimiento se ha vuelto inútil. De mi conocimiento inútil, de esta tosca magia, por la presente reniego.

Aquel acto de posesión lingüística empezó a devolverle su sentido al territorio. Se interrumpieron las dislocaciones espaciales y temporales aleatorias. El mundo se asentó y le produjo a Sancho la ilusión, por lo menos, de ser comprensible. Continuaron con su viaje de acuerdo con el plan de Quijote. Después de Cleveland pasaron por Bunyan, Pensilvania (108.260 hab.), Pittsburgh (303.625 hab.) y por fin Filadelfia (1.568.000 hab.). Cruzaron la frontera estatal hacia Chaucer, Nueva Jersey (17.000 hab.), y Huckleberry, Nueva York (109.571 hab.). Pronto apareció ante ellos la mismísima Ciudad Esmeralda. El clima siguió desarticulado, sin embargo; un día hacía un calor de justicia, al siguiente un frío polar, olas de calor y de granizo, sequías e inundaciones. Quizá simplemente el clima en adelante iba a ser así. Por lo menos parecía haberse restaurado la continuidad geográfica. ¿Y por qué? En el mundo de más allá del conocimiento, no existía un porqué. Sólo había una extraña pareja, un padre y su descendencia partenogenética, destinados a un final trágico.

Sancho decidió que Dios pertenecía a la categoría del «Hombre sin nombre» de Clint Eastwood. No hablaba mucho, se guardaba sus pensamientos y de vez en cuando era el jinete errante de las llanuras que entraba en un pueblo mordisqueando un puro y mandaba a todo el mundo al infierno. En muchos sentidos era lo contrario de Papá Q, que no se callaba nunca. Cuando Sancho se hartaba de escuchar a su «padre», la verdad es que le gustaba bastante imaginarse que Dios también iba en el coche. Dios era el Silencio. A veces era lo que hacía falta.

Ahora entraron en un pueblo. No llevaban puros y quizá fuera a ellos a quienes iban a mandar al infierno. Él, su «padre», no veía nada más que su misión, no oía nada más que lo que quería oír. Sancho lo veía todo y lo oía todo. Por toda América iba recogiendo las expresiones agrias de las caras de los empleados de hotel, camareras y chicas de las cajas registradoras de los 7-Eleven.

Y ahora también él tenía una Amada a la que conquistar.

—Mi querido Sancho —le dijo Quijote, al volante del Cruze—. Ahora que nos acercamos a la gran ciudad, tengo que avisarte de que vamos a afrontar una serie de obstáculos *majboot*. La gran ciudad es objeto de gran deseo. Se puede decir que mucha gente la desea igual que yo deseo a la señorita Salma R. En consecuencia, la protegen poderosos guardianes igual que en la Antigüedad, e igual que en muchas partes del mundo todavía hoy en día se protege a las mujeres de la deshonra; así también la señorita Salma R está protegida de pretendientes no deseados, entre los cuales, por razones obvias, no me cuento.

—¿Cuáles son esas razones? —preguntó con descaro Sancho—. Porque no importa cuánto me rasque la cabeza, para mí no son obvias.

—En realidad sólo hay una razón —contestó Quijote impertérrito—. Y es que en mis mensajes, que no son lo bastante frecuentes como para resultar irritantes, la estoy cortejando con elegancia, con la mezcla perfecta de rimbombancia y humildad, y también, si se me permite la osadía de decirlo, con cierto estilo literario. Me dirijo a ella tal como una mujer de su calibre merece, y ella, en calidad de mujer de su calibre, habrá reconocido eso de inmediato. No me dirijo a ella de cabeza, en plan bruto, como un toro. Me muestro indirecto, recatado, lírico, filosófico, tierno, paciente y noble. Veo que tengo que hacerme digno de ella, y ella, viendo que lo veo, ve que, debido a que lo veo, me revelo de hecho como el digno pretendiente que aspiro a ser. Si alguien no entiende lo necesaria que es la dignidad, jamás podrá adquirir esa cualidad cuya importancia no ha podido percibir.

—Cuando hablas así —dijo Sancho—, me arrepiento de haber preguntado.

Corrían finales de septiembre. Los anocheceres se adelantaban, las noches eran más frías y las hojas volaban sobre ellos como pájaros. Avanzaban flotando por la autopista como en un sueño. Era inexplicable que no hubiera coches que obstaculizaran su avance, sólo la larga serpiente desplegada de la carretera.

—Parece que la antigua ciudad a la que nos dirigimos ha bajado sus defensas —comentó Sancho—. Nos está invitando a entrar. —Rahway, Linden, Elizabeth, Bayonne—. Aquí venimos —Sancho dio un puñetazo al aire—, ¡apartad las criaturas!

Quijote le dio una palmada en el hombro.

—La carretera es la lengua —dijo—, y el túnel es la boca. Así se te traga la ciudad.

A Sancho nadie le iba a denegar su alegría.

—Estoy listo —exclamó—. Trágame, Nueva York. Trágame ahora. —Harrison, Secaucus. Se acercaba el túnel. Ñam.

—Necesitamos estar descansados y en plena forma para Nueva York —señaló Quijote—. Encontramos un sitio para descansar, reponer energías y tener la mejor cara posible por la mañana.

—Carajo —dijo Sancho—. Me pones todo emocionado y excitado y luego me echas un cubo de agua fría. No es manera de tratar a un chaval que está creciendo.

—Hay dos ciudades —explicó Quijote—. Hay una visible, las aceras rotas de la ciudad antigua y los esqueletos de acero de la nueva, las luces del cielo, la basura en las alcantarillas, la música de las sirenas, un viejo bailando claqué para que le tiren monedas, cuyos pies dicen: «Antes yo era alguien», pero su mirada dice: «Ya no, colega, ya no». El fluir de las avenidas y las calles embotelladas. Un ratón navegando en un bote por un estanque del parque. Un tipo con cresta punk gritándole a un taxi. Mafiosos con servilletas remetidas por el cuello de la camisa en un restaurante italiano de Harlem. Tipos de Wall Street con tirantes recibiendo tratamiento de vips en clubes nocturnos o bebiendo tequilas y tirándose encima de mujeres como si fueran papel moneda. Mujeres altas, hombres bajitos y calvos, locales de filetes, locales donde darse el filete. Tiendas vacías, liquidaciones por cierre, liquidación final, una sonrisa a la que le faltan algunos de sus mejores dientes. Obras por todas partes pero aun así se rompen las tuberías de la calefacción. Hombres de pelo ensortijado con millones de dólares en diamantes en los bolsillos de sus abrigos largos y negros. Hierro forjado. Casas de ladrillo rojo. Música. Comida. Drogas. Gente sin techo. Hace veinte años habían desaparecido, pero ahora han vuelto. Máquinas quitanieves, béisbol, coches de policía que prometen C. P. R., cortesía, profesionalismo y respeto, qué se puede decir, no les falta sentido del humor. Todos los idiomas de la Tierra. Ruso, punjabi, taishanés, criollo, yiddish, kru. Y no nos olvidemos del corazón de la industria televisiva. Colbert en el Ed Sullivan Theater, Noah en Hell's Kitchen, *The View*, *The Chew*, Seth Meyers, Fallon, todo el mundo. Abogados sonrientes en la televisión por cable que te dicen que si te lesionas te pueden conseguir una fortuna. El Rockefeller Center, la CNN, la Fox. El almacén del Downtown donde se rueda *Salma*. Las calles por las que ella camina, el coche en el que se va a casa, el ascensor que sube a su ático, los restaurantes a los que pide la comida, la gente que conoce su número, las cosas que le gustan. Toda la ciudad fea-bonita, hermosa en su fealdad, *jolie-laide*, que es francés, igual que la estatua de la bahía. Todo eso es lo visible.

—¿Y la otra ciudad? —preguntó Sancho con el ceño fruncido—. Porque todo eso ya es mucho.

—La otra ciudad es invisible —contestó Quijote—. Es la ciudad guardiana, con sus enormes murallas imponentes hechas de riqueza y de poder, y es donde vive la realidad. En ese espacio sagrado sólo pueden entrar los pocos que tienen llave.

—Sospecho que no estamos en ese grupo.

—Yo tengo una llave —dijo Quijote—, y cuando llegue la hora quizá tenga que ir a buscar la cerradura que abre.

—Pero qué misterioso —lo rió Sancho—. Qué callado te lo tenías. ¿Qué llave? ¿Qué cerradura? ¿Qué hay dentro? Venga.

—Pero también tenemos otra arma —dijo Quijote sin hacer caso de su súplica—. Y es que estamos a punto de entrar en el cuarto valle.

—Ya hemos renunciado a la fe, al descreimiento, a la razón y al conocimiento —protestó Sancho—. No parece que nos quede mucho.

—El cuarto valle —dijo Quijote— es el valle del Desapego, en el que abandonamos todos nuestros deseos y apegos terrenales.

—¿Todos?

—Todos.

—¿El apego al helado sabor café con cobertura de chocolate de Häagen-Dazs?

—Y a *Ley y orden: unidad de víctimas especiales*.

—¿Y a estar sentado cerca de la esquina del bateador en el estadio de los Yankees cuando juegan contra los Red Sox, que es algo que obviamente no he hecho nunca, pero lo deseo?

—Y a *Watch What Happens: Live* del canal Bravo.

—¿Y al *Candy Crush Saga*?

—Y a *La princesa prometida*.

—¿Y al bistec?

—Y a las patatas fritas.

—¿Y a Beyoncé y Jay-Z?

—Y a la grabación del reparto original de *El rey y yo*.

Sancho, en cuya cara había echado raíces una expresión horrorizada, hizo una pausa, como si se le acabara de ocurrir una idea insoportable.

—¿También tenemos que renunciar a nuestro deseo y apego a la mujer que amamos?

—La Amada está exenta —le explicó Quijote en tono afable—, porque la Amada es la meta. De las demás cargas, en cambio, debemos deshacernos.

—¿Hasta de un vaso de Grey Goose con tónica de vez en cuando?

—Hasta de las habas con una copa de buen Chianti.

—Vamos a ser como monjes.

—Nos haremos dignos del Grial.

—¿Y el Grial es la Amada?

—El Grial es la mano de la señorita Salma R.

—El Grial es la mano de Preciosa de Beautiful.

—Todo hombre tiene su propio Grial.

—Pero me dijiste que en el cuarto valle encontraríamos un arma. Y lo único que veo es que cada vez tenemos menos cosas. No veo ningún bazuca.

—Cuando hayamos alcanzado la renuncia del cuarto valle —dijo Quijote—, entonces dejará de existir eso que se conoce comúnmente como «realidad», y que en realidad es irrealidad, tal como la conocemos de la tele. Los velos caerán, la ciudad invisible se volverá visible, sus puertas se abrirán de par en par de manera que no hará falta llave y el camino a la Amada se hará visible.

«En un momento dado —pensó Sancho—, alguien vendrá, lo meterá en una camisa de fuerza y se lo llevará, y cuando llegue ese momento yo me volveré para Beautiful, Kansas (135.473 hab).» Esto no lo dijo en voz alta. Lo que hizo, para seguirle la corriente al viejo, fue declarar:

—Estoy listo. Voy a renunciar a mi deseo de un iPad nuevo y a mi apego, que creo que me debe de venir de ti, por la música de U2.

—No está mal para empezar —repuso Quijote, y luego la ciudad apareció frente a ellos—. ¿No lo notas? La realidad, esa farsa, ya está empezando a dejar de existir.

Sancho no contestó, pero discrepó en privado. La realidad era una mujer blanca en el lago Capote, era lo que salía de las bocas furiosas que habían visto en una cafetería de Oklahoma, eran el tiroteo de Kansas, dos heridos, un muerto y una comunidad rota y de duelo, así como una joven preciosa cerrándole la puerta en las narices. ¿Acaso era probable que aquella realidad se disolviera y desapareciera? ¿Acaso se podía descartar como una simple farsa?

CAPÍTULO 11

El doctor Smile conoce al señor Thayer y un abuelo emerge del pasado en forma de fantasma

Los Thayer estuvieron entre los primeros peregrinos en llegar a América, cierto. Thomas y Richard Thayer, hermanos, se incluyen entre los Padres Peregrinos, cierto. Sus descendientes se casaron con los descendientes de John Alden de la familia del *Mayflower*, cierto. En cuanto al *Mayflower* en sí, sin embargo... ¿Figuraban sus nombres en la eminente lista? Hum, no en la del mismo *Mayflower*, no. Ah. ¿Y en el *Fortune*, la segunda embarcación que hizo la travesía? Pues... no, en el *Fortune* tampoco. Pero estuvieron entre los primeros colonos. Ser de los primeros es bueno. Ser de los primeros es impresionante. Anderson Thayer creía que las palabras tenían una vida propia y que desarrollaban significados que sólo los pedantes cuestionaban, y a estas alturas haber ido en el *Mayflower* simplemente era —por lo menos para él— sinónimo de haber estado entre los *primeros*. Las pequeñas discrepancias no importaban demasiado. Los pequeños alejamientos de la verdad no constituían mentiras. Por consiguiente, Anderson Thayer no veía necesidad alguna de corregir a los demás si creían que sus antepasados habían venido a bordo de la legendaria embarcación. No veía necesidad de corregirse a sí mismo.

Ser pequeño no era gran cosa. Era un principio que Anderson extendía a otras áreas de su vida. Era un hombre pequeño y entendía lo que lo distinguía de uno grande. (Los hombres grandes eran torpones. Los hombres pequeños eran ágiles. Esto les podía conferir una ventaja. Había leído en alguna parte, o bien la había visto por la tele, la historia de la derrota de la Armada Invencible. Los galeones españoles eran grandes y lentos. La flota británica era pequeña, maniobrable y rápida. Los barcos ingleses iban zumbando entre aquellas naves españolas enormes y torponas, disparando los cañones y alejándose, fiuu-bum, golpear y retirarse. Los grandes contra los pequeños. David contra Goliat. Cassius Clay volando y clavando su aguijón, Sonny Liston plantado como un enorme oso confuso. «No pueden tocar sus manos / lo que sus ojos no ven».)

Ser pequeño no era gran cosa. Las pequeñas faltas no eran grandes crímenes. Los pequeños hurtos no eran grandes robos. Los pequeños engaños no eran alta traición. En el curso de su relación con la señorita Salma R, Anderson había recurrido con frecuencia a aquel principio rector, y le había hecho un buen servicio. Le había robado cosas a Salma, cierto, pero nunca cosas grandes, nunca las cosas que a ella le importaban. Un pendiente por aquí, una pulsera por allí. Salma notaba que le faltaban cosas y se encogía de hombros.

«Siempre estoy perdiendo cosas», se reprendía a sí misma, y el ladrón se reía con ella. También le había robado su imagen, filmándola en secreto con su smartphone en los momentos bajos, en las depresiones, en las horas que se pasaba sin conocimiento por culpa de su abuso de los fármacos. Lo hacía para tener ases en la manga, salvaguardas en caso de que ella se volviera

contra él, cosa que Anderson intuía que Salma se estaba planteando hacer. Pero también sospechaba que no le serviría de mucho, porque ella se mostraba tan abierta acerca de sus locuras, de sus patologías y sus excesos que las evidencias en forma de vídeo de aquellas cosas quizá no la dañaran demasiado. Aun así, seguramente a Salma no le gustaría que los jefes de los estudios vieran las imágenes; por mucho que hubieran oído todas las historias sobre ella, en aquella época tan sensible era posible que la evidencia visual los abrumara, por mucho que pudieran descartar la evidencia de sus oídos; de manera que el material no carecía de valor. Así pues, Anderson era desleal en las cosas pequeñas pero leal en las grandes; porque ciertamente era el protector de Salma, su guardián, y haría lo que fuera por ella, le resolvía los líos en que se metía, y —por lo menos en opinión de él— la amaba de verdad. Salma era la giganta y él el pigmeo que la contemplaba desde abajo y la adoraba.

También era un estudiante del mundo del estrellato, y de las figuras periféricas como él que hacían de humildes consortes de los grandes. Prestaba particular atención a los hombres jóvenes que se veían atraídos por las mujeres mayores, las bellezas crepusculares, las estrellas caídas, y que las atraían a su vez. Demi y Ashton, por supuesto, Madonna y el bailarín aquel, Cher y Tom Cruise, y el actual medallista de oro de la especialidad, el joven rey de los clubes nocturnos Omar Vitale. Omar y Demi, Omar y Heidi Klum, Omar y Elle *el Cuerpo* Macpherson. Anderson Thayer le tenía un gran respeto. Sin embargo, su gran modelo de conducta, fallecido recientemente, había pertenecido a la edad de oro de Hollywood. Se llamaba Robert Wolders y había sido un actor holandés, sobre todo de televisión, aunque también había tenido papeles secundarios en *Beau Geste* y *Tobruk*. Su papel televisivo más sustancial lo había tenido en la serie de vaqueros *Laredo*, a mediados de los sesenta. Pero como pareja en la vida real de una serie de grandes estrellas, Wolders no tenía rival. Se había casado con Merle Oberon cuando ella tenía sesenta y cuatro y él veinticinco menos, y había dejado su carrera de actor para estar con ella. Merle murió cuatro años más tarde. Al año siguiente empezó a salir con Audrey Hepburn cuando ella tenía cincuenta y un años y él unos siete menos, y estuvo con Audrey trece años, hasta su muerte. Posteriormente fue pareja de Leslie Caron (que le sacaba cinco años). Era una carrera que Anderson Thayer admiraba, a la cual aspiraba. Robert Wolders había sido alto y apuesto, mientras que él, Anderson, era más tipo Sam Bigotes/Rumpelstiltskin, pero había empezado su carrera con buen pie. Si pudiera, se quedaría con la señorita Salma R hasta su muerte. Luego buscaría a su sucesora. Ya tenía una breve lista de sucesoras posibles en mente.

Llegado este punto de nuestra historia, Anderson Thayer hizo una breve visita personal a Atlanta. La Asociación Americana de Médicos de Origen Indio (AAMOI), el Instituto de Profesionales Médicos de Origen Indio de Georgia (IPMOIG), la Asociación del Dolor de Estados Unidos (ADEU) y la Fundación Smile habían organizado conjuntamente un «Programa de Concienciación sobre Opioides» en la sección de Atlanta del consulado de la India, situado en la población residencial de Sandy Springs, Georgia, en las afueras. El discurso de clausura lo iba a pronunciar el célebre especialista indio-americano en tratamiento del dolor doctor R. K. Smile, fundador y presidente de Productos Farmacéuticos Smile, S. A. (PFS). Presentándose ante el personal consular como Conrad Chéjov, reportero del *Washington Post* en plena «investigación de los opioides», Anderson Thayer recibió permiso para cubrir el seminario. Anderson estaba orgulloso

del «oficio» —un término que había aprendido de las películas de espías de la tele— que le había permitido adquirir la acreditación falsa del *Post*. Tenía una selección de aquellas identidades falsas a su alcance. En su línea de trabajo a menudo era necesario asegurarse de que no se pudiera establecer ninguna conexión entre él y lo que el personal de seguridad llamaba «la número uno». La ausencia de pruebas lo era todo. Nunca dejaba rastros de documentos.

El seminario fue pequeño y tedioso, pero cuando el doctor Smile se puso de pie para hablar, todo el mundo le prestó atención. Se trataba del Reyecito, una figura respetada que había hecho generosas aportaciones a la comunidad y a la vida cultural de la ciudad. Su nombre estaba en todas partes, siempre haciendo promoción de la comunidad india de Atlanta de formas que resultaban beneficiosas para todos los indios-americanos y que servían para reducir las tensiones interraciales. Y aquel día al doctor Smile se lo vio particularmente apasionado. Empezó echando la culpa a los medios de no prestar atención a la crisis creciente.

—Como país estamos a merced de los medios de comunicación, que son quienes establecen la agenda para todo el mundo —dijo—. Ya hace diez años se producían un centenar de muertes diarias causadas por los opioides, pero por culpa de su sesgo progresista los medios sólo querían hablar de dar el pecho en público y de los lavabos para personas transgénero. Además, por culpa de su obsesión con el agujero de la capa de ozono, todo el hincapié estaba en los melanomas. Y luego vino el ébola. ¿Cuántos americanos murieron a causa del ébola? Yo os lo diré. Exactamente dos personas. Una y dos. Pero en los medios te encontrabas el ébola día, tarde y noche, siete días por semana. Además, es una sociedad obsesionada con los temas del cuerpo, con estar guapo, con mantenerse en forma, que siempre está practicando el *body shaming*, como lo llaman, si tienes un cuerpo «fofisano», que es lo que creo que tienen muchos hombres en esta sala, yo incluido. —Lo interrumpieron las risas de la sala y él esperó a que se apagaran—. Estad tranquilos, sin embargo —continuó—. Ya existen contraideologías, la «neutralidad corporal», la «aceptación de la gordura», el «respeto al cuerpo». Así que no pasa nada, caballeros, no tienen que hacer dieta. —Más risas relajadas. Luego el doctor Smile retomó la seriedad de su discurso—. Así pues, por culpa del amor que tiene América por los cuerpos toda la atención se ha centrado en el caminar para hacer ejercicio y en la obesidad en las escuelas. Y entretanto han estado muriendo treinta mil personas al año por culpa de los opioides y los medios les han prestado prácticamente cero cobertura.

Ahora todas las cabezas estaban asintiendo.

—Hubo que esperar a 2015 para que una serie de senadores americanos hicieran público este problema. Yo mismo lancé una campaña en internet y en menos de una semana me respondieron doce mil familias. Aquí tengo que admitir algo de lo que sí somos culpables, lo siento. Pero tenemos que admitir los problemas de nuestra comunidad, ¿verdad? Surge esta crisis, hay adicciones, hay peligro grave para algún miembro o varios de nuestra familia, pero lo escondemos. Lo consideramos una vergüenza y lo ocultamos. También en la India se esconde. En consecuencia sufrimos una gran carestía de centros de rehabilitación. La crisis empeora. Y por extraño que parezca, no es porque no se esté invirtiendo dinero. En Estados Unidos en 2013, ocho mil millones de inversión. En 2014, diez mil millones. Los recursos crecen, pero el problema también. ¿Por qué? Y ahora tengo que usar una palabra con la que por desgracia estamos todos familiarizados. —Pausa dramática—. Y esa palabra, honorable *saab* cónsul y honorables invitados, es *corrupción*. —Nueva pausa para las obligatorias exclamaciones ahogadas de shock

—. Los responsables son las grandes farmacéuticas y los *lobbies*. Y también el pequeño porcentaje de médicos, calculo que quizá el uno por ciento, que son corruptos. Y entretanto siguen llegando al mercado fármacos nuevos y más potentes. Ése es el problema. Y yo estoy intentando hacerle frente. Que es lo que deberíamos hacer todos.

A Anderson Thayer, que estaba tomando notas con diligencia al fondo de la sala junto con el reportero de *Rajdhani*, le había caído bien de inmediato el doctor Smile porque también era pequeño. «Dos *munchkins* en la Tierra de Oz —pensó—. Necesitamos apoyarnos.» Pero cuanto más hablaba el médico, más impresionado se quedaba Anderson. Aquel tipo era alucinante. Se plantaba ante sus colegas de profesión y básicamente les decía: «A esto me dedico», y les hacía creer lo contrario. Todo el mundo salió de la charla convencido de que el doctor Smile era el sheriff y no el forajido. Se hacía pasar por Pat Garrett cuando en secreto era Billy el Niño. Vaya pelotas tenía. La tímida postura de Anderson Thayer basada en la idea del «ser pequeño no es gran cosa» no era para el doctor Smile. Aquel tipo regurgitaba una enorme bola de mocos de mentiras gigantescas y la escupía sin vergüenza alguna.

Aquella misma tarde Anderson hizo la llamada telefónica desde un teléfono desechable que tiraría a la basura antes de salir de la ciudad. Tal como había acordado de antemano, se presentó como «Sam», y el doctor Smile empezó a reñirlo de inmediato.

—Ha sido muy mala idea que asistiera usted al seminario —le dijo—. Había presente un periodista de la comunidad local. No conviene dar pie a nadie para que ate cabos.

—Lo siento —contestó Anderson, asegurándose de no parecer arrepentido—. Quería echarle un vistazo a usted, para saber con quién estoy tratando.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? —El doctor Smile hablaba en tono al mismo tiempo agraviado y un poco inseguro.

—Que es usted alguien con quien puedo hacer negocios.

—La primera entrega será de cortesía. —Ahora la voz del doctor Smile se volvió férrea y profesional—. No le cobraré nada. Recibirá usted un paquetito que también contendrá instrucciones de uso, que deberá usted seguir a rajatabla.

—Entendido.

—Vaya usted a La Reina del Taco que hay en la autopista Buford. Entre en el lavabo de hombres a las veintidós horas exactamente y encontrará el paquete detrás de la cisterna.

La taquería por la noche no era un lugar precisamente tranquilo. Las luces eran de neón y sórdidas, las paredes chillonas (unas de color rosa y otras de color lima), el techo estaba excesivamente engalanado con pequeños objetos colgantes (corazones rojos palpitantes, corazones amarillos grandes, corazones azules rotos), la música estaba muy fuerte y el volumen del televisor de pantalla plana de la pared estaba al máximo para batallar contra la música. Las mesas estaban llenas de estudiantes de Emory, Morehouse y Spelman, que generaban un ruido que sólo las hordas de estudiantes son capaces de producir. El sitio era una elección excelente, pensó Anderson, nadie prestaba atención a nada más que a sí mismos y a su comida. A las diez menos cinco inspeccionó el lavabo de hombres. En la puerta había un letrero que decía AVERIADO. Se alejó y volvió al cabo de cinco minutos. El letrero había desaparecido, el lavabo de hombres estaba vacío y había un paquete envuelto en papel marrón esperando en el sitio especificado. Lo cogió y se fue hacia su Camry de alquiler.

Era demasiado tarde para coger un avión. Iba a tener que pasar la noche en un hotel del aeropuerto y volar de regreso a Nueva York por la mañana. Odiaba el aeropuerto de Hartsfield-Jackson por su tamaño inmenso y por sus frecuentes problemas logísticos. Al aterrizar en la ciudad había oído a otro pasajero con gorra de béisbol de los Braves hacer lo que él había supuesto que sería un chiste local: «Si te mueres y vas al infierno —dijo el fan de los Braves—, tienes que hacer la conexión aérea en Atlanta».

«Ésta es la vida que yo podría haber tenido», pensó. Había estudiado ruso en la Davidson, había hecho un curso titulado «Rusia y Ucrania, guerra y paz» y otro donde se estudiaba el uso de la metáfora del vampiro en la cultura rusa, y en su último año de carrera se habían puesto en contacto con él representantes tanto de la inteligencia americana como de la rusa para ofrecerle trabajo. Él les había dado las gracias a ambos con idéntica cortesía y había rechazado sus invitaciones. El representante americano había regresado para decirle que si intentaba visitar Rusia en algún momento del futuro era probable que le confiscaran el pasaporte y que emprendieran otras acciones contra él. Abandonó el ruso, dejó los estudios sin llegar a graduarse y se convirtió en humilde (o no tan humilde) asistente personal de las estrellas. Pero podría haber sido espía si hubiera dicho que sí. Podría haber tenido una vida de agente secreto.

«Pero ¿qué estás diciendo? —se dijo—. Ésta es la vida que tienes. La estás viviendo ahora.»

Esta vez, el hombre llamado Quijote le había mandado a Salma una fotografía de sí mismo junto con una nota nueva. Un selfi torpe, impreso, sin duda, en algún centro de impresión y envío de FedEx de su ruta por carretera y enviado por correo, o eso parecía, desde Pensilvania. De manera que estaba cerca. Resultaba todo un poco alarmante, pero también, Salma tenía que admitirlo, *interesante*. No había esperado que fuera apuesto, y sin embargo lo era, a su manera de viejo chiflado. Le recordaba al actor Frank Langella. Tenía una cara larga y flaca de pómulos prominentes. El pelo blanco y corto y barba de tres días alrededor de la boca. Tenía la espalda recta, no andaba encorvado. Poseía un talante atractivamente formal, una sonrisa agradable y un aire melancólico. Igual que sus cartas, pensó, ablandándose momentáneamente. También ellas tenían encanto.

Luego se puso a temblar de pronto, porque se le había echado encima un recuerdo con la fuerza de una inundación, con el terror de una aparición fantasmal, y entendió que el hombre le recordaba a alguien más aparte de al señor Langella, y que aquel alguien era el hombre del que nunca hablaba, la pieza que faltaba en la explicación de sus elecciones vitales. Quijote era la viva imagen de aquel abuelo materno suyo al que tanto tiempo se había condenado al ostracismo, el ya difunto Babajan.

—Dáselo a seguridad —le dijo al empleado que le había traído el sobre con la fotografía dentro—. Si este tipo aparece algún día en la puerta, llámala a la puta policía.

En el coche de camino a casa, su chófer se mostró genuinamente preocupado.

—Si me permite que se lo diga, señorita Daisy —le dijo—, tiene usted cara de haber visto un fantasma.

—Esta noche no quiero oír tus chorradas de la señorita Daisy, Hoke —le contestó—. No estoy de humor, joder.

Es hora de arrojar luz sobre el último y el más oscuro de los secretos familiares de la señorita Salma R.

Cuando Salma tenía doce años, su abuelo Babajan la había agarrado por las muñecas y la había besado en la boca. En el momento del suceso, ella había pensado simplemente que el hombre había intentado besarla en la mejilla y había errado el tiro, pero luego el abuelo lo volvió a hacer y esa vez la lengua no fue ningún accidente. Salma se echó hacia atrás para alejarse de aquella lengua exploradora y la lengua la siguió. Por fin se apartó bruscamente y echó a correr.

La mansión de la playa de Juhu eran en realidad dos casas con un jardín tapiado en medio. Había una casa más pequeña de dos plantas que daba a la calle, luego venía el jardín con sus estanques soterrados y sus enredaderas de buganvillas trepadoras y por fin la casa principal de tres plantas, que daba al mar. Los dos edificios estaban llenos de pinturas de Husain, Raza, Gaitonde y Khanna, y el jardín presumía de esculturas antiguas de piedra de los dioses Shiva, Krishna y Buda. ¿Qué estaban haciendo aquellos grandes artistas tanto antiguos como modernos, allí colgados en aquellas paredes tan caras, y aquellas deidades escrutando desde sus tarimas al sol? ¿De qué servía la genialidad, qué sentido tenía la divinidad / la santidad, si eran incapaces de proteger a una chica de doce años en su propia casa? «¡Vergüenza tendría que daros, artistas y dioses! ¡Bajad de vuestros pedestales, descolgaos de las paredes, y ayudad!» Pero nadie la ayudó. El asalto tuvo lugar un fin de semana mientras Salma estaba cruzando el jardín desde la casa de la playa a la casa de la calle, que era donde estaban las cocinas, en busca de algo para merendar. Era también la casa en la que Babajan tenía una suite en el piso de arriba, donde vivía recluido la mayor parte del tiempo. Sólo se lo veía en el jardín a las horas de rezar —rezaba cinco veces al día, como hace la gente religiosa de verdad y también la gente que realmente necesita el perdón divino—, cuando se llevaba la esterilla de rezar enrollada al borde del estanque soterrado, la desenrollaba, se ponía en dirección a La Meca y se arrodillaba. Pero tal como hay que revelar tristemente ahora, sus rezos eran tan frecuentes como sus depredaciones. En aquella tarde de fin de semana, mientras Salma se encaminaba a la nevera, y aprovechando un momento en que no había testigos indiscretos, ni sirvientes ni chóferes ni personal de seguridad, Babajan emergió de las sombras con una sonrisa demoniaca, la agarró de ambas mejillas, tiró de ella hacia él y la besó con gran fuerza, dos veces, y la segunda vez, como ya se ha dicho, con la lengua. Cuando ella se escapó corriendo, él trotó unos cuantos pasos detrás de ella, soltando aquella risilla suya, *je, je, je*, que Salma siempre había pensado que era una risita benévola de dulce viejito, pero que ahora pudo oír que estaba llena de amenaza. Por fin renunció a perseguirla y, con un encogimiento de hombros y un gesto despectivo de la mano, subió a sus aposentos de la planta de arriba.

Aquí tenemos, pues, a una muchacha que corre hacia su madre, llorando. Antes de que llegue a los brazos de su madre, sin embargo, hay que decir algo más de la vida en aquel caserón grande e infeliz. Nos debería resultar claro, mientras revisamos aquellos acontecimientos, que ni la madre de Salma, Anisa, ni su abuela, Dina, podrían haber estado al corriente de las propensiones de Babajan. Si Anisa también había sido víctima suya de niña, la madre antes que la hija, jamás se lo había revelado explícitamente a nadie, salvo quizá a su madre, que tampoco había dicho una palabra al respecto. Pero tanto Dina como Anisa habían avisado a la pequeña Salma más de una vez: «Nunca te sientes a solas en una habitación con Babajan. Asegúrate al menos de que esté presente tu aya. Si no, sería inapropiado. Ya lo entiendes». La pequeña Salma sabía, lo había sabido toda la vida, que sus abuelos estaban separados, que había una electricidad negativa en la

casa de Juhu que resultaba inquietante, y que, en consecuencia, ella hacía lo posible por pasarla por alto. Daba por sentado que las instrucciones que le habían dado procedían de aquella misma electricidad, que lo que le estaban diciendo era que eligiera su bando, que la amistad con su abuelo se percibiría como deslealtad a su abuela. Sin embargo, a tan tierna edad el miedo todavía no había entrado en su vida, y debido a que poseía el mismo espíritu ferozmente independiente que movía a su madre y a su abuela, a veces no hacía caso de sus órdenes y se había formado una opinión personal de Babajan que era, francamente, positiva. A pesar de las malas caras y las amonestaciones de las mujeres adultas de la familia, le gustaba sentarse en el jardín con él y escuchar sus deliciosamente siniestros cuentos de hadas sobre *bhoots* y *jinn*, bestias hechas de humo y de fuego a las que les gustaba devorar niñas. Le gustaba el hecho de que él la animara a hacer preguntas, incluso preguntas peligrosas.

—Babajan —le dijo una vez, alarmándose a sí misma con su osadía—, ¿y si te dijera que Dios no existe?

Él se carcajeó.

—¿Quién te ha metido esa estupidez en la cabeza? —le contestó él sin asomo de la furia con que ella había pensado que iba a responder—. Necesitas tener por lo menos quince años antes de adoptar esa posición. Ven a mí entonces y te contestaré.

Aquella imagen de un abuelo amable, propenso a las risitas, tolerante y abierto de miras se volvió importante para ella. La escondía en su cabeza porque sabía que su abuela y su madre no la aprobarían, pero era un secreto importante, y a menudo se planteaba intentar facilitar una reconciliación de sus mayores, y hasta hacía grandes planes al respecto, como hacen los niños. Pero la ferocidad con que su abuela reaccionaba a todos sus intentos de hablar de Babajan la disuadía de poner en acción ninguno de sus planes. Y ahora, con doce años, asustada y en plena huida, entendió por fin aquella ferocidad, lo entendió todo, como si nunca antes hubiera sabido nada.

Mientras corría, el mundo entero se hundió a su alrededor, toda su arquitectura de amor, confianza y comprensión creída. Tenía que tirar y reescribir la historia entera de su familia, todo lo que creía saber de ella, de quiénes habían sido y de su manera de existir en el mundo. Perder la visión que tienes del mundo, sentir que su marco dorado se parte y se hace trizas, ver que la vitrina de museo dentro de la cual lo conservabas se resquebraja de punta a punta y se cae al suelo en forma de esquirlas afiladas, y que las imágenes mismas se escurren y se disuelven y explotan: otra manera de llamar a esta experiencia es *volverse loca*. Y es todavía peor que esto te pase cuando tienes doce años y careces por completo del equipamiento psicológico necesario para lidiar con ello. En plena huida Salma vio fragmentarse su visión, vio deshacerse la casa entera y el cielo romperse sobre su cabeza y caer en forma de misiles azules bombardeando la tierra, y el mar que tenía delante arrancarse su máscara de calma y elevarse para tragarse el universo. Luego su madre la cogió en brazos y ella intentó contarle lo que había pasado y su abuela se quedó plantada detrás de ellas, terrorífica en su cólera. En los ojos de las dos mujeres mayores apareció una luz que podría haber quemado un agujero en el tejido del tiempo. Entró el aya en la habitación.

—Quédate con ella —le ordenó Anisa, y Dina y ella salieron y pusieron rumbo a la casa de la calle como un ejército que se va a la guerra.

No hay constancia de lo que le dijeron a Babajan, pero todos los empleados de la casa y hasta algunos transeúntes de la calle sintieron cómo temblaban los cimientos, y para cuando terminaron todos los cuadros colgaban torcidos de las paredes. Después de aquello ya casi nadie volvió a ver a Babajan. Le mandaban la comida al piso de arriba y vivió el resto de sus días y rezó el resto de sus plegarias —quizá buscando la redención— en privado. Cuando las dos mujeres emergieron de su suite tenían un aire de espadas desenvainadas, de espadas ensangrentadas después de una matanza cuyos filos habían decidido no limpiar, a fin de que todo el mundo pudiera ver el trabajo hecho.

Cuando volvieron a la habitación donde habían dejado a Salma con el aya, la niña de doce años ya se había secado las lágrimas y estaba sola.

—Las dos lo sabíais —les dijo—. Siempre lo supisteis.

«Escondemos esas cosas —le dijo el doctor R. K. Smile a su público en Atlanta—. Hay peligro grave para algún miembro o varios de nuestra familia, pero lo escondemos. Lo consideramos una vergüenza y lo ocultamos.»

Muy pocos de los males que nos aquejan se pueden atribuir a una causa única, y por tanto sería simplificar demasiado las cosas imputar la inestabilidad mental de Dina R, o el alcoholismo y la depresión de Anisa, o sus muertes por suicidio, a la vergüenza oculta del hecho de que a Babajan le gustaran las niñas. ¿Cuánto sabían ellas? ¿A cuántas niñas había acosado sexualmente? ¿Cuál era la magnitud de su maldad? Son cosas que no se pueden saber con seguridad. La fortuna y los publicistas de una estrella de cine son capaces de silenciar muchas bocas y de suprimir muchas verdades. ¿Cuántos de estos trabajos sucios llevaron a cabo y cómo de culpables se sentían por ser cómplices de los crímenes de Babajan por el hecho de borrar sus huellas? ¿Acaso es ésta la explicación que subyace a la decisión de la señorita Salma R de abandonar una carrera de éxitos en Bollywood y buscar fortuna en la otra punta del mundo? ¿Acaso se encontraba en la raíz de sus propias tribulaciones y adicciones? La respuesta es: probablemente. Pero la bioquímica humana, así como la obstinación humana, también presenta aberraciones, y no hay duda de que éstas también formaban parte de la historia.

—Después de aquello, durante una temporada me volví una mojigata. La señorita mosquita muerta, ésa era yo. Encerré mis sentimientos bajo llave, trabajé duro, puse la espalda bien recta, no hice nada malo y fui la pelotilla de los maestros. Si mostraba la suficiente corrección, la suficiente puntualidad, si hacía mis deberes bien, obedecía las instrucciones y me comportaba, quizá el mundo no volvería a explotar como había explotado aquel día. Y luego murió mi madre y pensé: «Basta». Pero me llevé un recuerdo conmigo: el recuerdo del día en que descubrí que el mundo no era un lugar seguro. Ésa fue la lección que me enseñó mi abuelo. Y es una lección útil.

Anderson Thayer había vuelto de Atlanta y estaba escuchando sin interrumpir mientras ella se lo sacaba todo de dentro. Salma había encargado una copia de la foto de Quijote y la había pegado a su nevera.

—Ahora que he tenido tiempo de mirarla —dijo—, la verdad es que no se parece en nada a mi abuelo. En realidad, tiene una sonrisa más agradable. Babajan tenía aquella sonrisilla maligna de *je, je, je*.

—Ten cuidado —le advirtió Anderson—. Te conozco. Sé lo que estás pensando. Que todo es material, ¿tengo razón? Quieres a ese chiflado en tu programa.

—Qué va.

Él se la quedó mirando.

—Vale. Quizá sí. Pero sé que es una tontería. Es un loquito de remate, claro. Pero los loquitos pueden darte un buen programa de televisión.

—Es un acosador. No puedes sacar a tu acosador por la tele.

—Aguafiestas.

—¿Le has mandado la foto a la policía?

—Todavía no.

—Tienes que hacerlo. Lo tendría que hacer yo. Se la mandaré.

—¿De verdad lo piensas?

—Pues claro. No sabes nada de ese individuo.

—Vale, muy bien, mándala. Pero seguramente sólo es un fan loco y adorable.

Él sacó una botella de vino blanco de la nevera.

—Eh —dijo—, ¿quién es el otro que sale en la foto? Ese tío joven que intenta parecer enrollado...

—No lo sé —contestó—. Tiene un aire extraño, ¿verdad? Es como si no pareciera real.

—¿Qué quieres decir con que no parece real?

—Parece generado por ordenador. ¿Has visto que en las imágenes generadas por ordenador no consiguen replicar con exactitud las expresiones faciales? Pues así.

—Sí —dijo Anderson Thayer en tono calculador—. Se le ve una sonrisa un poco Pixar.

Levantaron las copas de vino para brindar.

—Me alegro de estar de vuelta.

—Y aquí estaba yo esperándote. ¿Me traes algo?

—Es peligroso —dijo él.

—Ya sé que es peligroso. Todo lo interesante es peligroso.

—No, pero esto es peligroso de verdad. Te puedes morir. Necesitas tener mucho cuidado.

—Tendré cuidado. Dámelo.

—Hay instrucciones.

—Sabes que ya no sigo instrucciones.

—Éstas síguelas, ¿de acuerdo? Te lo digo en serio. ¿Vale?

—Vale.

—Además, cuando estés lista, y si lo que quieres es tener una relación a largo plazo, quiere conocerte. El proveedor. El doctor Smile. Le gusta ver en persona a sus clientes vips por lo menos una vez. Creo que es un rollo de groupie que tiene. Después ya mandará a un recadero normal, a un mensajero de confianza, y hará entregas acordadas. Todo es muy profesional.

—¿Cómo es el tipo?

—¿Qué te puedo decir? Es un maleante. O como diría Michael Corleone, ante todo es un hombre de negocios.

—Gracias —dijo ella, cogiéndole la mano—. Haces muchísimo por mí, en serio. Lo haces todo. Quizá me quede contigo un tiempo.

C₂₂H₂₈N₂O. El chino, el chino blanco, el apache, la fiebre del baile, el padrino, el asesino, el TNT, el bote. La droga tenía muchos nombres. El fentanilo, el monarca del país de los opioides, el reyecito de la colina, el macho alfa, el Número Uno. El doctor Smile había sido generoso. Su paquete gratuito de presentación contenía paquetes de seis piruletas de potencias distintas de la marca ACTIQ, que ni siquiera manufacturaba él: de doscientos, cuatrocientos, seiscientos, ochocientos, mil doscientos y mil seiscientos microgramos por piruleta. También le incluía una cajita envuelta en papel de regalo donde venía la atracción central: un solo botecito del spray sublingual InSmile™ de PFS. El folleto de instrucciones de uso «recomendaba encarecidamente» lo que llamaba «aclimatación». Empezar con dosis pequeñas e ir subiendo. Los usuarios no acostumbrados a los opioides podían verse en peligro incluso con las piruletas de dosis bajas, que inducían *depresión respiratoria*, un estado mental que te producía la sensación de no respirar. Además, como sabe todo niño, chupar piruletas puede causar llagas en la boca y que se te caigan los dientes. Las piruletas son adictivas. No tomar más de ciento veinte piruletas al mes. Disfrutar.

Después de que Anderson Thayer se marchara hasta el día siguiente (aquella noche Salma no tenía sitio en la cama para él, lo sentía, tenía que atender a un amante más dulce), ella se preparó para su primer encuentro con una de las piruletas cargadas como si el mismo Casanova estuviera a punto de entrar en su alcoba. Se bañó, se depiló, se perfumó, usó loción para que no le quedara la piel reseca, se hizo una trenza en el pelo y dejó que el resto le cayera sobre los hombros y «acostada, con túnica de blanca nieve / que le fluía suelta a los lados», cogió la piruleta en las manos y, al cogerla, recordó de dónde salían aquellas palabras que le habían aparecido sin quererlo en la cabeza. «“Sobre mí se cierne mi maldición”, / exclamó la dama de Shalott.» ¿Acaso se estaba preparando para morir? ¿Para sucumbir a la maldición de su familia y seguir a sus mayores a una muerte por su propia mano? No, se dijo con firmeza, ciertamente no. Podía manejar aquello. No era ni mucho menos una «usuario no acostumbrada». Pero se lo tomaría poco a poco. Empezaría con la dosis más baja. Mil seiscientos microgramos de fentanilo equivalían a ciento sesenta miligramos de morfina. Aquello era una dosis alta y por vía sublingual le pegaría todavía más fuerte. Empezaría con doscientos microgramos. Caminar antes de correr y correr antes que volar.

Últimamente la única forma de experimentar placer era por medio de la química. Primero había que desenchufarse de la conectividad y después, a medida que se alejaba el mundo, meterte la euforia en la boca y chuparla. Aquél era el amante que nunca te decepcionaba, el amigo que no te fallaba nunca, el socio que nunca te engañaba, el gobierno que nunca te mentía. Sólo aquello era de fiar, honrado y fiel. Placer adormilado y relajado. Aquí venía. «Apaga la mente, relájate y déjate llevar por la corriente.»

La muerte del ego.

Samadhi.

Éxtasis.

La carta de Quijote que había llegado junto con la fotografía aludía en tono un poco alarmante al fin del mundo. Salma había sujetado con un imán una copia de la carta a la puerta de su nevera. Como de costumbre, la caligrafía de su corresponsal seudónimo era impecablemente elegante,

mientras que los sentimientos expresados con aquella letra perfecta estaban irremediabilmente desequilibrados.

Querida señorita Salma:

En un relato que leí de niño, y que por un azar afortunado ahora se puede ver dramatizado en Amazon Prime, los monjes de un monasterio tibetano adquieren la supercomputadora más potente del mundo porque creen que el propósito de su orden es enumerar los nueve mil millones de nombres de Dios, y la computadora puede ayudarlos a hacerlo deprisa y con precisión. Pero al parecer no sólo era el propósito de su orden completar esta heroica misión de nomenclatura. También era el propósito del universo mismo, y por tanto, una vez la computadora finaliza su tarea, muy en silencio y con discreción, se empiezan a apagar las estrellas. Eso es lo que siento yo por usted: creo que el propósito mismo del universo hasta el día de hoy ha sido llegar a ese momento en que usted y yo nos unamos en la felicidad eterna, y en cuanto lo hayamos hecho, el cosmos ya habrá alcanzado su meta y por tanto podrá terminar en paz, y nosotros ascenderemos juntos, más allá de la aniquilación, a la esfera de lo intemporal.

Antes de marcharse aquella noche, Anderson Thayer comentó que aquella carta lo ponía nervioso. La destrucción del cosmos. La aniquilación. *Más allá* de la aniquilación. Eran expresiones que deberían preocupar a Salma. Ciertamente no era para tomárselo a broma. Las risas de ella estaban fuera de lugar.

—No, pero mira —le dijo Salma—. Empieza inspirándose en esa porquería de ciencia ficción antigua y termina regresando a su viaje místico del alma. Lee el resto.

Como le dije antes, querida, ya he renunciado a la fe, el descreimiento, el dogma y la razón en el nombre del Amor. Ya he descubierto que todo conocimiento mundano es inútil.

—Es útil saberlo, ¿verdad? —Salma soltó una risita—. Lo que pasa es que entonces el hecho de saberlo también debería ser inútil... Mira, ahora está esforzándose por renunciar a sus deseos y apegos. ¡A ver qué cuenta que pasa cuando lo consiga! ¡La realidad desaparece! Está viviendo en un continuo de postrealidad, el mismo que terminará con paz cuando nos enamoremos. O sea, es un número cómico. Me parece encantador. Mira cómo se despide. Es como si fuera un visitante del siglo XVIII.

Suyo afectísimo, mi querida señorita,

QUIJOTE

—Además —añadió—, hoy en día el fin del mundo está de moda. ¿No vamos a tener también pronto en el programa a Evel Cent de la CentCorp? También va del mismo rollo, ¿no?

—Me parece una razón más para involucrar a la policía —dijo Anderson—. Les diré que pongan la foto en sus redes. No lo quiero a menos de un kilómetro de ti.

—No me gusta que te pongas así de mandón y sobreprotector —le dijo Salma en tono cortante—. Me dan ganas de recordarte que *tú* trabajas para *mí*.

Así que después de un agradable encuentro se despidieron con una nota desagradable. Pero él estaba acostumbrado a sus arranques de mal genio. Sabía que no duraban mucho y que la gratitud que Salma había expresado unos momentos antes representaba sus sentimientos verdaderos. A veces le daba la sensación de ser su padre y de que ella era su hija brillante pero

testaruda. A veces se sentía grande y ella le parecía pequeña. También sabía que esa actitud suya podía interpretarse como condescendencia y que la irritaba más que nada, de manera que tenía cuidado de que no se le viera en la cara.

—Te veré por la mañana —le dijo.

Y ahora, mientras se elevaba-hundía hacia la euforia soñolienta en su cama flotante, Salma se imaginó a Quijote a su lado mientras el cosmos se disolvía y los dos se trasladaban juntos al más allá, a lo intemporal, donde pasado, presente y futuro existían de forma simultánea, el tiempo en el que vivía Dios, quizá, viendo todas las cosas, igual que ellos verían ahora todas las cosas, como dioses, inmortales y libres. Miró hacia él y vio la cara de su abuelo. No sintió ni miedo ni rabia, ni amargura ni desprecio. Sólo vio a un viejo deshaciéndose en forma de polvo, en forma de luz. En aquel momento, envuelta de felicidad química, le resultó fácil, e incluso natural, perdonar.

¿Era aquello lo que Quijote, a base de purificarse, le iba a dar cuando llegara a ella? ¿Era él quien le curaría las heridas?

Eran preguntas demasiado grandes para plantearse las bajo la influencia del chino blanco. El placer la abrumó. Se sumergió en la luz espiral cegadora.

Cuando terminó de ascender la escala de las piruletas y llegó la noche de abrir la cajita envuelta en papel de regalo que contenía el orgullo de PFS, la señorita Salma R descubrió que el InSmile™ era como empezar a conducir un Rolls-Royce después de pasarse años al volante de un Nissan Qashqai. Era el color después de una vida entera de blanco y negro, era Monroe después de Mansfield, era un Margaux después de un HobNob, Cervantes después de Avellaneda, Hammett después de Spillane. Era como tu primer beso de verdad, o como tu primer orgasmo auténtico después de años de ser Meg Ryan en el Katz's Delicatessen. Una pequeña rociada debajo de la lengua y no hacía falta más. La rapidez del efecto, la potencia de la pegada, la calidad del colocón. Y, sí, Anderson tenía razón, era peligroso. En un momento dado estuvo fuera de su cuerpo, flotando por encima de él, mirándolo desde arriba, y pudo elegir si volvía a él o no. Era el recorrido en montaña rusa por antonomasia y había que ser un pasajero experto para no caerse. Aquélla no era su primera experiencia con los opioides, pero era una experiencia de nivel olímpico, y en aquel estadio sólo podían competir los mejores atletas.

—Lo quiero —le dijo a Anderson Thayer—. ¿Cuál es la forma más discreta de hacer el encuentro cara a cara con el proveedor antes de que empiece a mandar al mensajero habitual?

—Fácil —contestó Anderson—. Los invitamos a su mujer y a él a venir a ver una grabación del programa.

El doctor Smile estaba feliz de haber hecho feliz a Happy. Su mujer hacía tanto que se merecía un fin de semana en la gran ciudad. El otoño en Nueva York era una época emocionante. Y la oportunidad de conocer a la estrella de *Salma...* A Happy le encantaba el programa. Cuando él le dijo que se la llevaba a Nueva York de escapadita, y le reveló lo que iban a hacer, vio que se le llenaban los ojos de lágrimas; luego ella se levantó de un salto y se estremeció de placer.

—¿Ves lo que te dije? —exclamó—. ¡Ahora estamos en la primera clase de los vips!

—¿Qué te parece? —le preguntó el doctor Smile—. ¿Sabías que nuestro pariente Ismail Smile es un admirador total de la señorita Salma?

—Pero lo has echado, ¿no?

—Quizá lo pueda encontrar. ¿Qué te parece si nos lo llevamos con nosotros para que pueda conocerla? ¿Buena idea o no?

—Mala idea —repuso ella, acercándosele con un mohín cariñoso en los labios—. Este viajecito tiene que ser sólo para ti y para mí, sin primos *pagal* de paquete.

CAPÍTULO 12

Una serie de sucesos absurdos acontecidos durante una breve estancia en Nueva Jersey

Quijote tomó una de las últimas salidas de la autopista antes de llegar a la boca del túnel.

—Pasaremos la noche aquí —le dijo a Sancho—. Como he dicho, no quiero que lleguemos a la gran ciudad cansados del viaje y cubiertos del polvo de la carretera. No te sientas decepcionado. El destino nos seguirá esperando mañana.

Mientras se alejaban por la carretera de salida bajo la luz crepuscular, se aposentó sobre la calzada una especie de niebla o nube, y sólo la buena fortuna quiso que evitaran un accidente. La nube se disipó tan deprisa como había aparecido y se encontraron a sí mismos pasando frente a un letrero que señalaba en dirección al pueblo de Berenger, Nueva Jersey (12.554 hab.).

—Hace treinta años, en Jersey City había bandas que se dedicaban a aterrorizar a la gente de piel morena —dijo Quijote—. Esperemos que por lo menos en este pueblo se hayan tranquilizado las cosas.

Pararon en el JONÉSCO Motor Inn de Elm Street, sorprendidos de ver lo vacío que estaba el pueblo tanto de peatones como de tráfico. Mientras salían del coche oyeron un fuerte trompeteo que parecía venir de una calle vecina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sancho.

Quijote se encogió de hombros.

—No hay duda de que los lugareños están disfrutando de alguna clase de espectáculo musical o teatral amateur —dijo—. Ocupémonos de nuestros asuntos. Siempre es mejor.

Ya en el Motor Inn, les dio la bienvenida en el mostrador de recepción un hombre de aspecto distinguido, canoso, alopécico, con una cara tristemente cómica de intelectual y un fuerte acento que parecía de Europa del Este. Pareció sorprendido de verlos.

—Perdonen, pero ¿no se han encontrado problemas para entrar en el pueblo? —preguntó. Era una apertura inusual para una conversación.

—Pues no —respondió Quijote—. Hemos salido de la autopista. Hemos seguido los letreros y aquí estamos. ¿Por qué? ¿Deberíamos haber esperado problemas?

—No, no —repuso el hombre, que resultó ser el dueño. Negó un poco con la cabeza e hizo un gesto despreocupado con la mano—. Por favor, permítanme que les ofrezca el alojamiento que necesitan. —Mientras Quijote rellenaba el formulario requerido para una habitación de dos camas, el hombre calvo les explicó—: Éste es mi establecimiento. Hoy ando un poco escaso de personal. —Pero Sancho también lo oyó mascullar por lo bajo—: ¿No había barricadas? Increíble.

Al oír eso, Sancho intervino:

—¿Señor Jones? —empezó a decir.

El otro negó con la cabeza.

—Me llamo Jonésco —lo corrigió, poniendo el acento en la «é» y señalando un letrero de la pared que lo identificaba como propietario.

«Muy bien —pensó Sancho—, llámate como quieras.»

—Señor, ¿le he oído decir algo de barricadas?

El propietario del motel Jonésco negó con la cabeza.

—Has oído mal —contestó—. Estaba diciendo: «No hay bar esta jornada». Mi camarero, Frank, no ha venido a trabajar hoy.

«No es verdad», pensó Sancho, pero no dijo nada.

Luego el hombre del mostrador se puso a actuar de forma todavía más extraña.

—Si no les importa —dijo—, antes de entregarles las llaves, ¿me permiten que les examine las orejas?

—¿Las orejas? —contestó Quijote, profundamente perplejo—. Bueno, por un lado no veo por qué no, ya que nuestras orejas son de tipo común o doméstico; pero por otro lado se trata de una petición muy indiscreta.

—Me tienen que perdonar —dijo el señor Jonésco—. Últimamente me ha dado por estudiar la fisonomía humana. Pero tranquilos, todo bien. Ahora que miro, veo que los dos tienen unas orejas espléndidas y completamente humanas.

—¿Ha dicho «humanas»? —inquirió Sancho.

—No —contestó el hombre del mostrador—. He dicho normales. Orejas perfectamente normales. Sus narices también parecen completamente apropiadas para sus caras.

—Ahora está llamando la atención sobre nuestras narices —protestó Sancho—. Quizá tendríamos que buscarnos otro motel.

—Siento decirles que no van a encontrar muchos moteles abiertos —dijo el propietario—. Mucha gente ha huido del pueblo. *Se ha mudado* —se corrigió—. Quería decir que mucha gente se ha mudado, y de hecho es lo que creo haber dicho. Por desgracia, la población se ha reducido. Ésta solía ser una de las paradas del servicio de ferris de Manhattan, pero luego el puerto se declaró fuera de servicio y después de que cerrara mucha gente se mudó. De hecho, se ha producido un descenso de población del siete por ciento respecto a los 13.501 habitantes que contó el censo de 2000. ¿Puedo por último, y a modo de comprobación final, pedirles que abran la boca para inspeccionarles los dientes?

Aquello ya era demasiado incluso para un hombre con el talante afable de Quijote.

—Ciertamente no vamos a satisfacer esa petición —replicó poniendo la espalda recta—. Ahora entréguenos las llaves, buen hombre, y acabemos con esto.

—Por supuesto, por supuesto, mis disculpas —dijo Jonésco, haciendo lo que Quijote le había perdido—. Estoy seguro de que no habrán encontrado nada fuera de lugar en sus estructuras dentales recientemente. Nada parecido a un agrandamiento...

—¿Qué demonios quiere decir con eso de «agrandamiento»? —le exigió Sancho—. ¿Ha estado usted bebiendo mientras su camarero no está?

—No he dicho «agrandamiento» para nada —replicó Jonésco—. He dicho «dolor de muelas». Es una simple pregunta de cortesía. En mi familia padecemos dolores de muelas constantes.

—Lo que ha dicho usted no ha sonado para nada como «dolor de muelas» —objetó Sancho—. Y en cambio ha sonado exactamente como «agrandamiento».

—Déjalo estar, Sancho. —Quijote intentó cerrar la discusión—. Vayamos a nuestra habitación. Necesito una siesta.

En aquel preciso momento se elevó otra vez el ruido de trompetas, esta vez más de un trompetista, y no venía de muy lejos.

—¿Qué demonios es ese ruido espantoso? —preguntó Sancho.

El propietario del motel soltó una risilla que a Sancho le pareció que contenía más que una pizca de nerviosismo, incluso de miedo.

—Cornetas —respondió el tipo—. En nuestro pueblo hay muchos apasionados de la corneta y les gusta ensayar por las tardes.

—Vaya —dijo Quijote—. Pues no me parecen muy expertos. Hacen un ruido horrible, espero que no se pasen la noche ensayando.

De camino a Berenger, Sancho se había fijado en que a medida que Quijote se aproximaba a Nueva York y a lo que él creía que sería la gran y feliz culminación de su misión, parecía que dejaban de pesarle los años y que renacían en su pecho cierta alegría y pasión por la vida. Estaba invariablemente animado, se reía mucho, disfrutaba de enzarzar a Sancho en acaloradas discusiones sobre música, política y arte, y en general parecía estar rejuveneciendo en todos los sentidos, salvo por el hecho de que las rodillas le causaban muchas molestias y arrastraba la pierna derecha. Pese a lo viejo que era, no daba la impresión de que le preocupara la cuestión de la mortalidad, de cuándo iba a llegar el fin y de lo que pudiera o no haber más allá de aquel gran final.

—Vi una entrevista por la tele —le contó a Sancho— con un famoso cineasta a quien el lameculos del entrevistador le preguntaba si estaba feliz por el hecho de que iba a vivir para siempre en sus grandes obras cinematográficas. «No», contestaba el cineasta, «preferiría vivir en mi apartamento». Ése es también mi plan. Si hay que elegir entre una muerte necesariamente tediosa y la inmortalidad, elijo vivir para siempre.

También había empezado a contarle a Sancho historias de sus años mozos, cuando tenía muchos amigos, viajaba por el mundo y les resultaba atractivo a muchas mujeres.

—¡Ah, las chicas, las chicas! —exclamaba soltando risillas lascivas—. La mía era una generación en la que practicar el acto sexual con frecuencia se consideraba libertad, y como todos los hombres de mi época, yo creía en aquella libertad con todo mi corazón lujurioso.

Por fin empezaba a hablar de su antigua vida. Las distintas «chicas» empezaron a confundirse entre sí en los pensamientos de Sancho. Se fijó en que todas las historias presentaban una serie de elementos en común. Las chicas a menudo dejaban a Quijote al cabo de poco tiempo, y casi siempre tenían nombres occidentales insulsos y vulgares, y Quijote no especificaba las ciudades en que las había conocido ni en qué idiomas habían hablado ni sus afiliaciones religiosas ni nada que les hiciera cobrar vida como seres humanos. Era casi como si no las hubiera conocido muy bien. Era casi como si... Y por fin entendió que eran todas precursoras de la señorita Salma R, todas habían sido sombras en su vida igual que lo era Salma, mujeres a las que no había conocido,

sino que las había amado desde la distancia. Quizá fueran mujeres reales a las que había divisado desde la otra punta de una sala, o en una revista. Quizá fueran sueños. Quizá fueran todas personajes de series de la tele.

O bien: ¿acaso eran todas mujeres a las que había perseguido/acosado?

¿O algo peor?

Y puestos a preguntar, ¿quién era Quijote?

Había una mujer de la que Quijote hablaba en tono distinto. Era la mujer de Nueva York a la que se refería afectuosamente como la Cama Elástica Humana. No parecía ser una relación romántica de su pasado, sino que daba la impresión de existir en realidad, y era obvio que Quijote no sabía si lo iba a recibir bien.

—Está claro que la buscaremos —le dijo a Sancho—, y si accede vernos, será maravilloso para los dos. —No usó el nombre real de la mujer ni tampoco aportó más detalles. Pero era una persona importante para él. Quizá si se encontraban, podrían solucionarse algunos de los misterios que rodeaban a Quijote.

Sancho empezó a pensar que tal vez Quijote fuera virgen, igual que él. Y a veces le venía a la cabeza algo más extraño: que de la misma manera que Quijote lo había inventado a él, alguien había inventado a Quijote.

A la mañana siguiente, mientras Quijote todavía dormía, Sancho salió a las calles de Berenger en busca de un café. En el Starbucks había dos hombres enzarzados en una discusión; parecían ser amigos peleándose por el hecho de que uno de ellos estaba borracho y el otro quería hablar de algo importante.

—La pregunta es —dijo el que estaba sobrio—: ¿es así como van a ser las cosas o sólo es una aberración temporal? Necesitamos saberlo antes de comprar.

—Son putos monstruos —señaló el borracho—. No habría que permitirles que existieran. Nadie les va a comprar una mierda.

—Por supuesto que no estamos planeando comprarles *a ellos* —repuso el que estaba sobrio—. Por el amor de Dios. La pregunta es: ¿podemos vivir con esta situación o no?

—Quieres saber cómo de buenas son las escuelas, ¿verdad? —contestó el que estaba borracho—. Cómo de fácil es llegar hasta allí. Putos monstruos, te lo digo, y no quieras saber el índice de criminalidad.

De pronto, la empleada de Starbucks dio un salto; literalmente se le despegaron los pies del suelo.

—¿Lo habéis notado? —exclamó. Ahora todo lo que tenía sobre el mostrador también estaba brincando.

—Un pequeño terremoto —dijo el hombre sobrio, intentando hablar en tono tranquilizador.

—Eso no es un terremoto —replicó el borracho.

Sancho fue corriendo a la puerta y miró calle abajo. Vio que al otro lado de la calle el señor Jonésco había salido de su motel y estaba mirando en la misma dirección. Luego, a la vuelta de la esquina apareció retumbando un enorme mastodonte, un espécimen vivo de *M. americanum*, que no se veía en América desde hacía quizá diez mil años. Iba por la calle arrasando con todo, destruyendo los coches aparcados y las tiendas. Sancho se quedó petrificado de horror.

—¡Oh, Dios mío! —gritó el señor Jonésco—. ¿Eres tú, Frankie?

—En Berenger no ha pasado nada tan divisorio desde que me vine de Rumanía huyendo del comunismo —dijo el señor Jonésco. Quijote y Sancho estaban sentados con él en el bar del motel; todos necesitaban y se estaban bebiendo copas bien cargadas, vodka para el señor Jonésco, whisky para Sancho y Quijote—. No sé cómo va a terminar —continuó el propietario del motel—. ¿Quién va a hacer las camas y a pasar el aspirador por las habitaciones? No tiene sentido. ¡Gente perfectamente normal, gente que eran nuestros vecinos y empleados y con quienes nuestros hijos iban a la escuela, se están convirtiendo en mastodontes de la noche a la mañana! ¡Sin previo aviso! No se sabe quién va a ser el siguiente. ¿Ahora entienden ustedes por qué quería inspeccionarles las orejas, las narices y los dientes? En busca de señales de mastodontitis, como lo llamo yo, aunque no hay evidencia de que sea una enfermedad médica.

—¿Éste era un pueblo feliz antes de los mastodontes? —preguntó Quijote.

Jonésco se encogió de hombros.

—Feliz, ¿quién sabe? Parecía que la gente se llevaba bien. Pero ahora vemos que muchos eran mastodontes por dentro.

—¿Cuántos? —preguntó Sancho.

Jonésco extendió los brazos.

—Cuesta saberlo exactamente —dijo—. Desde que cambiaron se juntan sobre todo cerca del río, de manera que ya no vamos por allí, aunque antaño los amantes iban cogidos de la mano, y se podía comprar un perrito caliente y un refresco y mirar cómo salía la luna sobre el agua. A veces uno de ellos cruza en tromba el centro del pueblo, como acaba de hacer Frankie, quizá en busca de los sitios a los que solía ir, deseando que las cosas volvieran a ser como antes, o simplemente odiando los lugares de antaño porque ya no los aceptan y movidos por el deseo de destruir lo más que puedan. Aquí, en el centro del pueblo, vivimos paralizados de miedo, y todo el mundo vigila a los demás en busca de las primeras señales, del aumento de tamaño de las orejas y narices y de la llegada de los colmillos. En cuanto uno se ha convertido en mastodonte, ya es completamente inmune al buen juicio. Los mastodontes se niegan a creer que se han convertido en mutantes horribles y surrealistas y se vuelven hostiles y agresivos, sacan a sus hijos de la escuela y muestran desprecio hacia la educación. Yo creo que muchos de ellos todavía pueden hablar, pero prefieren bramar como cornetas mal tocadas. En los primeros días un par de ellos insistieron en que los verdaderos americanos eran ellos, y en que los demás éramos los dinosaurios que deberían estar extintos. Pero al cabo de poco renunciaron a hablar con nosotros y se limitaron a berrear como cornetas.

—He oído tocar cornetas —dijo Quijote en tono afable— y creo que no suenan como usted piensa que suenan.

A Jonésco no le importó.

—Para mí la palabra *corneta* y la palabra *mastodonte* van juntas —dijo—. Y no hay que decir más sobre el tema.

—Cuando llegamos —le preguntó Sancho—, dijo usted algo de unas barricadas y luego fingió que no.

—Se supone que ésta es una zona en cuarentena —dijo Jonésco—. Por culpa de la mastodontitis. A fin de evitar que todo Estados Unidos se convierta en zona de mastodontes. Eso es lo que se nos aseguró, por la radio local, por los megáfonos instalados en las furgonetas de la autoridad local y en las páginas web del poder. Pero aquí están ustedes, de manera que es obvio que no se levantaron las barricadas. Es posible que los mastodontes ya estén en el Lincoln Tunnel, y luego todo estará perdido, quizá ya todo esté perdido.

—No todas las metamorfosis se pueden invertir —reflexionó Quijote—. Llegado cierto punto, un punto de inflexión, si se quiere, quizá tengamos que aceptar que estos mastodontes son ciudadanos igual que nosotros, y que necesitamos encontrar la manera de salvar la distancia que nos separa, por hostiles hacia nosotros, ignorantes y llenos de prejuicios que nos parezcan. Pero hemos recorrido todo el país y no hemos oído nada de estas criaturas en otras partes, o sea que es posible que el problema siga confinado aquí, en este microcosmos que es Berenger, y en ese caso se pueda contener y América pueda seguir siendo lo que siempre ha sido.

—Pero ¿qué se puede hacer? —se lamentó Jonésco—. Mi negocio, como el de tantos otros, está en la ruina.

Quijote se puso de pie tambaleándose, con el vaso de whisky en la mano.

—Ahora veo que estamos al final del cuarto valle —declaró—, porque aquí ha cesado de existir la realidad tal como la entendemos, y los ojos se nos abren a esta nueva y oscura revelación de cómo es posible que sean las cosas en realidad. Entiendo que esto se me ha revelado porque es parte esencial del camino. Voy a atravesar este velo y como resultado quizá llegue al lugar donde se me descubra la senda que lleva a la Amada.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Jonésco a Sancho—. ¿Qué velo? Tenemos delante una locura aterradora y está aquí sentado soltando chorradas que sólo le conciernen a él.

—Habla así —dijo Sancho en tono jovial—. No le haga caso.

—El velo es el *maya* —dijo Quijote—. Es el velo de la ilusión que impide a nuestros ojos ver con claridad. Eso que antaño creíamos que era la realidad no era más que un error de percepción causado por la obligación de ver a través de ese velo. Ahora nos han arrancado el velo de los ojos y percibimos la verdad.

—¿Y la verdad son los mastodontes? —preguntó Jonésco.

—La verdad es todo obstáculo que nos ponen delante para superarlo —respondió Quijote— y de esa manera obtener a la Amada.

Aquella noche durmieron mal, o por lo menos Sancho durmió mal; Quijote, tranquilo y decidido, durmió bastante bien, aunque se levantó temprano y se vistió con meticulosidad de soldado que se va a la guerra. Jonésco se reunió con ellos en el sencillo comedor del motel.

—Mi cocinero Alfie no se ha presentado al trabajo hoy —dijo—. Me temo que quizá se haya sumado a la horda de los colmillos. Van a tener que comerse los huevos que he cocinado personalmente. —Quijote comió con apetito; Sancho, con un poco menos.

—¿Berenger tiene periódico local? —le preguntó Quijote al señor Jonésco—. ¿El *Berenger Eagle*? ¿El *Berenger Star-Tribune*? ¿El *Berenger Globe*? ¿El *Berenger Mercury*? ¿El *Berenger Plain Dealer*? ¿El *Berenger TimesPicayune*? ¿Y ha informado ese periódico sobre los mastodontes?

—La edición impresa del *Berenger Gazette* murió hace años —le contó Jonésco—. Y creo que hace tiempo que no actualizan la página web. Quizá el director esté teniendo los mismos problemas de personal que yo. La oficina está al final de esta calle.

—Entonces —exclamó Quijote, poniéndose de pie de un salto y clavando un dedo enhiesto en el aire—, el *Gazette* es donde ha de empezar la resistencia.

Delante del edificio de oficinas del *Gazette*, que en realidad era una heladería con un par de habitaciones en el piso de arriba donde estaba ubicado el periódico, se había congregado una pequeña multitud, lamiendo helados mientras protestaban y discutían al estilo de viejos amigos que han dejado de confiar de golpe los unos en los otros.

—¡Es un escándalo! —exclamó un hombre con pajarita y maletín—. Esos mastodontes están pisoteando todo lo que es sagrado para nosotros, y entre ellos está Frankie, su camarero, Jonésco, así que lo hacemos a usted responsable de los daños que ha causado.

Una mujer con vestido floreado que quizá fuera la madre de Frankie le contestó también a voz en grito:

—Si mi Frankie se ha pasado al otro bando es por la condescendencia con que lo ha tratado la gente como usted . ¿Se cree que puede usted ser tan altanero con la gente durante años sin hacer frente a las consecuencias? Pues mire, sembró usted el viento. Y ahora todos cosechamos las tempestades.

El barullo aumentó, la multitud se hizo más grande y la gente se dividió en bandos: de un lado, los antimastodontes como el señor Pajarita y del otro, la gente comprensiva con los mastodontes como la señora Vestido Floreado; incluso había unas cuantas voces abiertamente a favor de los mastodontes.

—El sistema está corrupto —gritó un joven en bicicleta—, y si no podemos cambiarlo tenemos que destruirlo. Ha llegado la revolución de los mastodontes y todos debéis elegir en qué lado de la historia queréis estar.

—¿Ha visto alguien a los mastodontes de traje verde? —preguntó un hombre de traje marrón—. Dicen que pueden caminar sobre las patas traseras como seres humanos. Yo no he visto ninguno en persona, pero me han informado de su existencia fuentes fiables. Opino que éstos deben de ser los mastodontes moderados, los que están dispuestos a negociar con los seres humanos, y que necesitamos negociar nuestros términos con ellos. ¿Alguien ha visto a uno?

—Sí, de lejos —gritó el borracho del pueblo, cuya borrachera ya estaba bastante avanzada a la hora del desayuno—. Pero pensé que era mi suegra y no le hice caso. —El comentario fue recibido con abucheos, silbidos, gritos de «vergüenza», etcétera, y el borracho del pueblo se sentó en la acera y se apoyó en una farola.

La directora del periódico, una joven nerviosa que acababa de ocupar el cargo después de que su tía, una mujer formidablemente competente, decidiera jubilarse, bajó la escalera para poner tranquilidad en la situación, pero su presencia sólo contribuyó a aumentar el nivel de excitación.

—¿Por qué vuestra página web no dice nada de esta crisis? —preguntó en tono imperioso el señor Pajarita—. Es un escándalo.

La Directora lo miró con cara severa.

—Todos los medios de comunicación responsables —dijo— tienen la política de no darles a los terroristas el oxígeno de la publicidad.

El uso de la palabra *terroristas* enardeció a todos los presentes, pero sobre todo al joven de la bicicleta, que de hecho se había bajado de la bicicleta.

—No son terroristas, necios —gritó—. Son patriotas americanos.

—Las cosas se están saliendo de madre —le dijo Quijote al señor Jonésco—. Tengo que asumir el mando y liderar al pueblo hacia una solución. Aunque confieso que por el momento me supera por completo la pregunta de cuál es la solución.

Y todo aquel rato Sancho se lo había pasado enfrascado en una conversación con una mujer joven y de aspecto estudioso, con gafas y bata de laboratorio blanca. Ahora, para sorpresa de Quijote, no fue él, sino Sancho quien tomó la batuta, levantó la mano, hizo callar a la multitud con aire de autoridad inesperado y se subió a un banco con la Mujer de la Bata Blanca al lado.

—Los mastodontes son criaturas del pasado remoto —dijo—, y no creo que a muchos de nosotros, especialmente a los jóvenes, nos interese regresar a la Edad de Piedra. Según me cuenta esta joven con bata de laboratorio, en aquellos tiempos remotos los mastodontes se extinguieron porque los primeros humanos los cazaron a todos. De manera que ésa es una solución. Cazarlos.

Entre la multitud hubo cabezas que asintieron. A continuación se inició un cántico de: «¡Cazarlos! ¡Cazarlos!» que no tardó en apagarse por falta de apoyo amplio.

—O bien —dijo Sancho—, podemos estar agradecidos por lo que ha hecho esta amiga mía, que es encontrar la cura.

Llegado aquel punto la Mujer de la Bata Blanca se sacó del bolsillo una ampollita que contenía un líquido incoloro y la sostuvo en alto para que todos lo vieran.

—En algunos casos —gritó con voz potente—, la metamorfosis es parcial, hay mastodontes que retienen ciertos rasgos humanos, como por ejemplo esos de traje verde que caminan erguidos como nosotros. En otros casos la metamorfosis puede parecer completa, pero sigue estando dentro de los parámetros de lo reversible. Basta con disparar un simple dardo con una escopeta de dardos para conseguir la curación.

—¡Tirarles un dardo! —empezó a corear la multitud—. ¡Tirarles un dardo!

—Sin embargo, debo avisaros de que, en los casos en los que la metamorfosis ya está demasiado avanzada, la cura no podrá invertir el proceso. En esos casos el mastodonte, el mutante, morirá.

—Entonces ¿es matar o curar? —preguntó la Directora.

—¡Matar o curar! —coreó la multitud—. ¡Matar o curar!

La facción promastodontes guardaba silencio, quizá transmitiendo aquiescencia, o simplemente la conciencia de que estaban en minoría.

Fue la señora Vestido Floreado quien planteó la objeción amablemente progresista:

—Matarlos parece excesivo —exclamó—. Eran nuestra comunidad hasta anteayer mismo. ¡Y no quiero que muera mi Frankie! —Se puso a sollozar. Otros la reconfortaron.

Pero entonces el suelo se puso a temblar, se oyó el bramido de una corneta y la multitud se dispersó entre chillidos. El mastodonte que se acercó retumbando por la calle era una de las legendarias criaturas de traje verde que podían estar erguidas sobre las patas traseras. Puesto de pie todavía se lo veía más grande y aterrador que los especímenes normales, y no se comportó con nada parecido a la moderación, sino que arremetió contra la heladería y la destruyó, junto con las oficinas del *Gazetto* que había encima, antes de alejarse corriendo y bramando.

—Ahí se va mi teoría de los mastodontes moderados —dijo el Hombre del Traje Marrón—. Voto por que usemos los dardos envenenados.

—No están envenenados —protestó la Mujer de la Bata Blanca, pero de nada sirvió.

La multitud se volvió a juntar y exigió a voz en grito:

—¡Dardos envenenados!

—Muy bien, pues —gritó Quijote, asumiendo el mando—. Seré yo quien dispare el primer dardo.

Resultó que el laboratorio donde la Mujer de la Bata Blanca había encontrado la cura estaba a la vuelta de la esquina. La multitud se desplazó allí de prisa. Sancho y ella entraron y sacaron un gran número de escopetas de dardos, todas cargadas con las agujas curativas. Después de repartir las armas, el grupo se desplazó a la orilla del río, donde los mastodontes se habían reunido formando dos grupos distintos: a la izquierda, los de los trajes verdes que caminaban sobre dos patas y a la derecha los mastodontes más tradicionales. «Casi parece que no se caigan muy bien los unos a los otros —pensó Sancho—, pero lo que los une, supongo, es que nosotros les caemos todavía peor.»

De camino a donde estaban reunidos los mastodontes, Sancho tuvo otro pensamiento inquietante. Qué pueblo tan extraño era aquél, pensó, donde todo estaba tan convenientemente al lado de todo lo demás —el motel, la cafetería, la tienda de helados, las oficinas del periódico, el laboratorio— y donde aquel grupo de personajes tipificados y reconocibles se agolpaban para gritar y luego se alejaban en manada gritando y luego volvían en manada para gritar todavía más, casi como si estuvieran siguiendo indicaciones de alguien, o bien siguiendo un guion que Quijote y él no habían leído. La señora Vestido Floreado, por ejemplo, no parecía encontrarse en el estado en que estaría una madre si su hijo se hubiera convertido realmente en un mastodonte, y nadie más producía tampoco una impresión, por así decirlo, psicológicamente convincente. Todo estaba demasiado estilizado para resultar real.

Pero Quijote lo había avisado de que iba a dejar de existir la realidad tal como ellos entendían el término, así que quizá la teatralidad fuera un simple aspecto de aquella transformación.

Y allí estaban ahora, los seres humanos, en el terraplén de encima de la orilla, mirando desde arriba a los siniestros mastodontes, algunos con traje y otros no, y encañonándolos con sus armas, y la escopeta de dardos de Quijote estaba levantada junto con las demás, y de pronto Sancho entendió que alguien los estaba poniendo a prueba, quién sabía quién o por qué, y le gritó a Quijote:

—¡No dispaes!

Y en aquel momento se armó la de Dios, los mastodontes vieron que estaban siendo atacados y cargaron, y los humanos de Berenger empezaron a disparar sus escopetas de dardos, presas del pánico, algunos al aire y otros en dirección a los mastodontes, y también en todas las demás direcciones, y estaban gritando y corriendo, y los mastodontes seguían cargando, tanto los de los trajes verdes como los que iban a cuatro patas, y Quijote y Sancho, incapaces de moverse, se encontraron en una especie de tierra de nadie entre las cargas de los colmilludos y los chillidos de los humanos, y de pronto vieron al señor Jonésco señalándolos con el dedo y riéndose como un loco, y Sancho pensó: «Se acabó, parece que éste es el fin para nosotros», y de golpe descendió una especie de nube o niebla sobre la escena y cuando se dispersó la batalla de Berenger se había

esfumado, igual que el mismo Berenger, y volvían a estar en el Cruce saliendo de la autopista, y Quijote estaba diciendo / acababa de decir: «Tenemos que estar descansados y llenos de energía en la gran ciudad donde nos aguarda el destino». La niebla se dispersó deprisa y apareció un letrero que señalaba en dirección al pueblo de Weehawken, Nueva Jersey (12.554 hab., reflejando un descenso del siete por ciento respecto a los 13.501 que había contado el censo de 2000); el pueblo asolado por los mastodontes de Berenger, Nueva Jersey, no se veía por ninguna parte, ni tampoco volvería a verse, jamás.

Quijote se las apañó para guiar el coche por el acceso de salida y luego parar en el arcén, sudando y jadeando. Sancho, con unos ojos como platos y desconcertado, temblaba en el asiento contiguo.

—¿Qué nos acaba de pasar? —preguntó por fin Sancho.

Quijote negó con la cabeza.

—Ahora que hemos atravesado el velo —dijo por fin con voz débil—, imagino que tenemos que esperar visiones y fantasmagorías.

*Quijote en la gran ciudad; muchas revelaciones,
y Sancho sufre un grave percance*

Mientras emergía del Lincoln Tunnel y entraba en Manhattan al volante del Cruze, Quijote se sintió como un caracol saliendo de su concha. Allí estaban el bullicio y el estruendo, el ajetreo y el tráfico, todo aquello de lo que se había escapado, todo aquello que había invertido la mayor parte de su vida en dejar atrás, escondiéndose en el corazón del país, adoptando una vida pequeña entre otras vidas pequeñas. Y ahora volvía a encontrarse en el escenario principal, donde actuaban los cabezas de cartel, en la mesa de las grandes apuestas, jugándose todo al amor.

—El quinto valle —dijo en voz baja, y Sancho lo miró en busca de clarificación, pero de momento el viejo no dijo más.

La ciudad (8.623.000 hab.) los recibió con una repentina tormenta otoñal, con unos truenos que decían: «Os estoy viendo, ¿quiénes os creéis que sois?», y con unas centellas que decían: «Os voy a freír la carne y vuestros esqueletos van a bailar al son de mi tonada», y con una lluvia que decía: «Os voy a arrastrar como a las ratas de la acera y a los bichos de las alcantarillas y como a todos los demás tontos que vinieron aquí buscando la gloria, la salvación o el amor».

Se refugiaron en el hotel Blue Yorker, convenientemente situado a un par de manzanas de la salida del túnel, 103 dólares aparcamiento incluido, precio excelente, no se pedía identificación, no se hacían preguntas y se exigía el pago de cada noche por adelantado y en metálico, y sólo cuando entraron en la habitación temática «Delicias orientales» entendieron que estaban en uno de los numerosos moteles «discretos» de la ciudad, con seis canales gratis de porno en la tele. La iluminación era ajustable. Había espejos colocados estratégicamente. El botones, un sórdido viejillo coreano con un sombrero vetusto de casquete, les dijo que por quince dólares se podían cambiar a la habitación «Mil y una noches», que tenía jacuzzi y baño de vapor, y que si querían algo más, quizá un buen masaje, un masaje de tejido profundo, un masaje con final feliz, lo que fuera, ya me entienden, también se lo podía conseguir. En la habitación había dos camas de matrimonio, para multiplicar la acción por dos si se quería, dijo el botones, y llegado aquel punto le cerraron la puerta en la cara. Aquélla no era manera de hablarles a un padre y a su hijo que habían venido a la ciudad para realizar una misión.

—Nos marcharemos mañana —dijo Quijote—. O en cuanto pare de llover.

Sancho se desplomó en la cama y contempló su imagen en el espejo oblicuo que tenía encima.

—¡No! —protestó—. Esto mola.

La noche estaba llena de ruidos, de placer, de dolor y de placeres dolorosos. Sancho durmió como un lirón toda la noche y Quijote no tan bien. Por la mañana, después de la tormenta, la ciudad resplandecía como una promesa nueva. Quijote, despertándose después de una noche de dar vueltas nerviosas entre el miedo y la esperanza, vio que Sancho estaba sentado en la cama ojeando los canales pornográficos disponibles, echándoles un vistazo.

—Las mujeres mayores son lo mejor —dijo Sancho—. Pero quizá sólo lo digo porque soy tan joven que la mayoría de las mujeres son mayores que yo y las que son más jóvenes son ilegales.

Quijote comprendió que llegaba un momento en todas las familias en que los padres y los hijos necesitaban hablar de esas cosas.

—Quizá te venga de mí —dijo—, porque cuando yo tenía tu edad y veía la tele, todas las mujeres guapas eran mayores que yo. Por entonces no había canales porno, me apresuro a añadir. Pero ya sabes, Lucille Ball y *Mi bella genio*. La primera mujer más o menos de mi edad de la que me enamoré fue Victoria Principal haciendo de Pamela Ewing en *Dallas*. Ahora, sin embargo, mi edad es tan avanzada que todas las mujeres mayores que yo, y muchas de las de mi edad, están difuntas. Por consiguiente, mi último y más grande amor, la señorita Salma R, es bastante más joven. Encontremos una cafetería y comamos un buen desayuno neoyorquino.

Sancho se aburrió de la pornografía (quienes la practicaban en pantalla también parecían aburridos) y empezó a hacer *zapping* sin propósito. De pronto ahogó un grito y se puso en pie de un salto. Era la mujer a la que amaba, apareciendo en *Headline News!*, hablando de las repercusiones del asesinato de Beautiful, Kansas, de su impacto sobre la comunidad india y del deseo que tenían los miembros de dicha comunidad de ser aceptados como americanos igual que todo el mundo. Mencionó la historia de América, como parecía obligatorio siempre que surgían temas de inmigración, y no faltó la alusión al soneto de Emma Lazarus «The New Colossus». «Madre de los Exiliados», hecho. «Levanto mi lámpara junto a la puerta dorada», hecho. La leyenda de la parte inferior de la pantalla la identificaba como abogada y como portavoz oficial de la viuda y de la familia del hombre indioamericano asesinado.

—Dame tu portátil —exigió Sancho, y al cabo de unos momentos de búsqueda febril apuntó algo en un papel y levantó la vista con expresión triunfal, agitando su recompensa en el aire—. La he encontrado —dijo—. La dirección de su oficina, su correo electrónico y su número. —Luego se desinfló y se sentó en su cama, con gesto abatido—. Ahora podría llamarla —terminó de decir, en tono mucho menos decidido—, pero seguramente me colgaría en cuanto oyera mi voz.

Quijote le puso una mano en el hombro a su hijo.

—La televisión es el dios que nunca deja de dar —dijo—. Esta mañana te ha hecho un gran regalo. Sabrás usarlo cuando llegue el momento.

En la cafetería Sancho se quedó mirando taciturnamente un montón de tortitas bañadas en sirope de arce. Mientras se comía un bocadillo tostado de queso con extra de beicon, Quijote percibió que era necesario continuar con la conversación.

—En el quinto valle... —empezó a decir, pero aquella mañana Sancho no estaba de humor para oír hablar de los valles y puso los ojos en blanco con expresión impaciente—. Tenemos que aprender que todo está conectado. Mira: has encendido la tele para ver una sarta de obscenidades

y, en cambio, has descubierto una información importante sobre esa chica tuya. Por azar, podría decirse. Pero yo digo que no es por azar. La has descubierto porque todo está conectado, este canal con aquél, este botón con aquél, esta opción con aquélla.

Había conseguido llamar la atención de Sancho y se lanzó a una declaración más larga.

—Antaño —dijo—, la gente creía vivir en cajitas, unas cajitas que contenían sus historias enteras, y que no hacía falta preocuparse mucho por lo que los demás hacían en sus cajitas, daba igual que estuvieran cerca o lejos. Las historias ajenas no tenían nada que ver con las nuestras. Pero luego el mundo se hizo más pequeño y todas las cajitas se apretujaron entre ellas y se abrieron, y ahora todas las cajitas están conectadas entre sí, necesitamos entender lo que está pasando en todas las cajas en las que no estamos o no entenderemos por qué pasan todas las cosas que pasan en nuestras cajas. Todo está conectado.

Sancho estaba comiendo, pero aun así se mostró hurañamente cínico.

—Quieres decir que el fémur está conectado con la cadera —dijo—, la cadera está conectada con la columna vertebral, bla-bla-bla. Creo que hay una canción que lo explica.

—Debo confesarte que no me ha resultado fácil hacerte la declaración que te acabo de hacer —repuso Quijote—. Porque se puede decir que durante gran parte de mi vida he sido un hombre desconectado, que iba a lo suyo y vivía con la compañía resplandeciente de mis amistades de la tele, pero sin apenas camaradería de seres humanos reales. Luego llegó el amor y todo cambió. El amor me ha traído a la ciudad y aquí estoy, por tanto, rodeado de los millones de millones de conexiones que hay entre éste y aquél, entre cerca y lejos, entre este idioma y el otro, entre todo lo que son los hombres y todo lo demás que son, y veo que el camino me requiere que vuelva a conectar con la gran muchedumbre apiñada de la vida, con su multiplicidad y con las armonías profundas que hay más allá de sus muchas faltas de armonía. No me resulta fácil después de tanto tiempo y tengo que pedirte comprensión. Igual que tú debes dar tus pasitos lentos hacia tu Amada, también yo, con cuidado y gran nerviosismo, debo dar mis pasos vacilantes para reintegrarme en la sociedad humana. Al entrar en Nueva York me siento como un católico entrando en un confesionario. Es muy probable que haya llegado el momento de decir muchas cosas que llevaban tiempo sin ser dichas. Tengo que regresar lentamente en círculos a esa meta. Puede que tarde un poco.

—¿Qué son esas cosas que hay que decir y que llevaban tiempo sin ser dichas? —Sancho sintió curiosidad.

—Todo a su momento —respondió Quijote.

En los días siguientes Quijote se mostró pensativo y dijo relativamente poco, dejando que Sancho deambulara solo por las calles mientras él se quedaba en la habitación de hotel viendo la tele. Por ejemplo, no fue a rondar delante del edificio de apartamentos de la señorita Salma R, ni tampoco delante de sus oficinas/estudio, con la esperanza de avistar a la mujer cuyo corazón se había propuesto conquistar.

—Me queda mucho por hacer antes de ser digno de su presencia —le dijo a Sancho, y a continuación, en apariencia, no hizo nada.

Sancho abordó la ciudad de forma metódica y se puso la tarea de pasear por un barrio distinto cada día. Y hubo momentos en que Quijote se sacudió de encima su letargo aparente y lo acompañó. Resultó que en el curso de sus viajes se había tomado el tiempo de organizar un programa de actividades destinado a facilitar la entrada de ambos en la vida de la ciudad y

consistente en adquirir entradas para asistir a *50 Central*, *The \$100.000 Pyramid*, *The Chew*, *The Dr. Oz Show* y *Good Morning America*. En aquellas salidas al mundo que mejor conocía sí se parecía más a su yo de costumbre.

Pero ¿no se suponía que había renunciado a sus adicciones en el cuarto valle, como lo llamaba él? ¿Acaso estaba reincidiendo? ¿Retrasaría eso las cosas? A Sancho lo traían sin cuidado los valles y ahora tenía la intensa sospecha de que éstos se contaban entre las muchas fantasías de Quijote que carecían de significado y de efecto sobre el mundo real, de forma que daba igual si jugaba con sus propias reglas o no. Pero ¿cuándo iba a mover ficha el viejo?, se preguntó Sancho. ¿Y cómo?

—Hay alguien a quien necesito ver antes de que esto vaya más allá —dijo Quijote un día a la hora del desayuno, cuando ya había pasado una semana—. Hasta que se resuelva ese asunto no puede pasar nada. El camino permanecerá cerrado.

—¿Es una mujer? —preguntó Sancho.

—Sí.

—Ya sé, es una examante a la que todavía le tienes cariño, pero no sabes si ella también te sigue queriendo, y además está un poco loca, o sea que seguramente te parece mala idea liarte otra vez con ella, pero necesitas verla para quitártela de la cabeza.

—No.

—Ya sé, es una examante que te trató como a una mierda, pero ahora quiere que la perdones y quizá quiere algo más, quizá está insinuando que quiere que vuelvas con ella y hasta que la veas no te la podrás quitar de la cabeza.

—No.

—Ya sé, es una examante que ahora está con otro, pero no para de mandarte mensajitos diciendo que está insatisfecha. Y quizá te manda fotos sexies de ella para animarte a que vuelvas.

—No.

—Sería alucinante si tuvieras a todas esas mujeres yéndote detrás a tu edad, ¿verdad? Y sólo quieres a una mujer, pero todas las demás se dedican a volar en círculos a tu alrededor como helicópteros apuntándote con sus focos. ¿Tengo razón?

—No.

—Ya sé —dijo Sancho, viéndolo claro de repente—. Es la Cama Elástica Humana.

—Sí —dijo Quijote. Su cara se mantuvo impasible, inexpresiva.

Sancho dio una palmada.

—¿Lo sabía! —exclamó—. Lo he sabido todo el tiempo. Es la única otra mujer a la que has amado, y te rompió el corazón, y es por eso por lo que te escapaste de todo durante tantos años, y ahora la tienes que ver para poder aparcar tu antiguo amor y abrir tu corazón del todo al nuevo.

—No.

—Entonces ¿qué? Si no es tu exnovia, ¿quién es? ¿Tu excompañera de habitación en la residencia universitaria? ¿Tu dentista? ¿Tu terapeuta? ¿La directora de tu banco? ¿Tu camello? ¿Tu agente de la condicional? ¿Tu instructora de ajedrez? ¿Tu sacerdotisa?

—Es mi hermana —dijo Quijote—, y hace mucho tiempo la traté mal. Creo que fue eso lo que pasó.

Sancho cavila sobre esta revelación.

Supongo que lo sabía. Sabía que el viejo tenía secretos en esa parte de su cabeza en la que no puedo entrar. ¡Pero toda una hermana! Eso es mucho. Es mucho lo que me acaba de revelar. Es un poco como un antiguo truco del teatro romano, el dios salido de la máquina, estoy encontrando el idioma latín que tiene almacenado. *Deus ex machina*. ¡Puf! «He aquí a una hermana de la que no sabías nada —me dice—, y ha estado siempre ahí.»

Es una media hermana. El padre volvió a casarse, hubo una criatura, el padre murió, la madre..., quién sabe qué fue de ella. Yo no lo sé y él tampoco, o bien no lo dice, o bien sigue encerrado en las profundidades de su mente, sigue metido en esa nube que no puedo disipar. ¿Cómo de bien se conocen? No muy bien, ya no, hace muchos años que no se ven, que no se llaman, que no se mandan mensajes de texto, que no se escriben. ¿O sí? Qué sé yo, aunque sospecho que apenas se escriben. Pero en un momento dado debieron de conocerse, ¿cómo se explica, si no, el apodo, que supongo que es poco amable? Una cama elástica es un objeto sobre el que la gente da saltos, ¿no? Así pues, básicamente, la está llamando puta.

Bastante feo.

Pero no, no, me dice él, es por la canción, significa que va a entrar de un salto en Graceland. Es una forma de decir que es una persona dotada de gracia. En fin, perdón por el malentendido. También la perdonaría a ella por el malentendido. Pero ahora el viejo me está hablando de su media hermana y parece una puñetera santa. A los veintipocos años ganó un porrazo de dinero en Wall Street, un montón gigante, más grande que el montón de tortitas que te ponen en la cafetería de esta calle, ya me entendéis: quiero decir *gigante*... Y un día dijo: «Ésta no es la vida que necesito», y se alejó pasando junto a la estatua del toro y ya no volvió a trabajar para el mundo de las finanzas. Ahora administra su propia organización, dirigida a la India, Pakistán y Bangladesh, una operación microbancaria parecida al Grameen Bank que genera fondos globales para ofrecer pequeños préstamos a mujeres indostaníes que intentan montar sus propias empresas, salones de belleza, catering de comida y guarderías; también para la lucha contra el tráfico sexual, campañas contra la violencia sexual hacia las mujeres en la India, ya os hacéis una idea. Una persona noble y generosa que dedica su vida a mejorar la de los demás. Una buena mujer de esa clase es una especie de cama elástica. La gente salta sobre ella y sale volando. Y si se caen rebotan otra vez en ella y vuelven a elevarse. No busca el vuelo para sí misma, sino que se extiende a lo ancho y la gente la usa para trepar tan alto como pueden.

El viejo me cuenta todo eso y yo le digo: «Vale, muy bien, pero *a)* ¿qué pasó entre vosotros?, y *b)* ¿cómo es ella en realidad? O sea, cuando no lleva el halo de santa». Él me contesta a la segunda pregunta primero, para mantenerme expectante, prolongando las cosas, qué incordio. Bueno, hace mucho tiempo que no la ve, dice, o sea que la imagen que tiene en mente debe de estar horriblemente anticuada. En su imaginación su hermana es alta y tiene una melena negra y suelta, ojos centelleantes y una cara alargada como la suya. La recuerda cálida y divertida y lista y con el peor mal genio que ha visto nunca en ninguna mujer o en ningún hombre. Además, no la recuerda tan políticamente progresista como ahora, solía contar chistes de polacos, chistes de judíos que sólo deberían contar los judíos y chistes sobre negros, que si alguien los hubiera grabado con un iPhone ahora destruirían su carrera, pero por entonces nadie tenía iPhones, y después de marcharse de Wall Street, donde ésa era la clase de chistes que hacía la gente mientras

se tomaba unas copas, se reformó, y después los únicos chistes que hacía eran inocentes, como por ejemplo chistes de baterías. ¿Chistes de baterías? ¿Cómo se llama a un batería al que su novia lo ha dejado? Sintecho. ¿Cómo se llama a un batería que no tiene trabajo? Ringo.

Ja, ja, ja.

Está claro que le da bastante miedo llamarla, verla otra vez, canosa, ya sin los largos tirabuzones, con el pelo casi al rape. Tiene miedo de que ella le cierre la puerta en las narices —«No, ese tiempo ya pasó», como decía Nastassja Kinski en una de las versiones del guion de *París, Texas*—, pero quizá le dé más miedo lo contrario: que cuando lo vea, la cara de su hermana se convierta en una larga y lenta sonrisa, una sonrisa que se ha negado a sí misma durante muchos años, y que luego lo coja en sus brazos y llore y le acaricie la mejilla y le diga: «Qué estúpidos hemos sido al perdernos el uno al otro durante la mayor parte de nuestras vidas», y a mí también me saludará con gran afecto, y nos cocinará una cena espectacular, y se quedarán los dos hasta bien entrada la noche sentados y cogidos de la mano, contándose mutuamente sus historias, disculpándose el uno ante el otro, expresándose su amor fraternal. Y luego, en menos de veinticuatro horas, él pisará alguna mina invisible y saldrá de ella el monstruo y se pondrá a gritarle, a insultarlo a gritos, y le dirá que se largue y que no vuelva a ensuciar su casa con su presencia, y él terminará hecho pedazos en la alcantarilla de delante de su edificio. Le da miedo el medio amor de su medio hermana.

Ella sobrevivió al cáncer, él se enteró, cáncer de mama, hace unos diez años, mastectomía doble, parece que lo superó, la enfermedad lleva mucho tiempo en remisión completa. A él le aterra verle las marcas de la vida en la cara y que ella le vea las marcas de la vida en la suya. Después de que muriera su padre, tuvieron una relación estrecha durante un breve periodo. Ella lo llamaba Sonrisa-Smile y él la llamaba C. E. o Cama Elástica. Compartían el interés por la buena comida y salían a cenar juntos. Pero se peleaban. Al final de toda la calidez y las risas siempre había algo que él decía, alguna insinuación que ella creía oír en su voz, algo que no había estado allí, que la sacaba de sus casillas y la hacía ponerse a chillar. En lugares públicos, sí. Eso lo espantó y le hizo retraerse. De forma que empezaron a salir a cenar cada vez menos y al final ya nunca. Y en una de aquellas cenas él hizo lo imperdonable.

«¿Le pegaste? —le pregunté—. ¿Es eso? ¿Le pegaste en toda la cara con la mano abierta y le salió un hilo de sangre del oído y por eso ella se ha pasado el resto de su vida haciendo campaña contra los hombres violentos?»

«No.»

El recuerdo le salió con dificultad. La cronología era un problema particular. Había partes de la historia que ya no recordaba. La había acusado de haberle estafado su herencia. Eso era. Era ella quien había estado tratando con abogados sobre cuestiones de legitimación después de morir su padre, y él le había dicho que sabía que se había quedado más de lo que le correspondía. Pero luego había ido todavía más allá y la había acusado de falsear o incluso falsificar el testamento. La había amenazado con denunciarla públicamente en rueda de prensa. Lo que era incapaz de explicar, debido a aquellas lagunas de su memoria que eran como grietas en el universo, zonas de inexistencia en mitad de la existencia, era por qué lo había hecho, y le parecía recordar que lo había hecho años después. Ella se había vengado de sus amenazas y le había mandado una carta a través de su abogado avisándolo de que no dudara de que haría todo lo que estuviera en su poder para defender su buen nombre. Ella señalaba que él había firmado el testamento de su padre y que

había documentos en el registro público que demostraban que lo había aceptado. La acusación de él era una calumnia mayúscula y si la llevaba a cabo en público ella lo demandaría y lo desplumaría hasta dejarlo sin un centavo. Era una carta diseñada para asustarlo y para que cerrara la boca, y lo había conseguido. Habían dejado de hablar y de eso ya hacía años, y los dos habían pasado por muchos cambios: la santidad de ella, la personalidad cada vez más aislada de él, el personaje público de ella, el descenso privado de él a aquello en que se había convertido, que prefiero no describir con palabras ahora mismo.

«Pero, vaya —le dije yo—. ¿Herencia? ¿Tienes una herencia de verdad?»

«Sí.»

«¿Todo este tiempo has tenido..., qué?, ¿un montón de dinero en el banco?»

«Algo de dinero, sí.»

«¿Y aun así estamos compartiendo habitación en el motel Blue Yorker? Hay que joderse.»

Ése fue nuestro diálogo. Él me cuenta por millonésima vez que está atravesando los valles esos de la purificación para poder «merecer el amor de su Amada» y que la extravagancia y el apego a las cosas materiales es lo contrario del camino. Y yo le digo: «¿Sería una puta extravagancia que yo pudiera tener una puta habitación para mí solo?».

Él me dice: «No uses ese vocabulario cuando estés hablando conmigo». Así que ahora, encima, estamos peleados.

De manera que es con esto con lo que necesito ayuda. ¿Existen cosas imperdonables? ¿Actos imperdonables, palabras imperdonables, muestras imperdonables de conducta? En calidad de recién llegado, también yo pecho de malos humores y hasta de ser un niño malcriado, pero ¿acaso existe algo que yo pudiera decir y que él, «mi padre», no pudiera perdonar? O esa chica con la que sueño... ¿Acaso mi conducta hacia ella ya ha sido imperdonable porque me la intenté ligar cuando estaba de luto? Ya es demasiado tarde y dentro de treinta años, dentro de *cuarenta* años, quizá nos encontremos en alguna parte y ella me diga, ya sabes, me gustabas, y si no hubieras hecho aquello quizá podríamos haber estado juntos, pero hiciste aquello y no te lo pude perdonar. Estoy mirando a Papá Q, que no se decide a llamar a su hermana, se limita a mirar fijamente el teléfono y a no marcar el número, intentando decidir si debería escribir primero o bien hacer lo contrario y simplemente presentarse a su puerta y ponerse de rodillas y pedirle perdón. No lo veo. Media vida o más lejos de tu carne y de tu sangre, ¿y por qué? ¿Por unas malas palabras que ni siquiera tuvieron ningún efecto adverso? No está bien, ¿verdad que no?

Supongamos que existe Dios. ¿Es un dios inclemente? Y si intentamos ser como él, tal como nos han dicho que debemos, ¿deberíamos ser nosotros también inclementes?

Quijote, hombre poco acostumbrado a las interacciones humanas íntimas, pero convencido en su corazón de que hasta que hubiera hecho frente a su hermana no estaría listo para hacer frente a su Amada, hizo lo que hacía siempre en los momentos de confusión o de crisis. Se quedó en su habitación viendo la tele. Las imágenes de la pantalla lo calmaban y lo reconfortaban, y le parecían auténticas de una manera en que Nueva York no se lo había parecido nunca. La ciudad siempre le había parecido caótica, sin forma, sobrepoblada, dura y desprovista de línea narrativa dominante. En la tele, las comedias de situación, los culebrones, los *reality shows* contrastaban dramáticamente con el tumulto de delante del motel Blue Yorker. Se movían como si siguieran

cables de tranvía por sus maniobras, giros y finales de suspenso, y llegaban a resoluciones satisfactorias. Eso era lo que Quijote quería de la vida, formas elegantes y conclusiones firmes. ¿Qué era su misión más que un intento de extraer significado oculto del mundo y de esa manera ganarse el final feliz que tan desesperadamente anhelaba? No pasaba mucho tiempo viendo las noticias ni los canales informativos, pero cuando navegaba por ellos veía que también intentaban imponer significado sobre el torbellino de los acontecimientos, y eso lo reconfortaba. Un par de días sentado allí en silencio y siendo reconfortado por las oscuras tramas metropolitanas de *Ley y orden: unidad de víctimas especiales* (a la que no había conseguido renunciar: nadie es perfecto) quizá le confirieran cierto ritmo neoyorquino y la fuerza necesaria para hacer lo que tenía que hacer. Le puso unos cuantos billetes de veinte dólares en el bolsillo a Sancho y lo mandó a patearse las calles solo.

—Ya no hace tanto calor —le dijo a su hijo—. Ten, ponte mi abrigo.

Nada más marcharse el muchacho, Quijote comenzó a hacer *zapping*. Lo que le llamó la atención en esa ocasión no fueron los típicos programas que le gustaban, sino una entrevista con el célebre científico, empresario y multimillonario americano de origen indio Evel Cent. El nombre de Evel Cent en sí era una invención, quizá derivado, supuso Quijote, del mucho más indio *Awwal Sant* o algo parecido. Delgado, de cabello reluciente y expresión soñolienta, aquel hombre reinventado tenía pinta de estrella de cine de Bollywood en pleno tránsito de joven apuesto a hombre de mediana edad ligeramente desarrapado, y hablaba en ráfagas rápidas y ariscas, como si fuera colocado de mezdrina, usando descaradamente una mezcla del difícil y moderno vocabulario de la alta tecnología y de la jerga de la fantasía distópica moderna, como diciendo: me da igual si me entendéis o no, pero sé cómo obtener vuestra atención si me lo propongo. Quizá *Evel* viniera del gran temerario *Knivel*, y *Cent* fuera el dinero, y el verdadero significado de su nombre estuviera allí a la vista de todos. Aunque el sonido del nombre emitía un aroma distinto. «Evil Scent», fuerte hedor. Para algunos era justamente eso, un capitalista apestoso y desagradable que siempre estaba promocionándose a sí mismo, pero para otros, y en especial para muchos jóvenes, parecía ser una especie de profeta, y allí estaba, en televisión, haciendo un trabajo de profeta y a la vez justificando las opiniones de quienes lo consideraban una mofeta hipócrita y egocéntrica.

Y el tema del que hablaba aquel día no era otro que el fin del mundo, lo que él describía como la creciente inestabilidad del continuo o Gestalt, una tendencia que si continuaba provocaría la desintegración total del espacio-tiempo. Afirmaba también que a su debido tiempo presentaría evidencias científicas en apoyo de su afirmación. De momento lo único que quería decir era que su ciertamente alarmante tesis tenía el apoyo de muchos equipos de astrofísicos que trabajaban para las principales universidades del mundo, incluyendo a varios premios Nobel. Las evidencias de desintegración todavía no eran adecuadas, pero estaban ahí. Había mucho trabajo pendiente encaminado a establecer las causas, la medida y el ritmo probable de expansión de la inestabilidad. Pero de su existencia no le cabía ninguna duda. La cuestión era: ¿caso la especie humana aceptaría aquello sin rechistar y se encaminaría dócilmente a la aniquilación, o bien podíamos hacer algo y lo íbamos a hacer?

Quijote pensó: «El propio Cent parece una entidad antaño hermosa que se estuviera empezando a desintegrar».

Evel Cent pasó con total naturalidad de la escatología a la presentación de marketing. Sus equipos y él estaban trabajando en un proyecto asombroso llamado NEXT. NEXT eran las siglas de Neighbor Earth Xchange Technology, Tecnología de Intercambio con las Tierras Vecinas. Ningún físico serio disputaba ya el concepto de continuos espaciotemporales paralelos, universos paralelos y, por tanto, Tierras paralelas. La cuestión era: ¿dónde estaban, y cómo podíamos llegar de aquí allí? Si nuestro universo se estaba deshaciendo en forma de polvo cósmico, ¿acaso no podíamos rescatarnos a nosotros mismos a base de viajar a bordo de nuevas modalidades de vehículos capaces de saltar a un universo alternativo que todavía fuera estable? «¡Éste! —dijo, hablando ahora en una serie de exclamaciones acompañadas de golpes del dedo índice— ¡es! ¡Mi sueño! ¡Un nuevo! ¡Hogar! ¡Para la humanidad!»

La interpretación de Evel Cent electrizó a Quijote. ¿Acaso él mismo no había escrito hacía poco a su Amada y le había predicho el fin del mundo? Su inspiración había sido el amor, el amor entendido como culminación perfecta y, por tanto, conclusión de todo, ¡y quizá lo que habían percibido Evel Cent y sus equipos de genios fuera que él, Quijote, se estaba acercando a su meta, y que el universo estaba preparando su extremaunción a modo de respuesta! La ciencia estaba confirmando aquello que el amor lo había llevado a entender de forma intuitiva.

Aquello era muy importante. Necesitaba pensar en ello. Apagó el televisor. Había algo más que lo incordiaba desde su memoria rota, algo relacionado con aquel hombre, aquel tal Evel Cent. ¿Se habían conocido?

Ése fue el día en que empezó a redactar borradores de cartas para su hermana.

Querida C. E. [empezaba su primer intento]:

Esto te llega después de un largo silencio del memo de tu hermano, con la esperanza de que la sangre llame a la sangre y de que podamos juntarnos otra vez de forma amistosa. También a Sócrates lo consideraban un memo, fíjate. En la obra de Aristófanes *Las nubes*, Sócrates flota por las alturas en la cesta de un globo, ascendiendo a fin de poder tener pensamientos elevados. Al principio parece que esto significa que su sabiduría no tiene los pies en la tierra. Por otro lado, es sólo desde su torre de marfil (o desde su cesta) que Sócrates puede poner la Tierra en perspectiva. Tener la cabeza en las nubes lo ata a la realidad. No me comparo con el gran filósofo, salvo para decir que yo también he sido un memo de remate. Yo también he intentado elevar mis pensamientos.

No, aquello era claramente demasiado vanidoso y egocéntrico. Se detuvo, hizo una bola de papel arrugado con aquel intento absurdo y la tiró. Lo volvió a intentar:

Querida C. E.:

Durante mucho tiempo, en mi juventud, mi libro favorito fue *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*, del señor R. Pirsig. (Ojalá alguien adaptara *Zen y el arte* en forma de serie dramática, por cierto.) Ahora que también yo me he embarcado en un viaje a través de América hacia ti —¡sí!, y espero con todo mi corazón que no resulte ser en vano!—, y acompañado de mi hijo —¡sí!, otra cosa que contarte cuando nos veamos—, me he vuelto a acordar del señor R. Pirsig, y a través del señor R. Pirsig, del señor A. Einstein, a quien aquél cita como autor de las siguientes palabras: «El hombre intenta fabricarse a sí mismo a imagen de lo que le parece una estampa simplificada e inteligible del mundo. Luego prueba hasta cierto punto a colocar ese cosmos suyo en lugar del mundo de la experiencia, y de esa manera a vencerlo [...] Convierte ese cosmos y su construcción en el pivote de su vida emocional a fin de encontrar la paz y la serenidad que no puede encontrar en el angosto torbellino de la experiencia personal [...] La tarea suprema [...] es llegar a esas leyes

elementales del universo a partir de las cuales se puede construir el cosmos entero a partir de deducciones puras. Estas leyes carecen de senda lógica; sólo la intuición, apoyada en una comprensión favorable de la experiencia, puede llegar a ellas...». Debo confesar que mi cosmos personal ya no me trae ni serenidad ni paz, y sin embargo echo de menos ambas cosas, echo de menos estar en armonía con el populoso mundo en su conjunto, y he entendido —¡muy tarde, pero espero y rezo por que no sea demasiado tarde!— que sólo puedo encontrar la paz que anhelo a base de hacer las paces contigo. Estoy aprendiendo que todo está conectado, y eso nos incluye a nosotros.

Arrugó y tiró también aquella versión. ¡Menudo tontaina estaba hecho! ¿Qué tenía que ver Einstein con nada de lo que pasaba entre la Cama Elástica y él? ¿Por qué no podía hablar simplemente y de corazón, sin envolver su súplica en tan elevada parafernalia? Hizo un tercer intento:

Querida C. E.:

Puede que te divierta saber que en mi ancianidad me he convertido en buscador de sabiduría y, más allá de la sabiduría, de amor.

... empezó a escribir, pero se detuvo y se puso en pie de un salto porque Sancho acababa de entrar dando tumbos en la habitación con la cara ensangrentada y la ropa rota, víctima de una terrible paliza.

Mientras paseaba por la ciudad llevando el abrigo de cachemir de su padre, Sancho se acordó de la mujer blanca del lago Capote y de su inusual gargantilla, con una hebilla metálica a un lado y algo que parecía un palmo de correa rota colgando. Por entonces le había visto pinta de collar de perro, y no le había parecido para nada la clase de complemento indumentario que llevaría una mujer así. Luego se le había borrado de la mente. Quizá, entre la prisa por abandonar el camping y la crispación de aquel momento, se hubiera equivocado.

Ahora, sin embargo, empezó a ver que no había sido ninguna equivocación. O para decirlo de otra forma: empezó a darse cuenta de que estaba viendo cosas que no podía ver otra gente. Un día, en la Décima Avenida, a una docena de manzanas del motel Blue Yorker, vio a una mujer borracha pisoteando un arcoíris. Estaba delante de una tienda que vendía cristales e incienso. Un rayo de luz procedente de la tienda atravesaba un prisma que colgaba en el escaparate de la misma y creaba un espectro fortuito en la acera. La mujer borracha, una mujer corpulenta toda vestida de negro y a la que le faltaban varios dientes, estaba intentando aplastar el arcoíris a pisotones y soltando abundantes palabrotas al mismo tiempo, desatando un torrente, un *vómito* de insultos homofóbicos. Muy bien, aquello no tenía por qué ser una visión, pero entonces hubo un cambio en la luz, quizá alguien movió una lámpara en la tienda, y el arcoíris desapareció, *pero también desapareció la mujer de las palabrotas*. Como si una cosa hubiera engendrado a la otra. El arcoíris había engendrado el odio. Sí, pensó él. Había que joderse. Otro día en Madison Avenue, entre todas las tiendas de ropa, vio tres figuras vestidas de blanco y con capuchas blancas puntiagudas. Aquello era Nueva York. El Klan no existía allí, y mucho menos con capuchas de alta costura en Madison Avenue. Cruzó la avenida para echarles un vistazo más de cerca, pero aquellos individuos bien vestidos se juntaron brevemente delante de él, luego se separaron otra vez y desaparecieron. A Sancho aquello le pareció una locura. Estaba creando en él una especie

de terror ontológico. Había días —de hecho, era casi a diario— en que la cuestión de su propia realidad regresaba a él para atormentarlo. Su entrada en la existencia había sido tan excepcional, su transición de ser una subcláusula dependiente de la larga frase que era Quijote a gozar de existencia independiente seguía pareciendo tan improbable, que tenía pesadillas en las que todo se venía abajo, en que su mismo ser parpadeaba como una imagen defectuosa de la tele y por fin se desintegraba y desaparecía; en breve, sobre la muerte. La llegada de aquellos avistamientos —se resistía a la palabra *visiones*, que incrementaba su sensación de su propia irrealidad— y el aumento de su frecuencia le resultaban alarmantes. No le contó a Quijote lo que estaba viendo. Había cosas que era mejor guardarse para sí.

Luego, mientras cruzaba el parque dando patadas a las hojas caídas en pleno anochecer —no fue la maniobra más inteligente, admitiría después—, vio que se le acercaba un grupo de tres hombres trajeados, hombres blancos, con maletines en la mano, ordinarios e inofensivos en todos los sentidos; salvo por el hecho de que llevaban collares idénticos al que le había visto a la mujer blanca del lago Capote, con las mismas hebillas y los mismos pedazos de correa colgante. ¿Quién era aquella gente de los collares de perro? ¿Acaso era una especie de secta a escala nacional con la que se había encontrado?

—Nos estás mirando. ¿Por qué nos estás mirando? —Los hombres se habían detenido, mirando a Sancho y bloqueando su camino.

Él se mostró conciliador.

—No, señor, no estoy mirando. Sólo caminando. Yendo para allá —señaló.

—Estaba claramente mirando —dijo el segundo hombre—. Muy mala educación. Pero esta gente no conoce los buenos modales.

—Han venido aquí y les pagamos la seguridad social —dijo el tercero.

—Nos preocupa la seguridad de nuestras mujeres —dijo el primer hombre.

—No sabemos cuándo uno de ellos se va a ir por su cuenta y va a atacar todo lo que amamos. Sí sabemos que veneran a dioses de fuera —dijo el segundo hombre.

—Habla —pidió el tercero—. ¿Por qué nos estás mirando? Tu gente no debería hacer eso. Tú no tendrías que haberlo hecho.

Aquello era imposible, pensó Sancho. Se trataba de los tres matones de aspecto más inverosímil de América. Aquella gente no podía ser peligrosa. Era gente gris, inofensiva y aburrida. Respiró hondo y habló:

—Me han llamado la atención sus collares —dijo. «Error», se dio cuenta de inmediato mientras veía cambiar su lenguaje corporal.

Moviéndose casi al unísono, dejaron sus maletines en el suelo. Uno de ellos empezó a quitarse la chaqueta.

—Nuestros collares —dijo el primer hombre.

—Perdonen —repuso Sancho—. Entiendo que mirar es de mala educación. No era mi intención. Pero he visto ese collar antes.

—Ha visto nuestro collar antes —repitió el segundo hombre—. ¿Os podéis creer a este chaval? Es increíble. Es alucinante.

—No llevamos ningún collar —dijo el tercer hombre—. Hace demasiado calor para llevar collares, joder. ¿De qué collar está hablando?

—No lo sé —contestó el primer hombre—. Se lo voy a preguntar. ¿De qué puto collar estás hablando, chaval?

Sancho se quedó perplejo y también le entró el miedo, y con miedo y perplejidad señaló:

—Esos collares —dijo—, con las correas rotas.

—Extraordinario —dijo el segundo hombre—. Nos está comparando con perros.

—Cree que *somos* perros —declaró el tercer hombre—. Perros que han roto sus correas.

—Perros salvajes y peligrosos que alguien ha soltado —añadió el primer hombre.

—Perros que sueltan espuma por la boca —dijo el segundo hombre—. Cuidado con los perros, ¿verdad?

—Cuidado con los putos perros —dijeron al unísono el tercer hombre y el primero.

—Porque nos han soltado, joder —señaló el segundo hombre.

Sancho entendió que lo había hecho todo mal. Se había quedado mirando cuando no debía. Había hablado cuando no debía. Y lo peor de todo, no se había escapado cuando debería. Y ahora estaba rodeado y no tenía a donde escaparse.

Y la moraleja de la historia, pensó mientras empezaban los puñetazos y las patadas, es: nunca más infravalores a los hombres blancos trajeados canosos, aburridos y de mediana edad.

Podrían haberlo matado con facilidad, pero no lo hicieron. Quizá no valiera la pena. Quizá porque era alucinante. Quizá porque eran hombres que hasta hacía poco habían estado domesticados y bajo control, y el hecho de haber quedado *sueltos*, por la razón que fuera, les resultaba nuevo. Quizá todavía estuvieran acostumbrándose a su poder. Por la razón que fuera, lo dejaron en el suelo, vapuleado pero vivo; recogieron sus maletines, se pusieron sus abrigos y se alejaron paseando bajo el anochecer.

—*Chimaats!* —les gritó él—. *Khajvuas!* —Pero su voz era demasiado débil para que ellos la oyeran. Y probablemente fuera mejor así.

Las demandas de la paternidad despertaron a Quijote al menos en parte del ensueño en el que se había pasado sumido la mayor parte de su vida. Correteó de un lado a otro entre el motel Blue Yorker y las farmacias y locales de comida para llevar de la zona en busca de sopa caliente, platos combinados de pollo, hamburguesas con queso, linimento, analgésicos y vendas, y en consecuencia se perdió varios episodios de *The Real Housewives of Atlanta*, pese al apasionado interés que le producían los labios en exceso carnosos de Kim Zolciak y el despido —¡presunto!, ¡el presunto despido!— de Kenya Moore a modo de advertencia al resto del reparto de que tenían que aprender a guardar secretos. Sancho había tenido suerte. Le había quedado el cuerpo cubierto de un archipiélago de moretones, pero no parecía haber huesos rotos ni tampoco lesiones interiores de gravedad. El abrigo de cachemir estaba sucio, pero también había sobrevivido. Lo que el chaval necesitaba era descanso, compasión, calmantes y hamburguesas con queso.

En el maletero del Chevrolet Cruze había un maletín que contenía lo que quedaba de las muestras de opioides que Quijote había llevado en calidad de representante de PFS. Durante los primeros días se los administró a Sancho, aunque teniendo mucho cuidado con las cantidades. Y el recipiente sellado del fondo del maletín, el que contenía el espray sublingual de fentanilo InSmile™, lo dejó sellado y en su sitio. Sancho se recuperó deprisa, como se recupera la gente joven, pero su estado de ánimo permaneció sombrío.

Durante aquellos días de convalecencia del muchacho, en los que ambos se pasaron mucho tiempo en sus habitaciones a oscuras, escuchando los ruidos de placer sexual que se colaban a través de las paredes, y, a fin de tapar aquellos ruidos, subiendo el volumen mientras miraban programas (no pornográficos) de la tele, provocando que la dirección les dijera que sus vecinos se habían quejado de que las voces a todo volumen de las estrellas de los *reality shows* del canal Bravo les estaban haciendo perder la concentración, por así decirlo..., durante aquellos días de estrés no hablaron mucho, salvo cuando Sancho quería expresar una necesidad y Quijote hacía lo que podía para satisfacerla. Los dos estaban enfrascados en sus pensamientos.

Los pensamientos de Sancho se centraban en escapar: «Sacadme de aquí. Me da igual que sea mi padre y que me quiera y que se quede devastado, etcétera. Necesito irme por libre. Cuando estábamos en la carretera se me ocurrió traicionarlo a base de robarle a su amada Salma. Ya no me importa nada de eso. La traición que necesito es mi libertad». No dijo nada de esto en voz alta, pero le borboteaba por dentro como un estofado.

Quijote, en cambio, no paraba de hacerse reproches. Las heridas de Sancho habían sumido al viejo en un estado de profundas dudas, en el que se lo cuestionaba todo: cómo había vivido su vida, y hasta aquella ansia de un hijo que había otorgado existencia a Sancho. Se había pasado mucho tiempo siendo algo parecido a un sintecho, con sus pertenencias en el maletero de un coche y haciendo paradas de avituallamiento en moteles baratos... ¿Para qué iba una persona así a traer un hijo al mundo? Sintió que debía disculparse con Sancho, pero sabía que, si lo hacía, Sancho lo malinterpretaría y pensaría que su padre estaba deseando que no hubiera nacido.

Y de esta forma, mientras el padre atendía al hijo y el hijo recibía las atenciones del padre, se fueron distanciando más y más, y la gran misión en la que se había embarcado Quijote pareció perderse en la distancia. Luego, en plena noche, cuando los chillidos sexuales de sus vecinos no lo dejaban dormir, Quijote llegó a un momento de claridad total. «¡Basta ya de moteles orgásmicos!» Su primera y única obligación era proporcionarle una vida mejor a su hijo. Acudiría a su hermana, restañaría la brecha que los separaba y, juntos, le proporcionarían a Sancho el entorno de estabilidad familiar que necesitaba. Así era como *todo estaba conectado*. Era la única forma de obtener la *armonía y la paz* del quinto valle. Y, sí, quizá, una vez hecho esto, se haría visible el camino que llevaba a la Amada. No podía ser digno de la Amada —¿cómo podía serlo? ¿Cómo podía no ver que era ridículo pensar que podía serlo?— hasta que hubiera demostrado que era capaz de cuidar de su propia progenie.

La llamó. Ni siquiera sabía si ella tenía el mismo número, pero llamó al que tenía y contestó ella. A él se le hizo un nudo en la garganta y por un momento no pudo hablar.

—¿Quién es? —dijo la voz de su hermana.

Él no habló.

—Voy a colgar —dijo la voz de su hermana.

—¿C. E.? —preguntó él con la voz temblando.

Ahora ella guardó silencio.

—Sonrisa-Smile —dijo entonces—. ¿Eres tú de verdad?

—Sí —respondió él—. Lo que queda de mí.

—¿Dónde estás? —dijo ella—. ¿Estás aquí, en la ciudad?

—Estoy en una pensión de mala muerte junto al Lincoln Tunnel. Con mi hijo.

—Tu hijo. Oh, Dios mío. Cuánto tiempo.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento todo. De verdad.

—Ven ahora mismo. ¿Puedes venir ahora? Y trae a tu... a tu... a tu hijo.

Cuando colgó, Sancho le dijo:

—¿Ya está? ¿Eso era todo lo que hacía falta? ¿Los dos os habéis perdido al otro durante la mayor parte de vuestras vidas y habría sido así de fácil que no pasara? ¿En serio? ¿Es lo único que os hacía falta deciros?

—Ése parece ser el caso —repuso el viejo.

—Vaya —dijo Sancho—. Hay que joderse.

CAPÍTULO 14

El autor conocido como Sam DuChamp conoce a un desconocido al que no ha invitado

Hermano, el autor, había perdido el contacto con su único hijo hacía bastantes años. El joven, alto, flaco, con gafas y pinta de empollón, nunca había tenido mucha pinta de fugitivo, pero después de dejar la universidad, que describió como «peor que inútil», añadiendo que «nadie va a necesitar que escriba un ejercicio de clase durante el resto de mi vida», empezó a comportarse de forma extraña, a cerrar con pestillo la puerta de su habitación y a pasarse todo el día y toda la noche perdido en su portátil, escuchando vídeos musicales, jugando al ajedrez en red, mirando porno, quién sabía. Hijo vivía con su madre americana, Exesposa (ella era otra historia que Hermano no quería revisitar, otra historia de cuyos nuevos capítulos no sabía nada), en las altas y distinguidas latitudes del Upper East Side. Estaba felizmente casada, eso era indiscutible, y otro hecho indiscutible era que había sido él quien le había presentado a su marido chino-americano, que originalmente había sido amigo de Hermano pero ya no era amigo suyo, lo cual era bastante indiscutible también, y el nuevo marido chino-americano era rico y tenía éxito y era una especie de pez gordo en la ciudad, y eso también era imposible de pasar por alto. Hijo desarrolló un caso grave de lealtades divididas. Ver que a su padre no le iba demasiado bien en la vida, había que admitirlo, mientras que su nuevo padrastro se compraba coches caros y era propietario de una granja de caballos en el norte del estado, era algo que avergonzaba al chico, y de la vergüenza a la rabia hay un solo paso. De manera que Hijo estaba rabioso tanto con Hermano como con Exesposa, y se distanció de ambos para retraerse a su mundo secreto.

Hermano no sabía quiénes eran los amigos de Hijo ni adónde iba cuando salía de casa de su madre, y al parecer tampoco ella lo sabía, de manera que cuando desapareció (junto con su portátil, tableta y teléfono) y se avisó a la policía, ni el padre ni la madre pudieron dar ninguna pista a quienes lo tenían que buscar. Durante las semanas siguientes, Hermano vio mucho a Exesposa, mientras ambos esperaban sentados juntos en cafeterías tristes la llamada que les dijera: hemos encontrado el cuerpo. Pero la llamada no llegó. Lo que sí llegó fue una visita que no se esperaban. El agente a cargo de la búsqueda pidió verlos a los dos juntos, de forma que Hermano subió al lujoso apartamento de las alturas distinguidas donde vivía Exesposa. Padrastro tuvo el buen gusto de ausentarse, pero todas sus posesiones estaban allí, sus obras de arte caras y de mal gusto, muchas de ellas de arte chino contemporáneo, por razones obvias: tenía problemas de identidad, pensaba Hermano, y creía poder resolverlos pagando precios desorbitados por aquella porquería traída de Pekín y colgando su identidad enmarcada en las paredes. Era un

pensamiento poco generoso. Hermano lo retiró. No, no lo retiró. En cualquier caso, era irrelevante. Allí estaba el agente a cargo de la búsqueda y no les estaba diciendo lo que ellos se habían temido que les fuera a decir.

Habían encontrado a Hijo. Estaba vivo. Estaba bien. No era un borracho ni un drogadicto ni estaba secuestrado ni era miembro de ninguna secta. En suma, no corría peligro. Seguía en el país, no se había marchado al extranjero. Y no quería volver a casa ni ver a sus padres ni estar en contacto con ellos. Se había deshecho de su antiguo teléfono móvil y prefería que ellos no tuvieran el número nuevo. Era una decisión que había tomado después de pensarlo bastante. Era adulto, tenía sitio donde vivir, tenía trabajo, tenía dinero en el banco (no en el banco que ellos conocían). Quería que sus padres supieran aquellas cosas y les pedía que lo entendieran, aunque sabía que no les iba a resultar fácil. Era posible que en algún momento del futuro se comunicara con uno de ellos o con los dos y quisiera restablecer el contacto, pero de momento estaba haciendo lo correcto para él.

A continuación vino la habitual cacofonía maternopaterna, las exigencias de más información, los lloros, etcétera, pero aun mientras oía los ruidos convencionales que salían de su boca y de la de Exesposa, Hermano se dio cuenta de que no estaba sorprendido. La gente lo abandonaba. Era lo normal. Si Hijo había decidido desertar de la familia, solamente era una más, y quizá la última, de una larga serie de deserciones: amigos, amantes y Esposa (la actual Exesposa). Después de lo que juzgó que era el rato mínimo necesario de histeria, se puso de pie, le dio gracias al agente por la amabilidad con que les había transmitido aquella dura información, se excusó y se marchó. En la estación nueva del metro lo escrutó una colección de retratos en mosaico de artistas y músicos —Kara Walker, Philip Glass, Cecily Brown, Lou Reed, Chuck Close—, juzgándolo y declarándolo deficiente. Nunca entraría en el canon. Ya ni siquiera se lo admitía en el canon de los buenos padres. Mal escritor, mal padre. Dos errores de tres intentos. Se metió bajo tierra y cogió el Q en dirección sur.

Y de ahí lo de Sancho. Hermano no había esperado que le apareciera en la página un hijo imaginario, pero Sancho habría cobrado existencia por su cuenta e insistido en quedarse. El Hijo de Hermano se había desmaterializado y había cesado de existir por medio de un acto de voluntad, por lo menos para sus padres. Quijote, por el contrario, había hecho aparecer a un hijo gracias a la fuerza de su deseo y a la amabilidad de las estrellas. «Si pudiera hacer reaparecer a Hijo rezándoles a las lluvias de meteoros —pensó Hermano—, me iría a ver hasta la última lluvia de meteoros de América. Pero eso requeriría que también estuviera presente Exesposa, como en los viejos tiempos.»

Entendía una parte de lo que estaba haciendo, de los materiales que su inconsciente estaba sacando a la luz, transmutados y desparramados por sus páginas. ¿La «Cama Elástica Humana»? ¿En serio? Si Hermana llegaba a leer algún día aquello, seguramente no le iba a hacer ninguna gracia. Seguramente también la inquietaría el hecho de que las quejas financieras de Quijote contra la Cama Elástica fueran un hecho de las acusaciones de Hermano hacia ella. Y luego aquella reconciliación tan dulce y fácil por teléfono entre Quijote y C. E.; «¿eso era lo único que hacía falta?», tal como le había preguntado con incredulidad Sancho a Quijote. «En fin, ojalá —pensó Hermano—. En ese sentido, estoy con Sancho. La vida real no es tan fácil.» Pero entendía por qué le había salido así en la página. Igual que en el caso de Sancho, la bienvenida de C. E. había nacido de la necesidad, no sólo de la necesidad de Quijote, sino también de la de ella.

Salma era pura ficción. Últimamente las únicas mujeres que había en su vida eran las que se había inventado en su cabeza. O, bueno, había que admitirlo: igual que le pasaba a Quijote, a veces también las mujeres que veía en la pantalla; en su caso, más a menudo en el cine que en la televisión o en alguno de los servicios de *streaming*. Mujeres de fantasía. Las de verdad parecían ya muy fuera de su alcance. ¿Y el doctor Smile? En fin, Hermano era escritor y creía en la investigación literaria. Por desgracia, había muchos candidatos en la vida real que podían ser el modelo del médico corrupto. Y, sí, también de sus recetas.

Si se quería decir que la grotesca historia que estaba contando —a diferencia de todas las demás que había contado— tenía unas raíces profundas en la necesidad personal y en el dolor, entonces, sí, lo admitía. Pero ¿aquel viejo chiflado? Se resistía a la idea de que Quijote sólo fuera su Autor con un casco de cartón en la cabeza y la espada oxidada de su bisabuelo en la mano. Quijote era alguien a quien había inventado haciendo un guiño (vale, más que un guiño) al gran autor que lo había inventado originalmente. De acuerdo: su creación y él tenían aproximadamente la misma edad y unas raíces casi idénticas —raíces arrancadas— no sólo en la misma ciudad, sino en el mismo barrio de aquella ciudad, y también las vidas de sus padres eran paralelas, hasta el punto de que había días en que él, Hermano, tenía dificultades para recordar qué historia era la suya y cuál era la de Quijote. A menudo las dos familias se le confundían en la mente. Y sin embargo, insistía: «No, él no soy yo, es una cosa que me he inventado para poder contar la historia que quiero contar». Hermano —para aclarar este punto— veía relativamente poca televisión. Era miembro de la última generación del cine. Por la tele veía las noticias (las menos posibles, ya que últimamente eran insoportables), y durante la temporada de béisbol veía los partidos de los Yankees, y a veces, cuando conseguía quedarse despierto hasta tan tarde, veía los programas nocturnos de humoristas. Y eso era más o menos todo. La tele había estropeado los procesos mentales de América igual que había estropeado los de Quijote. Y él no tenía intención de permitir que le estropeara la mente también a él.

«De manera que no —insistió—, a mí no.» Pese a todo: si tan seguro estaba de la distinción entre personaje y Autor, ¿por qué había sentido tan a menudo miedo a que sus novelas de espías atrajeran el interés de espías reales que ahora estarían espiándolo a él? ¿Por qué había visto sombras en las sombras, acechando, siguiéndolo? Era un miedo irracional (aunque el miedo es siempre irracional). Se recordó a sí mismo que no conocía ni había filtrado ningún secreto oficial. No estaba en el juego. Creer lo contrario era un acto de vanidad. Su paranoia era una forma de narcisismo. Necesitaba olvidarse de aquello, sobre todo mientras seguía absorbido por aquélla, la más peculiar de todas sus historias, que por alguna razón lo estaba haciendo sonreír felizmente frente a su pantalla de ordenador, ayudándolo a olvidarse de todas sus ideas de renuncia a su profesión elegida. A veces la historia contada sabía más que quien la contaba. Por ejemplo, estaba aprendiendo que, igual que un hijo real puede volverse irreal, también un hijo imaginario puede volverse de verdad, mientras que, moviéndose en la dirección contraria, un país real entero podía convertirse en una irrealidad tipo *reality show*.

También estaba reuniendo valor y planeando un viaje a Londres. Quizá hacer las paces le iría igual de bien que le parecía estar yendo a Quijote. Quizá la rama de olivo sería aceptada de buen grado y volverían a tenerse el uno al otro. «Sí —respondió la voz más cínica de su cabeza—, y

quizá los cerdos volarían.» Pero se encontraba lleno de optimismo. «Muy bien —pensó—, Londres.» Hacía mucho tiempo que no cruzaba el océano. Iba a tener que comprar una bolsa nueva para el equipaje de mano. Iba a necesitar que le aconsejaran qué línea aérea usar.

Ésos eran los pensamientos más o menos alegres de Hermano cuando regresó a su apartamento de Kips Bay después de un paseo vespertino por la Segunda Avenida, llevando en la mano un paquete de seis cervezas Corona Light en una bolsa de papel y soñando, como soñaba a menudo, con mudarse a Tribeca, quizá a uno de los lofts que habían reformado en el edificio centenario de Gould Industries, una antigua imprenta y fábrica de virulana que ocupaba la esquina de Greenwich y Beach, lleno de la arrogancia de su doble riqueza, la historia de los éxitos industriales pasados del interior de sus muros uncida a la distinción de a veinte mil dólares el metro cuadrado de su deseable presente, y que era su residencia favorita de cuento de hadas. Cuando estaba en Tribeca siempre intentaba pasar por delante, por mucho que le hiciera sentirse como un desarrapado.

Se sacudió de encima la fantasía e hizo girar la llave en la cerradura de su puerta para ser recibido en su apartamento a oscuras por el resplandor de la pantalla iluminada del iMac, que él había dejado en modo salvapantallas de rayos de colores y que siempre estaba protegido con contraseña y, sin embargo, ahora se encontraba desbloqueado. A la luz de su escritorio hackeado vislumbró a un corpulento caballero japonés-americano sentado en la silla de despacho Aeron de su escritorio, un hombre que debía de medir seguramente metro noventa o metro noventa y cinco en calcetines, calculó Hermano, y que debía de pesar, ¿cuánto? ¿Ciento veinte o ciento veinticinco kilos? El caballero japonés-americano llevaba un traje azul marino caro con pañuelo de seda azul claro en la pechera, camisa blanca de hilo de alta calidad, corbata roja Hermès en la que un gatito dorado perseguía a un ratoncito de cuerda dorado y una chapita pequeña en la solapa izquierda con una imagen en miniatura del Gran Sello de Estados Unidos. En la chapita había escrito algo demasiado pequeño para leerlo. Y en su regazo, simplemente descansando allí, había una pistola, que a Hermano (que necesitaba estar enterado de aquellas cuestiones debido al género narrativo en el que hasta hacía poco había estado especializado) le pareció que era una Glock 22 Gen4. Aparte de la presencia de aquel caballero, el apartamento se veía intacto. No había señal alguna de que ninguna de ambas intrusiones —en el apartamento o en el ordenador de Hermano— se hubiera hecho por la fuerza.

—Me disculpo por alarmarlo, señor —dijo el caballero japonés-americano—. Permítame asegurarle que no quiero hacerle ningún daño.

Era ciertamente alarmante que se hicieran realidad las peores fantasías paranoicas de uno. En el curso de unos pocos segundos, la vida interior de Hermano experimentó una serie de vueltas de campana que le dejaron el estómago revuelto. Estaba a punto de ser apaleado o asesinado o bien robado y también asesinado y apaleado. La Glock era una mala señal. Clavó la mirada en la chapa y no la apartó. Se estaba ahogando y aquél era el único salvavidas al que podía aspirar.

—¿Con qué agencia está usted? —consiguió decir por fin en una aproximación a su voz normal.

—Si lo desea usted, puedo mostrarle mi identificación —replicó el otro—. Pero realmente no creo que me haga falta decirle con todas las letras a usted, de entre todos los Autores, de qué agencia se trata.

—El arma —dijo Hermano—. ¿Por qué el arma?

—Ya sabe cómo es esto, señor —contestó el visitante en tono respetuoso—. Un hombre entra en su casa, ve la silueta de un desconocido sentado en su silla y, a modo de defensa propia, saca su arma personal y abre fuego. Es una situación verosímil. Esto es América, señor. Sólo quería evitar cualquier pérdida innecesaria de vidas, incluyendo la mía propia, señor.

Hermano dejó la bolsa donde llevaba las cervezas.

—Me sentiría mucho mejor si guardara usted el arma —dijo. Estaba intentando no desmayarse y las tripas le estaban dando guerra.

El intruso hizo lo que le pedía y luego se puso de pie y le ofreció su mano.

—Lance Makioka —se presentó el caballero japonésamericano—. Nos conocimos brevemente en una ocasión anterior, que estoy casi seguro de que usted no recordará.

—Estoy bastante seguro de que no nos conocemos —replicó Hermano.

—Sí, señor, estaba usted firmando libros en una tienda del Sunset Boulevard de Los Ángeles —dijo Lance Makioka—. Por entonces yo estaba con el presidente Reagan, después de que concluyera su mandato, y le pregunté a usted si tendría la amabilidad de firmar un libro para el presidente. Creo que usted se mostró escéptico y dijo: «Creía que el presidente Reagan sufría alzhéimer y ya no se dedicaba a leer novelas de espías de cuatrocientas páginas». Recuerdo sus palabras exactas, señor. Y yo le contesté: «Señor, a la señora Reagan también le gustaría tener su autógrafo», y entonces usted tuvo la amabilidad de firmar el libro.

Hermano se acordó. Incluso recordó que había sido allí donde había visto antes aquel traje azul, o uno parecido.

—Sospecho que no está usted aquí esta noche para que le firme ningún libro —dijo, relajándose sólo un poco.

—Ja, ja, no, señor —contestó Lance Makioka—. En aquella época de mi vida yo me dedicaba a la protección. Desde entonces he cambiado de trabajo.

—Y ahora su trabajo es entrar en casas ajenas —señaló Hermano. La ligereza macabra era su forma de disimular el elevado nivel de malos presagios, e incluso el miedo, que sentía.

Lance Makioka no se rio.

—En la actualidad protejo a América de forma distinta, señor. Por eso estoy aquí esta noche. Señor, me gustaría contarle una historia. ¿Puedo contarle una historia?

—Ahora me quiere usted quitar el trabajo —dijo Hermano, nuevamente en el papel de humorista aterrado.

—A modo de prólogo —contestó Lance Makioka sin sonreír—, ¿puedo preguntarle si le suena a usted de algo el nombre de Joe *el Ciego* Engressia, alias Joybubbles, ya difunto?

Hermano negó con la cabeza.

—En 1957 —dijo Lance Makioka—, un chico americano ciego de siete años descubrió accidentalmente que a base de silbar ciertas notas precisas por su teléfono, a ciertas frecuencias precisas, podía manipular el sistema. La primera nota que empleó de esa forma, si no recuerdo mal, era el cuarto mi por encima del do central, que tiene una frecuencia de 2.637,02 hercios. Así nació la práctica conocida como *phreaking* telefónico, muy relacionada con lo que más tarde se denominaría *hacking* informático, y en un momento dado la comunidad de practicantes del *phreaking* llegó a incluir a luminarias del calibre del empresario informático Steve Jobs. El pequeño Joe Engressia, cuando creció, se convirtió en leyenda en el seno de dicha comunidad. Sin embargo, señor, al final lo pillaron, cuando tenía unos diecinueve años, y tuvo que abandonar el

phreaking. Su vida posterior no se vio acompañada de mucho éxito. En un momento dado se cambió legalmente el nombre por Joybubbles y anunció que tenía cinco años y que estaba decidido a tener cinco años durante el resto de su vida. Falleció en 2007, a los cincuenta ocho años o a los cinco, como usted prefiera. La razón de que le cuente esto, señor, es que nosotros, es decir, las agencias pertinentes, deseábamos reclutar a Joe el Ciego en nuestra batalla contra el *hacking*, siguiendo el principio de «usar a un ladrón para atrapar a otro ladrón». Igual que Cary Grant en aquella película antigua de Hitchcock. Hay quien dice que estuvo trabajando una temporada para nosotros pero luego lo dejó. Si lo hubiera hecho, eso le habría representado ingresos seguros, asistencia sanitaria y pensión hasta el final. Pero ahí lo tiene usted. La gente toma sus decisiones.

—Pero ésta no es la historia que ha venido usted a contarme —dijo Hermano.

—No, señor. Ésta es una especie de fábula preliminar. A medida que yo avance, le verá usted el sentido como moraleja.

—Yo no soy ningún hacker ni nada parecido —dijo Hermano—. Ni telefónico ni informático. Para que conste en acta. Usted, en cambio, está claro que sí lo es —añadió señalando su iMac.

—¿Está usted familiarizado —preguntó Lance Makioka, sin hacer caso del comentario de Hermano— con la organización hacktivista clandestina que usa el nombre de Legión?

Aquello le sonaba de algo.

—¿Es algo parecido a Anonymous?

—Creemos que Anonymous ha entrado en una fase de decadencia posiblemente terminal —dijo Lance Makioka—. Legión estaba potencialmente en posición de reemplazarla, hasta que una serie de acciones recientes por nuestra parte *le han clavado un puñetazo enorme en toda la puñetera cara*. —Había subido dramáticamente la voz y ahora se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho, y por un momento su máscara de cortesía tranquila se vino abajo para revelar al hombre de acción que había debajo. Hermano se sorprendió a sí mismo pensando en James Bond.

—Todavía no tengo claro por qué todo esto es relevante para mí —dijo, y Lance Makioka asintió lentamente con la cabeza, admitiendo que había llegado el momento de ofrecer información significativa.

—El líder de Legión ha hecho una serie de vídeos de YouTube donde amenaza con varias formas de ciberintervenciones agresivas. En esos vídeos usa un dispositivo de alteración de la voz y lleva puesta una máscara que hemos identificado como un objeto promocional original del *revival* que se hizo en 2002 del musical de éxito *El hombre de La Mancha*.

—¿Llevaba una máscara de don Quijote? Vale, es raro, pero no establece ningún vínculo connigo. Don Quijote ha existido durante..., ¿cuánto? ¿Cuatrocientos años?

—Usaba el seudónimo Quix 97. ¿Le resulta significativo ese nombre?

—No. Sí. 1997 es el año en que nació mi hijo.

—Lamento informarlo —continuó Lance Makioka— de que la persona que se esconde tras la máscara de *El hombre de La Mancha* es, de hecho, su hijo. El hijo con el que perdió usted contacto, según tengo entendido.

—Oh, Dios mío —dijo Hermano.

—Su hijo, con quien al menos de puertas afuera usted ya no tiene contacto, ahora usa en su vida personal el nombre de Marcel DuChamp.

—¿En serio?

—Parece, señor, que de casta le viene al galgo.

Hermano se quedó callado.

—Cuénteme la historia —dijo luego.

Dio la impresión de que Lance Makioka iba a tomarse su tiempo para contarla.

—He estado leyendo sus libros, señor, incluyendo el que tiene en marcha en la actualidad —dijo—. No soy ningún crítico, señor, pero me da la impresión de que le está usted diciendo al lector que en la actualidad el surrealismo, o incluso el absurdo, constituyen las mejores herramientas para describir la realidad. Es un mensaje interesante, aunque a fin de entender varias partes de él es necesaria una suspensión considerable de la incredulidad. Ese hijo imaginario, por ejemplo. Sancho. ¿Cómo se le ocurrió a usted esa idea?

—Doy por sentado que va a contestar usted mismo la pregunta —repuso Hermano, ahora con expresión lúgubre.

—Si el personaje del viejo chiflado se basa en usted —dijo Lance Makioka—, y no lo digo con intención de faltarle al respeto, sólo estoy intentando descifrar su forma de comunicarse... De eso podría deducirse, y corrijame si me equivoco, que igual que al señor Quijote lo acompaña su hijo fantasma Sancho, también usted se encuentra en contacto con ese hijo del que en apariencia se distanció. Y que él está usando, como he mencionado, una iconografía muy parecida a la que emplea usted.

—No puede deducirse —replicó Hermano—. Es una coincidencia.

—Bien, bien, gracias por aclararme eso. Admitirá usted que es una conclusión perdonable, en cualquier caso. Pero me intriga más la idea de la señorita a la que ama el anciano caballero. En su historia. ¿Quién podría ser su modelo?

—No tiene modelo.

—¿No hay ninguna mujer de la que usted esté enamorado?

—¿Me está interrogando? ¿Soy sospechoso de algo? Porque quizá debería llamar a un abogado. Confío en que me lo permita. Tal como ha señalado usted, esto todavía es América.

—Señor, le aseguro que en la actualidad no es usted sospechoso en ninguna investigación que yo conozca. Esto no es más que una charla amistosa.

—Entonces, haga el favor de decirme usted lo que ha venido a decirme.

—Pero sí que hay una mujer en su vida en la que usted está pensando, y corrijame si me equivoco. Una mujer, si no ando desencaminado, que en la actualidad reside en el extranjero.

—¿Por qué me está haciendo usted preguntas cuyas respuestas ya sabe?

—Una mujer que se distanció de usted, igual que su hijo —reflexionó Lance Makioka—. Dos miembros de su familia. ¿Alguna vez se pregunta por qué la gente que tiene más cerca se distancia con tanta frecuencia de usted? Seguro que sí. Es escritor, así que sin duda se enorgullece de practicar la introspección. Seguro que conoce usted el dicho socrático de que no vale la pena vivir una vida sin introspección.

—Ha venido usted a insultarme.

—Al contrario, señor —dijo Lance Makioka, pasando al modo disculpa—. He venido a contarle una historia.

—Y de momento todavía no me la ha contado.

—La mujer distanciada de usted que vive en el extranjero —prosiguió Lance Makioka, como si estuviera acordándose de algo—. ¿Cuánto sabe de su estado actual?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Cuál es su estado?

—Debería haber dicho «situación» —se corrigió Lance Makioka—. De su situación actual.

—Menos que usted, está claro. ¿Es de eso de lo que trata la historia?

—Y su hijo, Marcel DuChamp, ¿está seguro de que no ha tenido contacto con él?

Hermano no contestó. Lance Makioka asintió lentamente con la cabeza, se levantó de su silla y juntó las manos a la altura de la cintura en posición de elocuencia.

—Contarle una historia a un narrador profesional es algo que intimida, señor —dijo Lance Makioka—. Casi da vergüenza. Permítame que ponga en orden mis pensamientos.

En la ciudad de Mumbai (21.300.000 hab.), en el Rustom Baug del distrito de Byculla, delante justo del hospital de Masina, en un salón enorme y de techos altos de una antigua y ruinosa mansión parsi cuya lenta decadencia era presenciada por varias higueras de Bengala solemnemente vigilantes, dos fotógrafos bien conocidos habían instalado nada menos que la carlinga de un Boeing 747 y la habían rodeado de equipamiento de simulación de vuelo de última generación, incluyendo pantallas de vídeo en las que se podía proyectar una amplia gama de aeropuertos internacionales, de manera que tanto ellos como sus invitados, con la ayuda de un amigo que era precisamente piloto de aviones comerciales jumbo, podían practicar aterrizajes y despegues. Aquella excentricidad era popular en su círculo, pero los rumores de lo que estaban haciendo habían llegado a la embajada americana de Delhi, lo cual había causado fruncimientos de ceños y rascamientos de cabezas en dicha embajada, como resultado de los cuales una bonita tarde llegó a las puertas de la vieja y ruinosa mansión parsi, preguntando por los dueños/residentes, un caballero japonés-americano con traje azul marino, un hombre de figura imponente, quizá de metro noventa o metro noventa y cinco de altura, y que debía de pesar..., ¿cuánto? ¿Ciento veinte o ciento veinticinco kilos? El hombre se presentó ante los dos fotógrafos como Trip Mizoguchi y les dijo que el embajador les agradecería que contestaran a unas cuantas preguntas. Entendiendo al instante que estaban en presencia del servicio de inteligencia de Estados Unidos, ellos se prestaron de inmediato a contestarlas.

Habían comprado la carlinga de un viejo 747 retirado del servicio y la habían instalado en aquella finca, ¿correcto?

Correcto.

También habían adquirido programas informáticos y equipamiento auxiliar para crear un sistema avanzado de simulación de vuelo, ¿correcto?

Correcto.

Y utilizaban esos materiales puramente para divertirse ellos y sus asociados, ¿correcto?

Correcto.

Y había programada una de aquellas sesiones para aquella misma noche, ¿verdad que sí?

Verdad.

¿Tenían alguna objeción al hecho de que él, Trip Mizoguchi, estuviera presente en dicha sesión?

Ninguna. Era totalmente bienvenido.

¿Entendían que hacía unos años alguien había estrellado esos aviones contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, y por consiguiente aquel elaborado y excéntrico pasatiempo privado podía resultarle sospechoso a cierta gente, y si, de hecho, se descubría que sus intenciones eran nefandas, ciertas personas quizá quisieran *clavarles un puñetazo enorme en toda la cara*?

Muy razonable. Sí, lo entendían perfectamente.

Después de que el señor Trip Mizoguchi abandonara la finca, con la promesa de regresar a la hora estipulada de aquella noche, los dos fotógrafos, cuyos teléfonos móviles, hay que admitirlo, estaban siendo monitorizados, telefonearon a las cuarenta modelos más preciosas de Mumbai y les dijeron: «Venid esta noche, por favor, hay una persona a la que nos gustaría que encandilarais». Cuando Trip Mizoguchi regresó ya sonaba la música y corrían las bebidas, y las cuarenta modelos más preciosas de Mumbai se dedicaron a decirle lo mucho que les gustaban los hombres de envergadura tan imponente, y lo mucho que les gustaba su traje, su pañuelo en el bolsillo, su corbata de Hermès, su mentón cuadrado, su sonrisa. Al terminarse la velada, Trip Mizoguchi les dio una palmada en la espalda a los dos fotógrafos y les dijo: «Está claro que sabéis montar fiestas. Avisadme la próxima vez que organicéis una. Vendré desde Delhi. Y no os preocupéis por nada. Ya puedo ver que sois de confianza. No os vamos a poner dificultad alguna». Y diciendo esto se marchó, y ni los dos fotógrafos ni las cuarenta modelos más preciosas de Mumbai se fijaron en que durante un momento de la velada Trip Mizoguchi había tenido una breve conversación con uno de los invitados, un tipo alto, flaco, con gafas y pinta de empollón con quien los dos fotógrafos habían trabado amistad en un club nocturno y al que habían invitado para que hiciera amigos. ¿Cómo se llamaba el chaval? A los dos fotógrafos les costaba acordarse. Se parecía al nombre de un artista famoso. Picabia o algo parecido. Pero quizá el joven Picabia no se lo hubiera pasado demasiado bien aquella noche, y quizá a Trip Mizoguchi lo hubieran transferido y no estuviera ya en la India. En cualquier caso, ninguno de ambos volvió a aparecer más por las *soirées* de los fotógrafos. Pero por lo menos Trip Mizoguchi resultó ser un hombre de palabra. No volvió a haber más interés por el simulador de vuelo.

—Quería asegurarme de que era el recurso que estábamos buscando —le dijo Lance Makioka a Hermano—. El señor Marcel DuChamp, identificado sin lugar a dudas por mí, el mismo que habíamos desenmascarado previamente como Quix 97. De eso se trataba. Nos importaban un carajo los simuladores de vuelo. Eran una excusa para entrar allí. En cuanto tuvimos identificado a Marcel, ya nos pusimos en marcha. Lo adquirimos aquella misma noche.

—Recurso —repitió Hermano—. Adquirimos.

—Correcto —dijo Lance Makioka.

—¿Mi hijo está vivo? ¿Le han hecho daño?

—Su estado de salud es excelente.

—Y usted, ¿cómo se llama de verdad? ¿Steve Sayonara? ¿Ricky Fujiyama? ¿Rock Mishima? ¿Y quién es en realidad?

—Me he enterado —dijo Lance Makioka— de que la madre de usted, acusándolo de secretismo, a veces le hacía esa misma pregunta.

—Se entera usted de mucho —replicó Hermano—. No tiene sentido preguntarle cómo ni dónde ni gracias a quién.

—Como gesto diseñado para fomentar la confianza —continuó Lance Makioka—, esta noche me reúno con usted usando mi nombre verdadero. Puedo enseñarle mi documento de identidad si lo desea, señor.

—Estoy seguro de que tiene muchos documentos de identidad.

Lance Makioka no contestó.

—¿Qué hizo usted con él después de «adquirirlo»? —exigió saber Hermano—. Con el «recurso». Con mi hijo. Estaba usted en suelo extranjero. ¿Qué les pareció a las autoridades indias que se produjera un secuestro americano en su territorio?

—No vimos ninguna necesidad de molestar a las autoridades indias, señor —contestó Lance Makioka—. El señor Marcel DuChamp es ciudadano americano, así que lo consideramos uno de los nuestros. Lo tenemos en un centro de internamiento seguro.

—¿En la India?

—En Estados Unidos.

—Oh, Dios mío —exclamó Hermano—. Es la trama de mi séptimo libro.

—*Extracción interior* —dijo Lance Makioka, aplaudiendo literalmente de satisfacción—. Confiaba en que reconociera usted el parecido. Somos todos grandes fans suyos.

En su séptima novela, Hermano había imaginado una historia en que el estado secreto americano necesitaba extraer a un recurso de un puerto seguro en un país neutral y llevarlo a suelo americano para interrogarlo.

—Si mi información es correcta, fue su libro más popular —dijo Lance Makioka—. He echado un vistazo a las cifras de ventas. Eran bastante impresionantes. Para ser usted.

—Esta historia que ha venido a contarme —dijo Hermano—, ¿hasta qué punto es un cuento de hadas?

—Es una buena historia —contestó Lance Makioka—. La escribió usted.

—Pero tienen a mi hijo. Y ahora quieren algo de mí.

—Y ahora es cuando le menciono por segunda vez a Joe el Ciego —dijo Lance Makioka—. Queremos que hable usted con Marcel DuChamp y lo invite a cambiar de bando. Lo mismo que quisimos hacer con Joe. Le ofrecemos un trato tipo «cazador furtivo se pasa a guardabosques». Una expresión que se remonta al siglo XIV, por lo que tengo entendido. Si acepta, tendrá comodidad financiera, seguro médico, pensión del gobierno, todo.

—¿Y por qué me va a hacer caso a mí? Llevamos años sin hablar.

—Usarlo a usted como mensajero añadirá un elemento de sorpresa. Él no se lo esperará, así que lo pillaré a contrapié. A partir de ahí ya es cosa suya. Imagino que su hijo tendrá dentro cierta cantidad de rabia hacia la sociedad, por supuesto, hacia el sistema corrupto, los peces gordos, la estructura de poder, sin duda. Pero sobre todo rabia hacia usted y quizá también un poco hacia su madre, y va a necesitar sacársela de dentro. El hecho de que aparezca ahí, cogiéndolo por sorpresa, como ya he dicho, lo ayudará a desahogarse. Y usted puede aguantarlo. Es su padre. Lo quiere de vuelta en su vida, de manera que le va a permitir que diga lo que sea que tiene que decir. Y en cuanto se haya desahogado, su hijo ya podrá oír el mensaje que usted le va a transmitir de nuestra parte. Y el mensaje es que, si se porta bien y hace lo correcto por su país, nosotros nos haremos cargo de él como es debido. En caso de que no, afrontará cargos de ciberterrorismo y nos aseguraremos de que se pase *el resto de su puta vida* en la bahía de Guantánamo. —De nuevo aquel repentino bramido culminante acompañado del puñetazo en la palma de la mano izquierda.

El agente llevaba un traje elegante y tenía modales corteses, pero debajo de todo aquello, el tipo desnudo que vestía toda aquella ropa tan cara era el individuo más escalofriante que Hermano había conocido nunca.

El mundo que había inventado Hermano se había hecho real. Había un Cadillac Escalade negro esperando delante de su edificio. Lance Makioka le sostuvo la portezuela abierta — portezuela trasera, lado más cercano— e invitó a Hermano a ocupar su asiento. Se aludió con gentileza al requisito de llevar los ojos vendados, y Hermano, que no tenía mucha elección, lo aceptó. Si hubiera sido un espía de verdad, pensó, habría sido capaz, incluso con los ojos vendados, de seguir los movimientos del vehículo y de saber, por lo menos, en qué dirección lo estaban llevando, hacia el este por la 495, por ejemplo, o hacia el norte pasando por el estadio y luego en dirección al norte del estado. Pero no tenía ni idea. Con los ojos vendados, experimentó un ligero mareo causado por la fusión de lo real y lo ficticio, de la visión paranoica y la real. Incluso el hijo con el que se iba a reunir le parecía de alguna manera ficticio. ¡Aquella máscara de *El hombre de La Mancha*! Como un Darth Vader de tienda de todo a un dólar que se hubiera escapado de la historia de Hermano y se hubiera pasado al lado oscuro. Aquella vida suya doblemente seudónima: Quix 97 y Marcel DuChamp. Su hijo se había vuelto un ser imaginario — ¡dos seres imaginarios!— a fuerza de voluntad. De la misma forma que Hermano había traído al mundo a Sancho, y luego Sancho se había otorgado a sí mismo *realidad y vida*. Aquellos nacimientos duplicados se replicaban entre ellos como ecos ensordecedores. Si le dijera a su hijo cuando lo viera: «Te he echado tanto de menos que he soñado con un viejo chiflado que da a luz mágicamente al hijo que nunca tuvo», ¿cómo reaccionaría Hijo? ¿Acaso le quedaba algún amor que pudiera llevarlo a comportarse afectuosamente? ¿Acaso había alguna posibilidad de reconciliación? Distanciamientos, reconciliaciones..., regresaba aquella unión mareante de lo real y lo imaginario. Un espectador que leyera las dos historias podría incluso, en un momento dado, llegar a la conclusión de que eran ambas ficticias, de que Hermano, Hermana e Hijo eran producto de la imaginación en la misma medida que Salma y Sancho. De que la vida del Autor era igual de falsa que su libro.

Viajaron durante dos horas, o por lo menos a Hermano le parecieron dos horas, y durante todo el trayecto el caballero japonés-americano se dedicó a hablarle en tono suave y coloquial, poniéndolo al corriente de la situación. Se había reunido y se estaba ampliando un equipo de ciberguerreros con talento de genios para combatir la avalancha creciente de ciberataques que llevaban viniendo de Rusia y de Corea del Norte y de sus representantes desde los primeros días de los robos de identidad de CarderPlanet hasta el asalto frontal de Guccifer 2.0. El actual líder del grupo, que llevaba el nombre en clave de Anthill, era un genio del *hacking* búlgaro que se había entregado al FBI hacía dos décadas y los había ayudado a montar la contraofensiva. Se hacía llamar Hristo Dimitárov, pero se trataba de un nombre de guerra construido a partir de los nombres de dos célebres futbolistas húngaros: Stoichkov y Berbátov. Anthill se había construido de forma lenta pero segura, y casi todos sus miembros eran hackers que habían cambiado de bando.

—Todos entienden —dijo el caballero japonés-americano— que ésta es la Tercera Guerra Mundial, y que el futuro del mundo libre, de las redes sociales no manipuladas y de las elecciones no amañadas, de la verdad y de la ley y de la democracia y de la libertad tal como entendemos nosotros esas palabras, depende de que la ganemos. Dígame esto a su hijo. Sospecho que es un

patriota. Puede que ahora mismo esté equivocado, pero debajo de la máscara es un patriota. Tampoco se me escapa que ha elegido la identidad del personaje ficticio del que derivamos la palabra *quijotesco*. Es un idealista. Ahora mismo está cargando en la dirección equivocada, digamos contra un molino, pero se lo puede hacer girar. En el mundo hay gigantes contra los que puede luchar.

La ciberguerra era el ataque a la verdad por parte de las mentiras. Era la contaminación de lo real por parte de lo irreal, de la verdad por parte de la ficción. Era la erosión y la devaluación del intelecto empírico y su sustitución por las confirmaciones de unos prejuicios previos. ¿En qué se distinguía eso de lo que hacía él, se preguntó Hermano, en qué se distinguía de las ficciones que él creaba y que ahora lo estaban atrapando? La diferencia era que él no estaba intentando derrocar la civilización occidental, por supuesto. Era una pequeña diferencia. Y tampoco estaba intentando confundir a nadie más que a sí mismo.

Cuando le quitaron la venda de los ojos, Hermano se encontró a sí mismo en una estructura baja y anónima rodeada de colinas densamente arboladas. La arquitectura contemporánea resultaba confusa. Él se había esperado una casa de madera con tejas, característica de la región. Aquella edificación de cemento y cristal no pertenecía a ningún sitio, de forma que podría estar en cualquier parte. En aquel sentido la casa era como él, pensó Hermano. Él tampoco pertenecía a ningún sitio. El caballero japonés-americano lo llevó a una sala de estar cómodamente amueblada, con sofás y sillones tapizados con tela floreada. Había una mesa de billar y una diana para dardos, tableros de backgammon y ajedrez. No veía ninguna piscina, pero pensó que debía de haber una en la parte de atrás. Aquello no parecía una cárcel, le dijo Hermano al agente del traje azul.

—Claro que no —fue la respuesta—. Estamos aquí para hacer amigos.

Se abrió una puerta y entró Hijo en la sala. Cuando vio a su padre allí sentado, se puso tenso.

—También te han trincado a ti —dijo. No era una pregunta.

—No —repuso Hermano—. Estoy aquí por decisión propia.

—Claro, claro —contestó Hijo—. Veo que ya has conocido al señor Trip Mizoguchi. Es un gran creyente en las decisiones libres.

—Trip me ha dicho que se llama Lance Makioka —dijo Hermano.

Al oír aquello, el caballero japonés-americano intervino.

—A fin de zanjar esta cuestión —dijo—, aquí tienen mi documento de identidad de Langley. Como pueden ver, el nombre impreso en él no es un nombre de trabajo. Es mi nombre personal. Agente Kyle Kagemusha.

—Y ése es otro gesto diseñado para fomentar la confianza —señaló Hermano.

—Exacto.

—Pues mira qué bien —comentó Hijo.

—Los dejo que hablen de sus cosas, caballeros —dijo el recién rebautizado agente Kyle Kagemusha—. Estoy seguro de que tienen muchas cosas que contarse. Bienvenido a Anthill, Quix 97. Tenemos muchas ganas de tenerte en el equipo.

—¿Por qué estás aquí? —dijo Hijo—. No sabes quién soy. No lo has sabido nunca.

—Tienes razón —contestó Hermano—. No somos precisamente una familia, ¿verdad? Pero hay algo que no sabes de la paternidad. Lo más importante de ella es estar presente.

—Es una locura que hayas venido —comentó Hijo—. Estás metido en un fregado tan enorme que no tienes ni idea de cuánto.

—Estamos metidos los dos —puntualizó Hermano.

El agente Kagemusha tenía razón. Al principio no salían las palabras, pero enseguida empezaron a salir en forma de tromba incontenible, como el vapor de una tubería rota. Una de las razones por las cuales Hijo quería atacar a su padre era por pertenecer a la gran diáspora india. Hijo había ido a la India a descubrir la autenticidad. Sólo los indios de la India podían llamarse auténticos. La diáspora estaba plagada de indios falsos, de gente que llevaba tanto tiempo desarraigada que se les estaban muriendo las almas de sed, de gente que no sabía qué idioma hablar ni a qué dioses venerar, de gente que compraba patéticamente arte indio para poder colgar su identidad de sus paredes (¿acaso el chaval sabía que cuando decía aquello estaba repitiendo la misma diatriba que soltaba Hermano acerca de su padrastro?). De gente, siguió diciendo, que volaba a la India dos semanas por Año Nuevo y asistía a unas cuantas bodas y comía dulces y bailaba en la noche de neón y se creía que ya había rellenado los depósitos de la India y podía volver a la falsedad durante las cincuenta semanas siguientes. Había aprendido el término indio 420, que no tenía nada que ver con fumar hierba, sino que significaba «fraudulento» o «fraude». *Charsobeece*, dijo en hindi con acento imperfecto pero agresivo.

—Sois todos *charsobeeeces*. Y por cierto, tus libros no le gustan a nadie.

—Si no se puede cambiar el sistema, hay que destruirlo —dijo Hermano.

El segundo día Hijo se vino abajo de golpe y se echó a llorar, convertido en un muchacho otra vez y despojado de todas sus máscaras. Dejó que su padre lo abrazara.

—Estábamos muy cerca de conseguirlo —señaló—. Muy cerca.

Hermano empezó a hablarle de Anthill, de combatir al verdadero enemigo y de servir al bien común. No le costó mucho. Unos días. Era un buen chico. Quijotesco, sí. Entendió el mensaje deprisa. Y no quería ir a la cárcel.

Cuando Hermano se despidió de Hijo, sabía que tardarían mucho tiempo en volver a verse. Pero ahora ya no pasaba nada. Estaban bien. Mientras salía, decidió hacerle una última pregunta:

—Ah, por cierto. ¿Marcel DuChamp?

Hijo sonrió.

—Supongo que era mi manera de decir: «Te quiero, papá».

Él se volvió para marcharse, con el corazón lleno de dicha. Hijo lo llamó:

—¿Papá?

—¿Sí?

—No se lo digas a mamá.

Volvieron a ponerle la venda en el Escalade. En el trayecto de vuelta a la ciudad, el agente Kagemusha le ofreció unas últimas palabras.

—Quiero darle las gracias por su servicio —dijo—. Y también quiero ser sincero con usted. Ahora sabe mucho, algunos dirían que demasiado. Pero nosotros somos los buenos. No organizamos las cosas para que a la gente la atropelle un camión. De forma que lo estaremos vigilando. Estamos en su teléfono, en su ordenador, en cada llamada y en cada tecla que pulse. No intente esconderse de nosotros. No nos lo tomaríamos bien. Le estamos agradecidos por su ayuda y ahora necesitamos que guarde silencio. No nos decepcione yéndose de la lengua. Odiamos las decepciones.

—Hablar de forma irresponsable cuesta vidas —repuso Hermano—. Y es bueno saber que son ustedes los buenos.

—Así me gusta —dijo el agente Kagemusha—. Chico listo.

Cuando le quitaron la venda de los ojos volvía a estar delante de su edificio.

—Una cosa más —dijo—. Soy aficionado al cine clásico.

—Sí, señor. A mí también me gusta ver películas antiguas.

—*Kagemusha*. He visto esa película. Significa «guerrero de la sombra».

El agente no dijo nada, pero las ventanillas tintadas del Escalade empezaron a subir.

—Gracias —dijo Hermano—, por el gesto diseñado para fomentar la confianza.

CAPÍTULO 15

Acerca de Hermana y la cosa imperdonable

El restaurante que había debajo del dúplex de Hermana en Notting Hill se llamaba Sancho en honor a Ignatius Sancho, «el negro extraordinario», nacido en una embarcación de esclavos en (aproximadamente) 1729, esclavo fugitivo a quien se había concedido la libertad en Inglaterra, un Sancho que había trabajado para varios millores ingleses, pero que no había tenido intención de recorrer mundo al servicio de ningún caballero: compositor, dramaturgo, polemista, prolífico escritor de ensayos-cartas a la prensa, autor de *Teoría de la música*, verdulero, la primera persona de origen africano que había votado en unas elecciones británicas, y, junto con Ottobah Cugoano y Olaudah Equiano, uno de los primeros cronistas británicos negros de la esclavitud y activistas contra ella, retratado por Gainsborough, admirado por Laurence Sterne y hombre que ciertamente no habría sido consumidor habitual del pollo con especias, aquí y bacalao y la cerveza suave Red Stripe que se ofrecía en el restaurante temático jamaicano que ahora llevaba su nombre (aunque quizá hubiera probado el calalú africano). Ni tampoco era probable, pensó Hermana, que hubiera aprobado la machacona música de baile que había empezado a surgir del sótano de debajo del restaurante, cuyos propietarios habían decidido recientemente apuntarse a una onda más de club de baile y mandar al carajo el descanso de todos los niños de los vecinos. La calle se había llenado de borrachos montándose y peleándose hasta las tres de la madrugada. Costaba imaginar a Ignatius Sancho como devoto de la música disco. A fin de cuentas, se trataba de un hombre que se había puesto del lado de los británicos contra la revolución americana. Era un hombre conservador.

La asociación de vecinos pidió ayuda a Hermana. Ella aceptó liderar la discusión, intentó reunirse con los dueños del restaurante y sólo oyó banalidades de ellos. Ofreció propuestas de compromiso, sugiriendo niveles de decibelios aceptables y un horario más corto para la discoteca. Habló con la oficina del distrito y les pidió que intervinieran para establecer regulaciones apropiadas y para que luego las hicieran cumplir. Señaló que el Sancho tenía licencia de restaurante, no de discoteca, y que por tanto estaba violando sus responsabilidades legales. Sólo cuando se hubieron explorado todas aquellas vías de forma insatisfactoria se mostró de acuerdo, con reticencia extrema, en que había que demandar al restaurante y a la empresa de la que era subsidiario.

Nada más empezar el pleito, los dueños del restaurante la acusaron de racismo.

Las redes sociales no tenían memoria. Les bastaba con el escándalo del momento. Fue como si el compromiso de toda la vida de Hermana con el antirracismo no hubiera existido nunca. Diversas personas que se autodenominaban líderes de la comunidad se mostraron dispuestas a denunciarla, como si la música de madrugada fuera un aspecto inalienable de la cultura afrocaribeña y cualquier crítica que se le hiciera tuviera que estar movida por los prejuicios, o

como si nadie se diera cuenta —o a nadie le importara— de que la mayoría de los jóvenes que bebían, se lo montaban y se peleaban de noche eran adinerados y blancos. Alguien abrió una página de Facebook que protestaba por el nombramiento vitalicio de Hermana para la Cámara de los Lores —ahora era baronesa—, y por los rumores que la ponían en cabeza de la carrera para el puesto pronto vacante de presidente de la Cámara Alta. La protesta juntó 113.686 firmas durante el primer día. Empezó a recibir mensajes de odio y hasta amenazas. Y por supuesto, hubo consecuencias políticas. La ya frágil alianza entre izquierda y derecha que se había forjado para ofrecerle la oportunidad de elevarla al Sillón de Lana, donde los presidentes de la Cámara de los Lores se habían sentado desde tiempos de Eduardo III, titubeó y se rompió. Le dieron a entender, a la manera británica, que había gente que estaba experimentando cierto grado de vergüenza en relación con las alegaciones contra ella —¡casi ciertamente falsas!, ¡y muy injustas!—, y que en consecuencia se estaba replanteando las cosas. Ella decidió su respuesta más o menos al instante. Llamó a su colega la otra baronesa y retiró su candidatura.

—Gracias por tu apoyo, Aretta, pero no hace falta que nadie se avergüence de mí. No me muero de ganas de sentarme en ese sillón.

El telar de la vida estaba roto, pensó, ese telar en el que tejemos el tapiz de nuestros días usando hilos familiares. El trabajo, la amistad, la salud, los hijos, la familia, el amor. ¡Y sí, la comunidad, por el amor de Dios, sí! Y la raza, y la historia, y la lucha, y la memoria. Sí a todo aquello. Todo aquello estaba en el corazón de la urdimbre. Uno tejía lo mejor que podía con los talentos que tenía, armándose —con suerte— de la humildad que le había faltado a Aracne cuando había desafiado a Atenea y había insultado a los dioses. (Sin embargo, si era cierto que el tapiz de Aracne —que mostraba cómo los dioses habían maltratado a los humanos, sobre todo Zeus con todas sus violaciones— era superior al de Atenea, entonces ella estaba a favor de Aracne, y la vengativa Atenea, que convertía en araña a su oponente, no salía muy bien parada de la historia.) Ahora, en cambio, reinaba la discontinuidad. El ayer no significaba nada y no podía ayudarte a construir el mañana. La vida se había convertido en una serie de fotografías efímeras que se posteaban a diario y desaparecían al día siguiente. Ya no teníamos relato. El personaje, la narración, la historia, todo estaba muerto. Sólo existía la caricatura plana del instante, y a uno lo juzgaban en base a ella. Era triste haber vivido lo bastante para presenciar cómo la profundidad de la cultura del mundo que ella había elegido era reemplazada por sus superficies.

La ley acudió en su rescate igual que siempre, tal como ella siempre había confiado. Dentro de las paredes de aquellos juzgados carentes de importancia, durante aquel caso extremadamente nimio sobre contención de ruido, sobrevivieron ciertos valores antiguos. Se presentaron evidencias. Hubo datos que no eran las meras afirmaciones de las intolerancias rivales. Hubo verdad. Quiero vivir y morir aquí, pensó ella. Éste es mi verdadero hogar. Ganó el caso con facilidad. Los propietarios del restaurante se vieron obligados a disculparse en sesión abierta del tribunal por haber violado los términos de su licencia de operaciones y por las insinuaciones difamatorias sobre Hermana. De la noche a la mañana, el ejército de troles se esfumó y la cultura sin memoria, que ahora era toda la cultura, se olvidó al instante de cómo había calumniado a una mujer inocente y pasó a otra cosa. La calle se tranquilizó. Los fiesteros de madrugada se fueron a otra parte a molestar a otra gente, a otros niños que intentaban dormir. Se reanudó lo que últimamente pasaba por vida normal. Hermana estaba acostumbrada a los golpes bajos de la litigación, y se dijo a sí misma que aquellas magulladuras también se marcharían.

Sólo ahora, al escampar la niebla de la batalla y retirarse los ejércitos, pudo ver que las víctimas con heridas reales del conflicto habían sido su marido y su hija. Godfrey Simons se sentaba en su asiento del Tribunal Supremo y el mundo entero le pasaba por delante y él emitía su veredicto y luego llegaba a casa y se ponía un vestido largo y se bebía una copa de *rouge* Bandol y se convertía en Jack, su Jack. Pero el hecho de que hubieran arrastrado a su mujer por el fango de aquella manera lo había llenado de una rabia que no se dejaba aplacar.

—Es imperdonable, Jack —dijo—. Estamos regresando al gobierno de la turba. Al linchamiento, a la empalizada donde a la gente le tiraban fruta, a la hoguera pública.

—Tranquilízate, Jack —le dijo ella—. Dentro de nada estarás hablando de caza de brujas. La noche antes del juicio estaban poniendo una canción, seguro que tú también pudiste oírla desde tu habitación. Es posible que no la oyera bien, pero me pareció que decía: «Luché contra la ley y la ley ganó». ¿Dice así la canción? Porque eso es lo que ha pasado aquí. Que ha ganado la ley.

—Eso no es lo único que ha pasado. Lo que te han hecho a ti es imperdonable.

Hija, de veintitantos años y estrella emergente del mundo de la moda, dueña de un *showroom/atelier* en un callejón cercano y provista de una clientela cada vez más grande de bellezas flacas, resplandecientes y muy fotografiadas que ansiaban que las vistiera, estaba presente también, y se mostró de acuerdo.

—Sí que es una canción —dijo—. Pero no hay excusa para lo que te ha pasado. Yo tampoco los voy a perdonar.

—Tranquilizaos los dos —pidió Hermana—. Voy a sobrevivir.

No renovó su interés en el cargo de la Cámara de los Lores, aunque hubo nuevos intentos de persuadirla, acompañados de obsequiosas expresiones de arrepentimiento que ella entendió que eran insinceras y calculadoras, igual que todas las disculpas políticas. La verdad era que se sentía aliviada de no tener que asumir aquel nuevo y pesado cargo cuando había cuestiones más personales que requerían su atención. «Cosas más personales.» ¡Ja! Se había vuelto más británica que los británicos. No era momento para eufemismos ni sutilezas. Tenía que tratar con la cuestión de su salud. En breve, de si iba a vivir el tiempo suficiente para poder asumir cualquier cargo en lo que fuera. Para no andarse con rodeos: de la posibilidad, rayana en la probabilidad, de la muerte.

Ya había derrotado un cáncer al que no debería haber sobrevivido. Cuando todavía era relativamente joven y, según los demás, atractiva, le habían diagnosticado un cáncer de mama en fase IV que ya se le había extendido a los ganglios linfáticos. A pesar del pronóstico muy negro para los pacientes en su situación, había sobrevivido. La doble mastectomía no había sido la única mutilación. El tratamiento también había requerido que le extrajeran parte de una axila y parte de los músculos de la pared torácica, además de aplicarle una quimioterapia que la había debilitado enormemente. Aunque la cura había sido un éxito total, y la habían declarado en remisión completa, ella había dado por sentado que después de aquello ningún hombre la desearía y que viviría sola en una especie de remisión no sólo de la muerte, sino también de la vida; que le habían conmutado la sentencia de muerte por otra de cadena perpetua, y que la soledad sería su destino, junto con la culpa, que experimentaban habitualmente quienes sufrían cáncer, de haberse provocado la enfermedad a sí misma con las decisiones que había tomado en la vida. Quizá fuera el castigo de las Parcas por la forma en que había abandonado a Pintor Mayor de Cara Triste, que, de acuerdo con algunas lenguas viperinas, había contribuido a llevarlo a la tumba. Luego había

conocido a Jack y él la había amado a pesar de todo. A continuación habían venido los milagros múltiples del amor, el matrimonio, una carrera brillante y la felicidad. El nacimiento de una criatura sana, Hija, era el mayor milagro de todos. Había dado por sentado que la quimioterapia la habría dejado estéril, pero su útero había pensado distinto.

Ahora que ya no era joven temía que hubiera regresado una sombra. La mayoría de las mañanas se despertaba con una sensación de horror inminente. Luego se decía que no fuera tonta, que estaba libre de síntomas y que todo iba bien. Y después se decía: «Si tan preocupada estás, ve a hacerte un chequeo completo». Pero le daba demasiado miedo. El caso Sancho le había resultado casi una feliz distracción. Ahora que se había terminado, los ángeles que tenía en los hombros le empezaron a susurrar otra vez. «Estás bien», le decía el ángel izquierdo. «Ve a hacerte un chequeo», le decía el derecho. Ella no hacía caso de ninguno de ambos y se iba a trabajar, volvía a su barrio, pasaba por el *showroom* de Hija para mirar las cosas preciosas que estaba creando su niña y para contarse chismes de la jornada con ella, llegaba a casa, se bebía una copa de vino con Jack y su vestido rojo, o su vestido verde o azul, y se decía a sí misma que estaba viviendo los mejores días de su vida. Pero seguía sintiéndola: la sombra en su sangre.

«No me estoy muriendo —decía—. Y voy a sobrevivir.» Confiaba en que aquello no fuera un exceso peligroso de confianza, una hubris. Quizá debería haber cruzado los dedos para darse suerte cuando estaba derrotando al ángel exterminador. Había noches en que soñaba con que Némesis iba a por ella en una cuadriga tirada por grifos y blandiendo su látigo castigador.

Y luego estaba el otro asunto que nunca desaparecía del todo. Hermano. La bofetada en la oreja, la acusación, la amenaza. Cada vez que salía su nombre a la conversación, salía también el tema de su imperdonabilidad, de si realmente su hermano era imperdonable, y/o ella se negaba a perdonarlo. Ahora que Jack e Hija estaban hablando de otras cuestiones imperdonables, sus pensamientos regresaban una vez más a su hermano perdido, con quien Hija, que tan implacablemente inclemente se había mostrado en su furia hacia la forma en que se había tratado a su madre, quería que Hermana hiciera las paces de una vez. Hija incluso había comprado un ejemplar de bolsillo de la novela de Hermano *Extracción interior* (barato, en la tienda de segunda mano de Notting Hill Gate) y había animado a Hermana a que lo leyera: «Unos agentes de la CIA van a un país asiático que no se nombra (¿quizá Pakistán?) para secuestrar a un hombre. Puede que sea inocente o puede que sea el hijo de Osama Bin Laden o de algún otro terrorista. No se sabe hasta la última página. Es supercontemporáneo. Deberías leerlo».

Ser su hermana también le parecía una especie de condena a perpetuidad.

El día en que Hermana recibió la mala noticia, Hija estaba intentando imaginarse a sí misma como máscara. En su siguiente desfile de moda, estaba pensando, habría modelos con toda clase de máscaras puestas: máscaras de animales, como por ejemplo ciervos con astas, leonas, osas rugientes; máscaras caribeñas que eran todo plumas y lentejuelas; máscaras venecianas de la comedia del arte pintadas a mano —Arlequín, Pantaleón, capitán Scaramouche—, máscaras de hombre, todas habitadas, conquistadas, transformadas por las chicas más altas y hermosas que había podido contratar. Si tenía el atelier en plena ruta del carnaval no podía evitar pensar en máscaras. Alguien le había traído una grabación antigua, en formato VHS transferido a CD, de la producción que había hecho en 1980 el National Theatre de la *Orestíada* de Esquilo en la que el

reparto entero llevaba máscaras durante toda la obra. El visionado de las cuatro horas y media de la trilogía le había mostrado la verdad de algo que había oído pero no había presenciado nunca: las máscaras actuaban. Las máscaras se volvían humanas y eran capaces de expresar todas las grandes emociones de la tragedia. Las máscaras vivían. Eso era lo que quería conseguir en los veinte minutos que duraba un desfile de moda. Era imposible, pero lo imposible era lo único que valía la pena intentar. Estaba dibujando máscaras para sí misma. ¿Cuál sería la máscara en que ella se convertiría, la máscara que se convertiría en ella?

—Echa un vistazo a esto —le dijo su asistente Ornella. «Esto» era una serie de vídeos de YouTube, la primera serie colgada por los hacktivistas de Anonymous, donde aparecían hombres (¿y mujeres?) con máscaras de Guy Fawkes, sacadas de la novela gráfica *V de Vendetta* y de la adaptación al cine de los Wachowski. La segunda era un vídeo del grupo rival Legión, un discurso en plan busto parlante de un hombre que usaba un artilugio para alterar su voz y llevaba una máscara de don Quijote, un artículo promocional original de la producción que se había hecho en la época en Broadway.

—Qué poco originales los dos —comentó Hija—. Quizá deberíamos intentar ponernos en contacto con ellos. Yo les podría hacer indumentaria mucho más molona.

—He oído que Legión se han separado —le dijo Ornella—. Y que últimamente Anonymous está colgando mensajes estúpidos sobre las visitas de los extraterrestres a la Tierra, diciendo que ya están aquí y que caminan entre nosotros.

—Mierda, nos han descubierto —dijo Hija, y añadió con voz de *dalek*—: Somos los extraterrestres que buscáis.

La verdad era que ya llevaba un disfraz, y que todos los días llevaba a cabo una farsa de competencia risueña, mientras que en secreto estaba llena de dolor y de miedo. Acababa de pasar por una ruptura con su amante y socio profesional, un hombre mayor, aristócrata polaco y astuto empresario cuya adicción a la cocaína se había vuelto un problema. De manera que se había quedado sola, buscando a alguien que se ocupara del lado empresarial de las cosas, intentando hacerlo todo ella sola, sufriendo un poco de pánico, viviendo su tristeza en soledad y sintiendo que estaba a punto de perder la salud. «Sí —pensó—. No me hace falta máscara. Ya soy la máscara de mí misma.»

—Necesito tomar el aire —le dijo a Ornella—. No tardo. Te quedas a cargo de todo.

Caminó por las calles de fachadas de estucado, algunas blancas, otras pintadas de colores vivos, pasando por aquella iglesia que había sido bombardeada en el Blitz y reconstruida después de la guerra, y llegó a casa de su madre, que estaría vacía a aquella hora. Su madre y el juez estarían trabajando y la doncella se habría marchado. Hija tenía llave y entró pasando por delante de los seguratas que había delante de Sancho, que la miraron con cara de pocos amigos. No era de extrañar que hubiera un residuo de resentimiento por el resultado del reciente enfrentamiento en los tribunales. No respondió a las malas caras y subió al piso de arriba.

Más tarde juraría que no había tenido intención de hacer lo que hizo entonces, que sólo había querido un sitio tranquilo donde pasar un rato, lejos de la atmósfera de olla a presión de su lugar de trabajo. Sea como fuere, en un momento dado de la tarde, entró en el despacho que Hermana tenía en el piso de arriba del dúplex, se sentó frente a su ordenador, introdujo la contraseña, que conocía, y redactó un e-mail de parte de su madre a su tío en Nueva York.

Uno de nosotros tiene que empezar, y quizá no estés seguro de cómo serías recibido por este lado, o bien quizá estés demasiado ocupado con tus cosas, o simplemente no tengas intención de renovar este contacto tanto tiempo abandonado, de manera que voy a dar yo el primer paso, usando la antigua notación descriptiva. 1. P-R4.

«Enviar.»

En cuanto terminó de hacerlo sintió una ráfaga de terror delicioso. ¿Qué había puesto en marcha? ¿Qué pensaría su madre? ¿Cómo reaccionaría su tío a lo que obviamente pensaría que era un mensaje de Hermana, y no de la entrometida de su Hija? ¿Acaso contestaría, o bien aquel gesto suyo radical, entrometido y rayano en la deshonestidad, sería en vano? ¿Un movimiento en falso?

«Aquí estoy, enmascarada otra vez», pensó. Se quedó sentada mirando la pantalla una hora, noventa minutos, dos horas. Hermana y el juez llegarían pronto a casa. Se limitaría a apagar el ordenador, marcharse y explicárselo más tarde a su madre. O quizá esperaría allí y agarraría el toro por los cuernos.

Ping.

Había un mensaje en la bandeja de entrada. Hermano había contestado. El corazón le dio un vuelco.

1... P-R4.

Le tocaba mover a ella.

Una llave giró en la cerradura. Hija se levantó de un salto y fue a mirar, y allí, en la planta baja, estaba su madre, en casa, con un papel en la mano y mirándola con una expresión que Hija no le había visto nunca. «Me ha pillado —pensó—. Pero ¿cómo es posible? No lo sé, pero lo sabe y está furiosa.»

—Ven aquí abajo —le dijo su madre—. Tengo que decirte una cosa.

—Debo hacer una confesión —contestó Hija.

—Ven abajo —repitió su madre—. Puedes empezar tú.

Así que Hija empezó, y cuando le contó a su madre lo de los movimientos de ajedrez, Hermana perdió su autocontrol de costumbre y rompió a llorar. El estoicismo de Hermana era bien conocido. Poca gente la había visto llorar. A Hija la asombraron aquellos sollozos enormes que le estaban sacudiendo los hombros, intensificando enormemente su culpa, y las lágrimas de su madre se vieron reflejadas en las suyas. Al cabo de unos momentos, Hermana respiró hondo varias veces y, riendo amargamente mientras lloraba un poco más, dijo:

—Cariño, ni siquiera sabes por qué estoy llorando.

De hecho, se había alegrado inmediatamente al oír la noticia sobre Hermano; ya había decidido que iba a contestar y tenía claro cuál sería su movimiento siguiente en la apertura ajedrecística. La iniciativa de Hija había abierto una posibilidad de curación que parecía una renovación de la vida. Pero también era el día en que un análisis rutinario de sangre había arrojado un resultado que era todo menos rutinario. Hermana había tenido razón acerca de la sombra interior. El contraste entre la noticia de la reentrada de Hermano en su historia y el diagnóstico de su enfermedad potencialmente mortal, que parecía probable que fuera a poner fin a aquella historia, le había resultado insoportable. Le dio el papel a su hija y, mientras Hija lo leía,

sus lágrimas dejaron paso al shock sin lágrimas y al miedo. Sintió que acababa de abrirse entre ellas una tumba en el suelo de roble pulido y que de aquel abismo había salido una mano y había agarrado a su madre del tobillo.

—Anímate. No significa que me vaya a morir mañana —dijo Hermana—. Hay tratamiento. En algunos casos, el tratamiento consigue que la gente viva hasta el final de sus vidas naturales. Y pienso yo: ¿por qué no voy a ser una de esas personas?

Había llegado el juez sin que ninguna de las mujeres lo viera. Ahora caminó hasta Hija y le cogió el papel de la mano.

—Si te mueres ahora, Jack —le dijo a su mujer—, será lo más imperdonable de todo.

Ahora Hermana estaba tranquila, nuevamente en control de sí misma. Abrió una botella del Burdeos bueno.

—Se supone que ésta es una enfermedad de gente blanca —dijo Hermana con una copa en la mano—. O de gente que ha sido expuesta al Agente Naranja u otras sustancias químicas desagradables. O bien es hereditaria, pero no es mi caso. Es como si se hubiera metido accidentalmente en el cuerpo equivocado, pero la tengo aquí, en mi sangre, no hay duda, y también en la médula ósea, como podéis ver. El conteo de glóbulos blancos es alto. Una avería en el ADN de las células que forman la sangre. ¡ADN averiado! Es como enterarte de que eres un modelo defectuoso de coche. Los operarios que me montaron tenían ganas de irse de fin de semana y terminaron el trabajo deprisa y mal. Pero toda mi vida he tenido una salud de narices. La gente siempre me ha elogiado por mi buena salud. Y yo me he acostumbrado a contestarles: «La buena salud es lo que tienes hasta el día en que el médico te dice que ya no la tienes». Y ahí estamos.

—Hay un médico en América —dijo Hija, levantando la vista de su teléfono—. Un médico indio. Una persona de color. Es el mejor. Hasta hay fases de la enfermedad que llevan su apellido. Éste es el hospital donde trabaja. Puedo llamar para pedir una cita.

—Londres me vale —repuso Hermana—. Aquí hay disponibles los mismos cuidados. No hace falta cruzar volando el océano.

—Haz la llamada —pidió el juez. De pronto se lo veía mayor, pensó Hija. La noticia le había quitado vida de un golpe. Quizá los dos se morirían pronto, quizá aquello los mataría a ambos. Quizá se repetiría la historia de los abuelos a los que no había llegado a conocer. La abuela se había muerto y el abuelo no había soportado seguir vivo.

Y después la siguiente persona a quien buscaría la mano sería ella.

—Si me disculpáis los dos —dijo Hermana—, tengo que mandar un e-mail.

Sentada a su mesa, respiró hondo y escribió a Hermano: 2. P-AR4.

Esta vez la respuesta vino deprisa: 2... P x P. Se aceptaba el sacrificio de peón, tal como había imaginado. La tristeza se alejó de ella y sonrió.

¿Te acuerdas?, escribió.

El gambito de Allgaier-Kieseritzky —contestó él—. Siempre te gustó. Pero te voy a decir una cosa del ajedrez. No es como ir en bicicleta. No te vuelve todo a la cabeza de golpe.

A ver cuánto has olvidado —escribió ella—. C-AR3.

4... P-AR4. ¿Qué tal voy?

4. P-TR4.

4... P-C5.

Y aquí —escribió él— es donde me empieza a doler la cabeza. ¿Podemos intentar otra cosa?

¿Qué te gustaría intentar?

Hola.

Hola, Hermano.

TERCERA PARTE

*La Cama Elástica les cuenta a Sancho
y a Quijote una vieja historia de
traiciones, y el camino se abre*

El tiempo, esa letal cámara de los horrores cuyas paredes se ciernen lentamente sobre su infortunado habitante hasta matarlo por aplastamiento, se cernía sobre Quijote mientras permanecía allí de pie, contemplando el edificio de apartamentos de su media hermana. Sentía un agarrotamiento en el pecho, una franja de dolor que parecía un mensaje de la Parca. Qué poético sería, pensó, si se cayera muerto en el umbral de ella, ofreciendo su vida en el altar de su templo, a fin de enmendarse. «El edificio de Gould Industries —escribió Hermano, alojando a la Cama Elástica en el apartamento de sus fantasías—, una antigua imprenta centenaria y fábrica de virulana que ocupaba la esquina de Greenwich y Beach, lleno de la arrogancia de su doble riqueza, la historia de los éxitos industriales pasados del interior de sus muros uncida a la distinción de a veinte mil dólares el metro cuadrado de su deseable presente.» La Cama Elástica Humana era dueña de quinientos de aquellos metros cuadrados, con sus techos altos y vigas al descubierto, en las alturas del ático. En el portal había un portero con librea observando con recelo a Quijote y a Sancho. Quijote, expuesto al frío con su traje raído, y Sancho, con ropa vaquera ajada y aquella chaqueta que necesitaba pasar por la lavandería, no hacían una pareja nada impresionante. Estaban el uno frente al otro en un duelo inmóvil, Quijote y el portero, y el orgullo maltrecho del Viajero repudiaba en silencio la mueca burlona del sicario uniformado. Luego se produjo un alboroto en el vestíbulo y, en medio de un revuelo de tela y una agitación de brazos, una mujer de pelo negro despeinado —¡todavía negro, desafiando a sus años!— salió de golpe del edificio y extendió los brazos para darle la bienvenida. Era la Cama Elástica. Era alta, quizá hasta se la podría llamar larguirucha, tenía una cara larga y huesuda y si no fuera por el pelo y los caros pendientes de aro habría sido como mirarse en el espejo, pensó Quijote.

Ella lo cogió de los hombros y se acercó para que la besara. Luego le hizo una pregunta que a Sancho le pareció rara:

—¿De qué te acuerdas?

De pronto, Quijote pareció perplejo.

—Me acuerdo de una parte —dijo a la defensiva—. Me acuerdo de trepar con nuestro padre por las rocas de Scandal Point para buscar cangrejos en el agua estancada. Y de las literas del Frontier Mail que iba a Delhi, yo en la de encima y él en la de debajo. Y del tubo metálico con un bloque grande de hielo dentro que compraba para mantenernos frescos en el tren. Me acuerdo de la pequeña noria de madera, con sólo cuatro asientos, que alquilaba para nuestros cumpleaños. El

charrakhchoo. —Tenía la cara llena de tristeza. Se llevó una mano a la cabeza como para calmar un dolor—. Tú no estabas presente en nada de eso. Tú viniste después. No sabes nada de todo eso.

—O sea que no te acuerdas —le dijo ella—. De lo nuestro.

—Me acuerdo mejor de lo de hace mucho tiempo —dijo él—. De antes de todo, antes de que volviera a casarse, antes de ti. Lo que vino después..., tengo lagunas.

—Y tú —dijo la Cama Elástica, mirando fijamente a Sancho—. Eres todo un misterio. Necesito saberlo todo de ti.

A Sancho lo sorprendió la presencia, en el ático de la Cama Elástica, de un montón de imágenes religiosas. Había dos guardianes de bronce en la puerta de entrada, semidioses verdosos con pinta de centauros y del tamaño de bull terriers, con cabezas humanas y cuerpos de animales que tenían al mismo tiempo zarpas de león y pezuñas hendidas de toro. En el recibidor había una figura de madera de metro noventa, parecida a un león y con una cara casi demoniaca. Era un *yali*, un dios del umbral. Una vez había estado en la puerta de un palacio de la costa de Malabar, y los cortesanos que entraban o salían o se embarcaban en alguna empresa nueva, o bien los príncipes que iban a la guerra, le pedían sus bendiciones. Había una pintura moderna de Buda, durmiendo, cubierta con una sábana blanca, debajo de un árbol negro sobre fondo rojo. Era el árbol de la iluminación, y venía convenientemente provisto de un cable azul eléctrico con un enchufe al final. Pero el cable no estaba enchufado. Parecía que la Iluminación no se había producido.

La Cama Elástica contestó a la pregunta que Sancho no había sabido cómo formular.

—No —dijo—. No soy religiosa, pero estas obras me parecen hermosas y poderosas y conmovedoras. Además, las mujeres con las que trabajamos, las mujeres pobres a las que estamos levantando, a las que estamos permitiendo que se levanten ellas mismas, todas esas mujeres creen en algo, y a veces me parece que gracias a eso sus vidas son más ricas que la mía.

—Mi padre cree que los inmigrantes como nosotros tenemos crisis de identidad y tratamos de arreglarlas a base de comprar arte y colgar nuestra identidad de la pared.

—Yo no creo eso —dijo Quijote sobresaltado—. Nunca he dicho nada parecido. ¿De dónde has sacado esa idea tan descortés?

—No lo sé —contestó Sancho retractándose, genuinamente desconcertado—. Supongo que me ha puesto la idea en la cabeza alguien, o algo.

—Empecemos otra vez —sugirió la Cama Elástica Humana—. Voy a abrir una botella de vino.

El bar tenía una barra larga e independiente hecha de madera de teca oscura e intrincadamente labrada, y detrás de ella colgaba una pintura que mostraba a cuatro mujeres de cabeza rapada, con saris blancos y sentadas en una habitación con una alfombra intrincadamente ornamentada en cuyos diseños se podían ver representados en miniatura el coche de la familia, el gato de la familia y al marido muerto. Las caras de las mujeres eran idénticas a la cara de la Cama Elástica. El blanco era el color del luto y había un hombrecito muerto en la alfombra. Una vez más, la Cama Elástica contestó la pregunta no formulada:

—Sí, la encargué y posé para ella después de que muriera nuestro padre. El padre de él y mío. Lloré su muerte por cuadruplicado, en el norte, el sur, el este y el oeste, en el pasado, el presente y el futuro, y en el tiempo de más allá del tiempo. No creáis que me entendéis porque la hayáis mirado dos minutos. No tenéis ni idea de quién soy.

Sancho intentó apaciguarla.

—No, es sólo que me gusta —dijo—. No quería decir nada.

—En cualquier caso —añadió ella—, yo tampoco tengo ni idea de quién eres. *Salut*.

Sancho pensó que era así como tenían lugar las celebraciones familiares por la tele. La gente reñía y se atacaba y normalmente los episodios terminaban con una explosión, después de la cual todo el mundo lloraba y todo el mundo decía que quería mucho a los demás. De manera que ahora se encontraba en uno de aquellos episodios. Sabía cómo desempeñar su papel.

En la casa de su hermana, Quijote tenía unos modales distantes, abstraídos y ausentes, apareciendo y desapareciendo del encuentro como si fuera un fantasma. En general se lo veía perdido, como si no estuviera seguro de que tuviera derecho a estar allí, y perplejo acerca de cómo iba a conseguir lo que había ido a conseguir, que era la restauración de la armonía y la paz familiares. Cuando hablaba la Cama Elástica, parecía que hubiera dos Quijotes en la sala, una versión del pasado y otra del presente, y que cuando el pasado se superponía al presente todo se volviera borroso, porque las dos versiones eran tan distintas entre sí que se hacía difícil ver con claridad al Quijote de la sala, tal como era ahora, y que también él fuera víctima de la misma confusión y no fuera capaz de liberarse con facilidad de la trampa de lo que había sido antaño. Al principio se quedó junto a las puertas correderas de la terraza mientras el glamur de la ciudad de noche empezaba a cubrir las encantadoramente feas calles diurnas. En cuanto oscureció se movió a un rincón de la sala y se sentó con la espalda recta en una silla de respaldo duro y, durante la mayor parte del tiempo, guardó silencio.

—Te lo voy a contar todo —dijo la Cama Elástica, dirigiendo sus palabras a Sancho—, incluyendo las cosas que él ya no sabe, o que dice que ya no sabe, o bien dice que no está seguro de si yo se las hice a él o él me las hizo a mí. Te lo voy a contar porque ahora eres de la familia, o eso dice él, a pesar de que no me cuenta cómo ni por qué, ni qué pasó con tu madre. Ya llegaremos a eso. No sé qué te ha contado, pero apuesto a que hay lagunas bastante grandes.

Sí, era verdad, admitió Sancho.

—Me ha contado que te trató mal —respondió el joven—. Y que quiere arreglar la situación. O por lo menos eso es lo que cree que pasó.

—Doy por sentado que está hablando del tema del dinero —dijo la Cama Elástica, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Eso es lo menos importante. Lo más importante es que nunca mostró ninguna atención hacia los sentimientos de la gente. Nunca se responsabilizó por aquello que rompía. ¿Y ahora qué es?, ¿un místico? Hay siete valles de purificación, ¿y dónde estamos?, ¿en el quinto? ¿Y todo porque está enamorado de una mujer a la que no ha conocido nunca? Es tremendo, en serio. El alejamiento de la realidad hacia la pura palabrería. Y luego la persecución de la fantasía. Podría llevar perfectamente una camiseta que dijera: «Soy incapaz de vivir una vida real. Soy incapaz de amar».

Quijote se había vuelto para mirarlos. Seguía sin decir nada. Tenía ese aire de alguien a quien le van a contar una historia extraña por primera vez. Estaba cruzado de brazos y en silencio, listo para escucharla.

—Hubo un tiempo, Sancho —empezó a decir la Cama Elástica—, en que mi hermano era encantador y egoísta. Si lo miras ahora, verás un espantapájaros demacrado, una reliquia de piel y huesos. Se cree que está buscando el amor, pero tú sabes que no, tú sabes lo que le espera al final

del camino. Pero ¿para qué te voy a contar lo que ya sabes? Quizá no eres más que el leal escudero del galante caballero.

—Para ser justos —dijo Sancho, saliendo en defensa de Quijote—, todavía tiene esa sonrisa encantadora y esos buenos modales de la vieja escuela. Y a mí no me parece tan egoísta.

—Eres leal a él —señaló la Cama Elástica—. Eso lo veo. Y ser leal es bueno, pero también comporta que te va a entristecer lo que viene a continuación, porque lo que tengo que contarte es una historia de deslealtad, incluso de traición. ¿La quieres oír entera? Bueno, aunque no quieras, estoy aquí para reunir a tu padre con ese pasado que ha extraviado.

»La verdad es que soy yo quien se supone que está muerta. Empecemos por ahí. Por entonces yo era joven. Se suponía que tenía que morirme, pero mi cuerpo tomó una decisión distinta. Aun así, tuvo que aceptar una serie de consecuencias de esa decisión. Las aceptó y derrotó al cangrejo que había en mis pechos. Las consecuencias incluyeron una mastectomía doble y la extracción de parte de una axila y de los músculos de la pared torácica. Además de quimioterapia. Para cuando terminas con todo eso ya no te consideras una persona viva. Piensas: “Tengo suerte de no estar muerta”. Y ésa ha sido mi vida desde entonces: tener suerte de no estar muerta, vivir en las postrimerías de una escapatoria. Ya no consideras que tengas género ni sexualidad. Te consideras una muerta viviente que sigue existiendo de forma inexplicable. Y en este estado de posterioridad anhelas cosas sencillas: compasión y amor. Y a tu padre no se le daba bien ofrecer ninguna de ambas cosas.

»Era una especie de periodista —dijo la Cama Elástica, dirigiéndose otra vez a Sancho—. *Freelance*. De investigación. Así lo llamaba él. Especialista en inteligencia. Por lo menos, eso se consideraba. Creo que no le iba especialmente bien. Pero tenía labia. Decía que estaba hurgando en la realidad oculta del mundo, en esa verdad que existe pero está muy sepultada a fin de que la mayoría podamos vivir entre realidades más apetecibles. Y había bastantes mujeres que se lo creían. Luego veían cómo era en realidad y se largaban. Quizá lo que queda de él piense que también puede conseguir que lo crea esa tal Salma de la tele.

»La gente lo llamaba paranoico y él aceptaba la etiqueta. Tenía toda una teoría de la paranoia. No creo que se acuerde de ella. Decía que la paranoia había que entenderla como algo esencialmente optimista, porque el paranoico creía que los acontecimientos tenían significado, que el mundo tenía sentido, por mucho que aquel sentido estuviera oculto. ¿Alguna vez te ha hablado a ti del tema? No, ha perdido esa parte de sí mismo junto con el resto. Lo contrario de la paranoia, decía, era la entropía, que era trágica porque indicaba que el universo era absurdo. Así dicho sonaba bien. Una vez impreso, no funcionaba tan bien. Tuvo que irse a vivir a ese apartamento diminuto de Kips Bay. Yo ya había ganado dinero y, por tanto, surgió la cuestión de la envidia entre nosotros. No venía a verme mucho porque envidiaba el hecho de que yo viviera aquí. ¡Qué ridículo! No había nada que envidiarme en aquella época. La mutilación, la quimio, la transformación de mujer en entidad muerta viviente, en estafadora que de alguna manera se las había apañado para engañar a la muerte. Supongo que se podía envidiar mi suerte, pero él envidiaba mi apartamento. Era esa clase de hermano. Medio hermano. Para mí no era ni medio hermano.

»Yo cuidaba de él cada vez que lo dejaban las mujeres. Siempre lo dejaban, eso no cambiaba. Cuando se acababa el parloteo vistoso descubrían que no había el bastante hombre detrás, se excusaban y se marchaban. Nunca encontró a nadie con quien construir algo real. Pero

en aquellos días parecía satisfecho simplemente con encontrar la siguiente conexión temporal. La siguiente cosa irreal. Y cuando lo dejaban, venía a verme. Venía a esta Cama Elástica para poder rebotar, y era culpa mía, porque yo siempre lo animaba, en vez de decirle: “Pero, gilipollas, ¿no ves cuál de los dos necesita más que lo animen?”. Debería habérselo dicho, pero no se lo dije. Animar a la gente es lo mío. Así que no me quejé.

»El año de la enfermedad fue también el año de la canción. La que me dio mi nombre.

»El resentimiento se acumula. Se amontona como la basura en Nueva York. Luego viene algo que le da un empujón y entonces más te vale apartarte de la avalancha si puedes.

El sol se puso detrás del Hudson y aprovechando un momento de silencio salieron los tres a la terraza del apartamento y lo vieron desaparecer, vieron morir la luz del fuego en el agua igual que un sueño que se olvida. La Cama Elástica, sin embargo, estaba sin saciar y llena de fuego, no se había olvidado de nada, y todo lo que se le había ido acumulando dentro durante los largos años que habían pasado sin verse estaba saliéndole a chorros como las llamaradas de un segundo sol que no tenía intención de ponerse hasta que hubiera desempeñado su tórrido trabajo.

—Ceguera a la traición —dijo, y no estaba claro si se estaba dirigiendo a Quijote o a Sancho o al planeta Venus, que centelleaba en el cielo crepuscular—. Las víctimas de traición encuentran maneras de engañarse a sí mismas para creer que no las están traicionando. En el sexo, por ejemplo, pero doy por sentado que también en otras áreas. En los negocios, la política, la amistad. Se nos da bien engañarnos a fin de preservar la confianza. Pero no sólo lo hacen las víctimas. También los traidores se convencen a sí mismos de que no están cometiendo traición. En el momento mismo de su traición más profunda se aseguran a sí mismos que están haciendo lo correcto, e incluso que sus actos son por el bien de la persona traicionada, o bien de alguna causa más elevada. Que nos están salvando de nosotros mismos, o bien, igual que Bruto y su panda, que están salvando a Roma del César. Son los inocentes, los buenos, o por lo menos no son tan malos.

—¿Qué hizo? —preguntó Sancho—. Mi padre, quiero decir, no Bruto.

La Cama Elástica se cruzó de brazos, se cogió los hombros y respiró hondo, reuniendo aplomo, como una tormenta.

A modo de preámbulo, dijo, necesitaba contarle a Sancho un problema que tenían los hombres indostaníes. Imaginaba que nadie lo había informado exhaustivamente de aquel tema, ¿verdad que no?

No, ya le había parecido a ella que no.

No pretendía aburrirlo con estadísticas. Pero sí quería pedirle que creyera que en el terreno profesional de ella, la microfinanciación de mujeres pobres encaminada a permitirles que fueran económicamente autosuficientes, no podía contar con el respaldo de los hombres de sus vidas. En su trabajo, ella y sus equipos sobre el terreno suscribían lo que se conocía como las dieciséis decisiones del movimiento del Grameen Bank, y la decisión undécima, «No recibiremos dote por las bodas de nuestros hijos ni tampoco entregaremos dote en las bodas de nuestras hijas», no le hacía ninguna gracia al patriarcado. La violencia sexual contra las mujeres indostaníes aparecía en todo lugar y momento donde ellas intentaran establecer vidas independientes y expandir el terreno de sus libertades personales.

El movimiento de los microcréditos prestaba dinero sin pedir garantías. Operaba completamente en base a la confianza entre quien prestaba y quien recibía el préstamo. Seguro que él podía darse cuenta de que, en cualquier área donde la confianza fuera una moneda igual de

importante que los billetes de banco, el problema de la traición estaba a la orden del día.

Llegado este punto, Sancho la interrumpió para decirle que Quijote sí le había contado algo de la empresa de ella; bastante, de hecho. Aquella información la sorprendió.

—De eso sí se acuerda —dijo—. No pensaba que se acordaría.

—¿Por el Evento Interior?

—Sí.

—¿Qué fue el Evento Interior?

—Te lo contaré a su debido tiempo. Todo en su lugar correspondiente.

—Escribí un artículo —dijo ella—. En *The New York Times*. Acerca de mi trabajo. Fue en una época en que me sentía agotada de batallar, lo admito, y expresé mi frustración por las muchas maneras, grandes y pequeñas, en que los hombres indostaníes refrenaban a las mujeres, por los muchos obstáculos derivados de actitudes anticuadas que te obligaban a negociar con ellos y superarlos. Al principio el artículo fue bien recibido y se reimprimió en muchos países, incluidos los del subcontinente indio. Luego empezó la locura. La gente (los hombres indostaníes) empezó a mandarme mensajes insultantes. Que si «lesbiana», que si «odias a los hombres», etcétera. También recibí amenazas de muerte y descripciones de las cosas terribles que le harían a mi cuerpo antes y después de ella, y promesas de fuego infernal, y, lo peor de todo, amenazas contra las mujeres que usaban nuestra organización. Lo que me asombraba era que también me condenaron miembros masculinos respetados y de edad avanzada de la comunidad india de este país. No sólo líderes religiosos, sino también líderes empresariales, los mismos que antes me habían animado y habían apoyado mis iniciativas. Se exigió que les presentara una disculpa pública a todos los hombres indios, pakistaníes, bangladesíes y esrilanqueses, a los que vivían en aquellos países y también a los de la diáspora. Por un momento pareció que todo lo que yo había intentado construir iba a ser destruido de la noche a la mañana. Como si hubiera vencido una enfermedad mortal sólo para caer derrotada por otra clase de patología asesina. Y el nombre de la enfermedad era una expresión que estábamos empezando a aprender.

»Reacción mediática.

»Lo que me salvó fue la fecha. Llamémosla A. G., es decir, Antes de Google. El mundo de antes de que naciera el monstruo internet, de antes de la era de la historia propagada por medios electrónicos, en la que las palabras se han convertido en bombas que vuelan por los aires a quienes las usan, y en la que hacer cualquier declaración pública equivale a desencadenar una serie de esas explosiones. Antes de nuestra era, la era D. G., en la que la turba gobierna, y el smartphone gobierna a la turba. Por entonces la tecnología más avanzada que existía era la máquina de fax. La tecnología antigua salvó mi negocio y mi vida. Era demasiado lenta para matar. Los aullidos de indignación se propagaron, pero se propagaron despacio. Me difamaron, pero fue una difamación lenta que dejó tiempo para montar la defensa y para organizar la resistencia. Y lo mejor de todo fue que las mujeres en las que habíamos confiado, a quienes habíamos dado dinero sin garantía de devolución, ahora confiaron en nosotros. La confianza me salvó a mí igual que las había salvado a ellas. La organización no se rompió. No estalló. Lo que estalló fue la tormenta, y la sobrevivimos.

»Yo creía que podía confiar en tu padre, en la única mitad de un hermano que tenía, pero él traicionó esa confianza. Y por entonces eso me resultó imperdonable.

—No se puso de tu lado —dijo Sancho. No era realmente una pregunta.

—No sé qué mitad del material fraternal disponible le había tocado —continuó la Cama Elástica, manteniendo sus emociones a raya—. Pero creo que era defectuosa. Me dijo que ya debería haber sabido dónde me metía. Me preguntó qué había esperado. Me preguntó si lo había hecho para provocar, para llamar la atención o qué, lo que fuera. Me dijo que era culpa mía. Alguien me había enviado una cabeza desollada de cerdo por correo a la dirección de *The New York Times* y el periódico me había llamado para preguntarme si quería que me la mandaran por mensajero. Y de todo aquello tenía la culpa yo.

—No me acuerdo de la cabeza de cerdo —intervino Quijote en tono plañidero—. Esas acusaciones habría que hacérselas a otra persona, que desapareció hace mucho tiempo.

Fue entonces cuando la Cama Elástica se puso a contarle a Sancho que el final de su relación con Quijote estaba vinculado con un final mayor: el fin del mundo.

Sancho se sentó con la espalda recta en cuanto oyó introducir aquel tema.

—Un momento. Estábamos hablando de una cabeza de cerdo. ¿Cómo hemos pasado de ahí al Día del Juicio?

—He cambiado de tema —dijo la Cama Elástica—. Es hora de mencionar a Evel Cent.

—¿Has dicho Evel Cent? —preguntó Sancho.

—Sí.

—¿El famoso Evel Cent? ¿El científico multimillonario?

—Creo que sólo hay uno.

—Vaya.

El apartamento estaba a oscuras, pero nadie encendió ninguna luz. Estaban los tres sentados a cierta distancia el uno del otro, envueltos en sus enigmas individuales. Luego Quijote habló desde la oscuridad:

—Lo he visto —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó la Cama Elástica muy sorprendida—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—En la tele —respondió simplemente Quijote—. Lo he visto decir que la ciencia está a punto de confirmar lo que yo ya sé. Y que cuando llegue el momento oportuno suministrará las pruebas científicas.

—¿Sabes que se va a acabar el mundo?

—Ha leído algo en un relato de ciencia ficción —explicó Sancho—, y ha decidido que eso explica su misión. Cuando él consiga a su Amada, el universo habrá logrado su propósito y, por consiguiente, concluirá.

—Y eso le parece bien —dijo la Cama Elástica.

—Ya sabes cómo es —repuso Sancho—. ¿Quién sabe qué tiene en la cabeza?

—Conocí a un chico encantador y extraño, Evel —contó la Cama Elástica—. Fue en una fiesta de ricos en uno de aquellos clubes que había por entonces, el Lotus o el Moomba o el Bungalow o el Sway, no me acuerdo. No me gustaban aquellas fiestas, llenas de hombres con tirantes rojos pidiéndose champán Cristal y exhibiendo sus billetes delante de las mujeres como si fueran un órgano sexual irresistible, pero a veces tenía que ir, debido a lo que por entonces era mi nuevo proyecto de microcréditos. Un amigo me dijo que tenía que conocer a un físico que iba de camino a ser multimillonario y me llevó a la otra punta de la sala abarrotada. Yo esperaba encontrarme a un topicazo, a alguien con pinta de empollón, bajito, flaco, con gafas y piel oscura, el clásico indio al que te encuentras en América dando el pelotazo con las nuevas tecnologías, y me sorprendió encontrar a un tipo guapo en plan galán de cine, engominado, con sonrisa luminosa y traje a medida, un friki vestido de tío enrollado. Tenía un reservado para él solo, lo cual era su forma de decir que era importante. Y me dijo: «Me encantaría que se sentara usted y se tomara una copa conmigo». Su nombre me causó impresión. Evil Scent, «aroma maligno». «Tienes el nombre perfecto para este mundo», pensé, pero conseguí no decirlo. Seguramente Evel oía variaciones sobre aquel tema todo el tiempo. Pero el nombre lo había elegido él. Se podría haber quedado con Awwal Sant, su nombre indio de verdad, pero lo había rechazado. Era un indicio de que había algo sospechoso en él. Debería haber prestado más atención a aquel detalle.

»Era varios años más joven que yo y actuaba como si fuera todavía más joven, huraño, incómodo, pero arrogante, seguro de su genialidad. Me pareció que no teníamos nada en común más que nuestra actitud hacia el dinero. Yo había estado a un lado del dinero y ahora me estaba pasando al otro: primero lo había ganado y ahora lo estaba dando. A él todavía le interesaba ganar mucho, pero tenía la vista puesta en algo considerablemente más grande. El dinero no era una meta, sino una herramienta, en eso estábamos de acuerdo.

»Me gustó lo primero que me dijo después de sentarme:

»—Lo siento, pero no sé hablar de trivialidades.

»Era una frase graciosa, pero él la dijo con absoluta solemnidad y con una especie de energía sincera y punzante que la hacía todavía más graciosa y que lo hacía a él interesante. Se puso a hablar de sí mismo, algo normal en los tipos ricos. Pero la mayoría hablan de sus propiedades, de sus aviones, de sus barcos, de su bla-bla-bla, algo que a mí me desagradaba de inmediato. En cambio, Evel me habló de su obsesión con la naturaleza de la realidad, con su fragilidad y su mutabilidad, y eso también me pareció interesante. Ya por aquella época estaba hablando de universos paralelos. Cuando empezó a dar rienda suelta a su amor por la ciencia ficción, nombrando escritores de la vieja escuela desconocidos para mí (recuerdo los nombres Simak y Blish y Kornbluth y Sprague de Camp), desconecté y me excusé, pero entonces hizo algo realmente desagradable. Me agarró de la muñeca, me fulminó con una mirada que me pareció de furia y dijo:

»—No puedes marcharte.

»Me quitó su mano de encima. Mi furia secreta era mayor que la suya, y le mostré un vislumbre de ella:

»—Y tú tienes que aprender a comportarte —le dije—. Avísame si alguna vez aprendes.

»Y me marché. Ya en la puerta, miré atrás en su dirección. Parecía enfrascado en sus pensamientos, ensimismado. Pero me estaba mirando. Y después me diría:

»—Si no hubieras mirado atrás, nunca habría vuelto a hablar contigo. Pero miraste atrás. Eso fue muy importante. —Me pareció el comentario de un individuo muy vanidoso. Pero nuevamente me resultó interesante.

»No había esperado que ningún hombre me fuera a considerar atractiva después de mi mutilación y me había reconciliado con esa idea. Allí estaba, sí, la furia secreta. Estaba llena de furia por lo que me había pasado. Pero también había aprendido a enterrarla tan hondo que no supiera salir a menos que yo decidiera dejarla escapar. Ahora la furia trabajaba para mí, me decía a mí misma. Me decía a mí misma muchas cosas: que estaba haciendo el trabajo que quería hacer, que tenía amistades leales, una vida plena y cómoda, y que había engañado a la muerte. La imagen no tenía nada de malo, nada que requiriera la presencia de un hombre para arreglarlo. Aquellos pensamientos positivos impedían que la furia se levantara de su cementerio. Pero seguía estando allí por si yo la necesitaba. Sigue estando.

»Ésa era la tienda de porcelana en la que yo vivía, y en la que Evel Cent había entrado a la carga, sin plantearse el daño que podía causar, hablando del fin del mundo. La mañana después de que me agarrara la muñeca estaba plantado en la acera de debajo de casa con un ramo de flores, llamándome al móvil. Yo no le había dado mi número ni mi dirección, pero allí estaba. Lleno de recursos. Decidido. Arrepentido. Ansioso. Le dije que subiera, y lo que pasó después pasó. No, no es correcto. Fue lento. La idea de desnudarme para un hombre me horrorizaba. La idea de que me tocaran. “No tengo prisa”, dijo él. “El final todavía tardará un tiempo en llegar.” “¿Qué?”, le dije. “¿Qué?” Y me contó su teoría favorita, a la que dedicaría sus miles de millones. Que el cosmos se estaba desintegrando como una pintura al óleo sobre un lienzo maltrecho, como las ruinas de Egipto. La aparición de agujeros en el espacio-tiempo, la victoria inminente de la Nada sobre el Todo. Y luego su gran plan. Ya estaba trabajando en él, había creado la empresa de investigación, había contratado a los mejores expertos necesarios para resolver los problemas científicos y hasta le había puesto nombre ya.

»Fue la primera vez que oí el nombre de NEXT. “Neighbor Earth Exchange Technology”, “Tecnología de Intercambio con las Tierras Vecinas”. Y me dijo: “En cuanto haya construido las máquinas de transferencia, podremos escapar a un lugar seguro. Ahora mismo ni siquiera sé qué aspecto tendrán las máquinas. La gente siempre piensa en naves espaciales, pero quizá las puertas que lleven a las Tierras vecinas se parezcan más a puertas. A portales, para usar el término habitual en la ciencia ficción. Entrás en algo parecido a una cabina telefónica y sales en otra parte. Estoy pensando en el armario que lleva a Narnia. Sospecho que la Tecnología de Intercambio será de ese tipo. Todos cruzaremos el armario y nos encontremos con la farola y con un león bondadoso esperando para darnos la bienvenida. A ti, a mí, a la especie humana. Y podremos ir todos. Seremos la gente NEXT”. A veces hablaba como un líder sectario de Guyana o de Pune. A veces parecía loco. Pero siempre se mostraba apasionado, convencido, y su brillantez era indudable. Y no hablaba de cosas triviales. Cuando por fin pasó a hablar de nosotros, se mostró repentina e inesperadamente directo.

»Para hacerme aquel discurso me llevó, adónde si no, al planetario, donde era uno de los ponentes de un debate titulado: “Comprar el espacio”. Además de él, participaban en el debate cuatro hombres blancos con trajes grises. Evel llevaba un chaleco dorado con imágenes bordadas de todos los planetas del sistema solar, una estrella en la casa de las estrellas. Los cuatro hombres blancos estaban hablando de la forma en que las empresas iban a explotar el espacio. Iban a

construir naves para satisfacer los requerimientos de transporte de cargamento de la NASA, iban a mandar robots a los asteroides para montar provechosas empresas mineras, iban a diseñar vacaciones en el espacio para turistas ricos. Decían sin vergüenza que querían convertirse en los primeros trillonarios de la historia. Cuando le llegó su turno de hablar, Evel les dijo que el hecho de centrarse en el espacio los había hecho ciegos a la crisis del espacio-tiempo. Les habló de la desintegración inminente del universo y de la necesidad de sobrevivir escapando a una o más Tierras vecinas. Los únicos avances tecnológicos que importaban, les dijo fervientemente, eran las exploraciones de aquel tipo de viaje transdimensional.

»—Marte es una cosa del siglo xx —dijo—. Las Tierras vecinas son los únicos destinos que vale la pena plantearse.

»Los hombres blancos de trajes grises miraron al hombre moreno del chaleco dorado con toda la condescendencia de su tribu y le siguieron la corriente.

»—¿Cuánto tiempo nos queda? —le preguntó uno a Evel—. ¿Y puede usted desarrollar nuestras rutas de escape a tiempo?

»Evel contestó con total seriedad:

»—Veo que no me creen, pero los indicios de la Gran Inestabilidad los harán cambiar de opinión muy pronto. No tenemos mucho tiempo, es un hecho, pero seguramente tenemos el suficiente. Estoy trabajando en esto día y noche, tanto en identificar las Tierras vecinas como en los medios para llegar a ellas. Diría que no estamos muy lejos de dar un paso de gigante en el aspecto científico.

»Al terminarse la discusión le chispeaban los ojos y había en él una euforia que yo no le había visto antes. Es un luchador callejero, pensé, esa mezcla sorprendente de hombre, un cruce de Rock Hudson con Shahrukh Khan por fuera, con Stephen Hawking escondido dentro. Realmente le gusta enfrentarse a hombres como aquellos de los trajes grises y confundirlos. Disfrutaba debatiendo con hombres que están en la vanguardia del futuro y diciéndoles que están anticuados. Y a mí me gusta verlo.

»Después del debate almorzamos y en una de sus efusiones de conversación no trivial me hizo una especie de declaración de amor. Un aspecto crucial de la tecnología NEXT, dijo, era aceptar que el cuerpo y como lo quisieras llamar, el yo, el espíritu, *das Ich*, el fantasma en la máquina, estaban uncidos el uno al otro pero no eran lo mismo, eran inseparables pero no idénticos, y por tanto, si había que encontrar la forma de transportar el cuerpo a través de una frontera existencial muy compleja, no se podía dar por sentado automáticamente que la Cosa que había dentro del cuerpo (el Hawking que había dentro de la estrella de cine, pensé) también fuera a ser transportada. En otras palabras, la tecnología NEXT necesitaba ser consciente de las necesidades del alma.

»Luego me dijo:

»—Es lo intangible lo que me atrae, no lo exterior. La cosa que ve, no el ojo que se usa para ver. El piloto invisible que va a los controles, no el fuselaje ni el motor. Es lo intangible lo que me atrae tanto de ti.

»—¿Lo que estás diciendo es que te repele mi cuerpo pero te gusta mi alma? —dije yo—. Porque estoy bastante segura de no creer en el alma.

»Y él contestó:

»—Yo te he mandado un cumplido y tú estás recibiendo un insulto. Y respecto a la Cosa, terminarás viendo que tengo razón y que ciertamente existe.

»Luego me cogió la mano, pero no como me había agarrado la muñeca la primera noche. Ahora, a su manera emocionalmente estrangulada, me estaba diciendo lo que yo había pensado que no volvería a oír nunca.

Quijote pareció perder interés en la historia de la Cama Elástica, se alejó de ellos hacia el enorme televisor que había instalado en la pared de la otra punta de la sala de estar y cogió el mando a distancia.

—Está a punto de empezar *Salma* —dijo con vaguedad, como para sí.

La Cama Elástica caminó rápidamente hacia él y le quitó el mando de las manos.

—Estamos llegando a la mejor parte —le dijo—. La parte en la que apareces tú.

Sancho oyó la nota de furia bajo su voz tranquila. Había un volcán allí debajo, pensó. Quizá explotaría antes de que acabara la noche.

—Después de aquello estuvimos juntos, Evel y yo —continuó la Cama Elástica, todavía dirigiendo sus comentarios a Sancho—. Era arrogante y egocéntrico y trabajaba día y noche, a veces durante muchos días seguidos, y cuando yo lo veía lo único que podía hacer era caer dormido, pero allí estaba, y me gustaba, o bien me gustaba más de lo que me disgustaba, y si tengo que ser completamente sincera, me sentía agradecida, aunque sólo fuera un poco.

—Y entonces él hizo algo —conjeturó Sancho, señalando con la cabeza en dirección a su padre.

—Por fin se conocieron —dijo la Cama Elástica—. Mi hermano el experto en espionaje y mi amante el genio. Y hasta les hice la cena.

—Sale en *Salma* —comentó Quijote de repente.

—¿Quién? —quiso saber la Cama Elástica.

—Tu hombre —contestó Quijote—. El señor Evel Cent. Dentro de quince minutos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque presto atención a la programación —dijo Quijote—. Sobre todo la del programa de la mujer maravillosa a la que amo.

—Entonces tendré que acabar antes de quince minutos —repuso la Cama Elástica.

—La cena que les preparé fue *filet mignon* con coles de Bruselas al horno y él, aquel medio hermano mío que tenía la mitad mala, bebió demasiado vino tinto demasiado deprisa y se puso muy pesado preguntando en qué andaba el genio de mi novio. Se estaba metiendo en camisa de once varas, pero eso no lo detuvo; se puso beligerante y hasta condescendiente.

»—¿Crees que hay otras dimensiones y que podemos meternos en ellas como quien se mete por el resquicio de una puerta abierta? ¿Es real algo de eso?

»Así que, por supuesto, el genio de mi novio se puso pomposo:

»—Los descubrimientos científicos son indiscutibles, ya tenemos sondas detectoras de tercera generación que han empezado a encontrar ecos de Tierras vecinas, igual que nuestros sensores de radio están empezando a oír los ecos del Big Bang. Tenemos en desarrollo sondas de cuarta generación que afinarán nuestros datos y nos ofrecerán un camino más claro para atravesar la inestabilidad y adentrarnos en los pliegues de la multiplicidad. —Bla-bla-bla.

»Como es natural, aquello era demasiado técnico para tu padre, o sea que cambió de táctica:

»—¿Y tú crees en el fin del mundo? —dijo con burla abierta e indisimulada—. ¿Por mucho que siempre haya habido chiflados que nos daban la noticia del fin del mundo a intervalos regulares y sin embargo el mundo nunca se ha terminado?

»Y si hay una cosa que enfurezca a los físicos multimillonarios son los periodistas que cuestionan sus hallazgos científicos, así que...

»—*Chiflado* es una palabra muy dura, señor, sobre todo viniendo de un hombre que no reconocería un desgarró en el tejido deteriorado del espacio-tiempo ni aunque el desgarró le estuviera pinchando con un palo.

»Aquello era una declaración de guerra. Yo necesitaba calmar la situación:

»—Eh —le dije—. ¿Por qué no le cuentas a Evel en qué estás trabajando ahora?

»—Hackers —dijo—. Hackers informáticos. Se van a convertir en un gran problema. Ya lo son.

»Fue entonces cuando empezaron los problemas de verdad. Se puede afirmar que los empezó Evel vanagloriándose:

»—Nosotros tenemos los sistemas de encriptado más avanzados del mundo —dijo—. Nuestras defensas son tan potentes que esos pigmeos de los que hablas se echarían a llorar si las vieran.

»A ver, cualquier hermano mío, incluso un medio hermano que tuviera la peor mitad de la condición de hermano, debería haber pensado llegado aquel punto: “Éste es el novio de mi media hermana, déjalo correr, no lo provoques, no te metas en una competición de a ver quién la tiene más grande”, pero eso es exactamente lo que pasó.

»—Conozco a gente que os podría hackear los sistemas en quince minutos, quizá veinte, y entonces todos esos secretos vuestros, vuestros sistemas de NEXT o como los llaméis, que han de salvar el mundo a base de llevarnos a vivir en Narnia o en la Tierra Media o en algún otro cuento de hadas, se venderán en todas las esquinas a cualquiera lo bastante loco como para competir con vosotros en la compra.

»No debería haber dicho “loco”. No debería haber dicho “cuento de hadas”. No debería haberlo presentado como una amenaza. Debería haberse callado la boca y haberme dejado tener mi relación con mi genio. Había un centenar de cosas que no debería haber hecho, pero las hizo todas. Y el genio mordió el anzuelo.

»—Amenazarme nunca es una buena idea —dijo Evel. Con voz de hielo—. La gente que lo hace nunca termina bien. Sólo digo eso.

»Y a mí me dijo:

»—Éste es tu hermano. Y así me trata. Es un problema.

»—Medio hermano —repuse tomándomelo a guasa, pero él ya se había levantado y estaba yendo a la puerta—. No seas crío —le dije—. Siéntate y arreglemos esto.

»Quizá no debería haber dicho “crío”. Ciertamente no debería. Pero Evel estaba saliendo por la puerta y a mí me entró el pánico. No fue mi momento de mayor acierto, lo admito. Y el señor Cent nunca más volvió a visitarme.

»—Déjalo que se vaya —dijo tu padre—. Es un prepotente y un narcisista y vive en el país de los locos. No te conviene pasar tu vida con eso. No te conviene pasar ni cinco minutos más con eso.

»Tu padre creía que me estaba haciendo un favor. Creía que el bueno era él. Pero fui yo quien se quedó con el corazón roto. Evel desapareció de mi vida, y ahí, querido muchacho, se terminó el último romance de mi vida. Y así volvemos a donde empecé: la ceguera a la traición. Tu padre me traicionó y fue ciego a lo que había hecho. Hasta que se lo dije. Y se lo dije con lenguaje bastante florido. Así fue cómo dejamos nuestra relación.

—Me cuesta pedir perdón —dijo Quijote en voz baja— por acciones que no recuerdo del todo.

—Y sin embargo, curiosamente, has venido aquí a pedir perdón —repuso la Cama Elástica.

—Así pues, ¿ésa fue la segunda cosa imperdonable? —preguntó Sancho.

En vez de contestar, la Cama Elástica se bebió su vino de prisa y se rellenó la copa. Sancho probó a cambiar de táctica:

—¿Qué fue el Evento Interior? —preguntó—. Necesito saberlo.

—Es la hora del programa —dijo Quijote—. Necesitamos encender la tele.

Más adelante, cuando estallara el gran escándalo, habría gente que diría que el primer indicio de que a la señorita Salma R le pasaba algo grave había sido su aspecto durante la entrevista que le hizo a Evel Cent. Tenía pinta de haberse pasado la noche intentando apagar con cubos de agua un incendio en su casa y de haber tenido que marcharse antes de que las llamas se extinguieran del todo: cansada, distraída y sin su personalidad encantadora de costumbre. El tecnomultimillonario, en cambio, estaba lleno de vitalidad, como un niño montado en una pelota saltarina. Había cosas que se moría de ganas de contar.

Después de presentar a su invitado, Salma se mostró peculiarmente mordaz.

—Todo eso del fin del mundo, doctor Evel... —dijo, y se interrumpió.

—Le agradecería que no hiciera la pantomima de llamarme doctor Evel —repuso él—. Creo que transmite la idea equivocada.

—Doctor Cent —se corrigió ella con naturalidad y sin disculparse—. ¿No cree que sería mejor, y estoy segura de que también resultaría más tranquilizador para sus accionistas, que dejara de intentar vender esa idea completamente inverosímil?

—Entiendo que mucha gente se niega a ver la realidad —empezó a decir Evel.

—Mucha gente —lo interrumpió Salma—. O sea, el noventa y nueve por ciento de la gente.

—Cuando el noventa y nueve por ciento de la gente creía que la Tierra era plana —dijo Evel—, eso no hizo que la Tierra fuera plana. A la Tierra no le hacía falta que la gente creyera que era redonda. Ahora mismo, el noventa y nueve por ciento de la gente está celebrando un pícnic tan contenta en medio de la vía del tren. Pero eso no quiere decir que no vaya a venir un tren, y a toda velocidad. El tren no necesita que nadie crea que está viniendo, porque está viniendo.

—Evel, ¿esto es algo que se está limitando usted a postular, como una teoría, algo abierto a debate, o realmente tiene pruebas?

—He venido aquí hoy —dijo Evel Cent— a hacer dos anuncios. El primero es que mañana CentCorp publicará un informe que contiene todas las pruebas que les hagan falta a usted o a cualquiera. Esto está pasando. El universo se está descosiendo. Se está desmontando. Necesitamos reconocerlo y pasar a la acción.

—Pero aun en el caso de tenga usted razón, eso es algo que va a pasar..., ¿cuándo? ¿Dentro de miles, millones de años? Así pues, ahora mismo hay cosas más importantes de las que preocuparse, ¿no le parece? Por ejemplo, hacer mejor uso de nuestros recursos.

—No estoy seguro de que falte tanto tiempo —dijo Evel—. Algunos de mis modelos muestran escenarios inquietantes que predicen la posibilidad de una progresión muy acelerada.

—¿Cómo de acelerada, Evel? ¿Es algo que va a pasar en nuestras vidas?

—A eso no puedo responder. Es una de las posibilidades. No sabemos qué modelo tiene el nivel más elevado de precisión.

—Así que está usted ante las cámaras, en los televisores del país entero, diciéndole al público de la franja de máxima audiencia que es posible que el mundo se acabe durante sus vidas. Evel, ¿no le parece que para un hombre con su visibilidad y prominencia es francamente alarmista presentar esas ideas? Está usted asustando a la gente y seguramente para nada. ¿No es algo bastante irresponsable?

—En primer lugar —respondió Evel—, la verdad es la verdad, y hay que oírla, por muy problemática que parezca. Tengo confianza en el hecho de que cuando se juzguen nuestras evidencias científicas todo el mundo aceptará nuestras conclusiones. Y en segundo lugar, como ya he dicho al principio, tengo otro anuncio que hacer. Dije hace tiempo que lo presentaría en el momento oportuno. Y ese momento ha llegado.

—Me da miedo preguntar —dijo Salma.

Evel Cent se puso de pie literalmente de un salto.

—Ésta es la buena noticia, Salma. Ésta es la noticia asombrosa. He venido a decirles que la primera Tierra vecina ha sido identificada sin lugar a dudas y que los sistemas NEXT ya están operativos. Escucha, mundo: ¡se ha abierto el camino!

—Y volveremos con muchas más cosas que nos va a contar Evel Cent —les dijo una estupefacta señorita Salma R a sus espectadores—, después de la publicidad.

—Se ha abierto el camino —repitió Quijote con asombro beatífico durante la pausa publicitaria—. Lo ha dicho, en la tele, delante de todo el mundo.

—Entiendo que te crees todo lo que oyes por la tele —le dijo Sancho—, pero en serio, este tío es un chiflado. Y no creo que se refiera al mismo camino que tú.

—Salma está ahí, a su lado —replicó Quijote—, y ya has oído sus palabras. Se ha abierto el camino. Son palabras dotadas de un gran poder. Una vez pronunciadas, los acontecimientos no tienen más remedio que obedecer.

—Por un momento me había olvidado de que estás igual de loco que el tío de la tele —dijo Sancho.

Al terminar la pausa publicitaria, Salma presionó a Evel Cent para que respaldara aquella afirmación tan extraordinaria.

—Imagino que entiende usted que a la mayoría de los espectadores que están viéndonos todo este asunto de los portales les suena a guion de *Star Trek*, ¿verdad? «Transpórtame, Scotty», ¿me entiende? ¿Cómo sabe usted que esos cacharros funcionan, y que son seguros, y cómo sabe que existe esa otra Tierra? ¿Va a dejar que entren cámaras para filmarla? No puedo creer que me esté

tomando esto en serio, de verdad. ¿Seguro que no es una broma? Porque un director ejecutivo que también es el presidente de una corporación tecnológica de muchos miles de millones de dólares seguramente no debería estar haciendo estas cosas. Asustan a los accionistas.

—No es ella —dijo Quijote en tono grave, mirando a la señorita Salma con los ojos entornados—. Se la ve agitada. Se le ve el pánico en los ojos. La idea de un cosmos viniéndose abajo la ha trastornado. Y es porque en ausencia de amor es imposible afrontar el fin de las cosas. En presencia del amor, en cambio, se convierte en una forma de exaltación. Se vuelve extático.

—Chist —dijo Sancho—. Quiero oír lo del perro.

—... un labrador de color chocolate llamado *Schrödinger* —estaba diciendo Evel Cent en el programa—. Bautizado en honor al famoso físico Erwin Schrödinger y su paradoja cuántica sobre el gato.

—¿Qué le pasó al gato? —preguntó Salma perdida.

—La paradoja es que el gato puede estar simultáneamente vivo y muerto.

—Pobre gato —comentó Salma.

—Sin embargo, estar simultáneamente muerto y vivo no le va a funcionar a la gente que atraviese el portal, y que esperará estar viva de una forma no paradójica sin más —dijo Evel Cent—. De forma que mandamos a *Schrödinger* al otro lado y lo trajimos de vuelta para asegurarnos de que era menos paradójico que el gato. Usamos a un perro porque los perros son más de fiar. Los gatos no siempre hacen lo que les pides. Además, le pusimos una correa muy larga para que si se producía alguna emergencia y lo teníamos que sacar de allí lo pudiéramos traer de un tirón. Luego lo mandamos por el portal NEXT, convirtiéndolo en la primera entidad de la historia conocida del cosmos que ha viajado por el espacio interdimensional. Lo atravesó y volvió. El experimento fue un éxito. Al cien por cien. Tenemos planeada una serie de experimentos así. Y le hemos puesto nombre a este primer portal. Lo llamamos el *Mayflower*.

—¿Y cómo está ahora *Schrödinger*?

—Está bien. Sano, normal, vivo, comiendo y en muy buena forma. Es un perro magnífico.

—¿Y grabó usted todo eso, lo filmó y va a poner la filmación a nuestra disposición para que la podamos ver por nosotros mismos?

—A su debido tiempo —dijo Evel Cent—. Estamos en contacto con la Casa Blanca. Se trata de un descubrimiento trascendental de importancia nacional. Más todavía: de importancia global. Necesitamos tener mucha cautela. Ya hay países que están planteándose usar el sistema NEXT para exiliar a la gente que no les caiga bien. La Tierra vecina no es una colonia penal. No es Australia. Y también hay claros indicios de que los rusos están intentando hackear los sistemas de CentCorp. Imagínense lo que pensaría de nosotros una Tierra vecina si sus primeras impresiones de nosotros vinieran de los rusos. Si eso suena mal, lo siento. Soy un patriota. Quiero asegurarme de que América tenga el papel líder de este movimiento hacia el futuro, que alterará el porvenir de la especie humana entera. Y aquí, en América, tenemos una ventaja clara. Tenemos a todos los genios de la tecnología indostaníes en nuestra cantera, y estoy reuniendo a las bastantes de esas mentes para que nos mantengan en cabeza, para asegurar que nuestra creatividad y nuestras defensas son las más altas. Nos va a ir bien. Los cerebros rusos no funcionan como los cerebros de piel morena. ¿También suena mal eso? Lo siento. Creo que a veces me apasiono demasiado.

—Vuelva pronto —le dijo Salma cuando ya estaban terminando—. Y la próxima vez tráigase a *Schrödinger* el perro. Estoy segura de que tiene muchas cosas que contar.

—No se la ve bien —opinó Quijote—. Pero el camino se abrirá muy pronto y estaremos juntos.

—Él es así —le dijo Sancho a la Cama Elástica—. Habla así.

—Es hora de hablar del Evento Interior —le contestó ella.

Pese a su nombre, Kips Bay ya no era una bahía, la recuperación de tierras se había encargado de ello, y nadie de allí se acordaba tampoco del viejo Jacobus Hendrickson Kip, cuya granja había estado una vez en lo que ahora era la intersección de la Treinta y cinco con la Segunda. Si hubierais hablado con los espectadores que frecuentaban los multicines situados unas cuantas manzanas al sur, habríais descubierto que tenían las cabezas llenas de batallas ficticias entre seres humanos y los superhéroes que los defendían, por un lado, y diversos monstruos del espacio, supervillanos, Balrogs y orcos por el otro, pero muy pocos de ellos podrían haberos dicho nada del desembarco en la vida real que tuvo lugar en 1776 en Kips Bay, una de las primeras escaramuzas de la guerra de Independencia, en que la milicia americana había huido de los británicos y un asqueado Washington había exclamado: «¿Son éstos los hombres con los que tengo que defender América?». La historia de cómo Mary Lindley Murray, en la granja de la finca Inclenberg, que ahora es Murray Hill, retrasó el avance de los británicos a base de invitar a su general, Howe, a pararse a tomar pastel y vino, permitiendo así que escaparan las maltrechas fuerzas rebeldes de Putnam... tendrá que esperar a otro día. Caminamos sin saberlo entre las sombras de nuestro pasado, y como hemos olvidado nuestra historia no sabemos nada de nosotros mismos.

Eso le pasaba también ahora a Quijote. Buscador del amor, suplicante de perdón, sentado en la oscuridad nocturna de la casa de su media hermana, mientras a su alrededor caminaban sus fantasmas, exhumados por la hechicería de ella, incluyendo al fantasma del hombre que una vez había sido. Trajeron comida china y la sirvieron en la mesa, pero Quijote no pudo comer, perdido en la oscuridad, rodeado de la tristeza de los días perdidos. ¿Por qué había sido como había sido, consumido por la envidia, egoísta, competitivo, cruel? No lo sabía. No tenía acceso a aquel yo. A la razón de lo que había pasado una noche en el Kips Bay del pasado.

El apartamento no estaba tan mal. Los techos eran altos y los vecinos no hacían ruido y allí él podía trabajar bastante bien. Durante la noche en cuestión, sin embargo, estuvo a punto de convertirse en su tumba. Aquella noche tuvo una pesadilla en la que se despertaba en aquel mismo dormitorio y veía a una figura de sombra plantada al pie de su cama, observándolo, sin decir nada. En el sueño entendió que el intruso era él mismo, o su sombra, y también la Muerte. Se despertó aterrado. Eran las tres de la madrugada. Se incorporó hasta sentarse en la cama y encendió la lámpara de su mesilla, con el corazón latiéndole desbocado. No había nadie en la habitación, claro, y a fin de tranquilizarse se bebió un vaso de agua y salió de la cama para ir al cuarto de baño. Fue entonces cuando tuvo lugar el Evento Interior. Se produjo una especie de explosión entre sus oídos. Perdió el equilibrio, cayó hacia delante y perdió el conocimiento. Al regresar la conciencia —no sabía si al cabo de un momento o de una eternidad—, se dio cuenta de que no estaba muerto. En algún momento posterior, entendió que no podía moverse. Tenía el móvil en la mesilla y también el teléfono fijo, que había conservado por ser tan anticuado, pero se encontraba en el suelo y mirando en la dirección contraria. De forma que no podía hacer nada.

Tardó dos días en darse la vuelta y arrastrarse hasta la mesilla. Durante otro día y otra noche se dedicó a golpear la mesilla para hacer que alguno de los teléfonos cayera al alcance de su mano. El cuarto día se hizo con el móvil y empezó a intentar llamar.

—¿A quién llamó? —quiso saber Sancho.

—Me llamó a mí —dijo la Cama Elástica—. ¿A quién iba a llamar, si no?

Por fin consiguió llamar y ella contestó, pero él no consiguió hablar. Se quedó allí tumbado en el suelo, con el teléfono junto al oído mientras la voz de ella gritaba: «Dime».

Entendiendo que había algún problema, la Cama Elástica fue rápidamente a su edificio, encontró al conserje, le hizo abrir la puerta de su casa, lo halló tirado en el suelo y llamó a la ambulancia. Su hermano sobrevivió. Tuvo suerte. Aquello era América, y un derrame cerebral requería un tratamiento largo y meticuloso, él tenía cobertura sanitaria, porque recientemente se había presentado y había ganado una plaza de profesor en una facultad de periodismo del Downtown, una plaza de profesor titular que venía con excelente cobertura médica. Pasó por un largo periodo de rehabilitación, y después de un par de años volvió a estar más o menos en condiciones de trabajar, aunque hablaba más despacio y arrastraba la pierna derecha. Pero el hombre que emergió del Evento Interior ya no era el mismo de antes. Durante un tiempo sufrió secuelas previsibles. Lloraba en momentos arbitrarios y sin causa aparente. Sufría estrés, depresión y ansiedad. Pero a aquellas alteraciones las subyacía un cambio más profundo. Tenía heridas más profundas en la memoria que no se curaron. Se volvió menos hablador, más callado, mucho más retraído. Además, el periodista y el profesor universitario habían desaparecido.

Físicamente estaba claro que tuvo una recuperación milagrosa. El daño duradero no lo sufrió en el cuerpo, sino en el carácter. No regresó al puesto docente que le había dado la cobertura médica que necesitaba. Se distanció de sus colegas nuevos y de los antiguos, de sus amigos nuevos y de los antiguos, y se retrajo hasta allí donde nadie podía seguirlo. Se pasó mucho tiempo sin hablar apenas, y viendo la tele todo el día, sentado con la espalda recta en el borde de la cama de su casa y con las manos juntas en el regazo. Fue entonces cuando empezó a hablar con referencias televisivas, y cuando se debilitó su comprensión de la realidad. También quedó claro que no se sentía cómodo en la gran ciudad. La multiplicidad, el todo de todo, el estruendo de las historias, la transformación interminable, la factoría de mitos perdida en el mito de sí misma: todo aquello lo incomodaba. Necesitaba calmar las ausencias que tenía en la mente a base de ausentarse de su vida anterior, y de la televisión, de estar absorto en lo que era otra clase de ausencia. El día en que le comunicó a la Cama Elástica que necesitaba marcharse de la ciudad — que se había puesto en contacto con su primo el doctor Smile de la farmacéutica y le había preguntado si podía trabajar para él como viajante lejos de Nueva York— fue también el día en que formuló la acusación del dinero. La tercera cosa imperdonable.

Ya fue malo de por sí que la acusara de robarle su dinero. El hecho de que lo hiciera después de la amabilidad que ella había mostrado durante los dos últimos años era todavía peor. El hecho de que pasara por alto que durante aquel periodo ella le había estado gestionando su dinero, y asegurándose de que no le faltara de nada, era todavía peor. Y la acusación de adulterar la firma de su padre, o de falsificarla en beneficio propio, fue la gota que colmó el vaso.

—Siempre había sido la peor mitad de un hermano —le contó la Cama Elástica a Sancho—, pero llegado aquel punto me di cuenta de que necesitaba alejarme de él, igual que necesitaba alejarme de casi todo. Estaba trastornado, me di cuenta, no era él, y eso me suscitaba compasión,

pero mi hermano se me había vuelto insoportable. Si hubiéramos estado casados me habría tenido que divorciar de él. Y en cierta manera nos divorciamos. Cuando se marchó de la ciudad para emprender sus extraños periplos por el interior del país, vendiendo pastillas a médicos, pensé: «Muy bien, ya está», y lo dejé hacer, le dejé hacer lo que tuviera que hacer y quizá encontrar su camino. Pero ¿sabes qué? Que sigue yendo bien de dinero. Y ciertamente tiene el suficiente como para que no os haga falta alojaros en el motel Blue Yorker. Si quiere quedarse en la ciudad, puede alquilar un piso. Podéis quedaros aquí los dos hasta que lo alquile. Tengo plaza de aparcamiento en el garaje del sótano, pero no tengo coche, así que tu padre puede dejar el suyo aquí.

Se volvió para mirarlo:

—¿Te parece bien?

Quijote se puso de pie y carraspeó.

—Hay algo que quiero decir primero —declaró en tono formal—. Quiero disculparme ante ti, hermana, tanto por las ofensas que recuerdo como por las que he olvidado, tanto por las que me producen sentimiento de culpa y responsabilidad como por las que son responsabilidad de una persona que se me ha borrado de la memoria. A mi humilde manera, soy eso en lo que el señor Cent dice que se ha convertido el universo: un cosmos al que le han arrancado partes, donde no queda nada. Me estoy deshaciendo poco a poco y puede que no sobreviva. Por tanto, te pido que me perdones ambas clases de faltas, las conocidas y las desconocidas, antes de que lleguemos a nuestros finales, y estoy dispuesto a llevar a cabo las acciones que me pidas a modo de penitencia, de expiación por mis fechorías, tanto las que reconozco como las que ya no puedo reconocer, porque me han abandonado y se han ido lejos. Eso es para lo que he cruzado América para enmendar, porque hasta que haya armonía no se abrirá el camino a la Amada, que reside más allá del mundo y de su dolor.

Llegado ese punto, se acercó lentamente a la Cama Elástica, arrastrando la pierna más que de costumbre, y al llegar frente a ella se puso asombrosamente de rodillas y le cogió entre el pulgar y el índice el dobladillo de la ropa.

—Perdóname —le dijo con la cabeza gacha—, y libéranos tanto a mí como a ti.

El tiempo se detuvo dentro de la habitación. Fuera, o eso le pareció a Sancho, pasaba una semana, un mes, un año, una década o quizá un siglo. El sol salía y se ponía, la luna crecía y decrecía, las estaciones pasaban. Se elevaron y cayeron hombres y mujeres poderosos, el mundo cambió, el futuro los envolvió y se convirtieron en residuos de un pasado remoto, desconocido para todos ellos, perdidos en un laberinto de amor y dolor. Por fin la Cama Elástica se movió, un poco nada más, y muy lentamente levantó la mano y le puso la palma sobre la cabeza gacha a Quijote.

—Sí —respondió, y los relojes volvieron a ponerse en marcha.

»El tiempo que tenemos delante —dijo la Cama Elástica— es mucho más breve que el que ya ha pasado. En eso tienes razón. Vuelvo a tener preocupaciones de salud. No tenemos que hablar de ellas ahora. Digamos sólo que es un buen momento para quitarnos cargas de encima. Ah, y por lo que respecta a Evel Cent, se ha vuelto un bien conocido mujeriego, o sea que tenías razón, no lo necesitaba en mi vida. Lo cual no quiere decir que se equivoque acerca del fin del mundo. Ni tampoco, por cierto, que tenga razón.

—Ahora que hay armonía —dijo Quijote—, hemos entrado en el sexto valle, que es el valle de la Maravilla, en donde cobrará existencia el amor perfecto y eso traerá el final feliz que todos queremos.

—Ah, es verdad —dijo la Cama Elástica—. Ahora también vas por ahí vendiendo el Juicio Final. Muy bien, pues, te perdono porque se acerca el fin del mundo.

—¡Aleluya! —exclamó Quijote—. Y ahora que he sido perdonado ya únicamente me queda rescatar a la mujer que amo y llevarla a través de la maravilla hasta el séptimo valle, que se encuentra más allá del espacio y del tiempo, y donde, le pase lo que le pase a este mundo, el Caminante que llegue a sus prados podrá vivir feliz por toda la eternidad.

—¡Los Campos Elíseos! Es ciertamente una meta noble —dijo la Cama Elástica, conteniendo una sonrisa—, pero la palabra *únicamente* quizá infravalore el nivel de dificultad de la empresa.

—Ya verás —expresó Quijote, con una ráfaga de felicidad elevándosele en el pecho—. Los obstáculos están a punto de desaparecer y la era de la felicidad está a punto de empezar.

Y a las ocho en punto sin falta de la mañana siguiente, Quijote recibió un mensaje de texto de su primo y antiguo jefe, el doctor R. K. Smile, enviado desde un teléfono desechable, pidiéndole que se reunieran. Se había abierto el camino a la Amada.

En el que Hermana concluye la historia familiar y también su partida de ajedrez

«Una ciudad era una puerta, y podía estar abierta o cerrada. Londres se le cerraba de un portazo en la cara y trataba de no dejarlo entrar. Nueva York se le abría con facilidad y le permitía la entrada.» Las primeras líneas típicas de género negro de la novela de Hermano *Extracción interior* le volvieron a la cabeza en el vuelo diurno de JFK a Heathrow. Reflexionando ahora, no estaba de acuerdo, o ya no lo estaba, o por lo menos no lo estaba con la parte sobre Nueva York, no en aquellos tiempos de tensiones y enfrenamientos raciales. Su protagonista el agente secreto necesitaba replantearse su posición. La idea de Londres (8.136.000 hab.) como club sólo para miembros que no permitía la entrada seguramente también estaba anticuada. Hacía muchos años que no la visitaba. Hoy en día los clubes tenían dueños mayoritariamente extranjeros y eran los ingleses los que debían solicitar ser miembros. Pero también estaba allí la Nueva «Inglaterra para los ingleses» del populismo blanco, con sus banderas y sus «vuélvete a tu país»; había salido de su tumba en el pasado imperial muerto para rondar su presente fracturado de nación de segunda clase. «Así pues, malditas sean tus dos casas», pensó Hermano, y se pidió otro vodka con soda, el tercero, uno por encima de su límite, pero hoy lo necesitaba.

(Hacía tiempo que no se subía a un avión. Le había dado a su Quijote una pesadilla que también había tenido él, un sueño en el que primero se caía del cielo y después se ahogaba, y el miedo a volar que le había entrado después a Quijote también era de Hermano. En las pocas ocasiones en que no tenía otro remedio que volar, se noqueaba a sí mismo con Trankimazin y así aguantaba el viaje. Aquella vez había elegido vodka en vez de los ansiolíticos. De momento estaba funcionando bien.)

Desde que se había reunido con su hijo perdido había estado pensando en las familias rotas —en su familia rota— entendidas como alegorías de fragmentaciones mayores, y de la búsqueda del amor y la curación como misión en la que estaba embarcado todo el mundo, y no sólo el loco de su Quijote.

Hizo una anotación en su teléfono: «No te olvides de resolver también la historia de amor de Sancho». Era el último añadido a una lista que llevaba haciendo desde que había despegado el avión. «No te olvides de las visiones de Sancho; la realidad empieza a ser más fantasmagórica. No te olvides de la llave de Quijote. ¿Qué abre, y que hay dentro?» Y una más: «*Quijote* suena en inglés como la expresión *key shot*». Un *key shot* era un poquito de cocaína o de heroína llevados a la nariz con una llave. No sabía cómo esto encajaba en la historia de Quijote. Quizá no tuviera sitio. Se quedaría en forma de anotación y terminaría borrado.

El avión perdió altitud de golpe y deprisa, como una de aquellas pelotas que Galileo se imaginaba que dejaba caer desde la torre inclinada de Pisa, como un ascensor precipitándose por su hueco, como un hombre en el vacío. Se le derramó la bebida, pero atrapó el vaso antes de que se cayera. El capitán habló rápidamente por el intercomunicador, intentando tranquilizar a los pasajeros y al mismo tiempo dándoles instrucciones de emergencia. De momento no hacía falta que se pusieran las mascarillas de oxígeno. «Quédense en sus asientos con los cinturones abrochados.» Aquello eran más que simples *turbulencias*, pero los pilotos tenían controlado el avión, o al menos la voz insistía en eso, no de forma muy convincente. El 747 se sacudía, iba a trompicones y daba bandazos de lado a lado. A muchos de los pasajeros les había entrado el pánico. Había lloros y chillidos. También vómitos. A Hermano, para quien aquello era una pesadilla hecha realidad, y que siempre había sabido con una parte de su mente que los aviones eran al mismo tiempo demasiado enormes para volar y demasiado frágiles para resistir las fuerzas inmensas de la naturaleza, le pareció interesante comprobar que se mantenía tranquilo. Seguía dando sorbos a su copa. ¿Era posible que se le hubiera pasado el miedo a volar en el momento exacto en que era perfectamente racional tener miedo? «Tanto tiempo escribiendo sobre el fin del mundo —pensó—, y lo que estaba haciendo en realidad era imaginarme la muerte. La mía, haciéndose pasar por la de todo el mundo. Un final privado reformulado como universal. Llevo tanto tiempo pensando en ello que ya no me coge por sorpresa.» Levantó la copa y le dedicó un brindis al ángel gigante de la muerte, un cráneo mondo visible dentro de una túnica negra con capucha, plantado en el horizonte y agarrando el avión con una mano y zarandeándolo. El ángel de la muerte hizo una reverencia a modo de reconocimiento del gesto y soltó el avión jumbo. Con una breve sacudida, el aparato retomó su curso.

Después de aquello el vuelo ya continuó sin complicaciones y los pasajeros entraron en un estado de camaradería cuasihistórica. La tripulación repartió champán gratis, incluso en clase turista. Hermano sospechaba que algunos de los pasajeros estaban teniendo relaciones sexuales de altos vuelos en los cuartos de baño. Las cosas se estaban poniendo un poco rocanroleras. Él siguió a lo suyo, se terminó su copa despacio y siguió pensando en la muerte. Que había ocupado el centro de su carrera como escritor hasta ahora. Siempre había tenido la sensación de que una historia no cobraba vida para él hasta que por lo menos un personaje odiaba a otro, o a varios otros, hasta el punto de estar dispuestos a asesinarlos. Sin matar no había vida. Sabía que otros escritores podían convertir meriendas (p. ej., la del Sombrerero Loco) o cenas (p. ej., la de la señora Dalloway) en obras maestras, o bien, si eras Leopold Bloom, un día de paseos por una ciudad mientras tu mujer te era infiel en casa, pero Hermano siempre había necesitado sangre. Corrían tiempos de sangre, no de té, se decía a sí mismo (y a los demás, de vez en cuando).

Ahora estaba volando hacia un lecho de muerte —o algo muy cercano a un lecho de muerte—, confiando en que hubiera tiempo para una escena final de reconciliación. El ángel tenía a Hermana en su puño y no parecía dispuesto a soltarla. Al final de la mayoría de las vidas, se recordó a sí mismo, la muerte no llegaba en forma de crimen, sino del gran misterio, que todo el mundo tenía que resolver solo.

Los misterios eran la analogía perfecta no sólo de la muerte humana, sino también de la vida humana. Los seres humanos eran un misterio para los demás y también para sí mismos. Algún suceso arbitrario los despertaba de golpe y empezaban a comportarse de formas de las que no se habrían creído capaces. «No sabemos nada de nosotros mismos ni de nuestros vecinos —pensó—.

La amable vecina de al lado resulta ser una asesina que le ha arreado cuarenta hachazos a su madre. Sale a la luz que el señor callado, sonriente y con barba del piso de arriba era un terrorista cuando embiste a una multitud inocente con un camión en el centro de la ciudad. La muerte nos ofrece clarificación, proyecta una luz dura y sin sombras sobre la vida, y sólo entonces podemos ver.»

La muerte de don Quijote parecía la extinción en todos nosotros de una modalidad especial de hermosa locura, de una grandeza inocente, de algo para lo que el mundo no tenía lugar, pero que se podría llamar humanidad. El hombre marginal, el hombre risiblemente aislado y obstinadamente fuera de lugar y también indiscutiblemente desquiciado se revelaba en su momento final como el más importante y aquel a quien más había que llorar. «Acuérdate. Ten esto presente ante todo.»

Levantó la persiana de su ventanilla para contemplar el cielo ya despojado de peligro. Tenía puntitos blancos bailándole en el campo de visión. Padecía de cuerpos flotantes, ya hacía mucho tiempo, pero tenía la impresión de que el problema se estaba agravando. A veces se le juntaba un grupo de cuerpos cerca del rabillo del ojo y entonces le parecía que el universo se estuviera deshilachando. Como si hubieran aparecido espacios vacíos en el tejido de lo existente.

Volvió a cerrar la persiana de la ventanilla. «Somos vagabundos perdidos —pensó—. Nos hemos comido a las reses del dios del sol y hemos incurrido en la cólera del Olimpo.» Cerró los ojos. Hermana estaba esperando en Londres. Eso era lo que importaba ahora. La muerte, y Quijote, y todo lo demás, podía esperar. Un cuarto vodka, en cambio, sería buena idea.

(Antes.)

—Hola.

—Hola, Hermano.

—Esto es buena idea, ¿verdad? Tener estas charlas para conocernos antes de encontrarnos en la vida real... Ha pasado mucho...

—Sí, es buena idea.

—Si prefieres, podemos hacerlo por Skype o FaceTime o videollamada de WhatsApp. O con Signal, si por alguna razón quieres la conversación encriptada.

—No.

—¿No la quieres encriptada?

—No, no quiero Skype ni FaceTime ni videollamada de WhatsApp ni Signal.

—¿Por qué no? Simple curiosidad.

—No quiero tener que vestirme para ti. Cuando esté lista puedo mandarte una foto reciente.

Aún no lo estoy.

No le dijo que ya la había buscado en Google.

—No hace falta que te vistas.

—Con el teléfono ya me vale.

—¿Quieres ver una foto mía?

—Hoy no. —Eso quería decir que ya lo había buscado en Google.

—Muy bien. ¿Quién empieza entonces? Si quieres...

—Empieza tú.

—Confiaba en que no lo dijeras.

—Empieza tú.

—Pues empiezo disculpándome.

—Es justo y apropiado.

Lo primero que tenía que hacer era acostumbrarse al acento. Hermana llevaba toda la vida en Gran Bretaña, él lo entendía, así que era natural que tuviera acento británico, pero ¿hacía falta que hablara como la puta reina? «*Ay'm so heppy to heah from you. The rain in Spain stays mainly on the plain. In Hahtf'd Heref'd and Hempshah, hurricanes hahdly evah heppen. Rule Britennia, Britennia rules the waves. Ez is only raight and proppah.*» Mitad Isabel II, mitad *My Fair Lady*. No se podía ser más blanca.

Había algo más en su voz por teléfono, sin embargo, algo que ni siquiera las vocales afectadas podían disimular: un pequeño temblor, una fragilidad, que ella estaba haciendo un gran esfuerzo por disimular (o eso le parecía a Hermano).

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—No cambies de tema.

De forma que Hermano se disculpó. Se acordó de cuando Quijote se había puesto formalmente de pie para hablar y luego de rodillas y tocando el dobladillo del vestido de la Cama Elástica. Este último acto de penitencia no era el estilo de Hermano, aunque si hubieran estado haciendo una videoconferencia sí que se habría puesto de pie. Intentó hablar con algo parecido al tono formal de su personaje y mostrar unos remordimientos sinceros e incondicionales. Al terminar se dio cuenta de que se le había acelerado el ritmo cardíaco y de que estaba jadeando, un viejo acusando el esfuerzo. Tenía que empezar a preocuparse en serio por lo que comía, y por estar en forma, se dijo, y no era la primera vez. Douglas Adams, autor de la *Guía del autoestopista galáctico*, había muerto después de ir al gimnasio tal como estaba obligado a hacer todo el mundo en California siguiendo las leyes no escritas del estado; venerar en el altar del cuerpo a todos los dioses de la salud, cuyos nombres sólo conocían aquellos que, siendo veganos y no comiendo gluten, se volvían lo bastante puros como para recibir aquella información: Fuflungs, la deidad etrusca de las plantas, el bienestar y la felicidad; Egle, la diosa griega del resplandor saludable; Maximón, el héroe divino maya de la salud, Haoma de Persia y Panacea la diosa de la curación universal. Desde que Hermano se había enterado de la muerte de Adams, había empezado a decir, medio en broma y medio a la defensiva, que había que evitar el ejercicio porque mataba. «Que no cunda el pánico. Pónmelo con guarnición de patatas fritas.»

Pero ahora, después de no hacer nada más cansado que pedirle perdón a su hermana por sus fechorías del pasado, se encontró estresado y jadeante. El ángel de la muerte esperó un momento y por fin lo soltó. (Más tarde, cuando el ángel soltara el avión a bordo del cual estaba cruzando el océano, pensaría: «Ya he gastado dos vidas y no soy un gato».)

Sus pensamientos revueltos acerca de la muerte y el equinoccio llenaron el intervalo que quedó entre la conclusión de su disculpa y el inicio de la respuesta de Hermana, que llegó al cabo de una larga pausa. Cuando ella habló, fue con palabras igual de mesuradas que si estuviera haciendo una declaración legal.

—Es obvio que el remordimiento y el perdón están relacionados —dijo—. Pero no se trata de una relación de causa y efecto. La conexión entre ambas es el acto. Le corresponde al que ha ofendido decidir si siente o no pesar y remordimientos por la ofensa, si está dispuesto o no a

disculparse a fin de enmendarse. Y le corresponde al objeto de la ofensa decidir si se siente o no capaz de aparcarla y cerrar la cuestión, es decir, perdonar. La decisión del objeto de la ofensa no está supeditada a la decisión del que ha ofendido. Alguien puede sentir remordimientos genuinos y disculparse de forma genuina y aun así no ser perdonado si el objeto de la ofensa no está listo para perdonar. Y al contrario, uno puede no estar listo para pedir perdón y, aun así, recibirlo si el que perdona está dispuesto a aceptar que lo pasado pasado está. Tú te has disculpado. Era y es tu decisión. Acepto que es una disculpa genuina. Ahora me corresponde a mí decidir si perdono o no lo que hiciste. O quizá ya lo haya decidido. O quizá no lo decida nunca.

—Me alegro de que haya por lo menos una abogada en la familia —contestó Hermano—. Papá y mamá estarían muy orgullosos.

Ésos fueron sus primeros movimientos. El propósito de la apertura en el juego del ajedrez, pensó Hermano, era establecer el dominio del centro del tablero y conferirles a tus piezas la mayor ventaja posicional posible. Había empezado con un sacrificio, la disculpa sin reservas, pero no quedaba inmediatamente claro si el resultado había mejorado su posición. En las conversaciones siguientes se dedicaron a dar vueltas el uno en torno al otro: Hermano reticente a humillarse más y Hermana jugando con cautela, defensivo y lento. Se aventuraron en los recuerdos de infancia sin demasiado éxito. El pasado, la plácida muerte de la madre, el padre suicida con su bote vacío de pastillas en la mesilla, la aventura de Hermana con Pintor Mayor de Cara Triste, la bofetada, todo parecían arenas movedizas en las que uno de ellos o los dos podían muy fácilmente hacer algún movimiento en falso y perder un terreno que costaría mucho volver a capturar. Sus primeras incursiones en los viejos tiempos llevaron a conversaciones tensas.

—¿Todavía cantas?

—Sólo en la ducha.

—Qué lástima. ¿Ya no eres Piolina?

—Me comió la lengua el gato.

Después, en unas cuantas conversaciones incómodas de este tipo, evitaron las reminiscencias por acuerdo mutuo implícito.

Hermano no tardó en dejar atrás la metáfora del ajedrez. El ajedrez era un juego de guerra y él estaba intentando hacer las paces. El ajedrez terminaba cuando matabas al rey, y sólo podía haber un ganador. Y él no estaba intentando ganar. Estaba intentando reconquistar algo que había perdido.

Descubrieron que les costaba menos hablar del presente. Despacio al principio y luego cada vez con mayor pasión, Hermana le habló a Hermano de su trabajo por la igualdad racial y de sus casos *pro bono* en los tribunales.

—He llegado a un punto en que he tenido que dejar todo eso —dijo en una de sus primeras admisiones de vulnerabilidad—. No quiero admitir que los salvajes están ganando, que la selva está avanzando y reconquistando el mundo civilizado (la selva, donde la única ley es la ley de la selva), pero todas las semanas hay muchos días que te producen esa sensación. La sensación de que tengo que levantarme a diario y golpearme la cabeza contra la pared. Después de un par de décadas de hacer esa clase de trabajo, necesito empezar a cuidarme la cabeza. Es hora de abandonar mi puesto frente a la pared y dejar sitio para una cabeza más joven. Ya le toca a otra persona.

No todos los obstáculos que afrontaban sus clientes eran raciales. Algunos eran capitalistas: por ejemplo, muchos miembros de la comunidad bangladesí de Londres trabajaban en restaurantes, y muchos de sus patrones bangladesíes les negaban los derechos laborales más básicos. Otras vallas que saltar eran ideológicas.

—No pienso pelearme para defender el puto derecho de las mujeres a llevar el velo, el hiyab, el niqab, lo que sea —declamó—. Todas esas jóvenes de hoy en día que definen el velo como signifiante de su identidad. Siempre les digo que sufren lo que el actualmente nada de moda filósofo Karl Marx habría denominado falsa conciencia. En la mayor parte del mundo, el velo no es una elección libre. Los hombres imponen la invisibilidad a las mujeres. Esas chicas que están llevando a cabo en Occidente su, entre comillas, «decisión libre», están legitimando la opresión de sus hermanas en las partes del mundo donde la decisión no es libre. Se lo digo y ellas se escandalizan. Me dicen que mis comentarios les resultan muy ofensivos. Yo les digo que a mí me lo resulta el velo. Es agotador. Me tiene amargada. Necesito parar.

Durante aquellas conversaciones, ella no le habló de la otra razón más imperativa por la que estaba renunciando a todo aquello: la noticia que había recibido relacionada con la salud, la invasión completamente injusta de la que había sido objeto por parte de un segundo carcinoma, la leucemia linfática crónica, o LLC, con el cuerpo ya arrasado por su pírrica victoria contra el cáncer de mama. Todavía no tenía la sensación de que la noticia le perteneciera a él, de que tuviera derecho a conocerla. Lo que hizo, en cambio, fue hablar con orgullo de los logros de Hija en el negocio de la moda. También habló largo y tendido de su marido «Jack», el cariñoso juez, y dando un paso hacia una mayor intimidad le contó que le gustaba llevar vestidos de mujer cuando tenían invitados en casa.

—Lo que nuestros amigos sí entienden, aunque nadie más parece entenderlo hoy en día, es que esa costumbre no tiene nada que ver con la sexualidad. Es una preferencia indumentaria. Por lo menos, en nuestro pequeño círculo afortunado se tolera.

Hermano le volvió a oír una especie de agotamiento en la voz y trató de decirse a sí mismo que seguramente se debía al hecho de que no se sentía a gusto con las actitudes progresistas convencionales de los tiempos que corrían. La vieja oposición simple entre izquierda y derecha ya no funcionaba, y una mujer como Hermana, que se había identificado con la izquierda durante toda su carrera, ahora podía muy bien sentirse agotada por la nueva retórica. Había llegado el momento de que otro diera los cabezazos contra la pared.

No terminó de convencerse. A su hermana le pasaba algo, se lo oía en la voz cada vez que hablaba, pero entendía que ella aún no confiaba lo bastante en él para revelarle qué era.

Él le contó un poco de Quijote, el personaje del anciano adicto a la tele enamorado de una desconocida. Ella se rio.

—Me alegro de oír que eres capaz de burlarte de ti mismo —repuso.

Hermano empezó a presentar las habituales protestas de literato: que no soy yo, que es un personaje de ficción, etcétera, pero ella lo interrumpió.

—No te molestes —le dijo—. Prefiero creer que te estás parodiando a ti mismo. Hace que me caigas mejor.

Él no le habló de la Cama Elástica, ni le dijo a Hermana que le había dado a la media hermana ficticia de Quijote la misma enfermedad y la misma cirugía brutal por las que ella había pasado hacía muchos años. La revelación podía esperar a más adelante. Quizá a mucho más

adelante. Estaba bastante seguro de que a su hermana no le sentaría bien.

(«Cuando nace un escritor en una familia, esa familia está acabada», dijo una vez Czesław Miłosz.)

Los dos estaban encontrando la manera de llegar al otro. Tuvieron una única discusión, en la que el famoso mal humor pirotécnico de Hermana por fin obtuvo una última y espectacular vía de salida, pero incluso aquella conversación fue afectuosa, o eso le pareció después a Hermano, y trató de la rabia que le causaba a Hermana el largo silencio de Hermano, los años que había tardado en plantearse una reconciliación. Durante todo aquel tiempo le había robado a ella su vida familiar. Su regreso, y su intento de reconstruir el vínculo entre ambos, la enfurecían por lo tarde que se habían producido, algo que ella interpretaba como indiferencia, falta de sentimientos y lo que con su acento de Eliza Doolittle/Isabel II denominaba *gilipollez*.

—¿Alguna vez has entendido, o has poseído siquiera la capacidad de entender, la sensación que me habría producido imaginar que tenía a un hermano mayor a mi lado al que pudiera acudir y en quien pudiera buscar apoyo si lo necesitaba? No, da igual, es una pregunta retórica, ya conozco la respuesta. Por supuesto que no te lo podías imaginar, carajo, porque estabas demasiado ocupado dando vueltas por el puñetero Nueva York, montándote tus puñeteras fantasías de espías. ¿Sabes quién fue el verdadero James Bond? Pues un experto en aves jamaicanas a quien Ian Fleming le robó el nombre para ponérselo a su agente 007. Creo que esa anécdota te resume bastante bien. En calidad de agente secreto (perdón, de persona que escribe sobre agentes secretos), serías un ornitólogo perfecto. Como ser humano, ni la mitad de bueno.

Para Hermana, aquello no era más que el carraspeo introductorio. A continuación vino el aria, un canto acusador a la altura del poderoso «*Abscheulicher!*» del *Fidelio* de Beethoven. Su hermano era un monstruo sin corazón; ¿acaso no entendía —«¡Oh, ser abominable!»— que la vida humana era breve y que cada día de amor que se le robaba era un crimen contra la vida misma? No, por supuesto que no lo entendía, aquella comprensión estaba más allá del conocimiento de los monstruos, de los *seres abominables*, que retozaban y gruñían en el lodo de la fealdad y se elevaban para asesinar todo lo que era bello o lo que, con una crianza adecuada, se convertiría en belleza. Nunca habían tenido una relación muy estrecha, se lamentó, pero si él le hubiera mostrado el más pequeño deseo de acercamiento, ella se lo habría devuelto multiplicado por mil. En cambio, se había producido aquella acusación injusta de crimen financiero, le había pegado la bofetada y habían venido los años siguientes de ausencia orgullosa y contumaz, y todas éstas eran cosas imperdonables. Y a pesar de eso había habido veces —¡muchas veces!— en que ella se había dicho a sí misma: «¡Sí! Puedes hacer lo imposible, puedes perdonar lo imperdonable, deja sólo que te lo pida, deja que venga a tu puerta y te diga, por fin, después de tanto tiempo, después de los años de ceguera causada por su estupidez, que reconoce todo lo que hizo mal, que siente el dolor que sentiste tú por su injusticia, que ve la verdad, y que la verdad es que es culpable de gilipollez, y por tanto, deja que en tu puerta, con la cabeza gacha, el gilipollas pida perdón». Eso era lo único que él tenía que decir y hacer. Y ahora, ahí estaba, diciéndolo, pero lo había dejado para tan tarde, había sido estúpido durante tanto tiempo, que la furia de ella no se podía aplacar. «Cuelga el teléfono y lárgate, quítame esa voz de mi oído, que regrese el silencio entre nosotros, porque estoy acostumbrada a ese silencio y ya es demasiado tarde para la paz...» No. No era eso lo que quería decirle. «Vuelve a llamarme mañana. Hoy ya no queda más que decir.»

O algo por el estilo.

Y después de aquella diatriba, ella se quedó agotada.

—Tengo que irme —dijo con voz débil, y colgó.

A Hermano le dio la impresión de que ella había usado hasta el último gramo de su fuerza, de la fuerza *que le quedaba*, y que había llegado al borde del colapso. Después de aquella llamada telefónica permaneció mucho rato sentado en silencio con sus pensamientos. Intentó no permitir que la Sombra se volviera real. Pero estaba cada vez más convencido de que ella estaba muy enferma.

Después del estallido vinieron varios días sin llamadas. Cuando por fin lo llamó, estaba más tranquila y callada. Le hizo más preguntas sobre su escritura y él se sorprendió a sí mismo haciendo de forma voluntaria algo que no hacía nunca, que era hablar de una obra suya en marcha. No era un hombre particularmente supersticioso, pero sí que tenía una superstición: no dejes que te salga de la boca tu trabajo o bien ya no te saldrá nunca de los dedos. Pero contestó las preguntas de Hermana de bastante buen grado, y lo animó el interés de ella por lo que tenía que contar. Le contó que quería enfrentarse a la destructiva y aturdidora cultura basura de su época igual que Cervantes había ido a la guerra contra la cultura basura de su tiempo. Le contó que también estaba intentando escribir sobre un amor obsesivo e imposible, sobre relaciones entre padres e hijos, sobre peleas entre hermanos y, sí, sobre cosas imperdonables; sobre los inmigrantes indios, el racismo que sufrían y los maleantes que había entre ellos; sobre ciberespías, ciencia ficción y el entretrejimiento de las realidades ficticias y «reales», sobre la muerte del autor y el fin del mundo. Le dijo que quería incorporar elementos de parodia, de sátira y de pastiche.

«Nada muy ambicioso, pues», dijo Hermana.

«Y también trata de la adicción a los opioides», añadió él.

Fue entonces cuando las defensas de ella se vinieron abajo. Cuando él le contó la investigación que había llevado a cabo acerca de la epidemia de los opioides en América y de las estafas asociadas a ella, sintió que Hermana prestaba más atención, y cuando le habló del personaje del doctor Smile, el pérfido empresario del espray de fentanilo, y de la falta de escrúpulos con que permitía que su producto llegara a manos de gente que no lo necesitaba, o bien no con fines médicos, consiguió toda la atención de ella. Para cuando terminó, ella ya había tomado una decisión.

—Tengo que contarte algo de mi estado —dijo, y con un destello de lucidez él se acordó de su encuentro con el hombre que se hacía llamar Lance Makioka, entre otros nombres.

«La mujer distanciada de usted que vive en el extranjero —le había dicho Makioka—. ¿Cuánto sabe de su estado presente?» Y cuando Hermano le había preguntado a qué se refería, él se había retractado del término: «Debería haber dicho “situación”. De su situación actual». Y ahí estaba otra vez, la palabra amenazadora.

—De tu estado —repitió él, y ella se lo contó.

Ella se había puesto en contacto con el médico de América, la persona de piel morena, el máximo especialista, pero le había dicho con franqueza que no le apetecía demasiado volar para invertir, ¿cuánto?, ¿seis meses?, ¿el resto de su vida?, ¿todo su dinero?, recibiendo tratamiento en Estados Unidos. El especialista había estudiado su caso, se había mostrado atento, amable y comprensivo, y la había remitido a un «tipo muy bueno» que residía en Londres. La enfermedad era impredecible. En algunos casos, con el tratamiento adecuado, se podía prolongar muchos años la vida. En otros, lamentablemente, todo avanzaba deprisa.

—Yo estoy en la segunda categoría —le dijo a Hermano con voz inexpresiva—. El pronóstico es malo.

—¿Cómo de malo?

—Malo.

—Ya veo.

—Lo que me da más miedo es el dolor —le contó—. Dicen que las mujeres tenemos una tolerancia al dolor mucho más alta que los hombres. Dicen que es porque somos nosotras las que tenemos que pasar por el parto. Yo digo que es porque la mayoría de las mujeres lo tenemos todo mucho más alto. Pero una vez ondeada esa bandera, he de admitir de inmediato que no soy una de esas heroínas. Le tengo terror al dolor. Al dolor final..., ¿cómo lo llaman ahora? Al dolor avanzado.

—Lo siento mucho —dijo él.

—No es culpa tuya —repuso ella—. Y resulta que sí que hay algo que puedes hacer para ayudarme.

—Lo que sea —asintió él.

—Tu personaje ficticio, el doctor Smile —dijo ella—, y su espray ficticio, el InSmile™. ¿Se basan en algo real? Me pregunto si quizá has leído sobre algún médico o médicos reales, o todavía mejor, quizá los conozcas en persona. O sobre un producto o productos que existan en la vida real...

Hermano se pasó un momento muy largo sin contestar.

—Así pues, «lo que sea» no era verdad —dijo Hermana.

—El espray sublingual de fentanilo ya está disponible en el mercado —contestó él con cautela—. Y el dolor avanzado —y se refrenó de decir «en los pacientes con cáncer terminal»— es exactamente para lo que está pensado. Estoy seguro de que tu médico británico sabe lo que hay disponible en el Reino Unido y te puede recetar el fármaco adecuado.

—¿No has oído hablar de los médicos británicos? —replicó ella—. No les gusta dar a sus pacientes medicina para sus males. Creen que la medicina es mala para la gente enferma.

—Pero estoy seguro de que en tu caso, si el pronóstico es...

—¿Sí o no? —insistió ella—. ¿Me lo puedes conseguir? ¿Conoces a alguien?

Hermano se volvió a tomar un momento para contestar.

—Sí —dijo entonces—, conozco a alguien.

—Pues hazlo por mí —pidió ella—. Y luego súbete a un avión lo más deprisa que puedas.

—Sólo quiero decir que eres una abogada muy respetada y que tu marido es juez, y que esto estaría al límite de la ilegalidad. O ni siquiera al límite, de hecho.

—Hazlo por mí —repitió ella.

—Muy bien —dijo él.

—Y ven pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Súbete a un avión y ven.

Todos las zonas aduaneras de los aeropuertos están diseñadas para hacer que hasta los inocentes se sientan culpables. NADA QUE DECLARAR: era como si el letrero dijera ERES HOMBRE MUERTO. Hermano estaba convencido de que lo iban a parar y a descubrir que estaba en posesión de una sustancia altamente controlada, sin ninguna prueba de su derecho a llevarla; es decir, tan condenado como si fuera de camino a la horca. Pero en el drama en el que había aceptado participar, de momento todavía era un actor secundario, de manera que llegó sin problemas a la libertad sin restricciones de la zona de Llegadas.

Hermano le pidió al taxista que encendiera el aire. El taxista no lo entendió. Tuvo que decir «aire acondicionado». El taxista le dijo que no funcionaba, que lo sentía, colega, que abriera una ventanilla. Lo que entró por la ventanilla abierta fue una ráfaga de aire caliente. Londres estaba en medio de lo que el taxista llamó una «canícula». Una ola de calor en Londres, pensó Hermano, sonaba a oxímoron, a llovizna interminable en Los Ángeles. Y sin embargo, allí estaba, la temperatura a las nueve de la noche no bajaba de los ochenta y muchos grados Fahrenheit, que debían de ser en la escala centígrada..., ¿treinta?, ¿treinta y cinco? Quién sabía. No había manera de entender a los británicos y sus sistemas. Los letreros de las carreteras daban las distancias en millas, pero las básculas de los cuartos de baño usaban kilogramos. Se podía comprar una pinta de leche en el supermercado o una pinta de cerveza en un pub, pero en la gasolinera se medía la gasolina en litros. Los atletas corrían la «milla métrica», quinientos metros, pero el campo de críquet tenía veintidós yardas de largo. El dinero era decimal, pero todo lo demás era un lío, y hasta la Unión Europea ya hacía tiempo que había renunciado a hacer que los británicos estandarizaran sus pesos y medidas, uno de los muchos indicios tempranos de que el país se resistía a ser plenamente europeo.

Era casi un alivio llegar en medio de una crisis ajena y dejar atrás las crisis de América. En su país ya había dejado de escuchar las noticias y evitaba las redes sociales para permanecer en la medida de lo posible al margen de la locura diaria. Tenía un libro por escribir y una crisis privada por resolver, la crisis de Hermana, y ya no le quedaba energía para nada más. El apocalipsis de Occidente iba a tener que ponerse a la cola.

Contempló el cielo nocturno y experimentó una vez más una ilusión de vacío. Tenía agujeros en su campo de visión, manchas de nada. Le parecían de un tipo distinto de los cuerpos flotantes a los que estaba acostumbrado. Así que o bien había comenzado a experimentar alguna clase de degeneración de la retina o bien el deterioro del cosmos que había profetizado su personaje Evel Cent había empezado a ocurrir no sólo en el mundo ficticio, sino también en el real. Era absurdo, se rió a sí mismo: «Eso no es lo que está pasando, ni mucho menos. Es algo que me inventé». Tomó nota de visitar a un oculista cuando volviera de Londres.

Llamó al teléfono de Hermana. Le contestó una voz femenina desconocida.

Era Hija.

—Está descansando —le dijo—. Pero te estamos esperando. Tienes tu habitación lista. Y además... —Hizo una pausa y siguió—: Me muero de ganas de conocerte. No sé cuánto tiempo llevo esperando a que pase esto, y debo confesar que fui yo quien escribió el primer e-mail desde el ordenador de mi madre. Peón a Rey Cuatro. Fui yo.

—Pues estoy en deuda contigo —contestó Hermano—. Llego enseguida.

—Deberías saber —añadió Hija bajando la voz— que a mi padre le cuesta perdonar a quienes agravian a mi madre. Igual que ella se pone furiosa cuando alguien lo critica a él. Siempre han ido así, se superprotegen entre ellos. Te lo digo por si ves que cuando llegas se muestra un poco frío contigo. Ya se hará a la idea, estoy segura, ahora que mi madre y tú habéis arreglado las cosas.

—Gracias por el aviso —dijo Hermano.

Se acordaba del barrio de sus días de estudiante, cuando llevaba el pelo largo y un bigote de Zapata y camisas violeta y pantalones acampanados de terciopelo aplastado. En aquellos tiempos, en la calle del famoso mercado de los fines de semana, había lo que la gente solía llamar una tienda de fumetas llamada Dog Shop, cuyos dueños, por razones desconocidas, habían pegado una nariz gigante a la pared de encima de la entrada. En algún lado había leído que en los viejos tiempos los pobres de la zona a veces les robaban los perros a los ricos, se los llevaban, los entrenaban para que contestaran a nombres distintos y se los volvían a vender a sus antiguos dueños en aquella misma calle. Un día había entrado en la Dog Shop y había preguntado si el nombre venía de aquella historia, pero la única respuesta había sido la perplejidad de fumeta hippie: «No, colega. Sólo es un nombre, colega». «Lástima», pensó. Ya entonces, hacía medio siglo, la cultura estaba empezando a ser algo sin memoria, lobotomizado, sin sentido de la historia. El pasado era para los muertos. Apaga la mente, relájate y déjate llevar por la corriente.

Y el restaurante de debajo de casa de Hermana se llamaba Sancho. Había momentos en que parecía que el mundo entero fuera un eco de su novela en marcha.

Llamó al timbre. Sonó un zumbido y la puerta del apartamento se abrió con un clic. El juez Godfrey Simons, con camisa blanca de cuello abierto y pantalones de tela, salió al rellano de la escalera para recibirlo. La bienvenida, tal como le había avisado Hija, no fue cálida.

—Mira quién aparece en nuestra puerta después de tantos años —dijo el juez—. ¿No te parece un poco siniestro presentarte justo en este momento, después de no molestarte en mandarnos ni una triste postal desde los tiempos de Maricastaña? ¿No te parece un pelín macabro?

Hija lo apartó de en medio.

—Para, papá. —Y dirigiéndose a Hermano—: Nos alegramos de tenerte en casa. Y mi padre no es tan cascarrabias como acaba de parecer. —Se volvió hacia su padre—: Compórtate.

Él soltó un soplido de burla afable y dio media vuelta. Hermano subió la escalera y entró.

Cuando se había imaginado a Hermana desde el otro lado de la línea telefónica, la imagen de ella se había visto influida por su acento grandilocuente. Se la había imaginado vestida más o menos como la reina, con pesadas telas con estampado de flores que parecían más bien tapicería o cortinas, y que le daban pinta, en su imaginación, de mueble humano. A veces, si tenía el ánimo juguetón y poco amable, se imaginaba una diadema en su cabeza y en su cuerpo uno de aquellos vestidos de gala verdugados y de mangas anchas que había visto en los programas de *Masterpiece Theatre* sobre la familia real Tudor. Por culpa de aquellas fantasías de vestidos de gala y tapicería, no estaba preparado para el estado real de la mujer que había ido a ver, que era: el de una mujer muy enferma. Se encontraba en su dormitorio del piso de arriba del dúplex y fue incapaz de bajar la escalera para darle la bienvenida, o tal como descubrió pronto, para cualquier

otra razón. Había perdido mucho peso y en aquel estado cuasicadavérico necesitaba ayuda para limpiarse o hacer sus necesidades. La enfermedad era una humillación diaria, pero la soportaba sin quejas. Sólo su voz seguía fuerte.

—Hay varias complicaciones que pueden derivar de la LLC —le dijo a Hermano sin perder tiempo, después de un breve abrazo—. Las menos importantes son las infecciones del tracto respiratorio inferior y superior. He experimentado ambas. Por desgracia, han sido el menor de mis problemas. También puede pasar que se te vaya al carajo el sistema inmunitario. Las células que tienes para combatir las enfermedades se vuelven locas y atacan a los glóbulos rojos, como si de pronto un abogado defensor cambiara de bando y se uniera a la acusación. No pasa muy a menudo, pero me está pasando.

—Lo siento —dijo Hermano, usando las palabras que usaba la gente cuando se quedaba sin palabras.

—Oh, todavía no he llegado a lo mejor —repuso ella—. La LLC aumenta el riesgo de desarrollar otros cánceres, como por ejemplo melanomas y cáncer de pulmón, y sí, lo has adivinado, ahora tengo sombras en los dos pulmones. Ésa es la medalla de plata. La medalla de oro la gana la propia LLC. Muy de vez en cuando se puede convertir en un cáncer mucho más agresivo, llamado linfoma difuso de células B grandes. Los profesionales del cáncer lo llaman síndrome de Richter, seguramente porque es un evento de magnitud sísmica. Los profesionales de morirnos lo llamamos «despídete». Y eso es lo que tengo ahora. Bienvenido a Londres.

Iba conectada a lo que el juez llamaba su «aparato de Heath Robinson». Hermano tuvo que hurgar en su memoria para acordarse de quién era Heath Robinson. Pero el enredo de tubos y goteros que hacían falta para suministrar lo que el cuerpo por sí mismo ya no podía suministrar hacía que se entendiera perfectamente lo que quería decir el juez.

—Ah, vale —dijo—. Una máquina de Rube Goldberg.

—Aquí no nos hace falta la versión americana, gracias —replicó el juez, todavía hostil—. Nos basta y nos sobra con Heath Robinson.

No estaba bien discutir junto al lecho de una moribunda, pero Hermano no pudo resistirse a un último asalto.

—También está Ungenio Tarconi —dijo.

Al juez se le puso la cara roja.

—Pórtate bien, Jack —le advirtió Hermana.

Asintiendo con gesto reflexivo, el juez se volvió para marcharse.

—Os dejo que hagáis lo que sea que tengáis que hacer —dijo—. Estaré abajo.

Hija también se fue del dormitorio, y Hermano y Hermana se quedaron a solas.

—Pues ya me ves —dijo ella—. Estoy flaca, ¿no?

Estaba recibiendo asistencia paliativa a domicilio. Durante el día pasaba por allí mucha gente. Médicos, enfermeras, cuidadores profesionales de pago, terapeutas y amigos. Más tarde se hacía cargo la familia. Hija pasaba la mayoría de las noches en su casa. El juez y ella compartían el turno de noche.

—Están los dos agotados —comentó Hermana—. Es por eso por lo que Jack está tan irritable. Le gusta dormir.

—Lo puedo entender —asintió Hermano—. Me pasa lo mismo.

—Ya no voy a durar mucho —dijo Hermana. Se había informado exhaustivamente sobre los signos de la inminencia de la muerte—. Patrones cambiantes de sueño y vigilia —añadió—, los tengo. Nunca sé cuándo me voy a quedar dormida y me despierto a las horas más raras. Disminución del apetito y la sed, la tengo, y eso que me encantaban la buena cocina y los buenos vinos. Ir de vientre muy poco y en muy pequeñas cantidades, lo cual no está mal porque necesito ayuda para ir al lavabo y limpiarme, así que cuanto menos, mejor. La situación de la presión sanguínea no es buena, y el corazón se me acelera a menudo y a veces me cuesta respirar bien. ¿Todo esto es demasiado para ti? Se te ve un poco pálido. ¿No? Muy bien, pues, seguimos. También sufro, siento decirlo, incontinencia. Tengo una sábana de goma debajo, es como volver a ser un bebé, imagínate cómo me gusta eso *a mí*. Y la temperatura corporal me fluctúa. A veces sudo y otras veces tengo la piel fría. Es una lista larga. El cuerpo lucha para sobrevivir hasta el final mismo. Somos todos vírgenes con la muerte y nos resistimos a ser desflorados.

»Ah, y oh, sí, hay un signo más. Más dolor.

—¿Eso es un gotero de morfina? —preguntó Hermano, y ella asintió con la cabeza.

—Le he cogido amor a la morfina —dijo—. Pero confío en que me hayas traído algo mejor. ¿Me lo has traído?

—He traído una provisión —contestó él—. Pero no te la quiero dejar en la mesilla porque hay un riesgo considerable de sobredosis. Una dosis de diez microgramos te da una hora de alivio más o menos, y sólo lo has de usar cuando la morfina no cubra el dolor, y hay límites estrictos acerca de cuánto puedes usar al día.

—¿Y qué pasa si no obedezco?, ¿que me puedo morir? —Soltó una risotada y la risa se convirtió en tos, que tardó un momento largo en parar y produjo expectoraciones, y había sangre mezclada con los mocos.

—Te recuerdo lo que me acabas de decir —le dijo Hermano—. No te dejes desflorar fácilmente.

—Dale los espráis a Jack —dijo ella—. Jack es quien se encarga.

Aquella noche Londres estaba llena de ruidos, chillidos que traía el aire oscuro y que revelaban angustias lejanas, gritos de furia, un alborozo borrachuzo que sonaba a brujas riendo en sus escobas. Hermano estaba despierto en el pequeño dormitorio de invitados —despacho de Hermana, Hermano en el sofá cama— escuchando los ruidos más próximos, Hija y el juez despertándose y descansando, yendo a la cabecera de Hermana para hacer lo que hiciera falta. El aire estaba despejado, pero Hermano tenía la sensación de estar perdido en la niebla y de no saber el camino a casa. ¿Acaso ya se había terminado su tarea allí? ¿Debería marcharse? Y si no se marchaba, ¿qué podía hacer para ayudarla? La niebla se espesó a su alrededor y se quedó dormido.

—Cuéntame una historia —le dijo ella por la mañana—. Háblame de cuando jugabas al escondite dentro y alrededor de la Bota de la Vieja del parque Kamala Nehru de Malabar Hill. Háblame de las *jams* matinales de jazz de Colaba y de cómo escuchábamos el saxo de Chris Perry y la voz de Lorna Cordeiro y luego nos llevaban a Churchgate a comer pollo a la Kiev en el Gaylord. Cuéntame aquel viaje que hicimos a Goa en Navidad en que san Francisco Javier salió de su ataúd en la basílica de Bom Jesus y nos dio su bendición. Háblame de las montañas de las

Espicias de Kerala y de los elefantes de Periyar. Háblame de cuando hicimos nuestro primer y último muñeco de nieve en el altiplano cachemir de Baisaran. Háblame de cuando fuimos hasta la punta de Kanyakumari y las olas nos llegaban de los lados y de delante y todas nos rompían a los pies y nos mojaban y fuimos felices. Háblame de cuando fuimos a visitar la casa de Satyajit Ray en Calcuta y su familia nos enseñó los cuadernos en los que preparaba sus películas, con las imágenes al lado izquierdo y el texto a la derecha. Háblame de la noche en que cogí un hacha e hice pedazos el radiogramófono Telefunken para que nuestros padres no pudieran volver a bailar juntos. Háblame de cuando tú y yo protagonizamos una ola de asesinatos por toda la India que duró años, hasta que nos pillaron a bordo de un Cadillac antiguo y nos llenaron de agujeros, que era exactamente como habíamos decidido morir, porque es importante decidir cómo te mueres. Cuéntame lo que sea. Cuéntamelo todo. No hay mucho tiempo.

Él entendió que Hermana le estaba pidiendo que le contara lo que ella soñaba, y no nada que hubiera pasado en la realidad, así que lo que hizo fue contarle lo que se imaginaba él, o en otras palabras, su libro. Al principio ella lo interrumpía todo el tiempo, diciendo: «Eso no es ni la mitad de bueno que la historia que quiero que me cuentes, la historia de cuando nos escapamos del piso de Soona Mahal y atracamos un banco». O bien: «Creo que deberías parar y hablar de la noche en que salimos volando por la ventana de nuestro dormitorio y fuimos flotando por el aire de Westfield Estate y nos asomamos a todas las ventanas de los dormitorios de los adultos y los vimos hacer el amor, o roncar, o pelearse, o las tres cosas, no en ese orden». Pero cuando se puso a hablarle de la juventud de «la señorita Salma R» y del día en que su abuelo la agarró por las muñecas y la besó en la boca, ella permaneció muy atenta. Cuando se acercaba al final de su historia, ella lo detuvo.

—No es posible —dijo.

—Es ficción —contestó él confundido.

—Nunca te hablamos de eso. «No se lo contaremos», dijimos, «le sentaría muy mal».

—¿Nunca me hablasteis quiénes?

—Mamá y yo.

—¿Y qué es «eso»?

—¿Te lo contó otra persona? Si no, ¿cómo puedes saberlo? ¿Te lo contó él?

—¿Quién es «él»?

—De verdad no lo sabes.

—No tengo ni idea de qué estás hablado.

—No lo sabes y te lo inventaste sin saberlo.

—Creo que ahora eres tú quien tiene que contarme una historia. ¿Pasó algo entre nuestro abuelo y tú? ¿Es posible?

—No fue nuestro abuelo.

—¿Pues quién?

—¿Por qué crees que mamá dejó a papá y se fue a vivir a Soona Mahal? Cuando yo tenía cinco años.

—Oh —dijo él, y sintió que le fallaban las piernas.

—Pero ¿mamá y tú pensabais contarme esto en algún momento?

—Sí. No. Quizá cuando fueras mayor, pensamos.
—Pero si eras mucho más pequeña que yo. Yo era el mayor.
—Eras el hijo predilecto. El primogénito y único varón. Había que protegerte.
—Ni siquiera confiaste en mí cuando tenías cinco años.
—Lo siento. Pero esto no trata de ti.

—Se rompió toda tu imagen del mundo —dijo—. Y tuviste la sensación de haberte vuelto loca.

—Sí.

—Y yo ni siquiera me di cuenta.

—Chicos. No se dan cuenta de nada.

—Y cinco años más tarde se reconciliaron y tuvimos que volver a vivir con él. Tuviste que volver a vivir con él.

—Imagínate cómo me hizo sentir.

—¿Cómo se le ocurrió a mamá? ¿Cómo pudo hacer algo así?

—Quizá pensó que ya lo habíamos castigado bastante. Quizá pensó que yo ya era mayor y que él habría aprendido su lección. Quizá pensó que las familias siempre tienen que intentar estar juntas y que los niños necesitan un padre. Quizá le preocupaba que circularan rumores y que nos trajeran vergüenza. Quizá *ya estuvieran* circulando rumores y ella ya estuviera avergonzada. Quizá pensara: «Lo quiero». Quizá quisiera bailar.

—¿Y papá había aprendido su lección?

—Nunca volvió a tocarme. Nunca volvió a mirarme a los ojos. Casi nunca hablaba directamente conmigo. Me tenía resentimiento. Y se negó a pagarme una educación en el extranjero.

—O sea que no fue sólo porque fueras una chica y eso te hiciera inferior.

—Eso también. Pero en cualquier caso yo no quería su dinero. Trabajé, me gané mis becas y me largué de allí gracias al sudor de mi frente. Nunca regresé y nunca volví a pedirles nada a ninguno de los dos.

Era desconcertante descubrir a una edad tan avanzada que la historia de tu familia que habías llevado siempre contigo —y dentro de la que habías vivido siempre, en cierta manera— era falsa, o por lo menos que habías ignorado su verdad más esencial, que se te había vedado. Que no te contaran toda la verdad, tal como debía de saber perfectamente Hermana gracias a su experiencia jurídica, equivalía a que te mintieran. Aquella mentira había sido su verdad. Quizá fuera la condición humana, vivir dentro de ficciones creadas por las mentiras o por el ocultamiento de la plena verdad. Quizá la vida humana fuera en realidad ficticia en ese sentido, porque quienes la vivían no sabían que no era real.

Y luego él había estado escribiendo sobre una niña imaginaria en una familia imaginaria y le había dado un destino similar al de Hermana, sin saber cuánto se había acercado a la verdad. ¿Acaso de niño había intuido algo y luego, por miedo a lo que había adivinado, había enterrado la intuición tan profundamente que no conservaba recuerdos de ella? ¿Y acaso podían los libros,

algunos libros, dar acceso a aquellas cámaras secretas y usar lo que allí encontraban? Estaba sentado a la cabecera de la cama de Hermana, ensordecido por los ecos entre la ficción que se había inventado y la ficción en la que lo habían obligado a vivir.

Aquello no trataba de él, le había dicho su hermana, y tenía razón. Pero se estaba muriendo y él la sobreviviría, y después le tocaría a él llevar esa carga, porque ella ya la habría soltado.

Hermana dormía gran parte del día, a rachas. El juez estaba ocupado haciendo papeleo en su escritorio. Hija corría entre su negocio y su madre. Los miembros del equipo de paliativos iban y venían. Hermano encontró una silla de madera de respaldo recto y la puso en una esquina del dormitorio de Hermana, donde no estorbara. Tenía un cuaderno sobre la rodilla y hacía sus anotaciones en él.

«En el valle de la Maravilla —dijo Quijote—, el Viajero, en presencia de la Amada, se queda sobrecogido y entiende que nunca ha sabido ni entendido nada.»

«Hay un viejo chiste judío —le dijo Evel Cent a la señorita Salma R en un segmento eliminado de su entrevista—. En el chiste, un viejo judío en la Alemania de la década de 1930 va a una agencia de viajes en busca de un país al que escaparse. En el mostrador de la agencia hay un globo terráqueo y el viejo judío se dedica a señalar un país detrás de otro: Estados Unidos, Canadá, México, el que sea, y cada vez que señala uno el empleado de la agencia niega con la cabeza y le dice que no, que allí ya no aceptan a más refugiados. Al final al viejo judío se le terminan los países, de forma que aparta la vista del globo y le dice al empleado: “Bueno, o sea que éste lo tiene lleno. ¿Y no tiene otro?”. Nuestro proyecto de las Tierras vecinas contesta esa pregunta con un “Sí” enorme. Sí, ese viejo judío puede ser parte de la gente NEXT. Igual que podemos todos.»

«Grillo Parlante —susurró Sancho de noche en su dormitorio—. Pepito, ¿estás ahí? Necesito algo: una vida independiente, lejos de Papá Q. Se acerca el momento de dejarlo atrás y seguir mi camino. Pero antes hay dos cosas que necesito de verdad.» ¡Puf! El grillo apareció en su cama con cara de pocos amigos. «Creo que ésta va a ser mi última visita —le dijo—. *La mia ultima visita*. Después tendrás que apañártelas solo. A ver, ¿qué pasa? No pidas demasiado. Acuérdate de la mujer del pescador y del lenguado que hablaba.» «¿Qué pasa con ellos?» «Pues que el pez mágico, que por cierto era alemán, pero yo no hablo alemán, se dedicó a concedérselo todo. Cuando el pescador encontró al lenguado, estaban viviendo en un cuchitril, en un *vase da notte*, porque eran pobres de solemnidad. Luego vinieron el oro, las riquezas, todo. Pero al final la mujer del pescador fue demasiado lejos. Dijo que quería ser el papa de Roma. De manera que el pescador le dijo al pez: “Mi esposa quiere ser el papa. *Il papa*”. Cuando llegó a casa, descubrió que todos los regalos del pez habían desaparecido y que volvían a vivir en un cuchitril. Ésa es la historia alemana, que en italiano no cambia mucho.» «Pero yo no quiero ser el papa —dijo Sancho—. Quiero dos cosas. Quiero un teléfono móvil y quiero el número personal de la chica, no el de la oficina.» «Mírate en el bolsillo —contestó el grillo parlante—, y *addio per sempre*. Adiós para siempre.»

«¿Es usted la señora Smile? —preguntó el primer hombre de traje negro y gafas oscuras envolventes—. ¿La señora Happy Smile?» «Sí», dijo ella. «Sí, señora, soy Will Smith, agente especial a cargo de la Oficina del Inspector General del Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos. Éste que me acompaña es Tommy Lee Jones, agente especial del FBI. ¿Está en casa su marido?» «No, está en viaje de trabajo.» «Señora, vamos a necesitar entrar. Esto es una orden de registro.» «Pero mi marido es un hombre honorable, un ciudadano prominente, muy respetado en la ciudad, un benefactor público, un patrón de las artes.» «Señora, también traemos una orden para detenerlo.»

(Nota: los nombres de los agentes son obviamente provisionales. No se trata de esos mismos hombres de negro.)

Y una más:

«Si uso en mi libro la muerte de Hermana, ¿será explotación o uso legítimo? Y también: ¿a quién haré morir? —Y añadió una posdata—: ¿Cómo de cabrón soy?»

Hermana se despertó y lo miró directamente, con expresión alerta y presente, pero tenía la mente confundida. Hizo una serie de comentarios que parecían ir dirigidos a otras personas, como si lo estuviera confundiendo con alguien, y de pronto, y de manera chocante, preguntó en todo imperioso:

—No me estoy muriendo, ¿verdad que no?

Él contestó sin pararse a pensar:

—No —dijo—. No, cariño, no pasa nada, sólo estás descansando.

Después de aquello se pasaría mucho tiempo preguntándose si había contestado lo correcto. Si cuando le llegara su turno y le hiciera aquella pregunta a sus seres más queridos, ¿preferiría la mentira reconfortante o la verdad que le permitiera estar preparado para la grandeza del fin de la vida? Él creía que preferiría saber la verdad, pero todo el mundo a quien preguntaba le decía: «Yo habría hecho lo mismo que tú». Una vez más, la preferencia humana de la ficción por encima de los hechos.

Hermana asintió ligeramente con la cabeza.

—Me alegro de que hayas venido —dijo reconociéndolo por fin—. Ha estado bien. —Sonrió un poco y volvió a quedarse dormida.

«Ya tengo lo que vine a buscar —pensó él—: la absolución.»

Se quedó en la cama escuchando los ruidos de la ciudad de noche. La música nocturna de Manhattan la tocaba la orquesta de las máquinas de emergencia al hacer su trabajo —ambulancias, camiones de bomberos y coches de policía corriendo a la escena del crimen— y a veces algún camión de la basura o máquina quitanieves que daba marcha atrás bajo tu ventana. En Londres oía voces, y, un poco distanciado de la objetividad por todo lo que había oído y visto desde su llegada, le costaba saber si eran seres humanos o fantasmas o voces de ángeles o demonios, cosas de otro mundo, voces etéreas como las que oían los grandes místicos, Juana de Arco, san Juan de Dios, Aurobindo, Osho, Buda. La ciudad parecía estar chillándole de dolor al cielo nocturno, pidiéndole socorro. Hombres y mujeres mortales desesperados y agonizantes, sin acceso a la felicidad ni a la paz. Monstruos en el tejado como súcubos gigantes, cogiendo aire y sorbiendo toda la alegría y la esperanza de los seres humanos.

Y entre todo aquel caos él había cruzado el océano sólo en busca del amor de una mujer a la que no conocía realmente.

«Quijote y yo ya no somos dos seres distintos, uno creado y el otro que crea —pensó—. Ahora formo parte de él, igual que él forma parte de mí.»

Al día siguiente Hermana anunció que iba a celebrar, a las cuatro de la tarde, una pequeña merienda para la familia. El juez e Hija dijeron al unísono: «Excelente idea», y se ofrecieron para salir a comprar pastelillos y bollos y magdalenas y bizcochos. Hija dijo que ella haría los sándwiches de pepino.

—Y lo vamos a hacer abajo —ordenó Hermana además—, y con música. Estoy harta de estar en este dormitorio. Aquí dentro hay una mujer muy enferma y me está empezando a molestar.

Hermana se levantó y se vistió, con la ayuda de Hija, con una fina falda de brocado indio, blusa blanca y joyas antiguas de plata, no procedentes de la tienda de su lascivo padre, del bazar Zayvar, sino del distrito del bazar Zaveri, que también estaba en la ciudad que ella insistía en llamar Bombay. En el bazar Zaveri el precio de las joyas no tenía nada que ver con su antigüedad ni con la calidad de la orfebrería, sino que se basaba únicamente en el peso y en la pureza de la plata. A ella le gustaba aquel enfoque práctico, decía. Dejar de lado la vanidad de los artistas y el sentimentalismo de la edad en beneficio de lo que tenía un valor verdadero: el peso y la pureza. Hija le había traído una magnolia y ella se la puso en el pelo. El juez también se había emperifollado con su mejor traje de noche, un precioso vestido ceñido de color plateado con flecos de encaje por debajo de la rodilla.

—Del señor Cecil Beaton —le dijo a Hermano—. *Sir Cecil Beaton*, ya que lo preguntas.

Todos ellos, Hija, Hermano y el juez, tuvieron que ayudarla a bajar la escalera, Hija bajando hacia atrás por delante de su madre, con los brazos extendidos, para evitar que se cayera, y los dos hombres detrás, ayudándola a bajar despacio, paso nervioso a paso. Los miembros del equipo de paliativos esperaban a un lado, listos para ayudar, pero entendiendo, gracias a sus enormes reservas de compasión humana, que aquello era un asunto de familia. (Durante la merienda familiar los asistentes se retiraron al dormitorio de Hermana en la planta de arriba. Más tarde, al terminarse la merienda, Hermana prefirió permitirle a uno de ellos, un camillero joven y fuerte, que la subiera en brazos a su habitación.)

—¿Lo sirvo yo? —preguntó Hermana, como si hubiera alguna duda al respecto, y les sirvió el té a los presentes, y se consumieron los pastelillos y los sándwiches de pepino, y el aroma de todo se vio potenciado enormemente por la mezcla de dolor y placer de saber que se estaba haciendo algo excelente por última vez.

»Lo que me alegra —comentó— es que justo antes de que me saliera todo esto en el cuerpo, firmé un seguro de vida bastante cuantioso y ahora los cabrones van a tener que pagar una fortuna que le irá de maravilla a mi hija. —Y soltó una risa larga y aguda. No podía engañar a la muerte, pero le había hecho una jugarreta a la compañía aseguradora que le daba casi la misma alegría, dijo.

En su declaración no había mencionado al juez, pero éste se rio tanto como ella. «Qué extraño», pensó Hermano. ¿Por qué no se alegraba Hermana de dejarle algo a su marido también para su ancianidad? ¿Y por qué a él no le importaba?

—Creo —declaró después de que se bebiera el té y se consumieran los pastelillos y los sándwiches— que quizá cante un poco, como antaño. —Pero entonces la acometió un dolor enorme y reclinó la espalda en su asiento con un grito ahogado.

»Jack —exclamó, y él acudió con el espray calmante y ella abrió la boca y levantó la lengua y recibió el alivio. A continuación dejó que la subieran en brazos de vuelta a la cama.

«Vida familiar —pensó hermano—, un momento de ella después de una vida entera sin ella, y tendrá que bastar con eso.»

El fentanilo era cien veces más potente que la morfina. Por tanto, la dosis letal era cien veces más pequeña: dos miligramos frente a doscientos. El spray sublingual de fentanilo era todavía más potente y funcionaba mucho más deprisa. Las dosis medicinales del spray se medían y se suministraban en microgramos, de forma que para llegar al nivel letal sólo hacía falta usar el spray debajo de la lengua varias veces y deprisa. El envase del producto llevaba advertencias del peligro de sobredosis bien visibles y expresadas con palabras severas.

Habían hecho sus planes metódicamente, Hermana y el juez, porque eran los dos personas diligentes. Conocían las dosis requeridas, habían calculado los efectos de sus distintos pesos corporales (ella había bajado a menos de cuarenta y cinco kilos, mientras que él estaba cerca de los noventa), y habían destruido todas las marcas identificativas de ambos espráis, borrando los números de serie y la dirección de la fábrica, para que a Hermano no lo pudieran acusar después de haber suministrado la droga mortal sin receta; también habían dejado instrucciones meticulosas —en una carta apoyada en un cojín al pie de la cama de Hermana— para la venta de sus activos y propiedades. Le mandaban todo su amor y sus disculpas a Hija y le pedían que no estuviera triste, sino que se alegrara de que se hubieran ido del mundo tal como habían vivido en él: juntos. Escritos con la caligrafía de Hermana al pie de la carta (el juez había escrito el resto, aunque era obvio que lo habían concebido todo entre ambos), había un par de versos de «Sobre una gota de rocío» de Marvell: «Qué lista para marcharse / qué feliz de ascender». Estaba lista y había decidido cuándo y cómo dejarse desflorar. Los dos lo habían decidido y habían sido fieles a su cita.

Hermano se despertó de golpe en mitad de la noche, lleno de triste y repentina comprensión. Las voces incorpóreas de la noche se habían callado, como si también ellas entendieran. Salió de la cama en pijama y fue rápidamente a la habitación de Hermana. Se quedó escuchando un momento. Hija estaba durmiendo en el sofá de abajo. Pero el silencio que se oía al otro lado de la puerta cerrada de Hermana no era el silencio de los que duermen. Abrió la puerta y entró. El juez estaba en una silla junto a la cama, todavía con el vestido plateado, la barbilla apoyada en el pecho. Hermana había estado sentada en la cama, pero se había caído de lado de tal manera que le había quedado la cabeza apoyada en el hombro de su marido. En su mesilla de noche había dos piezas de ajedrez, el rey blanco y la reina negra, las dos caídas, renunciando a la partida. Habían cambiado las reglas, Jack y Jack. La reina se había rendido y el rey también. No había vencedor, o bien habían vencido los dos.

Ahora Hija también estaba allí, abriendo y leyendo la carta. Cuando levantó la vista de las páginas, Hermano le vio en la mirada la furia que había heredado de su madre.

—Vaya, gracias por venir, Tío, y ahora deberías marcharte —dijo con voz salvaje—. No te preocupes. No te señalaré. Nadie irá a por ti.

Él se acercó a ella; ella retrocedió.

—Yo te traje —dijo Hija—. Peón a Rey Cuatro. Ha sido culpa mía. Craso error.

Se volvió para mirar a sus padres. Tenía los puños cerrados con fuerza.

—La historia que nos contaste de tu vuelo de Nueva York —dijo—. La del ángel de la muerte. Por fin la entiendo. La calavera encapuchada eres tú. Viniste a cobrarte sus vidas y eran sus vidas las que tenías en el puño. El ángel de la muerte eres tú.

En el avión de vuelta a casa, medio dormido, bajo el influjo del vodka y del dolor, Hermano vio que su reflejo le hablaba desde la ventanilla: «El mundo ya no tiene otro propósito más que termines tu libro. Cuando lo hayas hecho, empezarán a apagarse las estrellas».

*Quijote alcanza su meta, tras lo cual la
vergüenza y el escándalo rodean a la Amada*

Al entrar en Central Park por Inventor's Gate, Quijote se tocó el ala del sombrero para mostrarle su respeto a la estatua de Samuel Morse y se preguntó: «¿Qué mensaje en código, punto-punto- raya, elegiría mandar ahora si le dieran la oportunidad? ¿Quién diría ser ahora, qué deseos formularía y qué secreto querría darle a conocer al mundo entero o bien a un solo ypreciado individuo?». Y se contestó a sí mismo de inmediato: «Era un amante, deseaba únicamente el amor de su Amada y mandaría aquel amor con el telégrafo del señor Morse o bien lo gritaría desde los tejados o bien se lo susurraría al oído a su Amada, y aquel poderoso amor sería el cumplimiento del único propósito restante y función óptima de la Tierra misma». También pensó en otro inventor más contemporáneo, el científico empresario Evel Cent, y en sus máquinas NEXT. Era posible que aquellos portales mágicos del señor Cent, el *Mayflower* y compañía, hubieran sido creados para propiciar un final perfecto, en el que Quijote y Salma escapaban de este valle agonizante de lágrimas para vivir un éxtasis eterno en —¿cómo lo había llamado la Cama Elástica?— los Campos Elíseos. Todo encajaba a la perfección.

Se sintió fluir de vuelta a sí mismo. Llevaba demasiado tiempo en el valle de las disculpas y la curación, en el valle de la armonía restaurada; demasiado tiempo en el reino de lo necesario, que había que soportar para hacer posible lo que uno necesitaba. La Cama Elástica lo había llevado de viaje por el pasado y lo había envuelto en un pasado que ya no tenía sentido para él, y en cualquier caso aquel pasado únicamente era la versión que daba ella de los acontecimientos y también de él, una versión dentro de la cual todavía sospechaba a veces que la verdad se había visto invertida de alguna manera por el camino. Había momentos en que lo poseía la idea de que de hecho había sido ella quien lo había tratado mal *a él*, quien lo había acusado de cosas, quien no lo había amado, y si consiguiera acordarse, si consiguiera dejar atrás aquella niebla de su mente que le impedía acordarse, sería capaz de ver, de saber, de decir, de hacer frente a su hermana con los hechos, con el conocimiento de que la historia que contaba ella estaba de culo (si es que en la intimidad de sus pensamientos se podía permitir esa vulgaridad), de manera que la persona que tenía que recibir las disculpas era quien había terminado disculpándose, humillándose formalmente y también de forma inmerecida. Pero no se acordaba. Sólo había confusión y la niebla. Y finalmente se le pasó aquello, dejó de importarle, seguramente ella tenía razón, y en cualquier caso había hecho falta hacer las paces, había hecho falta presentar una rendición, la ofrenda de una espada vencida, postrarse de rodillas, incluso en unos términos tan injustos. Después de tantos años, su hermana lo había obligado a ponerse una piel que ya no era de su talla, y había tenido que llevarla como si fuera una camisa de pelo, que hacer penitencia por algo que no

recordaba haber hecho. Daba igual. Ahora se había quitado aquella vieja piel y había reemergido él, Quijote: el caballero galante, el *amant* místico, el Galahad en plena misión, el buscador del grial del amor, reuniendo fuerzas a modo de preparación para llevar a cabo, por fin, su encuentro amoroso.

En el momento de la reconciliación también se había producido una separación. Quijote había entendido que un caballero que está en plena misión no puede aceptar ni siquiera una noche de comodidad en un palacio residencial, ni siquiera en calidad de inquilino de su propia hermana. Dicho caballero debe mantenerse duro, ascético, puro. La blandura era debilidad. «¿Y te funciona eso?», le había preguntado la Cama Elástica, ofreciéndole generosamente comodidad y un respiro de su largo deambular. Y sorprendiéndose a sí mismo, su hermano le contestó: «No». El Blue Yorker, pese a todos sus defectos, le resultaba un sitio mejor. Era la clase de historia en la que estaba, y no una del tipo loft en Tribeca. Se encontró a sí mismo ansioso por regresar a su habitación y reconfortarse viendo la tele.

—Gracias —le dijo a su hermana—, pero nos vamos a quedar donde estamos, mi hijo, mi coche y yo.

Sancho reaccionó escandalizándose.

—No puedes decirlo en serio.

—Te aseguro que no puedo hablar más en serio —respondió Quijote con severidad—. Éste ha sido un encuentro importante y me siento agradecido, pero necesitamos seguir nuestro camino.

A continuación vino un motín.

—Quizá no necesitemos seguirlo juntos —repuso Sancho—. Quizá ya es hora de que yo tenga una vida propia. Todo hombre tiene su propio Grial, ¿no es verdad? Fuiste tú quien me lo enseñó. Tú tienes a tu Amada y yo tengo a la mía.

—En primer lugar —dijo Quijote—, no estás listo para ser un hombre, y en segundo lugar, esa chica, Preciosa de Beautiful, no es más que una quimera.

—Y entonces, dime —replicó descortésmente Sancho—, ¿qué es la señorita Salma R?

Y aquí intervino la Cama Elástica.

—Ha sido una velada difícil —dijo—. Todo el mundo está cansado. Dejemos esto para más adelante. Si el chico quiere quedarse, déjalo que se quede. Si tú —añadió dirigiéndose a su hermano— insistes en volverte a tu cuchitril, pues adelante. Tomémonos todos un descanso. Mañana será otro día.

Mientras conducía de vuelta a su desagradable hotelucho del Uptown, Quijote sintió el vacío del asiento contiguo, lo sintió en forma de dolor agudo, como si le hubieran cortado un brazo. Se preguntó si acaso aquello sería lo último y lo más difícil que se requería de él: el sacrificio de un hijo. Agamenón había sacrificado a su hijo para poner el viento en sus velas. Pero Agamenón había terminado muerto en su bañera, asesinado por la vengativa madre de Ifigenia, Clitemnestra, su reina. ¿Acaso aquel asiento del pasajero vacío también era su sentencia de muerte?

Pero Sancho no tenía madre. Las historias de la Antigüedad no siempre tenían ecos modernos. Y sí: todo hombre tenía su Grial.

Pasaron tres días sin noticias del doctor Smile, ni tampoco de Sancho ni de la Cama Elástica. Quijote permanecía sentado a solas en su habitación, bañado en la luz de la pantalla. Un hombre le dijo que dentro de dos años todo el mundo creería que la Tierra era plana. Una mujer le dijo que las vacunas formaban parte de una conspiración global contra los niños. Un hombre le dijo que los rastros de condensación que dejaban los aviones de gran altura se componían de agentes químicos y biológicos que permitían manipular psicológicamente a los seres humanos, o que esterilizaban a las mujeres para controlar la explosión demográfica, o que demostraban el uso de armas biológicas o químicas sobre un mundo desprevenido. Una mujer le dijo que alguien conocido como Q tenía pruebas ilícitas de una conspiración contra el gobierno. Un hombre le dijo que había mucho tráfico en la FDR.

Él permitió que todo aquello lo bañara, la materia de la vida electrónica, la sustancia múltiple de las ondas hercianas. Ni lo aceptaba ni lo rechazaba. No era ningún juez. Ni siquiera la coincidencia de la Q de su seudónimo con el apodo del arquitecto del QAnon tenía un interés más que pasajero para él. Estaba pasando el tiempo de la manera que más le gustaba y el tiempo estaba transcurriendo. Con eso le bastaba. No le interesaba ponerse analítico con la realidad. La realidad era aquella habitación, aquel juego de sombras y luces, y aquella espera de la llamada.

Y al cuarto día llegó la llamada.

Andaba buscando un árbol, un viejo roble rojo. Lo encontró no muy lejos de la estatua de Hans Christian Andersen, contemplando a (o dejándose contemplar por) un patito que estaba allí presente por razones literarias familiares en las que no hace falta detenernos. Quijote prefería — al mismo tiempo lo prefería y lo aterraba— el cuento de la sombra. Las sombras eran contraidentidades traicioneras y crípticas, y había que vigilarlas. (También a Peter Pan se le había escapado en un momento dado la sombra, y Wendy se había visto obligada a atraparla y volver a cosérsela con su aguja hábil y meticulosa.) Quijote se había pasado toda su misión vigilando a medias a su propia sombra, pero de momento, para su alivio, ésta no había manifestado ningún indicio de adquirir espíritu independiente, naturaleza maliciosa o inclinaciones románticas competitivas. Bajo la sombra dorada del árbol otoñal, su sombra estaba desterrada, y así pues, sintiendo un hormigueo, un caleidoscopio de mariposas en el vientre, esperó, y mientras esperaba, pensó —por supuesto— en la televisión.

Igual que el rey Arturo había necesitado a su Merlín, Quijote también había acudido hoy al parque para encontrarse con el mago que había de realizar el hechizo que él necesitaba. No le había gustado la serie de televisión que habían hecho hacía unos años sobre la juventud de Merlín. Hoy estaba buscando a un hechicero adulto, no a un chaval imberbe y necesitado de madurar. Hoy en día todo el mundo quería juventud. ¡Menudo tedio! El joven Indiana Jones. El joven Han Solo. El joven Sherlock Holmes. El joven Dumbledore. En cualquier momento harían una miniserie sobre el joven Matusalén. En calidad de persona mayor, quería que se invirtiera la tendencia. ¿Por qué no una versión vieja de *Sexo en Nueva York*? Unos *Friends* viejos. Unas *Girls* viejas. Versiones viejas de *Gossip Girl*, *Housewives*, *Bachelors*. O modelos viejas en la pasarela. (Al fin y al cabo, Victoria había vivido hasta ser una reina muy vieja, y estaba claro que no había dejado de tener secretos en la vejez.) De acuerdo, *Las chicas de oro*, vale. Pero era una sola serie. ¿Por

qué no *Los Simpson de oro*? ¿O Fonz de viejo en *Días felices de oro*? Él vería esas series. Y la población de América estaba envejeciendo, ¿verdad? Pues eso. Era hora de parar de consentir a los cabezas huecas de los jóvenes. Y empezar a consentir a las cabezas dementes de los viejos.

El hechicero de la vieja serie de la tele de los ochenta había sido un tipo bajito. El mago al que Quijote estaba esperando apenas medía un palmo más que su estrella, David Rappaport. Buscó con la mirada a aquella persona, un hombrecillo de talante enérgico y con cierta vacuidad ética: su primo, el dueño de su destino, el doctor R. K. Smile.

¿Por qué estaba Quijote tan seguro de lo que le esperaba? La respuesta estaba a la vista de todo el mundo que la quisiera ver. Estaba en el número cada vez mayor de manchas que le bailaban en el campo de visión. En realidad, todo el mundo había empezado a ver las mismas manchas, pero debido a la indignante capacidad que presentaban los seres humanos para no entender lo que tenían delante de las narices, se estaban postulando explicaciones que eran mucho más complicadas que la verdad.

Ya hacía mucho tiempo que se conocía la enfermedad ocular que causaba puntos ciegos en la retina, y de hecho ya hacía tiempo también que era la causa principal de ceguera entre los americanos, pero ahora estaba alcanzando —o eso proclamaban todas las autoridades y revistas médicas de prestigio— estatus de epidemia global, o incluso, para usar un término muy querido por los escritores, de plaga. Las plagas tenían orígenes misteriosos, elegían a sus víctimas al azar y eran incontrolables. Causaban el pánico en las calles y a menudo requerían que se cavaran fosas comunes en las grandes ciudades. La Mancha Negra, tal como se estaba llamando a la nueva plaga ocular, no parecía ser mortal, aunque sus consecuencias incluían un número creciente de accidentes automovilísticos, que a veces sí provocaban víctimas mortales. También se estaban produciendo accidentes ferroviarios en muchos países, con una frecuencia por encima de la media, la mayoría poco importantes, pero unos cuantos verdaderamente catastróficos. Además, por los aeropuertos de todo el mundo se informaba de errores cometidos por pilotos de líneas aéreas durante los aterrizajes. En los países donde estaban disponibles los costosos fármacos que podían tratar la plaga, las existencias empezaron a agotarse, por mucho que hubiera mucha gente a quien le daba miedo probar el tratamiento —inyecciones regulares en el blanco del ojo para despejar la retina—, daba igual que supieran que quedarse ciego era peor que un pinchazo en el ojo. La causa de la enfermedad era el deterioro de la mácula, la parte central de la retina, que controlaba la capacidad de los seres humanos para leer, conducir, reconocer caras y colores y ver objetos con detalles pequeños. A menudo también se producía un goteo de sangre sobre la superficie de la retina. Sin embargo, en muchos países los oculistas que ahora estaban ocupados a tiempo completo tratando la avalancha de casos informaban de resultados extraños. De hecho, en la mayoría de los casos se podía decir que los pacientes tenían los ojos cien por cien sanos. Y sin embargo, los efectos aparentes de la degeneración retiniana estaban presentes en su visión. Era un misterio médico al que nadie podía ofrecer una solución verosímil.

Eso no quería decir que no se estuvieran postulando teorías. El científico empresario Evel Cent, director ejecutivo y presidente del nuevo gigante tecnológico CentCorp, se había dedicado a presentar de forma insistente, e incluso estridente, su explicación escatológica a cualquiera que quisiera escucharlo, aunque al principio nadie la consideraba creíble. El deterioro, declaraba muy enfáticamente en todos los medios disponibles, no se estaba produciendo en la visión de la especie humana, sino en el mundo. No en lo que veía, sino en lo que era visto. Y citaba muy a

menudo el viejo grafiti de los años sesenta: «No ajustes tu mente, la realidad es defectuosa». Y realmente la realidad era defectuosa, y estaba empeorando, y todo el mundo necesitaba despertar y entender lo que estaba pasando. El cosmos se estaba hundiendo. Todavía había tiempo, con el apoyo de los gobiernos mundiales y de las Naciones Unidas, de producir masivamente las máquinas NEXT en cantidades suficientes como para rescatar a una gran parte de la especie humana a base de transportarla a una tierra paralela. Él mismo estaba dispuesto a invertir su fortuna personal entera y todo su tiempo en esa empresa.

Al principio poca gente se dejó convencer. Incluso su considerable contingente de admiradores, algunos de los cuales estaban dispuestos a secundar su alarmismo, desconfiaban de las máquinas NEXT, que, si se construían en las cantidades que proponía Cent, parecían más proclives a causar una exterminación masiva de la humanidad que a transportarla a un nuevo jardín del Edén. Su experimento con el labrador *Schrödinger* había convencido a poca gente, y había mucha más que lo consideraba un montaje. Cualquiera podía decir que un perro había viajado a una «Tierra vecina» y había vuelto con buena salud. El perro en sí no podía dar testimonio, y tampoco se había hecho pública ninguna evidencia visual. Así pues, de momento Evel Cent era una voz que predicaba en el desierto, oída por muchos pero creída por casi nadie.

Quijote sí lo creía. Ya desde el principio de su misión había sabido que prepararse para el amor y hacerse digno de la Amada también requería prepararse para un final, porque después de alcanzar la perfección ya sólo se podía esperar la aniquilación. Aquellas manifestaciones, erróneamente caracterizadas como síntomas de una emergencia médica, eran las primeras advertencias de que ambas culminaciones estaban cerca.

Allí estaba el árbol y de pronto —¡puf!— allí estaba el doctor R. K. Smile. Sombrero, abrigo, maletín de cuero, como un médico del viejo mundo haciendo su ronda de visitas. ¿Y acaso había visto también una nubecilla de humor? No, había sido su imaginación, se reprendió a sí mismo Quijote. No era muy probable que su ilustre primo recorriera el país llevando en su equipaje los efectos de humo personales de la Malvada Bruja del Oeste. Por otro lado, como bien sabía él, en la Era Donde Puede Pasar Todo podía pasar todo. Quizá ahora también se pudieran conseguir nubecillas de humo. Quizá se pudieran comprar en Walmart, como las pistolas.

—¡Mejor primo del mundo! —exclamó Quijote—. Me alegro de verte. Espero que estés de buen humor.

—Caminemos un poco —dijo el doctor Smile.

Quijote percibió con cierto pesar que su primo no parecía estar de buen humor ni mucho menos. Se podía describir incluso como humor de perros.

—Hoy se ha producido un suceso en Atlanta —comentó el doctor Smile mientras caminaban en la dirección general de la caseta para botes—. Un suceso atroz, diría yo. Un suceso ofensivo relacionado con la buena de mi mujer.

—¿Con la señora Happy? —exclamó Quijote—. ¡Son ciertamente noticias inesperadas y lamentables! Confío en que no le haya acontecido un infortunio.

—Infortunio es una palabra que se queda corta —repuso en tono lúgubre el doctor Smile—. Te voy a contar lo sucedido. Tengo la necesidad de contárselo a alguien y creo que puedo hablar contigo, porque, para decirlo toscamente, no eres nadie, de forma que no se lo puedes contar a nadie que sea alguien, y además eres simple como un borrico.

Aquel comentario —de un tono muy distinto de la amabilidad con que su primo siempre se había dirigido a él— le resultó cruel a Quijote, y parcialmente incorrecto.

—Pero todo el mundo es alguien, ¿no? —replicó en tono manso—. Aunque el lenguaje puede ser confuso. Cuando decimos «aquí no hay nadie», lo que estamos diciendo de hecho es que «aquí hay nadie». Y si estoy aquí, no puedo ser nadie. Mira —dijo señalando—. Ahí, ahí, ahí. Alguien, alguien, alguien. —Se señaló a sí mismo—. Alguien —concluyó con orgullo.

El doctor Smile lo escuchó con impaciencia creciente.

—Lo dicho —dijo—. Simple como un borrico.

La descortesía de lo que decía su primo entristeció a Quijote, que intentó desviar la conversación.

—*Simple* es casi *Smile* con las letras reordenadas, ¿no? —sugirió—. Si tú o yo o los dos sólo tuviéramos la inicial P, entonces los dos seríamos *simple* con las letras reordenadas.

Aquel comentario amable no consiguió mejorar el humor del doctor Smile.

—No tengo tiempo para hablar de banalidades —ladró. Quijote estuvo a punto de replicar: «¡Entonces tienes eso en común con el famoso Evel Cent!», pero se mordió la lengua—. Hoy quiero hablar de la injusticia del mundo hacia un hombre que intenta hacerlo lo mejor que puede. Y también hacia su mujer, una testigo inocente. Happy se llama y feliz es su naturaleza.

Quijote compuso sus rasgos con un ligero fruncimiento de ceño para indicar que estaba prestando mucha atención.

—Estaba mi mujer con sus amigas —dijo el doctor Smile—, un círculo de amigas filantrópicas como ella, reuniéndose como es su costumbre en el Salón de Té Subacuático del Doctor Mombay en Candler Park.

—¿Subacuático? —Quijote se quedó desconcertado.

—Es un simple nombre —repuso el doctor Smile en tono cortante—. Es un salón de té, no un submarino.

Quijote inclinó la cabeza.

—Y entonces entraron... ¿Cómo se dice en América? Los maderos.

—¿Las amigas filantrópicas?

—Las fuerzas del orden —aclaró el doctor Smile—. Chalecos antibalas, perros, armas de asalto, como si aquello fuera una banda terrorista y no un evento social. ¿Y por qué?

—¿Por qué?

—Pues por mí —dijo el doctor Smile—. Porque se me acusa de crímenes, y en mi ausencia han ido a por ella. Cabrones.

—¿Los agentes de la ley?

—La gente que me ha traicionado. Cabrones traidores. ¿Quién más puede haber informado a la policía? Sólo la gente a quien he hecho rica. Sí, me he hecho más rico a mí mismo, pero todo ha sido obra mía. Medicuchos de aquí y de allá, haciéndose ricos. Y luego se vuelven contra mí. Cabrones. ¿Cómo se creen que te haces multimillonario en América? ¿Morgan, Carnegie, Vanderbilt, Mellon, Rockefeller? ¿En salones de té subacuáticos? He hecho lo que tenía que hacer. Es la manera americana, ¿correcto? Y aun así mis propios hijos, mis propias creaciones, esos a quienes yo he convertido en lo que hoy son, quieren salvar el pellejo a base de hundirme a mí.

»Escucha —siguió diciendo—. Yo no tengo eso que se llama sentimiento de comunidad. Toda esa *bakwas* de “nuestra gente”. Se supone que tenemos que sentirlo, ¿verdad? La lealtad a nuestra comunidad por encima de todo. El moreno antes que el blanco, los muchos antes que el uno. Y una mierda. Nuestra gente se nos acerca más para poder apuñalarnos primero, por delante, por la espalda, en las pelotas, donde sea. Hoy hablo con franqueza. Te estoy abriendo mi corazón en estos momentos de rabia. Eso de “nuestra gente” es una superchería. Mi mujer tiene ese sentimiento y yo no. Por mucho que en algunos sentidos nuestra gente pueda enseñarnos cosas. Nuestra cultura. Tiene lecciones que yo he aprendido.

»Hoy se me acusa de corrupción. ¡De corrupción! ¡A mí! ¡Nada menos que a mí! ¡Al doctor R. K. Smile! Todo el mundo sabe que lo que yo he hecho no es corrupción. Es nuestra cultura, la de nuestro antiguo país. Estás en una estación de tren, digamos en Sawai Madhopur, y hay colas largas delante de la ventanilla de los billetes. Llegas al principio de la cola y el empleado te dice: “Te has equivocado de cola, ve a esa otra de más allá”. Es frustrante, ¿verdad? Frustraría a cualquiera. Y entonces aparece un niño, de unos diez años, tirándote de la manga. “Eh”, te dice, “eh. ¿Quiere un billete? Mi tío tiene”. Y por supuesto, te pide algo a cambio de las molestias. Puedes ser listo y dárselo o puedes ser tonto y negarte. Si eres listo, verás que era verdad lo de su tío, y que el niño puede llevarte hasta su despacho del otro lado de la ventanilla, y en un abrir y cerrar de ojos ya tendrás el billete en la mano. Si eres tonto te pasarás horas yendo de cola en cola. Así somos. O estás en un mercadillo, digamos que en Thiruvananthapuram, y hay un anticuario que te está ofreciendo objetos de valor y te los quieres llevar a casa, quizá a Atlanta, Georgia, para compartírselos con tu querida familia. Pero hay leyes que no te dejan, ¿verdad? Así que puedes ser tonto y decir: “La ley es la ley”, o puedes ser listo y decir: “La ley es una chorrada”. Si eliges lo segundo, el anticuario te llevará con la persona que tiene el sello del gobierno, la persona a la que hay que convencer, habiendo especificado de antemano la cantidad necesaria para convencerlo, y en cinco minutos tu tesoro ya estará de camino a Buckhead. La ley es útil, de hecho. Te indica quién es la persona correcta a la que necesitas convencer. Si no, puedes desperdiciar perfectamente tu dinero convenciendo a una gente que no tiene el sello. Quien guarda, siempre halla. Así somos. Sabemos cuál es el aceite que engrasa las ruedas.

Se detuvo para coger aliento, jadeando un poco. Quijote esperó con paciencia.

—Tampoco a ti —dijo el doctor Smile, clavándole de golpe a Quijote un dedo con vehemencia—, tampoco a ti te interesa tu gente. Tú también vas de un lado a otro y vas a ninguna parte porque has cortado amarras, ¿verdad? Como un barco sin timón. Como un coche sin conductor. ¿Alguna vez piensas en el sitio de donde vienes y en la gente de la que vienes? No me lo parece.

—Estás enfadado —le contestó Quijote con amabilidad—. Pero yo no soy la causa de tu enfado.

—¿Qué te gusta? —siguió bramando el doctor Smile—. ¿Nuestra comida? ¿Nuestra ropa? ¿Nuestras religiones? ¿Nuestras costumbres? No creo que te preocupen esas cosas. ¿Me equivoco o no?

—Soy dueño de trece objetos que abren las puertas de la memoria —dijo Quijote—. Unas fotografías familiares, unas *maachis* «Marca Cheetah», un busto de piedra de Gandhara y una abubilla.

—Eres un tonto —replicó el doctor Smile, y de pronto, como un globo reventado, se desinfló—. Pero eres un tonto que va a tener un día muy afortunado. A mí, en cambio, hoy no me sonrío la suerte. Pero no pienso esconderme como un ratón en su ratonera. No pienso desaparecer como un ladrón en la noche. Me voy a entregar, voy a pagar la fianza que pidan, voy a llevar la puñetera pulsera en el tobillo y voy a luchar. Esto es América. Voy a luchar y voy a ganar. —Sus palabras tenían un resonar hueco, expresaban una bravuconería que no sentía.

—Es un rumbo de acción admirable —comentó Quijote.

—Lo que nadie entiende —dijo el doctor Smile con la fatiga de quien lleva una carga que otra gente no está dispuesta a levantar— es que el negocio está cada vez más difícil. Yo hago las cosas de forma responsable, con personal médico, etcétera. Pero ahora hay bandas de delincuentes que amenazan a mi gente. Tienes suerte de haberlo dejado cuando lo dejaste.

«No lo dejé —recordó Quijote—. Fui despedido.» Pero tampoco lo dijo.

—Nombres disparatados —dijo el doctor Smile, con la voz reducida a un gruñido melancólico—. Los Nine Trey Gangsta Bloods. No significan nada. Pero lo venden todo en las calles. Heroína, fentanilo, furanilfentanilo, MDMA, dibutilona. Son irresponsables y carecen de escrúpulos. Para un profesional de la medicina son anatema. Y también me revientan las ventas.

—¿Puedo preguntar —se aventuró por fin Quijote— para qué querías verme? ¿Por qué voy a tener un día de suerte?

—Eres como todo el mundo —repuso en tono triste el doctor Smile—. Yo, yo, yo. —Asintiendo con la resignación de quien sólo trabaja desprendidamente en beneficio de los demás y a quien este mundo tan egoísta no aprecia ni quiere, señaló el maletín que llevaba—. Guarda esto en sitio seguro —dijo—. Tienes la taquilla con la llave, ¿verdad?

—Sí.

—Pues guárdalo ahí. Dentro verás unos sobrecitos blancos. Cada sobre es una entrega de spray InSmile™, que habrás de hacer una vez al mes, directamente en mano de la mujer. Ella ha aceptado este procedimiento.

—¿La mujer está muy enferma?

—La mujer es muy importante.

—Pero ¿es alguien con un requerimiento médico?

—Es alguien a quien queremos complacer.

—Y esto es lo que quieres que haga —dijo Quijote. Su tono desinflado reflejaba el de su primo—. Complacer a una persona que no está enferma.

—Pregúntame cómo se llama —pidió el doctor Smile—. Y entonces veremos qué te parece.

Nada más pronunciarse el nombre, un gran resplandor se abrió en los cielos y descendió sobre Quijote en forma de cascada de dicha. Sus esfuerzos no habían sido en vano. Se había mostrado digno y por fin el Grial se había manifestado. Había abandonado la razón en nombre del amor, había aceptado la inutilidad del conocimiento terrenal, había renunciado a sus deseos y apegos mundanos, había entendido que todo estaba conectado, había dejado atrás la armonía y ahora, en el valle de la Maravilla, se encontraba el nombre de la Amada suspendido delante de él, como si estuviera en un televisor enorme de pantalla plana. Se le ocurrió que amaba al hombre que había causado aquel milagro.

—Te quiero —le dijo al doctor Smile.

Al médico, que tenía la mente en sus propios problemas, lo sobresaltó y lo horrorizó ese comentario.

—¿Qué has dicho? —preguntó en tono imperioso.

—Que te quiero —repitió Quijote. El resplandor seguía cayendo en cascada y quizá también hubiera empezado a cantar un coro celestial.

—Los hombres no dicen esas cosas a otros hombres —lo reprendió ferozmente el doctor Smile—. Sí, por supuesto, están los «te quiero» de la familia, que son aceptables incluso entre primos, pero se dicen en un tono de voz distinto. Despreocupado, como cuando das besos al aire al lado de la mejilla. ¿Qué es ese «te quieeeeeroo»? Menos emoción, por favor. No somos marido y mujer.

Pero Quijote, en plena ensoñación, tenía ganas de decir: «¿Es que no ves ese resplandor que desciende? ¿No oyes cantar a los ángeles? Se ha producido el milagro y eres tú quien lo ha causado, ¿cómo voy a reaccionar si no es con amor sincero?».

—Dile —pidió el doctor Smile, cambiando de tema— que no paramos de introducir mejoras en el producto. Que superaremos nuestros obstáculos actuales y seguiremos adelante. Pronto tendremos unos pequeños comprimidos, de sólo tres milímetros de diámetro y treinta microgramos. Serán diez veces más potentes que el espray de InSmile™. Dile que, si los quiere, también pueden estar a su disposición.

Luego Quijote comenzó a darle vueltas a la cabeza, los pájaros del parque empezaron a volar por encima de él trazando una gran espiral fantasmagórica y entró en un *agon*, una gran pugna interior, en la que todo su ser estaba en guerra, una batalla de la que era a la vez protagonista y antagonista. El primer Quijote decía en tono exultante: «Mi amor está a mi alcance», mientras que el segundo protestaba: «Se me está pidiendo que haga algo deshonesto, ¿y acaso no somos hombres de honor?». El primero exclamó: «El milagro está a mi alcance y no me puedo negar», y el segundo replicó: «No está enferma y esa medicina es para enfermos terminales». Junto a aquel roble americano que no tenía nada de tropical y aquel primo indio que no tenía ninguna ética, le vino inesperadamente a la mente escindida un verso sin sentido:

*Debajo del bam,
debajo del bú,
debajo del árbol del bambú.*

Entendió, lo mejor que podía entenderla, su verdadera naturaleza. Era impuro. Era el bam y también el bú, lo defectuoso y también lo bueno, lo honorable y también lo deshonesto. No era sir Galahad ni estaba destinado a serlo. Y en el momento de entenderlo, fue como si la estructura entera de su misión se viniera abajo, como si se marchitara y se disolviera bajo aquella luz como una criatura nocturna que odia el sol. Había sido todo un engaño, todo aquello de necesitar ser digno, de necesitar hacerse digno de ella. Lo único que importaba era aquella oportunidad que se presentaba a su puerta. Lo único que importaba era el maletín. Y eso lo convertía ya no en caballero, sino en oportunista, y un oportunista era una forma de vida completamente distinta. Y completamente indigna.

Luego tuvo un pensamiento herético. ¿Acaso era posible que ella, la Amada, también fuera indigna? Lo que se le pedía a Quijote estaba mal, pero era ella quien lo pedía. Una diosa o una reina no le pedía a su caballero o a su héroe, que llevaba el favor de ella en el casco, que

realizara tareas inmorales. De manera que si la señorita Salma R le pedía algo así, tenía tanto de diosa o de reina como él de caballero o de héroe. La petición y el cumplimiento de la petición los derrocarían a ambos de sus pedestales y los arrastrarían juntos hasta el fango. Y paradójicamente, pensó, si ella ya no era una diosa-reina, entonces ya no era imposible para él, ya no estaba fuera de su alcance. Su caída de la pureza la hacía mortal, humana y, por tanto, alcanzable.

El doctor Smile estaba diciendo algo. A través del torrente de sus pensamientos, Quijote oyó que su primo decía:

—En todos los sobres también hay Narcan, por si acaso. Tanto en forma de espray nasal como de autoinyectores.

El Narcan era naloxona, la medicación indicada en caso de sobredosis de opioides. La autoinyección producía los mejores resultados: actuaba en un par de minutos y los efectos duraban entre media hora y una hora, de manera que en situaciones de crisis importante podían hacer falta dosis múltiples. El Narcan, pensó Quijote, también era el bálsamo moral que le permitía hacer lo que le habían pedido que hiciera, el escudo que protegería a la Amada de infligirse daño a sí misma.

—Narcan, bien —dijo. Pero seguía teniendo la mente en otra parte y el doctor Smile se irritó.

—Pero ¿qué te pasa? —inquirió en tono cortante—. Quizá no seas la persona indicada para este trabajo tan simple. Quizá ya te hayas puesto demasiado gagá y chocho. Quizá no seas de confianza y me haga falta encontrar a otra persona.

¿Conocéis esas filmaciones de explosiones al revés, en las que todo *fuuuuuuuuuuup* vuela otra vez hasta recomponerse y dejar el mundo como nuevo? Pues ése fue el efecto que tuvieron aquellas palabras en Quijote. Lo pusieron alerta y atento y listo para no dejar pasar aquella oportunidad. Haría lo que la Amada pidiera de él y *che sera sera*. Puso la espalda recta y habló con claridad y firmeza:

—Soy tu hombre —dijo.

El destino lo estaba empujando a traspasar un límite moral y él se dejó empujar. También Lancelot había olvidado la ética en nombre del amor a Ginebra. No era Galahad, pero todavía podía ser Lancelot y raptar a la Amada y llevársela —tal como había prometido una vez— a la Guardia Gozosa.

—Muy bien —dijo el doctor Smile, ahora con prisas. Se sacó un papel del bolsillo del abrigo y se lo pasó a Quijote—. Aquí está todo lo que necesitas. La información de contacto, el cómo, cuándo y dónde y la cantidad de dinero que cobrar. Tienes la taquilla. Tienes la llave. Ve guardando todo el dinero ahí. Me mantendré en contacto contigo. —Al doctor Smile le vibró el teléfono—. Es la buena de mi mujer —indicó. Y ahora quien perdió la concentración fue él—. Tengo que irme. Corriendo, de hecho. Qué vergüenza. Un hombre como yo, corriendo. Tengo abogados. Lucharemos. Volveré. Como el Zorro, ¿verdad? Volveré.

Y puf, se esfumó, dejando a Quijote a solas en medio de la vulgaridad del parque, con el maletín mágico en la mano, un montón de manchitas negras parecidas a copos minúsculos danzándole en el campo de visión y la cabeza llena de preguntas sin respuesta. «¿Qué pensaría mi hijo de lo que estoy aceptando hacer, ese hijo que me acaba de abandonar?», se preguntó a sí mismo, y se respondió: «Sancho reaccionaría con esas condenas puritanas que tanto gustan a los muy jóvenes».

Regresó a la cancela, pero se detuvo junto a la estatua de Andersen y contempló al inmortal narrador como si fuera un segundo patito. A medida que se acercaba el final de su viaje, era normal que la mente del viajero regresara al principio.

—Un viejo necio contempló la imagen de una noble princesa —le dijo Quijote a Hans Christian Andersen— y soñó que un día se sentaría con ella en el trono.

—No es un mal comienzo —repuso Hans Christian Andersen—, pero ¿cómo sigues a partir de ahí?

—¿Cómo sigo?

—Por ejemplo, ¿tienes alguna poción que haga que se enamore de ti?

Quijote pensó en el contenido del maletín.

—Tengo algo parecido a una poción que creo que ella ama, pero ¿hará que se enamore de mí?

—Eso depende de ti —le contestó Hans Christian Andersen—. ¿Qué cosas sabes que te puedan ayudar?

—Sé que la amo —contestó Quijote—. Sé que estoy en el sexto valle y sé que el propósito de la existencia entera es unirnos a nosotros dos.

—Pero ¿qué estás dispuesto a hacer? —preguntó el gran autor.

—Cualquier cosa sin excepción —dijo Quijote.

—Y si ella protesta de tu cortejo, ¿qué harás?

—Seguir cortejándola hasta que deje de protestar.

—Y si se te resiste, ¿qué harás?

—Venceré su resistencia.

—Y si no te ama, ¿qué harás?

—Pero es que debe amarme. Debemos amarnos el uno al otro de forma completa y absoluta, y entonces el mundo habrá cumplido con su propósito y se terminará.

—Y si el mundo no se termina, ¿qué harás?

—Debe terminarse.

—La pregunta es: ¿tienes intención de hacer lo mejor para ella? ¿De hacer lo que sea bueno para ella? ¿O bien tu deseo es tan grande que vence a tu noción de lo que está bien y lo que está mal?

—Ya no estoy seguro de ser bueno —confesó Quijote—. Llevo cosas en el maletín que son malas, pociones que ella quiere, que quizá la ayuden a amarme, pero que también son peligrosas. Tengo que recoger su dinero, ir a mi taquilla, usar mi llave y guardarlo allí. No sé si nada de esto es bueno. Quizá le esté haciendo daño.

—¿Qué hay en la taquilla? Hablas de la taquilla y de la llave de la taquilla. Pero ¿qué ves cuando abres la taquilla?

—En la taquilla hay una pistola.

—¿Una pistola? ¿En la taquilla?

—Está encerrada ahí. Y tengo la llave.

—¿Y por qué está ahí?

—Por si hace falta.

—¿Y vas a sacar la pistola de la taquilla?

—Necesito la taquilla para guardar el dinero. Y la taquilla es pequeña.

—¿Vas a sacar la pistola?
—Para hacer sitio. Para guardar el dinero.
—De forma que tendrás una pistola, y si ella no te ama, ¿qué harás? Y si no se termina el mundo, ¿qué harás?
—¿Qué haré? ¿Qué haré? Dime tú cómo termina la historia.
—No es mi historia, y además las estatuas de bronce no cuentan historias. Pero hazte tú la pregunta: ¿acaso eres (¡tú, Quijote, después de tu largo viaje!) el ángel del amor?
—Quiero serlo —contestó Quijote—. Quiero ser el ángel de nuestro amor.
—O bien... —dijo Hans Christian Andersen—, con esas peligrosas pociones que llevas en el maletín, y con esa pistola que tienes en la taquilla y que vas a sacar para guardar el dinero...
—¿Sí?
—¿Acaso eres el ángel de la muerte?
—No lo sé.
—¿La pistola está cargada?
—Sí —dijo Quijote—. Es una pistola cargada.
—Pues te repito la pregunta.
—¿Qué pregunta?
—¿Eres el ángel de la muerte?

Aquella noche, sentado en su habitación de motel, lleno de dudas y con el número de teléfono en la mano, Quijote vio a su Amada en el televisor, al ataque, con un monólogo introductorio que había titulado «Errorismo en América», permitiéndose a sí misma y a su equipo de guionistas cómicos emprenderla contra todos los enemigos de la realidad contemporánea: los activistas antivacunas, los locos del cambio climático, los paranoicos de las noticias, los ufólogos, el presidente, los chiflados religiosos, los convencidos de que Obama nació fuera de América, los convencidos de que la Tierra era plana, los jóvenes partidarios de la censura, los viejos codiciosos, los troles, los vagabundos del *dharma*, los negacionistas del Holocausto, los prohibidores de la marihuana, los amantes de los perros (ella odiaba la domesticación de los animales) y la Fox.

—La verdad —declamó— sigue estando ahí fuera, todavía respira, enterrada bajo los escombros de las bombas de patrañas. Tenemos que sacarla con vida. Si no la sacamos, los erroristas ganarán.

«¿Acaso yo también soy un errorista? —se preguntó Quijote—. ¿Acaso todo lo que creo son mentiras?»

El programa debía de haberse grabado aquel mismo día, en «falso directo». Seguramente la Amada ya estaría en casa, relajándose. Llamó al número de teléfono. Cuando contestó la voz de ella, le entró el pánico, dijo que se había equivocado de número y colgó.

De todas las películas que Quijote había visto por la tele y que trataban del fenómeno del «primer contacto», del encuentro inicial entre seres humanos y especies alienígenas, había dos que recordaba particularmente bien: la famosa película cuyo clímax tenía lugar en la Devils Tower de Wyoming —¡que por una feliz coincidencia era el sitio donde había nacido su hijo Sancho!— y una serie de televisión mucho menos conocida, una historia en blanco y negro de la década de

1960, «Las imágenes no mienten», episodio de la serie *Out of this World*, que él había visto por casualidad en una antigua cadena de reposiciones, quizá en el canal Sci-Fi antes de que se convirtiera en SyFy. Una nave espacial extraterrestre se pone en contacto con la Tierra. Se parecen a nosotros, podemos traducir su idioma y se disponen a aterrizar. Pero no pueden entender por qué nuestra atmósfera es tan espesa, *parece pegamento*, y cuando dicen que han aterrizado, nadie puede verlos, y luego les entra el miedo, porque dicen que se están ahogando. Pero en el aeródromo que coincide con sus coordenadas no hay ningún lago ni río, sólo un poco de llovizna. Cuando ya es demasiado tarde, un miembro del equipo de la Tierra entiende cuál es el problema. Los extraterrestres son tan increíblemente pequeños que haría falta una lupa para verlos. Y se están ahogando en un charco de lluvia.

«Ése soy yo —pensó Quijote—. Estoy a punto de establecer el primer contacto, pero soy tan insignificante al lado de la gran importancia de ella, una hormiguita tan vulgar al lado de la majestad gigante de ella, que quizá me ahogue en una de sus lágrimas.»

La volvió a llamar. Buzón de voz: «Cariño, hoy me tocan mis voltios, estoy bebiendo mi zumo especial, o sea que no me acuerdo de quién eres. Deja tu nombre completo y dime de qué nos conocemos. Mua». Quijote entendió que el programa debía de estar haciendo un descanso, y que el episodio del «Errorismo» que había visto debía de ser una grabación de hacía tiempo. No dejó mensaje. Al día siguiente volvió a llamar y ella sí contestó.

—¿Quién? —dijo Salma cuando él empezó a decirle la palabra en clave que especificaba el papel del doctor Smile—. Ten, habla con Anderson.

«Primer contacto», pensó Quijote. Una sola palabra de sus labios había entrado en el oído de ella. Lo invadió una gran felicidad que se llevó por delante todas sus dudas y escrúpulos.

—¿Dónde quieres que nos veamos? —le preguntó Anderson Thayer, y la pregunta fue como un jarro de agua fría en la cara de Quijote.

—No, no y no —contestó.

—¿Cómo que no, no y no?

Quijote se armó de valor.

—Quiero decir, señor, que no se ofenda, pero mis instrucciones son claras. Tengo que entregar el producto en manos de la señora. De mis manos a las de ella. Mis instrucciones son claras.

—Eso no va a pasar —repuso Anderson Thayer.

Quijote decidió hacer la apuesta de su vida, jugarse todo lo que tenía, por así decirlo, a un solo número.

—Pues lo lamento —le dijo a Anderson Thayer.

Tuvo lugar una conversación amortiguada al otro lado de la línea. Luego se oyó una voz distinta, la de ella, que hasta entonces sólo le había depositado en su devoto oído la sílaba *quién*.

—No te enfades con el pobre Anderson, cariño —dijo ella—. Soy yo quien se ha bebido el zumo, pero parece que sea él quien ha perdido la memoria a corto plazo.

Entre los dioses y los hombres y mujeres mortales colgaba un velo, que se llamaba *maya*. La verdad era que el mundo legendario de los dioses era el real, mientras que el supuesto mundo real donde vivían los seres humanos era una ilusión, y el *maya*, el velo de la ilusión, era la magia con

que los dioses convencían a los hombres y a las mujeres de que su mundo ilusorio era real. Cuando Quijote vio a la señorita Salma R caminar hacia él por el parque, en su avatar invisible, sin atraer una sola mirada de los seres terrenales con los que se cruzaba, entendió que el poder que tenía ella sobre la realidad era muy grande, y también que él estaba a punto de vivir una experiencia que se concedía a muy pocas criaturas de carne y hueso: iba a atravesar el velo y a entrar en el reino de los bendecidos, donde retozaban las divinidades.

Se había vestido para la ocasión con las pocas prendas de indumentaria de calidad que le quedaban: el abrigo de cachemir de piel de camello todavía manchado, que había limpiado lo mejor que había podido, sombrero marrón, bufanda y guantes de cuero. El maletín ya estaba en la taquilla, que él había vaciado para hacerlo caber, extrayendo su contenido y guardándoselo en el bolsillo junto con el sobre que contenía el suministro de producto correspondiente al primer mes. Había ensayado muchas veces las palabras que quería decir. Le entregaría el sobre con una pequeña inclinación de la cabeza y le diría: «Esto se lo envía con todos sus respetos el doctor R. K. Smile, y viene también con dos breves historias llenas de admiración de mi parte». Si el poder de su encanto no se había marchitado, la señorita Salma R le permitiría contarle las historias. La primera era la historia de lo que tenían en común: una ciudad en común del pasado y la decisión de abandonarla. El mirar atrás y acordarse, la decisión de no mirar atrás ni acordarse y la capacidad que tenía el pasado de insistir, a pesar de todo, en su derecho a regresar para rondar el presente. Ésa era la verdad que compartían. La segunda historia era una historia americana. Antes de que el *Mayflower* se convirtiera en el primer portal de CentCorp que conduciría a la gente a un futuro incognoscible en una realidad alternativa, había sido un barco, y entre los pasajeros de aquel barco se había producido una historia de amor. Miles Standish había pedido a John Alden que le presentara su proposición a la señorita Priscilla, que había contestado: «Habla por ti mismo, John». Y ahora él, Quijote, diría: «Vengo de parte de otro hombre, pero si recibo permiso hablaré por mí mismo».

Ella se le detuvo delante. Quijote acababa de cruzar el velo. Se vio plantado delante de ella como un tonto y tartamudeando.

—Hazlo de prisa, cielo —pidió ella—. Hay ojos por todas partes.

—Esto lo envía con todos sus respetos el doctor R. K. Smile —empezó a decir, pero vio que ella abría mucho los ojos con cara de miedo y de alarma, levantaba la mano para taparse la boca y miraba a un lado y al otro, planeando su escapatoria.

—«Una sonrisa me envía» —dijo ella—. Oh, Dios mío. Ya sé quién eres. Mandaste tu fotografía. Ya sé quién eres.

—Viene también —continuó él a la desesperada— con dos breves historias llenas...

—Quijote —susurró, pronunciándolo «kishote»—. El que manda las cartas.

—*Kishot* —la corrigió él.

La señorita Salma R intentó quitarle el sobre de la mano enguantada. Él se lo apartó.

—No, no, no —dijo desolado. La cosa no podía salir de aquella manera. No podía salir de aquella manera en absoluto—. El sobre de usted a cambio del mío. Pago en metálico a la entrega.

Ella se apartó de él, ahogando una exclamación. Luego se sacó un sobre de las profundidades de su abrigo Moncler. Lo dejó en el suelo.

—Está todo —dijo—. Ahora tírame el tuyo.

Quijote no podía saber si la suma requerida estaba efectivamente en el sobre del suelo. Pero ella era su Amada y decidió creerla.

—Señora, cójalo —dijo, y le lanzó lo que ella quería.

Salma lo agarró y echó a correr. Dejándolo allí plantado con una pistola en el bolsillo y el dinero en la mano.

—... llenas de admiración de mi parte —repitió él, impotente y con lágrimas en los ojos.

Después de aquello, el Blue Yorker se convirtió en la mayor parte de su mundo y el televisor en su única compañía. De vez en cuando emergía para comer, comida poco sana y a horas erráticas, diez días y diez noches estuvo deambulando por la ciudad en busca de comida basura, encontrándola en la IHOP, el Denny's, el Applebee's, el TGI Friday, el Olive Garden, y en el KFC, el Ruby Tuesday, el Five Guys, el Dunkin', el Chipotle. Algunas noches, o días, bebía en bares donde había televisores flotando por encima del alcohol, y veía a los deportistas luchar y esforzarse, y oía historias americanas de matanzas en estados diversos, y asesinatos de amantes a manos de sus amantes, y muertes accidentales de padres y madres tiroteados por sus hijitos. Hablaba poco y no llamaba a nadie. Por la noche dejaba su pistola cargada, una Glock 22 Gen4, en su mesilla de noche, con el cañón apuntándole a la cabeza.

El undécimo día se quedó en la cama con un poco de fiebre, entrando y saliendo de un sueño plagado de pesadillas mientras fuera transcurría un frío mes de octubre. La tele le murmuraba en los oídos, y emergió del sueño a tiempo para las noticias de la tarde-noche. La crisis medioambiental creciente, la inestabilidad de una realidad que por fin estaba llamando la atención de los políticos y de los científicos, incluso de los (muchos) políticos y de los (muy pocos) científicos que tradicionalmente habían tachado los problemas medioambientales de falsos. En Australia se había hundido un puente colgante por culpa de la aparición de una extraña nube entre sus cables, que había hecho que los cables se partieran como si alguien los hubiera cortado con unas cizallas gigantes «Era más agujero que nube —explicaba un testigo—. Como si faltara una parte del aire.» La historia se estaba propagando por el mundo, creando alarma, pero por extraño que parezca, no creaba pánico, al menos no todavía. La gente ya se había acostumbrado a que sucedieran cosas increíbles en mitad de lo cotidiano. ¿Se había hundido una isla del Pacífico Sur? Qué lástima, con las playas tan chulas que tenía, pero han rescatado a todo el mundo, ¿verdad? Y además era muy pequeña. ¿Tornados en el Medio Oeste americano? Sí, son grandes, pero allí siempre han tenido tornados, antes incluso de que uno se llevara a Dorothy a Oz. ¿Terremotos en sitios donde nunca los había habido? Oh, bueno. Bienvenidos al club, norte de Texas y Planfield, Connecticut. Supongo que podemos admitir que a todos nos tiembla un poco el suelo bajo los pies. Y así pues, ¿agujeros en el aire? Bueno, pues ahora también los tenemos. La vida sigue. Quijote vio las imágenes filmadas con helicóptero del puente caído y del agujero en el cielo. Le recordaron a las fotografías del sol tapado por un eclipse y con la corona resplandeciendo alrededor. Parecía algo no permanente, casi como un eclipse. Quizá no fuera más que un problema temporal, algo que se corregiría solo, y el cielo no tardaría en volver a cerrarse, se curaría igual que la piel cuando se desgarró.

Se terminó la noticia y la presentadora del informativo, de forma pasmosa, empezó a dirigir sus comentarios directamente a Quijote:

—Te interesará saber —le dijo clavando los ojos grises en su cuerpo postrado en aquella cama chabacana— que varias de las noticias de hoy te afectan a ti personalmente.

Él se incorporó hasta sentarse. ¿Cómo?

—Tres noticias, de hecho —dijo la presentadora—. Y en todas salen personas importantes para ti.

—¿Está usted hablando conmigo? —exclamó Quijote, adoptando un registro de voz más agudo de lo normal.

—No veo a nadie más por aquí —repitió la presentadora, inclinándose hacia delante y señalándolo con el lápiz.

Estaba claro que su relación con la televisión había entrado en una fase nueva.

—¿Y de qué tratan las noticias? —preguntó en tono incierto.

La presentadora, aparentemente satisfecha, retomó su postura habitual y leyó las noticias.

—Desde Atlanta nos llega la dramática historia de la detención del multimillonario de la industria farmacéutica R. K. Smile, director ejecutivo y presidente de Productos Farmacéuticos Smile, S. A., y prominente mecenas de las artes, acusado de dirigir una trama a escala nacional de médicos dispuestos a recetar potentes opioides «fuera de prospecto», es decir, a gente que no sufre las enfermedades especificadas en el prospecto, y a menudo a gente sin ningún problema de salud. La demanda lo califica de «uno de los promotores más faltos de escrúpulos de la actual epidemia de malos usos de opioides». Nuestras fuentes dicen que es probable que se produzcan más detenciones a medida que la investigación alcance a otros miembros de la supuesta trama. También hay denuncias distintas de siete mujeres en nómina de PFS que acusan de conductas sexualmente inapropiadas al doctor Smile, al que supuestamente muchas de sus empleadas conocen como «Manos Largas». El doctor Smile, hablando a través de sus abogados, ha negado todas las acusaciones y ha manifestado que tiene la intención firme de limpiar su nombre.

«Se producirán más detenciones.» Las palabras fueron un golpe para Quijote. A su edad avanzada, iba a terminar convertido en un delincuente común. Lo mataría la vergüenza.

La presentadora ya estaba pasando a la siguiente noticia, aparentemente indiferente a la reacción de Quijote.

—Una noticia relacionada nos llega desde Manhattan, donde nos comunican que la célebre actriz y personalidad televisiva Salma R podría haber sufrido una grave sobredosis de opioides y ha tenido que ser llevada a la unidad de cuidados intensivos del hospital Mount Sinai Downtown. Los primeros informes todavía sin confirmar sugieren que la encontró inconsciente su asistente, el señor Anderson Thayer, que le inyectó el antídoto Narcan e hizo la llamada a los servicios de urgencias. Les iremos dando más detalles a medida que nos lleguen.

Quijote se echó a temblar. ¿Acaso así terminaba su historia, siendo responsable de la muerte de su Amada? ¿Después de que ella recibiera de sus manos el instrumento de su destrucción?

—¿Saldrá adelante? —le preguntó a la pantalla de la tele—. ¿Qué han dicho? ¿Hay alguna posibilidad de que se recupere del todo y viva con la salud y la prosperidad que merece?

La presentadora puso cara de burla.

—Les iremos dando más detalles —repitió— a medida que nos lleguen.

—Ha dicho usted tres noticias —dijo Quijote con la voz quebrada—. ¿Cuál es la tercera? ¿Puede ser peor que las que ya me ha contado?

—La tercera noticia es poco importante —dijo la presentadora—. No la han seleccionado para el informativo.

—Pero ¿qué es? —le suplicó Quijote.

—Esto es irregular —contestó la presentadora—. Pero vale. Hoy le han robado a tu hermana en su apartamento de Tribeca.

A Quijote se le estaba rompiendo el corazón.

—¿Le han robado? ¿Se encuentra bien? ¿Quién ha sido?

—Ella ha cooperado con el asaltante, y ha hecho bien —dijo la presentadora—. El tipo la ha dejado atada y amordazada, pero no le ha hecho nada más. Ella tenía costumbre de guardar cantidades importantes de dinero en metálico en casa, y es posible que el ladrón se haya enterado y ésa haya sido la causa del robo.

—Pero ¿cómo se ha enterado el asaltante de que había dinero?

—Porque estaba viviendo unos días en su apartamento —dijo la presentadora—. Siento decirte que el individuo en cuestión, actualmente a la fuga, es tu hijo. Ella le había hecho el desayuno antes de que él cometiera la fechoría. Y no sé más.

—Gracias —contestó Quijote, mientras su mundo se desplomaba a su alrededor, viniéndose abajo igual que el universo.

—De nada —dijo el televisor.

El limbo era el borde del infierno. Allí no pasaba el tiempo, ni soplaban amables brisas. Todo era estancamiento. La vida, tras perder su sentido, había perdido también el poder de avanzar. Cuando Quijote encendía el televisor, las imágenes no cambiaban. Parecía que la Tierra se hubiera detenido y que el sol ni saliera ni se pusiera. ¿Estaban pasando los días, o las semanas, o incluso los meses, o bien la idea del paso del tiempo también había perdido su significado? Reinaba un crepúsculo eterno. Los ruidos de la calle estaban congelados, una sirena de dos tonos encallada en uno de los tonos, el pitido de la marcha atrás de un camión sonando de forma ininterrumpida, como el zumbido de un mosquito mecánico, el tráfico haciendo un gruñido distinto del normal, más parecido a la respiración grave y sostenida de una bestia desconocida. Quijote ni comía ni bebía ni podía distinguir el día de la noche. Era como si fuera un personaje de la tele y por culpa de un problema técnico la transmisión se hubiera detenido y él se hubiera quedado encallado en mitad de un gesto, atrapado en gelatina electrónica. Era como si alguien lo hubiera escrito y el autor no pudiera pasar de página. Durante aquella larga nada no costaba acordarse de que la pistola era su única amiga.

Era como los trogloditas subterráneos postapocalípticos que había visto en una película de la tele, que dependían para todo de la Máquina todopoderosa y no querían aventurarse en la superficie de la Tierra —por donde apenas se movían unas cuantas almas valientes— y quedaban completamente condenados cuando la Máquina se detenía sin explicación alguna.

Pues la Máquina se estaba deteniendo.

El último valle, recordó, era el valle de la Miseria y la Aniquilación, donde el yo desaparecía fundiéndose con el universo y el Viajero salía del tiempo.

En un momento dado de aquel momento sin momentos, rechazó aquel final y encontró valor para seguir adelante. Con un rechinar enorme, el mundo que lo rodeaba volvió a ponerse en movimiento, las ruedas dentadas arrancaron y el final resultó no ser el final. El sol y la luna, el tráfico, la tele, volvían a estar todos allí, ascendiendo, poniéndose, rugiendo, sonando a todo volumen. Y allí estaba la fecha en la pantalla del televisor. Ya era diciembre. Y la presentadora de ojos grises tenía más cosas que contarle:

—Hoy Salma R ha recibido el alta hospitalaria y ha vuelto a casa. El escándalo provocado por su abuso del opioide fentanilo y por su sobredosis casi mortal ha trastornado al mundo del espectáculo. Hoy, a su salida del Mount Sinai, ha hablado con nuestras cámaras.

Y allí estaba, en la escalinata de entrada del hospital, la Amada, con mejor aspecto del que tenía derecho a tener; un aspecto adorable, irresistible, iniciando el proceso de ganarse de nuevo a sus fans.

—Estoy muy avergonzada —dijo—. He decepcionado a la cadena de televisión, he decepcionado a todo el mundo que trabaja en el programa, he decepcionado a mis fans y a mí misma.

—Señorita R, durante su hospitalización, su programa ha dejado de emitirse de forma permanente y no es probable que los ejecutivos de la cadena lo traigan de vuelta, ¿tiene algún comentario?

—Tengo que volver a ganarme la confianza de mucha gente —dijo ella, adorablemente alicaída—, pero podéis estar seguros de que lo voy a intentar.

—Y éstas han sido las noticias de...

—Un momento —exclamó Quijote—. ¿Qué pasa con todo lo demás?

—Oh —dijo la presentadora, ojeando sus papeles con expresión irritada—. El doctor R. K. Smile está en libertad bajo fianza, en régimen domiciliario y con un monitor en el tobillo, pero irá a juicio pronto, y la cosa no pinta muy bien para él. Muchos de los médicos que trabajaban con él también están detenidos y la mayoría han aceptado cooperar en calidad de testigos.

—¿Creen que ya tienen a todo el mundo involucrado en la trama? —preguntó Quijote con ansiedad.

—Por lo que sabemos nosotros, sí —dijo la presentadora—. Y ahora tengo que irme, en serio.

—¿Y qué pasa con mi hijo? —insistió Quijote.

—Sigue a la fuga —informó la presentadora—. Lo interesante es que no parece que tu hijo conste en ningún registro público. Respecto a eso, quizá nos interesaría hablar contigo. ¿Estarías dispuesto a venir a...?

Quijote cogió el mando y apagó la tele. Seguramente sería buena idea evitar el canal informativo durante un tiempo.

Hizo dos llamadas telefónicas. La primera fue a su hermana. La Cama Elástica le cogió el teléfono, pero se mostró seca y cortante.

—Fue una equivocación verte —le dijo—. A ti y a ese chaval sin escrúpulos. A veces es mejor no hacer las paces. No necesitamos volver a hablarnos más.

—No sabía que Sancho había salido así —repuso Quijote—. No fue así como me lo imaginé cuando... —Y aquí se interrumpió, porque ¿cómo podía decir «... cuando lo creé»? Revisó sus palabras—. No es como imaginé que saldría.

—No hay nada más que decir. Adiós —dijo la Cama Elástica, y le colgó.

A continuación, Quijote se quedó mucho rato mirando el teléfono antes de llamar a la señorita Salma R. Cuando por fin hizo la llamada, el que contestó fue Anderson Thayer.

—Tú —dijo Anderson Thayer—, hijo de la gran puta. Dime dónde estás para poder avisar a la policía.

—Sólo quiero expresar mi sincera alegría por que la señora se haya recuperado —dijo Quijote.

—Te voy a encontrar —aseguró Anderson Thayer—. ¿Me oyes? Como intentes acercarte otra vez a ella, te perseguiré hasta el puto fin del mundo.

—Lo entiendo —respondió Quijote. La membrana que separaba el mundo de Salma del suyo se había hecho más gruesa y se había solidificado, y ahora él ya no la podía traspasar.

«Pero yo sé qué la podría traspasar», dijo una voz. Quijote se levantó de un salto, sobresaltado. La voz estaba en la misma habitación que él. Pero la tele estaba apagada y allí no había nadie.

«Soy yo —dijo la voz—. Tu fiel Glock 22.»

Las cosas se estaban deteriorando deprisa en el Blue Yorker. Primero las presentadoras de televisión le hablaban desde la pantalla y ahora su pistola quería conversar.

«Es bien sabido —siguió diciendo la pistola—, y está bien documentado, que la única forma de que un don nadie ordinario y decrepito como tú penetre la barrera que te separa del mundo bendecido, el mundo de la luz y la fama y la riqueza, es usar una bala. Confía en mí. Para ti, es la única forma. Una bala os unirá a tu Amada y a ti por todos los tiempos, para lo que queda de historia.»

—Ésa no es mi historia ni lo va a ser —replicó noblemente Quijote—. No he venido a destruirla, sino a salvarla.

«¡Pum! ¡Pum! —dijo la Glock con voz seductora—. ¡Pim! ¡Pam! Y será tuya para siempre.»

—No sigas —amonestó Quijote al arma—. Quítate de delante de mí.

«Pues entonces ¿cómo esperas llegar a alguna parte con ella? —le preguntó la pistola—. Ya te harás a la idea. No tienes más remedio. Estaré esperando.»

—La mía es una historia de amor —replicó Quijote—. Y el amor encontrará el camino.

CAPÍTULO 19

En el que se contesta la pregunta de Sancho

«¿Cómo es posible que tan poco después de nacer ya me haya convertido en esta persona? ¿En este ladrón, capaz de atar y amordazar a su tía? Con cuidado, sí, no muy fuerte para no hacerle daño, no hace falta decirlo; pero aun así lo hice, ya lo creo; ¿cómo he terminado siendo este bribón amoral, este granuja fugitivo?

»Por un lado, ha de ser mi naturaleza, ¿verdad?, porque apenas ha habido tiempo para que hubiera crianza. Es imposible que me haya convertido en delincuente tan deprisa, debía de llevarlo dentro desde el principio. Algún defecto de programación cuando Papá Q me imaginó, o algún virus que se metió en el sistema cuando el grillo italiano me convirtió en chaval de carne y hueso. Una vena de agresividad, de egoísmo, de “me importa una mierda quién se me ponga por delante, yo sólo quiero lo que quiero y cuando lo quiero”. Una vena implacable. Si hay un bebé en la carretera por la que tengo que conducir, pues mala suerte, bebé, porque voy a enfilar esa carretera. Me han programado así. Está en el *gattaca*, en el ADN. En cuyo caso no es culpa mía, ¿verdad que no? Entendedlo, si soy malo —citando a la gran Jessica Rabbit— es porque me han dibujado así.»

A tiempos desesperados, medidas desesperadas. Desde la paliza en el parque, Sancho había tenido la sensación de que algo iba mal dentro de él, no una dolencia física, sino existencial. Después de que te peguen una paliza de ese calibre, la parte esencial de ti que te hacía ser humano puede desacoplarse del mundo, como si el yo fuera una barquita y la soga que la mantenía amarrada se soltara de su poste haciendo que el botecito se aleje a la deriva impotente hasta el centro del estanque; o como si un barco de gran envergadura, quizá un buque mercante, empezara a arrastrar el ancla por culpa de una fuerte corriente y a amenazar con chocar contra otros barcos o con embarrancar desastrosamente. Y ahora entendió que aquel desamarre quizá no sólo fuera físico, sino también ético, que cuando a alguien le infligían violencia, esa violencia entraba en el espectro de lo que aquella persona —previamente pacífica y respetuosa con la ley— incluiría después en el espectro de lo posible. Se volvía una opción.

La paliza también había desatado a Sancho de Quijote. Tal como había visto la Cama Elástica, el joven todavía sentía cierto grado de lealtad filial hacia el vetusto caballero, pero ya estaba más seguro que nunca de que su destino se encontraba en otra parte. Se acordaba mucho de la joven que le había abierto la puerta de la casa del dolor, la señorita Preciosa de Beautiful, Kansas, y tenía muchas ganas de regresar a aquella puerta con la esperanza de que su futuro estuviera detrás de ella. Cuanto más pensaba, más se convencía de que si se presentara en su puerta ella le daría una respuesta positiva, y esa idea lo llenaba de una gran satisfacción y de una

fe esperanzada en el significado de la existencia humana. Empezó a imaginarse que se escapaba de Nueva York —su fuga de la Ciudad Esmeralda, entrechocando los tacones de sus zapatos de rubí, no hay lugar como Kansas, que todavía no era su hogar, ¡pero quizá lo fuera si todo salía como estaba planeado!—, a soñar el sueño de marcharse y a sentirlo como imperativo urgente, y había sido esa urgencia, junto con el recuerdo de la violencia, lo que había terminado facilitando el crimen.

De su sensación desorientadora de haber perdido el contacto con la realidad no habló con nadie, dando por sentado que se curaría igual que se curan los moretones y los huesos rotos. Y en cuanto a los rumores del fin inminente del mundo, no les daba mucho crédito. Para él, el mundo acababa de empezar. Si era defectuoso, si se le estaban cayendo pedazos como si fuera una casa vieja y necesitada de reparaciones, se debía a que la perfección era una ilusión. Resultaba imposible creer que todo lo que existía no iba a existir durante mucho tiempo más. La injusticia de una conclusión así sería excesiva. El narrador celestial al que a veces imaginaba y hacia quien sentía ese parentesco que siente un personaje de ficción por otro no podía ser tan cruel. Aunque tenía que admitir que la cuestión de Dios —¿cruel o lleno de amor?— no había recibido una respuesta definitiva.

—¿Y qué pasa con *la questione* de Sancho? —preguntó una vocecilla furiosa—. ¿Tienes *soluzione* para ese problema?

Se encontraba en aquel momento sentado a medianoche en un banco de la terminal de autobuses de Port Authority con un billete de 146 dólares sólo de ida a Beautiful en la mano y olor a micción reciente en las narices, preguntándose si habrían encontrado ya a la Cama Elástica y si estaría yendo de camino la policía. Era una noche fría, el invierno apretaba a su presa. Faltaba una hora para que saliera el autobús, de manera que tenía sesenta minutos para preguntarse por los grandes misterios de la vida, como por ejemplo el papel central que tenía el autobús de cara a mantener unido al país en la era post-11-S, en la que —según había oído— los vuelos interiores eran menos y más desagradables que en tiempos mejores y los trenes eran, en fin, de Amtrak, y qué asombroso era que por 146 dólares robados de la billetera de tu tía pudieras hacer un trayecto de treinta y una horas en un autobús de la Greyhound hasta el centro de un pueblecito remoto como Beautiful sin transbordos ni líos por el camino. Y una pregunta relacionada: ¿acaso estaba a punto de ir a la cárcel, de que lo mandaran a Rikers para que le hicieran monstruosidades los monstruos de allí, o bien estaba a punto de ser libre y avanzar a toda velocidad por la noche y el día hasta los brazos abiertos de su Amada? ¡Libertad! Ahora estaba como un galgo en la compuerta de salida, a punto de salir disparado.

«Sigue a tu espíritu», se dijo.

Y entonces apareció en el banco a su lado Grillo Parlante, rezumando fastidio.

—Hay gente que no se merece lo que uno ha hecho por ella —dijo—. Gente indigna. *Immeritevoli. Non degni*. Lamento descubrir que tú eres de esa gente.

—Has vuelto —señaló Sancho—. Pensaba que te habías ido para siempre.

—*Anche io* —dijo el grillo—. Yo también lo pensaba. Pero tu descenso a un abismo moral me ha obligado a volver. No me gusta nada esto, pero *eccomi qui*. He venido porque ha llegado el momento de decir una serie de cosas.

—Ahórrame el sermón —replicó Sancho—. Sé lo que he hecho y no necesito que me riñan. Además, eres un grillo. Puedo aplastarte con el pulgar.

—La pregunta que responder —dijo el grillo— no es cómo es ser grillo, sino cómo es ser hombre, ¿y acaso tú has pasado ese examen?

En Port Authority, un hombre sentado en un banco meado en mitad de la noche y hablando solo no era nada raro, de hecho era convencional, de manera que los demás rondadores nocturnos que pasaban junto a Sancho ni siquiera se molestaron en volver la cabeza cuando el ladrón levantó la voz.

—Mírame —exigió—. Soy de carne y hueso. Vivo y respiro y pienso y siento. ¿Qué más quieres? Eres tú quien me dijo que hasta tengo una ínsula, y eso significa que soy una persona humana auténtica. Me lo dijiste tú.

—Sin conciencia —repuso el Grillo—, ni siquiera eres un chimpancé auténtico.

—He vivido poco tiempo —dijo Sancho—, pero en ese tiempo me he dado cuenta de que la conciencia no es un requisito importante en los asuntos humanos. La implacabilidad, el narcisismo, la deshonestidad, la codicia, la intolerancia y la violencia, sí.

—No sería prudente emitir ese juicio basándose en las noticias de la tele —dijo el grillo—. Queda mucha gente que sí conoce la diferencia entre el bien y el mal, y que se deja guiar por su conciencia. Ésta es la advertencia que te hago. *Lascia che la tua coscienza sia la tua guida*. Si eliges el otro camino (*spietatezza, narcisismo, disonestà, avidità, bigotteria, violenza*), no te va a ir bien. Además, si persigues a una mujer a la que no conoces, piensa que es posible que a ella no le parezca amor. Le podrá parecer *molestie sessuali*. Como decimos, *lo acoso sessuale*.

—¿Te he mencionado que no entiendo el italiano? —repuso Sancho con insolencia—. Además, no hablo idioma grillo. Es posible que estemos experimentando problemas de comunicación.

—Sí —asintió el grillo—. *Incidentalmente*, respecto a la cuestión de aplastarme con el pulgar, tengo que hacerte una breve demostración. *Guarda*.

Un grillo puede saltar muy lejos si se lo propone, y antes de que Sancho pudiera hacer nada al respecto, ya tenía al insecto encima de la cabeza. A continuación experimentó una sensación de presión y dolor inmensos, como si lo estuviera aplastando una montaña gigante e invisible, y Sancho cayó hacia atrás y terminó en el suelo. El grillo se bajó de un salto y volvió a su sitio en el banco.

—No cometas la equivocación —dijo en un perfecto inglés— de equiparar tamaño con poder. O puede que te encuentres a un grillo aplastándote con el pulgar.

Sancho volvió a sentarse en el banco, torciendo el cuello a un lado y a otro.

—Eso ha dolido —dijo.

—Así pues, la primera pregunta de Sancho es: ¿puede convertirse en ser humano antes de que sea demasiado tarde?

—Ah, ¿ahora hay más de una pregunta? —gruñó Sancho, todavía frotándose la cabeza, el cuello y los hombros.

—La segunda pregunta es: ¿quién es Sancho sin Quijote?

—Sancho es Sancho —balbuceó él con un matiz de desafío en la voz.

—Eso dices tú —contestó el grillo—, pero ¿quién es Hardy sin Laurel? ¿Quiénes son Chico y Harpo sin Groucho? ¿Quién es Garfunkel sin Simon? Ahora estás yendo solo en una bicicleta hecha para dos personas. ¡No es fácil! ¿Te acuerdas de cómo era al principio? Si te alejabas

demasiado de él, empezabas a deshacerte. Y ahora quieres irte muy lejos. Está por ver si puedes tener una existencia prolongada sin él a tanta distancia. ¿Una carrera en solitario? *Resta da vedere*. Ahora debo irme.

Sancho reunió fuerzas para una última pulla.

—No creía yo que la esperanza de vida de un grillo fuera tan larga. Lo he buscado en Google. Tres meses. ¿No te ha pasado ya la fecha de caducidad?

—La conciencia no muere nunca —replicó el grillo—. Quienes merecen a un grillo, quienes son dignos, siempre tendrán uno. Pero quienes son *no degni, no. Addio*.

En el autobús empezó a ver cosas otra vez, aquellas cosas que odiaba llamar visiones. Al otro lado de las ventanillas estaba oscuro; las farolas pasaban con un centelleo y sus lucecitas apenas alteraban el corazón oscuro de la noche, y de vez en cuando una gasolinera, un cruce en la autopista, un grupillo de supermercados. La mayor parte del tiempo, sin embargo, no había nada, salvo lo que él podía ver. Un cielo nocturno que parecía un puzle enorme. Se podían ver los bordes de las piezas encajadas, como una cuadrícula mal hecha. Y, sí, faltaban piezas. La ausencia no parecía la misma de noche. La noche era algo. La ausencia no era nada. En la negrura de la noche, Hermano vio pasar ausencias a toda velocidad.

El autobús en sí contenía imágenes más problemáticas. ¿Acaso estaba volviendo a ser —o revelándose como— el verdadero vástago de Quijote, igual de obsesionado que él por lo irreal? Si no, ¿por qué había allí vampiros de colmillos largos y miembros de las demás tribus de los muertos vivientes? ¿Por qué había hombres con zarpas peludas de lobo asomando descalzas de los bajos remangados de los pantalones? «América, ¿qué le pasó a tu optimismo, a tus nuevas fronteras, a tus sueños rockwellianos? Me estoy zambullendo en tu noche, América, hundiéndome en tu corazón como un cuchillo, pero el filo de mi arma es la esperanza. Reconquístate, América, quítate de encima esos pellejos de hombre lobo y esas pieles de zombi. Aquí viene Sancho, aferrándose al amor.»

Cerró los ojos. La última vez que había visto caerse las máscaras y hacerse visible la verdad sobre la gente, la verdad de «quién ha dejado escapar a los perros con las correas rotas», casi lo habían matado a golpes y patadas. «Antes de que abra los ojos —suplicó—, volved a ponerlos las máscaras y finjamos. Si me dejáis vivir, no le diré a nadie quiénes sois.»

Abrió los ojos. Todo estaba normal. La señora del otro lado del pasillo, rubia y nórdica y casi tan ancha como dos asientos, con un jersey azul, largo y sin forma sobre un vestido azul, largo y sin forma, le estaba ofreciendo un sándwich. Agradeció aquel detalle de amabilidad humana, pero tuvo miedo de que la señora estuviera ocultando alguna identidad monstruosa y aterradora debajo de su máscara de cuasimujer vagabunda. Vio que le parpadeaba en la mirada una llamita azul y minúscula y aquello lo puso nervioso. Rechazó educadamente el sándwich.

«Soy un recién llegado a la especie humana —pensó—, pero me parece que esta especie se equivoca, o quizá se engaña, acerca de su propia naturaleza. Está tan acostumbrada a llevar sus máscaras que ya es ciega a lo que hay debajo. En este autobús estoy obteniendo un vislumbre de la realidad, que es más fantástica, más temible y más siniestra de lo que puedo expresar con mis pobres palabras. Esta noche somos una cápsula que contiene evidencias de vida e inteligencia humanas y que ha sido lanzada a toda pastilla por los negros abismos del universo para contarle a

cualquiera que pueda estar escuchando que estamos aquí. Somos nosotros. Somos el disco de oro que hay a bordo de la *Voyager* y que contiene recuerdos de los sonidos de la Tierra. Somos el mapa de la Tierra que hay grabado en la nave espacial *Keo*, la gota de sangre en el diamante. Somos el Representante con Cabeza de Hidra del Planeta Tres, los muchos fundidos en uno solo. Quizá seamos las Últimas Fotografías del satélite-cápsula temporal que orbita en torno a la Tierra y que, mucho después de que hayamos extinguido nuestros últimos vestigios, se dedicará a contarles quiénes fuimos a los extraterrestres que lleguen.

»Damos un miedo de cojones.»

El alba no puso fin a las cosas extrañas. Salieron de la I-70 para hacer una parada y usar los servicios en Pocahontas, Illinois (784 hab., -1 °C), y cuando Sancho regresó a su asiento después de hacer sus necesidades, se encontró sentado en él a un hombre con sombrero de paja, tirantes rojos y un transistor antiguo en el regazo.

—Perdone —le dijo—. Pero ése es mi sitio.

La señora del sándwich lo miró con expresión desconcertada.

—Hijo, ¿hablas con alguien? —le preguntó—. Porque no veo con quién estás hablando.

—¿No ve a este caballero de aquí? —preguntó Sancho, y en aquel momento el hombre dormido se despertó con cara avergonzada y se puso de pie.

—Le pido perdón —dijo—. A veces me olvido. Yo solía coger este Greyhound de principio a fin de la línea, ¡de principio a fin!, pero antes era antes y ahora es ahora. No se ofenda. —Tras abandonar el asiento pasó junto al cuerpo de Sancho y se alejó por el pasillo hasta salir por la portezuela abierta del autobús.

—¿Estás bien? —le preguntó la señora del sándwich—. Se te ve un poco verde, como si hubieras visto un fantasma.

De manera que ahora había fantasmas, y quizá la señora del sándwich lo sabía, quizá todo el mundo a bordo del autobús lo sabía y lo había sabido todo el tiempo. Quizá aquel Greyhound fuera un autobús fantasma y lo estuviera llevando no hacia Beautiful, sino hacia la ciudad fantasma del final del camino. Quizá aquello no fuera la I-70, sino la carretera fantasma que llevaba al infierno. Quizá hubiera perdido la puta cabeza del todo.

También él era una especie de fantasma, se recordó a sí mismo. Era una persona creada por partenogénesis y sin registrar, sin certificado de nacimiento ni otra constancia de él en ningún archivo. Estaba ahí, pero no debería existir. Era él quien se engañaba. Por supuesto que no era real. La realidad era una capa que se había puesto. Sintió que se le deshacía sobre la espalda como si estuviera hecha de papiro egipcio antiguo. Quizá también él empezaría a deshacerse, polvo al polvo. Quizá un hijo nacido durante una lluvia de meteoros sólo tuviera una vida de meteoro, breve, de brillar un momento y luego extinguirse. Un montoncito de cenizas arrastradas por la primera brisa indiferente.

«Me está bien empleado por decirle al grillo que estaba caducado —pensó—. Aquí el que tiene una esperanza de vida baja soy yo.» Reclinó la espalda en su asiento, perdiendo el contacto con el mundo. En aquel instante tuvo la sensación de que nunca iba a llegar a Beautiful y de que nunca iba a volver a ver a la mujer de sus sueños. Tuvo la sensación de que se iba a disolver allí mismo, en la ventanilla de su asiento, y de que ahí se terminaría su historia.

—Hay una chica a quien dices que amas y vas de camino a verla y estás convencido de que es muy probable que ella te corresponda a tus sentimientos —dijo la señora del sándwich—. Piensas: «Aférrate a ella». Te dices que necesitas amor para que todo siga siendo real.

Sancho se incorporó en su asiento.

—¿Cómo sabe esas cosas de mí? —preguntó en voz demasiado alta.

Se volvieron varias cabezas. La mujer del sándwich se encogió de hombros, se sacó un bocadillo muy largo del bolso y se preparó para darle un bocado.

—Uy, cielo —le contestó—. Digamos que tienes la luz del amor en los ojos.

—Digamos mucho más que eso —le replicó Sancho—. Empecemos por decir quién es usted.

—Digamos que soy amiga de alguien que tiene una mejor disposición hacia ti de lo que te mereces.

Dio un bocado enorme de pan, salami y queso provolone. Sancho esperó.

—Es italiano —dijo la señora del sándwich, hablando con la boca llena—. Y muy pequeño. Y me ha pedido que no te pierda de vista.

Sancho lo entendió de golpe.

—Eres el hada madrina —exclamó asombrado.

—Llámame como quieras. Soy una mujer con vestido azul de talla grande subida en un autobús rumbo a la nada —contestó ella—. Pero tienes que escucharme.

—Vale —dijo él—, te escucho.

—Tú y ese padre tuyo estáis cortados con el mismo patrón —dijo el hada madrina—. Estás persiguiendo a una desconocida igual que él.

—Sí —contestó Sancho—. Pero él está chiflado.

—Hubo un tiempo —siguió diciendo el hada madrina, sin hacerle caso— en que si tenías dos ángeles de la guarda, digamos un grillo y un hada, tu camino al amor verdadero estaba bastante despejado. Entre los dos te podíamos llevar mágicamente a su puerta y hechizar a la chica, quizá darte una poción para echarle en la bebida, y, ¡tachán!, se enamoraba locamente de ti para toda la eternidad.

—Me parece muy bien —asintió Sancho.

—Las cosas han cambiado —dijo el hada madrina—. ¿Sabes cómo llaman ahora a un pretendiente galante que se presenta sin previo aviso con un ramo de flores en la puerta de una mujer a la que no conoce y le echa una poción de amor en el té?

—¿Un tipo listo? —aventuró Sancho.

—Lo llaman violador —dijo el hada madrina—. En tiempos, Júpiter podía disfrazarse de toro y llevarse a Europa, pero en la actualidad está mal visto.

—¿Qué voy a hacer entonces? —se lamentó con tristeza Sancho—. Estoy cruzando América en el nombre del amor y, sí, creo que este amor puede ser mi única salvación, mi única oportunidad de alcanzar una existencia humana larga y verdadera, pero si las cosas están como dices, entonces desespero. Dame la poción, te lo suplico. Si te ha mandado el grillo a cuidar de mí, entonces eso es lo más amable que puedes hacer por mí. No pido nada más.

—¿Has oído a hablar de Bill Cosby? —preguntó el hada madrina.

—Creo que a mi padre le gustaba su programa —dijo Sancho, dándose un golpecito en la sien—. Tengo sus recuerdos de la familia Huxtable en la cabeza.

—Mira más adentro —le aconsejó el hada madrina—. Busca los somníferos.

Al cabo de unas horas el autobús hizo una segunda parada en la gasolinera de las inmediaciones de Pocahontas, Illinois, y el hombre del sombrero de paja y los tirantes rojos volvió a subir a bordo con el transistor al hombro, donde sonaban las canciones de una emisora de viejos éxitos. Aquello no estaba bien. No deberían haber vuelto allí. Aquello ya lo habían hecho. Algo iba terriblemente mal.

El hombre del sombrero de paja y los tirantes rojos intentó una vez más sentarse en el asiento en el que estaba sentado Sancho y Sancho volvió a protestar, esta vez de forma más enérgica.

—¡Eh!

—Le pido perdón —dijo el hombre—. A veces me olvido. Yo solía coger este Greyhound de principio a fin de la línea, ¡de principio a fin!, pero antes era antes y ahora es ahora. No se ofenda. Y se marchó.

—¿Estás bien? —le preguntó la señora del sándwich—. Se te ve un poco verde, como si hubieras visto un fantasma.

—Tengo miedo —admitió Sancho—. ¿Por qué no hemos llegado todavía? ¿Y por qué estamos otra vez aquí?

—En la situación en la que nos encontramos —le dijo la señora del sándwich—, me cuesta darte buenos consejos, o incluso explicaciones que puedas aceptar.

—Inténtalo —pidió Sancho—, porque estoy perdiendo los papeles.

—La carretera siempre es traicionera —señaló ella—. Da vueltas y más vueltas. Vira y cambia de dirección y te deja donde no esperas y donde no deberías estar. Si quieres viajar por carretera necesitas mantener la cabeza serena.

—Y un cuerno —replicó Sancho—. Eso es lo que dices para no tener que decir lo que deberías decir. Ahora dime la verdad.

—La verdad es profunda —dijo la señora del sándwich—. Y te puede ahogar.

—Pues me arriesgo.

La señora del sándwich, que era también el hada madrina, soltó un fuerte suspiro y le contó a Sancho aquellas cosas que eran difíciles de escuchar. Había dos crisis desarrollándose de forma simultánea, le dijo, y ninguna de las dos tenía mucha pinta de ir a acabar bien. La primera era la crisis del propio Sancho.

—Estás viendo cosas que ni siquiera yo veo —le dijo—. Fantasmas, zombis, rollos muy locos. Lo que esto me indica es que corres peligro de terminar en un mundo fantasma del que no te podremos sacar ni yo ni nadie. Me indica que nuestro pequeño amigo italiano lo hizo de maravilla y te llevó casi al punto mismo de ser un chico de carne y hueso, pero quizá no terminó. Y ahora que te has separado de tu padre las cosas están empeorando. Te miro y es como que tu presencia no es fuerte. Como si hubiera mala conexión, mala cobertura, y no te recibiera bien todo el tiempo. ¿Me explico?

—Sí —asintió Sancho—. Me estás diciendo que me estoy muriendo.

—No nos pasemos —dijo el hada madrina—. Sólo estoy diciendo que hay un problema.

—¿Me puedes salvar? —le suplicó Sancho—. Quiero vivir.

—No paras de hablar de amor —repuso el hada madrina—. Pero a mí me parece que lo estás entendiendo al revés y sin ton ni son. Déjame que te cuente a qué me refiero cuando hablo de ese bello sentimiento. Antes que nada, entiendo que es altruista. El amor hace que el otro sea más importante que tú. Y el otro no tiene por qué ser necesariamente un individuo. Puede ser un

pueblo, una comunidad o un país. Puede ser un equipo de fútbol o un coche. Si corrieran tiempos normales, te diría: olvídate de esa chica que está al final del camino. Vuelve al sitio del que vienes y arregla las cosas de tu vida. Tu tía... Le debes una gran disculpa, como la que le presentó tu padre. Tiene gracia que seas como su eco. Le debes a tu tía una disculpa y también dinero. No va a presentar cargos y le ha dicho a la policía que fue un disputa doméstica. Es muy amable de su parte. Ve a pedirle perdón, encuentra trabajo, trabaja hasta que le hayas devuelto el dinero y aférrate al amor que le tienes a estar vivo y a vivir una vida decente. Ése es el amor que te hará real. ¿La chica esa? No es más que otra de tus fantasmas.

—Vale —dijo Sancho, recuperando parte de su actitud desafiante—, pues ése es un consejo que no pienso aceptar. Lo podría haber encontrado en cualquier *meme* de internet o galleta de la fortuna.

Se había creado un alboroto. Los pasajeros de trayectos de autobús de larga distancia incurren en estados de tránsito, una especie de sopor de carretera, medio adormilados, medio escuchando música por los auriculares, viendo comedias de situación en las pantallas de los respaldos de los asientos, comiendo miniprézels o galletas Graham de canela, soñando con la posibilidad de la felicidad. Pero ahora, al menos, algunos de los pasajeros habían reparado en el trastorno, en el bucle retroalimentado que los había llevado de vuelta al mismo sitio donde ya habían estado hacía horas y estaba empezando a cundir el pánico, y el conductor había empeorado la situación al levantar los brazos y decir:

—Yo qué sé. Yo sólo conduzco el autobús, no hago las carreteras.

—Un momento —le dijo la señora del sándwich a Sancho—. Déjame ver qué puedo hacer.

Se puso de pie en el pasillo entre los chillidos de los demás pasajeros y cerró los ojos. A continuación hubo una serie de sacudidas, como las que uno siente en un tren que cambia de vías en múltiples puntos, y se dejó caer pesadamente en su asiento, agotada.

—Muy bien, ya estamos donde deberíamos estar —le dijo a Sancho—. Pero ha sido algo bastante por encima de mi nivel. Voy a necesitar recuperarme antes de hablarte de la segunda crisis.

El bullicio del autobús remitió mientras los letreros de la carretera empezaban a tener sentido otra vez. Beautiful ya no quedaba lejos. Algunos pasajeros acusaron a otros de haber dado por equivocación una voz de alarma innecesaria. El conductor hizo su encogimiento de hombros de «ya lo he visto todo» y siguió conduciendo. La señora del sándwich roncaba suavemente en su asiento. Sólo Sancho estaba completamente alerta. Le parecía claro que la segunda crisis debía de ser peor que la primera.

Mientras esperaba fue consciente de ciertos cambios inquietantes en sí mismo. «Como si hubiera mala conexión, mala cobertura, y no te recibiera bien todo el tiempo.» Ése había sido el diagnóstico nada sentimental de la señora del sándwich, alias el hada madrina. Ahora también comenzaba a sentirlo. Había empezado experimentando pequeños mareos, momentos en que se le nublabla la cabeza y no pensaba con claridad, la misma mente espesa que se te podía quedar si tenías una gripe fuerte. También sentía una especie de intermitencia, una serie de interrupciones muy breves durante las cuales el fluir de su conciencia parecía desaparecer y después regresar. Lo más preocupante de todo eran los síntomas visuales y auditivos. Se miró una mano y la vio descomponerse ante sus ojos como una imagen mal sintonizada de la tele. Usó la mano para frotarse los ojos y le funcionó tal como tenía que funcionar una mano, lo cual era en parte

tranquilizador. Pero al cabo de unos momentos volvió a ver el mismo fenómeno. Tuvo ganas de pedirle ayuda a la señora del sándwich, pero estaba frita y roncando. La llamó y, para su horror, oyó su propia voz quebrarse y crepitar como una emisora de radio mal sintonizada.

Se recordó a sí mismo que había sido mal concebido, nacido de la necesidad irresistible y del deseo imperecedero de un viejo chiflado con el cerebro estropeado por la televisión. Por consiguiente, también era hijo ilegítimo de la misma cultura basura que les estaba estropeando la mente a muchos tontos, tanto viejos como jóvenes, o quizá incluso a América entera. Quizá fuera así como se manifestaban los síntomas de la enfermedad en una creación tan irregular como él, nacido de mala manera, sin madre, real sólo en apariencia, como un producto del canal SyFy que se ha escapado de la pantalla y, por tanto, posiblemente condenado a morir una muerte cuasielectrónica, muerte por fallo de la señal.

«Soy demasiado joven para morir.» La falacia de la juventud. A la muerte nunca le había importado la edad de aquellos a quienes se llevaba.

Endureció su determinación. Si lo hubiera creado un acto de voluntad, de ahí se derivaba que debía de haber heredado una voluntad propia fuerte. ¿No era verdad? Muy bien, pues. Si su padre le había impuesto su voluntad al ángel de la vida, entonces él, a su vez, enfrentaría su voluntad contra el ángel de la muerte. ¿Y cómo le iría?

—La mía es una historia de amor —dijo en voz alta—, y el amor encontrará la manera. —El eco no sabe que es un eco. Resuena hasta apagarse.

La señora del sándwich abrió los ojos de golpe y al instante estaba despierta y hablando a toda velocidad.

—La segunda crisis —dijo— es la crisis de todo.

—Todo suena a mucho —respondió Sancho.

—Todos estamos en dos historias al mismo tiempo —continuó ella—. En la Vida y en la Época. Tenemos nuestra historia personal y la historia general de lo que está pasando a nuestro alrededor. Cuando las dos experimentan problemas al mismo tiempo cuando la crisis que tienes dentro se interseca con la crisis que tienes fuera, todo enloquece un poco.

—¿De cuánta locura estamos hablando? —quiso saber Sancho.

—Malos Tiempos —contestó ella—. Los peores que ha habido nunca. Las cosas se están desintegrando. La gente ha empezado a darse cuenta. Va a ser un viaje movido y no estoy segura de cómo podremos llevarlo a cabo y salir de una pieza. No estoy segura de que lo vayamos a conseguir.

—Parece que allá adonde voy todo el mundo está hablando del fin del mundo —dijo Sancho—. Creo que voy a apostar a que el mundo no se termina, como de costumbre.

—Lo que te quiero decir es lo siguiente —repuso la señora del sándwich—. La crisis más general me ha hecho cambiar de opinión sobre tus ambiciones personales. Es decir, en relación con la mujer que hay al final de este trayecto en autobús. Eso no quiere decir que te vaya a dar la poción de amor, no, señor. Pero estoy pensando: si a todos nos queda poco tiempo, pues adelante, chaval. Ve a verla, sé educado pero vende tu moto. Si te cierra la puerta en las narices, pues puñeta, vale, lo vas a tener que respetar, pero al menos lo habrás intentado. Quizá te la cierre o quizá no. Tú haz lo que puedas. —Y diciendo eso, desapareció.

—Gracias —dijo Sancho, y se sintió al mismo tiempo animado y asustado—. Gracias, lo haré.

Pero cuando se bajó del autobús en Beautiful, en la estación situada en la misma calle que el centro comercial Rey-Nard, ya era demasiado tarde. Había copos de nieve volando por el aire, la temperatura era de seis bajo cero y la sensación térmica era de mucho más frío. La gente corría despavorida por las calles, gritando: «¡Se cae el cielo!». Había coches incendiados y tiendas Best Buy con los escaparates rotos, revelando que el deseo de destrucción arbitraria y de teles gratis sobrevivía incluso en el fin de los tiempos. Aquélla era la duodécima mejor ciudad para vivir en Estados Unidos y sus ciudadanos, los duodécimos mejores ciudadanos de América, estaban perdiendo la chaveta. Ahora ya nunca llegarían a los diez primeros puestos, pensó Sancho, intentando mantener la compostura, intentando no perder la cabeza, mientras echaba a correr. Las ausencias, los agujeros en el espaciotiempo que había visto en el cielo, se habían multiplicado deprisa y habían ido descendiendo, y ahora uno de ellos se abría atterradoramente en el sitio donde antaño había estado el Powers Bar & Grill. El mero hecho de mirar aquella cosa —aquella no-cosa que era la negación de todas las cosas— equivalía a quedar lleno de un temor incurable. Sancho se alejó corriendo de él como quien intenta escapar de las fauces de un dragón devorahombres. Mientras corría sintió que él también empezaba a astillarse. Se miró los brazos, las manos, el torso y las piernas. Lo tenía todo crepitando y distorsionado. La calidad de la imagen se había vuelto pésima. ¿Acaso no había wifi por allí? Corrió tanto como pudo y, al acercarse a la calle donde vivía ella, sintió que caía una especie de mazazo y le llegó el pensamiento no deseado de que su padre, Quijote, que lo había creado usando estrellas fugaces, había desesperado de él y había cancelado su poderoso deseo. *¿Quién es Sancho sin Quijote?* La respuesta parecía ser: nadie. Una ficción que no podía durar.

¿Acaso se merecía el rechazo desesperado de su padre, si es que era eso lo que había pasado? ¿Y era posible que su creador lo pudiera des-crear a fin de cuentas, de que sin el amor de su padre simplemente dejara de existir? ¿Era el amor paterno la savia vital que a él le faltaba, sin la cual ni siquiera el amor romántico lo podía salvar? ¿Acaso había amado a su padre? Para ser sincero consigo mismo, la respuesta era no. Así pues, tenía el postre que se merecía.

Su deterioro se aceleró. Pasó de la alta definición a los primeros tiempos de lo analógico y ahora su única esperanza, toda su esperanza, era que la mujer a la que amaba le abriera los brazos y el corazón, y que el amor —¡el amor mismo!— le estallara por el cuerpo y lo completara. El amor de una mujer podía hacer aquello. El amor de una buena mujer. Te podía salvar la vida, por mucho que no hubieras amado a tu padre como deberías, por muy lejos que estuvieras de él y por muy perdido que estuvieras para él. Aun así, el amor de ella podía darte la vida, ¿verdad? «¿Verdad?», se preguntó, pero no había nadie para contestarle. Lo único que podía hacer era correr.

Pasó junto a un SUV abandonado con el motor encendido en cuya radio Sinatra cantaba *Taking a Chance on Love*.

—Es un buen presagio —se gritó a sí mismo, y la voz le crepitó y se le quebró, el cuerpo le chisporroteó y se dividió y se pixeló y luego recuperó la forma, y corrió, o bien algo corrió y él repitió, una y otra vez, «el amor encontrará la manera».

Dobló una esquina y se vio en la puerta de aquella humilde casa, de aquel edificio de color crema de dos plantas, con la palabra BIENVENIDOS pintada con espray blanco sobre fondo rojo en el patio de delante, debajo de un letrero que decía OM. No había timbre. Cogió la aldaba metálica, con la mano temblando y chisporroteando y crepitando de estática igual que el resto de él, y llamó. ¡Y allí estaba ella, allí estaba ella! Preciosa de Beautiful, *Khoobsoorat sé Khoobsoorat*, que también quería decir «más preciosa que preciosa», la chica de sus sueños, y aquella era su única oportunidad, y supo lo que tenía que decir.

—Te quiero, y sé que es una locura, pero también sé que el amor necesita valentía, así que me pongo toda la valentía en las manos y te digo: te quiero y, Dios, espero que te acuerdes de quién soy.

—¿Hola? —preguntó ella, mirando a izquierda y a derecha—. ¿Hay alguien ahí?

—Cógeme la mano —suplicó, apenas capaz ya de oír su propia voz—. Di que me quieres y podré vivir. Me postro a tus pies y te suplico.

—No —dijo contestando a alguien que había detrás de ella, en las profundidades de la casa—. No hay nadie. Alguien ha llamado, sí, pero ahora no hay nadie.

Y entonces ya no hubo nadie.

CAPÍTULO 20

Sobre el corazón del Autor

Cuando regresó a Nueva York, el Autor ya no era el mismo hombre. Los trágicos acontecimientos de Londres habían sido un duro golpe para él, y la acusación final de su sobrina había sido un lanzazo en el corazón. «Ahora mismo podría morirme», había pensado cuando ella le había lanzado aquellas palabras. «El ángel de la muerte.» Pero se supone que el ángel exterminador no muere, ¿verdad que no? Todos los demás mueren por su mano. Y allí estaba ahora, de vuelta en su escritorio, escribiendo sobre el fin del mundo, en pleno proceso de borrar todo lo que había inventado a fin de secundar el borrado de todo lo que importaba en su vida real. Daba la impresión de que acababa de terminarse su mundo entero. Sin Hermana, ya no era ningún Hermano. Sólo era un seudónimo, Sam DuChamp, escribiendo los últimos compases de la música de su libro. Lo único que le quedaba era el final de Quijote.

Sus personajes lo tenían cercado. Le volaban en torno a las orejas como murciélagos, conscientes de que se estaban terminando sus historias, insistiendo en que les prestara atención. «Yo, yo, yo», tal como el doctor Smile le había dicho en tono provocador a Quijote, pero ahora lo estaban diciendo todos: «Sálvame a mí, a mí». Sólo Quijote había encontrado una pizca de dignidad, incluso de nobleza. No había pedido ser salvado, sino que había intentado salvar a alguien. El personaje le estaba enseñando al Autor la naturaleza del amor verdadero.

Cuando empezó a tener problemas de corazón —se acordó de inmediato de la arritmia de juventud de Quijote—, entendió que su libro lo había sabido desde el principio, antes incluso de que le llegara ningún síntoma. Todo lo que había escrito sobre la avería del tiempo empezó a tener sentido. Había esbozado escenas en las que el tiempo se aceleraba o se ralentizaba, en las que se volvía un *staccato*, una serie de percusiones, o en las que parecía detenerse momentáneamente. A la vez que las leyes de la naturaleza perdían autoridad, el tiempo perdía ritmo. Todo aquello ya estaba en su historia. Y ahora su ficción estaba cobrando vida en su cuerpo.

«El mundo ya no tiene otro propósito más que termines tu libro. Cuando lo hayas hecho, empezarán a apagarse las estrellas.»

Se había producido un momento en la escritura en que uno de sus personajes había asumido un rol más importante que el que su autor tenía pensado para él. El científico empresario Evel Cent había ocupado el centro de la escena y había conquistado la narración más extensa del libro, y estaba claro que iba a jugar un papel importante en su conclusión. Cuando un personaje se desarrollaba de forma tan espectacular sobre la página, en el acto de su creación, tenías que decirte a ti mismo: «Vale, pero ¿esto está bien? ¿Esto ayuda? ¿Debería aprovechar su empuje y dejarme arrastrar, o acaso me está llevando por un callejón sin salida donde no quiero terminar?». Finalmente decidió permitir que la versión crecida de Evel Cent se quedara en el texto. CentCorp

y los portales NEXT tendrían su lugar. La descomposición de la Tierra en la novela iría en paralelo a la descomposición —medioambiental, política, social y moral— del planeta en que él vivía.

Durante la semana posterior a su regreso, su salud siguió deteriorándose. Fue un shock para él. Había gozado de buena salud durante la mayor parte de su vida, sin nada más que pequeñas quejas. Se acordaba de las palabras de Hermana: «La buena salud es lo que tienes hasta el día en que el médico te dice que ya no la tienes».

Luego se vio en manos de la profesión médica y no quedó gran cosa más que decir al respecto salvo que era así. Las pruebas y los exámenes médicos lo bombardearon como si fuera un enclave de refugiados sirio. Le programaron un calendario de medicaciones y una operación de *bypass*. Lo avisaron de que era posible que ni siquiera aquello le solucionara del todo el problema de sus latidos erráticos, pero al menos ayudaría. Después de la operación no tardó en encontrarse mejor. Le habían dicho que la recuperación duraría entre seis y doce semanas, pero pareció que él era uno de esos afortunados que se reponen deprisa. Se sintió mucho mejor tan rápido que se puso a llamar a gente por teléfono y a recomendarles el procedimiento: «No lo pienses. Háztelo quíntuple. Es genial». (Volvió a oír el eco de uno de sus personajes, la señorita Salma R, recomendando la terapia electroconvulsiva a los chiflados de sus amigos.) Le dijeron que se lo tomara con calma. Pero el regreso de la energía, de la funcionalidad, era excitante. Su único problema era el insomnio, y en las noches de insomnio su optimismo se desvanecía y el corazón le mandaba un mensaje secreto. «No he terminado contigo —le decía—. Ya lo sabes. Nos falta el final de la partida.»

«Déjame que termine mi libro», contestaba él.

Y así era: el libro lo había sabido todo mejor que él desde el principio. El Autor no se había planteado su propia mortalidad hasta ahora, pero su libro llevaba hablando de la muerte desde el principio. Así pues, ¿era a aquello a lo que se había estado dedicando, sin ser plenamente consciente? ¿Acaso toda aquella farsa sobre el fin del mundo en realidad había sido una forma de hablar del fin inminente del Autor? ¿Y podía haber algo más narcisista que aquello, equiparar la propia marcha del mundo con el final de todas las cosas, afirmar que, si él ya no existía, tampoco iba a perdurar nada más, que la batalla se terminaría y que la humanidad entera yacería despatarrada en el campo de batalla junto con él? «¡No hablemos de raza ni de clase social ni de historia ni de multiplicidad ni de nada más de lo que hay en este hermoso mundo roto, no discutamos ni nos amemos ni tratemos de crear un buen mundo para nuestros hijos, porque todo se va a ir al garete junto conmigo! *L'univers, c'est moi?*» ¿Era ésa la clase de megalómano que había resultado ser?

¿Tenía un buen corazón o estaba todo marchito por dentro?

Hasta el gran Bellow, según vio en el *Times*, no había tenido clara la cuestión del corazón, y había preguntado en su lecho de muerte: «¿Fui un hombre o un cretino?».

La noche en que por fin se sintió con fuerzas para volver a hacer frente a su libro, regresó a su despacho y allí, esperándolo en su silla Aeron, se encontró al corpulento caballero japonés-americano de los muchos nombres.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —exclamó el Autor, sintiendo que le daba un vuelco el corazón—. ¿Le ha pasado algo a mi hijo?

—Su hijo está bien —dijo el caballero—. Y haciendo un trabajo excelente. Ha resultado ser un gran patriota americano, tal como siempre creí. Gracias a él y a otros como él, estamos ganando la ciberguerra.

—¿Ah, sí?

—Afirmativo, señor. Ésa es nuestra posición.

—Me ha asustado usted, apareciendo de esta manera. Tiene que parar de hacerlo. En primer lugar, es delito, y en segundo lugar, ahora soy paciente cardíaco.

—Tengo buenas noticias. Tengo que felicitarlo. Ha sido usted oficialmente aprobado.

El agente se levantó para darle la mano y le ofreció al Autor su tarjeta. «Agente Clint Oshima», decía.

—Buen nombre.

—Gracias. En cualquier caso, ha hecho un trabajo *magnífico*.

—¿De qué trabajo me habla?

—De Anthill —contestó el agente Oshima—. No ha creado usted filtraciones. Ni una palabra. Hemos esperado y no ha hecho usted nada. Fabuloso.

—Ah, sí —recordó el Autor—. Quería preguntarle. Hace unos meses hubo un artículo en el *Times* que describía una operación muy parecida a Anthill. Pensé: «Si es todo tan secreto, ¿cómo es que está en el periódico?». Pero no se llamaba Anthill. Se llamaba Hivemind.

—Déjeme que se lo explique —dijo el agente Oshima—. Cuando nos vemos obligados a dar detalles de la operación a personal externo, por ejemplo a un padre como usted, entregamos cierta información, pero nunca les damos la misma a dos personas. De esa manera, si la información entra en el dominio público, sabemos quién la ha filtrado.

—¿Quiere decir que en realidad no se llama Anthill, que ese nombre sólo me lo dieron a mí?

—Se llama Anthill. Entre usted y yo.

—¿Y qué le pasó a la persona a quien usted dijo que se llamaba Hivemind?

—Ha habido consecuencias.

—¿Consecuencias graves?

—Es una buena manera de decirlo.

—¿Y qué ha venido usted a hacer? ¿A felicitarme, a avisarme o ambas cosas?

—He venido a felicitarlo porque ha cumplido usted con ciertos requerimientos establecidos y, por tanto, estamos dispuestos a concederle ciertos privilegios de acceso.

—¿A Anthill?

—A su hijo.

Cuando oyó esas tres palabras —cuando se pronunció el nombre de Hijo—, se sintió como nunca había imaginado que se sentiría; se sintió igual que Quijote cuando el doctor Smile le anunció que iba a conocer a su Amada. No era por temperamento un gran creyente en que se fueran a iluminar los cielos y el resplandor fuera a descender sobre él en forma de cascada de regocijo, pero en ese momento experimentó algo parecido. Ya no tenía esperanzas de vivir un gran romance. Esa nave ya había zarpado. Hijo era lo único que tenía para amar, pero llevaba muchísimo tiempo fuera de su alcance, primero por deseo del propio Hijo y, después, de la comunidad de

inteligencia. Si ahora se le permitía pasar tiempo con su hijo —si su hijo quería pasar tiempo con él—, eso haría posible que renovara su fe en la vida. O en palabras más simples: eso le haría feliz.

—Según nuestra evaluación —continuó el agente Oshima—, si deseamos maximizar los beneficios de nuestro equipo de guerreros digitales, cierto grado de contacto humano exterior es beneficioso. Un hombre joven puede volverse loco de aburrimiento en el ciberespacio, en la burbuja de la máxima seguridad. Es bueno bajar a la Tierra. Lo que proponemos es un fin de semana de cada seis y unas vacaciones de dos semanas al año. En el caso de usted, he recomendado que empecemos con las dos semanas y que veamos cómo va. ¿Qué le parece?

—¿Y qué piensa él? —preguntó el Autor—. ¿Quiere hacer esto?

—Los jóvenes necesitan un padre —dijo el agente Oshima—. Él ha expresado esa necesidad.

—Agente Oshima, agente Kagemusha, agente Mizoguchi, agente Makioka —contestó el Autor—. Creo que lo amo. A todos ustedes.

El caballero japonés-americano pareció avergonzado.

—Eso es desaconsejable, señor —dijo.

La última vez tenía el pelo largo y ondulado casi hasta los hombros. Ahora lo llevaba brutalmente corto, al rape, como el de Hermana. El Autor hizo una mueca cuando lo vio.

—¿Qué? —le preguntó Hijo.

—Nada —contestó su padre—. El pelo.

—¿No te gusta?

—Creo que lo prefería largo.

—A todo el mundo le gusta —comentó Hijo en tono neutro—. Me han hecho muchos cumplidos.

Las primeras horas fueron así de incómodas. Se quedaron sentados a ambos lados de la mesa del desayuno con los cafés delante y tuvieron que averiguar cómo hablar entre ellos.

—¿Qué quieres hacer estas dos semanas?

Hijo se encogió de hombros.

—No lo sé. Nada. Lo que sea. ¿Qué quieres hacer tú?

—Quiero hacer cosas que nos gusten a los dos.

—No sé qué cosas son esas. Me parece bien lo que decidas tú.

Larga pausa. Y entonces:

—¿Quieres hacer un viaje por carretera?

—¿Adónde?

—He estado escribiendo sobre un montón de sitios. Visitarlos me serviría para describirlos mejor. Y terminaríamos en California.

—¿Seguro que todavía puedes conducir?

—Puedo conducir.

—No, no estoy seguro de que todavía puedas.

—Pues conduce tú.

—¿Me dejas conducir a mí?

—Sí.

- Pues entonces vale. Viaje por carretera.
—Tenemos que alquilar un Chevrolet Cruze.

No le había contado a Hijo sus problemas cardíacos. Había decidido que no hacía falta. Se sentía cada día más fuerte, y los murmullos que oía en sus noches de insomnio no eran más que miedos de viejo salidos de madre. Estaba un poco más canoso, un poco más flaco, pero los hijos apenas notaban esas variaciones en sus padres. Y sentía más energía de la que había tenido en mucho tiempo. En cualquier caso, contarle su operación a Hijo estropearía la aventura, sería poner al hijo en el rol de cuidador/padre. Que el destino hiciera lo que quisiera, pensó. Quería encontrar un final mejor para sí mismo y para Hijo que el que había podido darles a Sancho y a Quijote. En su caso, la pregunta de Sancho estaba invertida. La pregunta no era: quién era Hijo sin él, sino quién era él sin su hijo, y la respuesta era que no era gran cosa.

Hijo era el desconocido al volante de quien tenía que ser padre otra vez. En la ciudad que había reimaginado como Berenger, Nueva York, le habló al joven de los mastodontes y de su deuda con *El rinoceronte* de Ionesco.

—Muchísimos grandes escritores me han guiado por el camino —dijo, y mencionó también a Cervantes y a Arthur C. Clarke.

—¿Y eso se puede hacer? —preguntó Hijo—. ¿Coger prestado así?

Contestó citando a Newton, que había dicho que podía ver mejor porque estaba subido a hombros de gigantes. Hijo no pareció verlo muy claro.

—Sí, pero Newton terminó descubriendo la gravedad —repuso sin mucha amabilidad—. Tú no has llegado a nada parecido.

Intentó explicarle la tradición picaresca, su naturaleza episódica y cómo los capítulos de una obra así abarcaban muchos géneros, nobles y bajos, fabulistas y costumbristas, que aquella obra podía ser al mismo tiempo paródica y original, y que sus pillerías metamórficas permitían representar y tratar de abarcar la multiplicidad de la vida humana. Se plantó en la calle mayor de aquel urBerenger que le parecía menos real que la ciudad de sus páginas y dijo, refiriéndose al género del absurdo en general, que celebraba y al mismo tiempo se burlaba de nuestra incapacidad para darle a la vida un significado realmente coherente, y refiriéndose a sus mastodontes en particular, que quizá dijeran algo sobre nuestra creciente deshumanización, sobre el hecho de que estuviéramos, como especie, o quizá sólo algunos de nosotros, perdiendo el norte moral y convirtiéndonos por un lado en criaturas de colmillos largos procedentes de un pasado bárbaro y prehumano y, por otro, en monstruos que atormentaban el presente humano.

—¿Eso crees? —le preguntó Hijo—. ¿Que la vida no tiene sentido y que nos estamos convirtiendo en animales sin moralidad?

—Creo que es legítimo que una obra de arte creada en el presente afirme que nos está lisiando la cultura que hemos construido y, sobre todo, sus elementos más populares —contestó—. Y también la ignorancia y la intolerancia, sí.

—¿Y qué has hecho tú al respecto? —le preguntó Hijo—. ¿Cuál es tu contribución? ¿Qué clase de huella crees que estás dejando en el mundo?

—He hecho mi trabajo y te he hecho a ti —contestó, percibiendo mientras hablaba la debilidad de su respuesta.

Hijo se encogió de hombros y echó a andar hacia el coche.

—Muy bien —dijo—. Sigamos.

Tu hijo, tu gran inquisidor.

Continuaron rumbo al oeste, a los lugares de su imaginación por cuyas calles quería caminar, y a Hijo no le molestó para nada conducir durante horas, escuchando la radio, durmiendo un rato en el aparcamiento de algún centro comercial y luego lanzándose a la noche, contemplando el pasar de los no-sitios que flanqueaban la carretera. A medida que se desplegaba América —con sus plácidos letreros verdes, sus vallas publicitarias chillonas con hombres de dentaduras grandes y excelentes que intentaban venderle sus servicios jurídicos, con sus Howard Johnson y sus Day Inn —, al Autor empezó a parecerle cada vez menos real que las versiones que se había inventado y en las que había vivido y con las que había convivido durante más de un año. Lo imaginario se antepuso a lo real. Quijote y Sancho viajaban con ellos, en aquel coche idéntico al suyo, y el viaje del Autor y su hijo empezó a parecerse cada vez más al de ellos, pasado hacia atrás, como una película, en la época en que había películas. Quijote-Fantasma iba sentado con él en su asiento y Sancho-Fantasma ayudaba a Hijo a conducir el coche, y sus siluetas fantasmales empezaron a fundirse con la suya y con la del hijo y a ser absorbidas por ellas. Realmente tuvo la sensación de haber entrado en el mundo de su ficción, y mientras surcaban la fría noche para llegar al alba a la ciudad de Kansas que él había rebautizado como Beautiful, empezó a levantar nerviosamente la vista al cielo y a medio esperar —más que medio esperar— ver allí roturas en la realidad, agujeros en el espacio-tiempo y pánico en las calles.

Pero todo estaba en paz. Y llegaron a una calle tranquila, y tal como se había imaginado, reflejando asombrosamente de forma exacta su ficción, vieron una casa de dos plantas de color crema con la palabra BIENVENIDOS pintada con espray blanco sobre fondo rojo en el pequeño patio delantero, debajo de un letrerito que decía OM. «Ella está dentro —pensó—, llorando a su pariente asesinado, y quizá añorando al extraño muchacho que llegó una vez a su puerta y la llamó Preciosa de Beautiful y le prometió que volvería.» El tiempo iba hacia atrás. En cualquier momento Sancho caminaría hacia atrás hasta la puerta de aquella casa y se presentaría. El Autor se quedó sentado mirando la puerta con el corazón a punto de salirse del pecho.

No pasó nada. Los fantasmas no caminaban de día.

En la calle Ciento cincuenta y uno Este entraron en el Powers Bar & Grill, que no se llamaba Powers y que no había sido destruido (o, al menos, no todavía) por un agujero en el espacio-tiempo. Usaron los baños y se sentaron juntos en la barra y pidieron algo de comer. Fue entonces cuando las corrientes confluyeron y la ficción se volvió realidad, como si hubieran subido a un escenario teatral durante el entreacto y luego hubiera empezado el segundo acto y sus personajes pulularan a su alrededor tratándolos como si fueran miembros del reparto. Un borracho se puso a gritarles y a llamarlos «iraníes de mierda» y «terroristas», a preguntarles si tenían papeles y a gritarles: «Largaos de mi país». Quijote y Sancho habían reaccionado alejándose y refugiándose en las sombras, dejando que fueran otros (blancos) quienes redujeran al borracho. Para su sorpresa, el Autor reaccionó de forma distinta, haciendo frente al borracho y desafiándolo —«Contrólate, para de una vez, aquí el único que está aterrorizando a alguien eres tú»—, hasta que el agresor fue sacado del establecimiento para alivio general.

Habían salido ilesos y siguieron comiendo hasta terminarse la comida, pero Hijo seguía con la guardia alta.

—No creo que la cosa se haya acabado —dijo mirando la puerta, y el Autor se dio cuenta de que era verdad, de que el borracho volvería con un arma para matarlos.

Se encontró a sí mismo diciendo: «Va a venir a por nosotros», un par de minutos antes de que el hombre regresara con el arma, y lo que pasó a continuación pasó tan deprisa, y al mismo tiempo tan despacio, que intensificó la sensación del Autor de estar viviendo un sueño diurno. Cuando el hombre entró en el Bar & Grill, Hijo estaba allí esperándolo, y el Autor oyó que su propia voz se ralentizaba hasta un gruñido, suplicando «No, no», y entonces Hijo hizo una serie de movimientos, apartando la cabeza y el torso de la línea de fuego y al mismo tiempo agarrando y retorciéndole la mano del arma al atacante con su mano izquierda a la vez que con la derecha le pegaba un violento golpe de kárate en la muñeca, y luego Hijo tenía el arma en las manos y el atacante estaba delante de él, meándose en los pantalones. Meándose literalmente, de asesino a borracho sensiblero, suplicando: «No dispaes, tengo hijos», mientras el tiempo volvía a acelerarse y los ruidos de la sala regresaban a la normalidad y llegaba el berrido de los vehículos de las fuerzas del orden, que se llevaron al borracho esposado.

—Necesito una copa —dijo Hijo, y volvió a sentarse a la barra.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —le preguntó su padre.

—En Anthill no hay gran cosa que hacer —contestó Hijo—. Hay gimnasio y hay tele y hay vídeos de YouTube. Vi unos diez vídeos que explicaban cómo desarmar a alguien que empuña un arma de fuego; si es una pistola y la lleva con una sola mano, si la lleva con dos manos, si es un rifle, lo que sea..., y luego le pedí a mi instructor del gimnasio que practicara conmigo, sólo para divertirnos.

—Podría haberte matado.

—Qué va. Yo sabía que podía con él. Iba tan ebrio que sus reacciones estaban muy ralentizadas. Ni siquiera ha sido tan difícil.

El Autor lo dejó correr.

—Gracias —dijo.

—Tengo curiosidad por una cosa —comentó Hijo—. Cuando has dicho «Va a venir a por nosotros», nadie lo veía venir. Eso me ha ayudado mucho a estar en guardia, preparado y esperando, pero ¿cómo lo has sabido?

—Porque pasa en mi historia —dijo el Autor, y vio que su hijo abría mucho los ojos. Era quizá la primera vez que parecía impresionado.

—¿Y qué nos sucedía en tu historia? —preguntó.

—Que nos mataban —contestó el Autor—. Llegado ese momento, tenerte aquí lo ha cambiado todo.

—Gracias, papá.

Bebieron un momento en silencio y luego el Autor tuvo que preguntar:

—¿Ves mucho la tele allí?

—Ya te lo he dicho: la tele, YouTube, Spotify, Netflix, no hay gran cosa más que hacer. Eso y el gimnasio. De manera que, sí, me gusta ver cosas en la tele. ¿Por qué?

—Por nada —repuso el Autor—. Supongo que la tele también tiene cosas buenas.

Otro momento de beber en silencio.

—En tu historia —preguntó Hijo—, cuando el tipo empezaba con los insultos racistas, ¿cómo reaccionábamos?

—Me avergüenza decir que nos escapábamos de él —contestó el Autor—. Quizá debería reescribir esa parte.

—Sí —convino Hijo—. Porque no te has escapado. Le has plantado cara a ese cabrón y has tenido a todo el mundo de tu lado.

—Quizá haya sido una tontería.

—No —dijo Hijo—. Ha sido heroico, joder.

En el Cruze otra vez.

—¿Pasan más cosas así en tu historia? —preguntó Hijo.

—Pasan en una cafetería de Tulsa.

—Pues vamos allí —dijo.

—No hace falta ir en busca de problemas —replicó el Autor—. Podría haberte matado.

—La verdad es que no —contestó Hijo.

—En general, es mejor alejarse de la violencia. Y más para la gente como nosotros...

—Me niego —repuso Hijo—. Ya estoy harto de ir de manso y dócil. Si alguien me ataca, pienso atacarlo el doble.

—No me gusta oírte decir esas cosas.

—Papá, por favor. No empieces con tu rollo de paz y amor. Lo que ha pasado en ese Bar & Grill ha sido la realidad.

Fueron al local de Tulsa que él había rebautizado como el Billy Diner, «El mejor desayuno de Tulsa». No pasó nada. Comieron huevos verdes con jamón y huevos rancheros y se marcharon. Nadie los miró y nadie les prestó atención. Al Autor le dio la sensación de que estaban reclamando un espacio del que Quijote y Sancho habían sido expulsados; otra especie de victoria.

—Dos paradas más —le dijo a Hijo—. Luego dejamos el coche en el Herz del aeropuerto de San Francisco y nos volvemos a casa.

Escucharon las noticias de la radio. Iba a dejar de fabricarse el Chevrolet Cruze junto con el Impala y el Volt como parte de la estrategia de reducción de costes de la General Motors. Estaba rodeado de finales, pensó el Autor. No era el único que estaba dando su última vuelta al circuito.

Instantánea uno, tomada después de un trayecto de quince horas en coche: la Devils Tower de Wyoming, de noche, enorme y poderosa y sobrecogedora. Se quedaron sentados contemplando su ominosa silueta. Ni siquiera pudieron salir del coche.

—He visto la película —dijo Hijo por fin, con voz débil.

—No estamos aquí por la película —repuso el Autor.

—¿Pues por qué estamos aquí? ¿Sale en tu historia?

—Sí, pero también sale en la tuya.

—¿En mi historia?

—Estuve aquí una vez —dijo el Autor—. Hace mucho tiempo. Con tu madre.

—Oh.

—Aquella noche hubo una lluvia de meteoros y rezamos para tener un hijo. Nos estaba costando tenerlo.

—Oh.

—Y entonces te tuvimos a ti. Fuiste nuestro hijo de la estrellas. Nuestra plegaria respondida.

Con aquella confesión, callada durante tanto tiempo, el Autor terminó de hacer suya la historia de Quijote y Sancho, suya y de su hijo. Le cogió la mano a Hijo y se quedaron sentados en el coche, mirando. Aquella noche no había lluvia de meteoros, pero sí un cielo despejado, surcado por la enorme autopista envuelta en niebla de la galaxia, y vieron un par de estrellas fugaces muy luminosas.

Instantánea dos, veintipico horas de conducción más tarde, con tres noches en moteles por el camino, después de dejar atrás la Devils Tower y conducir hacia el oeste y el sur, atravesando Rock Springs, Purple Sage y Little America (23.036, 535 y 68 hab.), dejar atrás el lago Tahoe para entrar en California por Sacramento (501.901 hab.) y San José (1.035.000 hab.). Por fin llegaron a Sonoma (11.108 hab.), a un aparcamiento del cruce de Broadway con Napa Road. A un lado del aparcamiento se extendía un edificio bajo y blanco con un letrero que decía: SALSA TRADING COMPANY.

—Aquí no hay nada —señaló Hijo—. ¿Hemos cruzado media América para ver esto?

—Aquí es donde, en el futuro, construirán Cyberdyne —dijo el autor en tono reverencial.

—¿El Cyberdyne de las películas?

—Cyberdyne, la corporación que crea Skynet, que es la que crea a los *terminators*. Ésta es la dirección correcta. Te dirán que está en Sunnyvale, pero mis cálculos dicen que es incorrecto, o mejor dicho, ficticio. Esta de aquí es la dirección correcta.

—Has perdido la cabeza.

—En cualquier caso, en mi historia —añadió el Autor—, aquí es donde construyo CentCorp.

—¿Y eso qué es?

—El sitio donde Evel Cent construye el portal NEXT *Mayflower* que conectará nuestro mundo con las Tierras vecinas y permitirá a Quijote y a su Salma escapar de este planeta agonizante para empezar su vida de nuevo en una tierra recién descubierta.

—¿Y eso cómo funciona? Supongo que ahora deberías contarme toda la historia.

—Esa parte no la tengo clara —contestó el Autor—. Todavía no la he escrito.

—Papá —dijo Hijo—. Vámonos a casa.

Miró por la ventanilla del avión en la oscuridad extraña de un vuelo de madrugada y vio la aurora boreal flotando allí, ondeando, una majestuosa cortina verde en el cielo. Era muy infrecuente que se viera una aurora en aquellas latitudes, sólo se manifestaba un puñado de veces por década, de manera que le pareció un privilegio que se le concediera aquella visión. Quería a Beethoven en los auriculares para acompañar a aquella majestuosidad, quería la sinfonía *Coral* atronándole en los oídos mientras la aurora le atronaba frente a los ojos. Las olas cruzaban el cielo, una y otra vez, y su belleza le puso lágrimas en los ojos. «*Deine Zauber binden wieder / Was die Mode streng geteilt.*» «Tus hechizos unen de nuevo / lo que la acerba costumbre había separado.» Contempló la visión de la aurora como la prueba final de que los mundos estaban unidos, *unidos*

por los hechizos, de que su mundo interior, el que había inventado, se fundía ahora para siempre con el mundo de fuera, y se imaginó que la Aurora misma era el portal capaz de transportar a hombres y mujeres a un nuevo mundo.

Era la hora de los milagros. Había un milagro durmiendo en su interior: su hijo le había sido devuelto y su amor roto había sido reconstruido. Si eso podía pasar de verdad, entonces todo era posible. Era, tal como le recordaba Quijote, la Era Donde Puede Pasar Todo. ¿Y su corazón? Estaba muy lleno pero no había reventado. Iba a tener tiempo para terminar su historia.

Cerró los ojos y durmió.

CAPÍTULO 21

Donde el mundo explota y el Viajero se libera del tiempo

La catástrofe progresiva no se limitaba al tejido físico dañado y en desintegración de todo lo que existía. También las leyes mismas de la ciencia parecían estar forzándose y rompiéndose, como vigas de acero derritiéndose bajo la presión de una fuerza inimaginable. Los acontecimientos precedían a sus causas, de manera que un agujero enorme apareció en la intersección de la calle Cuarenta y dos con Lexington Avenue, un agujero en el que se caían los coches, poco antes de la explosión de la tubería de gas que era la razón de que apareciera el agujero. En la ciudad, el tiempo avanzaba más deprisa en las avenidas que en sus travesías, donde a menudo parecía estar atascado de forma permanente. Era posible que la gran segunda ley de la termodinámica hubiera caído, y que de hecho la entropía hubiera empezado a disminuir. La gente que no sabía nada de ciencia se sentía aun así poseída por el terror. Cuando brillaba el sol bajaban las temperaturas y la luna exudaba un calor tropical. La lluvia, cuando caía, te quemaba la piel, y la nieve también chisporroteaba al tocar el suelo.

«El séptimo valle —se recordó Quijote— es el valle de la Aniquilación, donde el yo desaparece fundiéndose con el universo.»

Su habitación en el Blue Yorker era una celda monacal en el corazón de un burdel, y en el pequeño microcosmos del motel no había cambiado nada. Las necesidades humanas eran amplia y estridentemente satisfechas de día y de noche al otro lado de sus finas paredes. El hecho de que el deseo perdurara en aquel momento oscuro le producía cierto consuelo a Quijote. Por lo menos la naturaleza humana no había cambiado, y seguía siendo la gran constante en la raíz de las cosas. Él personalmente no tenía deseo de participar. Tampoco usaba el televisor para excitarse con pornografía en la soledad de su habitación. La pornografía lo avergonzaba. De hecho, toda conducta sexual en televisión le daba vergüenza. Apartaba la vista de la pantalla incluso cuando alguien se besaba. No necesitaba aquellas gratificaciones por poderes.

Estaba esperando de brazos cruzados a que el amor encontrara el camino.

Al final la adicta siempre llama al camello. Por mucho que el camello esté enamorado de la adicta, obsesionado con la adicta, consumido por la necesidad de estar con la adicta y de mantenerla a salvo de todos los peligros del mundo, la necesidad que tiene la adicta de la mercancía del camello sigue siendo mayor que la necesidad que él tiene de ella. De manera que ella terminó llamándolo. Había pasado un tiempo, era difícil saber cuánto porque el tiempo se había vuelto extraño y se estiraba y se comprimía y no era de fiar. Una semana podía durar un mes. Una vida entera podía pasar en un día. El mundo se estaba viniendo abajo, habían aparecido unas

fauces rugientes de nada en las inmediaciones del pináculo laico y escalonado del Empire State Building y la ciudad estaba llena de bocas que chillaban y de pies que corrían y de figuras caídas pisoteadas por la estampida. Y en mitad del caos, un hombre tranquilo en un motel sórdido esperaba a que sonara el teléfono, hasta que sonó, y ella sólo lo quería a él. En el corazón de una pesadilla se hacía realidad un sueño.

—Señora, ¿es usted? Qué honor.

—Necesito verte —dijo ella—. Necesito más.

La decencia del hombre luchó contra su deseo.

—Pero señora, la última vez estuvo usted a punto de morir. ¿Cómo puedo llevarle el arma con la que se va a matar?

—Fui estúpida —contestó ella—. Ahora seré más lista. —Aquella ya no era la voz de una mujer poderosa y llena de éxito que tiene el control de su destino y del de mucha otra gente. Era una voz aduladora, mentirosa, el tono falsamente inocente de una criatura que suplica una golosina. «Seré buena, lo prometo»: la primera mentira que decimos todos.

—Es peligroso que nos veamos —replicó él. Su bondad todavía pugnaba contra su propia necesidad—. El señor Anderson, el señor Thayer, ¿lo permitirá? Creo que me quiere mal.

—Ya no hay que preocuparse por él —aseguró ella—. Lo han identificado con unos vídeos grabados en Atlanta, después de que detuvieran a tu... a tu pariente, «Conrad Chéjov». No pudo engañarlos mucho tiempo. Ahora está buscado por las autoridades y ha desaparecido. No sé dónde está.

—Debe de tener a otra gente con usted —dijo él—. Es un personaje famosísimo.

—No hay nadie. Aquí reina la locura. Hoy no ha venido nadie. No tengo personal de seguridad. No tengo nada. Estoy sola. Por eso necesito lo que tienes. ¿Lo entiendes?

—Señora, necesita usted protección. —Tenía que verla. Tenía que poner su débil cuerpo a disposición de ella. Ella no tenía a nadie y lo necesitaba.

«Ve con ella —dijo su pistola—. Ya decidiremos más tarde qué hacemos.»

—La situación mundial es mala —dijo él—. Pero tengo un plan que nos puede salvar.

—No quiero hablar de la situación mundial —replicó ella, recuperando un poco de su antigua arrogancia—. Lo que quiero de ti es una cosa muy concreta. ¿La tienes?

—Debo de tener suministros para dos años —dijo él, y oyó su exhalación larga y satisfecha.

—Dime dónde, cuándo y cómo —pidió ella—. Hay un problema. Mi chófer también ha hecho novillos. Supongo que se ha terminado esa película.

Quijote no lo entendió.

—Da igual —dijo ella—. Además, creo que las compañías de taxis ya no operan.

—En el viejo roble rojo que hay detrás de la estatua de Hans Christian Andersen, en el parque.

—Eso queda lejos.

—Es mejor no estar cerca de su residencia.

—¿Y cómo se supone que voy a llegar hasta allí?

Se encendió una pizca de irritación en su alma impregnada de amor:

—Señora, como el resto de nosotros. A pie.

Caminar era aterrador. Caminar sola sin que nadie la protegiera de la atención no deseada. Sabía ser invisible. Las gafas de sol, el pañuelo en la cabeza, la ropa negra discreta, zapatos planos, el bolso barato, la ausencia de perfume. El lenguaje corporal de la gente que no es nadie. Hizo lo que pudo. Las calles eran una locura. Era Navidad, pero nadie estaba de humor navideño. Las multitudes lo inundaban todo con miedo en las miradas. «Quizá sea la última Nochevieja.» Nadie miraba a nadie y todo el mundo gritaba, pero eran soliloquios. Una ciudad entera de Hamlets aullándole su angustia a los cielos traicioneros. Y, sí, ventanas rotas, coches volcados. Le daba la sensación de estar en una de esas películas de Will Smith en que Manhattan está en ruinas. Hollywood destruía Manhattan con regularidad. Era una expresión pervertida de amor. Ella no conseguía concentrarse en nada. ¿Dónde estaba Anderson? ¿Cómo podía dejarla en aquel momento? ¿Dónde estaba Hoke? ¿Y por qué estaba yendo a verse con un camello de fentanilo en el parque en mitad del apocalipsis? ¿Por qué iba a ver a su acosador sin nadie que pudiera protegerla en caso de que el tipo...?, ¿de que el tipo qué? Pero si tenía cien años y era inofensivo. Su cara poseía cierto encanto y tenía voz de persona culta. ¿Por qué se estaba diciendo aquellas cosas a sí misma? Debía de haber perdido la razón, igual que todo el mundo. Era un tipo con el que necesitaba tener cuidado. Con el que tenía que andarse con cautela. Se había tomado la medicación para la bipolaridad, pero sentía en la sangre el ascenso de la histeria. Su madre le había hecho muchos regalos. Un padre cojo que había desaparecido. El desorden bipolar que tenía que combatir a diario. Y un alcoholismo que había sublimado en forma de consumo de drogas. De una droga en concreto. De una sola versión de aquella droga. El espray aquel que te ponías debajo de la lengua, debajo del lenguaje y, por tanto, debajo de las discusiones y del desorden, y te traía paz.

«Gracias, madre. Mi vida es culpa tuya. Si me pasa algo hoy, te culparé a ti.

»Hace ya tiempo que las cosas empezaron a hundirse en mi vida. Vale, la sobredosis fue una estupidez. Tengo suerte de estar aquí, suerte de ser funcional, suerte de poder ir andando a Central Park por una avenida literalmente llena de locos, pero la cadena de televisión no me apoyó en nada. Si hubieran puesto a su gente a ello, podrían haber aplastado la historia, haberla hecho mucho más pequeña de lo que era, un pequeño problema de salud, y en cambio la habían dejado estallar por todo lo alto. Siempre dije lo que pensaba en el programa, lo entiendo, hoy en día cualquiera que diga algo sobre política se está poniendo una diana en la espalda, y encima si eres de piel oscura, y una *mujer* de piel oscura... Supongo que tenía enemigos. Debería haberlo visto venir. Y, en cambio, tuve una sobredosis y les puse en las manos el puñal para que me lo clavaran. Quizá debería volver a casa. Echo de menos Bombay. Pero el Bombay que echo de menos ya no existe. Lo que somos es esto. Nos marchamos del sitio que amamos y, como ya no estamos ahí para amarlo, la gente va con hachas y antorchas y lo destruye y lo quema todo, y luego decimos: “Oh, qué triste”. Pero lo abandonamos, dejamos que nuestros sucesores los bárbaros lo arrasaran. ¿Puedo culpar también de eso a mi madre? ¿Por qué no? ¿Para qué sirve tener una madre muerta?

»No puedo levantar la vista. ¿Qué es eso que hay ahí arriba? Parece que un coloso con una pistola de rayos gigante haya abierto un agujero en el aire. Lo miras y te quieres morir. Esto no puede arreglarse. No me creo que haya nadie en D. C. o en Cabo Cañaveral que sepa qué coño hacer con *esto*. ¿Hay alguien que esté en su puesto de trabajo, o bien todo el mundo anda corriendo por las calles igual que aquí, cargando por Dupont Circle y de arriba abajo por el Mall y por Pennsylvania Avenue chillando “Aaaaaaahh”. Y en el despacho Oval quizá detonaciones

ovaladas. “Aaaaahh.” Es lo único que tenemos. Detonaciones ovaladas. A eso se ha reducido la especie humana después de tantos siglos. Shakespeare Newton Einstein Gandhi Mandela Obama Oprah y, al final, un simple grito impotente: “Aaaaaahhh aaaaaahh aaaaaahh”.

»Sí, Salma, me oigo a mí misma. Sé que parezco colocada y loca y que esto que estoy diciendo ahora no es mucho mejor, hablando sola como si fuera otra persona. Mi polo norte en diálogo con el sur.

»Aaaaaaahh.

»Así pues, aquí estoy, tal como me han mandado. No creo haber caminado nunca tanto salvo en la cinta de correr del gimnasio. Ahí está el tío que escribió el patito feo y está el roble rojo. Y ahí está *él* con su abrigo de pelo de camello y el sombrero de fieltro marrón con el chal echado sobre la mano derecha y en la izquierda el maletín de la felicidad. Quijote. Pronunciado como la expresión inglesa *key shot*. Sonriendo con esa cara bobalicona como si le acabara de dar el “sí, quiero”.

»Babajan redivivo. El pedófilo de mi abuelo. *Je, je, je.*»

—Tengo dinero suficiente en el monedero para adquirir toda tu reserva —dijo ella—. Puedo esperar mientras lo cuentas. Y después ya no tendré que molestarte más.

—Imposible, señora —contestó él—. Eso es como pedirme que le pegue un tiro en la cabeza.

—No tengo ganas de discutir —replicó ella—. ¿Tú vendes? Pues yo compro.

—Se está acabando el mundo —dijo él—. Tuvo usted en su programa al tipo que ofrecía una ruta de escape. Dijo que el portal estaba abierto.

—¿Por qué estamos hablando de eso? He venido a hacer una simple transacción en metálico.

—He estado viendo a ese caballero en las noticias —contó él—. Al señor Cent. Conozco la ubicación del portal *Mayflower*. Seguramente usted también, porque la noticia ha salido en todas partes. Hay guardias armados por todas las instalaciones y multitudes exigiendo que se las deje ir al otro mundo. Necesitamos ir a California. CentCorp, El Camino Real número 18144. El presentador de las noticias me ha hablado a mí en persona y me ha dicho que es nuestra única oportunidad.

—Así que quieres ir a California. Pues buena suerte. Dinero en metálico no te faltará. Quizá puedas comprarte un pasaje para ti.

—Usted tiene que venir también —contestó él.

Ahora la señorita Salma vio el arma que había debajo de la manta y que la apuntaba al corazón. «Me merezco esto —pensó—, por ser una idiota de los cojones.»

—Mire usted, señora —dijo Quijote—. Esta pistola habla conmigo y quiere que dispare. Pero no quiero disparar, quiero rescatarla, y para rescatarla tengo que pedirle que venga conmigo a Sonoma, California. Por favor.

«Controla tu lenguaje corporal —se dijo Salma—. Controla tu forma de hablar. Tu forma de comportarte en los próximos minutos determinará si vives o mueres.»

—¿De verdad crees —preguntó entonces con voz amable y serena, y dejando que se le volviera a filtrar su antiguo acento— que nuestras dos historias de Bombay tienen que terminar con una bala en Nueva York? Acuérdate de dónde somos. ¡*Prima in Indis*, la puerta a la India, la estrella de Oriente que mira a Occidente! El Collar de la Reina, el Vellard de Hornby, la colina de

Pali, Juhu. Acuérdate de nuestro *bhel puri*, de nuestra palometa, de nuestra jerga bambaiya, de nuestro cine. ¿Te gustaban las películas de mi madre? ¿Las de mi abuela? ¡Pues claro! A todo el mundo de tu edad le gustaban. *Zara hat ké, yé hai Bombay meri jaan*. Acuérdate de quiénes somos, *bhai*. No deberíamos estar apuntándonos con una pistola. No eres mi enemigo. Ni yo el tuyo. El enemigo está en otra parte y tiene un tono de piel distinto. Somos una pareja de paisanos. ¡Gente de Bombay! Una ciudad completamente *majboot*. El gran dios Ganesh, *Ganpati bappa*, nos ampara a todos: hindús, musulmanes y cristianos, a todos. Guarda esa puñetera pistola.

—No estoy intentando matarla —replicó Quijote—. Estoy intentando salvarle la vida.

—Permíteme —dijo ella con la misma voz amable— que señale ciertas dificultades prácticas. Estás intentando secuestrar a una mujer muy famosa a plena luz del día en mitad de Central Park, y estás completamente solo. Estás confiando en que no me ponga a chillar ni a correr para que no me disparen. Pero aun en el caso de que estuviera de acuerdo con lo que propones, ¿entonces qué? ¿Tenemos que cruzar América? Vas a tener que dormir. Voy a necesitar cambiarme de ropa y usar los baños. ¿Me vas a poder tener prisionera mientras hacemos todo eso? Sabes que cuando se enteren de que he desaparecido van a dar la voz de alerta. Habrá una operación policial de búsqueda y mi cara saldrá en todas las noticias. ¿Crees que me puedes llevar hasta la Costa Oeste y que no te van a parar a diez kilómetros de aquí? Es imposible. ¿Por qué no bajas esa arma, coges mi dinero, me das el maletín y cada cual se va por su lado? No hace falta que nadie dispare ni que nadie vaya a la cárcel. ¿Qué te parece?

—Me parece —dijo Quijote— que sigue usted creyendo que todo lo que nos rodea es normal. Pero la situación no es normal, ni mucho menos. La mayoría de las cadenas de televisión han dejado de emitir. Casi no se están emitiendo noticias. Quién sabe en qué estado se encuentra el Departamento de Policía de Nueva York. No creo que nadie se ponga a buscarla a usted, el terror se ha adueñado de todo el mundo. El país está sumido en el caos. Quizá el mundo entero. Es posible que no quede mucho tiempo. Es por eso por lo que le hago mi petición.

Aquél fue el momento en que las rupturas del tejido, los vacíos, descendieron al nivel del suelo. Detrás de Quijote y de Salma, donde antes estaba el museo Metropolitan, la nada atravesó violentamente el algo del mundo, rugiendo como un incendio, y después ya sólo quedó el cada vez más familiar agujero gigante en forma de orificio de bala, el vacío negro sobrecogedor de la inexistencia, y alrededor de sus bordes los bordes rotos de lo real, borrando la largamente recopilada y meticulosamente conservada historia de la especie humana, y con ella una parte del significado de la vida en la Tierra. La señorita Salma R se echó a llorar.

—Tenemos que ir a ayudar —dijo.

—No queda nadie vivo a quien ayudar —contestó Quijote.

Ella se secó los ojos.

—Guarda esa pistola —exigió con firmeza renovada—. Vámonos.

«No la escuches —dijo la pistola—. No es de fiar. Es en mí en quien confías. Ésta es tu oportunidad de ser inmortal. No te dejes engañar. Pégale un tiro ahora.»

—La inmortalidad ya no existe —dijo Quijote—. El futuro, la posterioridad, la fama. Hay que quitar esas palabras de los diccionarios. Ya no hay diccionarios. Sólo existe el ahora.

—¿Estás hablando solo? —le preguntó Salma en tono imperioso—. ¿Se supone que he de confiar mi vida a alguien que habla solo?

—Estaba hablando con la pistola —repuso Quijote—. Explicándole por qué no va a hacer falta.

—Santo Dios —dijo la señorita Salma R.

Empezaron a trabajar concertadamente.

—Voy a necesitar ropa —dijo ella, y se metieron en el Cruze y fueron hasta el Gap de la Cincuenta y nueve con Lexington Avenue.

No había empleados trabajando y la gente estaba saqueando el establecimiento. Todo el mundo cogía lo que necesitaba y se marchaba. A unas cuantas manzanas al sur de allí hacían lo mismo en el Duane Reade y ya estaban servidos. Los saqueadores eran como autómatas de caras severas y expresiones vacías. Nadie miraba a nadie.

—O sea que ahora soy una ladrona —dijo Salma.

—Ya no existen las posesiones —respondió Quijote—. Ni siquiera creo que exista el dinero. Sólo queda ir al oeste o morir.

—¿Todavía puedes conducir? —preguntó ella—. ¿Distancias largas, a tu edad, y deprisa?

—Puedo conducir.

—No, no estoy segura de que puedas.

—Entonces conduce tú.

—¿Me dejas conducir?

—Sí.

—Muy bien, pues. Cambiémonos de sitio. Viaje por carretera.

Cuarenta y cinco horas de trayecto en coche, cinco mil kilómetros, más o menos. Y eso era en condiciones de conducción normales, pero ahora había que añadirles las condiciones climáticas, los vehículos abandonados, los restos de incendios, los camiones atravesados de lado en la autopista, los puentes rotos, los detritos, las bandas armadas de merodeadores melencolios que rondaban los arcenes de la carretera, los locos en bicicleta, los supervivientes mutilados de las irrupciones del vacío, los ciegos, los cojos y los mancos, la gente famélica, los niños enloquecidos, los ángeles de camino al infierno, los muertos andantes, los muertos arrastrándose, los muertos. Y mirándolos desde los postes de las banderas, los jirones de la América caída. Y rugiendo en las alturas, las monstruosas evidencias de la gran Nada, los agujeros de bala, las ausencias, los comedores de estrellas, los tragadores de galaxias, sorbiendo el terror de la Tierra como si fuera comida, nutriéndose de nuestras muertes. Los vacíos.

El interior del Cruze era una cápsula lanzada por el espacio que confiaba en aterrizar con precisión quirúrgica en el lejano cuerpo celeste de su salvación. CentCorp. En la carretera aquel nombre no parecía real. No era más que una palabra. Sólo era real la carretera rota y enloquecida. Los dos iban amarrados *dentro*, con unos ojos como platos, contemplando los horrores de *fuera*, aturdidos por el agotamiento y el shock. Pararon a poner gasolina y Quijote y su pistola patrullaron el vehículo mientras Salma llenaba el depósito.

«Vaya, vaya —dijo la pistola malhumorada—. Parece que todavía sirvo para algo, ¿eh?»

De la gasolinera cogieron papel higiénico, jabón y las últimas garrafas de agua que quedaban. Cuando necesitaban hacer sus necesidades salían de la autopista y encontraban una carretera secundaria de la que el peligro pareciera momentáneamente ausente. Se limpiaban, se

lavaban y continuaban. La civilización era una piel que estaban en pleno proceso de mudar. Aparte de la gasolina y de mover el vientre, nada los hacía parar. Ella conducía ocho horas y dormía cuatro. Mientras dormía, él la reemplazaba y conducía cuatro horas y después dormía cuatro más mientras ella volvía a ponerse al volante. Luego pasaban cuatro horas despiertos los dos juntos antes de que ella se fuera a dormir y él condujera otra vez. Pasaban cuatro horas despiertos al mismo tiempo de cada veinticuatro y en esas horas decían lo que les venía a la cabeza, o nada, cada vez más histéricos. La suya era la intimidad de los forajidos en plena huida. Miradas vacías, mente aturdida, los bandidos del apocalipsis, escapando despavoridos. Corriendo hacia su última esperanza de vivir.

Él dijo: «He perdido a mi hijo mi único hijo la bendición de mi ancianidad». Ella dijo: «Quiero irme a casa sueño con la playa de Juhu y en vez de mi malvado abuelo podrías estar tú. Podría tener a mi familia otra vez pero en lugar de un abuelo malo tener a un abuelo bueno. Qué estoy diciendo. Me has encañonado con una pistola. Hablas con las pistolas. Estás loco». Él dijo: «Me lavo las manos de él. Renuncio a él. Ha resultado ser un mal hijo. No me hago responsable. Me ha avergonzado». Ella dijo: «Edvard Munch y Van Gogh también eran bipolares, ¿lo sabías? Echo de menos mi electricidad. Las descargas me mantenían los pies en el suelo. ¿Hay algún sitio por el camino donde pueda conseguir tratamiento de TEC? Además, necesito un poco de espray. No me estás escuchando. Tengo problemas. Necesito la TEC. Necesito el puto espray». Él le dijo: «Si quieres morir, podemos parar a por esas cosas. Estás en plena recuperación, te lo recuerdo. Náusea, vómitos, taquicardia, dificultades respiratorias, confusión, alucinaciones, debilidad, sudores, picores, dificultad para tragar, mareos y por fin convulsiones. ¿Es eso lo que quieres? Si insistes en hacer esas cosas, ¿acaso podemos llegar a California y cruzar el portal a la tierra prometida? No podemos». Ella dijo: «Se supone que me lo tienes que dar. Tú vendes y yo compro». Él dijo: «Llevo mucho tiempo enamorado de ti. No voy a causar tu muerte. Tú también estás loca». Ella le dijo: «Vete a la mierda». Él le dijo: «Conduce».

Cleveland, Toledo, Chicago, Cedar Rapid, Des Moines, Omaha. Ella dijo: «Omaha es una jugada de Peyton Manning en el fútbol americano». Él dijo: «Es una playa en Francia. Grand Island, North Platte, Cheyenne». Él dijo: «Vi una película del Oeste en la tele en la que el viejo jefe indio explicaba la derrota inevitable de su gente. Decía: “Los hombres blancos no se acaban nunca, pero siempre ha habido una cantidad limitada de seres humanos”. Quizá *Cheyenne* signifique “seres humanos” en lengua cheyene». Ella dijo: «Y quizá *indios* signifique “seres humanos” en indio. No existe el idioma indio. Ya lo sé. Y aun así. Somos nosotros. Somos los seres humanos». Él dijo: «Estamos en territorio indio».

No existía el exterior del coche. Sólo el interior. La nada bramaba en el cielo y los enloquecía. Ellos farfullaban mientras conducían. Salt Lake City, Battle Mountain, Reno. Ella dijo: «Eh, consigamos un divorcio exprés». Él dijo: «No podemos, no estamos casados». Se rieron histéricamente y siguieron conduciendo.

BIENVENIDOS A CALIFORNIA.

Él estaba dormido. Ella lo zarandeó para despertarlo y le enseñó el letrero. Él se despertó muy deprisa y se sentó con la espalda muy recta. Y en aquel instante, nada más contemplar el letrero de California, se despojó de una vida entera de engaños y por fin vio con claridad, libre de necedad y de locura. Quizá fuera cierto lo que decían: que sólo al final de su misión el que buscaba entendía cómo de profundamente arraigado en el error había estado su viaje; sólo al final

del angosto camino que llevaba al lejano norte percibía el poeta japonés que no había nada que aprender en el lejano norte; sólo al coronar la cima del monte Qaf, que habían ascendido en busca de su dios alado, los treinta pájaros-peregrinos veían que el dios que buscaban eran ellos mismos, y sólo al ver el letrado que decía BIENVENIDOS comprendía uno la imposibilidad de la bienvenida que había buscado, y con esa comprensión llegaba una claridad nueva, un retorno a la cordura, e incluso una especie de sabiduría.

Así pues, ahora que Quijote estaba en plena posesión de sus facultades, necesitó decir una serie de cosas.

—Mi búsqueda de ti —le dijo a la señorita Salma R— no ha sido sólo de ti, sino también de mi bondad y mi virtud en peligro. Ahora lo veo. Obteniéndote a ti (¡lo imposible!) pensé que quizá validara mi vida. Haciéndome digno de ti, quizá me sintiera digno de ser yo mismo.

—Menudo discursito —murmuró ella.

—Lo que yo anhelaba está ciertamente fuera de lo posible —continuó él—. Fue una locura buscar los pájaros de este año en los nidos del anterior. Y a mi alrededor América (¡y no sólo América, la especie humana entera!, ¡sí, incluso nuestra India!) también estaba perdiendo la razón, la capacidad ética, la bondad y el alma. Y es posible, no lo sé, que haya sido esa incapacidad profunda lo que nos ha granjeado el hundimiento todavía más profundo del cosmos. Pero por lo menos me he despertado. Vuelvo a estar cuerdo, y si la historia del mundo se está terminando, y quizá nuestras historias se terminen con ella, entonces convirtamos eso en un final feliz, en un terminar descansando en paz en un buen lugar. Pero sigo confiando en que nos podamos salvar. Al menos espero que podamos intentarlo.

—¿Para qué hemos cruzado América como lunáticos si no es para intentarlo? —le preguntó ella.

—Pues entonces —dijo él—, llámalo.

—¿A quién?

—Estoy seguro de que tienes su número. El del genio. Necesitas hablar con él.

—Sí. Voy a parar —asintió ella.

—No podemos entrar por la puerta principal —dijo Quijote—. Hay un cerco de seguridad y una multitud de gente histérica. Necesitas preguntarle cómo acceder. Tiene que haber otra manera.

—¿Por qué me lo va a decir?

—Porque eres Salma —dijo él—. Por supuesto que te va a invitar a entrar.

No había tiempo que perder. Los grandes vacíos bramaban en el cielo, comiéndose las estrellas.

¿Es usted? ¿De verdad está aquí?

Sí, doctor Evel, soy yo de verdad.

«Doctor Evel.» Ahora sé que es usted.

Doctor Awwal Sant. Estoy con un amigo desi. ¿Podemos entrar? Tres de nosotros ya somos una fiesta.

El sitio está rodeado. Ya lo sabe.

Dígame qué hacer.

No se acerque para nada a CentCorp. Siga la autopista hasta Boyes Hot Springs. Mandaré un coche a recogerla en el Cochon Volant BBQ.

¿Hay una entrada trasera?

Hay un túnel. Diríjase hacia la luz al final del túnel.

Antes incluso de completar su recorrido por el túnel, Quijote, convertido por fin en el más lúcido y cuerdo de los hombres, ya había entendido que aquella era una versión terrenal del mismo túnel del que habla la gente, el que aparece al final de la vida, y en el que llegado cierto punto uno tiene la posibilidad de regresar a las hermosas cosas temporales del mundo o de seguir avanzando hacia la pureza de lo eterno. Entendió también que cuando se estaba deshaciendo el tejido mismo, la urdimbre y la trama de todas las cosas, cuando estaban muriendo las estrellas y la historia misma se estaba terminando, entonces la posibilidad de dar un paso mágico a través de un portal y empezar de nuevo en una nueva ubicación edénica era un cuento de hadas y no había que tomársela en serio. En otras palabras, no había forma de escapar de la muerte, ni siquiera si uno cruzaba a toda pastilla un continente en busca de la vida, porque al final del viaje estaba la figura encapuchada que te esperaba con los brazos abiertos.

Pese a todo, pensó, era mejor jugar hasta el final, no derribar al rey negro y renunciar a la partida, sino esperar al jaque mate, luchar contra el avance de las piezas blancas hasta que ya no se las pudiera frenar, porque las piezas blancas no se acababan nunca, pero había un número estrictamente limitado de reyes negros. De forma que al final del túnel salió de su viejo coche, sabiendo que no lo volvería a conducir nunca más, le dio las gracias en silencio por sus años de discreta fiabilidad y caminó hasta el otro lado para abrirle la portezuela a la señorita Salma R, como un caballero. El chófer de librea que había conducido el vehículo que los había guiado hasta allí los acompañó hasta un pequeño vagón de tren en el que habían de ser transportados por los órganos internos de CentCorp hasta la sala donde se encontraba el cerebro.

CentCorp era todo luz, y su espacio interior se componía, o eso le pareció a Quijote, de enormes cañones iluminados y salpicados de pequeñas áreas de oscuridad relativa en las que supuso que habría seres humanos sentados trabajando. Tuvo la sensación de estar entrando en el mismo sol, o por lo menos en el palacio casi igualmente radiante del Rey del Sol. Medio cegado por la magnificencia de aquella luz blanca resplandeciente, no consiguió vislumbrar ni a una sola persona hasta que, al final de su viaje, la puerta de su vagón se abrió automáticamente y apareció para darles la bienvenida el Rey del Sol en persona, el doctor Evel, el académico empresario y amo del portal NEXT, Evel Cent.

—Bienvenidos —les dijo—. Bienvenidos en este día oscuro.

El resplandor que lo envolvía parecía diseñado para desmentir aquellas palabras, para contraponer su brillo a la oscuridad de los tiempos que corrían. Iba vestido de forma sencilla, con camiseta negra y vaqueros, y a Quijote le resultó extrañamente poco impresionante con su pelo negro engominado y su sonrisa falsa, un actor de serie B en un papel de serie A, un simple lancero al que los acontecimientos habían puesto bajo los focos del centro del escenario. Awwal Sant reinventado como Evel Cent. No parecía el hombre al mando de las escenas finales del drama. Pero lo era. No había nadie más. Era su espectáculo.

—¿Está usted bien? —le preguntó a Salma—. Nos dijeron que estuvo a punto de...

—Sí —contestó ella—, pero decidí vivir una recuperación espectacular y cruzar América en coche a lo loco en cuestión de horas, desafiando por el camino a las bandas de *Mad Max* y a los agujeros negros devoradores de universos. Era la opción B.

—Estoy encantado, por supuesto —dijo el doctor Evel—. Lo estamos todos, querida.

—¿No se puede hacer nada para invertir el proceso degenerativo? —preguntó Salma, cambiando de tema, y Quijote vio que todavía era presa de la fantasía optimista de que se podía agitar una varita científica y todo volvería a ser igual que antes.

Evel Cent soltó una risilla débil y dijo: «Te lo dije».

—Soy la última Casandra de la historia humana —declaró—. Nadie se creyó mis profecías, y esta vez lo que va a arder no es sólo Troya, sino también Esparta e Ítaca y todos los aqueos. — Aquel discurso megalómano no tenía sentido en pleno momento de crisis, pensó Quijote, cuando lo único que importaba era pasar a la acción, e insistir en que uno había tenido razón no era más que un acto de narcisismo—. Me temo que no se puede hacer nada —continuó Cent—. Estamos en los momentos finales y me temo que no se podrá salvar a las hordas que se agolpan en las puertas.

—¿Ha estado usted mandando a gente al otro lado? —preguntó Salma—. ¿Funciona bien el terminal NEXT? ¿Cuánta gente ha cruzado ya el portal a la Tierra vecina? ¿Tiene usted algún contacto con el otro lado?

—¿Podemos hablar en privado? —Evel Cent la cogió del hombro y empezó a llevársela lejos de Quijote, pero ella estiró el brazo y cogió al viejo de la mano.

—Mi amigo y yo hemos hecho un viaje largo, peligroso y agotador —dijo—. Me gustaría que oyera lo que tenga usted que decir.

Luego entraron en una de las pequeñas áreas de oscuridad, se cerró una puerta de cristal detrás de ellos y quedaron recluidos en un espacio insonorizado.

—La verdad es —dijo Evel Cent— que cuando aparecí en su programa exageré nuestra situación para darle dramatismo.

—El perro —quiso saber Salma—. *Schrödinger*. ¿Se encuentra bien?

—Lo siento.

—¿Ha muerto?

—Lo siento. Me inventé al perro.

—Para decirlo llanamente, pues, no tiene usted nada —replicó Quijote—. Y doy por sentado que es por eso por lo que sigue usted aquí con el resto de los mortales, listo para tragarse lo que venga.

—¿Es verdad eso, Evel? —preguntó Salma—. ¿NEXT no funciona?

—Funciona —dijo Evel Cent—. Funcionará. Todo aquí es tan radical, tan posteinsteiniano, que nos estamos teniendo que inventar los aspectos físicos sobre la marcha. El ajuste a la ubicación de la Tierra vecina debe tener la exactitud de una serie alarmante de decimales. Es una simple cuestión de cuadrar un par de ecuaciones.

—O sea que no funciona —repuso Salma.

—Les contaré una historia sobre sir Isaac Newton —dijo Evel Cent—. Se dice que anunció la teoría de la gravedad antes de hacer los cálculos matemáticos. Simplemente sabía que tenía razón. Y luego se vio con una fecha límite, porque debía ir de Londres a Cambridge para dar una conferencia sobre la teoría ya formulada delante de un público compuesto por sus colegas, de manera que trabajó día y noche hasta cuadrar los cálculos a tiempo.

—¿Y su fecha límite era el fin del mundo? —preguntó Quijote.

—Llegaremos a tiempo —dijo Evel Cent—. En las próximas horas.

—Me gustaría ver el portal —pidió Salma—. ¿Puede llevarnos a donde esté? A menos, por supuesto, que de momento todavía sea un simple agujero en su mente.

Evel Cent se envaró.

—Por aquí —dijo.

Quijote se había imaginado algo salido de una película muda, una especie de altar art déco rodeado de arcos chisporroteantes de electricidad, una especie de gramola gigante que tocaba seres humanos en vez de discos. Círculos de voltaje resplandeciente rotando en torno a la persona que transportar, subiendo y bajando y cruzándose entre ellos, de arriba abajo, hasta que de pronto, con el acompañamiento de un reverberante choque de platillos y un destello cegador, la figura humana desaparecía.

La realidad era banal. Una habitación vacía de paredes desnudas, un ventanal en la pared a través del que se podía ver una sala de control llena de tecnología; algo más parecido a un estudio de grabación que a una fantasía expresionista. Y en la otra punta de la sala vacía, una simple puerta. Se trataba del *Mayflower*, el sitio donde confluían las dimensiones, donde la Tierra vecina se rozaba con la nuestra. Abrir la puerta y pasar. De una habitación a otra. Así de simple.

El problema era que había una mala conexión.

Evel Cent se lo explicó. Habían demostrado fiablemente una serie de cosas de la otra realidad: composición atmosférica, fuerza gravitatoria, temperaturas medias, todo dentro del espectro de lo tolerable. El equilibrio de gases en el aire era muy parecido al de nuestra Tierra, la gravedad era idéntica o casi idéntica a la nuestra y el clima era como el de la Tierra. El único problema que quedaba era la niebla.

¿La niebla?

Había resultado imposible obtener una imagen clara de la otra Tierra. Se encontraba, por lo menos la parte de ella con la que habían logrado una conexión efectiva, envuelta en una espesa niebla que no habían conseguido penetrar para nada. Los científicos de CentCorp habían usado sus herramientas más sofisticadas para observar el otro lado de la conexión NEXT con frecuencias infrarrojas y ultravioletas, obteniendo escaneados radiológicos de última generación por medio de alteraciones de las cámaras instaladas en los telescopios espaciales. Los análisis informáticos de aquellas pruebas indicaban con un grado alto de certeza que el sitio con el que habían conectado era un espacio interior cerrado, o bien una residencia doméstica o una oficina privada (aunque estas nociones de uso, por ser Tierra-céntricas y producto de nuestras propias ideas acerca de cómo se usaba el espacio, eran necesariamente hipotéticas). No estaban claros ni la naturaleza ni el número de sus posibles ocupantes.

—¿Cómo de grande es el riesgo? —preguntó Quijote.

—En cuanto hayamos estabilizado la conexión —le dijo Evel Cent—, que me han dicho que vamos a conseguir con éxito en cualquier momento, ya evaluamos el riesgo físico como bajo. Pero hay que decirlo: los viajeros llegarán a un mundo completamente alienígena, sin conocer su idioma ni sus costumbres, sin dinero ni recursos que usar, y estarán a la merced de los seres que encuentren allí y dependerán de su propia inventiva e ingenio para sobrevivir. Por lo que respecta

a las enfermedades, tampoco podemos estar seguros de a qué infecciones sucumbirán nuestros viajeros ni, ciertamente, de qué gérmenes pueden portar y que puedan ser dañinos para sus nuevos anfitriones. El primer contacto siempre es incierto.

—Así que, si vamos, iremos en calidad de refugiados —señaló Quijote—. De peregrinos que ponen el pie por primera vez en un nuevo mundo con la esperanza de que la población indígena les enseñe a vivir ahí.

—Me pregunto —dijo Salma— si la gente que nos siga irá en calidad de conquistadores.

Estaban los tres a solas en la sala de la puerta. A través del ventanal, Quijote pudo ver que había un revuelo en la sala de control. Evel Cent se llevó una mano a su auricular, escuchó y puso una cara muy seria.

—Tengo una buena noticia y una mala —dijo—. La buena noticia es que se ha estabilizado la conexión, de manera que el portal NEXT ya está abierto.

—¿Y la mala? —preguntó Quijote.

—Que el deterioro de fuera se ha acelerado —respondió Evel Cent—. El fenómeno del vacío se está propagando deprisa. No sabemos cuándo nos va a alcanzar, si nos alcanza.

Quijote entendió que el revuelo de la sala de control lo causaba el miedo. Los momentos finales ya estaban allí.

—¿Cómo se abre la puerta? —preguntó.

—Como una puerta —dijo Evel Cent—. Se hace girar el pomo y se tira.

—¿Y está seguro de que la conexión es segura?

—La conexión es estable. Al otro lado no hay nada seguro.

—Entre usted primero —pidió Quijote.

—No estoy listo para entrar —contestó Evel Cent—. Tengo que supervisar la evacuación de mi personal y quizá de alguna gente de fuera. Es mi responsabilidad.

—Entre usted primero —repitió Quijote, con la pistola en la mano.

«Por fin —dijo la pistola—. Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca.»

—No puede estar diciéndolo en serio —repuso Evel Cent.

—Lo digo muy en serio —dijo Quijote—. Antes de llevar a la señorita Salma al portal, necesito ver qué pasa.

Cuando se abrió la puerta vieron la niebla gris.

—Muy bien —dijo Evel Cent.

Entonces se volvió, bajó la cabeza y embistió el otro mundo como un toro. Y desapareció.

Lo que desaparece cuando desaparece todo: no solamente todo, sino también el recuerdo de todo. No sólo es posible que ese todo no se recuerde a sí mismo, que ya no recuerde cómo era cuando era todo, antes de convertirse en nada, sino que tampoco queda nadie para recordarlo, de forma que todo no sólo cesa de existir, sino que se convierte en algo que nunca fue; es como si todo lo que fue no hubiera sido, y además no queda nadie para contar la historia, ni la grandiosa historia de todo ni tampoco la última y triste historia de cómo todo se convirtió en nada, porque no queda narrador, ni mano que escriba ni ojos que lean, de manera que no se puede escribir el libro de

cómo todo se convirtió en nada, igual que no podemos escribir las historias de nuestras propias muertes, lo cual es nuestra tragedia: ser historias cuyos finales nunca se podrán saber, ni siquiera podremos nosotros, porque ya no existiremos para conocerlos.

Pensémoslo de esta manera. Aquí, en el corazón de un cañón de luz, un anciano y la mujer a la que ama están plantados delante de una puerta abierta. ¿Quién sabe qué hay al otro lado? Pero al otro lado de la puerta hay esperanza. Quizá exista a fin de cuentas la vida después de la muerte. Él le coge la mano. Ella se la aprieta. Una larga búsqueda toca a su fin. Aquí están, en el valle de la Aniquilación, dotados del poder de desaparecer fundiéndose con el universo. Y quizá también con algo nuevo.

Quijote, por fin cuerdo, entiende que eso no va a pasar. Pero a este lado de la puerta es posible, durante los momentos finales, relegar ese conocimiento y creer.

—Vamos —le dijo a Salma—. Crucemos.

En el escritorio del Autor, y en la repisa de la chimenea de su oficina, había trece objetos de tamaños modestos, meticulosamente colocados y destinados a hacer el despacho acogedor: un canto rodado de la China convertido en objeto de «arte encontrado», cuyas irregularidades superficiales parecían un paisaje de colinas boscosas en la niebla, un busto de Buda al estilo de Gandhara, una mano camboyana de madera enhiesta con un símbolo de la paz en el centro de la palma, dos cristales estrellados, uno grande y otro pequeño, un guardapelo victoriano dentro del cual había metido fotografías de sus padres, otras tres fotografías que retrataban una infancia en una lejana ciudad tropical, un cortapuros de latón eduardiano con forma de dragón de dientes afilados, una caja de cerillas india «Marca Cheetah» con la imagen de un guepardo acechante, una abubilla en miniatura de mármol y un abanico chino. Sin aquellos objetos a su alrededor no podía trabajar. Cogía por lo menos uno de ellos una vez al día. Y había uno más, demasiadopreciado para exhibirlo, que tenía guardado en un cajón: un pequeño lingote de plata, de 2,5 centímetros de alto, en el que había grabado el mapa de la India antes de la partición. Era su mayor talismán, su ábrete sésamo, su lámpara maravillosa. Hoy mismo lo había acariciado antes de escribir su última página.

Al final de muchas jornadas de trabajo, el Autor se quedaba dormido en su escritorio, con la frente apoyada en la madera, postrado ante la pantalla del ordenador como si estuviera llevando a cabo algún antiguo ritual de adoración. Y así pues, en este día del fin de la escritura, se encontraba en un estado de medio sueño y medio vigilia cuando vio que se abría una puertecita diminuta en la parte más baja de un rincón de su despacho, de menos de la mitad de la mitad de la mitad de un milímetro de altura, y que a través de aquella puerta fluía una luz resplandeciente, un punto de luz intensa, como el que podría salir de una ratonera en cuyo interior un estudioso ratón en miniatura estuviera sentado leyendo junto a una lámpara; o también como si fuera una luz procedente de otra realidad, de otra Tierra, que se filtraba en la nuestra. Y luego una criatura salió por la abertura. Supo de inmediato quién y qué era. Era imposible, pero lo supo. Y de pronto también tuvo una explicación para la niebla. Era una cuestión de escala. De que nuestro mundo fuera tan gigantesco comparado con aquél. Aquel otro mundo, que ahora entendía que era el que él había inventado, era un universo en miniatura, quizá capturado dentro de una bola de cristal —una bola de nieve sin nieve— que

había empezado a resquebrajarse de manera que sus minúsculos habitantes estaban desesperados por escaparse. Y ahí estaban, entrando en tromba en su despacho, pero encontrándose trágicamente con que su aire era demasiado denso para que sus ojillos lo traspasaran y para que sus pulmones diminutos lo pudieran respirar. Vio a la primera criatura minúscula entrar, jadear y desmayarse, con su esperanza convirtiéndose en desesperación en aquel nuevo continuo habitado por lo que para él eran supercolosos, mastodontes gigantes, capaces de aplastarlo con el pulgar. El hombre microscópico, la criatura de la imaginación del Autor, había hecho de forma brillante lo imposible y había unido ambos mundos, había cruzado del mundo de la fantasía al mundo real del Autor, pero en éste era inasimilable, estaba indefenso, era minúsculo, intentaba coger aire, no lo encontraba, se asfixiaba y estaba perdido.

«¡Para!», gritó el Autor, a sabiendas de lo que iba a pasar a continuación, de la cosa que no podía parar porque ya la había escrito; ya había sucedido, de manera que no se podía impedir que sucediera. El corazón le iba a mil y parecía que se le fuera a salir del pecho. Todo estaba llegando a su fin.

El final no se puede cambiar una vez ha terminado; ni el final del universo, ni el final de un Autor, ni el final de dos vidas humanas preciosas por muy pequeñas que fueran.

Y allí estaban, en el portal, en el umbral de un sueño imposible: la señorita Salma R y su Quijote.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela presenta deudas obvias: con *Don Quijote* de Miguel de Cervantes (en traducción al inglés de Edith Grossman) y con la ópera *Don Quichotte* de Jules Massenet; con el relato de Katherine MacLean *Las imágenes no mienten*, con el relato de Arthur C. Clarke *Los nueve mil millones de nombres de Dios*, con la obra teatral de Eugène Ionesco *El rinoceronte* (en traducción al inglés de Derek Prouse), y con la canción de Paul Simon *Graceland* por el apodo de la Cama Elástica. La secuencia de los siete valles está tomada de *El coloquio de los pájaros* de Farid-ud-Din Attar. Doy gracias también a Francesco Clemente por pulir el italiano del grillo (cualquier error que quede es mío); a Andrew Wylie, Jacqueline Ko, Emma Herman, Tracy Bohan y Jennifer Bernstein de Wylie Agency, y por sus inestimables consejos editoriales, a Susan Kamil de Random House New York, así como a Louise Dennys de Knopf Canada y a Bea Hemming y Jonathan Cape, en Londres. Gracias, por último, a aquellos amigos y miembros de mi familia que hicieron de primeros lectores, a Rachel Eliza Griffiths por sus fotografías y por mucho más, y a mi exasistente Dana Czapnik, ahora felizmente embarcada en su propia carrera literaria.

Notas

* Pero la amabilidad del doctor Smile no se extendía a todas las cuestiones, ni mucho menos. Tal como veremos. Tal como veremos a su debido tiempo.

* Esto se debe en parte a que en su historia ocupa un lugar central la relación que tiene con una hermana de la que se distanció, Hermana; pero también a otra razón, que se dará en la página 52.

Quijote
Salman Rushdie

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Quichotte*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Fernando Vicente

© Salman Rushdie, 2019
Todos los derechos reservados

© de la traducción, Javier Calvo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Canciones del interior:
© *Cadillac Ranch*, © 1980 Bruce Springsteen, interpretada por Bruce Springsteen

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-322-3661-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

